
Una
SECONDA POSSIBILITÀ
PER IL
vedovo greco
LA TATA VERGINE RIFIUTATA
DAL MILIARDARIO
TAYLOR MCQUEEN

Una SEGUNDA OPORTUNIDAD PARA EL viudo griego

LA **NIÑERA VIRGEN** RECHAZADA POR
EL **MULTIMILLONARIO.**

TAYLOR **MCQUEEN**

SINOPSIS
DEDICATORIA
PRÓLOGO
1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
24.

25.
26.
27.
28.
29.
30.
31.
32.
33.
34.
35.
36.
37.
38.
39.
40.
41.
42.
43.
44.
45.
46.
47.
48.
49.
50.
51.
52.

53.
54.
55.
56.
57.
58.
59.
60.
61.
62.
63.
64.
65.
66.
67.
68.
69.
70.
71.
72.
73.
74.
75.
76.
77.
78.
79.
80.

81.
82.
83.
84.
85.
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Tenían todo para ser una familia. Hasta que él la destruyó con sus propias manos.

Thalia Esperakis creía que, por fin, pertenecía a algún lugar.

Criada en un convento, llena de fe y de sueños sencillos, jamás imaginó que encontraría el amor en la mansión de un multimillonario viudo, cuidando de sus hijos. Pero lo que empezó como un trabajo pronto se convirtió en algo mucho más profundo.

Y cuando descubrió que estaba embarazada, su corazón ya le pertenecía por completo. Pero bastaron tres palabras —«soy estéril»— para que todo se derrumbara.

Embarazada, rechazada y acusada de traición, huyó con el corazón hecho pedazos y dos vidas creciendo en su interior.

Alekos Theodorakis era un hombre de certezas.

Dirigía imperios, negociaba fortunas y nunca había amado a nadie… hasta Thalia. Pero un antiguo diagnóstico, una convicción inquebrantable y el pánico a ser engañado lo llevaron a cometer el mayor error de su vida: acusarla de traición… y expulsarla de su casa.

Tres años después, la verdad sale a la luz.

Alekos Theodorakis descubre el error que cometió. La mujer a la que echó de su vida era inocente y se llevó consigo a sus hijas. Ahora, hará lo impensable para recuperarlas.

Alekos cruzará el mundo para reencontrarse con la mujer que destruyó e intentar reconstruir la familia que nunca dejó de ser suya, pero el perdón no llega fácilmente.

El dolor dejó cicatrices, y Thalia ya no es la joven soñadora de antes. Ahora tiene dos niñas que proteger y un corazón que aprendió a sobrevivir sin él.

Entre recuerdos, promesas rotas y el peso del pasado, Alekos tendrá que demostrar con hechos, no con palabras, que merece una segunda oportunidad.

Porque a veces, el verdadero amor no ocurre una sola vez en la vida.

Ocurre… después del perdón.

Él juró que nunca volvería a confiar en nadie.

Ella aprendió a no depender nunca de nadie.

¿El problema? Ninguno de los dos aprendió a olvidar.

DEDICATORIA

Para todas las mujeres que alguna vez fueron
rechazadas, pero no dejaron de amar.
Y para Aquel que transforma lo que era ruina en hogar.

Este libro es sobre segundas oportunidades
— con los demás y con nosotras mismas.
Que al pasar cada página recuerdes
que el perdón no es el final del dolor.
Es el comienzo de una nueva vida.

PRÓLOGO

ALEKOS THEODORAKIS

EN ALGÚN MOMENTO DEL FUTURO

Corren por la arena como si el mundo nunca hubiese sido cruel.

El cabello de las dos pequeñas vuela con el viento, pegándose a sus rostros, enredado por la sal y por las risas. Una tropieza. La otra la ayuda. Ninguna llora. Sonríen como si no conocieran otra forma de existir.

Eso es lo que más me destruye.

Porque lo sé — fui yo quien enseñó a los dos primeros a callar por miedo. A construirse a la fuerza, como hicieron conmigo. Pero estas dos… Estas dos las creó ella sola.

Y las creó libres.

No oigo el sonido de sus risas. No estoy lo bastante cerca. Pero las veo. Y ver es un castigo que quema en los ojos.

Son mis hijas.

Y yo soy el hombre que las rechazó incluso antes de que nacieran.

A su lado está Thalia. El cuerpo más familiar que he tocado jamás… y el más distante. Se agacha, recoge un juguete caído, se recoge el pelo en lo alto de la cabeza. Está bronceada, más delgada, pero aún conserva ese aire de quien no sabe pedir permiso ni perdón.

Fue contratada para cuidar de mis hijos.

Y salió de mi casa llevando dentro a dos más.

La culpa es mía. El silencio, también.

Han pasado algo más de tres años desde la última vez que oí su voz. Y ahora está ahí — con lo que queda de mi oportunidad de ser

diferente.

De ser mejor.

De ser un buen padre.

La garganta se me cierra. Los pies no se mueven.

Porque puede que haya enfrentado a los hombres más peligrosos en negocios que mueven miles de millones…

Pero nunca he tenido el valor de pedir perdón.

Y no sé si, cuando abra la boca, aún habrá alguien al otro lado dispuesto a escuchar.

1.

THALIA ESPERAKIS

El tercer toque de la campana resuena por los pasillos de piedra, grave como una sentencia, y apenas logro contener la palabrota que está a punto de escaparse.

Corro. Los pies descalzos golpean el frío del suelo de mármol, el hábito prestado arrastrándose detrás de mí como un castigo tejido en algodón y fe.

Es demasiado grande — no en sentido espiritual, sino literal. Cuatro tallas más de la mía, lo que hace que tropiece conmigo misma cada tres pasos. Si eso no es una señal divina de que voy por el camino correcto, entonces nada lo es.

Mi terquedad me empuja por los corredores, con el rosario apretado en la mano y una oración a medias en la cabeza.

Paz en el corazón, luz en el camino… no, calma. Paz en el corazón, luz en el— maldita sea.

Entro en la capilla de golpe, el velo resbalando de mi pelo y las mejillas ardiendo más que el incienso que sube del altar. Las monjas ya están sentadas, inmóviles, como si hubieran sido esculpidas allí. El sonido de la madera crujiendo bajo mis pasos delata mi llegada tardía — y mi vergüenza — con absoluta claridad.

Madre Agnes no dice una palabra. Ni hace falta. Su mirada atraviesa más hondo que cualquier reprimenda.

— Tercer retraso esta semana, Thalia — comenta después de la oración, en un tono que hiere por ser demasiado suave.

Bajo la cabeza.

— Perdón, Madre. Yo… estaba ayudando a la hermana Clara con los armarios del orfanato.

Ella sonríe apenas. Es una sonrisa que conozco bien. Del tipo que dice "te quiero, pero sé que te lo estás inventando ahora mismo".

Me siento en el último banco, entre el arrepentimiento y la convicción. Observo las velas danzar junto al altar y me pregunto si algún día, cuando sea oficialmente una de las monjas, se moverán también por mí.

Cuando por fin use el velo definitivo, cuando todo esto deje de ser solo una promesa y se convierta en entrega, ¿será diferente?

Yo quiero esto.

Lo necesito.

Porque… ¿qué más tengo?

Soy Thalia Esperakis, dejada a los pies de la puerta del convento cuando no era más que un bulto envuelto en una manta manchada. No tengo apellido heredado ni historias familiares. Solo tengo este lugar. Solo tengo la fe que me dieron. Y ahora, a los diecinueve años, estoy a punto de devolvérsela en forma de votos eternos.

No importa que Madre Agnes diga siempre que aún hay tiempo. Que la hermana Clara suspire cada vez que me ve estudiando las Escrituras. Que todas se muestren extrañamente entusiasmadas cuando hablo de vocación.

Mis dedos se deslizan por las cuentas del rosario sobre mi regazo. Una, dos, tres. Las mismas que sostenía el día que cumplí dieciocho. El día que dije, con el corazón repicando como una campana: "quiero pertenecer a Dios".

Pero ahora, un año después, sigo esperando. Esperando permiso. Una señal. Una aceptación que nunca llega del todo.

Tal vez estén poniendo a prueba mi perseverancia. O tal vez, como insinúan con miradas y nunca con palabras, estén esperando que me rinda por mi cuenta.

Madre Agnes dice que la vocación no se mide por la terquedad, sino por la escucha.

Y yo escucho. Escucho todo. Demasiado.

Los susurros. Los silencios. Los suspiros velados cada vez que me arrodillo con demasiada prisa o cito las Escrituras con la seguridad de quien ya ha memorizado más de lo que ha sentido.

Mis monjitas me criaron. Me amaron. Pero nunca creyeron en mi vocación. Nunca lo dijeron en voz alta… pero lo veo.

Creen que confundo gratitud con misión.

Y quizá tengan razón.

Pero si este no es mi camino… ¿entonces cuál lo es?

Si no soy de Dios… ¿de quién soy?

Después de la misa, me llaman al despacho de la Madre Superiora. Eso nunca es buena señal.

Todo el convento respira rutina. Las campanas, las comidas, los deberes, las oraciones — todo funciona con la precisión de un reloj devoto. Pero una reunión a puerta cerrada, con las tres monjas que me criaron sentadas como juezas silenciosas esperándome…

Eso rompe el compás.

Madre Agnes está en el centro, como siempre. La hermana Clara, a la derecha, con los ojos ya humedecidos. La hermana Lucía, a la izquierda, brazos cruzados como quien contiene las ganas de decirlo todo de golpe. Me siento frente a ellas, rígida. Trago la ansiedad con la espalda recta.

— ¿Me ha llamado? — mi voz sale firme, pero mi corazón se desliza por el suelo.

— Te hemos llamado, Thalia — dice Madre Agnes. Su voz es siempre serena. Como si cada palabra fuera medida, pesada y colocada en el mundo con la responsabilidad de un sacramento. — Has estado con nosotras diecinueve años. Una vida entera. Y ahora deseas ofrecerla a Dios. Eso es… admirable.

— Estoy preparada — respondo de inmediato. Demasiado rápido. Y sé que todas lo notan.

— Deseas tanto pertenecer que olvidas preguntar dónde, Thalia — dice Madre Agnes, con una ternura que corta.

— Yo pertenezco aquí. Siempre he pertenecido.

— Tal vez. Pero la fe no está hecha de insistencia. Está hecha de escucha.

Cruzo los brazos, lo cual roza el pecado en esa sala. Pero no puedo evitarlo.

— Siempre ha dicho que el mundo ahí fuera no es para mí.

— Y tal vez no lo sea. Pero ¿cómo saberlo, si nunca has salido de él?

Guardo silencio. Es la primera vez que percibo que pueden estar poniéndome a prueba… no para que me quede, sino para que me vaya.

— ¿Qué quiere decir?

Madre Agnes intercambia miradas con las otras dos monjas que me criaron. La hermana Clara parece dudar. La hermana Lucía, más práctica, toma la palabra.

— Puede que estés preparada. Pero queremos asegurarnos de que estás eligiendo… y no escondiéndote.

— No me estoy escondiendo — corto, algo más brusca de lo que quisiera. — Yo solo… yo solo no quiero perder más tiempo.

— ¿Y si lo que crees que es vocación es solo gratitud mal dirigida?

Me quedo en silencio. No porque no tenga respuesta, sino porque la pregunta se clava demasiado hondo para permitir una reacción inmediata.

Madre Agnes se inclina sobre la mesa. Su mano arrugada roza suavemente el borde de un sobre de papel grueso, aún cerrado.

— Tenemos una misión para ti, Thalia.

— ¿Qué tipo de misión?

— Una familia aquí en la isla. Un hombre. Viudo. Con hijos pequeños. Necesita ayuda.

— ¿Caridad? — pregunto, desconfiada.

— Llámalo como quieras. Nosotras lo vemos como una oportunidad. Un periodo de discernimiento vocacional, si lo prefieres — Madre Agnes sonríe, y hay algo casi travieso en ello. — Cuidarás de sus hijos durante un tiempo. Ayudarás en la casa. Convivirás con ellos.

Frunzo el ceño.

— No lo entiendo.

— Queremos que vayas. Que cuides de los niños. Que veas cómo es el mundo fuera de estos muros. Cómo es amar sin hábito. Cómo es servir a Dios… en el terreno del dolor humano.

— ¿Cuánto tiempo?

— El suficiente para que entiendas si es aquí donde debe estar tu corazón. O si solo aprendiste a repetir oraciones sin escuchar tus propias preguntas.

La boca se me seca. Mis ojos van al sobre.

— ¿Y si digo que no?

— Entonces, quizá, hija mía… quizá estés casándote con Dios por miedo a que nadie más te quiera.

Es la hermana Lucía quien lo dice. Directa. Cruel en la medida justa para cortarme — y salvarme.

Trago saliva. Madre Agnes desliza el sobre hacia el borde de la mesa. Lo cojo. Me tiemblan las manos. El nombre escrito en tinta negra, firme, de quien no da marcha atrás:

Alekos Theodorakis

— Es difícil — dice la hermana Clara, en voz baja. — Pero los niños… ellos necesitan a alguien que se quede.

— Tú siempre te has quedado, Thalia — dice Madre Agnes. — Ahora es momento de salir.

Y quizá… volver.

O no.

2.

ALEKOS THEODORAKIS

La mesa de mi despacho es de mármol negro, cortada de una sola pieza.

Sin juntas.

Sin grietas.

Como debería ser la vida.

— Esta es la duodécima en cuatro meses — dice Sofía, mi ama de llaves, con una pila de currículos inútiles en las manos.

Asiento sin apartar la vista de la tableta. Ella espera una reacción. No la habrá.

— La nueva llega esta tarde.

— ¿Nombre?

— No lo tenemos. Solo la recomendación. Viene directamente del convento. La madre superiora envió una carta personal.

Cierro la aplicación con un gesto seco. Miro a Sofía por encima de las gafas.

— ¿Ahora aceptamos recomendaciones celestiales?

Alza una ceja. Finge no entender el sarcasmo.

— Según ella, la joven tiene "espíritu fuerte y fe inquebrantable". Sea lo que sea que eso signifique.

— Significa que, cuando los niños la vuelvan loca y se vaya en mitad de la noche sin mirar atrás, al menos no tendré que preocuparme por una demanda laboral. — Apoyo los codos en la mesa y añado: — La única entidad ofendida será Dios. Y, por suerte, hace tiempo que dejé de creer que le importo.

Sofía no responde. Es lo que hace cuando quiere castigarme: silencio pasivo-agresivo, con una mirada que dice lo que la boca no dice. Lleva dieciséis años funcionando. Quizá más que cualquier palabra.

— ¿Tiene experiencia? — pregunto, sabiendo ya la respuesta.

— Ninguna comprobable.

— ¿Edad?

— Menos de treinta.

Suspiro.

Claro. Durará una semana. Dos si es estúpida. Tres si tiene demasiada fe.

— Prepara la habitación de invitados del ala este — digo, volviendo a la tableta. — Uniformes, comidas, acceso limitado al ala principal. Y sin contacto directo conmigo.

— ¿Puedo decírselo? — pregunta Sofía, con una leve sonrisa en la comisura de los labios.

— Escríbelo en la puerta, si quieres. Letras grandes. Rojas.

Ella suelta un sonido que casi parece una risa.

— ¿Viaja hoy?

— Salgo a las siete.

— ¿Y no piensa estar aquí cuando ella llegue?

— No pienso recordar que ha llegado.

Sofía asiente. No comenta. Pero antes de salir, deja algo en el aire. Una vacilación.

— Señor…

Levanto la vista.

— Los niños… están empeorando. Ya no es solo rabieta. Ya no.

Sus ojos están más oscuros de lo habitual. Sofía rara vez parece emocional. Hoy parece cansada.

— Lo sé — respondo.

Y ese es el problema.

Cuando Sofía se va, el silencio vuelve como siempre vuelve: cortante.

La mansión parece un mausoleo de lujo cuando los niños están en el colegio y el resto del mundo se calla. A veces me pregunto si construí este lugar tan grande solo para asegurarme de que nadie se acerque demasiado.

El mármol frío bajo los pies. Las ventanas gigantescas. El eco de unos pasos que nunca significan nada más que otro día vivido igual que el anterior.

Así es como se crea estructura.

Y así es como se evita el caos.

El caos que empezó hace seis años, en el hospital demasiado blanco, con máquinas pitando más de lo debido. Su muerte fue limpia. Rápida. Cruel en su eficacia. Un tipo de crueldad que solo quien tiene miles de millones conoce: saber que nada — ni influencia, ni dinero, ni poder — puede impedir que lo que construiste con cálculo se deshaga como polvo en la mano.

Los niños tenían dos años. Lloraron poco. O quizá no los oí.

No me culpo por haber repetido lo que hicieron conmigo: distancia, orden, resultados.

Así me criaron. Hice lo mejor que pude. Y fracasé — como esperaban que fracasara. Y esas mismas personas me culpan en silencio. No lo dicen. Pero lo veo en sus ojos, en las pocas ocasiones en que me tomo la molestia de mirar el tiempo suficiente.

Mi duodécima niñera en cuatro meses será tema de conversación en algunas mesas de cena, no tengo dudas. Y en la de mis antiguos suegros, sin duda, será una de ellas.

Otra pieza sustituible en este teatro de improvisación llamado paternidad. Quizá la provisión divina dure tres días. Quizá cinco.

Quizá — y esta es la única posibilidad realmente interesante — ella enfrente a los niños, no me pida nada y desaparezca sin dejar rastro. Sería poético.

Pero, sinceramente…

Solo quiero que no sea una catástrofe jurídica. Y que, cuando se vaya, cierre la puerta con delicadeza.

Su nombre aún no me interesa. Su rostro, aún menos.

Llega hoy.

Y no estaré aquí para verla.

3.

THALIA ESPERAKIS

La lluvia empezó cuando yo estaba en el parque.

De esas trombas repentinas de verano que aparecen de la nada, lo desordenan todo y desaparecen como si nunca hubieran existido.

La hermana Clara me avisó de que era una pésima idea pasar por allí antes de ir a mi nuevo destino. Dijo que las nubes venían cargadas, que el viento era una señal. Debería haberla escuchado, pero necesitaba aquello.

Una última mirada a ese espacio verde, aunque maltratado por el tiempo, que durante años había representado todo lo que yo entendía por libertad.

Ahora estaba a punto de ser lanzada a una libertad mucho mayor — sin muros, sin campanas, sin reglas. Y, paradójicamente, lo único que deseaba era quedarme entre los barrotes que siempre me habían rodeado.

Al menos debería haber aceptado la oferta de que el coche del convento me acompañara y luego me llevara al otro lado de la isla. Me habría ahorrado el bochorno de atravesar el césped de la villa arrastrando una maleta vieja y empapándome como si el cielo me castigara por querer demasiado.

Espero que a nadie le importe que haya llegado con dos horas de antelación. Llegar antes siempre es bueno, ¿no? Madre Agnes siempre me dijo que sí.

Las ruedas del taxi crujen sobre la gravilla como si me recordaran, metro a metro, que no hay forma de volver atrás. Se detiene con un tirón, y el sonido del motor al apagarse me suena como un juicio final.

La lluvia sigue cayendo, fina, insistente. Ese tipo de lluvia que te cala poco a poco y se empeña en pegarse a cada pedazo de tu

orgullo.

Pago el trayecto con las monedas contadas que me dieron las hermanas y bajo. La falda se me pega a las piernas. El velo se me ha resbalado dos veces por el camino y ahora cuelga flojo sobre el hombro.

Bajo del coche tropezando con el hábito demasiado grande. Las mangas arrastran, la tela se me pega al cuerpo, pesada de agua. El lazo del pelo se deshace con el viento.

Mis zapatos — los mismos que usé en la misa de Pascua— hacen ese sonido esponjoso de tela empapada mientras se hunden en la entrada de piedra con un ruido que parece una burla.

La casa — no, la mansión — es más grande de lo que imaginaba. Parece un trozo de piedra arrancado de un acantilado y colocado ahí con rabia. Cada pared es demasiado alta, demasiado fría. Todo tiene cara de "no toques", de "no hables alto", de "entra solo si es necesario".

No sé qué esperaba encontrar cuando salí del convento con una maleta prestada y el corazón inquieto. Pero no era esto.

Trago saliva y me acerco. El portón ya está abierto, pero parece una invitación maliciosa. Detrás de él, el mundo que siempre me dijeron que evitara.

Pero estoy aquí. Con falda larga y camisa blanca empapadas bajo un hábito que no es mío, ni lo será nunca si no hago esto bien. Una niñera improvisada. Una novicia en suspensión. Una chica que no sabe dónde pertenece — pero ya no pertenece a donde estaba.

La puerta se abre antes de que pueda llamar.

— Debes de ser Thalia — dice la mujer que aparece ante mí. Alta, seria, con unos ojos de quien ha visto más de lo que le habría gustado. — Soy Sofía. Ama de llaves de la casa.

Asiento. La maleta se me resbala de la mano.

— Sí. Soy yo. Del convento.

Me examina durante un instante que parece durar demasiado.

— La lluvia empezó antes de tiempo — intento bromear, pero mi voz sale débil, como si también estuviera empapada.

Sofía no se ríe de mi chiste. Se aparta para dejarme pasar. Lo hago con vacilación, goteando sobre el mármol blanco como si estuviera cometiendo un pecado.

El vestíbulo es frío, silencioso y demasiado grande para alguien como yo. Me siento una mancha ambulante, un borrón de agua sucia invadiendo un templo estéril.

Me quedo allí de pie, sin saber si avanzar o pedir perdón por existir. El agua cae del dobladillo de mi falda, forma un hilo estrecho que se arrastra hasta la base de una columna. Un charco se junta a mis pies, traicionando el silencio del ambiente con pequeños chasquidos húmedos.

Sofía me observa con la compostura de quien ha visto cosas peores, pero no muy a menudo.

— Estás… — busca la palabra adecuada, como si "empapada" le pareciera demasiado educado — …mojada.

— Ya me he dado cuenta — murmuro, abrazándome los brazos, intentando hacerme más pequeña. La manga de la camisa se me pega a la piel. Mis zapatos hacen un chup suave a cada mínimo movimiento.

— Pensé que serías… mayor.

— Las monjas también lo creen.

La comisura de su boca se eleva. Leve. Casi imperceptible. Pero está ahí.

— El señor Theodorakis no debería estar en casa — dice más para sí que para mí, y yo frunzo el ceño. Abro la boca para preguntar qué significa eso, pero me lo impide una voz tan fría como las paredes y el suelo a mi alrededor.

— Sofía, me voy.

Unos pasos resuenan desde el pasillo de la derecha. Fuertes, acompasados, como si cada pisada confirmara un veredicto. Y entonces aparece un hombre que solo puede ser el dueño de la casa.

Alekos Theodorakis entra en el vestíbulo como si fuera el dueño del tiempo — y por un segundo, creo que lo es. Traje oscuro, sin corbata, camisa abierta en el cuello. El pelo impecablemente peinado, barba recortada con precisión. No mira alrededor. Me mira a mí.

Y al charco que ha crecido alrededor de mis pies.

Se detiene. Solo observa. Como si yo fuera un mueble nuevo entregado por error.

Nada en él se mueve. Ni una emoción. Solo unos ojos fijos, oscuros y ligeramente entornados — un juicio silencioso. Luego su mirada se desliza hacia Sofía y una de sus cejas se alza.

Sofía encoge los hombros sutilmente y ambos se quedan mirándose unos segundos más, en una conversación muda, antes de que mi nuevo jefe vuelva a girarse hacia delante, pero ya sin prestarme la menor atención.

— Hasta la vuelta — le dice a Sofía y sigue adelante, con cuidado de esquivar los rastros de agua que he dejado en el suelo, sin dirigirme palabra alguna.

Parpadeo e inclino la cabeza. ¿Eso… acaba de pasar?

— ¿Se ha… ido? — pregunto, porque no. Claro que no. Él no puede haber salido sin siquiera saludarme. Claro que no.

Probablemente solo está siendo amable y comprobando si no me he dejado el equipaje fuera y, cuando esté seguro, volverá y me saludará como haría cualquier ser humano mínimamente educado.

Sofía suspira.

— Estará fuera unos días — explica, ya dándose la vuelta para caminar por el pasillo. — La empresa tiene asuntos en Atenas. Viajes

regulares. Normalmente no se involucra en las contrataciones domésticas.

— ¿Él… no suele conocer a las empleadas?

— Solo cuando necesita despedirlas.

— ¿Y educado? ¿Tampoco lo suele ser?

Sofía se detiene. Se gira despacio, como quien decide si merece la pena gastar energía en eso. Su mirada cae sobre mí de arriba abajo — el pelo aún húmedo, el uniforme arrugado, la postura desafiante bajo una capa de miedo mal disimulado.

— Educado, no — responde, sin prisa. — Consistente. Que, créeme, es más de lo que encontrarás en la mayoría de lugares.

Frunzo el ceño, aún frustrada.

— Solo era una pregunta.

— Y ya ha sido respondida. Ahora, si has terminado de juzgar al señor, ¿puedo enseñarte tu habitación?

Me muerdo la réplica. Pero ella ya se está girando de nuevo, y sus pasos son lo bastante decididos como para recordarme que, aunque a mí me han dejado aquí como una prueba, ella está aquí por elección.

Y se queda.

Trago mi orgullo y la sigo, goteando menos que antes, pero aún resbalando en la sensación de que me he metido en un mundo donde las palabras correctas no significan nada — y las equivocadas, menos aún.

La casa es aún más imponente por dentro que por fuera. De esas que parecen decoradas para no ser tocadas. Mármol por todas partes, escaleras de madera oscura, paredes impecables, luz fría.

— Debes cambiarte de ropa inmediatamente — dice Sofía sin mirar atrás. — El uniforme de la última niñera está limpio y planchado. Lo dejó en el armario de la habitación.

— ¿Llevaba mucho tiempo aquí?

Sofía me lanza una mirada por encima del hombro, con una expresión neutra, casi aburrida.

— Veintiséis días.

Me detengo un segundo.

— ¿Solo eso?

— Fue más que la media, pero tuvo un precio. Se fue gritando — dice, y sigue andando como si aquello fuera una información completamente normal de compartir. Solo otra estadística más en el informe de un día cualquiera. — La anterior a ella aguantó trece.

— ¿Trece días?

— Sí. Y se fue llorando.

Me trago la risa que amenaza con escaparse. No sería apropiado, y parte de mí ya está diciéndome que lo sensato sería volver al convento. Decir que he cambiado de idea. Que este desafío no es para mí. Que esta casa no es para mí.

Pero otra parte siente que lo absurdo de la situación empieza a imponerse al miedo. No sé qué hago aquí, de verdad. Pero algo dentro de mí late con una certeza inquieta: me voy a quedar más de trece días, o de veintiséis. Y, independientemente de cuándo me vaya, no será llorando ni gritando.

Sofía me conduce hasta el final de un pasillo más apartado. El ala este, como ella la llama. Apartada, silenciosa. Todo parece cuidadosamente diseñado para mantener distancia.

— Aquí — dice, empujando la puerta de la habitación con el codo. — Baño a la izquierda. La ropa de cama se cambió hoy. La cena se sirve a las diecinueve. No tienes que estar presente, pero sería bueno que lo intentaras.

— ¿Los niños cenan con el padre?

Duda un segundo.

— A veces. Cuando él está en casa y le apetece. Cuando a ellos les apetece.

— ¿Y hoy? ¿Cenaron con su padre antes de que se fuera?

— No. El señor Theodorakis no cena con nadie los martes. Pero los niños ya han cenado, sí.

Asiento como si ese detalle fuera completamente normal. Entro en la habitación y observo el espacio: cama individual, armario modesto, una mesita con una lámpara. Es confortable, pero frío. Funcional. Como todo lo que he visto hasta ahora.

— Sofía — la llamo antes de que salga. — Solo una pregunta.

Se gira, arqueando una ceja.

— ¿Cuándo vuelve?

— Cuando quiera.

Y me deja sola.

El sonido de sus pasos se va apagando poco a poco, ahogado por el silencio de las paredes gruesas. Cierro la puerta y apoyo la frente en ella unos segundos. Respiro hondo.

Alekos Theodorakis no me ha mirado. No me ha escuchado. No me ha dirigido ni una sola palabra. Y, aun así, su presencia… llenó el vestíbulo como si fuera más grande que la propia casa.

Deshago la maleta con manos aún temblorosas. Cojo el uniforme doblado sobre la cama — simple, beige, casi sin forma— y camino hacia el baño. Me cambio despacio, secándome el pelo con la toalla más refinada que he visto en mi vida. Me recojo el cabello como puedo. Vuelvo al cuarto y me pongo el uniforme, alisándolo con los dedos.

Al abrir la puerta para explorar el resto del ala, oigo voces.

Risas ahogadas. Pasos apresurados. Un susurro mal disimulado seguido de una risita traicionera.

— Apostaría a que se larga antes del sábado — dice una voz infantil, demasiado cerca.

— El sábado es mucho — responde otra, riéndose. — Parece blandita. Esta noche, como mucho.

Me quedo helada.

Los gemelos.

No los veo, pero los oigo. Están al acecho. Probando. Observando al nuevo objetivo con la crueldad divertida de quien tiene solo seis años y todo el tiempo del mundo para poner límites a prueba.

Creen que voy a huir. Y, por un breve segundo…

casi pienso en darles la razón.

Entonces respiro hondo, firme, y sigo caminando como si el suelo no estuviera absorbiendo mi inseguridad.

Aún no me conocen.

Pero lo harán.

4.

THALIA ESPERAKIS

La casa es aún más silenciosa por la noche. O quizá el silencio simplemente pesa más cuando estás tumbada sola en una cama desconocida, intentando fingir que todo esto tiene sentido.

Doy vueltas y vueltas durante los primeros cuarenta minutos. La sábana es demasiado suave, la luz que entra por la rendija de la cortina demasiado clara, la habitación… demasiado ordenada.

Ni un sonido de campanas. Ni una oración susurrada en el pasillo. Solo el sonido amortiguado de mi respiración y de mi corazón, que insiste en latir como si aún estuviera corriendo bajo la lluvia.

Me levanto, me pongo las zapatillas y me acerco a la ventana.

La isla parece más oscura que durante el día — lo cual es natural, obviamente — pero cada vez que la contemplo después de que el sol se recoja, tengo la sensación de que es un lugar completamente distinto a cuando todavía brilla en el cielo. Y la mansión, incluso con las luces exteriores encendidas, sigue pareciendo el castillo de un dios que odia a los visitantes.

Debería tener miedo. Puede que lo tenga. Pero es un miedo que palpita junto con la adrenalina de no querer ser una más que se rinde. Una más que huye.

Y si sé algo sobre niños de seis años — y sobre venganza infantil — es que no duermen en paz cuando sienten que tienen una oportunidad.

Así que estoy esperando un ataque.

No exactamente del tipo que exige correr o gritar, sino del tipo que viene envuelto en algún plan raro, con risas ahogadas y pasos ligeros. Podría ser que solo estuvieran intentando asustarme cuando cuchichearon esas cosas en el pasillo. Podrían estar simplemente manteniendo la fama.

Pero algo me dice que no eran promesas vacías. Lo van a intentar. Y voy a conocer los rostros de mis dos angelitos — por favor, Dios, que sean angelitos, aunque un poco traviesos, pero angelitos al fin y al cabo — antes incluso del desayuno de presentación que Sofía tiene programado para mañana.

Andreas y Lysander. La ama de llaves me dijo sus nombres.

Sé que tienen intenciones. Y como si Dios respondiera a mi corta oración, oigo.

Ruidos en el pasillo. Pasos demasiado ligeros para ser de adultos. El chirrido mal disimulado de una puerta. Un susurro conspiratorio.

— ¿Va a saltar?

— Todavía no. Espera a que apague la luz.

Me muevo muy sutilmente, lo justo para girar la cara y asomarme por la rendija de la puerta con la visión periférica. Dos bultitos están agachados en el suelo, con algo escondido bajo una tela.

Las ganas de reír son casi incontrolables, pero mantengo el rostro serio, aparentando estar distraída, por si deciden prestarme atención, igual que yo se la estoy prestando a ellos.

Los gemelos están delante de mi habitación. Los dos parecen pequeños criminales en una misión secreta. Cuchichean, manosean algo y se miran con un placer malicioso.

No me muevo.

Solo observo.

La tela se agita.

Ah, no… Claro que iba a ser eso. Un clásico, ¿no?

— ¿De verdad has cogido el sapo? — pregunta uno, confirmando mis sospechas.

— Lo he cogido. Bien grande. Feísimo. Va a hacer que se vuelva loca. Apostaría a que grita más que la de veintiséis días.

Planean meter un sapo en mi cama.

Lo que no saben es que crecí con la hermana Leonor, que tenía un huerto detrás del convento, y que los sapos eran parte del "plan de estudios". Puedo coger uno con la mano sin dudar. Y, más importante todavía, sé reconocer el sonido que hacen cuando se mueven.

Se distraen, cuchichean algo más y deciden ir a buscar otra "cosa asquerosa" al baño del fondo. Un ruido de pasos rápidos, y ambos desaparecen por el pasillo.

Es mi oportunidad.

Abro la puerta despacio, sin hacer ruido. Me acerco a la tela con cuidado y levanto una de las puntas.

Ahí está. Gordo, tranquilo, casi simpático, si ignoras la textura.

— Hola, misionero — susurro.

Agarro el sapo por los costados con firmeza, como aprendí, y vuelvo a mi cuarto con él en las manos.

Me siento en la cama, la criatura en el regazo, y espero.

No tardan más de dos minutos.

Los pasos vuelven. Los susurros, también.

— ¿Está todo listo?

— ¡Veo la luz! Ha encendido la luz otra vez. ¿Crees que lo ha descubierto?

— Imposible. La tela está encima. Está bien puesta.

— Pero el sapo…

— El sapo… ¿dónde está el sapo?

Silencio. Carrera. Tap tap tap por el pasillo. Uno da un golpe con el pie. El otro suelta un "no puede ser".

Entonces abro la puerta. El uniforme ya ha sido sustituido por un camisón viejo y tengo el pelo suelto, cayéndome sobre los hombros.

Los ojos atentos — y el sapo en la mano.

— ¿Buscabais esto, chicos? — pregunto, y los dos se quedan congelados en su sitio.

Son casi de la misma altura, y esa pequeña diferencia es lo único fácilmente reconocible. Los niños son idénticos.

Ambos tienen la estructura delgada de niños que pasan más tiempo corriendo que comiendo, el pelo castaño claro enredado, ojos grandes y oscuros como los de su padre y rasgos perfectamente espejados — ese tipo de parecido que confunde a cualquier adulto despistado.

Ambos llevan pijamas claros de algodón con estampado de cohetes y planetas — la ropa que elegiría una niñera cariñosa, no la que esperas encontrar en dos pequeños estrategas de guerra psicológica.

Pero mientras uno va descalzo, el otro lleva calcetines desparejados: uno azul marino y otro verde lima. Debieron salir de la cama hace poco, pero sus ojos están demasiado despiertos para alguien que debería estar durmiendo.

Y hay algo más… el de los calcetines retrocede primero, los ojos muy abiertos en un susto genuino. El otro solo frunce el ceño, como si estuviera recalculando el plan.

Y en ese instante lo veo: el que se ha quedado quieto tamborilea el índice contra el muslo, como un tic nervioso involuntario. Rápido, rítmico. Se detiene cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, pero el gesto ya se me queda grabado.

Y cuando da un paso, veo — por solo un segundo — una pequeña cicatriz en el lateral de la rodilla, fina y torcida, como de una caída fea que nunca cosieron bien. Discreta. Casi oculta por la luz tenue del pasillo.

Aún no sé quién es Andreas y quién Lysander. Pero sé que, mientras uno siente, el otro observa. Uno tamborilea. El otro duda. Uno tiene una marca. El otro parece intocable.

Y voy a aprender muy rápido quién es quién.

El descalzo abre los ojos. El de los calcetines suelta un "¡madre mía!" y da un paso atrás.

— Tú… ¡tú lo estás sujetando!

— Sí.

— ¡Pero… es asqueroso!

Sonrío apenas.

— He visto cosas peores.

Se miran entre ellos, claramente perdidos en el guion.

— ¿Queréis intentarlo otra vez? ¿O preferís una ronda justa de preguntas y respuestas antes de decidir si vais a seguir intentando que me largue?

Más silencio. El de los calcetines parece a punto de sonreír. El otro finge indignación.

— Solo queríamos saber si eras valiente.

— ¿Misión cumplida, entonces?

El descalzo se encoge de hombros. El de los calcetines refunfuña:

— Aún no lo hemos decidido.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco.

— Qué pena. Cuento historias estupendas para dormir, pero solo para quien me considere valiente, desde luego.

Les toca a ellos poner los ojos en blanco, y lo hacen al unísono. Me entran ganas de sonreír.

— Las historias para dormir son para niños — declara el descalzo.

— ¡Y nosotros no somos niños! — el de los calcetines suena tan decidido que se me levantan las cejas.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué sois entonces?

— Hombres — responde uno.

— Pequeños — completa el otro.

— Eso. Pequeños, pero hombres.

— Bueno, pequeños hombres, podría daros un discurso sobre por qué estáis equivocados, pero supongo que no os interesa, ya que no me consideráis valiente; así que no os voy a contar ninguna historia de todos modos. Buenas noches — digo, y cierro la puerta con una sonrisa discreta.

No entro en la habitación. Me quedo ahí, esperando.

— No ha gritado — comenta uno.

— Ya — responde el otro. — Y se quedó con el sapo. ¿Qué crees que va a hacer con él?

— ¿Tú crees… — pregunta el hermano — que se va a vengar? ¿Y lo va a poner en nuestra cama?

— No lo sé — dice, y aunque todavía no sé quién es Andreas y quién Lysander, estoy casi segura de quién está diciendo qué. El más alto es el que acaba de responder. — Pero tendría que ser valiente para hacer eso.

— Y aún no sabemos si lo es.

— Bueno. Quizá lo descubramos esta noche — remata el más alto, y sus pasitos empiezan a alejarse de mi puerta.

Sonrío, estando de acuerdo y en desacuerdo con los dos a la vez.

Lo van a descubrir, sí.

Solo que no esa noche.

5.

THALIA ESPERAKIS

Sofía me espera al pie de la escalera, vestida con lo que imagino que será su uniforme de guerra y con una mirada que dice *"no avergüences mi recomendación"*.

— ¿Algún incidente anoche? — pregunta mientras me acompaña por el pasillo, y ni siquiera el tono serio consigue esconder que ya sabe la respuesta. Así que mis angelitos tienen un *modus operandi*. Vaya. Yo que me estaba sintiendo especial.

Me río.

— ¿Te importaría compartir conmigo qué es tan gracioso?

— No, gracias — respondo rápido, metiéndome los labios hacia dentro para dejar de reír—. Y en cuanto a incidentes anoche, nada que merezca la pena mencionar.

Sofía se detiene, obligándome a hacer lo mismo, y se gira lentamente hacia mí.

— Todo merece la pena mencionarse.

Me encojo de hombros.

— Es cuestión de perspectiva.

— Señorita Esperakis, no podré ayudarte si no sé que estás teniendo problemas.

Sonrío de par en par.

— Le garantizo que, por ahora, no estoy teniendo problemas y que, si necesito ayuda, se la pediré de inmediato.

Entrecierra los ojos, pero no replica. Se gira hacia delante y vuelve a caminar.

— Comen poco por la mañana — me advierte—. Pero esperan variedad. Y silencio.

— ¿Alguna preferencia diaria?

— Los sándwiches. Y zumo en vez de leche.

— Muy bien.

Entramos en el comedor y me recibe una mesa digna de catálogo. Pan recién hecho, fruta cortada con precisión, zumos en jarras de cristal, vasos alineados con una disciplina casi militar.

Dudo que haya sido Sofía quien ha preparado todo eso… no por falta de capacidad, sino porque no tiene por qué. Hay personal. Son silenciosos y se mueven como si planearan volverse invisibles, fundirse con las paredes, pero no funciona, obviamente, y sigo viéndolos.

Aun así, algo me dice que Sofía revisó cada detalle. Solo para asegurarse. Parece el tipo de mujer que confía más en el orden que en las personas — y más en la vigilancia que en la palabra ajena.

— Qué combinación tan interesante — murmuro.

— Bienvenida a la rutina — responde.

La sala es demasiado grande para tres personas. Aún más si tenemos en cuenta que dos de ellas son niños. Pero ahí están, sentados uno al lado del otro, como dos generales de piernas cortas listos para un juicio militar.

Los pijamas de anoche se han cambiado por los uniformes del colegio. Bermudas de sarga azul marino, camisetas blancas con el escudo de alguna institución privada bordado en el pecho, calcetines subidos hasta la espinilla y unas zapatillas demasiado limpias para quien, claramente, no tiene la menor intención de portarse bien.

El pelo está arreglado a toda prisa, un poco húmedo en las puntas, y los ojos… desconfiados. Muy desconfiados. Y perfectamente idénticos.

— Hoy los he preparado yo para el colegio. Pero a partir de mañana se espera que lo hagas tú.

Sofía lo anuncia cuando ya casi llegamos a la mesa, y yo solo asiento, sosteniendo la mirada expectante que me estudia como si llevara una bomba debajo del delantal.

El que está sentado a la izquierda tamborilea los dedos en el borde de la silla. El otro, al que ya percibí como el más expresivo, disimula mal la ansiedad. Sofía me presenta con la misma solemnidad con la que se anunciaría a una empleada del palacio real.

— Esta es Thalia Esperakis. A partir de hoy será la responsable de vosotros.

— Hasta que huya — murmura uno de los dos, casi inaudible.

— Silencio, Andreas — corta Sofía sin mirar siquiera.

Eso responde a mi primera duda.

Andreas es el que tamborilea.

Ajá. Primera identificación completa.

— Buenos días, chicos — digo, acercándome.

No responden. Solo me siguen mirando. Como si yo fuera una criatura exótica en un zoológico sin barrotes. Me siento y empiezo a servirme zumo, luego a ellos.

En un gesto nada inesperado, Sofía arrastra una silla y se sienta también. La mesa está puesta para cuatro personas y una pequeña sonrisa me curva la comisura de los labios por su cuidado. No creo que sea solo porque es su trabajo.

— ¿Habéis dormido bien? — pregunto, fingiendo inocencia.

— Más o menos — responde Lysander—. He tenido una pesadilla.

— ¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

— Sapos — dice, y Andreas le da un codazo disimulado en las costillas.

Alzo una ceja.

— Qué casualidad.

Se quedan helados.

Cojo uno de los sándwiches ya montados de una bandeja y lo pongo con calma en un plato. Espero.

— He estado pensando en anoche… — miro el cuchillo como si fuera parte de una obra de teatro—. Y en cómo algunas cosas… inesperadas ocurrieron.

Su respiración se queda atrapada medio segundo y solo sus ojos se mueven hacia Sofía, que permanece sentada como una estatua, sin disimular que su único objetivo allí es observar mi supuesta primera interacción con los niños.

No me molesta y continúo:

— Como, por ejemplo… el agua del lavabo, que solo se calienta después de tres minutos. Muy extraño, ¿no os parece?

Andreas y Lysander se miran, confundidos.

— O el ruido en la ventana, cerca de las dos de la madrugada. Un sonido muy curioso. Algo… *croante* — añado, colocando una galleta de chocolate en el plato antes de dejarlo delante de Andreas y empezar a preparar el de Lysander.

Andreas abre la boca y parpadea varias veces. Lysander finge que no está escuchando.

— Claro que puede haber sido solo… imaginación mía — continúo, dejando el plato frente a Lysander y luego los vasos de zumo delante de ambos, como si no acabara de lanzar una granada—. Pero ya sabéis… el cerebro femenino es muy creativo cuando está en alerta.

Andreas empieza a tamborilear los dedos contra el muslo con más fuerza.

— ¿Pero qué quiere decir la señorita con eso? — pregunta, demasiado educado.

— Nada — respondo, dulce—. Solo pensaba en lo interesante que sería… contárselo al ama de llaves. Quizá sería importante, por seguridad y esas cosas.

Se tensan al instante. Lysander traga saliva. Sofía, por supuesto, no mueve ni un músculo. Su tenedor va hacia el pan como si no estuviera pasando nada.

— Sobre todo… — continúo, mirándolos directamente— si involucra animales.

El silencio entre ellos es ensordecedor.

Espero un segundo más. Luego sonrío y digo, girándome hacia Sofía:

— …pero pensándolo bien, debió de ser solo el ruido del viento. Una casa grande como esta, con ventanas antiguas… los sonidos raros son inevitables, ¿verdad?

Sofía mastica con calma y murmura:

— Extremadamente.

Lysander suelta un suspiro audible. Andreas intenta disimular que estaba conteniendo el suyo.

Aprovecho el momento de vulnerabilidad y ataco con una sonrisa casi inocente:

— ¿Estudiáis jornada completa?

Parpadean. Están tan desconcertados con la amenaza de ser delatados que ni notan el anzuelo. Responden en piloto automático.

— Hasta las tres de la tarde — dice Lysander.

— Excepto los miércoles, que salimos una hora antes por la clase de música — completa Andreas.

— Ah, qué bien — digo, sirviendo más zumo como quien no está recogiendo información estratégica con una cucharita—. ¿Quién es la profesora de música?

— La señora Papadopoulos — responde Andreas, frunciendo la nariz—. Odia la batería.

— Y le encanta el arpa — añade Lysander con tal disgusto que casi vuelvo a sonreír.

— ¿Y las otras clases? ¿Os gusta alguna en especial?

Dudan. Se miran el uno al otro, luego a Sofía. Sofía no se manifiesta. Sigue fingiendo que su presencia allí es casual.

— Matemáticas — dice uno.

— Educación física — dice el otro.

— Caras parecidas, pero gustos tan distintos… — comento, pensando que quizá ese sea su patrón. Siempre uno desequilibra lo que el otro equilibra.

Andreas se limpia la boca con la servilleta y me mira, casi desconfiado.

— ¿Nos estás interrogando?

— Claro que no — respondo, ofendidísima—. Interrogar implicaría, como mínimo, amenazas. Y yo aún no he usado ninguna… por ahora.

Lysander casi deja escapar una risa. Sofía carraspea, como intentando esconder una sonrisa, y por un segundo — solo uno— lo siento.

Están curiosos.

Los niños empiezan a comer. Primero en silencio, como si estuvieran en una prueba de resistencia. Cada bocado cronometrado, cada trago observado por el rabillo del ojo.

Yo también como, sin prisa. Sin vigilancia aparente, pero en el silencio tenso, veo.

Lysander abre el sándwich con los dedos y retira con cuidado una rodaja de tomate. Lo hace sin hacer ruido, sin poner mala cara. Solo… la retira. Como si fuera un procedimiento estándar.

Miro la mesa. Hay dos bandejas de sándwiches. Una con tomate. La otra, sin. La elección fue mía, y me equivoqué. Pero él no comenta ni señala nada. Solo corrige el error en silencio.

Interesante.

Es una oportunidad perfecta para atacarme. Una queja. Un comentario ácido. Un *"no tienes ni idea de lo que haces"*. Pero no. Solo quita el tomate, lo deja aparte en un platito, recompone el sándwich y sigue comiendo.

— ¿Y qué hacéis después de la clase de música? — pregunto con naturalidad, entre un sorbo y otro de zumo.

— Normalmente tenemos tiempo libre antes de la cena — dice Andreas, ya menos tenso.

— O clase de refuerzo, si alguno de nosotros "la lía" — completa Lysander, haciendo comillas con los dedos.

— ¿Liarla… tipo… meter sapos en camas?

Se quedan rígidos un segundo. Yo sigo con el pan en la mano, como si la pregunta fuera sobre el tiempo.

— Estás obsesionada con ese sapo — dice Andreas, intentando sonar más maduro.

— Ah, no os lo imagináis — respondo—. Me pasé buena parte de la noche intentando decidir que, si yo tuviera un sapo, ¿cuál sería la mejor forma de usarlo? ¿Ponerlo en la almohada de alguien o dejarlo en una mochila escolar? Aún no he tomado una decisión.

Lysander suelta una risita ahogada. Andreas gira la cara, pero se muerde la comisura de la boca. Siguen comiendo.

— ¿Y la señora Papadopoulos… es tan mala de verdad?

— Es una bruja — dicen los dos, al unísono. Y, por primera vez, sonreímos a la vez.

— Toca el arpa como si se hubiera muerto por dentro — dice Lysander.

— Y obliga a todo el mundo a escucharla. En silencio. Sentado. Con postura.

— Se parece a la hermana Agnes… — se me escapa antes de darme cuenta.

Fruncen el ceño.

— ¿Hermana?

— Una larga historia. Y no tan divertida como vosotros — digo, y Andreas levanta la vista como si lo estuviera procesando. Como si… estuviera decidiendo si digo la verdad o si intento comprarles con un cumplido.

Pero el ambiente cambia. La tensión no desapareció — solo se retiró a un rincón de la sala. Y, de repente, solo estamos… hablando.

— ¿Y jugáis a algo? — pregunto—. ¿Fútbol? ¿O sois del equipo del ajedrez?

— Fútbol — dice Andreas.

— Baloncesto — replica Lysander.

— ¿Los dos, entonces?

— Nos repartimos — explica Andreas, con una seriedad graciosa —. Así nadie se pelea.

— No todo el mundo puede ser bueno en las mismas cosas — añade Lysander—. Si no, es aburrido.

Sofía, que sigue sentada con nosotros, levanta la vista del pan que corta.

Yo sonrío. Ellos no se dan cuenta. Pero acaban de abrirse.

Y entonces, como si despertaran de un trance, los dos dejan de masticar. Andreas entorna los ojos. Lysander me mira con el ceño fruncido.

— Tú… — dice uno.

— …nos has hecho reír — dice el otro.

Como si fuera una acusación.

— ¡Y sin querer! — protesta Lysander.

— ¡Eso no vale! — Andreas se recuesta en la silla, desconfiado.

Sofía carraspea, seca, pero con un sutil brillo de ironía en la mirada.

— ¿No es hora de irnos? — pregunta Lysander, volviéndose hacia ella como quien pide auxilio.

— De hecho, ya vamos tarde — dice Sofía, levantándose—. Despedíos de la niñera.

— Pero…

Ella ya está en pie.

— Ahora.

Resoplan casi al mismo tiempo. Y entonces, lentamente, echan las sillas hacia atrás. Primero Lysander, luego Andreas. Caminan hacia mí como dos guerreros vencidos por un truco de magia.

— Adiós — dicen a la vez.

— Hasta luego — respondo, casi con cariño.

Lysander duda. Andreas ya se ha dado la vuelta cuando él dice:

— Aún no hemos decidido si nos caes bien.

— Yo tampoco he decidido si me caéis bien — respondo.

Él sonríe, y sale corriendo detrás de su hermano.

No tarda mucho en volver Sofía a la mesa después de dejar a los niños con el chófer. Viene acompañada de dos empleadas que recogen los platos con una calma profesional, mientras la ama de llaves no hace otra cosa que observarme mientras termino mi desayuno sin prisa.

La comida es maravillosa. Y no estoy siendo generosa: es, de verdad, la mejor comida que he probado en mi vida… y esto solo es

el desayuno. ¿Está mal que tenga ganas del almuerzo y esté muy arrepentida por haber rechazado la cena anoche?

Todo sabe a recién hecho, con ingredientes frescos, combinaciones pensadas, temperatura ideal. La mantequilla se derrite sobre la tostada de un modo casi científico. El zumo es dulce, pero no empalagoso. La mermelada de higo tiene un sabor que me hace cerrar los ojos un segundo.

No voy a desperdiciar nada de lo que me he puesto en el plato.

Sería pecado.

Con tanta gente pasando hambre en el mundo — y seamos sinceros, con mi paladar tan entusiasmado como está— sería casi un insulto dejar siquiera una miga atrás.

Perdóname, Dios, pienso, mientras paso el pan por el último resto de mermelada en una esquina del plato. Pero Tú sabes que es verdad. Y, en el fondo, creo que Él lo sabe.

Las monjas cocineras del convento son estupendas, pero nuestros recursos eran limitados.

Mientras como, siento el análisis detrás del silencio de Sofía. Me está estudiando. Y sigue haciéndolo hasta que dejo el plato vacío y bajo los cubiertos.

— Ven — dice tras un momento—. Te enseñaré el resto de la casa.

Me levanto y la sigo por los pasillos amplios. Camina con pasos firmes y cortos. Cada estancia que atravesamos parece demasiado limpia, demasiado callada, como si nadie viviera realmente allí. Solo la habitara.

Caminamos en silencio unos segundos, hasta que Sofía, sin mirarme, comenta:

— Han hablado más de lo esperado.

La frase es neutra. Una constatación. Pero lleva un peso sutil, como todo lo que dice.

— No les he amenazado. Solo… he aprovechado el momento — respondo en el mismo tono.

— Lo he visto.

No dice "buen trabajo". No dice "lista". Solo:

— Ten cuidado de no darles demasiada cuerda. Ellos tiran.

Asiento.

Es suficiente. Ella lo sabe. Y yo también sé que lo vio todo — incluso lo que los niños no se dieron cuenta de que mostraban.

— Los niños pasan la mayor parte de la mañana fuera, como ya has visto — continúa Sofía, dejando el asunto anterior atrás como si nunca se hubiera mencionado—. El colegio está al otro lado de la isla. Llegan poco después de las quince. Aquí ya llegan habiendo comido. Descansan una hora y, después, tienen clase de música. Después de eso, refuerzo o tiempo libre, según el comportamiento.

Señala una de las puertas.

— Sala de estudio. Tú supervisas los deberes. No intervengas, a menos que te lo pidan. Y no te ofendas si no te lo piden.

Asiento.

— ¿Y si la lían?

— Registra. Yo se lo comunico al padre.

Su tono no pretende intimidar, pero tampoco invita a relajarse.

— ¿El señor Theodorakis suele estar… presente en esas decisiones?

— Suele estar informado. Él decide cómo y cuándo reaccionar.

Traducción: castiga como quiere, cuando quiere. Y todos aquí han aprendido a no esperar consistencia.

Seguimos. Pasamos por la sala de juegos — ordenada, pero sin color. Luego por el jardín interior.

— Pueden jugar aquí, pero supervisados. El portón del fondo permanece cerrado. Y debes comprobarlo cada día. Las llaves están conmigo.

Me lo guardo todo mentalmente. Reglas, horarios, puertas.

— Baño antes de la cena. Prefieren hacerlo solos. Si necesitas ayudar, te lo dirán. De uno en uno. Nada forzado.

Se detiene frente a la puerta de la cocina.

— Puedes pedir tentempiés o comidas directamente a la cocinera, siempre que sea en los horarios correctos. En esta casa no hay "comidas por capricho".

— A mí tampoco me gustan los caprichos — digo.

Me mira un segundo. Un leve arqueo de ceja. Algo entre sorpresa y aprobación.

— Hay una cosa más — dice, por fin—. El señor Theodorakis odia los retrasos. Y detesta repetirse.

— ¿Eso significa que debo escuchar más de lo que hablo?

— Significa que debes entender rápido.

Asiento.

Me estudia un poco más. Y entonces, por primera vez, dice algo que no está en el manual.

— Ellos te han notado. Los niños. Y eso… no es común.

Me quedo callada.

— No saben si quieren que estés aquí, pero ya se han dado cuenta de que estás. Y eso ya cambia las cosas.

— ¿Cambia para quién?

— Para ti. Ellos no destruyen lo que aún están intentando entender.

— ¿Y si deciden que ya lo han entendido?

— Entonces necesitas ser algo nuevo… otra vez.

Se da la vuelta y me deja allí, entendiendo exactamente lo que quiso decir: en esta casa, ser invisible es seguro, pero ser olvidada es mortal.

6.

ALEKOS THEODORAKIS

La sede de Theodorakis Marble International en Atenas tiene treinta plantas, y la sala principal de reuniones está rodeada de paredes de cristal con vistas a una ciudad ahora dorada por el sol del final del día.

No es una vista para inspirar. Es una vista para recordar que todo está bajo control.

Me inclino ligeramente en la silla de cuero, con los dedos entrelazados sobre la mesa. Al otro lado me observan varios rostros: directores, abogados, asesores financieros. Todos esperan mi palabra final sobre la propuesta.

— Este semestre no ampliaremos la producción de la unidad turca — digo, sin alterar el tono—. Retroceder con elegancia es mejor que insistir con prisas.

Nadie discrepa en voz alta. Uno de los analistas toma notas a toda velocidad. Otro traga saliva. Leon, apoyado en un lateral de la sala con esa postura relajada de quien no necesita demostrar nada a nadie, cruza los brazos y sonríe.

— ¿Alguna objeción? — pregunto.

Es protocolo, pero todos saben que esa pregunta es puramente retórica. Alekos Theodorakis no toma decisiones por consenso. Informa.

— Entonces, damos por terminado por hoy. Quiero los informes actualizados mañana, a las veinte.

Los presentes se levantan despacio, como si temieran que la prisa pudiera parecer una falta de respeto. Sonrisas controladas, asentimientos discretos, carpetas cerradas con precisión milimétrica. Leon se queda donde está, observando la coreografía.

— Deberías cobrar entrada por estas representaciones — dice en cuanto nos quedamos solos—. O, como mínimo, un "Acuerdo de Uso de Espacio". La tensión en la sala podría generar electricidad para media Atenas.

— A ellos les gusta el drama. A mí me gusta la eficiencia.

— Ah, claro. Y la eficiencia exige que hables como si cada frase tuya fuera una cláusula contractual.

Lo ignoro. Leon no se ofende. Nunca se ofende. Se aparta de la pared y camina hasta la mesa, cogiendo uno de los vasos de cristal que dejó el servicio.

— Sabes que ha sido brillante, ¿verdad?

— Lo sé.

— E insoportable.

— Eso también.

Leon se sirve un whisky sin preguntarme si quiero. Ya sabe la respuesta.

— Sabían lo que podían esperar.

— Lo sabían. Pero tú siempre consigues ser… más.

Alzo una ceja. Él sonríe.

— Más intransigente. Más calculador. Más… — hace una pausa, buscando la palabra exacta— eficiente. Y aun así, misteriosamente, menos humano. Enhorabuena, viejo amigo. Es una hazaña.

— Si quieres emoción, vete al teatro.

Leon suelta una carcajada.

— Sabes que la mitad salió de la sala queriendo matarte y la otra mitad… quería ser tú, ¿no?

— Ambos grupos serán más útiles mañana de lo que han sido hoy.

Él ríe, hace girar el vaso y se sienta en una de las sillas giratorias.

— ¿Sabes lo que creo?

— No.

— Creo que deberías mandar poner un altar aquí. Una estatua tuya, quizá. De mármol, por supuesto. Nada más simbólico.

— ¿Y luego qué? ¿Romperla cada semana para recordarle al equipo que nadie es insustituible?

— Exacto. Has pensado eso demasiado rápido, y eso me preocupa un poco.

La luz de la ciudad empieza a reflejarse en las paredes de cristal. Leon apoya los codos sobre la mesa y me observa con esa mirada atenta de quien me conoce mejor que nadie aquí.

— ¿Y entonces? ¿Vas a seguir fingiendo que no estás curioso?

— ¿Sobre?

— La niñera.

Silencio.

— O, si lo prefieres, la emoción que te faltaba, encarnada en forma de exnovicia de veinte años. ¿Ya has descubierto si iba a ser monja de verdad?

Miro de reojo y me encuentro a Leon sonriendo. Siempre lo hace. Pero Leon no sonríe solo por ligereza. Provoca para exponer grietas. Y lo peor: se le da bien.

— Creía que íbamos a hablar de negocios — comento.

— Ah, pero lo estamos. Estás obsesionado con una contratación temporal que no pediste, no validaste y que, según tu historial, debería haber abandonado el puesto en 48 horas. Vamos por la tercera semana. Eso ya afecta a tu rendimiento.

— No estoy obsesionado.

— Te sabes su nombre. Eso, viniendo de ti, ya es grave.

Respiro. Me levanto y cojo la carpeta de la cabecera de la mesa. Leon sigue ahí, sin molestarse siquiera en fingir que no le interesa.

— ¿Sabes qué me molesta? — digo, como al pasar.

— Muchas cosas, pero tengo curiosidad por la elección de hoy.

— La permanencia. El silencio. El… comportamiento.

— ¿El de ella?

— El de los niños.

Deja de hacer girar el móvil. Ahora sí me mira con atención.

— ¿Están reaccionando?

— Según los informes de Sofía… sí.

Leon inclina la cabeza, casi divertido.

— Y eso te molesta. Porque ella no se rompió.

— Me molesta porque los niños nunca reaccionaron a nada — corrijo.

— No hasta ahora.

Nos quedamos callados un momento. Atenas palpita fuera con luces y ruidos apagados. Aquí dentro solo existe la incómoda sensación de que Leon tiene razón. Y de que eso importa más de lo que debería.

Me siento de nuevo, pero esta vez en una de las sillas laterales. Me paso las manos por el pelo y dejo que los ojos se me cierren un instante.

Leon no habla. Solo observa. Conoce el valor del silencio — es una de las pocas razones por las que todavía soporto estar cerca de él con cierta frecuencia.

— Entonces — dice por fin, como quien chasquea una rama seca con la punta del zapato—. ¿Ya has descubierto si era una novicia de verdad?

Abro los ojos.

— No lo era — respondo, seco.

— Pero vestida como una sí estaba, el día que… ¿cómo lo describiste?

— Empapó el vestíbulo de entrada.

Leon se ríe.

— Una entrada impactante.

Suelto una risa corta y áspera. ¿Cómo puede alguien ser tan deliberadamente irritante?

— Literalmente.

— ¿Y?

— ¿Y qué?

— ¿Y qué pensaste cuando viste a esa criatura salir del temporal pareciendo una mezcla de monja y pollito mojado?

Miro la ciudad a través del cristal.

Pensé que era un problema. Una molestia temporal. Una estadística a punto de cumplirse. Pero me intrigó que, incluso allí, de pie sobre el mármol blanco, formando un charco con la falda goteando y los zapatos hundiéndose como si el agua arrastrara pecado, me mirara como quien espera misericordia.

Y no la recibió.

No dije nada. Ni una palabra. Estaba convencido de que aquella sería la primera y la última vez que posaba los ojos en la chica. Pero miré. Más tiempo del que suelo mirar, es cierto. Solo porque aquello no era el tipo de cosa que estaba acostumbrado a ver. Había demasiados absurdos que registrar.

— Que sería una más — le respondo a Leon, guardándome la mayor parte de la verdad—. Y que en una semana probablemente estaría importando una nueva niñera de Londres. Al menos los niños tendrían una especie de inmersión en inglés.

— ¿Y eso fue todo? — pregunta Leon, arqueando la ceja, dejando claro que no se cree ni por un instante que solo fuera eso—. ¿Tenías una monja empapada en tu vestíbulo y lo único que pensaste es que duraría menos que la niñera anterior?

Me encojo de hombros.

— Bueno… parece que estabas equivocado, amigo. Ella sigue ahí.

— Casi tres semanas — reflexiono—. Una semana más, y superará el tiempo de permanencia de las tres anteriores.

Leon silba, fingiendo estar impresionado.

— ¿Es guapa? — pregunta, y aparto la mirada del vacío para mirarlo a él. Sus ojos azules brillan con diversión, y su rostro de piel muy clara lleva una sonrisa colgada en la comisura de los labios—. Quizá mis sobrinos han sido hechizados. Quizá, igual que yo, incluso tan jóvenes, ya son víctimas de la incapacidad absoluta de resistirse a una mujer guapa.

— Si tu teoría fuera cierta, mi vida sería mucho más fácil. Ya han tenido niñeras guapas antes.

— ¿Entonces es guapa? — insiste, y no me esfuerzo en contestar, porque la única imagen que tengo de la chica es la de un ratón mojado con un hábito obviamente demasiado grande para su cuerpo bajo. Y que eso fuera evidente incluso con la ropa empapada pegada a ese cuerpo dice mucho.

Leon chasquea la lengua.

— Creo que tendré que descubrirlo por mí mismo — dice, cuando no le respondo—. Tal vez haga una visita a Atenas muy pronto.

Suelto un suspiro irritado.

Leon se recuesta, gira la silla para mirar una de las ventanas.

— Me encontré con tus suegros en un acto benéfico la semana pasada — dice, como si cambiara de tema. Pero no cambia. Mi humor empeora.

— Imagino que estarían encantados de verte. Alguien civilizado en su círculo.

— Preguntaron por los niños.

— Siempre preguntan. Nunca proponen nada.

— ¿Aún quieren la custodia?

— No formalmente. Pero no paran de insinuar que podrían hacerlo mejor. Evitar verlos se ha convertido en un tipo de juego que me produce una satisfacción inmensa. Incluso en Navidad.

Leon me mira.

— ¿Y por qué no cortas de una vez?

— Porque siguen siendo los abuelos de mis hijos.

Silencio. No pregunta porque no lo sepa. Pregunta para recordármelo.

— Ya no están aquí — respondo.

— Pero todavía están en ti.

— No lo romanticices.

— No. Solo reconozco los síntomas.

Me quedo mirando el cristal.

Mis padres murieron un año antes de que nacieran los niños. Accidente de coche. Noticiario. Ataúd cerrado. Velatorio breve, ceremonia grandiosa. Un gran legado llorado. Ninguna lágrima real. Ninguna conversación de verdad. Nunca la hubo.

Nunca supieron que tendrían nietos. Y, si lo hubieran sabido…

Solo habrían celebrado el éxito del acuerdo cuidadosamente orquestado que fue mi matrimonio. Ellos encontraron a la novia, negociaron los términos, y yo dije que sí. Era mi papel.

Los herederos, para ambas familias, eran el objetivo final. Y eso era lo único que importaba a Zoe y Aécio Theodorakis. No los echo de menos. Solo el eco de lo que no hubo.

Leon no dice nada durante unos segundos. Se limita a estar allí, con el vaso en la mano y la cabeza ligeramente inclinada, como si evaluara la profundidad del silencio entre nosotros.

— Sabes que este no es un tipo de duelo que se pase, ¿no? — dice por fin, sin dramatismo.

Asiento con un leve movimiento de cabeza. No por aceptación, sino por cansancio.

— Por eso evitas a tus suegros — continúa, ahora más bajo—. Porque con ellos, la historia se repite. Expectativas. Apariencias. Y tú… ya sabes cómo acaba.

— Con dos hijos criados por niñeras y un padre que lee informes diarios en vez de hablar — respondo, seco, levantándome—. Y aún tengo que leer el de hoy, y quiero hacerlo en el ático.

Leon se levanta también y se cruje los hombros.

— Entonces ve, general. Ve a comprobar si los soldados siguen firmes en el campo de batalla.

Pasa a mi lado y, antes de salir, añade:

— Solo ten cuidado. A veces lo que parece rendición… es infiltración.

Y desaparece por el pasillo, dejándome a solas con una de las muchas declaraciones enigmáticas que a mi amigo siempre le encantó soltar.

El silencio es demasiado cómodo para el gusto de alguien que nunca aprendió a ser escuchado.

Cojo la chaqueta, la carpeta y voy hacia el ascensor privado que me llevará al ático del edificio, donde tengo el apartamento que uso cuando estoy en la ciudad, no por lujo, sino por practicidad.

Mi único motivo para venir a Atenas es el trabajo, así que tiene sentido que el desplazamiento entre él y el lugar donde voy a dormir sea lo más corto posible.

El panel digital muestra los números subiendo y me cruje el cuello, preparándome para hacer lo que hago todos los días en cuanto dejo atrás los compromisos profesionales. Hoy, sin embargo, hay una extraña sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, encontraré en ese informe algo que sea distinto a lo estable.

Las puertas se abren directamente al salón del ático.

El apartamento en Atenas es un reflejo diluido de la casa de la isla: líneas rectas, cristal antirruido, acero cepillado y muebles sobrios en tonos grises. Pero aquí hay menos espacio, menos historia y, por eso, menos fantasmas.

Aquí solo soy lo que me entrenaron para ser. Un hombre funcional.

Dejo la carpeta en el suelo, a los pies de la mesa de centro.

Lanzo la chaqueta sobre el respaldo de la silla y aflojo el primer botón de la camisa después de arrancarme la corbata, enrollarla y meterla en el bolsillo.

Me siento en el sillón junto a la estantería, apoyo el codo en el brazo acolchado y tiro de la carpeta para sacar la tableta.

La interfaz se abre directamente en la aplicación donde recibo los informes diarios de los niños. Instituida por mí hace cinco años. Un método. Un sistema. Una forma de seguir sin invadir — y de controlar sin participar.

13:42 — Los niños comieron sin incidentes. Buena aceptación del plato principal (pollo a la plancha, arroz, verduras al vapor). Hablaron espontáneamente entre ellos y con la niñera. Pasearon por el jardín supervisados. Tarde libre, pasaron parte del tiempo en la sala de música. Sin quejas.

Todo… normal.

Casi demasiado normal.

16:03 — Pequeño desacuerdo durante el juego de mesa. Resuelto entre ellos, sin intervención adulta. Niñera presente. No

hubo quejas. Ambos parecían… risueños.

¿Risueños?

Dejo de deslizar.

17:30 — Preparación para el baño sin resistencia. Comentaron entre ellos sobre la niñera. "Es rara. Pero rara buena." Expresión usada por Lysander. Andreas estuvo de acuerdo.

Mantengo la mirada fija en la pantalla más tiempo del que debería.

"Es rara. Pero rara buena."

No es el tipo de cosa que dicen mis hijos. No confían.

No se exponen. Nunca les ha gustado nadie.

Cierro los ojos un instante y, cuando los abro, sigo leyendo.

20:47 — Cena tranquila. Informe informal de la niñera sobre el gusto alimentario de cada uno. Acertó con ambos. Comentario de ella: "Lo cuentan todo. Solo que no saben que lo están contando."

Entorno los ojos.

Sofía nunca incluye frases entre comillas.

Sabe el peso que tienen las palabras para mí. Si lo incluyó, fue porque quiso que yo lo viera.

Thalia está prestando atención. Demasiada.

Deslizo el dedo hasta el final del texto.

Observación final: Ella no les teme. Y ellos todavía no saben qué hacer con eso.

Dejo la tableta sobre el regazo.

¿Qué estoy sintiendo?

No es irritación. No es sorpresa. Es… algo entre ambas.

No estoy enfadado con ella. Pero el hecho de que esté ahí, actuando con naturalidad, volviéndose relevante… me incomoda.

Está sobreviviendo. No debería. ¿Por qué está sobreviviendo?

Y los niños… se están riendo. Riendo.

Desde hace casi tres semanas, mi casa se ha convertido en otra cosa.

Y yo no estaba allí.

Me levanto, camino hasta el bar, cojo un vaso. Me sirvo agua, no bebo.

Miro mi reflejo en la ventana. Veo toda la ciudad detrás de mi cara. Veo a un hombre que ha perdido el control de su propia casa.

Y ni siquiera sabe si quiere recuperarlo… o simplemente entender quién lo desafió de manera tan sutil.

Cojo el teléfono y escribo despacio.

Alekos: Reprograma mi vuelo.

Kayo: ¿Para cuándo, señor?

Vuelvo a mirar el informe.

Ella no les teme.

Alekos: Mañana.

7.

THALIA ESPERAKIS

— Hola, Dios… — digo con los ojos cerrados y las manos entrelazadas, apoyadas sobre el colchón. Mis rodillas, apretadas contra el suelo… no porque esté incómoda, sino porque hacía demasiado tiempo que no me acordaba de moverme.

Mi voz sale baja, pero firme. Él ya está escuchando, lo sé. Pero necesito decirlo igual.

— Sé que Tú ya lo sabes todo, como siempre. Pero… Tú me conoces. Necesito decirlo en voz alta para entenderlo bien.

Hago una pausa.

— Está todo… distinto. No mal. Solo distinto.

Me recoloco un poco, como si fuera posible alinear también la postura del alma.

— Es raro despertarse sin las campanas, sin la rutina, sin las voces de siempre. Aquí todo parece demasiado grande, demasiado alto, demasiado callado. Pero hay momentos… pequeños, así, que son bonitos. Que me hacen parar y pensar que quizá sea bueno estar aquí. No mejor. Solo… necesario.

Abro los ojos y miro la cortina balanceándose despacio con el viento.

— Y los niños…

Respiro. Sonrío apenas.

— Aún ponen a prueba. Aún montan bromas. Aún fingen que no me escuchan cuando quieren volverme loca. Pero también… me miran. Se fijan. A veces preguntan cosas y ni siquiera se dan cuenta de que están preguntando. Y yo intento… no romper eso. Intento no asustar lo poco que me están ofreciendo. Y, al mismo tiempo… estoy agotada. Porque es cada día. Cada minuto. Un campo minado de emociones que no sé nombrar.

Aprieto los dedos con más fuerza.

— No es confianza. Todavía no. Me ponen a prueba incluso cuando se ríen. Lo sé. Pero hay momentos en los que… parece que sí. Que va. Que está yendo. Y me aferro a esos momentos como quien sujeta una vela en mitad de una tormenta.

Me quedo en silencio. Respiro una vez más.

— Y sigo rezando todos los días. Sigo hablando Contigo como siempre. Pero yo también estoy distinta. No perdida, solo… rara. Echo de menos el convento. Echo de menos casa. Y quiero volver

cada día, incluso creyendo que empiezo a entender por qué me trajiste aquí y sabiendo que, por eso, me voy a quedar. Pero no sé si cuando vuelva, seguiré siendo la misma que salió, porque… creo que ya no lo soy ahora, y aún no ha pasado ni un mes entero.

Cierro los ojos otra vez. La voz me sale más baja ahora:

— ¿Los cuidas, Dios? ¿A Andreas y a Lysander? Esos proyectitos de persona tienen más cosas dentro de las que el mundo cree. Cuida también de doña Sofía: finge que no le importa, pero le importa demasiado. Y sigue cuidándome a mí también, claro, por Tu amor, que a veces creo que lo estoy haciendo bien… y a veces me siento como una niña con ropa prestada. No es que esa sensación sea nueva para mí, ¿verdad? Y…

Se me cierra un poco la garganta.

— Cuida también del señor Theodorakis. Aún no lo conozco de verdad, pero… es como si estuviera en todo. La casa entera huele a alguien que no está, pero manda.

Es extraño. A veces parece que me está mirando desde detrás de cada puerta. Como si, incluso ausente, fuera imposible olvidarse de él, y yo solo lo vi una vez. ¿Sabes que no hay fotos suyas por la casa, Dios? Claro que lo sabes. Pero ¿no es raro? No hay ninguna foto. Perdona, Dios… me estoy dispersando. En fin, cuídalo también. Creo que Te necesita mucho. Muchísimo.

Abro los ojos. Un "amén" susurrado se me escapa por fin, y me levanto despacio, masajeándome las rodillas.

Y, como si solo estuviera esperando a que terminara mi oración, el móvil vibra sobre el escritorio. Mi pantalla agrietada parpadea con una notificación:

Videollamada — Madre Agnes (convento).

Sonrío.

Claro. ¿Quién más tendría la conexión necesaria con Dios para saber que acabo de rezar justo ahora?

El móvil vibra por segunda vez y deslizo el dedo con cuidado, esperando que la cámara frontal funcione bien.

Tarda unos segundos. Y la primera imagen que aparece es un techo blanco.

— ¡Hermana Lucía, has vuelto a girar la cámara! — refunfuña la hermana Clara, con la voz amortiguada.

— ¡Yo no he sido, has sido tú que le has dado al botón! — replica la hermana Lucía, con ese tono indignado de quien no admite culpa ni aunque Dios se ponga a su lado para confirmarlo.

— ¡No oigo nada! — se queja Madre Agnes, y su frente aparece medio centímetro por debajo de la lente, como si intentara meterse dentro de la pantalla por pura fuerza de voluntad.

— ¡Es que te has silenciado, Madre! — grita la hermana Clara, probablemente muy cerca.

La cámara se pone boca abajo. Luego en un ángulo lateral, que solo muestra un hábito temblando y una estantería con libros santos al revés.

Después, una mano tapa la lente, suena un clic seco y por fin aparecen las tres. Apretadas, inclinadas, como si estuvieran peleándose por oxígeno dentro de la pantalla.

— Ahora sí — dice la hermana Lucía, como si acabara de ganar una batalla espiritual.

— Buenas noches, chicas — digo, y la sonrisa se me abre sola en la cara.

— Buenas noches, hija — responde Madre Agnes, con la voz más serena ahora—. ¿Sigues viva?

— Milagrosamente — respondo—. Y alimentada.

— ¿Alimentada cómo? — pregunta la hermana Clara, entornando los ojos—. No habrás abusado de la suerte con los postres, ¿eh?

— Hermana Clara, si usted probara la mermelada de higo de esta casa, hasta la hermana Teresa dejaría su ayuno intermitente.

Se ríen. Incluso Madre Agnes intenta disimular una sonrisa tapándose con la mano.

— ¿Cómo ha ido la semana? — pregunta Madre Agnes.

Suspiro, preguntándome si va a caber todo en una videollamada de diez minutos, que es el tiempo que tenemos todos los jueves desde que llegué aquí.

— Aún sorprendente.

— Explícanos eso — pide la hermana Clara.

— Descubrí que la ducha tiene tres tipos de chorro — cuento, con una exageración teatral—. Uno de ellos… parece una caricia. Salgo del baño creyendo que me voy directa al cielo, de lo bendecida que me quedo.

De nuevo se ríen, y esta vez mucho menos contenidas.

— ¿Postres a voluntad y una ducha que parece una caricia? Estoy empezando a creer que va a ser fácil perderte con ese patrón — murmura la hermana Lucía, cruzándose de brazos.

— Aún ni he hablado de él. Pero os va a encantar la historia de Sofía.

— ¿La ama de llaves? — pregunta Madre Agnes.

— La misma. Imagínensela a usted. Ahora multiplíquenla por tres y quítenle el humor.

Me aparto de la cámara, me acomodo en la cama, saco pecho y pongo la postura más rígida que puedo:

— "Señorita Esperakis, acompáñeme. A los niños no les gusta el desorden a la hora del baño. Al señor Theodorakis tampoco."

Pongo la voz grave y recta, como la suya. Y las tres… se mueren de risa.

— ¡Te van a pegar! — avisa la hermana Lucía, entre carcajadas.

— Si desaparezco de la llamada sin avisar, ya sabéis el motivo.

— Pero ¿y ella? ¿Te cae bien? — pregunta Madre Agnes, recuperando ese tono que solo ella sabe usar: mezcla de cariño y radar emocional.

— Yo… la respeto. No se puede querer a alguien de quien aún no sabes si es humana o un sistema de mando. Pero hay algo en ella… que cuida. Incluso cuando parece que no.

Las tres se miran.

— ¿Y los niños? — pregunta la hermana Clara, con suavidad.

Pienso un momento. Respiro.

— Aún me ponen a prueba. Aún me miran buscando una grieta. Pero… me cuentan cosas. Sin querer. Y a veces… incluso a propósito.

— Te importan — dice Madre Agnes.

— Claro que me importan. Están… vivos. Con todo lo que eso implica.

— ¿Y tú? — pregunta la hermana Lucía—. ¿Tú también estás viva ahí?

Me río, pero bajito.

— Lo intento, hermana.

La llamada se queda en silencio. De esos silencios que no duelen, pero abrazan. Que solo existen cuando al otro lado hay quien entiende incluso lo que no dices.

— Estás distinta — comenta la hermana Clara, casi como si se lo preguntara.

— Es la cámara — respondo, intentando quitarle hierro—. Creo que se activa solo el filtro de pecadora cuando pasas demasiado tiempo fuera del convento.

Las tres sonríen, pero la mirada de Madre Agnes sigue firme en la pantalla. Conozco esa mirada. Ya la he visto antes de novenas difíciles. Antes de decisiones que lo cambian todo.

— Pareces más llena de mundo — dice, sin rodeos—. Pero con la misma cantidad de corazón.

— ¿Eso es malo?

— Es bonito. Y peligroso.

— Tengo los dos pies en el suelo, Madre — juro.

— ¿Y el corazón?

— Ese… aún estoy intentando enseñarle a andar. Aquí fuera todo es demasiado grande.

— Entonces cuídalo bien — advierte la hermana Lucía—. Porque nadie más va a saber dónde está, si lo sueltas.

— Sobre todo en casas donde todo es bonito, huele bien y… es masculino — añade la hermana Clara, arqueando las cejas.

— ¡Hermana! — protesto, entre risas y escándalo.

— Qué, es verdad. Nadie está diciendo que vaya a pasar nada. Solo que tú eres mujer. Él es hombre. Y a Dios le encanta ponernos a aprender en los lugares menos apropiados.

— Yo aún ni he hablado bien con él. ¿Ya os he dicho que es como… la ausencia de Dios en forma de patrón?

— Y aun así rezas por él — dice Madre Agnes, en voz baja.

Eso me desmonta un poco. Por supuesto que lo sabe.

— Es que… parece solo.

— Todo el mundo parece algo. Lo difícil es lo que son de verdad — comenta la hermana Lucía—. Y tú siempre has tenido ese defecto. Crees demasiado en lo que ves. Y en lo que quieres ver.

— Ahora estoy más lista, madre. Y para su información, que te ignoren en la puerta durante tres segundos no puede considerarse

ver.

— Solo no dejes de ser dulce — responde—. Porque si nos endurecemos demasiado por miedo a que duela, ya no cabe nadie dentro. Ni Dios.

Me quedo callada unos segundos. Guardo esas palabras donde sé que van a acompañarme mañana.

— Te queremos — dice la hermana Clara, con una sonrisita tonta.

— Incluso desde lejos — completa la hermana Lucía.

— Y rezamos por ti todas las noches — concluye Madre Agnes.

— Gracias… — se me quiebra un poco la voz—. Vosotras sois mi casa.

— Entonces no lo olvides: casa es donde siempre se puede volver. Pero también donde se aprende a salir.

La llamada termina entre besos, bendiciones y promesas de nuevas conversaciones pronto.

Me quedo un rato con el móvil en la mano.

Con el corazón lleno de voces que no lo dicen todo, pero dicen lo esencial.

Y una sensación tranquila, casi imperceptible, de que algo está a punto de cambiar.

8.

ALEKOS THEODORAKIS

No avisé de que llegaba.

El chófer baja mi maleta mientras yo subo los escalones de piedra. La brisa de la isla está más cálida de lo que esperaba. El sonido del mar a lo lejos es el mismo. Pero la sensación…

No lo es.

Saco la llave de la casa — sí, tengo una llave, aunque haya un sistema de acceso digital. Vieja costumbre— y la meto en la puerta principal. Pero me detengo.

Hay sonido.

No de pasos. No de voces. Un sonido de ritmo. De música.

Rodeo la casa por un lateral, siguiendo el sendero de piedra que lleva al jardín interior. Los árboles se mecen despacio. En el aire hay olor a madera y lavanda. Y el sonido… más nítido ahora.

No es música. No de verdad. Es una simulación.

Cuando llego al jardín, me quedo quieto y encuentro lo que no debería estar allí.

Andreas está golpeando cubos de plástico puestos boca abajo, colocados como una pequeña batería improvisada. Unas cucharas de madera hacen de baquetas. El ritmo es pésimo. Pero su sonrisa es… genuina.

Lysander sostiene algo que parece una caja de cartón con gomas pegadas por encima. El sonido es metálico y sin precisión, pero él finge rasguear como si tocara un bajo invisible.

Y en el centro de todo, coordinando, riéndose, marcando el compás con los dedos, está la niñera.

Sentada en un taburete, Thalia marca el ritmo con el pie. Lleva el pelo recogido de forma práctica y sostiene una carpeta sobre las rodillas donde, imagino, ha hecho una partitura falsa para acompañar la "clase".

No están solo jugando, me doy cuenta.

Están "estudiando".

Lysander suelta una carcajada. Andreas se equivoca de tempo y Thalia lo corrige con un toque en el hombro y un gesto rápido de la mano, como una directora paciente.

Me quedo inmóvil más tiempo del que debería. Ellos no me ven. Aún no. Y por algún motivo, no me gusta. No me gusta haber vuelto a casa y sentirme como un extraño en mi propia propiedad.

Cruzo los brazos. Sigo observando un rato más.

Ningún sonido tiene sentido real. Pero hay ritmo. Movimiento. Una especie de sincronía torpe. Todo en mí se irrita.

No porque sea caótico.

Sino porque es intencionadamente caótico.

Nada de aquello estaba en la planificación de la casa.

No es piano. No es arpa. No es música formal.

Es invención.

Improvisación.

Descontrol.

La niñera sonríe. Corrige el golpe de Andreas con un gesto rápido de la mano. Dice algo que no oigo, pero Lysander se ríe. La siguen. La miran, sin verme todavía, hasta que yo me muevo.

El sonido se detiene.

La niñera se gira y sus ojos me encuentran allí. Su cara es demasiado expresiva, noto, cuando la sorpresa se dibuja en ella solo

para ser sustituida casi de inmediato por otra cosa. Algo más duro. Algo que se niega a retroceder.

Se levanta con calma, se alisa la camisa, pero no baja la mirada.

— Señor Theodorakis… — dice.

— ¿Ha terminado la clase?

— Solo estábamos… improvisando — responde. Firme. Sin titubeos.

— Eso está muy lejos de lo que yo entiendo por enseñanza musical.

— Lo cual no significa que ellos no estén aprendiendo.

Su tono es contenido. Pero hay convicción. Y eso es lo que me saca de quicio. Andreas traga saliva. Lysander retrocede medio paso. Ella no.

— Una conversación, señorita Esperakis — informo, señalando hacia la mansión.

Asiente. Ni una gota de sumisión.

— Claro.

— En mi despacho. Cinco minutos.

Me doy la vuelta sin mirar atrás, pero sabiendo que ella no se ha movido. Y el silencio… grita como una partitura que no pedí leer.

***

— Adelante — respondo a unos golpes suaves exactamente cinco minutos después.

La niñera abre la puerta y entra. Cierro el portátil, entrelazo las manos sobre la mesa y la observo en silencio. Ella se queda de pie frente a mí, con la postura firme y los ojos abiertos por una curiosidad alerta.

— Señorita Esperakis — empiezo, despacio—. Permítame ser claro con una cosa.

— Claro — responde. Educada, pero sin retroceder ni un milímetro.

— Las rutinas de esta casa no son sugerencias. Se establecieron con un propósito: garantizar orden y estabilidad en la vida de mis hijos. ¿Lo entiende?

Me observa un instante antes de contestar:

— Lo entiendo.

— Y aun así decidió ignorar la programación de las clases de música.

— No la ignoré. La sustituí.

— Por algo que no estaba previsto.

— Por algo que estaba funcionando — replica con una ligereza desconcertante—. Los niños odiaban las clases anteriores. Se resistían, se irritaban y no aprendían absolutamente nada. Ahora están interesados. Y si están interesados, van a aprender. ¿No es ese el objetivo?

— El objetivo es la estructura — digo, conteniendo la impaciencia que me sube por la garganta.

— Creí que el objetivo eran ellos — responde, sin ceder un centímetro—. Su desarrollo.

Inclino la cabeza despacio. Está demasiado tranquila. Demasiado segura.

— Lleva aquí solo tres semanas. No sabe lo suficiente sobre mis hijos ni sobre mis razones como para cuestionar las reglas.

— Tiene razón — concede, serena—. No lo sé todo. Pero sé lo suficiente para ver que la rigidez no funciona con ellos. No para todo. Son niños. Necesitan espacio. Expresión. Y eso no existe tal como está organizada esta casa ahora.

Entrecierro los ojos.

— Tiene demasiadas opiniones para alguien cuya función es obedecer órdenes.

— Mi función es cuidar de sus hijos — responde, casi con suavidad—. Y eso es lo que estoy haciendo.

Guardo silencio un momento.

Esto está yendo demasiado lejos. Ella es solo la niñera. Una novicia terca enviada por monjas a una misión que claramente supera sus habilidades. ¿Quién es ella para enfrentarse a mí así?

— No vuelva a hacerlo sin mi autorización — digo, midiendo cada sílaba.

— Muy bien. ¿Y puedo pedirle su autorización ahora?

Arqueo una ceja.

— ¿Se está riendo de mí?

— No — responde con una sinceridad tan absoluta que me desconcierta—. Solo pensé que sería más práctico resolverlo ya, puesto que usted está aquí.

Se instala un silencio tenso entre nosotros. No es un desafío abierto ni una provocación. Es solo una lógica simple que desmonta algo en mí que ni siquiera debería haberse movido.

— ¿Siempre es así? — pregunto, en voz baja.

— ¿Así cómo?

— Impulsiva. Terca.

— Yo prefiero "determinada" y "adaptable" — responde, y se le eleva la comisura de la boca en una sonrisa contenida.

Respiro hondo. La miro con atención por primera vez desde que entró. Ya no es aquella chica empapada, intimidada y tímida que llegó al vestíbulo hace tres semanas. La mujer frente a mí es otra cosa.

— No está en el convento, Thalia. Aquí hay consecuencias.

Ella sonríe. No una sonrisa insolente, sino cargada de ese sarcasmo ligero que me mantiene alerta.

— Ah, no me diga. Y yo que creía que ser castigada por un Dios omnisciente era el máximo de presión que una mujer podía soportar — suelta, con una sonrisa pequeña, y por un segundo me quedo sin reacción. ¿Cómo dice? — La diferencia — continúa, encogiéndose de hombros—: también hay consecuencias en el convento, señor Theodorakis. Y allí aprendemos a convivir con ellas, no a huir de ellas. Por eso estoy dispuesta a asumir las de mis elecciones. Sobre todo si son consecuencias que van a hacerles bien a sus hijos — dice, sin apartar los ojos de los míos. Una mirada que no vacila.

Intrépida.

No sé qué me molesta más: el tono, la seguridad o el hecho de que acaba de escuchar una amenaza en voz baja… y, aun así, está absolutamente tranquila.

Me inclino un poco hacia delante.

— Esto no es una prueba espiritual, señorita Esperakis. No estoy aquí para adoctrinarla. Estoy aquí para asegurarme de que mi casa funcione como debe.

Ella no retrocede. No parpadea. Solo observa.

— Hoy — dice, y yo frunzo el ceño.

— ¿Qué?

— Hoy usted está aquí. ¿Y mañana? ¿Lo estará?

— No le corresponde especular sobre mi rutina — digo, con la voz más baja, pero firme.

— Muy bien. Pero sí me corresponde especular sobre las rutinas de sus hijos, señor. ¿Y si lo que ya funciona está impidiendo que algo mejore? — pregunta de nuevo, ignorando mi tono de reprimenda como si nunca hubiera existido.

Y, por un instante, no respondo.

La pregunta es simple, pero me irrita profundamente. No porque sea irrespetuosa, sino porque es incómoda. Como absolutamente todo en esta mujer que no mide mucho más de metro y medio, con la cara limpia de maquillaje, mirándome como si yo fuera su subordinado, y no al revés.

Y lo hace no porque esté intentando ganarme.

Lo hace porque simplemente… está razonando. Como si estuviera en posición de hacerlo. Como si tuviera ese derecho.

Me recuesto en la silla de nuevo, cruzo los brazos.

Y me doy cuenta de que estoy tardando en cerrar esta conversación.

Más de lo que debería.

Más de lo que suelo.

— Seré claro — digo por fin—. No cambia nada más en esta casa sin hablar conmigo antes. ¿Estamos entendidos?

— Perfectamente, señor — responde, educada.

Por un instante creo que ahí termina. Pero queda algo flotando. Una línea sin cerrar. Una información que hay que decir. No por respeto: por eficiencia.

— A pesar de mi recibimiento hoy… — digo, eligiendo las palabras —, su permanencia aquí ha superado mis expectativas iniciales.

Parpadea, sorprendida, y sonríe de forma breve, casi incrédula.

— Señor, yo aún no llevo ni tres semanas completas aquí.

— Mis expectativas eran bajas — respondo, seco.

Ella suelta una risita corta. Sin humor.

No responde. Y no hace falta. Porque ya estoy regresando a la lógica.

— Igual que hay consecuencias para los comportamientos inadecuados, también las hay para los adecuados — digo, y ella levanta un poco la barbilla, atenta. Evaluando—. En ocho meses, mis hijos cumplen siete años. Entonces tendrán la edad mínima para ser trasladados al internado suizo donde estudié. Es lo que está planeado desde que nacieron.

La niñera no se mueve. Pero algo en su expresión cambia.

Una sombra de incomodidad.

La ignoro.

— Si permaneces en la casa hasta entonces, recibirás un bonus. Generoso.

Aún no sé la cifra exacta. Pero da igual.

La mujer frente a mí — con una convicción más grande que su cuerpo— está gestionando a los niños. No solo sobreviviendo. Organizándolos. Conduciéndolos. Incluso cuando improvisa — y eso aún me irrita, pero también me resulta útil—, mantiene su estructura en pie.

El reto que viene con su utilidad es una novedad. Una que no me gusta. Pero me gusta todavía menos hacer nuevas entrevistas porque mis hijos se comportan como plagas.

¿Podrían estar simplemente jugando con la comida antes de devorarla? Sí. Pero quizá la promesa de una recompensa económica alta sea el estímulo necesario para mantener esa fuerza terca exactamente donde necesito que esté: operando bajo control.

Estoy a punto de dar por terminada la conversación, casi firmando por dentro la decisión de que ella es, en efecto, útil. De que esta ecuación funciona.

Cuando cuatro palabras, dichas entre dientes, me pillan desprevenido.

— Ni siquiera les has hablado.

Me alcanza en movimiento, cuando estoy a punto de girar la silla hacia la mesa. Me detengo.

Giro la cara, despacio.

— ¿Qué?

Me está mirando. Pero sus ojos ya no son los de hace unos minutos. Ahora están encendidos. Profundos. Irritados.

Pero es un tipo de irritación que nace desde dentro, como si llevara días intentando contenerse… y ya no pudiera.

— Has estado casi tres semanas fuera — continúa, la voz firme—. Has llegado, has interrumpido algo que les estaba gustando, y ni siquiera te has dirigido a ellos.

— Están acostumbrados a mis viajes — respondo, automático.

— A tu ausencia, quieres decir. — El tono no sube. Pero el aire a su alrededor parece vibrar. Ella respira hondo. Una vez. Luego otra. — Pues no deberían.

Da un paso hacia mí. Solo uno. No amenaza. Pero llena el espacio.

Se le ha puesto la cara más roja. La piel bronceada manchándose de una emoción mal contenida. Entrelaza las manos detrás de la espalda con demasiada fuerza… como si estuviera impidiendo que los brazos se movieran por impulso.

— Tus hijos… no quieren cucharas de plata ni educación europea. Quieren… a su padre.

— Creí que ya habíamos hablado de que no conoces a mis hijos lo suficiente como para saber lo que quieren.

Ella suelta una risa baja. Casi irónica. Pero sin desprecio.

— Sí — dice, negando despacio con la cabeza—. Los conozco desde hace poco. Y aun así, en estas tres semanas yo he estado más presente para ellos que tú… ¿qué? ¿En el último año entero?

No me deja responder.

— ¿Qué dice eso de ti, señor Theodorakis?

Se me endurece la mandíbula.

— ¿Eso es un juicio?

Ella recoge un poco la barbilla, pero no la mirada.

— Es una constatación.

No grita. Pero ahora habla demasiado deprisa. Como quien lleva demasiado tiempo tragándose lo que siente.

— Lo veo. Todo el tiempo. Ellos no hacen lo que hacen porque sean malos, o crueles, o porque ya estén perdidos.

Lo hacen porque están buscando. Buscándote a ti.

Poniéndote a prueba para ver si, de alguna manera, van a conseguir lo que quieren. Aunque sea por error. Aunque sea por castigo.

Respira como quien intenta retener algo a medias y falla.

— Y ahora que, quizá, solo quizá, están empezando a entender que no necesitan equivocarse para conseguir atención… ¿tú crees que eso significa que puedes deshacerte de ellos más rápido?

Niega con la cabeza, y suelta una risa seca.

— ¿Y tienes la cara dura de ofrecerme un bonus? ¿Para mantener a tus hijos fuera de tu vista?

Ya no controla tanto el cuerpo. Se le levantan los hombros. Las manos se mueven. Los pies se plantan en el suelo como si quisiera anclarse a lo que está diciendo.

— ¿Esto qué es? ¿Una casa… o una empresa subcontratada?

No consigo responder.

Porque nada de lo que diga ahora va a sonar como algo que merezca ser dicho.

Ella se cruza de brazos. Pero no es un gesto de defensa. Es un gesto de límite.

— ¿Sabes cuál es el verdadero improviso, señor Theodorakis?

Silencio.

Respiración acelerada.

Ojos que brillan… no de rabia, sino de frustración.

— Crear una familia con los trozos que quedan después del silencio. Y eso es lo que tus hijos han estado haciendo.

Solo después de ese último bofetón verbal se detiene. Pero es como si todo a su alrededor siguiera en movimiento.

Y yo…

solo puedo mirar.

Ya me había dado cuenta de su baja estatura, pero la forma en que ha crecido para desafiarme con acusaciones que no han sonado a otra cosa que a verdad desnuda y cruda hace que la vea de verdad por primera vez.

La miro. La miro de verdad.

Thalia Esperakis mide menos de metro sesenta, quizá. Pero, jadeante, de pie en medio del despacho, con los brazos cruzados y los ojos fijos en mí, ocupa la sala entera.

Es pequeña, pero no cabe en ningún silencio. Ocupa el espacio como quien no sabe que lo está ocupando. Y quizá por eso lo ocupa aún más. Y en esos segundos breves, lo veo todo.

Veo el pelo suelto, con algunos mechones revueltos cayéndole sobre la cara. La piel dorada por el sol de la isla. Las mejillas todavía encendidas por la emoción. La boca entreabierta, como si estuviera lista para más, pero hubiera decidido parar. Y los ojos… grandes, oscuros, intensos. Más firmes de lo que deberían ser. Más bonitos de lo que recordaba.

Nada en ella está controlado. Nada en ella es previsible.

Ella es desorden.

Y yo odio el desorden.

Pero en ese momento, por algún motivo que se me escapa…

no quiero que se vaya.

No digo nada. Ella me sostiene la mirada un segundo más, luego gira la cara, retrocede dos pasos y sale del despacho.

La puerta se cierra tras ella y el silencio, por primera vez desde que volví… parece vacío.

9.

THALIA ESPERAKIS

Cierro la puerta de la habitación despacio. Como si pudiera, con eso, impedir que lo que siento entrara conmigo.

Pero entra. Claro que entra.

La discusión con el señor Theodorakis sigue latiéndome en los huesos. Como si las palabras que salieron de mi boca hubieran excavado algo aquí dentro… y ahora el vacío gritara más alto que todo.

Camino hasta el centro del cuarto. Me paro. Me doy la vuelta. Camino otra vez. No sé qué estoy buscando. No sé si quiero huir o esconderme.

Quizá solo quiero silenciar el cuerpo, porque la cabeza es un ruido constante.

No por lo que dije, sino porque lo dije. Lo dije todo.

Sin medir. Sin filtrar. Sin protegerme. Creo que una parte de mí aún está intentando entender de dónde salió exactamente tanta cosa.

Me paso las manos por el pelo, lo retuerzo demasiado solo para dejar que los mechones caigan sueltos sobre los hombros justo después. Voy al espejo y me quedo mirando mi reflejo. Casi no me reconozco.

La Thalia que está ahí tiene los ojos llenos, el pecho erguido y la cara encendida. Como si hubiera discutido con alguien por quien se preocupa.

Pero no es eso, ¿verdad, Dios?

— No es eso, Señor — murmuro, sentándome en el borde de la cama, con los dedos temblorosos entrelazados en el regazo—. Yo no

me importo por él. Me importo por lo que él no ve. Por lo que sienten sus hijos. Por lo que él ignora.

— Lo necesitan. Y él… — me detengo, trago saliva— él parece ni darse cuenta.

La voz se me quiebra un poco. Siento que el fondo de la garganta me arde. Pero no dejo que se convierta en llanto. No ahora.

Me tumbo boca arriba, aún encima del edredón, con los ojos fijos en el techo. La casa está en silencio. Claro que lo está. Él llegó. Y trajo consigo la ausencia que lo acompaña: de sonido, de vida, de comprensión. Ausencia de felicidad.

El silencio aquí no es acogedor como el del convento, con olor a pan horneándose y páginas de oración pasando en el refectorio.

Es un silencio que pesa. Que grita vacío. Que repite cada día: "Aquí, nadie se queda".

— Querría estar en casa.

La frase sale antes de que consiga tragarme el pensamiento, bajita. Querría a las monjas peleándose por espacio en la pantalla. Querría a Madre Agnes diciéndome que hablé de más y luego sonriendo a escondidas detrás de su taza de té.

Querría el olor del jabón en la ropa tendida.

Querría a la hermana Clara susurrándome *"reacciona con dulzura, Thalia"*, como un mantra. Querría saber si reaccioné bien.

— No quería decir todo aquello — susurro—. Pero no pude callarme.

Me llevo las rodillas al pecho. Apoyo la frente en ellas.

— Perdóname si me pasé, Dios. Pero… si me hubiera callado, creo que me habría roto por dentro.

Cierro los ojos.

Respiro.

Y por primera vez desde que entré en aquel despacho, dejo que el dolor salga. No como un llanto desesperado, sino como un suspiro largo, dolorido, que parece vaciarme por dentro.

Toc, toc.

Alguien llama a la puerta.

Levanto la cabeza despacio y me seco los ojos con el dorso de la mano.

Me recompongo como puedo.

— Un minuto — digo, ya de pie.

Abro la puerta esperando ver a Sofía. O, quizá, a algún empleado cargando una nota doblada sobre una bandeja de plata en la que leeré que mis servicios ya no son necesarios. Eso, desde luego, parece el tipo de cosa que haría el señor Theodorakis.

Pero, en su lugar, encuentro a Andreas y Lysander parados lado a lado en el pasillo, como dos pequeños soldados enviados a una misión de la que ya se arrepintieron a mitad de camino.

Ambos llevan ropa cómoda — camisetas anchas y bermudas de algodón limpias, cambiadas después del baño que les mandé darse cuando volví con ellos tras la clase de música interrumpida.

Uno lleva el cuello un poco torcido; el otro sostiene una almohada bajo el brazo como si fuera un escudo improvisado.

— Hola… — digo, sorprendida—. ¿Estáis bien?

Se miran. Andreas da un paso al frente. Siempre es él quien habla primero.

— ¿Estás enfadada con nosotros?

La pregunta me pilla desprevenida. Respiro. Me agacho, apoyando una mano en el marco de la puerta.

— No, cariño. ¿Por qué iba a estarlo?

— Porque… le gritaste a papá — dice Lysander, más bajito.

Parpadeo. ¿Grité?

— Yo no grité. — Sonrío, suave—. Solo… hablé con fuerza.

— ¿Se enfadó?

— Se quedó… sorprendido.

Se quedan callados unos segundos. Luego Andreas señala con la barbilla hacia la habitación.

— ¿Podemos entrar?

Asiento, apartándome. Entran despacio, como si el suelo fuera territorio nuevo.

Lysander deja la almohada en el suelo y se sienta encima. Andreas va hasta el escritorio y coge el marcapáginas en forma de cruz que dejé allí antes. Lo hace girar entre los dedos.

— ¿Te vas a ir?

La pregunta sale baja y casi inaudible, pero cargada de urgencia escondida.

Lysander mira de inmediato a su hermano. Luego a mí.

Los dos esperan que lo niegue. Rápido. Pero no puedo prometer lo que no controlo.

— No tengo planes de irme a ninguna parte — digo, con la voz lo más firme y ligera que puedo.

Andreas aparta la mirada.

— Pero él puede echarte — susurra Lysander, casi.

Silencio.

— No le gustó la clase de música — continúa, aún más bajo—. Lo vimos.

— Él no lo dijo — respondo, pero sé que lo vieron. Lo sintieron. La incomodidad de Alekos era tan visible como la rigidez de su cuello.

— Pero miró. Con esa cara suya.

Respiro.

— Lo que hicimos en el jardín… no estuvo mal.

— Pero no estaba en el horario — dice Andreas.

— No lo estaba — concedo—. Pero aprendimos, ¿no?

No responden, pero tampoco lo niegan.

— ¿Creéis que va a echarme?

Andreas se cruza de brazos. Lysander se muerde el labio.

— Solo sabemos que… cuando las cosas se ponen bien, se acaban.

La frase sale con demasiada naturalidad. Como si fuera un hecho de la vida. Como si nadie les hubiera enseñado otra posibilidad.

— Bueno… — digo, intentando que no me tiemble la voz—. Quizá ya va siendo hora de cambiar eso.

Me miran. No con fe, sino con ese tipo de esperanza desconfiada que solo quien se decepciona demasiado pronto es capaz de sentir.

Y ahí, entre los dos niños y la ausencia de su padre, decido: si me voy, no será porque me asusté. Será porque él no quiso verme.

— ¿Incluso después de que le hablaras a papá así?

— Incluso así.

— Se quedó callado. Cuando alguien se queda callado, normalmente es porque va a echarte después.

Se me encoge el corazón.

— Bueno… todavía no me ha echado. Y si lo hace, lo sabréis. Pero por ahora… estoy aquí.

Andreas aparta la mirada. Lysander muerde la punta de la manga del pijama.

— Hemos traído una cosa — dice Andreas, abriendo la mano.

Dentro hay dos caramelos de fresa.

Aplastados. Medio pegados. Probablemente sacados del fondo de alguna mochila.

— Son para ti. Los guardamos. Uno para cada uno de nosotros… pero los compartimos.

Se me cierra la garganta. El pecho se me ablanda.

— Gracias — digo, cogiéndolos con cuidado—. Me encantan los caramelos de fresa.

— Mentira. A nadie le encantan los caramelos de fresa — dice Lysander, con una risita.

— ¡Es verdad! — protesto, fingiendo indignación—. Son los mejores que existen.

— Te lo estás inventando solo porque son nuestros.

— Puede que sí — admito, sentándome en el suelo con ellos.

Nos quedamos así unos segundos. Sin hablar mucho. Sin decirlo todo. Pero diciendo lo que importa. Andreas apoya el hombro contra mí.

Lysander estira las piernas, ya medio somnoliento.

— ¿Tú sabes rezar? — pregunta.

— Sé.

— ¿Puedes rezar con nosotros?

— Claro. — Sonrío—. ¿Por qué queréis rezar?

Se miran un instante. Y entonces, como si lo hubieran ensayado:

— Para que te quedes.

El tiempo se congela un segundo.

No hay sonrisa. Ni encanto. Ni provocación. Solo dos vocecitas pidiendo algo grande.

Y mi corazón… mi corazón intenta mantener la compostura.

Asiento, los acerco a los dos y cierro los ojos con ellos. Y mientras susurro palabras que aprendí desde pequeña, pienso en silencio y pido lo mismo que ellos:

por favor, Dios…

¿me dejas quedarme?

10.

ALEKOS THEODORAKIS

A esta hora de la mañana, las empleadas caminan como fantasmas eficientes, Sofía ya ha pasado por la cocina, los niños deben de estar preparándose para el colegio y Thalia debe de estar con ellos, supongo.

Es mi primera mañana de vuelta y, después de casi tres semanas fuera, recorrer mi propia casa trae una sensación de extrañeza inesperada. Casi como si tuviera que reaprender el territorio.

Camino hasta el comedor y encuentro la mesa ya puesta. El pan aún caliente, los cubiertos alineados, pero no como antes.

Las sillas están ligeramente desplazadas — dos centímetros fuera del ángulo habitual. Los manteles individuales son de tela con un patrón suave de hojas, donde antes solo había lino blanco. Y hay una jarra de zumo con rodajas de naranja flotando dentro.

Me acerco. Paso los dedos por el borde de la jarra. Vuelvo a girar uno de los manteles individuales hacia la dirección exacta en la que debería estar y fijo la mirada en el centro de la mesa.

El arreglo también ha cambiado.

Antes era un jarrón cilíndrico de cristal, con una sola vara de orquídea blanca — discreto, directo. Ahora son flores pequeñas de la isla, de colores, dispuestas en un ramo bajo y asimétrico.

Me acerco. Desplazo el jarrón tres centímetros hacia el centro de la mesa.

— Thalia las recogió ayer por la mañana. Se las dio a los niños como regalo y ellos insistieron en que se pusieran en la mesa.

La voz de Sofía aparece en la puerta, como si hubiera estado ahí el tiempo suficiente para saber lo que estaba pensando. Giro la cara hacia ella.

No se justifica. No defiende. Solo suelta la información como si fuera un detalle a tener en cuenta.

— ¿Les dio flores a mis hijos?

— Sí, señor.

— ¿Y las aceptaron?

— Después de que ella les convenciera de que eso no es "cosa de niñas".

— ¿Y lo difícil que fue?

— Sorprendentemente fácil, la verdad — declara, y se me arquean las cejas—. Los niños ya están bajando — añade a continuación.

— ¿Ya los ha apremiado?

— En realidad, eso no ha sido necesario desde hace unos días.

Asiento una última vez, sin comentar los otros cambios además de las flores. Ni las hojas. Ni los centímetros. Solo me giro y voy al lavabo.

Me lavo las manos con movimientos precisos y tiro de la toalla, pero el gesto se me queda a medias.

La toalla de manos del lavabo del salón — la que más usan los niños— ahora es azul y tiene el dibujo de un oso sujetando una estrella.

Ridícula.

La cojo con dos dedos, la doblo con calma, la guardo en el armario de abajo y saco una toalla blanca y limpia. La pongo en su sitio.

Respiro hondo.

La rutina está en orden. O algo parecido al orden.

Vuelvo al comedor y encuentro a Andreas y Lysander ya sentados a la mesa, uno a cada lado, masticando sándwiches y hablando en

voz baja entre ellos.

Thalia está de pie entre los dos, sirviendo zumo.

— Buenos días — digo, sin cambiar el tono.

— Buenos días, papá — responden, casi sincronizados, con la boca aún medio llena.

Thalia solo inclina la cabeza a modo de saludo. No sonríe. No aparta la mirada. Pero tampoco parece intimidada.

Me siento en la cabecera y, durante unos segundos, solo observo. Ella le sirve fruta a Andreas, le dobla una servilleta a Lysander. Se mueve con precisión, pero sin prisa.

Habla poco. Pero lo observa todo.

Mis ojos siguen cada gesto. No porque quiera… sino porque necesito. Porque ahora todo lo que ella hace parece una interferencia.

Pero los niños… están calmados.

Y eso es desconcertante.

Lysander termina su sándwich y Thalia le sirve un tercio de otro sin que tenga que pedirlo. Coge de la bandeja sin tomate. Él empieza a comer sin cuestionar nada.

Andreas estira la mano hacia la jarra y, antes de que derrame media encima del mantel de hojas, ella ya está detrás de él, sujetando el asa con una mano firme.

— Despacio, general — dice, en tono ligero.

Él refunfuña, pero obedece. Y lo más curioso… es que no se irrita.

El gesto es automático. No hay autoridad formal, pero hay control. Y los dos obedecen sin darse cuenta de que obedecen.

Es sutil. Pero real.

Andreas está comiendo fruta. Fruta. Voluntariamente. Y no ha habido soborno. Ni amenaza.

Recuerdo cuántas veces niñeras anteriores lo intentaron con promesas y castigos. Nunca funcionó más de dos días.

Lysander juguetea con el pan, distraído. Tamborilea los dedos contra el borde de la mesa, pero sin ritmo de provocación.

Está… pensando.

Ella se sienta solo cuando los dos están servidos. Coge una rebanada de pan para sí, pero no come. Se queda ahí, con los ojos sobre ellos, de forma ligera. Como quien mira con interés, no por obligación.

Su silla está a dos dedos de la mesa. Un detalle. Pero otro desvío.

Bajo la mirada a la jarra. Las rodajas de naranja siguen flotando. Thalia lo nota. No dice nada, pero me llena el vaso con calma.

— ¿El zumo lleva azúcar? — pregunto, sin intención real.

— No — responde—. Usé naranja madura. Del huerto al lado del garaje.

— ¿Lo preparó usted?

— Sí.

La respuesta sale simple, de alguien que no espera aprobación. Ni cree que necesite defenderse.

— La naranja es su fruta favorita — añade, como si eso cerrara el asunto.

Y quizá lo cierre.

Andreas termina la fruta y alza los ojos hacia Thalia, como si pidiera permiso para algo. Frunzo el ceño y ella sonríe. Luego asiente levemente, y sus manos vuelven a moverse: corta una porción pequeña de tarta de chocolate y se la sirve.

Lysander no pide nada. Termina su fruta y coloca los cubiertos sobre el plato con una pulcritud impecable, declarando que está satisfecho sin decir una palabra.

Thalia lo ve, pero no comenta nada. Yo también lo veo. Y, de repente, siento como si estuviera en una casa que ya no reconozco.

Una casa donde todo funciona, pero de una forma que no conozco.

No reconozco.

Y no controlé.

11.

THALIA ESPERAKIS

La casa está viva, pero en silencio.

No es el silencio natural de una mañana que empieza — con pasos ligeros, platos apilándose, voces amortiguadas por la rutina.

Es el tipo de silencio que pesa en las paredes. Que camina a tu lado, incluso cuando crees que estás sola.

Conozco ese tipo de silencio. Es el silencio de quien está siendo observado. Y no por Dios, esta vez. Alekos está en casa, y eso lo cambia todo. Han pasado tres días desde mi pequeña explosión en el despacho y él aún no ha dicho nada, y yo aún sigo aquí.

Sin embargo, su mirada se ha encargado de acompañar cada paso que doy en su presencia, cada palabra que digo cuando estamos en la misma sala. Como si estuviera vigilando, esperando, deseando un fallo, una excusa para echarme.

Intento hacer todo como siempre. Preparo a los niños, organizo la mochila de cada uno, compruebo las botellas de agua, coloco las zapatillas con la suela hacia abajo junto a la puerta.

Cosas simples. Pequeñas. Pero que ahora parecen demasiado grandes.

Porque en cualquier momento, él puede aparecer. Puede ver. Puede juzgar.

Puede decir que es demasiado… o demasiado poco.

Aunque su silencio me desconcierte mucho más que la espera de sus palabras.

La ausencia de reacción… me desmonta más que si hubiera gritado.

Respiro hondo por tercera vez en menos de cinco minutos. Andreas entra en el comedor con el pelo revuelto y uno de los cordones desatado. Lysander viene justo detrás, todavía con el cuerpo blando de sueño.

— Buenos días — digo, forzando una sonrisa ligera.

— Buenos días — responden casi a la vez.

Andreas se sienta a la mesa. Lysander va directo al zumo.

Me muevo con una naturalidad entrenada. Sirvo el cereal. Pongo los cubiertos correctos en el lugar correcto.

Es solo un desayuno, pero me siento en un escenario.

— ¿Estás bien? — pregunta Lysander de repente.

Me detengo con la mano en la caja de leche.

— Sí, ¿por qué?

Se encoge de hombros. Pero Andreas mira de reojo, como quien quiere preguntar algo que aún no se atreve a decir. Lo saben. Lo sienten.

Son niños, pero no son tontos. Y esta casa… enseña a leer silencios mejor que palabras.

Sigo haciendo lo que estaba haciendo, pero la mente está lejos.

¿Debería haber dicho menos? ¿Debería haber dicho más?

— ¿Papá va a desayunar con nosotros? — pregunta Andreas, cortando el pensamiento.

Me quedo rígida un segundo. Luego retomo.

— No lo sé. Quizá. Está en casa.

Se miran. Como si eso fuera motivo para un plan de escape.

— ¿Está bien si se sienta aquí? — pregunta Lysander, bajito.

Se me encoge el corazón. Pero sonrío.

— Claro que sí.

Claro que no, pero ellos no necesitan saberlo.

Sigo poniendo cosas, sin saber si Alekos me está viendo. Pero sintiendo con cada parte del cuerpo que, si no está… estará. Y cuando esté, cada cucharada de cereal parecerá una sentencia. Cada palabra, una infracción.

No importa cuánto intente disimular. Hoy todo lo que soy es un blanco.

***

— ¿Plural de *book*?

— *Books*! — responde Andreas, dando dos palmadas y saltando en su sitio.

— ¡Muy bien! ¿Y plural de *box*?

— *Boxes*! — canta Lysander, siguiendo el ritmo que marqué golpeando los dedos contra la mesa.

La música está baja. Es una lista instrumental que encontré anoche, llena de bases que parecen hechas para lanzar palabras encima. A los niños les pareció un juego. Pero ahora… están compitiendo para ver quién acierta más.

— Y ahora… atención, ¡ronda relámpago! — digo, señalando la pizarra improvisada con cartulina y cinta adhesiva.

— ¡Dale, dale, dale! — gritan.

— ¿Qué es esto? — señalo la ventana, donde la etiqueta dice *Window*.

— *Window*! — responden los dos a coro.

— ¿Y aquello? — señalo la estantería.

— *Bookshelf*! — grita Lysander antes que su hermano. Andreas resopla.

— ¿Y esto?

— *Chair*! — Andreas se recupera, golpeando la silla donde está sentado.

Nos reímos. Se ríen de verdad. A carcajadas.

Esta es su sala de estudio ahora. Todo tiene nombre. Todo se volvió una pista. Un acertijo. Un descubrimiento. Están aprendiendo y les gusta.

La lista sube un poco — un ritmo animado con percusión electrónica. Lysander se levanta y empieza a marchar, señalando objetos y gritando los nombres en inglés como si fuera el presentador de un programa infantil.

— *Table! Window! Lamp! Carpet!*

Andreas se ríe tanto que casi tira el estuche.

La puerta se abre de golpe y la música no se detiene al instante.

Pero todo lo demás, sí.

Andreas se queda congelado con la mano en alto, el lápiz preso entre los dedos. Lysander suelta un "ay" contenido, como si se hubiera asustado. Yo solo miro.

Alekos está ahí, de pie en el marco de la puerta, como si el simple hecho de estar erguido fuera suficiente para controlar la sala entera.

Y lo es, durante unos segundos.

La música aún flota en el aire hasta que, en silencio, estiro el brazo y pauso la pista. La habitación parece encogerse.

Él da dos pasos dentro, con las manos en los laterales de la chaqueta. Sus ojos recorren el ambiente como si estuviera viendo las ruinas de un edificio que recordaba.

Pero ahora… desconcertantemente colorido.

Avanza por el centro de la sala despacio, como quien mide territorio.

— ¿Qué está pasando aquí? — pregunta. La voz es baja, pero densa.

El silencio de los niños se solidifica. Andreas traga saliva. Lysander desliza el pie de vuelta bajo la silla.

— Estábamos repasando vocabulario — digo, con la calma más ensayada de mi repertorio—. De un modo… más envolvente.

Me mira un segundo. No dice nada. Luego vuelve la vista hacia la estantería.

Ve las etiquetas.

Bookshelf.

Curtain.

Door.

Lamp.

Toca una con los dedos. Nota el papel. Presiona una esquina, como probando el adhesivo.

— ¿Y esto? — pregunta, sin mirarme siquiera.

— Un recurso visual — respondo—. Ayuda a fijar los nombres.

Cada día usamos un color. Hoy fue verde. Ayer fue amarillo.

Asocian el color con el sonido. Funciona.

No responde, pero su silencio es tan activo como una objeción formal.

— Les gusta — añado—. Y memorizan mejor que con las hojas del tutor. Hicimos pruebas. Andreas se aprendió dieciséis objetos en tres días.

En ese momento, Andreas me mira sorprendido. Como si no supiera que yo contaba.

— Lysander aún se equivoca con *bookshelf*, pero solo cuando habla rápido — completo, con una sonrisa leve.

Lysander se hunde en la silla, ofendido.

Pero sonríe. Muy de lado.

Alekos observa la cartulina en la pared. La lista de palabras con flechas, círculos, trazos de colores. Letras grandes y redondeadas con sombra azul.

— ¿Y quién autorizó esto?

— Pensé que usted lo autorizaría si supiera que estaba funcionando.

Me sale tranquilo. Sin ironía.

Solo con… verdad.

Se detiene un segundo. Me mira.

— Estaban marchando por la sala — dice entre dientes, como si eso fuera un delito.

— Estaban memorizando en movimiento.

Para ellos es más fácil así. Tienen energía y necesitan gastarla. ¿Por qué no aprovechar para aprender en el proceso?

Alekos respira. Se queda en silencio. Lanza una mirada a sus hijos.

Los dos bajan los ojos. Pero no de vergüenza, sino de autoconciencia. Como quien intenta volver a un papel que abandonó por un instante.

— ¿Y si este entusiasmo… desaparece? — pregunta.

— Entonces probamos otra manera.

Parpadea. Lento. Como si la idea de no tener un plan fijo fuera una herejía.

— La educación necesita estructura — dice.

— Y también elasticidad — respondo—. Si no, se convierte en cárcel.

Silencio.

Me mira. Yo le sostengo la mirada. Y no es falta de respeto. Ni desafío. Es convicción.

Siempre me gustó estudiar metodologías de enseñanza. Yo planeaba — planeo— ser una monja profesora.

Una convicción que no se dobla porque sé lo que hago.

Y por un instante, la autoridad no es Alekos. Es mía.

Él lo nota.

Yo sé que lo nota.

La mandíbula de Alekos se tensa. Sutil. Demasiado controlado para ser casual. Me mira a mí, luego a los niños.

— Salís para el club en quince minutos. Id a cambiaros, lavaos la cara y esperad a Sofía en vuestras habitaciones. Ahora.

La voz es tranquila y baja, pero tiene un tono que no permite preguntas. Andreas duda medio segundo. Lysander ya se está levantando.

No protestan, pero tampoco corren. Alekos los mira salir. No como padre. Como alguien que vuelve a colocar piezas en su sitio.

Solo cuando la puerta se cierra tras ellos, vuelve a mirarme y no dice nada, pero no hace falta.

El mensaje ya está dado:

Puedo dejarte jugar con las reglas, pero solo hasta que yo decida lo contrario.

Camina hasta la cartulina, lee algunas palabras, toca una con el dedo — *ceiling*— y murmura:

— Al menos los colores están coordinados.

Luego sale, y yo me quedo ahí.

Con la música pausada, las etiquetas intactas y el corazón latiendo al compás de una guerra fría que no sé cómo puedo ganar.

12.

ALEKOS THEODORAKIS

— Reprograma la reunión de Milán. No, no para mañana. Para la semana que viene — digo al teléfono, girando lentamente la silla hacia la ventana, donde la tarde empieza a deslavarse en un tono cálido de verano—. No importa. Solo aplázala. Encuentra una fecha.

La voz al otro lado duda, confusa. No es la primera vez esta semana. No es propio de mí posponer compromisos ya cerrados. No sin una razón sólida, estratégica o financiera.

Y, sin embargo, es exactamente lo que estoy haciendo por tercera vez desde que volví a casa.

— Solo resuélvelo. Gracias.

Cuelgo antes de que mi secretaria haga preguntas que no sé responder.

No hay motivos claros para mi decisión. Nada ha cambiado.

Los niños siguen con su rutina, el informe diario sigue rellenándose con la precisión habitual y la casa continúa funcionando a la perfección, en orden, exactamente como debería.

Y aun así, algo inexplicable me retiene aquí. Una inquietud que no nombro porque, si la nombro, tendré que lidiar con ella.

Llevo una semana en casa. Una semana entera. No recuerdo la última vez que eso ocurrió sin una razón concreta, urgente.

Unos golpes en la puerta me arrancan de ese pensamiento. Dos suaves, rápidos.

— Adelante.

La puerta se abre y aparece Thalia. Lleva una carpeta pegada al cuerpo. Postura erguida, manos firmes, ojos atentos.

— Buenas tardes, señor Theodorakis — dice con calma, dando un paso vacilante dentro del despacho.

La carpeta está presionada contra su pecho, como una armadura improvisada… o como algo que está decidida a defender. No parece una queja ni una disculpa. Es otra cosa.

— Buenas tardes, señorita Esperakis.

Me quedo en silencio, observándola un instante más de lo que debería. Algo en la forma en que está ahí, esperando, me recuerda vagamente a una reunión de negocios, como si estuviera lista para negociar.

— ¿Algún problema? — pregunto, recostándome en la silla con una calma calculada.

Traga saliva, recoloca sutilmente los dedos sobre la carpeta y alza los ojos hacia mí, con un brillo leve de desafío amable escondido ahí.

— No exactamente un problema — responde con voz firme—. He venido a hablar de una propuesta. Sobre Andreas y Lysander. Y las clases de música.

La mención de las clases me incomoda al instante, pero noto algo distinto en su tono ahora. Ya no es un ataque directo a mi control ni una improvisación mal pensada.

Alzo una ceja.

— Y me imagino que será sobre instrumentos no autorizados.

Ella respira hondo. Casi sonríe: un leve movimiento en la comisura que enseguida contiene.

— Sí, exactamente sobre eso. — Levanta la carpeta—. He preparado algunos argumentos, si puede escucharme.

Algo en ella — la mezcla de cuidado, firmeza y el intento sincero de comunicarse— despierta una curiosidad incómoda en mí.

Thalia es una mujer joven, una niñera contratada de forma temporal, y aun así parece más comprometida con los detalles de la

vida de mis hijos de lo que yo mismo lo he estado en meses.

Señalo la silla frente a mi escritorio para que se siente.

— Muy bien. La escucho.

Thalia se sienta despacio, colocando la carpeta abierta sobre las rodillas. Una hoja cuidadosamente impresa asoma por el borde, señal de que su preparación no fue improvisada.

— Primero quiero dejar claro que entiendo su preocupación — empieza, mirándome directamente—. Entiendo el valor que usted le da a la rutina y a la organización. Y no pretendo faltarle al respeto.

Respira hondo antes de continuar.

— Por eso preparé esta propuesta formal. — Desliza un conjunto de hojas sobre la mesa hacia mí—. Aquí están los horarios posibles para clases de música con un profesor especializado, que no interferirían con ninguna de las actividades ya establecidas. No habrá improvisos ni sorpresas. Está todo detallado, como puede ver.

Sorprendido, cojo las hojas y reviso el contenido a toda velocidad. Los horarios son perfectos, cuidadosamente escogidos. Ha hecho el trabajo con meticulosidad, reconociendo dónde están mis límites.

Pero no es eso lo que más me intriga.

— ¿Esto es usted admitiendo que no es lo bastante competente para enseñarles? — pregunto, manteniendo un tono escrupulosamente neutro.

No se inmuta.

— Sí, señor. Lo admito — responde con firmeza—. Sé reconocer mis límites. Ellos tienen talento e interés reales. Necesitan una orientación mejor de la que yo puedo dar con mis improvisaciones.

Algo en su humildad, inesperada, me desarma un instante. No parece incómoda al admitirlo. Al contrario: la fortalece.

— ¿Y si no estoy de acuerdo? — provoco, curioso por ver su reacción.

— Entonces vamos a tener que improvisar — responde, con una ironía suave que casi me arranca una sonrisa, pero no la dejo salir—. Pero sería mejor que no hiciera falta. A los niños les gusta de verdad. Y tienen potencial. Merecen esta oportunidad.

Vuelvo a mirar los papeles, fingiendo analizarlos con rigor, mientras en realidad intento entender por qué sigo resistiéndome.

— Nunca mencionaron interés por la música antes — comento, casi sin darme cuenta de que estoy mostrando una curiosidad personal, algo que no tenía planeado.

— Tal vez porque nadie les ha preguntado — responde, suave—. ¿Usted les ha preguntado qué les gusta?

Levanto la vista hacia ella. Mi expresión responde más claramente que cualquier palabra: no, nunca les pregunté.

— ¿Hablan contigo de eso?

Ella sonríe, esta vez con la ligereza de quien no tiene motivo para ocultar nada.

— Constantemente. Andreas tiene sentido del ritmo. La batería le pega, con su forma de tamborilear los dedos cuando está pensando. Lysander se fija más en los detalles, es más metódico. Eligió el bajo él solo. Dijo que el sonido es más bonito cuando completa el de su hermano. Lo pensaron juntos.

Una sensación extraña me atraviesa. ¿Orgullo? ¿Vergüenza? Tal vez un poco de las dos.

— ¿Te dicen algo más de mí? — pregunto, antes de poder impedir que la frase se me escape.

La pregunta es tan impropia de mí, tan inesperada, que su mirada me dice que no estaba preparada para responder. Pero responde igual, con una sinceridad amable.

— Sí. Quieren que usted esté aquí más veces.

La frase me golpea más fuerte de lo que debería. Y me toca a mí apartar la mirada hacia el papeleo, buscando una seguridad que ha

desaparecido de mi voz.

— Y eso es lo que tú también crees.

No es una pregunta. No hace falta.

Thalia lleva en esta casa casi un mes y medio. Hemos hablado no más de cuatro veces, contándonos esta. Y en dos de ellas, la niñera de mis hijos ha sido categórica sobre lo ausente que me considera.

Ella espera un instante antes de responder, como si midiera las palabras con cuidado.

— Creo que lo necesitan más cerca. No solo para ver informes al final del día. Necesitan a su padre, aunque usted no sepa exactamente cómo serlo. Solo intentarlo ya marca una diferencia que usted ni imagina.

Siento algo apretarse en el pecho, incómodo y caliente a la vez. No estoy acostumbrado a oír cosas así. No estoy acostumbrado a sentir lo que estoy sintiendo.

Pero tampoco estoy acostumbrado a la manera en que su sonrisa ilumina una sala entera sin que ella tenga que intentarlo.

Thalia es preciosa. Simplemente preciosa. Y no es una belleza calculada que exija maquillaje o ropa cara. Es más profunda, natural, auténtica.

Es como si su sonrisa fuera el accesorio más bonito que he visto en una mujer.

Y el pensamiento, inadecuado e inoportuno, me golpea como un puñetazo.

Casi me río, entre frustración e ironía conmigo mismo. La primera vez que logro hablar de verdad de mis hijos con alguien, estoy divagando sobre la belleza de la niñera.

Me siento ridículo.

— ¿Señor? — me saca de mis pensamientos—. ¿Puedo saber su decisión?

Sin apartar los ojos de los papeles, digo:

— Si la vida de monja no sale bien, quizá debería considerar Derecho. Defender oprimidos parece salirle natural.

Ella se ríe. Corta, espontánea y completamente desarmada.

— En realidad, siempre quise ser profesora. Y ser monja no es una carrera. Es una vocación.

Alzo la vista.

— ¿Profesora?

Asiente, todavía sonriendo.

— Eso explica muchas cosas.

Se ríe otra vez, un poco más alto. El sonido llena el espacio. Es… bonito.

— ¿Y lo de ser monja? — pregunto, sin pensar—. ¿Siempre lo quiso también?

Thalia duda un segundo. La sonrisa sigue ahí, pero cambia. Se vuelve más suave. Menos risa, más recuerdo.

— Creo que sí… — responde—. O al menos, lo creí durante mucho tiempo.

— ¿Y ahora?

No responde enseguida. Ajusta la carpeta en el regazo, como si eso bastara para sujetar una parte de la respuesta que aún no está lista para salir.

— Ahora lo estoy descubriendo — dice, por fin—. Descubriendo si era de verdad una vocación… o solo demasiada gratitud empaquetada en un plan de vida.

Inclino la cabeza. No esperaba una respuesta tan… honesta. Ella se muerde la comisura del labio, como si hubiera dicho más de lo que debía.

— Perdón. Eso fue… fuera de lugar.

— No lo fue — respondo, antes de poder evitarlo—. Fue… interesante.

Thalia asiente y baja la mirada un instante.

Luego vuelve a levantarla.

Y quizá debería prohibirle venir a mi despacho, porque sus visitas parecen condenarme a descubrimientos perturbadores sobre ella. A fijarme, por primera vez, en cosas que no había visto antes.

Cuando me mira de nuevo, ya no veo solo a una chica decidida defendiendo a los hijos de alguien. Veo a alguien que está haciendo por otros lo que le habría gustado que hicieran por ella.

Diecinueve años.

Es veintitrés años más joven que yo y, de pronto, me pregunto cuál es su historia.

— Las clases — digo, recuperando la postura como si pudiera esconder el tumulto detrás de mi mejor expresión neutra—. Están autorizadas.

Ella sonríe de forma espontánea, brillante y aliviada.

— Gracias, señor. De verdad.

La manera en que sonríe me hace querer sonreír también. No lo hago. Pero por dentro ocurre algo parecido.

— Agradézcame manteniendo el orden en la casa — respondo, buscando firmeza, aunque el tono me sale más ligero de lo que pretendía.

Se levanta, recoge la carpeta y va hacia la puerta. Antes de salir, se vuelve una última vez.

— Ha tomado una buena decisión.

La puerta se cierra detrás de ella.

Y por primera vez en mucho tiempo, creo que sí: la tomé.

Aunque aún no entienda exactamente por qué.

13.

ALEKOS THEODORAKIS

El único sonido viene de la cinta, que zumba bajo mis pies con constancia mecánica, intercalado por mi respiración y el golpe medido de las pisadas.

El gimnasio de la casa es amplio, silencioso, impecablemente funcional. No hay música. Nunca la hubo.

Eso es lo que me gusta de estos momentos: el ritmo previsible. La ilusión de que puedo controlar algo mientras todo a mi alrededor exige decisiones que cambian el rumbo de cosas más grandes de lo que me gustaría admitir.

Tres días sin correr bastaron para que mi cabeza empezara a traicionarme. Los músculos necesitan movimiento, pero es la mente la que exige repetición: el tipo de repetición que silencia preguntas. Que disuelve voces.

La pared de cristal frente a la cinta es un capricho arquitectónico antiguo. Una superficie entera orientada a la playa, como un cuadro en movimiento. Lo exigí en la reforma.

La idea era poder supervisar los alrededores, vigilar el terreno hasta donde alcanzara la vista. No por paranoia, sino por estrategia.

Nunca me gustaron las sorpresas. Siempre creí que saber dónde están todo y todos era el primer paso para que nadie te sorprenda.

La pantalla marca ocho kilómetros cuando algo ahí fuera rompe el patrón.

Un borrón blanco destaca contra la arena clara, una figura moviéndose con una fluidez demasiado evidente como para ignorarla.

Por reflejo, pauso el panel. El zumbido mecánico se apaga y, antes de darme cuenta, ya no estoy corriendo.

Pies firmes en el suelo. Ojos fijos fuera.

Son Thalia y los niños.

Ella va descalza, con el uniforme de siempre: el vestido blanco demasiado lavado por el tiempo, ajustándose a su cuerpo y, aun así… incorrecto y correcto en ella a la vez.

Como si, de algún modo, esa tela arrugada se hubiera convertido en las últimas semanas en una extensión natural de quien es.

Thalia lleva dos flotadores de colores, uno bajo cada brazo, y habla con los gemelos con entusiasmo — del que no se desparrama, pero vibra en quien sabe mirar con atención.

Los niños caminan a su lado con pasos sueltos, despreocupados, pateando la arena con los talones mientras la escuchan.

Las clases de natación, al parecer, empiezan fuera del agua. Ella dibuja círculos en el aire con los dedos, muestra movimientos con los brazos, les hace repetir gestos con una exageración divertida.

Andreas gira los hombros como un helicóptero descontrolado. Lysander intenta imitarlo con perfección.

Ella se ríe.

Ellos se ríen con ella.

No debería sorprenderme. Ya los vi reír antes. Ya los vi correr, saltar, gritar. Pero hay algo distinto en esa escena. En el escenario. En la ausencia de barrotes, de techo, de un instructor contratado por agencias con sellos de eficiencia.

Están… libres.

Las manos de Thalia se mueven como si supieran exactamente qué hacer. Sostiene a los dos con naturalidad, con un cuidado que no pesa.

Y en cada gesto, es como si dijera:

Estoy aquí. Puedes intentarlo. Yo te sostengo.

Y ellos lo intentan.

Lo intentan con una confianza que quizá yo nunca desperté en ellos.

Los guía hasta la orilla sin prisa. Lysander retrocede al primer contacto con la espuma. Andreas pisa con decisión y se lanza hacia delante con el entusiasmo en la cara.

Thalia lo sujeta por la cintura, firme, sin hacerle daño. Luego se agacha junto a Lysander y lo anima con palabras que no oigo, pero que funcionan.

Él estira los brazos, da un paso dubitativo y sonríe cuando el agua le toca los pies.

Y entonces, sin darme cuenta, me acerco más al cristal.

De pie, descalzo, aún sudado por la carrera interrumpida, me quedo ahí con los brazos cruzados sobre el pecho.

Observo la escena como si fuera un espectáculo privado, una obra montada al otro lado de un escaparate hecho para mí.

No sé cuánto tiempo permanezco así. Los números del reloj en la esquina de la pantalla avanzan, pero yo no los sigo. Nada dentro del gimnasio me parece relevante en ese momento.

Ya tuvieron clases de natación antes. Claro que las tuvieron. Con instructores entrenados, en piscinas climatizadas, con supervisión de profesionales elegidos al milímetro.

Pero yo nunca los llevé al mar.

Nunca estuve ahí para sujetarles la mano cuando las olas se acercaban, para explicarles que el agua salada escuece en los ojos, que la corriente hay que respetarla.

Nunca les mostré que el mar exige atención, pero puede enseñar.

De todas las cosas que quise que aprendieran, esa nunca me pasó por la cabeza.

Thalia camina hacia atrás, tirando de la mano de Lysander, mientras Andreas la rodea por el otro lado. Parece una madre que entrena a sus hijos con humor sin perder el control.

Su autoridad no pesa. No grita. No impone. Pero se la obedece.

Y cuando uno se suelta para correr, ella corre detrás. Y se ríe. Y gana la carrera.

La risa atraviesa el cristal, como si la barrera entre el mundo de dentro y el de fuera se hubiera agrietado.

Mis ojos siguen el rastro de sus pasos, desde la sonrisa abierta de Lysander hasta la patada despreocupada de Andreas. Y luego vuelven a ella.

Thalia, con el vestido mojado hasta las rodillas, el pelo suelto golpeándole la espalda, aún sosteniendo los flotadores como si formara parte de ese escenario desde siempre.

La escena es breve, pero deja marcas como si durara mucho más.

Cuando los niños vuelven a correr por la arena, empapados, riéndose a gritos con los flotadores aún colgándoles de los brazos, Thalia se agacha para ajustar la camiseta de protección solar de Lysander y luego pasa la mano por el pelo de Andreas como si fuera lo más natural del mundo.

Un gesto simple. Un hábito. Un tipo de intimidad que no se fuerza ni se enseña.

Solo ocurre cuando se está lo bastante cerca el tiempo suficiente para que ocurra.

Y ahí está ella, haciendo exactamente eso: siendo cercana.

Lo bastante cerca como para distinguir un gruñido de un llanto de verdad, para saber que Andreas necesita tres segundos para reaccionar a cualquier orden, pero que Lysander obedece al instante si lo miras a los ojos.

Pienso en las niñeras anteriores. Ninguna duró lo suficiente como para memorizar algo más que el nombre y el tipo de tentempié

favorito de cada uno.

Venían, cumplían su papel como un guion contractual y se iban con una carpeta de recomendaciones formales.

Nunca fue personal. Nunca necesité que lo fuera.

Thalia no solo les está enseñando a nadar.

Está construyendo algo que no sé nombrar.

¿Un puente, quizá? ¿Un recuerdo? ¿Un ancla?

Y lo está haciendo sin permiso. Sin aval. Sin consulta.

Y, extrañamente, sin que yo quiera impedirlo.

Durante mucho tiempo creí que la única forma de mantener las cosas bajo control era asegurarme de que cada pieza conociera su lugar, de que cada movimiento siguiera un patrón establecido por mí.

Thalia no sigue ese patrón.

Rodea. Desvía. Ajusta la ruta.

Y lo más peligroso: los niños la siguen. Sin resistencia.

Quizá sea solo el mar. Quizá sea el sonido de las olas. Ese tipo de escenario que engaña hasta a los más escépticos.

Pero ahí, detrás del cristal, viendo mi propia vida suceder al otro lado como si yo fuera un extraño, siento que he perdido algo sin darme cuenta.

Que no estuve cuando debía.

Que tardé demasiado en bajarme de esa cinta.

Y ahora que me bajé, no sé exactamente hacia dónde ir.

Me aparto del cristal despacio. El cuerpo aún caliente por la carrera, pero la sangre parece distinta ahora.

Más pesada. Más lenta. Como si un eco se me hubiera pegado bajo la piel.

Me paso las manos por la cara. Respiro hondo.

Vuelvo a la cinta. Pero no enciendo el panel.

De repente, ya no quiero correr.

El orden, la repetición y el movimiento por los que antes estaba ansioso ahora ya no me parecen suficientes.

Quiero recordar lo que acabo de ver.

Quiero descubrir cómo lo hace Thalia. Esa cosa que hizo: enseñar a alguien a lanzarse, aun cuando lo que hay bajo la caída es puro caos y descontrol.

14.

THALIA ESPERAKIS

La carpeta pesa en mis manos como si llevara dentro no una propuesta, sino el destino emocional de todo mi mes.

Ya he caminado por estos pasillos muchas veces desde que llegué. Ya he visto estas paredes de mármol, estas alfombras impecables, estas ventanas más grandes que las habitaciones del convento donde crecí.

Y, aun así, cada vez que me detengo ante la puerta del despacho de Alekos Theodorakis, tengo la impresión de estar a punto de atravesar las puertas del juicio final.

Esta vez la situación no es tan grave como la primera. No ha habido ningún incidente previo, ninguna travesura explícita de los niños, ninguna explosión emocional.

En realidad, todo ha estado… bien. Quizá incluso demasiado bien. Y eso es lo que me pone más nerviosa. Porque Alekos Theodorakis tiene ojos de águila y oído de juez.

Escucha lo que no se dice, percibe lo que apenas nos atrevemos a pensar. Y hoy, por primera vez desde que lo conocí, estoy escondiendo algo.

No un error. No un secreto. Solo… un síntoma.

Un calor que no reconozco. Una incomodidad que no parece equivocada, pero tampoco me resulta familiar. Un nuevo tipo de nerviosismo que nace en la boca del estómago y sube como una marea indecisa cada vez que pienso en él.

Llamo dos veces. Cuando su voz autoriza la entrada, respiro hondo, me coloco una sonrisa contenida y empujo la puerta.

Está de pie, ordenando unas carpetas sobre el escritorio. Al verme, levanta la cabeza y me mira de arriba abajo… no con interés,

sino con ese tipo de atención que sabe exactamente dónde estás y cuánto piensas quedarte.

Mi voz sale menos temblorosa de lo que imaginé.

— Buenas tardes, señor Theodorakis. ¿Puedo robarle unos minutos?

Asiente, moviendo la barbilla con economía. Hace un gesto corto hacia el sillón frente a él. Me siento, cruzo los tobillos con una elegancia entrenada y apoyo la carpeta en el regazo como una barrera sutil entre los dos.

Él vuelve a sentarse, pero no ofrece ninguna sonrisa ni una formalidad para romper el ambiente. Solo espera.

— He venido a presentarle una sugerencia de cambios — empiezo, abriendo con cuidado la solapa de la carpeta—. Pequeñas alteraciones en la decoración de las zonas comunes de la casa. Algunas adaptaciones visuales, inclusiones afectivas. Nada estructural. Nada permanente sin su aprobación.

Sé que estoy hablando demasiado deprisa. Intento compensar bajando el volumen de la voz, pero mis dedos siguen sujetando las hojas con más fuerza de la necesaria.

Él coge la primera hoja, la lee por encima con atención y se recuesta un poco en la silla. Noto el movimiento. Y, por algún motivo, noto también el contorno de su antebrazo, la forma en que la camisa se adapta a la línea de sus hombros, cómo sus dedos — largos y firmes— se deslizan despacio sobre el papel.

Siento que el cuello se me calienta. Y luego las mejillas. Levanto la vista para disimular, pero él sigue leyendo.

Odio estar fijándome en el color de las venas de su mano en vez de concentrarme en la justificación de la página dos, donde está la lista de marcos que sugirieron los niños.

Pasa a la siguiente hoja. Y a la siguiente. Y entonces habla sin levantar la mirada:

— ¿Por qué exactamente quiere cambiar la decoración, señorita Esperakis?

Respiro hondo. Era de esperar. Tengo una respuesta preparada. Pero me sale con más emoción de la que ensayé.

— Porque los niños viven aquí. Pero no se ven aquí. No están en la casa, señor. Solo están… alojados. Como si fueran invitados.

Levanta los ojos despacio y me mira. No con censura. Con interés. O quizá con evaluación. Como quien observa una ecuación nueva e intenta entender si tiene sentido o si solo es un alineamiento temporal de buenas intenciones.

— ¿Solo alojados? — repite, como si probara el peso de la frase.

— Con todo respeto, señor, sí — digo, más firme ahora—. La casa es grande, silenciosa, bonita, perfecta. Pero no dice nada de ellos. No guarda ninguna señal de su infancia. No los acoge. Solo los alberga.

Se queda en silencio el tiempo suficiente como para que yo pierda el aire. No físicamente, sino en ese lugar entre el estómago y el pecho donde la ansiedad se instala cuando lo único que puedes hacer es esperar.

Por fin, deja la hoja sobre la mesa.

— ¿Qué pretende incluir exactamente?

— Algunos marcos con dibujos suyos. Un mural discreto en la sala de estudio. Etiquetas de colores para los objetos de uso frecuente, como ya empezamos. Quizá un tendedero en la sala de juegos con manualidades que puedan ir cambiando. Plantitas pequeñas en los pasillos. Nada de juguetes tirados. Nada fuera de lugar. Solo… memoria. Presencia. Ellos.

Alekos tamborilea los dedos en el borde de la mesa. Un gesto casi distraído, pero que delata que está procesando. Aceptando. O, como mínimo, considerando.

Entonces me mira de nuevo.

Esta vez hay algo distinto ahí. Un brillo que no sé nombrar.

— Autorizado.

La palabra sale simple. Recta. Sin exclamación.

Abro la boca, a punto de preguntarle si he oído bien, pero la cierro antes de que salga el sonido. En su lugar, sonrío. No mi sonrisa social ni la que les pongo a los niños para calmarlos.

Una sonrisa plena. Espontánea.

Sus ojos se quedan en los míos un segundo de más. Luego baja la mirada y se aclara la garganta.

— ¿Eso es todo, señorita Esperakis?

Mi impulso es decir que no. Decir que necesito más tiempo para entender qué está pasando aquí. Pero asiento.

— Sí, señor. Gracias por la confianza.

Me levanto, cierro la carpeta y hago ademán de irme, pero en el instante en que me giro hacia la puerta, mi mano roza el crucifijo colgado en mi cuello, casi como si fuera un punto de equilibrio, un recordatorio silencioso de quién soy.

Alekos no puede ver mi cara ahora, pero yo sé que sigo sonriendo. Sé que una parte de mí está extrañamente cálida. Y no es solo por la "victoria".

Es por la forma en que me escuchó.

Por la forma en que me miró.

Como si yo fuera más que un título. Más que un cargo. Más que una función temporal.

***

El mural empezó con tres marcos sueltos apoyados contra la pared de la sala de estudio.

Ahora Andreas quiere que toda la casa se convierta en una galería.

— Ese es el del árbol alienígena — dice, señalando un dibujo en el que la copa parece una explosión de pintura—. Va a ir en la entrada, ¿no?

— Quedamos en que los marcos grandes van solo en las zonas comunes, ¿recuerdas? — le replico con dulzura—. Si ponemos ese en la entrada, nadie recordará cómo es el salón.

— ¡Pues mejor! — sonríe, orgulloso—. Será el salón del árbol alienígena.

Lysander se ríe. Tiene pintura en la punta de la nariz y ni se da cuenta.

Sujeta un pincel con una delicadeza que no encaja con el resto de su cuerpo, siempre tan listo, tan organizado. Cada trazo parece tener peso, intención. No habla mucho. Pero dibuja como si le estuviera contando un secreto al papel.

La mañana está luminosa y ruidosa. Hay hojas por el suelo, pinceles de colores equilibrados en vasos de cristal, cola chorreando por los lados de botes que ya deberían estar cerrados.

Es el caos más bonito que he visto en mi vida.

Y yo estoy en medio. Con los dos. Y con algo más que no sé nombrar.

Cuando llegué aquí, todo lo que hice fue desafiar. Cuestioné, enfrenté, forcé límites. Era lo que sabía hacer. Porque nadie me daba espacio fácil… ni en el convento ni en la vida.

Y de algún modo creí que con Alekos iba a ser igual.

Pero no lo fue.

No cedió, pero tampoco reprimió. A su manera, escuchó.

Y eso lo cambia todo. Está cambiándolo, en realidad.

El orgullo es pecado, y aun así no le he pedido perdón a Dios, porque no cabe otro sentimiento en mi pecho en este momento.

Y no es por mí.

Es por los dos niños sobre los que pesa el peso de mis elecciones.

Saber que, durante estas últimas semanas, eligiendo proponer en vez de imponer, pedir en vez de informar, negociar en vez de exigir, he conseguido conquistar lo que era mejor para Andreas y Lysander me llena el pecho.

Los gemelos tenían su *modus operandi* cuando llegué. Y su padre también lo tiene.

Entender — al menos esa parte— de Alekos Theodorakis hace que me sienta respetada. Y sentirme respetada significa que no necesito gritar para que me escuchen.

— ¿Y este? — Lysander me enseña un dibujo nuevo, todavía húmedo—. Es el jardín del colegio. Pero como yo quería que fuera.

— ¿Con más árboles?

— Y con menos silencio.

Sonrío. Suelto el paño con el que limpiaba los bordes de los marcos y me agacho a su lado.

— ¿Crees que podemos crear eso aquí también?

Él duda. Mira hacia el pasillo como si midiera el territorio.

— Tal vez, si plantamos algunas de las semillas que quedaron en la cocina. Las de la ensalada de ayer.

Andreas interrumpe desde el lado opuesto con un rollo de cinta adhesiva.

— ¡Yo ya marqué dónde podemos poner el mural de hojas!

¿Mural de hojas?

— Ay, no… — empiezo a decir, pero me quedo a mitad.

Está demasiado ilusionado. Y… quizá tenga razón. ¿Por qué no? La casa está cambiando y no es solo por los marcos.

Es el sonido.

Es la energía.

Es la sensación de que, por primera vez, algo se está plantando aquí… no con cemento ni mármol, sino con risas, planes y cartulinas.

Mientras discuten si las hojas secas deben pegarse enteras o recortadas en forma de corazón, miro alrededor y siento que algo ha pasado. Algo real. Algo simple.

Los pasillos antes lisos ahora tienen color. Las paredes antes mudas ahora tienen nombre.

Y los niños… ahora pertenecen.

Y, de algún modo, empiezo a sentir que yo también.

15.

ALEKOS THEODORAKIS

El camino de vuelta es corto, pero parece más largo cuando la cabeza se niega a regresar junto al cuerpo.

El chófer no hace preguntas. No se queja de haber tenido que cruzar de madrugada. Ni de estar perdiendo una parte considerable de su noche de sueño solo porque decidí volver de Atenas el mismo día que fui, aunque mi última reunión terminara pasada la medianoche.

Debería haber pasado la noche en la ciudad. El ático estaba preparado, como siempre. La agenda del día siguiente se había montado contando con que yo despertaría en Atenas y solo entonces regresaría a Aletheia.

Nada justificaba mi prisa por volver a la isla.

Y aun así, pedí que me trajeran de vuelta. Sin planificación. Sin necesidad real.

Es la primera vez que hago algo así desde el entierro de mi esposa.

Entro en la casa con pasos contenidos, evitando el chasquido del cuero de los zapatos contra el mármol. Son poco más de las dos de la madrugada. La mansión está silenciosa. Luces indirectas encendidas en los pasillos. Todo como siempre.

Pero nada más cruzar el vestíbulo principal, noto el primer cambio.

Hay un jarrón nuevo en la consola. No grande. No central. La diferencia es sutil. Dentro hay ramas secas y flores silvestres. Nativas de la isla. No compradas.

Me detengo un segundo.

No recuerdo haber aprobado eso. Ella me pidió cuadros y un mural. No esto. Y sin embargo, noto que no me molesta.

Sigo caminando. Los zapatos, ahora más lentos. Hay algo distinto en el aire. Un olor que no sé identificar. Algo entre pintura y madera. Una especie de "casi nuevo".

En el pasillo lateral encuentro un cuadro. No una pintura: un dibujo infantil.

Es una casa — o quizá un castillo. Demasiadas ventanas, tejados curvos. En el centro, dos figuras con brazos largos y cabellos como hilos de viento. Una de las figuras sostiene algo: parece una guitarra.

La firma de Lysander en un rincón hace que se me arqueen las cejas.

No tenía idea de que mi hijo tuviera esa capacidad. Sí, algunos tutores habían mencionado su habilidad, pero yo no conocía el alcance.

El dibujo frente a mí tiene equilibrio. Colores que respetan los límites de la línea. Hay precisión en el caos retratado. Ese tipo de precisión que no se aprende: se tiene.

La fecha es de ayer.

Ver ese dibujo enmarcado dentro de mi propia casa me provoca algo que no sé nombrar.

Sigo.

A medida que avanzo, los cambios crecen en volumen.

Un segundo dibujo — más abstracto, con salpicaduras de pintura y trazos demasiado curvos como para tener lógica— lleva la firma de Andreas garabateada en la esquina:

"Universo en expansión".

Claro. Tenía que ser suyo.

Casi sonrío.

En el pasillo que lleva a la sala de juegos, las paredes ganaron algo nuevo: un tendedero con hojas de colores sujetas con mini pinzas de madera. En cada hoja, una frase escrita con rotulador.

"Ser pequeño no significa tener poco espacio en el mundo."

"Quien planta risa, cosecha abrazo."

"El arte es desorden que tiene sentido."

Las firmas en una esquina son de los dos. Pero reconozco otra caligrafía también.

Thalia.

La luz tenue del pasillo parece distinta ahora. O quizá sea la forma en que los cuadros devuelven el brillo de los apliques, como si quisieran hacerse notar.

Como si, de pronto, la casa intentara hablarme… con frases cortas, enmarcadas y garabateadas por manos infantiles.

La presencia de Thalia está en todo.

En la cinta adhesiva alineada con perfección en las esquinas de los marcos. En la forma en que cada obra fue colocada respetando altura, visibilidad, proporción.

No colgó cosas al azar.

Creó pequeños escenarios. Espacios de destaque.

Como si les dijera a los niños cada día:

"importas".

Camino despacio. Ni me doy cuenta de que me he quitado la chaqueta.

La casa parece incluso oler distinto ahora. Menos fría. Hay algo dulce en el aire, casi imperceptible. Puede ser pintura. O puede ser otra cosa.

Una presencia.

Me detengo en la sala de estar pequeña, esa que nadie usa desde que nacieron los niños. Los cambios también llegaron hasta aquí.

No en los muebles — que son los mismos— sino en el clima.

Una manta de colores doblada sobre el brazo del sofá. Un libro infantil olvidado en una esquina de la alfombra. Tres hojas secas colgadas con cuerda en un móvil artesanal sobre la ventana. La luz del pasillo cae sobre ellas y proyecta sombras pequeñas y giratorias en la pared.

Es sutil. Pero imposible de ignorar.

Miro alrededor como si esperara que alguien me dijera que puedo seguir. Que puedo… entrar.

Pero estoy solo.

Y, aun así, siento que he invadido algo que ya no me pertenece.

La casa era mía. Estructurada, silenciosa, previsible.

Ahora… respira. Tiene sonidos apagados de risas que resuenan incluso cuando no hay nadie cerca. Como si tuviera memoria. O alma.

Vuelvo al pasillo y subo un tramo de escaleras, pero al girar hacia el último corredor antes del ala este, me detengo.

Ahí está.

La puerta.

Cerrada, como lleva mucho tiempo.

La madera sigue oscura, el picaporte dorado opaco por el tiempo. Las otras puertas del pasillo ya fueron cambiadas, restauradas o al menos pulidas. Esa, no. Esa quedó exactamente como estaba el día que se cerró. Como si el tiempo mismo hubiera aceptado dejarla en paz.

Me acerco sin pensarlo.

Los pasos ya no tienen propósito: solo impulso.

Extiendo la mano. Los dedos quedan suspendidos sobre el picaporte. No lo tocan.

Por un instante, todo se detiene. La respiración. La sangre. Incluso las sombras de la casa parecen congelarse.

Pienso en los cuadros. En las risas. En los niños.

Pienso en lo que hay detrás de esa puerta. En lo que nunca tuve valor de enfrentar.

Pero hoy no es el día.

Suelto el aire. Retrocedo un paso. Luego otro.

Y sigo por el pasillo sin abrir la puerta.

Pero me acompaña una pregunta incómoda:

siempre creí que aquello fue una elección mía.

Una decisión.

¿Y si en realidad fue huida?

16.

ALEKOS THEODORAKIS

Lanzo la chaqueta sobre el sillón, tiro de la corbata con un solo gesto y la dejo caer sobre el respaldo. Los dedos desabrochan los botones de la camisa con una rapidez metódica. Un ritual demasiado repetido como para notarlo.

Me siento en el borde de la cama para quitarme los zapatos. Uno primero. Luego el otro. Los calcetines enseguida.

La camisa va al respaldo del sillón, los gemelos a la cajita de madera en la mesilla. El reloj, el móvil, el bolígrafo que siempre llevo en el bolsillo interior… cada objeto descansa en su sitio. Exactamente donde tiene que estar.

Así es como desconecto. O debería serlo.

Voy a la ventana y empujo el cristal. El aire nocturno entra templado, salado. La brisa de Aletheia sopla constante, pero no refresca.

Llaman a la puerta.

Tres golpes. Rápidos. Y acompañados de la voz contenida de Sofía.

— Señor Theodorakis, ¿está despierto?

— ¿Sí?

— Perdone que le moleste a estas horas. ¿Podría abrir, por favor?

Con el ceño fruncido, voy hacia la puerta y la abro.

— Perdone, señor — repite Sofía, y así sé que lo que sea que la trajo hasta aquí no es urgente. Si lo fuera, no perdería tiempo pidiendo perdón dos veces.

— ¿Qué ha pasado?

— Normalmente esperaría hasta mañana para informarle del incidente, pero como me han dicho que el señor acaba de llegar, he decidido avisarle de inmediato. Andreas se despertó de repente, se queja de dolor y está caliente. Ya se ha llamado al pediatra.

Sofía termina y espera mi reacción.

No digo nada al instante. Solo me quedo ahí, con la puerta entreabierta, sintiendo que la brisa se escapa por la ventana y algo extraño se agita dentro de mí.

Es la primera vez que estoy en casa cuando llega una noticia así.

La primera vez que escucho la fiebre de mi hijo en palabras dichas por alguien… y no en una notificación fría, encajada entre gráficos y horarios de medicación.

Por un momento pienso en todos los informes que he leído. En cómo ninguno suena como esto.

— Voy para allí — digo, y la voz me sale más firme de lo que esperaba.

Sofía asiente y me deja paso.

El pasillo que crucé hace menos de diez minutos de pronto parece más largo. Más estrecho.

Las luces bajas en las paredes que antes me daban confort ahora proyectan sombras que no estaban ahí hace media hora.

Avanzo en silencio hasta la habitación de Andreas. La puerta de Lysander permanece cerrada, pero estoy seguro de que la que conecta su cuarto con el de su hermano está abierta.

La puerta de Andreas está abierta y la luz encendida. No la del techo: una lámpara junto a la cama que derrama un brillo cálido y amarillento sobre las sábanas arrugadas.

Andreas está tumbado en el centro, con las mejillas rojas y los ojos entrecerrados. Lleva una toalla húmeda en la frente y otra compresa retorcida descansa a un lado. Respira con dificultad. Pero está tranquilo.

Lysander está a su lado, con las piernas encogidas y sus deditos apretando los de su hermano. Los ojos muy abiertos. Alerta. Observándolo todo.

Thalia está sentada en el borde de la cama, de espaldas a mí. Habla por teléfono, con la voz baja y controlada.

— Sí, doctor… La fiebre estaba en treinta y ocho y medio cuando la medí hace veinte minutos. Le di el antitérmico como recomendó. Está sudando bastante ahora. Ha mejorado un poco, sí… Está más tranquilo.

Escucha, asiente en silencio y luego responde:

— De acuerdo. Mantengo las compresas. Cualquier cambio, le aviso. Gracias. Buenas noches.

Cuelga, deja el móvil en la mesilla y solo entonces se gira. Me ve.

Thalia no se asusta ni se levanta. Solo me reconoce con un leve gesto de cabeza, casi imperceptible. Sus ojos están cansados, pero firmes. La postura relajada, pero alerta. Como alguien que ya ha hecho esto antes y lo hará de nuevo si hace falta.

— La fiebre está bajando — dice, bajito—. El doctor recomendó seguir con compresas y observación hasta que llegue. La medicación ya está dada. Dormirá mejor ahora.

Andreas se mueve. Ella le recoloca la toalla con cuidado. No me mira… no todo el tiempo. Pero sabe que estoy ahí. Como si mi presencia fuera un hecho, no una participación.

Me quedo de pie, a unos pasos. Sin saber qué hacer con las manos. Ni con toda mi existencia.

Lysander me mira. No suelta a su hermano. No dice una palabra.

— Él quiso quedarse aquí — explica Thalia, señalando con un pequeño gesto al niño más quieto—. Dijo que Andreas solo duerme bien si él está cerca.

Andreas murmura algo. No lo entiendo. Pero Thalia sí. Se inclina, le pasa la mano despacio por el pelo mojado y responde con un

sonido que parece un susurro, pero que calma.

No sé qué le dijo.

Pero funcionó.

— ¿Puedo…? — empiezo, pero ni siquiera sé qué iba a preguntar. ¿Puedo acercarme? ¿Ayudar? ¿Sentarme?

Ella asiente sin mirarme. Luego sube la manta hasta la barbilla de Andreas y acomoda la almohada de Lysander con la misma delicadeza.

Cuando Andreas por fin se duerme, ella se recuesta sobre los dos. Despacio. Se tumba con ellos.

Los tres quedan apretados en la cama individual. Una masa de afecto y calor humano, tan estrechos como cobijados.

Y por primera vez veo a mis hijos… protegidos.

No por la seguridad de la casa. No por las rutinas. Sino por alguien.

Alguien que eligió quedarse. Que está aquí por ellos. Y que, al contrario que yo, sabe exactamente qué hacer.

Me quedo inmóvil un rato. En silencio. No hay sitio para mí allí. Y, por primera vez, lo reconozco sin rabia.

Solo con… certeza.

Doy dos pasos hacia atrás, cierro la puerta con cuidado y dejo a los tres en el lugar donde yo debería estar.

17.

THALIA ESPERAKIS

El zumo está helado, exprimido hace menos de diez minutos, y el vaso de cristal tintinea levemente contra el plato de porcelana cada vez que mis pasos resuenan en el pasillo. Son poco más de las seis de la mañana. Aún está oscuro fuera, y la casa sigue adormilada.

Yo no.

La ducha fue rápida, el pelo recogido de la manera más práctica posible y la ropa… bueno, la ropa no es la ideal. Un pantalón de algodón demasiado grande, una camiseta que un día fue blanca. Pero como la cocina estaría vacía y nadie me vería — como ocurre todas las mañanas —, no me pareció necesario ponerme el uniforme antes.

Ahora quizá pienso distinto.

Mis pies descalzos se deslizan por la alfombra del corredor mientras me esfuerzo por no volcar nada de la bandeja. A Andreas le gustará el zumo. Al menos eso dijo la última vez, con una sonrisa de mofletes y los ojos medio cerrados de sueño.

«Es el mejor del mundo», murmuró.

Los hombros aún me pesan por la madrugada mal dormida. Andreas tardó en dormirse. Lysander no quiso salir del cuarto ni un segundo. Me quedé con los dos, encogida a su lado, velando su sueño.

Solo entonces fui a ducharme y, después, a preparar el zumo, por si mi niño enfermo se despertaba antes de que la cocina estuviera en pleno funcionamiento.

El pasillo está vacío. Silencioso. O casi. Al menos lo estaba hasta que el sonido de una puerta abriéndose me hace girar la cabeza.

Alekos.

Él también está despierto y viene hacia mí. Lleva una camiseta oscura con las mangas remangadas, un pantalón de chándal gris, va descalzo y con el pelo desordenado. La versión más humana de Alekos Theodorakis que he visto hasta ahora.

— No esperaba verla en pie tan temprano — dice, frunciendo ligeramente el ceño.

No suena brusco. Solo sorprendido.

Sus ojos, sin embargo, bajan por mi cuerpo. Es rápido y controlado, pero lo veo. Lo veo y lo siento.

El calor me sube por el cuello con tanta rapidez que me dan ganas de bajar la cabeza para que no me vea las mejillas encendidas. Solo entonces me doy cuenta de lo fina que es esta camiseta. Y de lo arrugada que está. Y de lo vieja.

— Estoy… volviendo de la cocina — explico, señalando la bandeja como si fuera mi salvoconducto—. Suelo despertarme temprano. Las campanas del convento no dejan dormir hasta tarde a nadie. A las cuatro y media, en punto.

Me río, pero el sonido sale contenido. Forzado.

Él no se ríe.

Alekos inclina un poco la cabeza, como si ponderara una parte de la frase. O como si no hubiera entendido algo — lo cual no tiene sentido, porque fui clarísima.

Tras una breve pausa, dice:

— Ha sido una noche difícil.

Asiento con suavidad.

Pienso en decirle que Andreas lloró dos veces dormido. Que Lysander pidió tres vasos de agua y no se bebió ninguno. Que solo salí de allí pasadas las cuatro y, aun así, antes de acostarme, fui a la cocina para hacer el zumo. Pero no digo nada de eso.

Él tampoco pregunta.

— Ayer se alegraron de verlo, señor Theodorakis — comento, solo para llenar el espacio.

La frase queda suspendida en el aire como un paño caliente. Él no responde de inmediato. Su rostro cambia. Una expresión que no sé leer — ni identificar — le cruza los rasgos un segundo.

Luego, como si cerrara el tema, dice solamente:

— Buenos días, señorita Esperakis.

Y sigue por el pasillo.

Me quedo quieta, viendo su espalda desaparecer en la curva. Solo cuando ya no está a la vista me doy cuenta de que llevaba la respiración contenida.

Suelto el aire despacio. Niego con la cabeza como si pudiera desalojar el impacto de ese encuentro con un gesto simple. Y continúo hasta mi cuarto para ponerme el uniforme.

Pero al llegar a su puerta, algo me hace detenerme.

Hay un sobre en el suelo.

La bandeja casi se me resbala de la mano cuando me agacho.

El sobre es sencillo. Papel crudo, doblado con cuidado, sin adornos. No hay nombre, solo el peso de lo inesperado. Le doy la vuelta despacio, aún en cuclillas, y siento que el corazón se me acelera con una intensidad que no encaja con la apariencia discreta de ese pedazo de papel.

Lo abro.

La letra es limpia. Firme. Masculina. Nunca la he visto, pero no necesito verla dos veces para saberlo. Es la suya.

«Gracias por anoche».

Nada más. Tres palabras. Tres granadas.

Se me aprieta el pecho de una forma que no controlo. No porque lo esperara… sino porque una parte de mí, en el fondo, quizá lo

quería.

O porque, sin querer, ya había imaginado cómo sería si él… se diera cuenta.

Y ahora este papel entre mis dedos confirma algo que aún no me atrevía a pensar en voz alta:

Él lo vio.

No solo el zumo, no solo el cuidado: a mí.

Me quedo ahí un instante, inmóvil, con el sobre en una mano y la bandeja equilibrada en la otra. La cabeza me da vueltas con preguntas que no tienen sentido. ¿Qué significa? ¿Por qué escribió? Él no hace ese tipo de cosas. Lo sé. Y, por encima de todo… ¿qué hago con esto ahora?

La respuesta me sale fácil: lo guardo.

Entro en el cuarto y, con cuidado, deslizo la nota dentro de la carpeta que aún está sobre el escritorio. No la devuelvo. No escribo respuesta. Solo la guardo.

Como si fuera algo precioso. Como si fuera algo que no debería tener. Pero que, aun así, ahora es mío.

Sonrío. No sé si debería, pero lo hago igual.

***

Faltan por lo menos setecientas piezas para que el puzle tenga sentido. Lo cual, teniendo en cuenta el poco tiempo libre de los niños y la manía de Andreas de esconder piezas "por seguridad", puede significar que nunca se terminará.

Pero lo cierto es que a nadie allí parece importarle.

La mesa de la sala de juegos está tomada. Piezas boca arriba, otras agrupadas por color, algunas apiladas en estructuras que definitivamente no forman parte de la imagen original.

Lysander organiza las esquinas con una precisión casi profesional. Andreas revuelve el centro y lo llama "experimento artístico".

Yo me quedo en medio, intentando evitar un desastre… y aprovechando cada segundo.

— No va a dejarlo — suelta Andreas de repente, con la naturalidad de quien habla del tiempo.

— ¿Qué? — pregunto, sin apartar la vista de una pieza azul que parece del cielo, pero quizá sea de una cortina.

— La fiesta. No va a dejarnos ir. Nunca nos deja.

Lysander no dice nada. Solo asiente y encaja otra pieza en el borde.

La fiesta.

Casi lo había olvidado.

Una invitación rosa con lunares dorados que los niños trajeron hoy del colegio. Venía con una lista de horarios e instrucciones por detrás. No hablaron mucho desde entonces, pero ahora lo entiendo: es porque ya han asumido que no van a ir.

— No lo sabéis — digo, intentando mantener el tono neutro, sin parecer que prometo demasiado.

— Sí que lo sabemos — responde Andreas, empujando un grupo de piezas con el codo—. Nunca nos deja. Hubo una el año pasado. Y otra el anterior. Nosotros nunca vamos.

Lysander por fin levanta los ojos. Los suyos están menos resignados que los del hermano, pero más silenciosos. Como si su esperanza aún estuviera en observación, atrapada dentro de una campana frágil.

— Tal vez esta vez sea distinto — me arriesgo.

— ¡Claro que va a ser distinto! — responde Andreas, de repente lleno de entusiasmo—. ¡Ahora te tenemos a ti!

Sonrío, aunque algo se me apriete en el pecho.

— Yo no soy magia, Andreas.

— Pero conseguiste las clases de música — replica, contando con los dedos—. Conseguiste el mural, los marcos, la pared de hojas, el huerto falso…

— Eso fue un proyecto de ciencias, no un huerto — murmuro, riéndome.

— ¡Y conseguiste el dibujo en la puerta del lavabo! — añade Lysander, ya demasiado metido como para esconderse en el silencio.

— Solo falta la fiesta — concluye Andreas, con un brillo en los ojos que me revuelve el estómago.

— Entonces ya está — dice Lysander—. Si ella consiguió todo eso, va a conseguir esto también.

— Solo tenemos que tener fe — declara Andreas, usando contra mí las palabras que siempre les digo.

— Eso, chicos… es mucha fe. — Respiro hondo, luchando contra la risa—. Tipo… fe a un nivel exagerado.

— ¿Tipo qué?

— Tipo convertir agua en zumo de naranja.

Se ríen. Alto. De verdad.

Y se me olvida que existe algo fuera de esa sala.

El mundo es solo esto: piezas esparcidas, fe excesiva y dos niños que creen en mí con una fuerza demasiado grande como para que yo me atreva a decepcionarlos.

18.

ALEKOS THEODORAKIS

La taza fría reposa sobre la mesa baja como un punto de anclaje para una rutina que debería traerme confort. La tableta en mis manos muestra números y proyecciones que, hace unos meses, habría devorado en veinte minutos. Hoy los miro por encima como si pasara la vista por un libro ya memorizado.

La sala de estar pequeña — otra de las que casi nadie usaba hasta hace poco— ahora parece un ambiente distinto. Sigue silenciosa, sigue siendo mía. Pero tiene otra temperatura. Otro olor. Otro tipo de presencia.

Como si alguien hubiera abierto las ventanas de la casa y hubiera dejado entrar el mundo en pequeños detalles: un cojín cambiado, un marcapáginas olvidado, el sonido de los niños al fondo, no muy lejos.

Oigo pasos. Ligeros. Precisos.

Antes incluso de verla, sé que es ella. No sé exactamente por qué. Solo lo sé. Tal vez sea el ritmo. Tal vez la ausencia de duda.

Aparece en la puerta abierta con el uniforme de siempre — ese vestido casi blanco, sin forma, con un delantal encima que, incluso sin intención, no logra ocultar nada.

Thalia sostiene una carpeta contra el cuerpo como si fuera un escudo ceremonial. La postura es recta. El rostro… demasiado sereno para ser solo serenidad. Hay algo ahí. Brillo, o propósito, y me descubro esperándolo.

Entra como si no necesitara pedir permiso. Como si ya la hubieran llamado — aunque yo no haya dicho ni una palabra.

— ¿Debería empezar a temer las carpetas, señorita Esperakis?

Ella sonríe, y su sonrisa le llega a los ojos. A ella siempre le llega.

— No las mías, señor. No puedo hablar por todas, pero las que yo llevo siempre son inofensivas.

— ¿Excepto para el silencio?

— Y para todas las cosas tristes.

Su sonrisa se mantiene incluso después de la respuesta. Y lo que sea que se me está expandiendo en el pecho — eso que aún no sé nombrar— se enciende otra vez.

Se acerca y se sienta en el sillón a mi lado, con la delicadeza de quien respeta el espacio, pero no teme ocuparlo. La carpeta reposa sobre su regazo.

— ¿Por qué tengo la sensación de que mis hijos no son los únicos a los que usted manipula educativamente, señorita Esperakis?

— No sé de qué habla usted.

Intenta sostener el tono serio, pero la expresión la delata. La ironía amable. La provocación sin malicia.

Y, contra toda lógica, yo sonrío. Poco. Pero lo suficiente para que ella lo note.

— ¿Mentir no es pecado, señorita Esperakis?

— Solo si es premeditado — responde, y se lleva la mano a los labios, como si quisiera esconder una risa que no logró contener. Su sonido es ligero. Casi musical.

Y yo… me descubro queriendo oírlo otra vez.

Aún tiene la mano cerca de los labios, la risa apagándose, cuando una empleada entra con una bandeja y una cafetera nueva. El aroma llena el ambiente como un recuerdo bienvenido.

Thalia endereza la postura. Yo observo cómo se recompone, como si cada gesto suyo estuviera calibrado para no desbordarse demasiado.

No quiere llamar la atención. Pero la llama. ¿Cómo no iba a hacerlo?

— Acompáñeme, señorita Esperakis — digo, indicando con la barbilla la bandeja recién dejada en la mesa entre nosotros.

— Gracias, señor. Pero no tomo café por la noche.

Se me arquean las cejas. Ella se apresura:

— Me altera el sueño.

Asiento, fingiendo neutralidad. Pero ya estoy haciendo que la empleada vuelva con un leve gesto de cabeza.

— ¿Té, entonces?

— Si no es molestia.

— Se lo traerán.

Mientras espera, su mirada recorre el ambiente con una cautela respetuosa. Thalia no es alguien que invada. No toca. Pero ocupa el espacio como quien se fija en todo. Registra. Siente.

Llega el té. Da las gracias con una sonrisa pequeña, baja la cara y envuelve la taza con las manos. Solo entonces vuelvo a hablar.

— Muy bien. ¿Contra qué enemigo de la felicidad general planea librar una batalla esta noche? Con hojas de cálculo y artículos como armas, imagino.

Ella se ríe. De verdad.

— Me siento una general. Pero si usted cree que yo libro guerras, es porque aún no conoce a Madre Agnes.

— ¿La madre superiora?

— La misma.

— ¿Y es tan aterradora?

— Convierte aulas de preescolar en regimientos militares con la misma facilidad con la que espanta gatos del jardín.

Arqueo una ceja, ella se ríe otra vez, y por primera vez noto algo más allá de la ligereza en su risa. Hay algo detrás. Una grieta.

— ¿Usted enseñaba en el orfanato?

Asiente.

— El último año ayudé en las clases de los niños pequeños. Pero antes… yo era una de ellos.

La información me golpea a mitad de un sorbo de café. Pero Thalia continúa, serena:

— Crecí en el convento. Me dejaron allí siendo un bebé. Nunca conocí a mis padres. Solo tenía conmigo una manta manchada y este collar.

Se lleva la mano al cuello del uniforme y saca el crucifijo colgado de una cadenita fina. Lo toca con reverencia, como quien reza con gestos y no con palabras.

— Lo siento — digo, antes de pensar.

Ella sonríe. Casi agradecida. Pero también… distante.

— No lo sienta. Las monjas siempre fueron una familia para mí. Madre Agnes, hermana Ana, hermana Lucía… cuidaron de mí como tres madres que se turnan entre sermones y cariños. La mayoría de los niños crece con una sola. Algunos… ni eso.

Lo dice mirando hacia la ventana. Pero yo lo sé. Sé a dónde va su pensamiento. Porque el mío fue al mismo lugar.

Los niños.

Esta mujer — que entró en mi casa como una medida desesperada— conoce a mis hijos. Y conoce lo que es crecer sin una presencia que diga: “me quedo”.

Sabe exactamente lo que está haciendo.

Y quizá por eso… yo no puedo dejar de escuchar.

Hay un momento en que baja los ojos. No para evitar los míos. Sino para ordenar los pensamientos. Los dedos se deslizan hacia la carpeta que lleva en el regazo desde el principio.

Cuando levanta la cabeza, algo en su expresión ha cambiado. Ya no es recuerdo ni humor. Es intención.

— Me han llamado a una nueva batalla, señor Theodorakis — dice, con una ironía leve—. Sus hijos creen que puedo ganarla.

— ¿Y cuál es el enemigo esta vez?

— Una fiesta de cumpleaños.

Desliza la carpeta sobre la mesa con cuidado.

— Los niños han sido invitados. Una compañera de clase. Les gustaría ir.

No hace falta que diga el resto. Sé lo que me está diciendo sin decirlo. Nunca fueron. Apoyo dos dedos en la carpeta.

— ¿Y eso requiere… datos?

— Gráficos. Hojas de cálculo. Artículos científicos. Un breve análisis de neuropsicólogos infantiles sobre el impacto de la socialización en edades formativas.

Asiento despacio, sin apartar los ojos de ella.

— ¿Todo eso está aquí?

Lo confirma con un gesto. Un poco demasiado serio.

Mantengo la mano sobre la carpeta, pero no la abro. Me quedo mirándola. El brillo decidido en sus ojos. La línea de su mandíbula levemente tensa. La firmeza del cuerpo que, al mismo tiempo, parece contener mil dudas.

Veo otras cosas también. Los labios perfectamente dibujados, rosados, con una marca sutil en el centro que los hace parecer siempre a punto de responder. La piel dorada por el sol de Aletheia, el cuello largo expuesto por el pelo recogido a toda prisa, la curva delicada de su barbilla alzada con más valentía de la que siente.

Hay una belleza en Thalia que no se exhibe… pero desafía.

Como si dijera: “mírame, si te atreves”.

— Tiene permiso para llevarlos a la fiesta, señorita Esperakis.

Parpadea. Una vez. Luego frunce el ceño, incrédula.

— ¿No va a mirar la investigación?

— ¿Me mentiría?

Tarda medio segundo en responder. Y, aun así, no necesita pensarlo.

— Nunca.

Siento algo relajarse dentro de mí. Y, al mismo tiempo, algo apretarse.

— Entonces no. No voy a mirarla.

Baja la mirada. Pero no sonríe como quien ganó una batalla. Sonríe como quien recibió un gesto inesperado. Recoge la carpeta y la sostiene con más cuidado ahora.

— No me haga arrepentirme — pido.

Asiente, muy seria.

— Nunca — repite.

19.

THALIA ESPERAKIS

La rutina es un lugar seguro. O lo era.

Desde que Alekos volvió, las mañanas han seguido la misma secuencia de siempre: levantarme temprano, preparar a los niños, organizar las mochilas, respirar hondo y sonreír cuando entran por la puerta.

Comen como pequeños ejecutivos en miniatura — metódicos, atentos, a veces demasiado distraídos, pero siempre pendientes de

mí. De cada gesto. De cada palabra.

Hoy la mesa está impecable. Pan recién hecho. Fruta cortada con mimo. La jarra de zumo recién exprimido. Me aseguro de que las sillas estén alineadas, los manteles individuales en el ángulo correcto, las porciones medidas. Sofía suele revisarlo todo antes de que llegue el resto. Pero ahora solo observa desde lejos.

Los niños llegan antes que Alekos. Se sientan uno al lado del otro, como siempre, y se intercambian susurros conspirativos que intento no oír — aunque siempre los oigo. Se fijan en todo. Sobre todo en lo que no se dice.

Estoy colocando los cubiertos cuando oigo los pasos.

Alekos entra.

No hay anuncio. Ni gravedad en su llegada. Simplemente… aparece. Pero la sala cambia.

— Señor Theodorakis — dice Sofía, con una inclinación breve.

Él solo inclina la cabeza a modo de respuesta, pasa junto a ella, junto a mí, junto a sus hijos, y se sienta en la cabecera, adueñándose del sitio con tanta propiedad que nadie diría que lo habitual en él es pasar más tiempo fuera que dentro de casa.

Aunque está pasando tiempo dentro.

Los niños comentaron que no es normal que su padre se quede tanto sin viajar. Ha pasado casi un mes desde que regresó y sigue aquí.

Mantengo la mirada baja y me giro para servir el zumo cuando oigo:

— Señorita Esperakis — dice, y mi nombre suena extraño en su boca a esa hora, con todos escuchando—. Esta tarde los niños irán a la librería del pueblo. Incluya en su rutina al menos una hora para que elijan lo que quieran.

Me detengo.

Solo un segundo.

Las manos siguen moviéndose. Pero la respiración… cambia.

Y no soy solo yo.

Los niños se miran rápido. Lysander alza un poco las cejas. Andreas muerde el pan, pero mastica más despacio. Sofía me mira.

Eso es.

Una orden simple. Una frase corta.

Y todo es distinto porque nunca me había hablado cuando hay otras personas alrededor, fuera de nuestras reuniones a solas.

Excepto el día de su regreso, cuando me encontró improvisando con sus hijos en el jardín, y la noche en que Andreas tuvo fiebre.

Normalmente, sus instrucciones me llegaban a través de Sofía.

Casi dos meses en esta casa. Casi dos meses de silencio público deliberado.

Hasta ahora.

— Sí, señor — respondo, con la voz firme, pero más baja de lo habitual.

Vuelvo a lo mío como si nada hubiera pasado. Como si el suelo no se hubiera desplazado un poco bajo mis pies.

Pero cuando dejo el vaso de zumo frente a Andreas, me tiemblan los dedos. Apenas. Lo suficiente para que yo lo note.

Y para que ellos también.

***

— Sé que Tú conoces mi corazón. Pero también conoces mis debilidades, y ahí está el problema, ¿verdad? Porque una cosa es tener fe. Otra es sostenerla firme cuando el mundo parece querer tirarte de las puntas…

Arrodillada junto a la cama, con los codos apoyados en el colchón y el crucifijo entre los dedos, cuestiono a Dios.

La ventana está abierta, la brisa de Aletheia entra suave, y el sonido de las olas ahí fuera parece componer una banda sonora invisible para la conversación que tengo cada día con Él.

— Sé que no me llamaste al confort. Pero… ¿sería mucho pedir una tregua por uno o dos días?

Se me escapa una risa baja. Autoironía sagrada.

— Vale. Cancelo la petición. Pero, al menos, no me dejes tropezar tanto. Al menos ayúdame a seguir haciendo lo correcto incluso cuando estoy completamente confundida sobre qué significa eso…

Dos golpes en la puerta me hacen abrir los ojos.

Dos toques cortos y rápidos.

— ¡Un segundo! — digo, colocándome el crucifijo de nuevo en el cuello y levantándome deprisa—. Con permiso, Dios. Ahora vuelvo.

Abro la puerta aún alisándome la falda, como si intentara recomponerme de un momento que solo Dios presenció.

Sofía está ahí.

Y no está sola.

Detrás de ella, el mayordomo, una de las empleadas y el chófer de la casa. Todos llevan bolsas. Muchas bolsas.

— Pueden pasar — dice Sofía, y los demás obedecen sin cuestionar.

Me aparto para dejarles sitio, pero sigo parpadeando, completamente perdida.

— ¿Qué significa todo esto?

— El señor Theodorakis se lo envía a usted — responde Sofía con su neutralidad de siempre—. Dijo que, si va a acompañar a los niños

a eventos fuera de esta mansión, necesita ropa que tenga sentido fuera de estas paredes también.

Las bolsas se colocan en pilas silenciosas: sobre la cama, sobre la silla, al pie del armario. El olor a cosa nueva, papel de seda y perfume refinado se expande por la habitación.

El último empleado sale y cierra la puerta tras él, pero Sofía se queda. Lleva algo en la mano. Un sobre.

— También le envió una tarjeta.

Me acerco despacio y lo cojo de sus manos. Mis dedos no disimulan el temblor leve. Sofía me observa un largo instante y, entonces, hace algo inesperado.

Una reverencia. Pequeña. Sutil. Pero clara.

Y luego algo aún más sorprendente: sonríe. Es una microsonrisa, casi invisible, pero es una sonrisa, y de pronto me entran ganas de ponerme a bailar por la habitación.

¡Sofía me sonrió!

— Bravo, niña. Bravo — dice, y se va antes de que pueda responder.

La puerta se cierra con el mismo silencio con el que todo empezó.

Y me quedo ahí. Sola. Rodeada de más bolsas de las que he tenido en toda mi vida.

Miro el sobre y parpadeo un par de veces. Es del mismo tipo que encontré en la puerta de mi cuarto unas semanas atrás. ¿Alekos tendrá una reserva de sobres?

Lo abro como quien abre un santuario: despacio, con miedo a lo que encuentre, con reverencia por algo que no comprende del todo.

La caligrafía es la misma de la nota anterior.

«Diría que son regalos, pero algo me dice que, si se le diera esa opción, los rechazaría. Así que son sus nuevos uniformes, señorita

Esperakis. Para usarlos dentro y fuera de la casa, como prefiera, siempre y cuando los use.

Y creo que ya hablamos de lo que pienso cuando mis órdenes no se cumplen.

Alekos Theodorakis.»

Se me escapan dos lágrimas antes de poder impedirlo. No son de dolor. Ni de alegría. Son el peso de todo esto siendo… demasiado.

De no saber ya qué estoy sintiendo por mi permanencia en un lugar al que ni siquiera quería venir.

Guardo la tarjeta con cuidado. Luego vuelvo a arrodillarme junto a la cama, rodeada de telas y posibilidades.

Respiro hondo, entrelazo los dedos y aprieto.

— Hola, Dios. He vuelto. Entonces… creo que puedo acabar teniendo problemas…

***

Alekos empieza a aparecer más.

Primero en las comidas. Luego en el jardín. Después… en cualquier actividad de los niños.

Sin regla, sin constancia.

Simplemente… aparece. Y se queda.

Pasa el tiempo y él sigue aquí. Sale durante el día con frecuencia, pero nunca se queda fuera por la noche. No siempre está cuando los niños se van a dormir, pero siempre está cuando despiertan.

Es sutil. Como si no quisiera que nadie lo notara. Como si solo estuviera corrigiendo pequeños desvíos de su propia ausencia.

Pero los niños lo notan.

Y yo también.

En la primera semana, Andreas empieza a hablar más alto cada vez que su padre entra en una habitación. Hace preguntas tontas solo para que lo miren, golpea los cubiertos contra la mesa, derrama zumo dos veces en un mismo desayuno.

No es provocación. Es una petición.

Lysander hace lo contrario. Se queda más callado. Más observador. Menos disponible.

Y los dos empiezan a chocarse más que antes. No discuten. Pero se ponen a prueba con silencios.

Intento mantener la rutina. Sostener los espacios. No forzar nada.

Empezamos a ir a la librería del pueblo todos los sábados. Los niños eligen libros nuevos. A veces piden dos. Alekos no cuestiona. Solo autoriza. Un gesto, una mirada. Y el permiso queda dado.

Empezamos también a cenar juntos con más frecuencia. Yo, los niños… y él. Sofía siempre presente, claro. Pero es distinto. La energía cambia.

Él pregunta qué están leyendo. Qué les pareció el último libro. Ellos responden con frases cortas, como quien todavía calibra expectativas.

En su habitación empiezo a encontrar dibujos con la palabra "papá" escrita en alguna esquina. A veces, con un signo de interrogación.

Todo esto pasa en pocos días. O quizá semanas.

El tiempo pierde contornos cuando se vive entre ritmos que no controlas.

Sigo haciendo mi trabajo. Mantengo los horarios, organizo tareas, conduzco juegos.

Pero mi cuerpo…

Mi cuerpo también se niega, cada vez con más frecuencia, a comportarse como siempre. A seguir el guion.

A veces, con solo oír a Alekos llegar, el corazón se me acelera de un modo que no puedo controlar.

Otras veces, paso más tiempo del necesario arreglándome por la mañana… aun sabiendo que él no estará cerca.

Y otras, cuando él está… siento alivio.

Lo cual es aún más aterrador.

Por la noche intento calmar el corazón con la oración.

Y hoy, arrodillada una vez más junto a la cama, cierro los ojos con fuerza y hablo como quien suplica auxilio.

— Hola, Dios. Soy yo otra vez. Y necesitamos tener una conversación muy seria. ¿Qué crees que estoy haciendo? ¿Qué quieres de mí?

El silencio parece esperar algo más.

— Yo… yo no puedo parar. No sé cuándo empezó. No sé si fue la nota. Si fue el desayuno. Si fue verlo… riéndose con los niños.

Hago una pausa. El crucifijo se me resbala un poco entre los dedos.

— Sé que no debería estar sintiendo nada de esto. Y lo intento. De verdad. Pero… si es posible… si puedes echarme una mano… un poco menos. Ayúdame a sentir menos.

Me quedo en silencio. No pasa nada.

— Por favor.

La respuesta no llega en palabras ni en señales, y decido que este es uno de esos pedidos que Dios necesita pensar antes de contestar.

Porque la alternativa, además de absurda, es inaceptable.

No puede ser demasiado tarde.

Yo no puedo estar sintiendo ya… y no saber cómo parar.

Porque… ¿qué significaría eso?

20.

ALEKOS THEODORAKIS

Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria. El golpe de la tapa resuena en el despacho silencioso como un chasquido de impaciencia.

Intento ignorar el nudo en la base de la nuca, el peso en los hombros, la sensación de llevar demasiadas horas encerrado dentro de mí mismo.

Me levanto. Dejo las gafas sobre la mesa. El reloj marca casi las once de la noche.

Podría ir directo al dormitorio. Lo he hecho tantas veces que el camino hasta allí prácticamente me conduce solo.

Pero los pies no siguen. El cuerpo no quiere silencio. Quiere otra cosa que no sé nombrar.

Abro la puerta y cruzo el pasillo hacia el jardín. El aire suele ser más ligero a esa hora. Y necesito aire.

El sonido del televisor me llega antes de que me dé cuenta de dónde estoy. Un volumen bajo, casi imperceptible, como música de fondo de una casa viva. Al girar hacia la sala de televisión, la luz amarillenta de una lámpara me atrae: pálida, suave, cálida.

Me detengo en la puerta.

Thalia está en el sofá de lado, el cuerpo medio girado hacia delante, las piernas recogidas bajo ella. Andreas está tumbado sobre su vientre, los bracitos rodeándole la cintura con el descuido absoluto de un niño rendido al cansancio.

Lysander está encogido contra su hombro, la cabeza apoyada en su pecho, la cara medio oculta por el pelo suelto que le cayó sobre la mejilla.

Están dormidos.

Los tres.

La TV aún muestra algún dibujo animado sin sonido. Un personaje de colores se mueve en la pantalla con gestos grandes e inútiles. Pero ahí, en ese sofá, nada se mueve. Nadie habla. Solo… existe.

Me quedo quieto en la puerta, sin saber si entro o me voy. Sin saber si puedo.

Thalia respira despacio, hundida a medias en los cojines. La blusa que lleva es nueva. Una de las que mandé comprar. Algodón fino, mangas amplias, color neutro. Elegante sin esfuerzo.

El pantalón también es nuevo, pero está arrugado en las rodillas y en los pliegues de la pantorrilla, como si hubiera jugado con ellos durante horas antes de quedarse dormida así.

Estuvo preciosa con todo lo que seleccionó la estilista. Pero lo que me sorprende… es que eso no me sorprenda.

Porque Thalia Esperakis ya estaba preciosa con la ropa empapada, goteando sobre el mármol de la entrada. Ya estaba preciosa con los ojos irritados, con la boca apretada en provocación, con esa valentía imprudente de quien no sabe qué espacio está ocupando pero se niega a salir de él.

Ya estaba preciosa sudando, desafiando, riendo, llorando.

Ahora solo duerme.

Y aun así — quizá más que nunca— es deslumbrante.

Me acerco despacio, como si un paso un poco más rápido pudiera romper la escena. Los pies se deslizan por la alfombra. No quiero despertarlos. No quiero que me noten. Solo… estar ahí. Cerca.

Cojo la manta doblada sobre el sillón. Una de esas que Sofía siempre deja a mano aunque nadie la use. La abro con cuidado, los dedos trabajando en silencio, intentando no temblar… y no sé por qué temblarían.

Tapo primero a Andreas, el más impulsivo, siempre el primero en lanzarse. Luego a Lysander, que se encoge un poco más cuando la tela lo roza. Y por último dejo caer la manta sobre Thalia.

La tela se posa en su regazo y luego sobre sus hombros.

Pero no queda bien alineada.

Y por eso — solo por eso, me digo— estiro el brazo y le toco el hombro. Suave. Con dos dedos.

Su piel está caliente.

No caliente de fiebre. Ni de sol. Caliente de piel viva. De presencia. De algo que existe sin pedir permiso.

El contacto dura un instante, pero el daño… no.

El corazón se me acelera de una forma que no tiene sentido.

De una forma que no me pertenece.

Es solo un hombro. Es solo piel. Pero el impacto me atraviesa como si hubiera abierto una puerta que ya no puedo cerrar.

Thalia no se mueve. No despierta. Solo respira.

Y eso debería ser un alivio, pero me quedo atrapado ahí un segundo más. Un segundo estúpido. Demasiado largo para ser inocente, demasiado corto para ser suficiente.

Retiro la mano, ajusto la manta y doy un paso atrás.

Ella sigue ahí. Con ellos. En un lugar que durante años estuvo vacío. En un lugar que debería ser mío, pero nunca lo fue.

Salgo de la sala sin hacer ruido. El pasillo parece más estrecho ahora. El aire, más denso. Como si hubiera absorbido demasiado calor de una escena que no era mía.

Y, aun así…

es lo único que se queda conmigo.

De vuelta al despacho — después de que me robaran el aire en vez de llenarme de uno más nuevo y más puro, como planeaba al

salir— me siento en el borde del sofá, los codos apoyados en las rodillas.

Me paso las manos por el pelo, por la cara, por la nuca. La respiración no vuelve a la normalidad tan deprisa como debería.

No digo nada, no elaboro explicaciones, pero la pregunta surge sola.

Sin voz. Sin defensa. Sin salida.

¿Qué está haciéndome ella?

21.

THALIA ESPERAKIS

Me despierto con el sonido de las gaviotas.

La luz es suave, filtrada por las cortinas medio cerradas. La televisión sigue encendida, pero el volumen está casi al mínimo, como si alguien lo hubiera ajustado para no despertarnos.

Me duele un poco el cuello. También la espalda. Dormir sentada nunca fue buena idea, y mi cuerpo parece empeñado en recordármelo con cada respiración más honda.

Intento moverme con cuidado, pero siento el peso de dos cuerpecitos sobre mí. Andreas está medio enroscado en mi cadera. Lysander se mantuvo firme como un guardián, pegado a mi pecho, sujetándome el brazo como si fuera una extensión de la propia manta.

Duermen profundamente. Con la boca entreabierta y los párpados temblorosos. Uno refunfuña algo sin despertarse. El otro solo suspira, acurrucado.

Sonrío y entonces noto la manta.

No es mía. Es del salón. Una de las buenas. Tejido suave, fibra gruesa, olor a lavanda y chimenea. Yo no la cogí. Y desde luego los niños no se taparon solos.

No me muevo durante un segundo.

Solo dejo que la mirada recorra los pliegues de la tela. La manera en que está colocada con cuidado sobre nosotros tres. La forma en que me cubre hasta los hombros. Incluso los pies.

El corazón me late despacio, como si la simple constatación del gesto tuviera el poder de reorganizar mi ritmo por dentro.

Él estuvo aquí.

Alekos Theodorakis nos vio dormidos. Nos tapó. Con sus propias manos.

No fue un empleado. No fue Sofía. Fue él.

La certeza martillea mi cabeza con el mismo ritmo que el corazón en el pecho.

Respiro hondo, intentando procesar lo que significa… y por qué me hace sentir como si el aire se hubiera vuelto más espeso de repente. Como si la manta, ligera sobre mí, cargara el peso de algo que no sé nombrar.

Los cuidados tienen olor.

Y este… es el suyo.

Con delicadeza levanto la cabeza lo justo para mirarlos. Siguen ahí. Pestañas largas, frentes tranquilas.

Deslizo la mano por el pelo de Lysander, despacio. Beso la coronilla de Andreas y, cuando vuelvo a recostarme sin poder dormirme, pienso en él.

En el hombre que me tapó. En lo que eso cambia.

¿Cambia algo? Despierta algo en mí.

¿O yo solo estaba ignorando algo que ya me estaba mirando?

No es una conclusión. Ni siquiera es una pregunta.

Es solo una presencia cálida, silenciosa, y ahora imposible de ignorar.

***

No tenía intención de encontrarlo allí. No sabía que estaría.

Horas después de haberme despertado en la sala de TV, aún no me sentía lista para mirarlo a la cara, la verdad.

Entendí su ausencia en el desayuno y en la cena de aquel domingo como una intervención divina. Pero, al parecer, Dios decidió

que ya era suficiente y que yo estaba preparada.

Lejos de mí discutir con mi padrecito todopoderoso, pero con todo respeto… yo discrepaba. Profundamente.

Sofía solo me pidió que devolviera el libro a la biblioteca. Uno de los niños lo olvidó en la mesa del comedor y ella estaba demasiado ocupada con otras tareas.

«Llévelo, por favor. Solo déjelo en la mesa.»

Eso fue lo que dijo.

Y yo hice exactamente eso.

Solo que no esperaba que él también estuviera allí.

Me quedo en el marco de la puerta sin que me note al instante. Alekos está sentado en uno de los sillones junto a la estantería central, con un libro abierto en las manos y la cabeza inclinada en un ángulo casi… casual.

Hay algo absolutamente desconcertante en verlo así, en esa luz suave, con unas gafas de lectura que nunca le había visto.

Está relajado.

Pero no menos imponente.

Como si incluso su quietud fuera una extensión de la autoridad que carga sin esfuerzo.

Doy un paso y el sonido de mi zapato sobre el suelo hace que levante la mirada.

— Ah… perdón — digo enseguida—. Yo… solo venía a dejar uno de los libros de los niños. No sabía que usted…

— Puede dejarlo en la mesa — me interrumpe, con voz neutra.

Pero sus ojos siguen en mí.

Asiento, intentando que no se note el calor que me sube por el cuello. Voy hasta la mesa, dejo el libro. Pienso en irme, pero no me voy.

Mis ojos se deslizan, inevitablemente, hacia el volumen que sostiene. Reconozco la portada.

Es ficción.

Y, más sorprendente aún… es uno de mis favoritos.

— ¿Le gusta este autor? — pregunto sin pensar, girando un poco la cara hacia él.

Me observa un segundo más de lo necesario.

Luego responde:

— Sí. ¿Lo conoce?

Se me iluminan los ojos antes de poder controlarlo.

— Lo conozco. He leído casi todo suyo, de hecho. Ese fue el segundo que leí. Lloré tanto en las últimas cien páginas que tuve que rezar después. Creí que había cometido algún pecado por haberme implicado tanto con una historia inventada.

Arquea una ceja, intrigado.

— ¿Rezaste por culpa de un libro?

— Claro. Me quedé enfadada con un personaje casi dos semanas. Lo que significa que me afectó de verdad. Y no es justo que algo me afecte tanto y que Dios no lo sepa. Así que fui a hablar con Él del tema.

Alekos se ríe. Un sonido discreto, como si no se lo esperara de mí — ni la respuesta ni la ligereza.

— No sabía que los lectores más peligrosos se escondían en conventos.

— Le sorprendería la cantidad de novelas que caben entre dos oraciones.

Cierra el libro y lo apoya en el brazo del sillón con un gesto casi inconsciente. Los ojos aún en mí.

— Yo solo… no me imaginaba ese tipo de lectura en un convento.

Suelto una risita baja, sorprendida — y por algún motivo, satisfecha.

— Me parece que tiene una idea muy limitada de lo que pasa en un convento, señor Theodorakis.

Sus ojos se entornan un poco. Luego una comisura se curva.

— Ya me lo dijeron antes… pero nunca con ese tono.

— ¿Qué tono?

— De desafío.

— Ah — sonrío—. Es que todavía me estoy acostumbrando a que no debo desafiarle.

Se ríe. No alto. Pero es una risa real. Breve, discreta… y por eso mismo más impactante.

Se instala un silencio cómodo.

Un tipo de silencio que no exige huida.

— Es un buen libro — digo, señalando el que tenía—. Pero el final… quizá le decepcione.

— Gracias por avisarme. Y ahora que me has picado… llegaré hasta el final.

— ¿Siempre llega hasta el final de las cosas, señor Theodorakis?

La pregunta me sale más ligera de lo que me gustaría. Pero no consigo recogerla. Él tamborilea los dedos sobre el libro cerrado. Los ojos aún en mí.

— Casi siempre.

Trago saliva.

No sé por qué sigo aquí. Pero tampoco sé cómo irme.

Solo sé que ese ya no es el hombre que me contrató por accidente.

Ni yo soy la chica que vino solo a cumplir una misión.

Soy alguien que, por algún motivo, quiere seguir la conversación.

Y él… no parece dispuesto a cortarla tan pronto.

— Si estoy a punto de decepcionarme — dice, con la voz baja, cargada de una ironía elegante—, ¿qué antídoto me recomiendas? ¿Qué debería leer después para superar la decepción inminente?

Sonrío sin poder evitarlo.

— ¿Quiere que yo le elija un libro?

— Teniendo en cuenta que conoces al autor que estoy leyendo y, por lo visto, predices mi frustración… sí. Quiero.

Hace una pausa breve, y luego añade:

— Y, por favor… llámame Alekos.

No lo dice con gravedad. No tiene la formalidad de una orden ni la despreocupación de una broma.

Es solo… una invitación.

Simple. Desarmada.

Y por eso me golpea con más fuerza que cualquier otra cosa que me haya dicho hasta hoy.

Se me corta la respiración un segundo. El corazón se acelera.

No por el nombre en sí, sino por el peso que trae viniendo de él.

— Yo… no sé si debo.

— Deber es distinto de querer — dice, con una suavidad que nunca le había oído—. ¿Qué prefieres?

Debería mantener distancia. Debería sostener la línea invisible entre nosotros, seguir llamándolo "señor Theodorakis" y mantener los muros de donde vengo bien levantados entre los dos.

Pero la verdad es que…

— Alekos — lo pruebo, en voz baja.

— Mejor así — dice.

Pero lo que no dice habla mucho más. Sus ojos… lo dicen todo.

Y, de repente, ya no hay vuelta atrás.

Aparto la mirada fingiendo que observo los lomos a mi derecha.

— ¿De qué estantería? ¿De la biblioteca del se… — me detengo—. ¿De su biblioteca? ¿O quiere que vaya al convento a buscarle uno?

Se ríe de la bromita con la que intento tapar mi nerviosismo.

— De donde quieras. Pero prefiero que no tardes días. Estoy intentando ejercitar la virtud de la paciencia, pero aún no es mi punto fuerte.

— ¿Y cuáles sí lo son?

No responde.

Pero cuando vuelvo a mirarlo, la forma en que me mira atraviesa la pregunta como si fuera transparente.

No me muevo durante un segundo entero.

Luego me giro hacia la estantería más cercana y deslizo los dedos por los lomos. Me muevo con calma. Siento el peso de su mirada en mí.

Es como calor. Fijo. Concentrado.

Y, por un instante, no es solo incomodidad. Es… anticipación.

Alekos se levanta del sillón y empieza a caminar entre las estanterías también. Su paso es silencioso, pero su presencia es imposible de ignorar. No toca nada. Solo observa.

Cuando llegamos al mismo pasillo de libros, nuestros cuerpos se cruzan en ángulos opuestos y, por un segundo, es inevitable: casi rozamos los hombros.

— Perdón — digo, aunque no lo haya tocado.

— No pasa nada — responde, con la voz más baja que antes.

Se detiene a mi lado. Solo eso. Pero el aire cambia.

Se me eriza la piel de los brazos, incluso sin viento. Incluso con el vestido tapándolo todo. Incluso sin el menor contacto real entre nosotros.

— Este es bueno — digo, intentando romper el instante. Saco un libro del estante y me giro hacia él—. Tiene un final valiente. Pero no cruel.

Acepta el libro. Nuestros dedos no se tocan, pero están lo bastante cerca como para que sienta el calor de los suyos en el dorso de mi mano.

Alekos no mira la portada.

Me mira a mí.

— ¿Es tu favorito?

— Uno de ellos. No me gusta elegir solo uno. Sería injusto con los demás.

— ¿Diplomacia literaria?

— Evita resentimientos.

Sonríe. Pero despacio. Con una comisura que parece una pregunta.

Y no sé qué está preguntando.

Solo sé que el corazón me late más deprisa.

Alekos hojea el libro con calma, los ojos cayendo sobre las primeras líneas. Pero sé que no está leyendo. Nadie lee así. Está manteniendo las manos ocupadas, porque sus ojos vuelven a mí un instante después.

— Y este… ¿puedo confiar en que no querré rezar después?

— No puedo garantizarlo — respondo—. Pero si reza, al menos ya sabrá con quién quejarse.

— ¿Y tú escucharías?

— Siempre.

Silencio.

El libro sigue abierto, pero sus ojos no se mueven de los míos. El momento es denso y no sé hacia dónde va.

Pero quiero averiguarlo.

Quiero ver hasta dónde llega este hilo.

— Gracias por la recomendación — dice por fin, cerrando el libro con un golpe leve—. Señorita Esperakis.

— No es justo — suelto de inmediato.

Se le arquean las cejas, sorprendido por mi rapidez. Quizá por el tono. Quizá porque me atreví a no sonreír.

— ¿Qué no es justo?

— Que yo te llame Alekos… y tú sigas llamándome señorita Esperakis.

Me observa un instante. Lo bastante como para que me arrepienta — solo un poco— de haberlo dicho en voz alta.

— ¿Y cómo le gustaría que la llamara?

La pregunta es directa, pero algo en su voz… se me desliza por los sentidos como seda húmeda. Aparto la mirada por reflejo.

Pero respondo:

— Thalia.

— Thalia — repite con precisión e intención.

Y por algún motivo, mi nombre nunca sonó tan íntimo. Tan… personal. Tan real.

Cuando vuelvo a mirarlo, Alekos sigue observándome, pero ahora su sonrisa es otra: discreta y peligrosamente cercana a un secreto.

— Buena lectura, Alekos — digo, retrocediendo dos pasos.

Asiente y se aleja, volviendo al sillón donde estaba cuando llegué. Se sienta despacio y abre de nuevo el primer libro.

Sus ojos aún me siguen mientras camino hacia la puerta y, cuando salgo, solo puedo pensar una cosa:

Fue la primera vez que no me dijo buenas noches.

Y aun así…

tengo la sensación de que esta será la noche que más me costará olvidar.

22.

ALEKOS THEODORAKIS

— Es más guapa de lo que me dijiste.

Leon suelta el comentario con naturalidad, como quien habla del tiempo o de la previsión del mercado bursátil. Está apoyado en la mesa de mi despacho, sosteniendo una taza de café que no encaja con su postura relajada.

— No recuerdo haber mencionado su aspecto — respondo, sin levantar los ojos del informe.

— Justamente. No lo mencionaste. Y ahora entiendo el motivo. Si lo hubieras hecho, te habrías delatado.

Pongo los ojos en blanco y paso al siguiente gráfico. Informe trimestral. Expansión de una de las operaciones en la Grecia continental. Algo que normalmente exigiría toda mi atención.

Pero Leon está aquí.

Y Thalia está… en algún punto de la casa.

— Leon…

— ¿Qué? — pregunta, como si fuera inocente—. Solo observo. Y, como tu amigo más antiguo, estoy preocupado.

— Preocupado.

— Extremadamente — asiente, bebiendo el café con exagero teatral—. Imagínate. Tú, encerrado en esta fortaleza emocional desde hace años, y ahora… la niñera. Joven, guapa, divertida. Es el tipo de trama que vende libros.

Cierro el informe con más fuerza de la necesaria.

— Respeto, Leon.

— Estoy siendo respetuoso.

— Estás intentando ser gracioso.

— Tal vez. Pero la palabra que te está irritando no es "respeto", ¿verdad?

Levanto la mirada. Leon sonríe, provocador.

— Estás hablando de la mujer que cuida de mis hijos.

— Estoy hablando de la mujer a la que miras como si quisieras desarmarla con tus propias manos. Física o emocionalmente, aún estoy intentando averiguar cuál de las dos.

Se me tensa la mandíbula. Por dentro, estoy a punto de mandarlo callar. Por fuera, solo respiro hondo.

— Te estás pasando.

— ¿Me estoy pasando, eh? — Leon sonríe más—. Entonces debe de ser grave.

— Leon…

— ¿Cuál es el problema, entonces? — pregunta, haciendo girar la taza entre las manos—. Tú no eres célibe. Hasta donde yo sé.

— Ella es mi empleada.

— No, no lo es — rebate con tranquilidad—. Es voluntaria. No le pagas ni un céntimo. No hay contrato. No hay vínculo. Técnicamente, es una huésped muy aplicada.

— Eso no cambia nada.

— Sí que cambia. Cambia que la excusa de la jerarquía se ha venido abajo. Y me parece que el problema está en otro sitio.

— ¿Qué problema?

— El de admitir que quieres a la chica.

— Tiene veintitrés años menos que yo — digo entre dientes.

— ¿Qué? ¿Tienes miedo de no dar la talla, Alekos?

No respondo y él se ríe. Leon da un paso más hacia la mesa y apoya la taza.

— ¿Y si yo la quisiera?

Levanto la mirada despacio. Otra vez no respondo. Pero no hace falta. Leon siempre fue muy bueno sosteniendo conversaciones él solo. ¿Por qué sigo siendo su amigo?

Continúa, implacable:

— Quiero decir… es exactamente mi tipo. Inteligente. Sagaz. Guapa. Esos ojos curiosos y esa boca que haría arrodillarse a un santo… Esa cara inocente, Alekos, de quien aún no aprendió a mentir bien… ¿sabes lo que eso le hace a un hombre?

Mi mano se cierra alrededor del bolígrafo sobre la mesa.

— No.

— Le hace querer enseñar — remata Leon, con una sonrisa sugerente—. Despacio. Con tiempo. Y con las manos.

— Leon…

— Creí que habías venido a hablar de la auditoría de la filial de Marsella, no a buscar tu próxima follada.

— Una cosa no excluye la otra, amigo — se encoge de hombros, sonriendo—. Sobre todo si la follada en cuestión ya duerme bajo el mismo techo que yo.

— Si sigues con este tema, no tendrás techo bajo el que dormir.

Levanta las manos, teatral.

— Vale. Entendido. Mensaje recibido.

Pero la sonrisa no desaparece. Al contrario: se afila aún más.

Es la clase de sonrisa que conozco demasiado bien. La sonrisa de quien entendió más de la cuenta. De quien guarda un secreto que tú implorarías por oír.

No imploro.

— Volvamos al trabajo — decreto.

— Si el trabajo es todo lo que dices que quieres hacer…

Hijo de puta.

El comedor está más silencioso de lo habitual.

Miro el reloj de mi muñeca, comprobando si llegué antes de tiempo, pero es la hora de siempre. Esperaba encontrar a mis hijos ya sentados, quizá discutiendo sobre el postre, ya que Sofía no está.

Tiene un compromiso fuera de la mansión esta noche. Raro, pero autorizado por mí a principios de semana. Aun así, nunca es ella quien marca el volumen de nuestras comidas, así que en ese sentido no se nota su ausencia.

Los dos pequeños altavoces que llevan mi apellido, sí.

Pero no están en la sala.

Ni siquiera el tintineo de la vajilla o el murmullo de los empleados poniendo los cubiertos llena el ambiente. La mesa está perfectamente puesta y solo la luz cálida del candelabro y el arreglo de lavandas sobre la mesa — probablemente obra de Thalia— rompen la rigidez del espacio.

Doy unos pasos, tiro de una silla, pero no me siento.

La puerta se abre suavemente detrás de mí. El sonido es leve, pero me saca de la distracción. Por instinto sé quién es sin girarme.

— Buenas noches — dice una voz que reconocería incluso a oscuras.

Thalia aparece delante de mí segundos después, con el pelo recogido de forma sencilla, el uniforme impecable, como si no hubiera pasado el día entero guiando a dos niños entre lecciones, tareas y explosiones de energía.

— Buenas noches.

— Solo venía a avisarle de que los niños cenaron en su habitación. Y ya están dormidos.

Asiento.

Ella recorre la mesa con la mirada.

— No dio tiempo a avisar a la cocina. Pusieron la mesa para todos. — Frunce el ceño de pronto.— En realidad falta un sitio. — Gira el cuello, buscando por la sala—. Se olvidaron de su amigo — concluye—. El señor Leon.

Aprieto los dientes lo suficiente como para que duela. Claro que el cretino dejaría rastro.

— Se fue. Esta tarde — respondo, más seco de lo que debería.

Thalia me mira un segundo más. Su expresión cambia. No sé si es confusión o… desagrado. Pero cambia. Y sé que fue por mi tono. Por el hielo innecesario.

— Quédate — digo, antes de que se vaya.

La voz me sale más baja. Menos armada.

Frunce un poco el ceño, como si no entendiera.

— Conmigo — aclaro—. Cena conmigo, Thalia. ¿O estás demasiado cansada y prefieres cenar en tu cuarto para acostarte temprano?

Es una salida fácil. No quiero que se sienta obligada a quedarse, aunque por algún motivo tampoco quiero que se vaya.

Thalia duda. Solo un segundo. Después asiente.

— Necesito comer, de una forma u otra.

Suelto una risita corta.

— Siempre reconforta oír que mi compañía es apreciada.

Ella también se ríe.

Le señalo la mesa y Thalia elige sentarse frente a mí. Nos servimos y comemos en silencio unos minutos. No incómodo. Solo…

en suspensión. Como si algo estuviera a punto de pasar, pero nadie quisiera ser el primero en empujarlo.

— Entonces… — dice, jugando con el tenedor en el borde del plato—, ¿a ti no te gusta cenar solo?

— En realidad, hacer las cosas solo no me molesta. Me acostumbraron a eso desde muy temprano.

— Ah — es todo lo que dice, asintiendo. Sus ojos bajan al plato y se quedan allí unos segundos.

— ¿Y tú? — pregunto.

— Lo contrario. Criada en un convento, ¿recuerdas? Estar sola es un lujo que no había tenido hasta hace muy poco — admite, y solo entonces capto la verdad que contienen esas palabras.

— ¿Qué otros lujos, además de la soledad, has descubierto últimamente? — pregunto, curioso.

Ella se lleva un trozo de pan a la boca, mastica despacio y solo después responde:

— Duchas largas. Chorro fuerte. Jabón que hace espuma.

Arqueo una ceja.

— ¿Jabón que hace espuma es un lujo?

— Cuando pasas la vida usando uno que parece hecho de tiza mojada… sí. Es la cumbre de la nobleza.

Sonrío más con los ojos que con la boca. Ella sigue:

— Ah, y fruta cortada. Mi primera bandeja de fruta cortada fue aquí. En el convento era una naranja entera y… buena suerte con la piel.

— Eso explica por qué te vi mirando la frutera cuando volví de Atenas, con cara de estar ante un tesoro.

— Lo estaba — confirma, riéndose—. ¿Un racimo de uvas lavadas, separadas y sin pepitas? Si eso no es la cima de la fruta, no sé qué

es.

— Eres fácil de complacer.

Asiente con solemnidad fingida:

— Absolutamente. Tres uvas sin pepitas, un jabón con olor a flor y una toalla mullida. Si además hay pan con mantequilla caliente… entonces… me caso contigo en el acto.

El tenedor se queda suspendido.

Ella lo nota. Yo noto que ella lo nota. Pero Thalia finge tragarse el comentario como si hubiera sido casual.

— Era una broma — aclara, con los ojos bajos y las mejillas empezando a teñirse.

— Claro que lo era — digo, retomando el tenedor, con una sonrisa aún atrapada en la comisura.

Se instala un silencio cómodo. Esta vez, más denso.

No hay prisa en romperlo.

— ¿Y usted? — pregunta—. ¿Cuáles son sus lujos preferidos?

— Silencio. Orden. Control.

Arquea una ceja, fingiendo sorpresa.

— Jamás lo habría adivinado.

— También me gusta el café solo y el pan perfectamente tostado. Pero esas preferencias no generan bromas matrimoniales, por lo visto.

Se ríe. De verdad. El sonido es ligero, claro, y por algún motivo me atraviesa como un rayo en campo abierto.

— Quizá no genere matrimonio — dice sonriendo—, pero yo aceptaría un té negro y un pan tostado bien hecho como disculpa.

— ¿Por algo que dije?

— Por el tono — alza una ceja—. Al principio. Cuando hablé de que los niños cenaron en su cuarto.

— Entendido. Consideraré el té y el pan parte de un acuerdo de paz — acepto deprisa, satisfecho de que atribuya mi tono a otra cosa que no sea lo que en realidad lo causó.

— Con mantequilla.

— Claro. Estamos negociando con una experta en lujos, al fin y al cabo.

Se ríe de nuevo, pero ahora sus ojos se quedan más tiempo en los míos.

Y me descubro deseando que no pare.

Que se quede ahí, diciendo tonterías, riéndose alto. Tocando el aire entre nosotros con esa ligereza que no encaja con el peso que suelo cargar.

Y cuando aparta la mirada otra vez hacia el plato, es como si el encanto se plegara sobre sí mismo. Pero sigue ahí.

Entre nosotros, en el silencio. En los cubiertos. En las miradas que se cruzan, se apartan y vuelven a cruzarse.

Y entonces me doy cuenta de que quiero más.

Más de esta conversación.

Más de esta ligereza.

Más… de ella.

23.

THALIA ESPERAKIS

— Creo que estoy enferma.

Lo digo en cuanto la imagen se estabiliza en la pantalla del móvil, antes de que ninguna de ellas tenga tiempo de preguntarme cómo estoy.

La hermana Lucía se está recolocando el velo, Madre Agnes parece aún intentando entender cómo girar la cámara, y la hermana Clara ya frunce el ceño con preocupación.

— ¡Tenéis que dejar de tocar el botón equivocado! — oigo que protesta la hermana Lucía al fondo—. Déjame sujetarlo a mí, Agnes, ¡por el amor de Dios!

No puedo evitar sonreír mientras espero con paciencia a que resuelvan la crisis tecnológica.

El móvil sigue siendo el de siempre, viejo, golpeado y con la batería siempre a la mitad, pero es lo que funciona para que no me sienta completamente lejos de mis madres adoptivas.

Tras casi un minuto de discusiones ahogadas y respiraciones irritadas, la imagen vuelve a la normalidad. Madre Agnes por fin habla, ahora centrada en la pantalla, con los ojos inmediatamente serios.

— ¿Enferma? ¿Tienes fiebre?

— No — respondo, acercándome la manta al pecho—. Quiero decir… no lo sé. Pero mi corazón está… raro.

— ¿Raro cómo? — la hermana Clara se acerca a la cámara, la frente casi pegada a la lente—. ¿Falta de aire? ¿Dolor en el pecho? ¿Palpitaciones?

— ¡Palpitaciones, sí! — exclamo, aliviada de que lo entienda—. Y sudor en las manos. Y mareos, a veces. Sobre todo cuando él está

cerca…

— ¿Él? — pregunta la hermana Lucía, entornando los ojos.

— ¿Quién es "él"? — añade Madre Agnes, con la voz más grave de lo habitual.

Parpadeo.

Maldición. Hablé de más.

— Nadie. Quiero decir… Alekos — tres frentes se fruncen y me aclaro la garganta—. El señor Theodorakis — me corrijo—. Pero no creo que sea por él. Puede ser el aire de la isla… o alguna comida en mal estado… o el zumo. Estoy tomando mucho zumo de naranja. A lo mejor mi organismo está rechazando la fruta.

Durante un segundo, nadie dice nada.

Silencio absoluto.

Hasta que, como si alguien hubiera apretado el botón de reproducir en el momento equivocado, las tres estallan en carcajadas. No una risita contenida. Carcajadas de verdad.

De las que se dan palmadas en los muslos, aprietan los ojos y hasta se les escapa alguna lágrima por el rabillo, como a la hermana Clara.

— ¡Hermana Agnes! — protesto, indignada—. ¡Puedo estar al borde de la muerte y usted está… riéndose!

— Al borde de algo estás, sí, hija mía — dice la hermana Lucía, aún riendo y tapándose la boca—. Pero de la muerte, no.

— Esto es falta de caridad — cruzo los brazos, fulminando la pantalla con la mirada—. ¡He llamado porque confío en vosotras!

— Y has hecho muy bien — responde Madre Agnes, secándose los ojos con la manga del hábito—. Ahora siéntate derecha, respira hondo y vamos a hablar de tu diagnóstico… hormonal.

— ¿Hormonal?

— Oh, sí — dice la hermana Clara—. Grave. Muy grave. Síntomas clásicos del primer contacto con la realidad fuera de los muros. Un caso serio de…

— Deseo — completa la hermana Lucía, ya sonriendo otra vez.

Quiero colgar.

Pero también quiero cavar un hoyo y enterrarme viva dentro.

— Sois crueles.

— Somos experimentadas, Thalia — dice Madre Agnes, por fin recuperando la compostura—. Solo estás sintiendo algo que cualquier ser humano normal siente cuando encuentra a alguien… interesante.

— ¿Interesante? — pregunto, haciendo comillas con los dedos—. ¿Así se llama casi desmayarse cuando la persona entra en la habitación?

— Es un buen comienzo — responde la hermana Lucía, riéndose.

— ¿Y las ganas de esconderme en un armario cada vez que me llama por mi nombre? ¿Eso también es "interesante"?

— Eso es hormona con miedo a pecar — dice la hermana Clara, muy segura de sí misma.

— ¿Y cuando sonríe? — continúo, porque ahora que he empezado parece que no puedo parar—. Porque a veces sonríe de ese modo torcido y yo siento… yo siento…

Pausa dramática. Las tres me miran.

Madre Agnes inclina la cabeza, animándome.

— Siento ganas de hacer cosas.

— ¿Qué tipo de cosas, hija mía? — pregunta Madre Agnes, con un tono pastoral tan neutro que solo me dan más ganas de meterme bajo la cama.

— ¡Cosas! — gesticulo—. Tipo… pasarle la mano por el pelo. O darle un portazo en la cara, según el día. Y luego… pedirle perdón. Pero sin dejar de tocarlo, porque su brazo tiene unas venas que…

— ¡Basta! — la hermana Clara da una palmada en los muslos—. Venas. Hemos llegado a la fase avanzada de la degeneración.

— ¡Eso no es degeneración! — protesto, roja hasta las orejas—. ¡Eso es… confusión espiritual! ¡Estoy vulnerable! ¡La carne es débil!

— La carne está hambrienta, Thalia — dice la hermana Lucía, riendo tanto que la cámara tiembla.

— ¡No me estáis ayudando! — me cubro la cara con las manos.

— Sí que lo estamos — responde Madre Agnes, con ternura en la mirada—. Te estamos diciendo que eres normal. Que sentir deseo es parte de la vida. Que permitirte mirar, sentir, querer… no es pecado. Lo que hagas con eso es otra conversación.

— ¡Pero no sé qué hacer con esto! — me quejo, hundiéndome más en la almohada—. Lo miro y todo lo que aprendí parece evaporarse. Tiene esa cosa… ¿sabéis? Esa… autoridad. Esa voz. Y esos ojos. Y—

— La voz — murmura la hermana Clara—. Siempre la voz.

— Y el olor. Dios mío, el olor. ¿Qué perfume es ese? ¿Quién lo autoriza?

— El sufrimiento de las mujeres, hija mía — dice la hermana Lucía, cruzándose de brazos—. Los hombres bien perfumados son trampas divinas.

— ¿Entonces es eso? ¿Me está… gustando?

Las tres se quedan calladas un segundo. El silencio pesa.

Hasta que Madre Agnes responde:

— Estás sintiendo deseo, atracción, curiosidad. Estás conociendo a alguien que despierta tus ganas. Eso es todo. No hace falta ponerle nombre al sentimiento antes de tiempo.

— ¿Y qué hago?

— Nada — dice la hermana Clara—. Vives.

— Con cuidado — añade la hermana Lucía.

— Y con honestidad — concluye Madre Agnes.

Respiro hondo. Me miran. Por un instante me siento exactamente como antes de hacer mi primer voto.

Con miedo… pero con muchas ganas de decir que sí.

— Vale — digo al final—. Pero solo para avisar… si caigo en la tentación, la culpa será vuestra por no exorcizarme a tiempo.

— Ya lo intentamos, querida — dice la hermana Lucía—. Pero parece que el demonio tiene la barba bien cuidada y un traje demasiado caro como para espantarlo.

Vuelven a reír a carcajadas. Y juro que voy a colgar, pero antes de hacerlo, sonrío.

Porque nunca he sido tan yo misma con nadie como lo soy con ellas…

Un pensamiento corto, de una sola palabra, me golpea, sin embargo:

¿Aún?

La arena está tibia bajo mis pies, aunque el sol ya esté a punto de ponerse. La brisa de la tarde es suave, salada y constante. No tengo destino. Solo camino.

El vestido suelto se mece con el viento y el mar repite su movimiento infinito, como si el mundo se hubiera reducido a este instante: andar, respirar, no pensar demasiado.

Después de la llamada con las hermanas, necesitaba aire.

No cualquier aire. Aire sin techo, sin paredes, sin reglas.

Y la playa… la playa es un espacio donde mi cabeza se queda en silencio. O casi.

Eso pensé cuando salí por el portón lateral de la mansión y empecé a caminar sin rumbo. Pero Dios tiene planes para los que mi mente limitadísima simplemente no tiene alcance.

Esa es la única explicación plausible para que Alekos aparezca en mi campo de visión a unos veinte metros, viniendo en dirección contraria, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en el horizonte.

El traje ha desaparecido. Lleva una camisa de lino y pantalones claros, las mangas remangadas en los antebrazos. El pelo desordenado por el viento. Sin zapatos. Sin corbata. Sin armadura.

Mi corazón se equivoca de paso.

Pienso en darme la vuelta. Fingir que no lo vi. Pero ya lo vi, y él también. Nuestras miradas se encuentran y los dos nos detenemos. Por un segundo, solo existe eso: arena y demasiado aire.

Entonces empieza a caminar hacia mí y yo, sin saber por qué, hago lo mismo. Nos encontramos a mitad de camino. Literalmente.

— ¿Me estás siguiendo, señorita Esperakis? — pregunta con los ojos un poco entornados, pero la sombra de una sonrisa en los labios delata la broma.

— Creí que habíamos acordado lo de Thalia…

— ¿Me estás siguiendo, Thalia? — se corrige, interrumpiéndome.

— Bueno, desde mi punto de vista, eras tú quien venía caminando hacia mí.

Alekos se ríe. Adoro cuando se ríe. ¡Jesús! ¡No! ¡No adoro nada!

— La perspectiva siempre es algo interesante.

— Sobre todo cuando la controlas — le guiño un ojo y me gano otra risa—. ¿Has puesto al CEO a lavar o algo así? — pregunto,

señalando su ropa informal y, esta vez, él echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

— Algo así — concede, aún riendo—. Puede encogerse si entra en contacto con el agua salada.

— Entonces has hecho muy bien. No queremos que el poderoso Alekos Theodorakis se haga más pequeño, ¿verdad?

— No, no queremos.

Se mete las manos en los bolsillos del pantalón, todavía sonriéndome.

— ¿Te han dicho alguna vez que deberías sonreír más? — pregunto sin poder contenerme.

— Sí — responde al instante—. Y lo estoy intentando.

Es mi sonrisa la que crece.

— No esperaba encontrarte aquí — digo.

— Yo tampoco — responde, intentando parecer natural—. Pensé que este era mi territorio.

— No vi ningún aviso de propiedad.

— Está implícito en el sonido de las olas.

Río en voz alta y Alekos inclina la cabeza.

— Siempre estás sonriendo, Thalia. Y aun así… ¿por qué no parece suficiente?

La pregunta me desconcierta y muerdo el labio, respondiéndole con lo que la provocó: otra sonrisa. Esta vez pequeña. Torpe.

— ¿Te gusta el mar? — pregunta.

— Me gusta no estar rodeada de muros — digo—. Y el mar no tiene paredes.

Asiente. Mira el horizonte un momento y luego vuelve a mí.

— ¿Todo bien?

— Sí — respondo.

Pero no digo nada más. Y él tampoco.

Empezamos a caminar uno al lado del otro. Sin destino. Sin tema.

Su presencia me mantiene alerta. Pero no tensa.

Solo… despierta.

Cada paso revela el sonido de la arena bajo nuestros pies.

Cada brisa se lleva un poco de mi cordura. Hasta que, con una ráfaga más fuerte, un mechón de mi pelo se me viene a la cara y me tapa la vista.

Antes de que pueda reaccionar, levanta la mano y, con dos dedos, aparta el cabello con una delicadeza que no esperaba de él.

Pero lo que me desarma no es el gesto.

Es mi propia mano.

Se alza también, rebelde, impulsiva, llena de voluntad propia. Un reflejo, me digo, pero sé que es mentira. Todo lo que quería era tocar la suya. Y lo consigue.

Es rápido, pero el contacto ocurre. Piel con piel. Calor con calor.

La sensación congela el tiempo.

Nos quedamos así un segundo que parece otro mundo.

Miro su mano. Luego sus ojos.

Y me está mirando como si quisiera entender por qué tocó… y por qué no puede apartarse. Su respiración cambia. La mía… ya no sé dónde quedó.

Un trueno lejano — bajo, casi imperceptible — rompe el silencio. Y el momento. Y el hechizo.

Doy un paso atrás, apartando la mano como si me hubiera quemado.

— Tengo que volver — digo, demasiado deprisa.

— Está oscureciendo — comenta, aún quieto.

— Sí. Y yo… tengo que preparar las cosas de los niños para mañana. Ya sabes, rutina, desayuno, uniformes… esas cosas.

No responde. Solo observa.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar. Más rápido de lo que debería.

Pero antes de salir del alcance de su voz, oigo:

— Buenas noches, Thalia.

Me detengo un segundo, pero no me giro. Solo respondo:

— Buenas noches, Alekos.

Y echo a correr.

No por miedo a él.

Sino a mí misma. O, al menos, a una parte de mí que estoy descubriendo ahora y no sé si puedo permitirme tener.

24.

ALEKOS THEODORAKIS

Voy tarde. No es un retraso preocupante… todavía. Pero a estas horas del día, cada minuto cuenta.

Tengo una reunión en Atenas dentro de dos horas, el tráfico del centro es imprevisible y mi chófer ya me ha mandado dos mensajes, actualizándome la hora de llegada a medida que pasa el tiempo, pero yo sigo aquí.

¡Maldito Leon! ¿Quién necesita documentos físicos en 2025? El desgraciado insistió en que sí, lo que me obligó a buscar uno en mis archivos personales a última hora. Debería haberle dicho que viniera él mismo a buscarlo.

Abro la puerta principal con paso firme y la cabeza en los números del presupuesto trimestral. No espero ver a nadie, pero están ahí: tres mujeres. Con hábito.

Durante una fracción de segundo las miro sin que el cerebro llegue a procesarlo, y me golpea un déjà vu casi cinematográfico.

Una monja empapada, encogida en mi vestíbulo, goteando culpa y determinación.

Pero esta mañana no es una.

Son tres.

Ninguna está mojada.

Y todas se han quedado fuera.

Yo solo… no sé qué hacer con esto.

— Usted debe de ser el señor Alekos Theodorakis — dice una de ellas, la más alta, con un tono absolutamente formal y firme—. Soy Madre Agnes, madre superiora del convento de la isla. Y ellas son la

hermana Clara y la hermana Lucía. Hemos venido a visitar a Thalia. Es una sorpresa. Si eso no es un problema para usted, claro.

Sigo procesando la información cuando me doy cuenta de que no me he movido.

Nada.

Ni un músculo.

Entonces, tras un silencio incómodo — e insólito en mí— doy un paso a un lado y les dejo paso.

— Por favor, pasen.

Entran. En fila. Y dejan un rastro de olores discretos y autoridad moral.

Llamo a una empleada y le pido que avise a Thalia. Vuelvo al vestíbulo y me quedo allí, de pie, sin saber por qué.

— No necesita preocuparse por hacer de anfitrión — comenta la hermana Clara, notando mi permanencia extraña—. Estamos acostumbradas a esperar.

Lo sé, y debería irme. Si no entro en el coche ahora, llegaré tarde.

Y odio los retrasos.

Pero no me muevo.

— Está bien, sería un pecado dejarlas solas — bromeo, y la hermana Clara me regala algo parecido a una sonrisa.

La otra, la hermana Lucía, sin embargo, me observa con los ojos entornados.

Madre Agnes mantiene la mirada fija en el pasillo y, como atraída por la expectativa de una madre adoptiva, Thalia aparece al final, distraída.

Lleva una carpeta y habla con una de las empleadas, caminando sin prisa.

Mi atención va directa a ella, como una polilla hacia la luz, y mis ojos la recorren de pies a cabeza con la naturalidad de quien cree que no está siendo observado.

Thalia lleva un pantalón claro y una blusa ligera de algodón de mangas abullonadas cuyo exceso de tela, lo sé, disgustaría a la mayoría de las mujeres que conozco.

A ella, en cambio, no solo no le disgusta: la lleva con una elegancia que no creo que le quedara a otra persona.

La tela se ajusta a su cintura fina, y el lazo flojo en el cuello no consigue ocultar el contorno del cuello, largo, suave, absurdamente invitador.

El pelo va recogido de cualquier manera, pero algunos mechones se han soltado y le caen por la cara, rebeldes.

Thalia es femenina de un modo que parece no saber. O sabe y lo esconde — lo cual es aún peor.

Cada paso es fluido, despreocupado. Cada gesto… inocente.

Pero todo en ella llama.

Como un hambre antigua. Como una sed que nunca supe que tenía.

Si girara la cara ahora, si me mirara…

No sé qué haría con su mirada de vuelta.

Pero no mira.

En cambio, por fin repara en las tres figuras detenidas frente a mí en el vestíbulo, y la sonrisa que se le abre al ver a las monjas es la sonrisa más bonita que le he visto en la cara: amplia, luminosa, incontrolable.

Corre. Corre hacia ellas con una risa en la garganta que nunca le había oído y se lanza a los brazos de las tres a la vez.

Como si ese momento fuera casa.

Como si esas mujeres fueran lo más seguro del mundo.

Y yo…

yo me quedo allí, extrañamente inmóvil, con una parte de mí caliente por lo que ve y otra helada porque esa sonrisa no era mía.

Ni esa emoción. Ni esa seguridad.

¿En qué demonios estoy pensando?

Las tres la abrazan, le aprietan las manos, le tocan la cara. Una comenta la ropa. Thalia gira sobre los talones como una modelo improvisada.

Monjas.

Ellas… aprobaron la ropa.

La ropa que yo elegí.

Que yo mandé comprar.

Y no con intención de hacerla más atractiva — ni mucho menos.

Elegí prendas con mangas, pantalones, telas ligeras y discretas.

Uno o dos volantes, quizá. Pero ningún escote, porque quería que Thalia se sintiera cómoda con lo que le seleccionaron. Que le gustara.

Ningún bikini.

Entonces pienso en ella en bikini.

En la playa, aquella tarde.

Pienso en la curva de su espalda. En la piel dorada. En lo que haría el viento con un vestido ligero que iría sobre el bikini si Thalia se quedara quieta a su merced.

— ¿Señor Theodorakis?

Una de las monjas me arranca del delirio. La cabeza me gira como si me hubieran pillado en flagrante.

¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Pensando en Thalia en bikini? ¿Delante de tres monjas? ¿Tres monjas que son como madres para ella?

Nunca dudé de ser un pecador, pero esto sin duda elevaba el nivel de mi degeneración.

¿Qué mierda le está pasando a mi cerebro?

Quizá Leon tenga razón. Quizá lo único que necesito sea follar.

Pero… no a cualquiera. No ahora. No a otra.

Aparto ese pensamiento con la violencia de un hombre intentando salvar su propia reputación de la guillotina moral.

Thalia se vuelve hacia mí con una sonrisa pequeña, suave. Completamente ajena a la suciedad de mis pensamientos.

— ¿Alekos?

Mi columna reacciona a mi nombre dicho así, con dulzura y cercanía. Me ancla al presente, como si bastara su voz para sacarme de la locura.

— Con los niños en el colegio, ¿le importaría que tomara un té con ellas en el jardín?

— Por supuesto que no. En absoluto — respondo.

Me giro hacia las monjas con mi tono más galante y diplomático, como si no acabara de fantasear con la niñera de mi casa mientras tres mujeres santificadas están a menos de dos metros.

— Será un placer recibirlas.

¿Por qué dije eso?

— ¿Recibirlas? — pregunta Thalia, arqueando una ceja—. ¿No tiene un compromiso en Atenas?

— Se aplazó.

Mentira.

Mentira descarada.

Pero es para recibir a monjas. Dios me perdonará. Si tiene tiempo de sobra y decide mirarme incluso con cuatro mujeres realmente dignas de su atención en la misma sala.

Thalia me sonríe. A mí.

No tan brillante como la sonrisa de antes. Pero… suave. Y solo mía.

Alguna parte idiota de mí cree que un día podría ser igual. La sonrisa. El toque. La forma en que corre.

No lo necesito.

Sí lo necesito.

No lo necesito.

Lo necesito muchísimo.

Pido permiso, diciendo que voy a encargar el té, pero no me muevo. Me quedo observando cómo Thalia enlaza el brazo con el de las tres monjas, de un modo tan natural, tan… familiar, que por un segundo siento que no pertenezco a la escena.

— Vamos. Voy a enseñaros los jardines. Os van a encantar las peonías. Están en flor ahora.

¿Peonías?

Su voz se mezcla con el sonido de los pasos. Y cuando ya van a doblar el pasillo, la hermana Lucía mira por encima del hombro, me clava los ojos y… me guiña.

La monja me guiña.

¿Qué coño significa eso?

***

El silencio del despacho siempre me pareció un aliado. Un lugar donde los pensamientos fluyen con disciplina, donde la madera oscura y las estanterías perfectamente ordenadas imponen orden incluso a los desvíos mentales más insistentes.

Pero ahora está oscuro. Y el silencio en la oscuridad suena distinto.

No es concentración: es ausencia. Es espera. Es un tipo de vacío.

La luz se fue hace tres horas en toda la isla.

La tormenta llegó como un presagio de revuelta: rachas de viento empujando ventanas, truenos rasgando el cielo y la sensación de que todo, en cualquier momento, podía ceder.

Empezó a llover pocos minutos después de que las monjas se fueran. Uno de esos aguaceros repentinos, cortantes, como si el cielo hubiera recibido luz verde para descargar una represalia.

Parte de mí llegó a pensar — por idiota que parezca — que era algún tipo de castigo divino. El cielo abriéndose en protesta por mi mentira.

O peor: por la forma en que miré a Thalia durante todo ese té.

Intenté mantener la compostura. Les di la bienvenida, hice algún chiste, hasta serví el té con mis propias manos como si fuera parte de mi rutina — que no lo era, y se notó en el segundo en que derramé dos gotas fuera de la taza de la hermana Lucía.

Ella me dedicó una sonrisita. Esa sonrisita. La clase de gesto que me hizo desear que el suelo de la terraza se abriera bajo mis pies.

Thalia, claro, se reía con ellas de todo. Y lo peor era lo viva que parecía. Como si algo dentro de ella se encendiera solo por tener a esas mujeres cerca.

Yo fui educado. Aparentemente encantador. Las monjas dijeron que "esperaban menos" y aún no decido si eso fue un elogio o una sentencia.

Al final me despedí con un apretón de manos solemne y un agradecimiento que sonó más formal de lo necesario.

Y Thalia… me dio las gracias con los ojos. Sutilmente. Pero lo vi.

Y eso debería haberme bastado.

Pero ahora estoy aquí, en la oscuridad, preguntándome si fue ella quien invadió mis pensamientos o si fui yo quien dejó demasiado espacio abierto.

Porque el generador se detuvo sin aviso. Sin transición.

Todo quedó a oscuras con un chasquido seco, como si el mundo hubiera parpadeado, y en vez de averiguar por qué, estoy aquí, pensando en ella otra vez.

Como si haber desmarcado mis compromisos hoy para tomar té con monjas no fuera ya lo bastante alarmante.

Me levanto con el cuerpo tenso y la mano va instintivamente al bolsillo. El móvil aún tiene señal. Luz débil en la pantalla.

Llamo a Sofía.

— Aún no sabemos qué ha pasado, señor, pero Alexandros ya fue a la sala de máquinas para averiguarlo — responde, diciéndome ya lo que quiero saber.

— ¿Sabemos si es solo aquí?

— No. Otras casas en la isla también reportan fallos. Puede ser inestabilidad en la red del generador central. Lo estamos evaluando.

— Manténgame informado.

— Sí, señor.

Cuelgo y tengo la sensación de que el despacho se ha vuelto más pequeño. Más frío.

La madera que siempre me envolvía con firmeza parece absorber el sonido de la lluvia contra los cristales, dejando solo la sensación de estar encerrado dentro de un pulmón enorme que contiene el aliento.

La pantalla del móvil se oscurece y todo vuelve a quedar a oscuras. Y, como si esta fuera otra de las muchas cosas que están aprendiendo con la niñera, Andreas y Lysander invaden mi mente.

Probablemente duermen juntos, en el mismo cuarto.

El apagón llegó antes de su hora de dormir, pero a estas alturas ya deberían estar en la cama; se protegen siempre, sobre todo cuando tienen miedo o están preocupados.

Hay una cosa que aprendí con los informes: Lysander tiene miedo a la oscuridad. Siempre lo tuvo. En una observación al pie, una niñera antigua escribió que no durmió en dos noches enteras durante un apagón anterior.

Eso significa que, si está despierto, ahora estará aterrorizado.

Miro la puerta y pienso en ir a verlos.

Yo también tenía miedo a la oscuridad de niño, pero mi padre nunca vino a mí cuando me obligaron a lidiar con ella. Ni me enseñó a superarla. Aprendí solo.

Ese tipo de cosas — consuelo, presencia, contacto— nunca fue mi papel. Nunca lo recibí. Nunca me llamaron para eso. Nunca me ofrecí.

Pero si mis hijos no pueden contar conmigo cuando tienen miedo…

¿para qué sirvo, exactamente?

Me quedo de pie más tiempo del que debería.

El suficiente como para que cualquier excusa empiece a parecer cobardía.

Cojo el móvil otra vez, enciendo la linterna, abro la puerta y salgo al pasillo oscuro.

Sin destino exacto, solo con una idea incómoda latiéndome por dentro: es la primera vez que pienso en buscar a mis propios hijos por algo distinto a mantener el orden, y no tengo ni idea de lo que voy a encontrar.

El pasillo está aún más quieto que el despacho. La linterna proyecta sombras en las paredes y convierte cada mueble conocido en algo vagamente amenazador.

La tormenta fuera sigue fuerte, pero rítmica: un golpe de fondo constante.

Me detengo ante el cuarto de Andreas y abro la puerta con cuidado.

Solo quiero… no sé qué quiero.

¿Asegurarme de que están bien? Sí. Solo eso.

Quiero asegurarme de que mis hijos están bien pese a la tormenta, pese al apagón.

Pero encuentro la cama vacía.

Rayos débiles de luz de luna iluminan el caos de mantas y almohadas desordenadas, pero no hay nadie.

Debe de haberse ido con su hermano.

La puerta que conecta sus habitaciones está cerrada, así que sigo por el pasillo hasta la puerta de Lysander y la abro también, con cuidado, solo para encontrar otra cama deshecha y vacía.

Frunzo el ceño.

Llamo a Sofía. Responde con voz baja.

— Aún no ha vuelto con noticias, señor — dice, creyendo que quiero noticias del generador.

— ¿Dónde están Andreas y Lysander, Sofía? He ido a sus habitaciones y ninguno está.

— Ah — responde, como sorprendida—. Están en el cuarto de la señorita Esperakis, señor. Me avisó cuando llegaron. El generador todavía funcionaba, pero Lysander tenía miedo de que la luz se fuera aquí, como en el resto de la isla.

Ahora soy yo quien se sorprende, aunque no sé muy bien por qué. Si fue en ella donde encontraron consuelo cuando Andreas tuvo fiebre, no es extraño que también la busquen cuando tienen miedo.

Miro hacia el extremo opuesto del pasillo.

— Gracias.

Cuelgo y me quedo allí unos segundos.

Podría volver. Están seguros. No me necesitan.

Pero mis pies se mueven de todos modos.

La habitación de Thalia está al final del corredor del ala este. Uno de los cuartos de invitados adaptado para ella cuando llegó. Discreto. Lejos. Demasiado seguro.

Me detengo ante la puerta al verla entreabierta.

Se escapa un hilo de luz por la rendija — velas, probablemente.

La mano que sostiene el móvil vacila, pero empujo la puerta con cuidado.

El crujido es bajo, casi cómplice, y lo que veo me paraliza.

Por segunda vez los encuentro durmiendo juntos.

La escena es igual y, al mismo tiempo, completamente distinta.

Thalia está en el centro de la cama doble, recostada sobre las almohadas, con una mano sobre el pecho de Andreas — que duerme a su izquierda— y el brazo derecho alrededor de Lysander, que duerme de lado, pegado a ella, con la cabeza apoyada en la curva de su hombro.

La luz de las velas ilumina sus caras con suavidad.

La habitación entera parece… en paz.

Y si ya están dormidos pero hay velas encendidas, Thalia debió encenderlas incluso antes de que el generador se parara. Una forma de asegurarle a Lysander que no se quedaría a oscuras, pasara lo que pasara.

Ninguno de mis hijos parece asustado. Ni inquieto.

No hay rastro de miedo. Solo calma.

Y ella es el centro de todo eso.

El pelo suelto en ondas sobre la almohada, el rostro parcialmente iluminado por la llama temblorosa de la mesilla, la respiración serena. Sus dedos se mueven apenas incluso dormida, como si aún estuvieran consolando… incluso en sueños.

Me quedo quieto en el umbral. Sin valor para entrar. Sin ganas de irme.

Están bien. Están durmiendo.

Me acerco despacio. Cada paso me parece una desviación de todo lo que he sido hasta ahora. Llego al borde de la cama, apoyo una mano en el respaldo, inclino la cara.

La vela tiembla.

Mi corazón también.

— Tú… me das miedo — susurro, incapaz de apartar los ojos de la cara de Thalia.

No temo lo que ella es. Temo lo que despierta. Lo que desmonta. Lo que nunca supe que podía querer.

Thalia no se mueve, pero uno de sus párpados tiembla y yo me quedo ahí un segundo más.

Luego me aparto en silencio y cierro la puerta tras de mí con el mismo cuidado con el que la abrí.

Como si, por dentro, estuviera cerrando algo más.

Algo que no voy a saber contener por mucho tiempo.

25.

THALIA ESPERAKIS

La mañana empezó como cualquier otra.

Andreas se quejó de que el zapato le apretaba, Lysander del cuello de la camiseta, y yo, entre uno y otro, intentaba recordar cuál de los dos era el encargado de llevar el balón oficial para el partido de aquella tarde.

El partido. El segundo de ellos en el campeonato local.

Y, como en el primero, yo estaría allí — al borde del campo, con botellines de agua extra, toallitas húmedas y un entusiasmo que siempre terminaba en garganta afónica.

— ¿Dónde está la gorra, Lysander?

— En el infierno — responde sin pensarlo.

— Entonces reza para que San Longinos te la traiga antes de que te lleve yo allí — le contesto, y él sonríe, travieso, antes de salir corriendo hacia el dormitorio.

Todo está dentro de lo esperado… hasta que aparece él.

Alekos entra en la sala con las llaves ya en la mano, camisa de vestir remangada hasta los antebrazos, gafas de sol colgándole del cuello de la camiseta.

— ¿Vamos?

Me quedo congelada. Los niños también. Lysander se queda prácticamente paralizado, con la pierna aún en el aire, volviendo del dormitorio ahora con la gorra puesta. Sofía, que estaba colocando la última fiambrera en la bolsa térmica, se detiene a mitad del movimiento.

— ¿Vamos…? — repite Andreas, como si no hubiera entendido la conjugación del verbo.

— Al partido — dice Alekos, como si fuera lo más obvio del mundo—. Ya vamos tarde.

Lysander me mira, yo miro a Sofía y Sofía mira al techo.

— ¿Tú… vas a ir? — pregunto, intentando mantener un tono casual.

— Eso es lo que he dicho.

— ¿Al partido… con nosotros?

Alekos arquea una ceja, como si la pregunta fuera absurda, pero no responde. Solo levanta un poco las llaves.

Andreas y Lysander intercambian una mirada que es una mezcla de "¿qué milagro es este?" y "¿quién es este hombre y qué ha hecho con nuestro padre?".

— ¿Los chóferes están…?

— Los he cancelado — corta Alekos, girándose ya hacia la puerta —. Voy a conducir yo.

Y entonces, como si fuera un martes cualquiera, desaparece por el pasillo.

Los niños me miran como si yo fuera la especialista en traducir decisiones de padres billonarios que de pronto deciden comportarse como personas normales.

— Va a ir — digo, con la voz tan firme como puedo.

— ¿Va a ir? — repite Lysander.

— Va a ir — confirma Andreas.

— ¿Y va a… conducir? — añado, aún confusa.

— Papá conduciendo… — susurra Lysander, como si fuera algún tipo de profecía mágica.

— ¿Todo bien, tía Thalia? — Andreas me da un toquecito, frunciendo el ceño—. Te has quedado un poco… rara.

Le sonrío de lado y me coloco el pelo detrás de la oreja.

— Claro que todo bien. Solo… creo que hoy es el día en que se acaba el mundo. Así que vamos a disfrutar del partido antes de que pase, ¿vale?

Ellos se ríen. Yo no.

Porque mi corazón ya entendió que el problema no es el fin del mundo.

Es lo que empieza a partir de ahora.

Llevo a los niños fuera y me encuentro con el coche aparcado frente a los escalones. Es el mismo que ya usé otras veces con Andreas y Lysander: espacioso, silencioso y absurdamente limpio. El tipo de vehículo que parece lavado con agua bendita y pulido con promesas de confidencialidad eterna.

Me siento en el asiento del copiloto mientras los niños se acomodan atrás, aún demasiado sorprendidos como para montar ningún alboroto.

Alekos ajusta los retrovisores con gestos precisos, se coloca el cinturón con un tirón firme y los clics secos de confirmación resuenan en el interior.

Parece… tranquilo.

Pero la tensión entre nosotros está viva. Caliente.

Como electricidad estática a punto de estallar en una chispa.

La distancia entre nuestros brazos se mide en centímetros.

Mis ojos lo notan antes que cualquier otra cosa: la forma en que el músculo de su antebrazo se marca cuando gira el volante, la manera en que la manga remangada deja ver lo justo de piel como para que mi pensamiento se deslice fuera de foco.

— ¿Estáis emocionados por el partido? — pregunta, con la vista fija en la carretera.

— Sí — responden los dos al mismo tiempo.

— ¿Quién va a marcar el primer gol hoy?

— Yo — dicen otra vez, al unísono.

Me río. No puedo evitarlo. Alekos suelta un sonido leve, que casi podría ser una risa.

— Complicado — comenta—. Tendréis que decidirlo en el campo.

— ¿Y tú por quién vas a animar? — pregunta Andreas.

Él duda una fracción de segundo y luego:

— Por el que meta el gol más bonito.

— Típico — murmura Lysander—. Nunca lo pones fácil.

Alekos gira un poco la cabeza hacia atrás, pero no dice nada.

Solo sonríe. De lado. Casi imperceptible.

Yo lo veo.

Mientras los niños siguen discutiendo si el disparo de Lysander es más fuerte que el de Andreas, Alekos ajusta el aire acondicionado.

Su mano pasa cerca del panel central y, sin darme cuenta, mis dedos también están allí, intentando bajar un poco la intensidad del aire que me da directamente en la cara.

Nuestros dedos se rozan solo un segundo, pero es suficiente para que mi cuerpo lo registre. La temperatura ya estaba subiendo, pero ahora parece venir de dentro. Él no retira la mano de inmediato. Yo tampoco.

— Perdón — murmuro, apartando la mano.

— No pasa nada — responde, pero el timbre ha cambiado. Bajo. Cálido. Como si, sí, hubiera pasado algo.

Me incorporo en el asiento y, al tomar una curva más cerrada, mis hombros rozan los suyos.

Alekos no se aparta.

El contacto es mínimo, pero me eriza la nuca y le recuerda a mi corazón lo que es estar demasiado cerca de él, como si mi cuerpo

estuviera esperando algo que no sé ni cómo pedir. Y mi respiración decide ponerse a bailar de forma irregular.

Los niños empiezan a hablar de la estrategia del equipo, distraídos con alguna broma sobre saques de esquina y planes secretos para la victoria.

Intento centrarme en ellos. De verdad que lo intento.

Pero lo único que consigo pensar es: esto es solo un coche. Es solo un asiento. Es solo un hombre.

Y aun así…mi cuerpo no parece creer ninguna de esas frases.

26.

ALEKOS THEODORAKIS

Aparco el coche cerca del campo y mi primer pensamiento es que el suelo de grava compactada no combina con zapatos italianos, ni con la agenda que acabo de reventar para estar aquí. Aun así, estoy aquí, y eso, por sí solo, es extraño.

Nunca he ido a un partido. Nunca he estado presente en una grada con otros padres. Nunca me importó el rendimiento de niños de seis años corriendo detrás de un balón… hasta hoy.

No sé qué fue exactamente lo que me hizo decidir venir, pero la decisión se tomó en mitad de la noche, justo después de la tormenta. Después de ver a mis hijos durmiendo juntos, con Thalia en el centro de una paz que yo nunca supe darles.

O quizá fue antes. Quizá fueron los pequeños detalles: el zumo que Andreas empezó a beber con gusto, los dibujos pegados en los pasillos, la risa que empezó a salir sin miedo.

Desde que Thalia llegó, cada día conformarme con el padre que soy resulta más incómodo que el anterior. No sé cómo ser distinto. Pero, de repente, parece realmente incorrecto no intentarlo.

Apago el motor. Los niños saltan entusiasmados del asiento trasero y salen corriendo hacia la entrada del campo, cargando sus mochilas deportivas como si llevaran trofeos.

Thalia sonríe.

Siempre les sonríe así: como si cada gesto suyo mereciera aplausos. Abro la puerta y rodeo el coche.

Ella ya está fuera. Y, por instinto, mi mano va a su zona lumbar — un gesto ligero, casi casual. Casi.

— Cuidado con el escalón — murmuro, lo bastante bajo para que sea solo entre nosotros.

— Gracias — responde en voz baja, y no sé si fue por el toque, por la advertencia o por otra cosa que leyó en mí en ese instante.

Entramos juntos al campo. Los niños ya no están a la vista, probablemente reunidos con el resto del equipo en el vestuario.

La grada es modesta. Apenas tres filas de hormigón pintadas de blanco, con tiras de tela atadas en los extremos y algunas banderas improvisadas ondeando al viento. Hay unas cincuenta personas repartidas por el espacio: padres, madres, hermanos mayores, quizá algunos profesores.

Uno u otro grupo lleva camisetas con el nombre del equipo infantil estampado en la espalda, exhalando la energía ansiosa de quien va a animar como si cada gol fuera la final del Mundial. Hay botellas térmicas, asientos de tela traídos de casa, cámaras de móvil ya colocadas.

Thalia saluda discretamente a dos mujeres que parecen reconocerla. Probablemente madres de otros jugadores: ella ya estuvo aquí antes. Y la naturalidad con la que se mueve, con la que interactúa con el entorno, deja claro que mi casa no es el único lugar en el que encajó perfectamente en la vida de mis hijos.

Vuelvo la mirada al campo cuando me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo observando el perfil de la niñera. Cualquier segundo de más es demasiado.

El campo está bien cuidado, con césped natural y marcas pintadas con esmero. Hay una pequeña cabina con altavoces —seguramente desde donde algún voluntario anunciará los nombres de los niños como si estuvieran a punto de saltar al césped de Wembley.

El ambiente es informal. Despreocupado.

Algunos adultos se acercan a la valla para hablar con sus hijos desde fuera. Otros comparten café en vasos de plástico, comentan los resultados de la jornada anterior, opinan sobre el entrenador del equipo rival, que ya está en el campo: un joven delgado con gorra roja que parece tomarse el cargo más en serio de lo necesario.

Thalia sonríe con familiaridad a cualquiera que pase a nuestro lado. Otras dos mujeres la saludan casi a gritos desde cierta distancia y, cuando una de ellas empieza a acercarse con un gesto abierto y simpático, sus ojos se cruzan con los míos y vacilan.

La desconocida sigue acercándose, pero ya no igual. La sonrisa se hace menos amplia. El tono de voz baja. Y mientras habla con Thalia, lanza miradas furtivas en mi dirección, como si quisiera confirmar algo que no se atreve a preguntar. Como si eso diera permiso a otros para fijarse en mí.

Surgen algunos saludos secos, cautelosos. Padres de alumnos, quizá un profesor, una mujer que parece del equipo directivo del colegio. Todos con el mismo patrón: miradas breves hacia mí, miradas largas hacia ella.

Thalia lo nota. Claro que lo nota.

Se encoge un poco en la grada, se ajusta la correa del bolso, mira alrededor y, cuando nuestras miradas se cruzan, intenta sonreír… pero no es una sonrisa real. Es una sonrisa que pide perdón por algo que no es culpa suya.

— No todos los días aparece el señor Alekos Theodorakis en un partido infantil — comenta un hombre detrás de mí, con un tono demasiado neutro para no estar cargado de significado.

Finjo no oírlo. Mi mano vuelve a su zona lumbar. Thalia no se aparta.

— Solo… tienen curiosidad — dice en voz baja.

— Están siendo inoportunos — corrijo, sin apartar la vista del campo.

Ella suspira suavemente, quizá de acuerdo, quizá no, pero no se mueve. No retrocede. Se queda exactamente donde está, a mi lado. Y yo también. Porque no importa si eso la expone. Importa que no esté expuesta sola.

Nos sentamos.

El ir y venir alrededor de la grada aumenta a medida que se acerca el inicio del partido. Llegan más adultos. Aparecen alumnos del colegio en pequeños grupos. Un puñado de adolescentes se amontona cerca de la entrada lateral, riendo demasiado alto. Alguien vende palomitas desde una nevera portátil.

Se acerca un hombre. Alto. Con ese tipo de apariencia autoconsciente: camiseta blanca ajustada, sonrisa fácil, pelo perfectamente despeinado. El tipo que sabe el efecto que causa.

— ¿Thalia? — dice, con familiaridad.

Ella se gira, sorprendida. Sonrisa verdadera. Sonrisa amplia. Mi mandíbula se tensa sin que yo lo ordene.

— Andreas dijo que vendrías. Me alegré al saberlo — continúa él. Luego me mira un segundo y el "¿quién es este?" está ahí, aunque no lo diga.

— Conoces a Nikos — se vuelve hacia mí Thalia—. Es el tío de Adonis —y señala a uno de los niños del equipo rival, como si eso lo explicara todo.

— Y entrenador voluntario de fin de semana cuando la agenda lo permite —añade el tal Nikos, extendiendo la mano—. Encantado. Nikos Karamanlis.

Le estrecho la mano. Rápido. Firme. Demasiado breve para ser educado.

— Alekos Theodorakis.

Se queda helado un segundo. Todo el mundo se queda helado un segundo al reconocer el nombre, pero el imbécil frente a mí se recompone demasiado rápido para mi gusto.

— Ah, claro. He oído hablar mucho de usted.

— Espero que por buenas razones.

— Yo nunca comento fuentes —dice, guiñándole el ojo. A ella.

A ella.

Su mano roza ligeramente el brazo de Thalia al despedirse, como si fuera normal. Y quizá lo sea. Pero para mí no lo es.

Mi mano vuelve a su cintura antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo.

Ella se mueve apenas, pero no se aparta; solo me mira. La ausencia de sonrisa en sus labios me dice que lo ha notado todo, aunque no diga nada.

Suena el silbato y el equipo de Andreas y Lysander entra en el campo. Los niños avanzan uniformados, serios y concentrados.

Thalia se pone de pie de forma instintiva. Apoya las manos en las caderas y el pecho se le infla.

— Míralos ahí —dice con esa voz que es solo suya. Suave. Casi emocionada, como si los niños fueran más que su trabajo. Como si fueran suyos.

No respondo.

¿Y lo más extraño de todo?

Que por un instante… me gustaría que lo fueran. Y que ella estuviera aquí, a mi lado, viendo jugar a mis hijos. Me gustaría que esto fuera… nuestro.

Suena el silbato y empieza el partido.

Los niños se dispersan por el campo como una tropa en formación caótica. El entusiasmo es desproporcionado al control que tienen sobre sus propias piernas.

Tiros torcidos, carreras en círculos, gritos de "¡pásala!" desde todas partes. Y aun así, Thalia sigue cada movimiento como si estuviera viendo la final de la Champions League.

Se sienta a mi lado, en el extremo de la grada, con las rodillas chocando contra las mías cada vez que se emociona.

— Vamos, Andreas… —murmura, inclinándose hacia delante.

— No va a pasar —digo, anticipando la jugada.

Ella me mira.

— ¿Cómo que no?

— Es como tú. Testarudo.

Thalia sonríe.

— ¿Y tú qué eres?

— Realista.

— Escéptico.

— Precavido.

— Controlador.

— Observador.

— Arrogante.

— Honesto.

Nuestras miradas se enganchan. La réplica de ella muere en los labios.

Vuelve la cara hacia el campo, pero la sonrisa sigue ahí: torcida, escondida, peligrosa.

En cada acercamiento al área, ella se mueve.

Su mano se posa un instante en mi rodilla durante un tiro peligroso —instintivo—. Pero el calor que deja no lo es.

— ¡No puedo creer que haya fallado eso! —dice, casi golpeándome el brazo.

— Pasa. Tienen seis años —respondo, y ella se ríe.

— Hablas como si te hubieras graduado en Harvard a los siete.

— No fui a Harvard.

— ¿En serio? No es la primera sorpresa del día, pero es una grande.

Entrecierro los ojos, sabiendo que la primera sorpresa fue que yo decidiera venir. Thalia se inclina hacia delante y yo hago lo mismo. Su hombro presiona el mío y no se aparta. Yo tampoco.

Otro ataque. Otro grito. Otro toque, ahora en mi brazo: se apoya para levantarse un segundo y animar de pie. Se queda así. No vuelve a sentarse. Me levanto a su lado.

Lysander roba el balón. Andreas corre en paralelo, pero no se la pasa. Avanza. Avanza más. Chuta con la izquierda. El balón viaja bajo y certero y golpea la red con un chasquido seco.

¡Gol!

Thalia grita. Alto. Feliz. Sin pensar.

Salta, levanta y agita las manos y, al girarse hacia mí, los brazos la acompañan. Rápidos. Naturales. Y de pronto están alrededor de mi cuello.

Mi cuerpo la recibe como si hubiera sido hecho para eso: las manos en su cintura, los rostros pegados, el calor inmediato.

El mundo se vuelve pequeño un segundo. Solo ella existe. Solo su perfume. Solo el murmullo apagado de la multitud a nuestras espaldas.

Se separa rápido, riendo, sin aliento.

— ¡Perdón! ¡Reflejo!

No respondo.

Porque si digo algo ahora, sonará a invitación. O a promesa. Y quizá… lo sea. Porque ya no sé si lo que quiero es otro gol… o otro reflejo.

— No deberías disculparte. No por eso.

Thalia parpadea. Una vez. Dos.

Intenta reír, pero el sonido no sale del todo. Luego vuelve a sentarse y cruza las piernas y los brazos. Creo que cruzaría el alma si pudiera.

Yo me quedo de pie unos instantes más, mirando el campo, mirándola. No pasa mucho hasta que el árbitro pita el final del primer tiempo.

Los niños salen del campo con las caras rojas y las camisetas sudadas. El entrenador da instrucciones rápidas y todos se dirigen al vestuario.

Thalia me lanza una sonrisa rápida. Ligera. Casi… demasiado feliz.

— Lo están haciendo muy bien, ¿no crees?

— Sí —respondo, sin apartar los ojos de ella.

Pero ya se ha girado para saludar a alguien.

— ¡Por fin te encuentro! —dice una voz masculina, demasiado efusiva.

¿Qué demonios les pasa a los hombres de esta isla, que la tratan como si fueran íntimos?

El que se acerca ahora, a grandes pasos, ronda los cuarenta. Bronceado, bien vestido para un campo de fútbol, con una sonrisa demasiado blanca para ser inocente.

— Señor Kiriakos —dice ella, poniéndose de pie y cuadrando los hombros—. ¿Cómo está?

Él la saluda con dos besos en la mejilla. Lentos. Demasiado largos.

— Mejor ahora que te he encontrado. Te busqué antes de que empezara el partido y no te vi. Ya estaba devastado, pensando que no tendría el privilegio de verla, señorita Esperakis.

— He estado aquí todo el tiempo, señor Kiriakos —sonríe ella, educada—. Pero admito que no esperaba verle. Normalmente viene solo la niñera de Drako.

— Hoy soy yo la niñera del día —bromea él, y ella se ríe con amabilidad. Desarmada.

La sonrisa de él, en cambio, es casi depredadora. Ella no lo ve. Yo sí. Y él me nota. Demasiado tarde para ser educado.

— Qué suerte la suya —responde Thalia—. Seguro que Drako se alegró mucho de que su padre sacara un rato para verlo jugar. Andreas y Lysander, desde luego, lo hicieron. Señor Kiriakos, este es Alekos Theodorakis. El padre de mis chicos.

— Ah. Perdón —dice, extendiendo la mano con bastante menos entusiasmo que antes—. No sabía que estaba acompañada.

— Buenas tardes —respondo, firme.

Sostiene mi mano más segundos de los necesarios. Como si midiera fuerzas. Error.

— Buenas tardes —dice, y luego gira el cuerpo sutilmente para cerrar el círculo, dejándome fuera.

Thalia y él hablan del partido, del calor, de los colegios bilingües que van a abrir en la isla… porque claro que saca eso, como si fuera interesante, como si Thalia formara parte de la comisión estratégica del maldito ayuntamiento.

Ella se ríe de algo que dice, inclina la cabeza, se muerde el labio apenas… y eso basta.

Mi mano toca su hombro. Solo eso.

Un toque ligero, como distraído. Pero firme. Lo suficiente para que el otro hombre lo vea. Y lo entienda. Sobre todo cuando ella, inconscientemente, se acerca un paso a mí, respondiendo al contacto.

— ¿Pasa algo? —pregunta ella, dejando de prestar atención al maldito Kiriakos y alzando los ojos hacia mí.

— Nada —respondo, atravesando a Kiriakos con la mirada—. Solo quería decir que el juego va a reanudarse. Ya vuelven.

Ella se gira hacia el campo. Kiriakos también. Pero ya no sonríe.

Yo sigo ahí, con el calor subiéndome por la espalda y un sabor amargo clavado entre los dientes.

Empieza el segundo tiempo, pero de pronto es como si el partido ya no estuviera en el campo. Está aquí. Entre Thalia y yo. Entre lo que no decimos y el magnetismo insistente que sigue atrayendo mi atención hacia ella, mis manos hacia cualquier parte suya que pueda tocar, aunque sea su muñeca en roces robados.

Ella vuelve a sentarse. Yo también. Pero ahora, cualquier cercanía ya no es casualidad. Es necesidad.

Su rodilla vuelve a tocar la mía y esta vez ninguno se aparta. El contacto se queda ahí, firme, presente, palpitante. Sus ojos están en el campo, pero su cuerpo está atrapado en el campo gravitatorio que se ha formado entre nosotros.

En una jugada peligrosa, ella me agarra del brazo. La mano permanece allí unos segundos más. El pulgar roza la piel bajo mi manga, piel con piel. Thalia se da cuenta y retira la mano rápido, pero el daño ya está hecho.

— No debería haber centrado desde ahí —dice, intentando cambiar el foco, como si fuera posible. El lugar donde su piel tocó la mía parece arder.

— No —respondo, sin saber de qué jugada hablamos.

Nuestros hombros vuelven a rozarse y ahora es solo calor. No es solo cercanía física, es demasiada presencia y el campo ya no basta para contenerlo.

Thalia cruza las piernas y el movimiento la acerca aún más a mí.

Me quedo inmóvil, no por desinterés, sino porque cualquier movimiento ahora sería un avance. Y aún no he decidido si quiero avanzar… o perder el control.

Pero ella se ríe. Del partido, de sí misma, de sus propios nervios quizá, y yo solo puedo pensar en cómo sería pasar los dedos por esa nuca expuesta.

Los gritos infantiles, el ruido de las botas, el silbato… todo se mezcla con el tambor sordo que golpea en mi pecho.

Fuerte.

Inaceptable.

Irresistible.

Los niños gritan al otro lado del campo. Otro ataque. Casi gol.

Thalia salta como antes, pero esta vez no me toca. Solo sonríe.

Y esa sonrisa… tiene sabor a pecado. A provocación sin culpa. A algo que me pertenece… y no lo sabe.

Los minutos previos al pitido final se alargan, torturadores, hasta que por fin suena.

Los niños van al vestuario con el resto del equipo. Ríen, se dan palmadas en la espalda, hablan alto, felices por la victoria 3–1. El segundo tiempo tuvo tres goles, dos de mi equipo y uno del rival. Apenas los vi.

Thalia se levanta. Sonríe y saluda a través de la valla a Andreas y a Lysander y luego… prácticamente echa a correr tras pedir permiso con prisas.

Se va en dirección contraria al flujo de padres, niños y voces.

Pasa junto a un seto que separa el lateral del campo de una pequeña zona con sombra y bancos de hormigón. Uno de esos rincones olvidados que nadie mira, salvo cuando necesita… huir.

Y yo la sigo.

Sin pensarlo. Sin excusas. Sin saber si voy para cuidarla… o para perderme. Tal vez ambas cosas.

Se gira cuando oye mis pasos acercándose.

— ¿Ha pasado algo…?

No termina la frase. No hace falta.

Sus ojos encuentran los míos y todo se congela.

El ruido del campo se vuelve un murmullo. El viento desaparece. Solo existe el aire entre nosotros y la manera en que, de repente, parece cada vez más… insuficiente.

Los ojos de Thalia se abren primero, pero no retrocede. No dice mi nombre, no me detiene. Y yo tampoco pregunto. No aviso. No pienso.

Solo cruzo el espacio entre nosotros y la beso.

Como si fuera lo único que pudiera mantenerme en pie. Como si su boca estuviera hecha para contener todo lo que no sé decir. Como si toda la rabia, toda la tensión, todo el deseo guardado desde que entró empapada en mi casa estuviera ahí… esperando esta grieta en mi autocontrol.

Mi mano sujeta con firmeza el lateral de su rostro y mi boca encuentra la suya con un impacto que hace que el mundo parezca demasiado pequeño para contener este instante.

El beso no es delicado.

Es áspero. Urgente. Desesperadamente correcto.

La invado sin dudar, sin pedir permiso, porque ella no quiere distancia y yo ya no aguanto fingir que la quiero. Thalia sabe a calor. A suavidad. A un dulzor casi tímido.

Como si la lavanda tuviera piel, la fe tuviera sabor y la pureza tuviera lengua.

Su respiración se atraganta contra mi boca, pero no se aparta. Me responde. Con hambre. Con susto. Con una curiosidad que me vuelve loco.

Y cuando se me ocurre que, probablemente, este sea el primer beso de Thalia, pierdo lo poco de cordura que me quedaba.

Su lengua roza la mía —tímida al principio. Luego menos— y yo la recibo con un gemido ahogado que no recuerdo haber autorizado.

Mis manos bajan, le agarran la cintura y tiran de ella. Su cuerpo se pega al mío con una facilidad indecente. Está blanda contra mí,

pero los dedos clavados en mi nuca dicen que no quiere que pare.

Y que Dios me perdone…

no voy a parar.

Alekos Theodorakis nunca ha suplicado por nada, pero si ella se aparta ahora, si me niega esa boca después de esto…

yo suplico.

Thalia jadea, entregándose. Mi mano sube por la curva de su cintura hasta la base del cuello; ella se estremece entera. Sus dedos se aferran a mi camisa como si estuviera cayendo.

Y quizá lo está.

Y quizá yo también.

Y quizá la caída no importe.

Porque el beso… desgarra.

Dice todo lo que no se dijo.

Promete todo lo que aún no entendemos.

Y cuando por fin se rompe, el mundo tarda en volver.

Mi corazón late como si hubiera corrido el campo entero y lo único que puedo pensar es: ¿esto… fue solo un beso?

Porque nada en mi cuerpo —nada en mí— vuelve a ser lo mismo después de él.

Y cuando por fin me separo —solo un segundo, solo para respirar —, sus ojos siguen cerrados y sus labios entreabiertos, como si la explosión nos hubiera dejado a los dos en ruinas y, aun así… enganchados.

— Esto… —empieza ella, pero no termina.

Porque ya la estoy besando otra vez.

Y esta vez es peor. O mejor. O exactamente como debía ser.

27.

THALIA ESPERAKIS

No es como en los libros. Ni como en las películas. Ni como en los sueños secretos que nunca me permití tener.

Alekos me besa como si estuviera enfadado consigo mismo por quererme. Y aún más enfadado por no conseguir dejar de querer.

Y yo… yo ardo.

Todo mi cuerpo se calienta como si la piel estuviera a punto de romperse, mi boca se abre por instinto y la suya… entra.

Su lengua encuentra la mía con una precisión que me hace estremecer.

Es caliente, húmeda, exigente.

Y el ritmo que impone no lo conozco… pero mi cuerpo parece reconocerlo.

Mis manos escalan por su cuerpo hasta volver a aferrarse a sus hombros, luego a su nuca, luego ya no sé dónde.

Quiero apartarme, pero también quiero derretirme ahí.

Convertirme en brisa.

En polvo.

Convertirme en él.

Su boca domina la mía sin pedir ni dudar. Como si ya fuera suya.

Y yo debería apartarme, debería retroceder, pero mi cuerpo me traiciona.

La lengua de Alekos toca la mía y el mundo gira.

Las rodillas me fallan.

Los muslos se presionan uno contra otro por instinto —porque algo late ahí, entre ellos, algo caliente, algo que nunca había sentido antes.

La piel me arde.

Me falta el aire.

Pero no quiero respirar.

Quiero otra cosa.

Quiero más.

Su mano sujeta mi rostro con fuerza, con necesidad, con una firmeza que me hace sentir pequeña… y, al mismo tiempo, protegida.

Y la otra mano… baja por el lateral de mi cuerpo, encuentra mi cadera y me atrae aún más hacia él incluso cuando yo creía que ya no podíamos estar más cerca.

Lo siento.

Todo.

A él entero.

Su cuerpo duro, caliente, pegado al mío.

El volumen entre sus piernas, innegable y hambriento.

El corazón se me dispara.

El vientre se me contrae.

Y un sonido extraño se escapa de mi garganta —un gemido ronco, ahogado entre nuestras bocas.

¡Dios mío!

Me estoy entregando.

A mí misma.

A él.

A lo que sea que esto sea.

Es incorrecto.

Es peligroso.

Es demasiado.

Pero en su beso me deshago y no quiero recomponerme.

Cada segundo es una sentencia: de deseo, de vergüenza, de hambre, de confesión muda.

¿Y lo peor?

Lo peor es que no se siente mal.

Se siente demasiado bien.

Bien como el agua que quita la sed.

Bien como el fuego que calienta cuando hace frío.

Bien como la respuesta que no sabías que estabas buscando.

Y por eso, cuando el sonido de algo cayendo al otro lado del seto nos alcanza —quizá un balón, quizá una rama, quizá un castigo divino—, me aparto como si me hubiera quemado.

— Nosotros… —mi voz falla, los labios me laten y el corazón amenaza con salirse del pecho.

Él me mira en silencio, respirando como yo, como si intentara morder el aire.

— Thalia…

— Tenemos que volver —le corto, apretando el collar contra mi pecho. Necesito a Dios. A monjas. A frenos—. Los niños. Ya deben… ya deben haber salido del vestuario.

Duda, pero asiente.

Y tras unos segundos más mirándome, me doy la vuelta bruscamente, porque no confío en mí.

Regreso hacia las gradas y sus pasos pesados resuenan detrás de mí.

No nos tocamos, pero su contacto sigue en mí.

En la piel.

En los labios.

Entre las piernas.

Mis pies flotan.

O pesan.

O simplemente ya no me pertenecen.

No miro a un lado.

No lo miro a él.

Si lo miro… me derrumbo.

En el coche, los niños no paran de hablar.

Andreas describe el segundo tiempo como si fuera un documental de guerra.

Lysander imita el sonido del disparo que casi fue el segundo gol.

Ambos me hablan, me llaman, me arrastran a la conversación.

Respondo, pero todo mi cuerpo está fuera de lugar.

Estoy sentada, pero mi alma sigue bajo aquel árbol.

Con la boca de Alekos sobre la mía.

Con mi cuerpo… suplicando.

Alekos conduce todo el camino sin decir casi nada, pero está ahí.

Demasiado presente.

Su silencio es un campo magnético.

Cada centímetro suyo me atrae.

Cada respiración pesa sobre mi piel.

El calor que emana…

El olor.

El recuerdo.

Todo se me pega como si mi cuerpo hubiera sido marcado.

Intento rezar en silencio.

Un Ave María mental.

Un Padre Nuestro.

Pero lo único que oigo es mi propia respiración intentando volver a la normalidad.

Lo único que siento es el recuerdo.

Llegamos a casa, aparca y apaga el motor sin dirigirse a mí.

Antes de que pueda decir nada, me giro:

— Chicos, venid. Hora del baño.

Salen corriendo y yo voy con ellos. Corriendo también.

Pero por una razón distinta a la energía, el sudor, la tierra y la hierba.

No miro atrás.

Porque si miro…

vuelvo.

28.

THALIA ESPERAKIS

De rodillas junto a la cama, las manos unidas en oración y los ojos cerrados con fuerza, intento empezar.

Lo intento.

De verdad.

Pero mi cabeza… no obedece.

— Ave María, llena eres de gracia… —la voz se me escapa en un susurro tenso, pero la imagen vuelve.

La boca de Alekos.

Su lengua.

El sonido que hizo cuando me besó como si toda mi existencia fuera una pregunta y su cuerpo, la respuesta.

Trago saliva.

— El Señor es contigo…

El Señor es contigo.

¿Y si no está aquí ahora?

¿Y si me está mirando con el ceño fruncido, negando con la cabeza en desaprobación?

— Bendita tú eres entre todas las mujeres…

Alekos me besó como si yo fuera la única mujer del mundo.

Y yo…

yo lo permití.

La cabeza cae contra el colchón.

Las manos se sueltan.

La oración muere.

— Ay, Dios mío…

No es en vano.

Es solo… honesto.

Un lamento avergonzado.

Un intento de volver al eje.

Un suspiro tan caliente como mis mejillas.

— Lo intenté, ¿vale? De verdad. Intenté rezar. Pero lo único que consigo sentir es… —silencio—. A él.

Mi voz se apaga otra vez.

Estoy sola.

Pero no lo parece.

Parece que aún puedo sentir su mano en mi cintura, el calor de su pecho contra el mío.

Mis labios siguen palpitando.

Mis muslos, aún tensos.

Y cada vez que cierro los ojos, vuelvo a ver ese momento.

Alekos, entre sombra y sol, mirándome como si fuera la primera y la última cosa que hubiera deseado jamás.

Cruzo los brazos sobre la cama y entierro la cara en ellos.

— No sé qué está pasando. Y lo peor es que sí lo sé.

Eso es lo que más duele.

No es ignorancia.

Es reconocimiento.

Lo que sentí… es lo que las chicas del orfanato describían cuando hablaban de sus primeros novios.

Es lo que las monjas advertían, con tanto cuidado, como una fuerza capaz de alejarnos de Dios.

¿Y si no es eso?

¿Y si es solo… una fuerza?

Pura.

Abrumadora.

Y, al mismo tiempo… correcta.

Me siento en el suelo. Las piernas dobladas. Los ojos perdidos en la penumbra del cuarto.

— Dios… sigo siendo tuya. Pero yo… estoy confundida.

Trago emoción. Una, dos veces.

— Sé que aún no soy monja. Ni he hecho mis votos. Pero tampoco soy ese tipo de mujer que se deja besar… —pausa—. Pero me dejé. Y peor aún… quería.

No hay forma de negarlo.

Ni ante Él.

Ni ante mí.

— ¿Fue incorrecto? Dímelo. Por favor. Dime si lo fue. Pero, si no lo fue…

No termino la frase.

Ni la oración.

Porque una parte de mí ya sabe la respuesta.

Y otra… ya no quiere oírla.

Me encojo un poco más en el suelo, el vestido arrugado bajo las rodillas y el alma aún más.

— No sé qué estoy haciendo —confieso en voz baja, como si Dios fuera más sensible al volumen que al contenido—. Pero… Tú lo sabes, ¿verdad? Siempre lo sabes.

Un chasquido suena en el cuarto y me quedo inmóvil los segundos que tardo en darme cuenta de que es el móvil vibrando sobre la cómoda.

Me levanto despacio, como en una película de terror —de esas en las que la heroína no debería ir hacia el ruido, pero va igual.

En la pantalla iluminada, las palabras MADRE AGNES brillan en mayúsculas.

El corazón se me salta un latido.

— Juro que, si esto no es intervención divina, como mínimo es espionaje espiritual.

Contesto.

— ¡Paz de Cristo, hija mía! —la voz animada de la hermana Clara estalla al otro lado, lo bastante alta como para despertar a los santos dormidos.

— Amén —respondo bajito, aún recuperándome del susto.

— ¿Estás bien? —pregunta la hermana Lucía, entrando ya en la llamada como quien abre una puerta sin llamar—. Tu voz suena rara.

— Estoy… —miro al cielo, o mejor dicho, al techo, esperando que se parta y Dios aparezca en persona—. Estoy viva.

Una tercera voz entra.

— Mmm. Esa pausa entre "estoy" y "viva" no me ha pasado desapercibida —comenta Madre Agnes, con ese tono de quien está a punto de abrir un expediente disciplinario.

— ¿Qué ha pasado? —pregunta la hermana Clara, alarmada—. ¿Tienes fiebre?

— ¿Tienes manchas? —se anima la hermana Lucía—. ¿Picor? ¿Náuseas?

Me siento en la cama con una mano en la cara.

— ¿Me estáis haciendo un chequeo médico o me estáis exorcizando por teléfono?

— Depende. ¿Qué tienes? —entra Madre Agnes, práctica.

Suspiro, dejando caer la cabeza hacia atrás.

— Un problema serio —murmuro, subiéndome la manta hasta la barbilla—. Una especie de fiebre… que empieza en la boca y va bajando.

— ¿Bajando a dónde, hija mía? —pregunta la hermana Clara de una forma que me hace desear no haber usado esa expresión.

— ¡Al estómago! —respondo demasiado rápido—. Órganos internos. ¡Páncreas! ¡Hígado! Cosas que hierven.

— Cosas que hierven —repite la hermana Lucía, santiguándose con una sonrisa—. Así empieza. Luego se convierte en combustión espontánea.

— Hablo en serio. ¿Hay alguna enfermedad que cause esto? Taquicardia, calor raro, ganas de…

— ¿Pecar? —completa la hermana Clara, con el tono más inocente que logra fingir.

— ¡No! Quiero decir… ¿quizá? ¡No lo sé! ¡Me besó!

Silencio.

La hermana Lucía abre los ojos de par en par.

La hermana Clara se tapa la boca con la mano.

Madre Agnes solo arquea una ceja y ladea la cabeza, como diciendo: continúa.

— ¿Beso de beso? —pregunta la hermana Lucía—. ¿O fue tipo… piquito involuntario con contexto?

— Con… lengua —susurro, como si la palabra pudiera invocar el infierno en mi cuarto.

La hermana Clara se desliza del sofá y desaparece de la pantalla.

La hermana Lucía se da una palmada en el muslo, riendo.

Madre Agnes respira hondo.

— ¿Y te gustó? —pregunta, como quien está a punto de imponer penitencia.

— Yo… ¡no lo sé!

Las tres me miran como si hubiera dicho que besé una naranja.

— Vale. Sí lo sé. Me gustó. Me gustó demasiado. Fue… como flotar y arder al mismo tiempo.

— ¿Y después qué pasó? —reaparece la hermana Clara, con los ojos brillantes de pura curiosidad.

— Huí.

— Claro que huiste —murmura Madre Agnes, tomando una pluma imaginaria para anotar en el expediente invisible—. Síntomas: corazón acelerado, huida abrupta, negación crónica. Diagnóstico: pasión en fase uno.

— Pasión no. La pasión es otra cosa. Esto es solo… un efecto secundario. Hormonas rebeldes. Sed.

— ¿Sed? —pregunta la hermana Lucía—. ¿De qué exactamente?

— De… agua. ¡De oración! ¡De paz!

— La paz no besa así, Thalia —dice la hermana Clara, con una sonrisa tan grande como mi vergüenza.

— No sé qué hacer —confieso, apretando el crucifijo contra el pecho—. No sabía que el cuerpo podía… querer así. Que solo de recordar…

— ¿Ya quieres otra vez? —pregunta la hermana Lucía.

— Quiero esconderme. Eso sí.

Madre Agnes se inclina hacia delante, con ternura.

— Lo que sientes no es incorrecto, Thalia. Es humano. Pero necesita ser reconocido para poder comprenderse. Fingir que no

sientes nada… solo lo hará más fuerte.

— ¿Entonces qué hago?

— ¿Por ahora? —dice la hermana Clara—. Dúchate con agua fría y reza.

— Reza mucho —añade la hermana Lucía, riendo—. Pero de rodillas. Tumbarse puede generar pensamientos pecaminosos.

— ¡Sois imposibles! —exclamo, pero me estoy riendo también.

— Y estás enamorada.

Silencio.

Dejo de reír.

— No lo estoy…

— Todavía —corrige Madre Agnes, con una sonrisa de quien ya ha visto a muchas chicas luchar contra lo evidente—. Te advertimos de que esto podía pasar. Cualquier ser humano normal corre ese riesgo cuando encuentra a alguien… interesante.

Silencio.

— No me parece interesante.

— ¿No? —preguntan las tres a la vez.

— Él es… —muerdo mi labio, buscando palabras—. Es brusco, mandón, prepotente, controlador, y tiene una mirada que…

— ¿Mira por dentro? —pregunta la hermana Ana.

— ¿Quema? —añade la hermana Lucía.

— ¿Desarma? —remata Madre Agnes.

— ¡¿QUÉ CLASE DE MONJAS SOIS?!

Carcajadas.

Altas.

Sueltas.

Llenas de vida y de una intimidad que solo entiende quien fue criada por ellas.

Me hundo la cara entre las manos y suspiro de nuevo.

— ¿Esto es normal?

— Completamente —dice la hermana Lucía—. Estás viva, Thalia. Y la vida… la vida siente.

— No eres de piedra —añade la hermana Ana.

— Y si lo fueras, querida, ya estarías agrietándote —concluye Madre Agnes.

Me quedo en silencio. Por primera vez desde que empezó la llamada, no tengo respuesta. Solo preguntas. Cientos de ellas.

Cruzo las piernas sobre la cama y abrazo la almohada como si pudiera proteger alguna parte de mí que está, claramente, demasiado vulnerable.

— Pero… ¿qué es exactamente la pasión? —pregunto por fin, con la voz más baja—. ¿Cómo sabéis que es eso?

Las tres intercambian miradas. Como si hubieran estado esperando esa pregunta desde el inicio.

— La pasión —empieza la hermana Clara, ajustándose el velo con calma— es lo que ocurre cuando el cuerpo, el corazón y los ojos eligen a alguien… antes de que la mente tenga tiempo de entenderlo.

— Es confusión con brillo —dice la hermana Lucía—. Esa mezcla de mareo y euforia que te deja sonriendo sola y, al mismo tiempo, con ganas de llorar porque no tiene ningún sentido.

— Es un incendio —resume Madre Agnes—. Controlable, si quieres. Pero el calor… lo sientes igual.

Me muerdo la uña y miro la pantalla, desconfiada.

— ¿Pero cómo sabéis que es eso lo que yo siento?

— Porque nosotras también lo sentimos —dice la hermana Clara con la naturalidad de quien habla de plantar patatas—. Antes de elegir otra forma de amor, otra entrega. Pero sentir… es humano.

— Estás naciendo a una parte de ti misma que aún no conocías, Thalia —continúa Madre Agnes—. Estás descubriendo que el cuerpo no es enemigo. Que el deseo no es pecado. Que querer… también es oración, si es verdadero.

— Pero es tan rápido… —digo—. Apenas lo conozco. Yo… no sé nada de él.

— Ay, querida —ríe la hermana Lucía con ternura—. Conoces la forma en que habla con sus hijos, ¿no? ¿La manera en que te mira? ¿Cómo suena tu nombre en su voz?

— Pero eso no es conocimiento.

— Sí lo es —afirma Madre Agnes—. Es el más peligroso. El que pasa por el cuerpo. El que marca sin pedir. El que se te mete dentro antes de tener nombre.

— Tengo miedo —admito, bajito—. Porque… ¿y si estoy confundiendo todo? ¿Y si esto no es nada? ¿Y si solo estoy… necesitada?

— La pasión no exige garantías —dice la hermana Clara—. Solo presencia.

— Pero me puedo hacer daño.

Silencio.

— Va a doler —responde la hermana Lucía, sin rodeos—. No existe pasión sin riesgo. Pero ¿qué sería la fe sin la posibilidad de duda?

Cierro los ojos un instante. Una parte de mí quiere colgar. La otra… quiere tumbarse entre las tres y dejar que sus voces me arrullen hasta dormir, como cuando era niña.

— No quiero entregarme a algo que sea solo fuego y luego… se vuelva ceniza.

— Entonces ve despacio —dice Madre Agnes—. Pero no huyas. Mira lo que sientes. Ponle nombre. Y si es solo deseo… está bien. Pero si es más, lo sabrás.

— ¿Cómo?

— Porque incluso cuando el beso termine, él seguirá en ti —dice la hermana Clara—. En lugares a los que el deseo no llega.

Siento que el corazón se me aprieta, como si acabara de formarse otra capa dentro de él. Una más viva. Más sensible.

Respiro hondo.

— Sigo teniendo miedo.

— Perfecto —responde Madre Agnes—. El miedo es señal de que estás viva. De que estás entera. Solo ten cuidado de no usar el miedo como muleta. La fe también es una elección, Thalia. Y la valentía… también es un voto.

Nos quedamos en silencio un momento. Hasta que la hermana Lucía, como siempre, rompe la solemnidad con una sonrisa torcida.

— Y si todo esto sale mal, recuerda que el primer beso siempre es el más peligroso. Los siguientes suelen ser aún peores.

— ¿Peores? —pregunto, asustada.

— Mucho mejores —corrige, guiñando un ojo.

Las tres vuelven a estallar en carcajadas. Y yo, aunque estoy roja hasta el cuello, también me río. Porque… quizá, solo quizá, tengan razón.

Quizá apenas estoy empezando a descubrir lo que es sentir. Y quizá esto no necesite resolverse ahora.

Mi risa se apaga despacio hasta que la pregunta que me martillea por dentro se me escapa por fin.

— ¿Por qué no me estáis llamando de vuelta?

El silencio al otro lado de la pantalla no dura más que un segundo, pero es suficiente para que sienta que he abierto una herida. No en ellas. En mí.

— ¿Por qué no me estáis diciendo que esto está mal? —continúo, mirando la imagen algo pixelada de las tres—. Que estoy rompiendo las reglas. Que me estoy alejando de lo correcto. Que estoy traicionando… no sé, la misión. La vocación. A vosotras. A mí.

La hermana Clara se recoloca las gafas. La hermana Lucía suspira. Madre Agnes solo me mira. A través de la pantalla. A través de mí.

— Porque sería demasiado fácil —dice por fin—. Y no te criamos para elegir lo fácil.

Trago saliva.

— Tú querías respuestas hechas. Reglas que no cambian, paredes que protegen. Querías un mundo en el que todo tuviera nombre. Y dentro del convento, durante un tiempo, te dimos eso. Porque era lo que necesitabas.

— Pero has crecido, Thalia —añade la hermana Lucía, con ternura —. Y crecer… es aprender que no todo tiene una respuesta clara. Que, a veces, Dios no habla a través de un cartel en la puerta, sino a través de lo que late dentro de ti.

— Y lo que está latiendo ahora, como ya dijimos —dice la hermana Clara, con media sonrisa— no es pecado. Es vida. Y la vida… siempre fue parte del plan.

Bajo la mirada.

— Entonces… ¿por eso me mandasteis fuera? ¿Por eso insististeis en que aceptara este trabajo? ¿Lo sabíais?

— Sabíamos que era hora de que salieras —responde Madre Agnes—. Sabíamos que guardar tu fe encerrada entre paredes seguras ya no era suficiente. Tenías que ponerla a prueba. Expandirla. Hacerla tuya.

— No para besar al hombre cuya casa viniste a servir —bromea la hermana Lucía, arrancándome otra risa—. Pero, seamos sinceras… si iba a ser con alguien, mejor que fuera un griego guapo, ¿no?

— Lucía —reprende Madre Agnes, pero el tono es suave. Casi… cómplice.

Respiro hondo. Me siento pequeña. Pero no de una forma débil. Me siento pequeña como quien está delante de algo demasiado nuevo. Demasiado grande. Demasiado real.

— Entonces… ¿no he fracasado? —pregunto casi en un susurro.

— No, hija mía —dice Madre Agnes—. Has empezado.

Me quedo callada. Aprieto el móvil con fuerza. Y por primera vez desde el beso, desde el campo, desde la huida, no me siento perdida. Solo… en movimiento.

Como si hubiera cruzado una puerta sin darme cuenta. Y el suelo aún no estuviera firme, pero yo estuviera dispuesta a seguir igual.

— Aun así siento que deberíais estar excomulgándome —digo sonriendo—. O no sé, echándome una bronca de las buenas.

— La bronca llega si vuelves y dices que has huido otra vez — avisa la hermana Clara—. Así que ya sabes: mantente firme donde estás.

— Y siente todo, Thalia —dice Madre Agnes—. Incluso lo que aún no entiendes.

— Sobre todo lo que aún no entiendes —completa la hermana Lucía.

Las lágrimas no llegan a caer, pero están ahí. Calientes, contenidas, delineándome los ojos con el peso de todo lo que aún no sé sentir bien.

— Buenas noches, mis madres locas.

— Buenas noches, nuestra hija bendita —responden casi al unísono.

Cuelgo. Y durante un momento me quedo mirando el techo.

En silencio. Pero llena de voces. De memorias. De preguntas nuevas.

Luego abro el cajón y saco el diario.

Escribo despacio. La letra redonda. Los dedos temblorosos.

«Hoy descubrí que la fe también es no saber y, aun así, seguir. Hoy besé a mi jefe. Hoy fui besada por un hombre que parece contener un mundo que yo aún no entiendo. Y, por loco que parezca… quiero volver.

A ese beso.

A ese mundo.

A esta nueva parte de mí.»

Cierro el diario. Me lo aprieto al pecho y, antes de dormir, le susurro a Dios una oración nueva.

No para que me saque de este camino.

Sino para que, esta vez, me dé valor para recorrerlo. Aunque me lleve a lo desconocido. Aunque me lleve… hasta él.

— Amén —murmuro, sonriendo sola.

Y por fin apago la luz.

29.

ALEKOS THEODORAKIS

Hace tres días la besé.

Y ella me devolvió el beso.

Tres días en los que mi mente no ha conseguido ocuparse de absolutamente nada que no pasara por la memoria de aquel instante: la curva de su cuello bajo mis dedos, el sabor a lavanda y descubrimiento, el sonido ahogado que escapó de su garganta cuando mi lengua encontró la suya.

Tres días.

Setenta y dos horas.

Y ella no ha dicho una sola palabra al respecto.

Thalia no me ha mirado más de tres segundos seguidos. No ha estado a solas conmigo ni una sola vez. Está huyendo.

Y lo más desesperante de todo es que yo se lo he permitido.

Porque si la acorralara, quizá diría que fue un error. Que no debería haber pasado. Que no se repetirá.

Y creo que… no soportaría oír eso salir de su boca. De esa maldita boca.

Pero ahora, en mi propio despacho, frente a la pantalla en blanco del ordenador y con informes acumulándose en las carpetas a mi derecha, lo que me molesta no es la ausencia de respuesta.

Es la ausencia de ella.

Física.

Sonora.

Presente.

Desde el beso, desde que mi cuerpo conoció la sensación de tenerla pegada al mío, su silencio… me enloquece.

Pongo los ojos en blanco y me hundo en la silla de cuero, girando lentamente de un lado a otro, como si el movimiento pudiera hacer que mi cerebro funcionara mejor. Como si, en algún punto entre el tapizado y las paredes, fuera a encontrar un motivo racional para que esto me esté afectando tanto.

Ella es la niñera.

Una chica.

Diecinueve años.

Inocente, intensa, extraña… y aparentemente hecha de pólvora.

Porque eso fue lo que ocurrió cuando la besé: explotamos.

Y ahora… nada.

Pasos en el pasillo. Mi cuerpo reacciona antes que yo. Alzo la cabeza, ya esperando que sea ella.

Pero no lo es.

Sofía entra con una hoja de cálculo actualizada del calendario escolar de los niños. Me la entrega con la eficiencia de siempre y me pregunta si deseo que traslade las actualizaciones a Thalia.

— No —respondo antes de pensar—. Ya hablaré yo con ella.

Sofía me observa medio segundo. Algo brilla en su mirada. Asiente, retrocede y cierra la puerta con suavidad.

Respiro hondo.

Tal vez debería simplemente olvidarla. Tal vez ya debería haberlo hecho.

Pero todo en mí parece demasiado ocupado intentando… encontrarla.

Miro el reloj en la esquina de la pantalla. Falta casi una hora para que los niños regresen del colegio.

Pienso en bajar. Pienso en buscarla. Solo para ver dónde está. Qué está haciendo. Si aún piensa en mí como yo pienso en ella —todo el tiempo—, pero desisto.

Quedarme donde estoy es más seguro.

Menos estúpido.

Menos…

Me levanto de inmediato y voy al bar. Es demasiado temprano para alcohol, así que me resigno a una botella de agua. Pero los sorbos no deshacen la sequedad en mi garganta.

El despacho está oscuro, pero no del todo. Algunas franjas de luz se cuelan por las rendijas donde la cortina opaca fue recogida, trazando líneas finas sobre la madera y revelando sombras donde antes había control.

Y cuanto más tiempo permanezco allí, de pie, con la botella de agua en la mano, los ojos perdidos en la nada y la mente incapaz de concentrarse en otra cosa que no sea Thalia, más estúpido me siento… aunque apenas unos minutos antes había decidido que quedarme aquí era lo que iba a hacer.

Pero esperar…

Eso no soy yo.

Y seguir fingiendo que existe alguna posibilidad de que el resto de mi vida continúe como antes sin que resuelva lo que ha cambiado, sencillamente, no tiene sentido para mí.

Esa idea… me asfixia.

No es la oscuridad lo que me molesta.

Es la ausencia de Thalia.

Su desaparición de mí desde el beso.

Desapareció sin irse.

Y el eco de lo que no dice lo llena todo.

Un gesto educado en la escalera.

Una mirada rápida en el pasillo.

El cuidado exagerado por mantener distancia.

Como si, si se acercara demasiado, fuera a quemarse otra vez.

Se está escondiendo de mí.

Y lo peor… es que echo de menos incluso la forma incorrecta en que respira cuando está nerviosa.

Podría mandarla llamar.

Podría enviar a Sofía.

Podría esperar.

Pero estoy harto de esperar.

No sé qué busco.

¿Una excusa?

¿Un pretexto?

¿Una distracción?

Tal vez solo la oportunidad de estar lo bastante cerca como para ver si en sus ojos sigue viviendo lo que encontré en sus labios.

Tal vez solo quiera… entender por qué demonios ese beso sigue pegado a mi piel.

Salgo del despacho, guiado por la luz natural que inunda los pasillos a esta hora del día. La mansión está más silenciosa de lo normal; los pasos de los empleados se han vuelto cuidadosos, casi fantasmales, como si supieran que no deben interponerse entre mi misión y yo.

No sé dónde está Thalia, pero tampoco pregunto.

Camino como siguiendo un instinto más antiguo que cualquier orden, más fuerte que cualquier control.

La luz blanca y suave que se filtra por debajo de la puerta de la sala de estudios me dice que he encontrado lo que buscaba. Con los niños fuera de casa, solo hay una persona que podría estar ahí dentro.

Mi paso se desacelera.

La puerta está entreabierta y el único sonido que llega desde dentro es el leve roce del papel.

Empujo con cuidado y encuentro a Thalia sentada en el suelo de la sala de estudios.

Piernas cruzadas, la falda del vestido cuidadosamente colocada sobre las rodillas, y decenas de hojas esparcidas a su alrededor: recortes de colores, planillas impresas, garabatos infantiles. Sostiene una pequeña linterna de mano que ilumina los papeles sobre su muslo.

El rostro ligeramente inclinado, el pelo suelto cayéndole por los hombros. Un lápiz de color —naranja— sujeto entre los dientes. Y los ojos entrecerrados por la concentración hacen que todo en ella parezca… absurdamente íntimo.

Natural.

Y peligroso.

— ¿Debería preocuparme? —pregunto al verla tan concentrada, porque parece improbable que alguien dedique tanta atención a planes de educación infantil.

Se sobresalta al oír mi voz. No grita. No habla. Solo me mira. El lápiz cae de sus labios.

— Señor Theodorakis —dice, intentando recuperar la postura de una niñera que no estaba, hace un segundo, dibujando horarios en cartulinas.

— Alekos. Ya lo pedí, ¿no? Y, de todas formas, creo que ya hemos pasado ese punto.

Duda, pero asiente con un murmullo casi inaudible.

— No necesita preocuparse, Alekos. Prometo que no estoy planeando ninguna dominación mundial —dice, captando mi insinuación sin que tenga que explicarla—. Solo estoy reorganizando la agenda de los niños.

Empieza a recoger los papeles, como si la hubieran pillado cometiendo un delito grave.

— Quiero decir… quizá sí debería preocuparse un poco —añade—. Eso significa que pronto verá otra de mis carpetas.

Doy un paso hacia ella.

— Bueno, eso significa que hay una fecha fijada para que dejes de huir de mí.

Thalia parpadea y abre la boca, luego gira la cara sin decir nada.

— No estoy…

— Lo estás —la interrumpo, en voz baja—. Y lo peor es que ni siquiera sé por qué.

Me acerco más, hasta que solo la mesa baja nos separa. Ella sigue en el suelo, recogiendo material en silencio, evitando mis ojos. Me agacho —despacio— hasta quedar a su misma altura.

— Thalia.

Levanta el rostro. Y la veo de verdad.

La confusión en sus ojos.

La respiración contenida.

La forma en que su mano tiembla ligeramente al recoger un rotulador verde del suelo.

Traga saliva. El sonido es casi audible, incluso en el silencio denso que nos rodea.

— No sé cómo… lidiar con esto.

— Yo tampoco.

Thalia ríe. Una risa corta. Nerviosa.

— Bueno… eso es reconfortante.

Nos quedamos así un segundo. Dos. Tres.

El tiempo parece contener la respiración.

— ¿Por qué no empezamos con que me digas qué estás pensando?

Por fin me mira. Ojos en los míos. Pupilas dilatadas. Cuerpo tenso. Respiración corta.

— ¿Y si tampoco lo sé?

— Entonces somos dos idiotas.

Suelta el aire por la nariz. Una media sonrisa.

— Yo no… No tenía ni idea de cuál era la etiqueta después de besar a tu jefe. Yo… no sabía… no sé qué hacer.

— No lo parece. Me ignoras con una competencia admirable.

Ahora sonríe de verdad. Breve. Vergonzosa. Dulce.

— Perdón.

— Aceptado —digo, inclinándome un poco más hasta que mi presencia se vuelve imposible de ignorar—. Con una condición.

Parpadea.

— ¿Cuál?

— Que dejes de huir. Solo eso.

Parece pensarlo un instante. Y luego, muy despacio, asiente.

— De acuerdo —dice, con voz baja pero firme.

Algo se alinea dentro de mí con esa palabra. Una concesión mínima. Un avance microscópico. Pero viniendo de ella, es todo.

Respondo con un breve asentimiento y una casi sonrisa: lo más parecido al alivio que me permito mostrar.

— Perfecto —digo—. Ahora, ¿qué te parece si tomamos un café? Solo para asegurarme de que de verdad has dejado de huir de mí.

Thalia suelta una risita y empieza a recoger los materiales esparcidos por el suelo.

— Vale. Solo tengo que ordenar este desastre antes.

Observo en silencio. Los dedos finos juntando las hojas, la forma en que encoge los hombros al apilarlas con un cuidado excesivo. Está intentando ocuparse. Distraerse de nuestra conversación.

— ¿Necesitas ayuda? —pregunto.

— Creo que puedo sola —me mira de reojo y añade—. Pero gracias.

Esa palabra, en su boca, no suena a costumbre. Es intencionada. Elegida. Y por algún motivo, me afecta más de lo que debería.

Salimos juntos de la sala de estudios. Ella sostiene la pila de cuadernos contra el pecho; yo camino a su lado, con las manos en los bolsillos.

Cuando llegamos al ascensor, se adelanta y pulsa el botón antes que yo. La puerta se abre con un ruido suave y entramos.

El espacio es pequeño. Más de lo que parece cuando no estás encerrado en él con una mujer que aún tiene sabor en tu boca y los ojos más peligrosos que hayas visto jamás.

— Creí que habías dicho que íbamos a tomar café —comento, apoyándome en la pared opuesta cuando Thalia pulsa el botón de su planta.

— Primero tengo que guardar esto. Luego quizá… un café.

— ¿Quizá? Ya me dijiste que sí.

— Bueno, lo dije, pero no podemos olvidar que a veces el destino traza planes distintos a los nuestros —responde, sin mirarme, riendo suavemente.

Y es justo en ese momento, con la palabra destino aún flotando en el aire, cuando la luz del ascensor parpadea… y se apaga.

El ascensor se sacude ligeramente y se detiene, sumiéndonos en la oscuridad durante varios segundos, antes de que se enciendan las luces de emergencia, fluorescentes, en el techo.

Silencio.

Luego un pitido apagado y… nada más.

Thalia inspira hondo.

— Por favor, dime que esto no está pasando.

— Esto está pasando.

— ¿Y estamos…?

— Atrapados.

Suelta un suspiro largo.

— Esto es obra divina.

— Dudo que Él se preocupe por los circuitos de mi casa — comento, sacando ya el móvil del bolsillo. Sin señal. Por supuesto.

Ella suelta una risita nerviosa.

— Quizá solo piensa que necesito ser castigada por haberte besado.

Me giro hacia ella y alzo una ceja incluso en la penumbra.

— ¿Tú me besaste?

— ¡Era una figura retórica! —replica, demasiado rápido.

— Entendido.

El silencio vuelve a instalarse durante unos segundos. Puedo oír su respiración… y la mía. Demasiado cerca. Demasiado caliente para un espacio tan reducido.

— ¿Vas a llamar a alguien? —pregunta.

— Sofía debe estar revisando el sistema. Esto nunca dura mucho.

— ¿Y si dura?

— Entonces… tendremos que pensar en algo para distraernos.

— No es gracioso —dice, agachándose para apoyar el material en el suelo y cruzando los brazos al incorporarse—. ¿Haces este tipo de bromas con frecuencia?

— Solo cuando estoy encerrado con una mujer que me evita y que, aparentemente, cree que va a ser castigada por besarme.

Resopla y pone los ojos en blanco. Nos quedamos así. Cada uno a un lado de la cabina. Respirando.

— Hace calor aquí —murmura al cabo de no más de treinta segundos, tirando un poco del tejido del vestido a la altura del muslo —. ¿O soy solo yo?

— No eres solo tú.

Se desliza con la espalda contra la pared de madera hasta apoyarse mejor. Los ojos fijos en algún punto invisible entre nosotros. Yo no aparto la mirada.

El silencio pesa más de lo que debería. No es solo la ausencia de sonido: es la presencia densa de todo lo que no se ha dicho. De todo lo que aún está entre nosotros.

El aire enrarecido vibra con un calor que no viene del fallo del aire acondicionado, sino de su cuerpo a un metro del mío. De la forma en que su respiración se contiene y se escapa como si intentara convencerse de que aún tiene control.

Pero no lo tiene.

Yo tampoco.

Porque allí, con la puerta cerrada y la cabina detenida, no existe jefe ni empleada. No existe conveniencia, ni convento, ni excusa.

Existe solo el olor de su pelo, suave y familiar. El sonido sutil de su falda rozando el tejido de los muslos. La forma en que intenta no

mirarme… y aun así siento que sus ojos se le escapan hacia mí como si tuvieran voluntad propia.

El ascensor se convierte en un confesionario silencioso.

Cada centímetro del cuerpo de Thalia me llama. Y aun sin tocarla, todo mi cuerpo está alerta. Instintivo. Feroz.

Lo que quiero ahora no es solo entender.

Es tocar.

Es tenerla contra la pared. Besarla hasta que su cuerpo se curve contra el mío. Hasta que ese leve temblor en su garganta se convierta en sonido. Hasta que deje de huir y admita que me desea del mismo modo que yo ya sé que la deseo.

Porque lo sé.

Porque el rubor en sus mejillas no viene de la luz. Porque sus ojos están demasiado abiertos para alguien que no siente nada. Porque su cuerpo está tan inmóvil como el mío, pero solo por fuera: por dentro está implosionando.

Está en guerra consigo misma.

¿Y yo?

Estoy perdiendo la mía con cada maldito segundo que pasa sin tocarla.

La tensión cambia de forma. Ya no es incomodidad. Es atracción que pesa, que late, que hace que el silencio sea demasiado ruidoso para ignorarlo.

Y cuando habla, es como si rompiera una burbuja de cristal a nuestro alrededor. Como si intentara levantar una barrera con palabras antes de que el cuerpo ceda.

— Esto no debería haber pasado —dice de repente. No necesito preguntar a qué se refiere.

— ¿Por qué?

— Porque… no podemos.

Doy un paso. Uno solo. Pero cubre toda la distancia entre lo correcto y lo peligroso.

— ¿O porque no quieres?

Me mira despacio. Como si fuera una trampa.

— Alekos…

— Dime que no te toque —digo sin rodeos. Mi voz es baja, pero la tensión en ella… vibra.

Sus ojos se abren de par en par. Mi brazo se eleva. Despacio. Como si quisiera advertir a cada célula de su cuerpo de lo que está a punto de pasar. Apoyo la mano en la pared junto a su cabeza.

No la toco.

Pero la encierro.

— ¿Por qué? —susurra, con la respiración atrapada.

— Porque si no lo dices… lo haré.

Thalia respira más hondo. La piel del rostro ligeramente sonrojada. Los ojos dilatados. El pecho subiendo y bajando como si la simple idea de lo que puede ocurrir bastara para incinerarla por dentro.

— La luz va a volver —dice. Casi como una advertencia. Una súplica.

— Ojalá no.

Mi rostro está a centímetros del suyo. El calor de su cuerpo alcanza el mío. Un mechón de pelo suelto roza mi mano. El aire entre nosotros… es irrespirable.

La luz vuelve.

El ascensor se sacude ligeramente, los sistemas se reinician, el motor vuelve a susurrar.

Thalia da un salto como si una corriente invisible la hubiera atravesado. Retrocede. Uno, dos pasos. Y antes de que diga nada, pulsa el botón de «abrir puerta» como si su vida dependiera de ello.

La puerta se abre y ella sale.

Sin mirar atrás.

Sin decir nada.

Sin darme tiempo a hacer lo que ni siquiera sé si habría tenido el valor de hacer: seguirla.

Me quedo inmóvil ahí dentro. Las palmas aún apoyadas en la pared. El cuerpo clavado en la misma tensión de segundos antes. El perfume de ella se queda en el aire.

Y observo.

Observo el vestido blanco desaparecer al final del pasillo. El pelo suelto balanceándose con la prisa de sus pasos. El cuerpo pequeño y acelerado…

huyendo otra vez, incluso después de haber dicho que iba a dejar de hacerlo.

Me está matando.

Y no puedo dejar de preguntarme si ella lo sabe.

30.

THALIA ESPERAKIS

La carpeta resbala un poco contra mi antebrazo, pero la sujeto con firmeza. Son solo actualizaciones del colegio, dibujos de los niños, una circular sobre una posible excursión. Nada fuera de lo normal. Nada… hasta que giro el pasillo.

Él está allí.

Alekos camina despacio, una mano en el bolsillo del pantalón de vestir, la otra sosteniendo el móvil contra la oreja. El blazer oscuro, abierto, deja ver la camisa blanca perfectamente ajustada. Habla en griego, con la voz baja y firme, pero sus ojos ya han encontrado los míos.

¿Por qué este pasillo parece hoy más estrecho?

Mis pasos se ralentizan, pero no lo suficiente como para parecer extraño. El sonido de mi tacón contra el suelo suena más alto de lo que debería, como si cada paso delatara lo que mi cuerpo está sintiendo. No aparto la mirada. No ahora. Pero no sé qué hacer con las manos. Con el corazón. Con el recuerdo del sabor de su boca.

Cuando estamos frente a frente, casi hombro con hombro, termina la llamada. No dice nada. Solo me observa durante un segundo demasiado largo. El tipo de segundo que hace que la piel hormiguee y el aire parezca demasiado caliente para los pulmones.

Desde el ascensor, hace unos días, todo en mí parece… a flor de piel. Prometí que no huiría. Y estoy intentando cumplir esa promesa después de haberla roto, por primera vez, aquella misma tarde.

Juro que lo intento. Pero cumplir la palabra es fácil cuando él no está cerca. Cuando no me mira así. Cuando no habla con esa voz que me recorre la columna.

Y Alekos Theodorakis parece haber desarrollado la habilidad de estar en todas partes. No literalmente, claro. Pero la sensación es

esa. Desde aquel día, parece ocupar cada rincón de la casa, cada grieta de silencio, cada centímetro del aire que respiro.

Es cierto que en las últimas semanas ya estaba más presente. Apareciendo a las horas de las comidas, hablando con los niños, observando. Pero ¿en los últimos días? Es distinto. Parece intencionado.

Ahora siempre está donde estoy yo. Cruzándose conmigo en el pasillo por el que acabo de entrar. Coincidiendo en el comedor, en la escalera, en el jardín. La simple sombra de su presencia hace que mi corazón pierda el compás. El perfume, el aliento, el sonido de sus pasos, incluso la forma en que sostiene un vaso de agua… todo en él parece existir para perseguirme.

Y lo peor: no me toca. Nunca me toca. Pero mira.

Mira como si estuviera tocando. Como si el simple hecho de verme ya bastara para poseerme. Y lo que eso me hace… no lo sé.

El deseo no llegó de golpe. Se fue extendiendo despacio, sigiloso. Como la humedad que se filtra en la madera. Como el calor del verano griego que, cuando te das cuenta, ya te está quemando la piel.

Llevan días siendo así. Días en los que cada parte de mi rutina ha quedado atravesada por un nombre. Por una presencia. Por un roce que no ocurrió, pero que, de algún modo, sigo sintiendo. Alekos.

El primer día pasó junto a mí en la sala de estudios y solo dijo: «buenos días, Thalia». Nada más. Pero mi nombre en su voz… tuvo sabor a vértigo.

Las palabras que debería haber dicho después —cualquier cosa, cualquier respuesta— se evaporaron en la garganta, y lo único que pude hacer fue asentir, sintiendo cómo me ardía la cara. Él sonrió. Una sonrisa breve. Casi una advertencia. Y se fue, como si no acabara de incendiarme el cuerpo entero.

El segundo día apareció mientras yo ordenaba los juguetes en el jardín. Se agachó a mi lado sin avisar y me ayudó a recoger las

piezas de un puzle que los niños habían dejado atrás. Su mano rozó la mía. Sin querer, tal vez. Pero el calor se quedó.

Cuando me giré, dispuesta a decir algo, ya estaba de pie. Con el sol dorando los mechones húmedos de su pelo y los ojos fijos en los míos. Y luego simplemente caminó. Despacio. Como si dejara un rastro que yo estaría obligada a seguir.

El tercer día fue el nombre. Solo el nombre. Me llamó desde la cocina mientras cortaba fruta para el desayuno de los niños. «Thalia». Sin motivo aparente. Solo lo dijo. Y el sobresalto fue tal que dejé caer el cuchillo sobre la encimera. No me corté. Pero estuve a punto de llorar. Del susto. De la confusión. De la imposibilidad de seguir fingiendo que aquello era solo un enamoramiento adolescente. Era… mucho más.

No sé si estoy enamorada. No sé si estoy loca. Solo sé que cada vez que nos cruzamos, como ahora, es como si tuviera que reaprender a controlar mi propio cuerpo. Mi propio deseo. Y no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Me aparto un poco, inclinando el cuerpo hacia un lado para que pueda pasar, pero Alekos también se inclina. Por un instante, nuestros hombros se rozan. Solo eso. Ropa contra ropa. Pero el impacto es como un trueno dentro de mis costillas.

Alekos se detiene.

Su cuerpo gira levemente hacia el mío y, por un momento, creo que va a decir algo. Pero no lo hace. Solo me observa. Sus ojos recorren mi rostro como si buscaran una respuesta que ni yo misma tengo.

— Perdón —murmuro, porque necesito decir algo. Cualquier cosa. Y porque la alternativa parece ser quedarme ahí, inmóvil, esperando a que mi cuerpo ceda primero.

Doy un paso a un lado, lo justo para que él también se mueva y me deje pasar. Y lo hace. Pero despacio. Tan despacio que, cuando

pasa junto a mí, el calor de su cuerpo me golpea como una ráfaga de aire caliente.

No hay contacto. Ninguno.

Pero hay demasiada cercanía.

Y cuando ya está un paso más allá de mí, se detiene.

— Thalia —dice, sin girarse.

Todo mi cuerpo se estremece.

— ¿Sí? —mi voz sale baja, inestable.

— Me prometiste que no ibas a huir.

Cierro los ojos un instante.

— Y no huí —respondo, aunque sé que es mentira. Huí, sí. No lejos. Pero hacia dentro.

Se gira lo justo para que sus ojos encuentren los míos por encima del hombro.

— Entonces, ¿por qué parece que siempre estás… a un paso de desaparecer?

La respiración se me queda atrapada en el pecho. No sé qué decir. No sé ni siquiera si puedo. Pero tampoco soy capaz de moverme.

Me observa un segundo más. Luego se gira por completo y continúa por el pasillo.

Me quedo allí. Inmóvil. Con el corazón latiendo tan fuerte que oigo la sangre en los oídos.

Y pienso: esto se está volviendo imposible.

Estar cerca de él. No estarlo.

Todo duele. Todo late.

Y no tengo ni idea de qué va a quedar de mí al final.

***

Los niños salen al jardín con Sofía y, durante un breve instante, la cocina es solo mía.

La casa entera parece suspendida en el aire: los pasillos en silencio, el reloj de la pared marcando el paso de la tarde a la noche, el calor del horno extendiéndose como una manta espesa sobre mis hombros.

Saco la bandeja con cuidado y el olor a vainilla y canela me invade, dulce y fuerte. La hermana Lucía decía que algunas recetas tienen el poder de calmar el espíritu. Y por un momento, solo uno, casi lo creo.

Pero el torbellino sigue aquí. Atrapado en mi pecho, después de más de una semana de una tortura de la que no sé cómo escapar. He roto mi promesa una y otra vez y, aun así, la presión a mi alrededor parece no hacer más que aumentar.

Cuanta más distancia intento imponer entre Alekos y yo, cuantas más veces huyo, menor parece el espacio que mi propio corazón tiene para latir dentro del pecho.

Empiezo a cortar el bizcocho con una precisión exagerada, fingiendo que estoy en paz. Que mis dedos no tiemblan al sujetar el cuchillo. Que mi corazón no tropieza con su propio ritmo cuando oigo pasos en el pasillo.

No necesito mirar para saber que es él.

Porque otra cosa que solo crece es la omnipresencia de Alekos. Me siento una hereje por pensar en él de este modo, pero, considerando los pensamientos que llevo teniendo, este es probablemente el menos pecaminoso de todos.

— ¿Ese olor es tuyo?

Su voz es baja, pero lo llena todo. Espesa, densa, como humo. Envuelve mi cuerpo antes incluso de que se acerque.

Alzo la mirada.

Está allí, apoyado en el marco de la puerta como si perteneciera a esa moldura. Camisa remangada hasta los codos, la corbata suelta. El cuello abierto deja ver un tramo de la piel del cuello, y el pelo… un poco despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él más de una vez.

Y por alguna razón absurda, todo eso me parece íntimo. Peligroso. Demasiado hermoso.

¿No era este hombre un adicto al trabajo? ¿Por qué demonios está parado en la puerta de la cocina al final de la tarde? Sí, parece haber empezado a reservar este horario para pasarlo con los niños, estén donde estén: en las clases de música, haciendo los deberes o leyendo en la biblioteca.

Y no. Por mucho que el calor me ahogue cada vez que Alekos entra en una habitación, sé que este gesto no tiene nada que ver conmigo. Está intentando acercarse a Lysander y Andreas. Son pasos pequeños. Pero los noto. Y los niños también.

Me alegran esos avances, pero al mismo tiempo me desesperan. Porque mientras Alekos parece capaz de separar las cosas y ni siquiera se altera con mi presencia en esos momentos, a mí, cuando él permanece en la misma estancia, lo único que me ocupa es concentrarme para no olvidarme de respirar y morirme allí mismo.

— Del bizcocho, sí —respondo, pero mi voz no suena como la mía. Está más baja. Quizá ronca—. Es receta de la hermana Lucía.

Camina hacia la encimera. Despacio. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

— ¿Y el resto del olor?

— ¿El resto…? —repito, sin entender.

Se detiene cerca. Demasiado cerca.

— Este —dice, aspirando el aire—. Canela… y algo que es solo tuyo. Dulce. Persistente. Demasiado cálido para el final de la tarde.

Mi corazón falla un latido. Aprieto el paño entre las manos para disimular el temblor.

— Quizá sea el calor del horno —intento bromear, pero la risa no llega.

— Quizá —dice, con los ojos puestos en mí. Largos. Profundos—. O quizá seas tú.

Mis ojos caen sobre el bizcocho. Intento cortar otro trozo, pero la hoja resbala. Mis dedos no obedecen. Cambio de tarea. Limpio el borde del plato con el paño, aunque no haya nada que limpiar. Una ocupación inútil, pero desesperadamente necesaria.

Alekos se mueve, acercándose un poco más. El calor de su cuerpo me golpea. Su respiración. La tensión entre nosotros se estira como un hilo a punto de romperse.

No me toca. Pero casi puedo sentir el contacto. Casi le suplico que lo haga. Cierro los ojos.

— Alekos… —susurro, porque no sé qué decir, pero tampoco puedo seguir callando.

— No te estoy tocando —dice, como si supiera exactamente lo que ocurre dentro de mí—. Aún.

— Tú…

— ¿Cuánto tiempo más vamos a hacer esto? —pregunta. Su tono susurrado me hace querer abrir los ojos, pero no me atrevo.

— ¿Esto qué?

— Este juego del gato y el ratón. ¿O sería el escondite?

Abro los ojos.

— No me estoy escondiendo.

Una sonrisa sutil curva la comisura de sus labios.

— ¿Pero admites que estás huyendo? —pregunta, alzando una ceja—. Incluso después de haberme prometido que no lo harías

más.

Trago saliva.

— Y antes de que respondas —continúa—, voy a recordarte que alguien muy cercana a Dios me dijo que mentir de forma premeditada es pecado, *mikrí mou spinthíra*.

La forma en que me llama deja mi respiración atrapada en la garganta. Me hundo en su mirada oscura durante lo que parece una eternidad. Me ha llamado… ¿mi pequeña chispa?

— Yo… —empiezo, dispuesta a negarlo, pero la ceja aún alzada de Alekos me detiene.

Me muerdo el labio y sus ojos caen de inmediato sobre mi boca. La sensación es que el pecho va a estallarme. Todo mi cuerpo parece latir, como si estuviera demasiado vivo.

— Ya no sé si sigue siendo tan cercana a Dios —la confesión se me escapa antes de poder detenerla.

Alekos inclina la cabeza despacio, pensativo.

Su mano se eleva y se acerca a mi mejilla con la misma lentitud, como si también lo estuviera pensando.

— ¿Ese es el problema, *mikrí mou spinthíra*? ¿Crees que estar cerca de mí te aleja de Dios?

— No lo sé —susurro, honesta, bajando la cabeza, avergonzada. Si de Alekos o de Dios, no lo sé.

Alekos por fin me toca la mejilla y mis ojos se cierran. Cada célula de mi cuerpo reacciona a ese contacto sencillo. Todo en mí vibra y anhela más. ¿Pero más qué?

Sus dedos se deslizan hasta mi barbilla y ejercen una leve presión, pidiéndome en silencio que levante la cabeza. Obedezco y, cuando vuelvo a mirarlo, sus ojos parecen haberse suavizado de una forma que nunca le he visto dedicar a nadie.

— No soy un hombre de fe, Thalia —admite—. La perdí hace mucho tiempo. Pero si alguien me hace sentir que Dios existe, que le importa… esa persona eres tú.

Respiro entrecortada, parpadeando ante una declaración que no se disuelve en el instante en que sale de su boca. No. Las palabras quedan suspendidas en el aire, flotan, persisten, acelerando mi corazón de una forma que, apenas un segundo antes, habría creído imposible.

— Alekos… —susurro.

— Deja de huir de mí, *mikrí mou spinthíra* —pide, y mi cuerpo recibe esas palabras como una orden que anhela, desesperadamente, obedecer.

Su voz es baja, ronca, como si hablara de algo secreto.

Trago saliva.

— ¿Lo haces a propósito? —me atrevo a preguntar—. ¿Aparecer en todos lados?

Sonríe de una forma contenida, casi peligrosa, y me odio por cada centímetro de mi cuerpo que se encoge y se estira al mismo tiempo. Por cada célula que le responde como si hubiera nacido para eso.

— No. Pero no voy a negar que me gusta que tengas esa sensación.

— ¿No? —susurro—. Entonces, ¿no puedo pedirte que pares?

Esta vez suelta una risa breve y el pequeño movimiento parece empujar su aroma amaderado directo a mis pulmones. Involuntariamente, inspiro hondo.

— Puedes pedirlo, *mikrí mou spinthíra*. Solo no puedo prometerte que vaya a hacerlo.

El corazón se me encoge.

— Entonces… yo tampoco prometo nada.

Alekos vuelve a reír y da un paso tan leve que apenas lo noto. Pero suficiente para que la distancia entre nosotros se reduzca. La sensación del calor de su cuerpo invadiendo el mío aumenta. También la cantidad de su aroma que respiro. Todo. Es demasiado.

Cierro los ojos otra vez.

— ¿Vas a besarme de nuevo? —pregunto, con la voz rota.

— No.

Abro los ojos.

Me mira con algo nuevo en la expresión. Hambre. Calma. Espera.

— Quiero hacerlo —reconoce—. Mucho. Pero no haré nada sin que tú me lo pidas.

— ¿Tengo… que pedirte que me beses? —pregunto, sintiendo cómo se me encienden las mejillas.

— Espero que me pidas mucho más que eso, *mikrí mou spinthíra*. Cuando estés lista.

El estómago se me hunde.

Lo que veo en los ojos de Alekos me quema. Me desea. Y ya no lo esconde. Yo no me muevo. Todavía.

Él sonríe. Una sonrisa ligera, peligrosa, como si dijera: puedo esperar. Porque sé que acabarás cediendo.

Alekos retrocede un paso.

— ¿Me guardas un trozo de ese bizcocho?

Trago saliva.

— Claro.

Mi voz apenas sale.

— Genial —dice, y da dos pasos atrás.

Echo de menos su contacto de inmediato. Sus ojos se quedan en los míos solo unos segundos más.

— Cuidado con esa mirada, *mikrí mou spinthíra*. Así es como las chispas se convierten en incendios.

Alekos se gira y sale de la cocina sin esperar respuesta.

Y no la necesita.

Sé que lo sabe.

31.

ALEKOS THEODORAKIS

La luz del final de la tarde atraviesa la pared de cristal de mi despacho como si tuviera prisa.

Los rayos dorados se extienden sobre la madera oscura de la mesa, manchando los informes frente a mí con una belleza innecesaria.

No los leo.

Están ahí solo como excusa. Como fachada. Porque lo que de verdad me ocupa… está a punto de pasar por ese pasillo.

Y pasa.

La sombra de ella precede al cuerpo. Ligera. Rápida. Un eco de una presencia que aún no he visto, pero que ya reconozco.

Thalia Esperakis.

Está al otro lado del cristal. Camina con una carpeta apretada contra el pecho, el pelo suelto —como lo lleva estos días— y el paso demasiado firme para alguien que no está segura de dónde pisa.

Sabe que estoy aquí.

Yo también sabía que vendría.

No me muevo.

Mantengo el cuerpo recostado en la silla, una pierna cruzada sobre la otra, la mano izquierda sosteniendo un bolígrafo que no uso desde hace más de media hora. Mis ojos la siguen tras el cristal ahumado de la puerta: ella no puede verme con claridad. Pero yo sí.

Lo veo todo.

La forma en que los dedos aprietan la carpeta con más fuerza cuando se acerca a la sala. La leve vacilación al notar la luz encendida. El cambio de respiración.

Duda.

Un paso. Luego otro.

Pasa de largo, pero se ralentiza. Lo justo para que yo lo note. Y, por un segundo, gira la cara. No del todo. Solo lo necesario. Solo para confirmar.

Estoy aquí.

Nuestros ojos se cruzan menos de un segundo.

Pero el calor… se queda.

Se me tensa la mandíbula. Los dedos sujetan el bolígrafo como si fuera mi último fragmento de control.

Y quizá lo sea.

Porque cada vez que Thalia está cerca, el autocontrol que construí a lo largo de una vida entera de disciplina… se debilita.

Me cuesta, pero no voy tras ella.

Hablé en serio cuando dije que esperaría a que viniera a mí.

Tomé esa decisión en el segundo en que admitió que lo que sea que haya entre nosotros la pone en conflicto con su fe.

Yo perdí la poca que tenía hace mucho tiempo y las cosas indecibles que quiero hacerle a esta chica sin duda harían sonrojar a Dios.

Cosas que sé que ella también quiere que yo le haga.

Pero aún no.

No antes de que ella lo admita para sí misma.

No antes de que me lo pida.

Hasta entonces, solo permaneceré.

Presente. Disponible. Accesible.

Como un hombre que espera… no a cualquier mujer.

A una que sabe que va a venir.

Cierro los ojos un instante y oigo el sonido de sus pasos alejándose.

Rápidos. Casi apresurados.

Y sonrío.

Sigue huyendo.

Pero no le durará mucho.

Lo sé.

Y en el fondo… ella también.

***

El piano sigue cerrado, los instrumentos descansan en sus soportes. No hay nadie en la sala de música, salvo Thalia, de espaldas a mí, arrodillada sobre un cojín, ordenando fichas de colores en cajas bajas.

Canta.

Bajo.

En griego.

Lo suficiente para paralizarme en la puerta.

La pronunciación es imperfecta. Pero la melodía… la melodía tiene un calor que me atraviesa como si el recuerdo de todas las veces que escuché esa misma canción —y nunca con esta dulzura— hubiera decidido perseguirme allí mismo, en mitad del pasillo.

Me apoyo con un hombro en el marco y observo.

No me nota enseguida. Está concentrada. El pelo recogido en un moño flojo, la blusa ligera marcada en la espalda por el contorno sutil del sujetador. La falda suelta se extiende alrededor de las piernas dobladas.

Y, por un instante, me pregunto qué más haría de rodillas si estuviera delante de mí por otro motivo.

Error.

Solo ese pensamiento vuelve el aire de la sala irrespirable.

Doy un paso.

El suelo cruje.

Se gira de golpe. La voz muere en sus labios. Y todo en ella se repliega.

— No quería asustarte —digo, con la voz demasiado baja como para no ser deliberada.

Se incorpora en silencio, se alisa las rodillas de la falda, como si quisiera recomponerse de un acto que no fue visto… o, peor, sí lo fue.

— Estaba… solo organizando el material para la clase de mañana —levanta la mano con una de las fichas en la palma, como si necesitara probarlo.

— Y cantando. —doy otro paso—. En griego.

Se muerde el labio. Le da vergüenza. Pero no retrocede.

— Los niños dijeron que aprenderían más rápido si las palabras estuvieran en las canciones que escuchan.

— ¿Y eso te pareció sensato?

— Todo es sensato cuando se les iluminan los ojos.

Casi sonrío. Casi.

Pero me acerco, despacio, sin prisa, y me detengo demasiado cerca.

Puedo olerla. El perfume suave mezclado con tinta de rotuladores. Lavanda, canela e infancia.

Mi infierno particular.

— *Mikrí mou spinthíra…*

Alza la cara con un sobresalto. El brillo en sus ojos me dice que oyó el sonido de mi voz más que las palabras.

Y cuando mis dedos tocan la ficha que sostiene, por encima de los suyos, algo en ella se estremece.

Pero no se aparta.

— Aún me debes un café —digo, sin dejar de mirar el papel.

— Tengo cosas que hacer —responde. La voz le falla al final.

— ¿Ahora?

— Ahora… —duda—. Muchas cosas.

— ¿Qué tipo?

— Las que me alejan de problemas.

— ¿Y yo soy un problema?

La ficha se le cae de los dedos. Rueda por el suelo. Ella se agacha para cogerla, pero la detengo.

Apoyo la mano en el respaldo de la silla a su lado y me inclino un poco. No la toco. Pero cierro el espacio. La acorralo con el cuerpo, con la mirada, con un silencio que podría volverse deseo si ella me dejara.

— Dime que me aparte —pido.

Me mira. La boca entreabierta. La mirada fija en mis labios demasiado tiempo.

— Deberías apartarte…

— Eso no es una petición —murmuro—. Es un consejo.

Respira hondo. Recoge la ficha caída. Me la entrega. Sus dedos rozan los míos: fríos, tensos, vivos.

— No puedo tomar café contigo —declara de repente, levantándose con lo que parece ser su último hilo de control—.

Necesito algo frío. Una ducha, probablemente. Tú deberías hacer lo mismo.

— No deberías plantar ese tipo de imagen en mi cabeza, *mikrí mou spinthíra*.

No responde. Solo pasa a mi lado. Despacio. El hombro casi roza el mío.

Casi.

Y cuando ya está en la puerta, se gira. Sus ojos se quedan prendidos de los míos casi un minuto antes de decidir marcharse sin decir nada.

Y yo me quedo ahí.

Con una ficha de colores en la mano, una erección irritante en los pantalones…

y la certeza de que el fuego está a punto de tragarnos a los dos.

***

Son las 2:47.

El informe del hospital que empecé a revisar a las 21:00 sigue abierto, pero nada entra. Nada se fija. Nada me distrae.

Solo ella.

Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria, dejo las gafas sobre la mesa y suelto el aire entre los dientes como si eso fuera a resolver la inquietud bajo mi piel.

No la resuelve.

Solo la amplifica.

Me levanto, atravieso el pasillo en silencio, descalzo para que los pasos no retumben sobre el mármol. La casa está oscura, pero no del todo. La penumbra de los corredores parece más viva de noche.

Más cómplice de mi incursión completamente injustificada en el ala este.

La habitación de Thalia está tan lejos de la mía como es posible. Elección mía… que ahora me parece estúpida.

Su puerta está entornada. Como siempre.

Una costumbre que ella dijo haber traído del convento.

«Puertas abiertas para que ninguna hermana se sintiera sola».

Ella no está sola.

Pero yo sí.

Un extraño en el pasillo, mirando una rendija de luz plateada proyectarse en el suelo, proveniente del pequeño aplique junto a su cama.

Doy un paso. Solo uno.

Está ahí.

Tumbada de lado. Las piernas recogidas, una mano bajo la almohada. El pelo extendido como un marco oscuro sobre la sábana clara.

Respira hondo, pero no de forma regular. No del todo tranquila.

Y entonces lo noto: sus ojos están entreabiertos. Vidriosos. Perdidos, fijos en la pared.

No está dormida.

Está… encendida.

La piel sonrojada. Los muslos apretados. La respiración un poco demasiado rápida para el silencio que reina en el cuarto.

Y cuando su mano se mueve —lenta, tímida, dubitativa— y se desliza por el lateral de su propio cuerpo hasta posarse en el vientre… me quedo helado.

No me muevo.

No respiro.

Observo.

Cierra los ojos por fin. Como si tuviera miedo de lo que está a punto de hacer. O quizá… como si intentara imaginarse en otro lugar.

Con otro toque.

Con otro cuerpo.

¿El mío?

Me hierve la sangre. Se me cierran los puños.

Su mano presiona un poco más. Baja. Se detiene.

Thalia se muerde el labio. Se le frunce el entrecejo. Y por un segundo —uno solo— el mundo parece inclinarse.

Debería irme. Ahora.

Pero no lo hago.

Porque hay algo sagrado en la escena. Algo peligroso. Algo que me vuelve parte de un ritual que no estaba destinado a tener público.

Apoyo la mano en la pared junto a la puerta, los dedos aferrándose al marco como si mi vida dependiera de ello. Los ojos clavados en ella.

En el cuerpo que se arquea, aunque sea apenas.

En la respiración que falla.

En el sonido ahogado que intenta contener cuando sus dedos por fin se deslizan bajo el dobladillo del short fino que usa para dormir.

Y entonces… se detiene.

Se congela.

Retira la mano.

Como si hubiera tocado fuego.

Como si el miedo hubiera ganado.

Como si la culpa, el peso, el recuerdo de todo lo que juró ser la hubiera arrastrado de vuelta hacia dentro.

Se gira de lado. Se envuelve en la sábana. Aprieta los ojos con fuerza.

Y susurra, tan bajo que casi parece irreal:

— Alekos…

Mi nombre. Otra vez. En un susurro que me destruye más que cualquier grito.

Cierro los ojos. Un segundo.

Y retrocedo. Un paso. Luego otro.

No puedo tocarla. Todavía.

Pero Dios sabe…

cuánto estoy listo para que ella me lo permita.

32.

THALIA ESPERAKIS

El reloj parpadea 3:48 en la mesilla.

Las luces llevan horas apagadas. La casa entera duerme.

Menos yo.

Me tumbo de lado. Luego boca arriba. Luego vuelvo a girarme. La almohada está demasiado caliente. La sábana, áspera. Mi cuerpo entero… inquieto.

Desde que salí de aquel ascensor con las piernas temblando y el corazón desbocado, algo en mí parece haber despertado. No algo ligero. No algo que se pueda ignorar.

Es fuego.

Y he intentado apagarlo.

Hace menos de dos horas, mis manos temblaron sobre mi propio vientre. Cerré la puerta. Me encogí bajo las mantas. Y toqué mi propio cuerpo como si no fuera mío. Como si no supiera lo que estaba haciendo —porque, en realidad, no lo sabía.

La hermana Clara decía que hay gestos que nacen del alma, pero otros… otros vienen de la carne.

Y no sé de dónde nació aquel gesto. Solo sé que me asustó.

Porque durante un segundo sentí placer.

Placer de verdad.

Un escalofrío caliente subiendo por las piernas, alojándose en el vientre, presionando el pecho.

Pero no duró.

La culpa fue más rápida. Más fuerte.

Retiré la mano como si me hubiera quemado.

Y quizá lo hice.

Me encogí en la cama, pero enseguida tuve que sentarme. Respirar hondo. Rezar el Padrenuestro entero. Las palabras, sin embargo, salieron desconectadas, como si cada una chocara contra el techo del cuarto y regresara a mí mirándome con reproche.

¿Por qué estás haciendo esto?

¿Por qué estás pensando en él mientras haces esto?

Porque era en él en quien pensaba. Claro que sí.

Alekos, con la corbata floja.

Alekos llamándome *mikrí mou spinthíra* con esa voz de pecado.

Alekos diciendo que espera a que yo se lo pida.

Y yo… estoy cada vez más cerca de pedirlo.

El deseo no se fue. Solo retrocedió un poco, esperando en la sombra.

Y ahora ha vuelto, creciendo en la oscuridad, infiltrándose en mi piel como una brasa encendida.

Me levanto de la cama y avanzo por el pasillo silencioso con pasos leves. El suelo frío bajo mis pies descalzos me arranca un pequeño estremecimiento, pero no el suficiente para apagar lo que arde.

Llego al jardín. El aire nocturno me recibe con olor a sal marina y jazmín. La brisa eriza mis brazos desnudos. Me siento en el banco de piedra entre los arbustos de lavanda.

Es mi refugio secreto, el único lugar de la casa —además de mi habitación— donde puedo hablar con Dios sin miedo a que alguien escuche.

—Señor… —susurro, cruzando las manos en el regazo—. ¿Qué me está pasando?

El silencio me responde con el latido de mi propio corazón.

—Intenté rezar. Te juro que lo intenté. Pero todo en mí es ruido ahora. Un ruido que tiene nombre. Y que sabe dónde tocarme, incluso sin tocarme.

Siento que se me cierra la garganta.

—Quería que fuera solo el cuerpo. Pero no lo es. Es la mente también. Es el alma. Es el olor. La voz. Es la forma en que me mira. Como si me viera entera. Como si me quisiera entera.

Parpadeo rápido, impidiendo que suban las lágrimas.

—No sé si estoy preparada. No sé si algún día lo estaré. Pero… —cierro los ojos y, por primera vez, lo admito—: quiero. Quiero tanto, Dios, que ya no sé cuánto tiempo más voy a poder resistir. Si aún puedo resistir.

La brisa sopla con más fuerza y me obliga a encogerme. Pero no es el frío lo que me hace temblar. Es lo que está naciendo dentro de mí. El deseo. La duda. El miedo de estar convirtiéndome en alguien que no reconozco.

Cruzo los brazos sobre el pecho de forma automática y me quedo allí unos minutos más, intentando convencerme de que puedo volver al cuarto. Que puedo tumbarme y fingir que soy la misma Thalia que llegó a esta casa hace semanas.

No puedo.

Me levanto despacio y recorro el pequeño sendero de piedra hasta el cenador. Las luces tenues se reflejan en los vitrales de colores como manchas de aurora boreal en la oscuridad. Me siento en el banco más apartado. Cruzo las piernas. Abrazo las rodillas.

Estoy perdiendo el control.

Mis monjas estaban convencidas de que no estaba preparada para los votos y me hicieron salir de los muros del convento para sentir. Para equivocarme. Para vivir.

Pero ¿y si precisamente para estas cosas es para las que no estoy preparada?

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Hace demasiado frío para venir aquí sin abrigo.

La voz baja y grave es inconfundible.

Siento que el corazón me da un salto en el pecho, como si me hubieran pillado en pecado —o en una oración indecente.

Abro los ojos despacio y lo veo allí.

Alekos.

Apoyado en una de las columnas del cenador, a pocos metros de mí, con una expresión indescifrable en el rostro. La sombra de las columnas dibuja ángulos duros en su mandíbula.

—Tú… —mi voz falla. Trago saliva—. ¿Qué haces aquí?

—No podía dormir. Y cuando vi la luz encendida al fondo del jardín…

No termina la frase.

—No pensé que encontraría a nadie —completo, recolocándome en el banco.

—Yo tampoco.

Durante un momento ninguno de los dos dice nada. El silencio se extiende entre nosotros como un tejido demasiado fino para proteger, demasiado grueso para atravesar.

Alekos da un paso al frente. Solo uno. Y se detiene.

—¿Vienes a rezar aquí a estas horas? —pregunta con media sonrisa.

—Solo cuando el deseo interfiere con mis oraciones —respondo antes de que el sentido común me frene.

Mis ojos se abren un poco después de decirlo. Pero él ya lo ha oído. Ya lo ha entendido.

Y sonríe.

No es una sonrisa de burla. Ni de sarcasmo. Es otra. Como si estuviera viendo algo nacer dentro de mí y, por alguna razón, le pareciera… hermoso.

—Es bueno saber que tengo competencia —dice, con la voz más baja.

—¿Competencia?

—Si es el deseo lo que no te deja dormir… espero que el motivo sea el mismo que me sacó a mí de la cama.

Nuestros ojos se encuentran. No hay suficiente luz para distinguir el color. Pero la intensidad… la intensidad lo ilumina todo.

—Deberías estar durmiendo —susurro.

—Debería estar haciendo muchas cosas, Thalia. Pero ninguna parece importar tanto como estar aquí… ahora. Contigo.

Mi espalda se apoya con más fuerza contra el banco. El corazón va fuera de control. Las puntas de mis dedos hormiguean. El aire entre nosotros vuelve a espesarse.

—Siempre apareces cuando estoy…

—¿Vulnerable? —completa él, con una expresión que no sé si es provocación o ternura.

—Rezando.

—Tal vez sea porque, por alguna razón, es justo en esos momentos cuando pareces más… mía.

Cierro los ojos un segundo. Solo uno. Pero cuando los abro, él sigue ahí. Y yo sigo aquí. Cayendo.

Se sienta a mi lado sin pedir permiso. Sin preguntar si puede. Y yo no le digo que se vaya.

El silencio que se instala entre nosotros no está vacío. Está lleno. Denso. Como si cada segundo pesara demasiado para ser nombrado.

Tengo las manos frías. Los pies, ocultos bajo el bajo del vestido, apenas tocan el suelo. Pero el frío no es solo externo. Es como si una parte de mí siguiera atrapada en el sobresalto de haberlo encontrado aquí… y en el sobresalto aún mayor de sentir alivio por ello.

Me encojo un poco, abrazándome a mí misma. El viento sopla desde el mar, cortante.

—Está helado —murmura él, y antes de que pueda responder, antes incluso de pensar en protestar, Alekos se mueve.

Su brazo rodea mi espalda. El otro me envuelve por las piernas.

—¿Qué…?

Me acerca con cuidado, como quien mueve algo precioso. Y cuando me doy cuenta, estoy sentada entre sus piernas, con la espalda apoyada en su pecho, envuelta en su calor.

Me quedo inmóvil un instante. No porque no me guste… sino porque me gusta demasiado.

Su olor. El calor. La firmeza de sus brazos. La forma en que todo su cuerpo se adapta al mío, como si ya conociera el camino. Como si ya hubiera estado aquí antes.

—Así estás mejor —dice, como si la decisión fuera puramente práctica. Pero su voz es demasiado baja. Demasiado íntima.

Me permito quedarme. Eso es lo que me digo.

Nos quedamos así, inmóviles, simplemente… existiendo el uno en el otro. Durante largos minutos, solo su respiración contra mi cuello, el sonido lejano del mar y el crujido ocasional de la madera bajo nuestros pies.

Como si incluso la naturaleza se hubiera calmado para escucharnos.

—Las estrellas aquí son distintas —dice al fin—. Más nítidas. Casi… invasivas.

—¿Invasivas?

—Sí. Como si no pidieran permiso para brillar. Simplemente brillan. Porque pueden.

Sonrío.

—Me gusta eso. Su osadía.

—A mí también.

Suspira contra mi pelo. Siento el sonido más de lo que lo oigo. Su pecho sube y baja contra mi espalda.

—¿Tienes insomnio? —pregunto en voz baja.

—Siempre lo he tenido —responde—. Desde niño.

Espero que se detenga ahí. Pero no lo hace.

—Era peor los días en que mis padres se peleaban. Me quedaba buscando grietas inexistentes en el techo. Contándolas. Les ponía nombres. Creía que, si prestaba suficiente atención, podría evitar que todo se rompiera del todo. Aunque todo pareciera intacto.

Guardo silencio unos segundos.

—¿Y qué nombres les ponías?

—Alekos. Uno. Dos. Tres —sonríe, pero no es una sonrisa ligera—. Como si yo fuera suficiente para sostenerlo todo. Incluso solo.

Se me cierra la garganta.

—Yo también contaba grietas —confieso casi en un susurro—. Pero no eran del techo. Eran dentro de mí. Cada vez que me sentía distinta a las otras niñas del convento… cada vez que quería más de lo que tenía. Pensaba que estaba equivocada. Que había algo roto aquí —toco el centro de mi pecho— y que algún día Dios se daría cuenta.

No dice nada. Y aun así, siento como si lo hubiera oído todo.

—Tenía miedo de crecer —continúo—. De no ser suficiente. De no encajar en el mundo tal como es. De no ser elegida por nada. Ni por

nadie.

Entonces Alekos se inclina un poco. Su barbilla toca la parte superior de mi cabeza. Y cuando habla, la voz parece haber nacido dentro de mí.

—Hablas como alguien que nunca fue elegida.

—¿Y lo fui? —pregunto. Sin ironía. Sin dolor. Solo… verdad.

Silencio.

No responde. La respuesta está en el silencio y, extrañamente, no me hiere. Es solo la constatación de una vida vivida en los márgenes.

Pero en ese instante, entre sus brazos, abrigada y escuchada, por primera vez… no parece que esté al margen de nada.

El silencio vuelve, pero ya no es el mismo. Ahora tiene peso. Cuerpo. Temperatura. Parece un animal acechando entre nosotros, atrapado entre lo que no se dijo… y lo que se sintió.

Alekos sube y baja las manos por mis brazos, en un gesto que podría ser solo para dar calor. Pero no es solo eso. Hay algo más. Un cuidado. Un mapeo silencioso. Como si intentara memorizar mi forma, milímetro a milímetro, sin apretarme demasiado. Sin pedirme nada.

Y aun así, yo doy.

Mi cuerpo gira despacio, quedando ahora de lado contra su torso. Una pierna doblada sobre la madera del banco, la otra suelta. Mi brazo roza el suyo. Mi espalda toca su pecho. Mi nuca queda expuesta.

Todo duele. Todo vibra. Todo… quiere.

Siento que su respiración se ralentiza. O quizá sea la mía. Estamos pegados, pero aun así parece haber un universo entero entre nuestros labios.

El silencio late como un tambor entre nosotros.

Entonces él se mueve.

Sus dedos tocan mi rostro. Despacio. Solo para apartar un mechón de pelo que el viento insiste en llevarme a los ojos.

Es un gesto simple. Ínfimo.

Pero en mí, explota.

Mi piel se eriza. El corazón se acelera. Y tiemblo. Cierro los ojos.

—¿Quieres besarme? —la pregunta se escapa, demasiado baja para ser segura.

—Desesperadamente —admite él, en el mismo tono. Casi un soplo.

—Quiero que me beses —confieso, sin valor para abrir los ojos—. Pero no lo harás, ¿verdad?

Hay una pausa. De esas en las que el tiempo parece querer escuchar también.

—No, *mikrí mou spinthíra* —susurra—. Aún no. Porque confesaste… pero todavía no pediste.

Abro los ojos. Confusión. Expectativa. Un fuego lento encendiéndose en la base de mi espalda.

Él sonríe.

—Y está bien. Cuando me quieras… no será en la oscuridad. Será con los ojos abiertos.

Mis labios se entreabren. Pero no sé qué decir. No sé si puedo.

Me observa un segundo más y luego se aparta. Poco. Solo lo suficiente para que el aire vuelva a circular entre nosotros. Pero no lo suficiente para apagar el incendio.

Mis brazos aún sienten el calor de sus manos. Mi cuerpo aún recuerda el contorno del suyo. Mi boca aún late por la ausencia de la suya.

Permanezco allí, ardiendo. Esperando. Y sabiendo que lo que venga después… no tendrá marcha atrás.

***

La puerta se cierra con un clic suave a mi espalda y solo entonces me doy cuenta de que llevaba conteniendo el aire desde que me alejé del cenador.

Apoyo la mano en el pomo. El metal está frío, distinto del calor que aún pulsa bajo mi piel: en los brazos, en la nuca, en el lugar donde sus dedos sujetaron mi pelo con tanto cuidado que fue casi una caricia. O exactamente una.

Doy dos pasos atrás y apoyo la espalda contra la madera de la puerta. El cuarto está en silencio, pero no vacío. Todavía siento su toque. Todavía siento el peso de su mirada, la promesa suspendida en el aire. Todavía siento… todo.

Cierro los ojos. Intento rezar. El impulso llega como un reflejo, automático, antiguo, enraizado. Pero cuando junto los dedos y los llevo a la frente, lo que me viene a la mente no es una súplica.

Es él.

Alekos.

Su boca.

Su voz.

Sus ojos cuando dijo que me quería. Desesperadamente.

Las rodillas me flaquean y camino hasta la cama, dejándome caer hasta quedar sentada en el borde. Las piernas abiertas. El vestido fruncido sobre los muslos.

Mis dedos tiemblan al apoyarlos sobre ellos, como si mi cuerpo hubiera sido atravesado por una corriente cuyo origen solo él conoce.

Toco el centro de mi pecho. El corazón va acelerado. No de miedo. De anticipación. De algo que nace dentro y no me deja en paz.

Deslizo la mano hasta el vientre, despacio, y el calor aumenta. No sé qué estoy haciendo. Pero sé por qué lo hago.

Él me quiere.

Pero quiere que yo quiera primero. Que pida. Que vaya.

Yo quiero.

Todo mi cuerpo quiere.

La mente… no lo sé.

El alma… quizá esté demasiado asustada para responder.

Me tumbo, me siento, me levanto otra vez. Los pies tocan el suelo frío y la frialdad me ayuda a respirar. Por un momento creo que es eso. Que pasará. Pero no pasa.

Aún siento los brazos de Alekos alrededor de mi cuerpo. El calor de su respiración detrás de mi oreja. La forma en que me acomodó entre sus piernas, como si hubiera sido esculpida para encajar allí.

La manera en que me dio calor con su propio cuerpo, sin prisa, sin promesas. Solo presencia.

«Quiero que me beses», dije.

Y no me besó.

Dijo que no. Dijo que quería que yo pidiera.

Pero lo que yo quiero… ni siquiera sé si tiene nombre.

Me tumbo otra vez, las piernas apretadas con fuerza, el pecho jadeando como si estuviera huyendo de algo que ya me alcanzó.

Sus palabras aún están en mi piel. Sus manos no me tocaron ahí… pero lo sentí. Y quiero sentirlo otra vez.

Vuelvo a llevar la mano a mi propio cuerpo. Los dedos se deslizan por el lateral de mi cintura, suben hasta los pechos. Un toque leve

sobre la tela del vestido. Mi piel reacciona con fuerza. Los pezones se endurecen.

Inspiro con un temblor.

Abro las piernas y las manos me tiemblan cuando aparto la tela de la falda. Despacio. Como si me estuviera quitando una coraza sagrada. Los dedos rozan el elástico de la braga y contengo el aliento. La punta de los dedos se desliza por el interior de los muslos. Suave. Cálido. Tenso.

El aire pesa. Las imágenes me invaden: el ascensor, la cocina, su mano en mi mejilla, sus ojos en los míos. Jadeo.

Entonces una palabra estalla dentro de mí: pecado.

Pero estalla otra cosa también, otra imagen: Alekos inclinado sobre mí. La boca a un suspiro de la mía. La voz baja, ronca, casi reverente:

— *Mikrí mou spinthíra.*

Mi pequeña chispa.

Cierro los ojos. Suelto el aire con un sonido tembloroso. La mano vuelve a deslizarse. Y esta vez… lo dejo.

Es mío. La piel. El calor. El latido. Soy yo. Pero también soy suya.

La yema de mis dedos encuentra el centro de mi deseo. Desliza. Presiona. El choque me arquea. Un suspiro se me escapa de la boca y me muerdo el labio con fuerza. La fricción es nueva. Íntima. Indescriptible.

Y es… buena.

Tan buena que mis caderas se alzan, buscando más.

Con cada movimiento circular de mis dedos, el cuerpo responde como si ya supiera el camino. Como si esa parte de mí llevara esperando por esto desde siempre. Como si su nombre hubiera estado escrito ahí mucho antes de que yo entendiera qué era el deseo.

Alekos.

Pienso en él.

En su boca. En su peso. En su calor. En la forma en que me mira como si viera más de lo que nadie ha visto jamás. En la forma en que espera… como contiene su propio control, pero también me entrega el suyo.

Mis piernas se abren un poco más y mis dedos encuentran un ritmo. Un patrón. Lento al principio. Casi vacilante.

Dibujo círculos suaves sobre mi clítoris, apenas rozando, solo provocando. La piel se eriza, el vientre se contrae. Aprieto un poco más.

Trazo un ocho tembloroso con la punta de los dedos. Subo. Bajo. Rodeo. La fricción no duele, pero quema. Un calor húmedo, caliente, pulsante, que se acumula demasiado deprisa.

Deslizo más abajo. Mis dedos se pierden entre los labios húmedos y me encuentro a mí misma. Estoy tan mojada que el sonido del roce me arranca un jadeo. La palma presiona el hueso de la cadera mientras dos dedos se hunden despacio dentro de mí, y el pulgar, por fuera, mantiene el ritmo en el punto más sensible.

Por dentro me recibe un latido apretado e inexplorado, caliente y húmedo, y casi gimo en alto. Empujo otra vez. Más profundo. Y otra.

Cada embestida es un sollozo de placer contenido, una danza entre lo que quiero y lo que aún temo. Y lo que quiero… es perder el control.

La presión se acumula. Un punto tenso bajo el ombligo, en espiral, subiendo por la columna, haciendo que mi cuerpo se retuerza contra el colchón.

Acelero.

Los dedos se deslizan sin esfuerzo, mojados con mi propio deseo, y la fricción entre mi clítoris y la base de mi palma me deja al borde de algo que no sé nombrar, pero sé que necesito.

Mis caderas se mueven contra mi mano como si tuvieran voluntad propia. Como si mi cuerpo suplicara que lo tomara algo más grande. Las rodillas se abren, los muslos tiemblan, y cada respiración es ya un suspiro roto de puro abandono.

Alekos.

Su imagen permanece viva detrás de mis párpados cerrados. Su mirada desde arriba. Su aliento caliente contra mi boca. La voz ronca diciendo mi nombre, su olor pegado a mi alma.

Alekos con la lengua donde ahora están mis dedos.

Alekos diciéndome que estoy preciosa así. Que quiere verme perder el control. Que va a hacer que suplique.

El ritmo se desordena. Se escapa. Se vuelve frenesí.

Aprieto con más fuerza, la muñeca se mueve con más urgencia, y un sonido se me escapa de la garganta —algo entre gemido y sollozo, algo que nunca me había oído a mí misma. Algo que solo él podría arrancarme. Incluso sin estar aquí.

— Alekos… —susurro.

Mi cuerpo se desploma.

El placer me rompe en silencio. Un clímax que me inunda con espasmos que nacen entre las piernas y se expanden por cada músculo, cada hueso, cada célula. Gimo su nombre otra vez, más bajo, más ronco, como una confesión imposible de contener.

Me corro temblando. Con los dedos aún dentro. El vientre contraído. La piel febril y todo en mí arde, late, se disuelve.

No lloro, pero casi.

Porque no pensé que fuera posible sentir tanto estando sola.

Y, al mismo tiempo, no me sentí sola.

Porque era él.

Era por él.

Por culpa de él.

Y eso… es lo que más miedo me da.

33.

ALEKOS THEODORAKIS

El sol de la tarde se despide despacio, tiñendo la fachada de la mansión de un dorado envejecido. Desde donde estoy, puedo ver el jardín a través del ventanal del pasillo.

Las sombras de los árboles se alargan sobre el césped recién cortado. Las flores se mecen con una brisa perezosa. Y en el centro de todo, dos pequeños cuerpos se inclinan sobre un tablero mal montado, con cartas esparcidas alrededor y reglas que, probablemente, están siendo ignoradas.

Andreas y Lysander.

Están solos. Ningún adulto a la vista. Ninguna niñera supervisando. Ninguna voz dando instrucciones. Solo los dos —con el ceño fruncido, las rodillas sucias y la lengua asomando entre los dientes mientras discuten, sin alzar la voz, si pueden o no usar la carta de dragón antes de la carta de escudo.

Paso de largo.

O debería.

Eso es lo que hago siempre. Camino hacia delante. Subo a mi habitación. Me encierro con números, reuniones, hojas de cálculo. Pero no hoy. Hoy, me detengo.

No sé por qué. Solo sé que me detengo. Y observo. No como CEO, ni como el hombre que controla el mundo con tres correos electrónicos y una mirada. Solo… como padre. Aunque yo mismo no sepa muy bien qué hacer con esa palabra.

Es extraño. Todavía me siento un impostor dentro de ella. Pero en las últimas semanas he estado intentando.

Pequeños gestos. Presencias que antes delegaba. Palabras que antes solo leía en informes y ahora escucho de la boca de mis hijos. He estado cerca —no lo suficiente, quizá, pero más de lo que jamás estuve.

¿Y lo más desconcertante?

Ellos parecen… permitirlo.

No hay abrazos espontáneos. Ni peticiones de cariño. Pero tampoco hay rechazo. Cuando me acerco, no huyen. Cuando hablo, responden. Cuando escucho, a veces hablan más de lo necesario.

No sé si lo estoy haciendo bien. No sé si estos acercamientos tímidos son lo que un padre debería hacer. Pero hay algo —una fuerza silenciosa— que me empuja a seguir intentándolo. Una parte de mí que susurra que no es tarde. Todavía no.

Y, por supuesto, pienso en ella. Thalia. No es una justificación, pero es un… impulso.

Fue ella quien me enfrentó en el despacho, con los ojos en llamas, diciéndome que no veía. Que mis hijos querían algo que no sabían cómo pedir. Que todo lo que yo no ofrecía se convertía en silencio dentro de ellos. Y, peor aún, en miedo.

Pero no fueron solo sus palabras. Fue su historia. La forma en que se preocupa por ellos aun habiendo crecido sin que nadie se preocupara por ella. La manera en que sonríe con los ojos, cómo sostiene sus dolores sin alarde. Cómo les da a mis hijos aquello que ella nunca tuvo.

Thalia no tuvo madre. Ni padre. Fue dejada en el mundo como quien abandona un paquete olvidado en el umbral de un templo. Y, aun así —o quizá por eso—, cuida.

Con un tipo de atención que no grita. Que no se exhibe. Que simplemente… permanece.

El recuerdo de las palabras que intercambiamos, hace unas noches, en el cenador, vuelve con fuerza. Thalia dijo, con la voz

quebrada, que siempre tuvo miedo de no ser elegida por nadie. Que creció creyendo que había algo mal dentro de ella. Una grieta invisible que Dios, algún día, descubriría.

Y yo —idiota— no dije nada. Solo escuché. Y lo que quedó fue el silencio. Un silencio pesado. De esos que contienen más verdad que mil frases.

Ella nunca fue elegida. Y, aun así, elige. Elige cuidar. Elige quedarse. Elige a mis hijos, todos los días, con una constancia que me avergüenza y me inspira.

Y quizá sea eso lo que me hizo detenerme ahora.

Tal vez por eso mis pies no obedecieron el guion habitual que me llevaría a mi habitación, a mi ducha, a mi cena silenciosa. Tal vez porque vi a Andreas y a Lysander allí, juntos —como ella dijo que son cuando se sienten seguros— y por un segundo la pregunta martilleó: ¿y si lo intento?

Tal vez, por primera vez… quiero saber la respuesta.

No me ven de inmediato.

Lysander empuja una carta con el codo, concentrado como un científico. Andreas susurra algo que no entiendo y ambos sueltan una risa breve, baja. Demasiado rápida para analizarla. Y yo… siento algo. Algo entre el pecho y la garganta. Algo pequeño. Incómodo. Cálido.

Doy un paso.

Y otro.

Me ven cuando estoy a pocos metros. Los dos se congelan. Las cartas quedan suspendidas en el aire. Andreas hace ademán de esconder la caja.

—¿A qué estáis jugando? —pregunto. La voz sale más baja de lo que esperaba.

Silencio.

—Es… —empieza Lysander, pero la voz le falla. Se aclara la garganta—. Es un juego de cartas mágicas. Thalia dijo que podíamos usarlo si prometíamos no pelearnos.

—Estamos intentando montar un tablero —explica Andreas, con la lengua atrapada entre los dientes, como si esperara ser interrumpido. Reprendido.

—¿Puedo jugar?

Parpadean. Andreas mira a Lysander. Lysander me mira a mí. Su silencio es una votación en curso.

—¿Sabes jugar? —pregunta Andreas, con una cautela que no llega a ser insolente, pero tampoco reverente.

—Creo que puedo aprender.

Otro silencio. Otra mirada compartida. Luego, Lysander se encoge de hombros y empuja un taburete bajo con el pie.

—Puedes sentarte aquí —dice, como si me ofreciera un puesto en un consejo secreto—. Pero tendremos que empezar desde cero. No entiendes nada de las reglas.

—Me parece justo —respondo, y me siento.

El banco es demasiado bajo para mí. La postura, incómoda. Pero no me muevo.

Andreas empieza a reorganizar las cartas. Explica que el escudo solo puede usarse después del dragón, pero antes de la poción. Que el guerrero no puede cruzar el lago sin un amuleto. Que el amuleto solo puede conseguirse con una carta de sabiduría o si dibujas un árbol en el reverso de cualquier objeto.

—¿Por qué dibujar un árbol? —pregunto.

—Porque la carta dice que el poder de la naturaleza anula el de la guerra —responde Lysander, como si fuera evidente.

La partida comienza.

Cometo un error. Andreas me corrige con una mirada indignada. Lysander me entrega una carta con el cuidado de quien distribuye confianza.

Diez minutos después, todavía no entiendo ni la mitad de las reglas, pero ya he reído —no sé cómo— dos veces. Y me doy cuenta cuando Andreas me señala con la carta de dragón y dice:

—Estás poniendo caras raras, papá.

—Eso no es una mueca.

—Es una sonrisa —corrige Lysander, y ambos ríen como si acabaran de descubrir un superpoder.

Cuando Thalia aparece, no oigo sus pasos. Los siento. Como si el aire cambiara de densidad. Se detiene entre dos arbustos que enmarcan la entrada del jardín. El vestido azul se mueve con el viento. El cabello está recogido en un moño deshecho, con algunos mechones sueltos alrededor del rostro. Su mirada va directa a nosotros tres. Y entonces… se suaviza.

No dice nada. No interrumpe. Solo observa.

Y cuando nuestros ojos se encuentran, no hay sonrisa. No todavía. Pero hay… algo. Un reconocimiento mudo. Una nota sin melodía. Algo que quizá sea admiración. O sorpresa. O… orgullo.

No lo sé.

Solo sé que, por primera vez en mucho tiempo, estoy jugando a un juego cuyas reglas no entiendo. Y aun así… no quiero parar.

Andreas gana. Lysander protesta. Yo finjo indignación. Y cuando me preguntan, con ojos ansiosos y cuerpos inquietos, si podemos jugar otra vez mañana, digo:

—Sí.

Solo eso. Sí.

Y es ese "sí" el que me desarma. Porque no lo planeé. No lo negocié. No lo calculé. Simplemente salió. Y por un instante, parece

que soy… otro hombre. O quizá solo un hombre intentando, por fin, ser quien debería.

Con el juego terminado, Thalia por fin se acerca, despacio, con la misma delicadeza de quien cuida de no despertar algo sagrado.

—Hora del baño, generales —anuncia, sin alzar la voz, pero con autoridad suficiente para que los dos interrumpan la conversación al instante.

—¿Ya? —protesta Andreas, levantando la barbilla—. Pero íbamos a empezar otra…

—Creí que os había oído quedar en hacerlo mañana.

Thalia sonríe, y esa sonrisa, aunque pequeña, contiene el mundo.

—Repetir —explica Lysander—. Pero aún no habíamos terminado por hoy.

Su sonrisa crece.

—Os dije que teníais hasta las cinco y media. Son las cinco y media.

Los dos intercambian una mirada. De esas que dicen más de lo que puedo entender. Luego sueltan un suspiro resignado. No protestan ni se quejan. Actúan de una forma tan distinta a lo que he pasado meses leyendo en informes, que es imposible no preguntarme qué tipo de hechizo ha lanzado esta mujer sobre mis hijos.

Thalia los ha encantado de tal manera que simplemente se levantan y salen corriendo hacia la casa, como dos huracanes felices, dejando atrás cartas, risas y… a ella, que se queda, sin decir nada durante unos segundos.

Observa las cartas tiradas en el suelo, el banco en el que aún estoy sentado, el camino de los niños hacia la casa. Y cuando por fin sus ojos encuentran los míos, no hay prisa en ellos. Ni timidez. Hay… reconocimiento.

No digo nada. Ella tampoco. Pero me levanto. Despacio. Como quien sabe que el simple gesto va a cambiar el aire a su alrededor. Doy dos pasos —solo dos— y me detengo frente a ella. Thalia no retrocede.

Sus ojos suben hasta los míos, y lo que veo en ellos es una ternura inquieta —una mezcla de calma y espera—. Como si estuviera allí no por obligación, sino por gravedad.

Llevo la mano a su rostro.

Con un cuidado que no concuerda con lo que llevo dentro, dejo que mis dedos toquen su mejilla. No como quien acaricia, sino como quien reconoce un lugar. Un gesto de posesión sin violencia. De permanencia sin palabras.

Cierra los ojos. Solo un instante. Pero ese instante… es un universo entero.

Deslizo los dedos despacio. Paso por la línea de la mandíbula. Por la curva del cuello. Y me detengo en el hombro, donde el tejido ligero del vestido delata la delicadeza de la piel debajo.

Mis dedos se quedan allí. Solo apoyados. Como diciendo: estoy aquí.

Y lo más extraño —o lo más inevitable— es que ella no se mueve. No huye. No se cubre. No pregunta por qué. Simplemente… deja.

Y en ese dejar… hay más entrega de la que cualquier beso podría contener.

La brisa pasa entre nosotros. La luz baja del final de la tarde dibuja contornos alrededor de su rostro, y todo en ella parece pedir lo que la boca aún no se atreve a decir.

Pero yo lo oigo. Siempre lo oigo.

Y todo en mí quiere responder. Pero no todavía.

Cuando retiro la mano, lo hago con la lentitud de quien suelta algo demasiado valioso para dejarlo caer de golpe.

Abre los ojos. Y no hay sonrisa en sus labios —pero hay añoranza. No de lo que fue. De lo que aún no ha sido. Y aun así… ya hace falta.

—Buenas noches, Alekos —dice, y mi nombre en su boca es casi un susurro de oración.

—Buenas noches, Thalia —respondo. La voz más baja de lo que debería. Más firme de lo que quisiera.

Se da la vuelta y, esta vez, no corre ni vacila. Simplemente camina. Pero cada paso suyo lleva el peso de lo que quedó entre nosotros. Y cuando desaparece por el pasillo, el silencio que queda no es ausencia.

Es anuncio.

El tiempo está corriendo.

Y cada vez queda menos.

34.

ALEKOS THEODORAKIS

La mesa de centro está cubierta por tres carpetas abiertas, dos vasos —uno con agua, el otro con whisky— y mi portátil.
La iluminación de la sala es indirecta, cálida. Las luces del jardín se filtran por los ventanales altos, y el sonido lejano de la casa es el mismo de todas las noches desde que Thalia llegó: los pasos suaves de los niños en la planta superior, una risa amortiguada, y la certeza de que hay vida más allá de mis paredes.

Leon aparece en la pantalla con la camisa medio abierta y el pelo desordenado, como si acabara de salir de una reunión… o de una cama. Con él, es difícil saber cuál.

—¿Me vas a decir que todavía estás en casa? —pregunta antes incluso de saludar.

—Buenas noches para ti también, Leon.

—Es en serio, Alekos. La reunión de Milán se ha adelantado. Van a cerrar la operación mañana. ¿Tienes idea de la ventana que vas a perder si no estás allí? —me inclino ligeramente hacia delante, pero no respondo de inmediato—. Me avisaron hace un rato. Mandaron la nueva agenda. Reunión a las nueve. Tendrías que embarcar de madrugada.

Silencio.

Mis ojos se deslizan hacia el rincón de la sala, donde todavía está el par de zapatillas pequeñas que los niños dejaron, manchadas de tierra, después de jugar en el jardín.

—¿Alekos? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—Entonces dime que ya estás haciendo la maleta.

Hago una pausa. Solo lo suficiente para que lo note.

—No voy a Milán.

Leon frunce ligeramente el ceño, pero no parece sorprendido. Solo curioso.

—¿Es por el evento del colegio?

Asiento y él inclina la cabeza, apoyando el codo en el respaldo de la silla.

—¿Y después del evento está lo del… cómo era? ¿La noche en el colegio?

—Sí.

—¿Eso es porque no los verías durante dos días?

—Exacto.

Leon vuelve a girar el vaso. Guarda silencio un instante.

—No me malinterpretes, Alekos. Me parece genial que te estés implicando. De verdad. Los críos se acordarán de esto toda la vida. Pero Milán… es Milán. La reunión se adelantó. Tú lo sabes. Llevabas meses preparando este movimiento.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué no ir? Te has despedido de tus hijos cientos de veces antes. Te ibas días enteros. Sin drama. Esto es nuevo.

—Lo es.

No hay vacilación en mi voz. Y Leon lo nota.

—Al consejo no le va a gustar. Todavía no han aceptado bien que hayas reducido los viajes. Perder una reunión de este calibre…

—Lo sé.

Leon cruza los brazos y se recuesta, mirándome con menos sarcasmo y más atención.

—Fuiste tú quien hizo la agenda de esta operación. Llevas meses diseñando este movimiento. Es una reunión de cierre. El tipo de cosa que nunca te has perdido. Ni por fiebre. Ni por luto.

—Lo sé —repito.

Esta vez, más bajo.

Porque lo sé de verdad. Y por eso no fue una decisión fácil, ni siquiera entiendo del todo por qué la tomé. Solo sé que no puedo hacer otra cosa.

Doy un sorbo al agua ya templada. Apoyo el vaso en el borde de la mesa con más fuerza de la necesaria. Me quedo en silencio unos segundos, y Leon sabe dejarme así. Esperando. Dándole vueltas.

—Cuando reorganizé los flujos de la holding —empiezo, sin mirar a la pantalla—, la idea era ganar margen de maniobra. Delegar lo que podía delegarse. Sacar de mis manos lo que otras manos competentes podían sostener.

—Eficiencia —dice él con un tono casi burlón, probablemente pensando en todas las objeciones del consejo.

Aunque parezca que ha pasado una eternidad desde aquella reunión, en realidad han sido solo unas semanas. No fue una decisión que tomara de golpe. No hubo un hito. Ningún plan de transición con fecha de inicio. Ningún comunicado oficial.

Fue solo… una acumulación de pequeñas decisiones.

Un viaje aplazado. Luego otro. Una reunión que podía hacerse por videollamada. Un almuerzo con inversores trasladado a la oficina de Atenas. Un fin de semana que, por alguna razón, decidí pasar en la isla.

Y entonces, cuando me di cuenta, llevaba semanas aquí. Más que en cualquier otro sitio en los últimos años. Fue entonces cuando entendí que pasar semanas fuera se había convertido, de repente, en algo que no quería hacer.

—Y lo era.

—¿Lo sigue siendo?

Asiento con la cabeza.

—Por supuesto —confirmo, aunque sé que no es solo eso.

Leon también lo sabe. Por irritante que sea, es mi amigo y me conoce lo suficiente como para darse cuenta de que algo está pasando.

Lo curioso, sin embargo, es que después de sus provocaciones sobre Thalia, en su última visita a Aletheia, no haya vuelto a tocar el tema.

Apoya el codo en la mesa y sostiene el vaso con la otra mano. Me estudia con ojos que conocen las grietas que no muestro a nadie más.

—Ya no viajas, Alekos. Casi tres meses. Y, por ahora, todo está funcionando. Pero no tardará en que alguien empiece a preguntarse si sigues al mando… o solo presente.

—Sigo al mando.

—Lo sé. Pero tú… —Leon hace una pausa y empuja el interior de la mejilla con la lengua, como si estuviera valorando si debe continuar—.

—¿Desde cuándo mides las palabras? —pregunto, y él suelta una carcajada.

—Sabes que decir lo que pienso es mi encanto, pero hay límites que ni siquiera yo cruzo.

—Suéltalo, Leon.

Suspira largo y se muerde el labio. Me mira durante varios segundos y finalmente cede.

—Estás diferente.

Suelta las palabras y espera, como si creyera que eso me haría estallar.

Pero no estallo. Solo dejo escapar una risa breve y me quedo en silencio. Porque no se equivoca. Solo… no es tan simple.

Leon se mueve en la silla. El sonido del hielo en el vaso llena el espacio durante dos segundos. No me presiona, y eso hace la conversación más incómoda que si me lanzara una provocación cualquiera.

—No sé si es ella —continúa, más bajo, y sé que está teniendo cuidado de no cruzar una línea—. O si son los chicos. Quizá sea todo junto. Quizá… seas tú. Por fin. Pero está claro que algo ha cambiado.

Cruzo los brazos. Apoyo un codo en el reposabrazos. No confirmo. Pero tampoco lo niego.

—Siempre creí que la forma en que me criaron era la forma en que debía criar a mis hijos. ¿Y si no lo es? Yo solo… —me detengo y desvío la mirada.

Hacer estas confesiones a mí mismo ya es difícil. Y, de repente, verbalizarlas, dar forma a pensamientos que hasta ahora solo existían en mi cabeza, parece más complicado que dirigir el imperio Theodorakis.

—Tienes derecho a eso —afirma Leon sin que tenga que terminar —. A cuestionarte. A cambiar.

La expresión divertida que suele estar permanentemente pegada a su rostro no aparece por ninguna parte. Me observa con seriedad, con peso. Aprieto los labios y asiento.

—¿Quieres saber lo que pienso? —pregunta.

—No.

Leon suelta una carcajada.

—Te lo diré igual —advierte, encogiéndose de hombros—. Creo que no deberías tener prisa por intentar entender qué significan estos cambios en tu vida.

—No lo planeé.

—¿Y cuándo se planea algo importante? Sé que fui yo quien dijo que en algún momento empezarían las preguntas, pero ninguna de

ellas cambia el hecho de que la presidencia operativa sigue siendo tuya. Los directores ejecutivos responden ante ti, no al revés. Los informes llegan igual. Reorganizaste la empresa y eso te dio más margen para ajustar contratos, supervisar mejor la reestructuración del área médica. Ese era el plan y está funcionando. Pueden cuestionar tus métodos, pero no tus resultados.

Lo sé.
No soy el tipo de hombre que cambia de rumbo sin medir la pendiente del terreno. Lo que estoy haciendo ahora… sigue siendo extraño. No incómodo. Solo… nuevo. Pero nunca dudé de que mis decisiones no perjudicarían a la empresa.

Hay días en que esto parece el comienzo de algo mayor. Otros, solo un desvío. Pero es mío. Este camino. Y aunque no sepa dónde termina, sé que ya he empezado a recorrerlo.

Leon da otro sorbo y, durante un momento, no dice nada. El silencio entre nosotros es el de quienes se conocen desde hace demasiado tiempo como para necesitar llenar todo con palabras. Pero pronto vuelve, con el tono adecuado.

—Corriendo el riesgo de que me retiren la licencia para hablar —empieza—, sea lo que sea este cambio, te sienta bien. Y parece estar haciéndote bien.

—¿Te has despertado sentimental, Leon?

Bufa.

—Siempre soy sentimental. Y mi chico está creciendo. Mírate, cambiando una reunión de negocios por dibujos escolares y una niñera con los ojos demasiado grandes. Creo que voy a llorar.

Ahora soy yo quien bufa.

—No son dibujos.

—Pero es la niñera, ¿no? —pregunta con una sonrisa enorme, subiendo y bajando las cejas de forma insinuante.

—¿Volvemos a eso, Leon? ¿En serio? —gruño—. Es un evento del colegio —cambio de tema—. Lysander y Andreas van a presentar el proyecto de ciencias. Han trabajado en ello durante días. Están… ilusionados.

—Un proyecto de ciencias con los niños y uno de biología con la niñera. Claro…

—Leon —digo entre dientes, y él se echa a reír.

—No te preocupes, viejo amigo. El verdadero motivo de tu ausencia en la reunión se quedará entre nosotros —afirma, guiñándome un ojo cómplice, como si de verdad tuviera que guardar algún secreto—. Bueno, y si no vas a estar allí, significa que yo tengo más trabajo que hacer. Buenas noches y… usa preservativo.

Antes de que pueda responder, el cabrón corta la llamada, dejándome solo con el eco de sus provocaciones.

Bufó otra vez y cierro el portátil, pero el sonido de unos pasos me impide pensar demasiado en nada. Sofía pasa por el pasillo con una hoja doblada bajo el brazo. Hago la pregunta antes incluso de pensarla.

—¿A qué hora empieza el evento mañana?

La gobernanta retrocede los pasos hasta detenerse frente a la puerta abierta. Me mira durante un segundo.

—A las nueve de la mañana, señor.

Asiento, acomodándome en el sofá.

—¿Necesitan algo para la noche en el colegio, Sofía?

Su primera respuesta es una sonrisa pequeña, contenida, pero sincera.

—No, señor. La señorita Esperakis ya se ha encargado de todo. Están ansiosos y no hablan de otra cosa. Probablemente ni duerman esta noche.

Asiento y ella sigue su camino. Y, por fin solo de verdad, me permito aceptar que no estoy preocupado por la reunión a la que no iré. La verdad es que no estoy posponiendo nada. Estoy eligiendo. Tal vez, por primera vez.

Me pierdo en el trabajo durante la hora siguiente. La mente atrapada en números y palabras que la sostienen, incluso cuando se distrae con un rostro y un aroma que siempre están ahí, al margen, esperando cualquier oportunidad para secuestrar mis pensamientos.

Y quizá por eso siento la presencia de Thalia incluso antes de oír sus pasos. Levanto la vista segundos antes de que aparezca en la puerta abierta con la misma postura precisa de siempre —hombros rectos, columna erguida, carpeta contra el pecho.

No sonríe al verme, pero sus ojos se suavizan. Y el simple hecho de estar allí, a esa hora, me dice que algo se mueve. Otra sugerencia, otro cambio. Otra oportunidad de escuchar su voz nombrando lo que nadie más percibe.

—Alekos —saluda, con un tono tranquilo, casi ceremonial, pero el leve mordisco en el labio inferior delata lo que hay bajo la superficie de su casi formalidad.

—¿Terminaste la nueva propuesta de horarios? —pregunto con media sonrisa, deslizando la mirada hasta la carpeta firme entre sus brazos.

Da un paso dentro, cierra la puerta con cuidado y asiente.

—He terminado —dice, con un brillo sutil en los ojos—. Pensé que sería adecuado presentarla esta noche, así podemos empezar a aplicarla el lunes, si estás de acuerdo, claro. Y si tienes tiempo para escucharme, obviamente.

Humedezco los labios y asiento. En lugar de señalar la butaca frente a mí, extiendo la mano hacia el sofá a mi lado.

—Siéntate aquí, por favor.

Vacila una fracción de segundo. Solo una. Su garganta se mueve lentamente al tragar antes de moverse. Las piernas se deslizan con una elegancia medida y, cuando se sienta, el espacio entre nosotros es casi simbólico.

La carpeta descansa en su regazo. Sus rodillas rozan las mías. El calor atraviesa la tela. Thalia se inclina un poco para abrir la carpeta y el movimiento hace que su hombro toque el mío. Levemente. Casi como un tropiezo casual. Pero no lo es.

Nada entre nosotros lo es ya.

Su perfume me alcanza —lavanda y canela. O algo que solo existe en ella. Y cuando saca la primera hoja, el papel tiembla un poco entre sus dedos. No por nervios, sino por una vibración que sé que no es solo mía.

—Aquí están los bloques reorganizados —dice, mostrando los horarios marcados con bolígrafo rojo y azul—. He conseguido optimizar el tiempo de estudio sin quitar espacio a las actividades creativas. Y he dejado las tardes de los viernes más ligeras, pensando en el cansancio acumulado de la semana.

Miro el papel, pero no leo. Mis ojos están en la curva de su mandíbula. En la forma en que algunos mechones se escapan del moño. En la línea del cuello que se estira cuando se inclina un poco más para señalar algo en la hoja.

Mi brazo se mueve antes de que la razón intervenga. Toco su antebrazo. Suave. Mi cuerpo gritando de añoranza por un contacto que apenas tuvo durante una noche robada. Thalia deja de hablar, pero no se aparta.

Mis dedos suben hasta el codo y luego se deslizan hacia el hombro desnudo —la manga del vestido ha caído un poco, dejando la piel al descubierto. Trazo allí una línea invisible, sin prisa, como si estuviera descubriendo un mapa antiguo. El toque es casto, pero demasiado íntimo para ser inocente.

No se mueve ni me mira. Pero su respiración cambia. Más corta. Más superficial.

Me acerco —no demasiado, solo lo suficiente para que mi pierna presione la suya con más firmeza. La tela del vestido es fina. La piel, caliente. El silencio entre nosotros no es incómodo. Es denso. Casi sagrado.

Mi mano sube un poco más. Del hombro a la curva del cuello. Los dedos se abren y rozan suavemente el lateral de su garganta. Su pulso está acelerado. El mío… también.

Thalia cierra los ojos. Solo un instante. Pero en ese instante, todo en mí grita.

No por urgencia. Sino por reverencia. Es como tocar algo que no debería tocarse y no poder apartarse. Como si el simple hecho de que ella esté allí, tan entregada, tan quieta, fuera más excitante que cualquier gemido, cualquier palabra indecente, cualquier promesa de placer.

Mi mano permanece. Y sin bajar, sin apretar, sin pedir, ella ya me ha dado más de lo que cualquier mujer me ha dado jamás.

Confianza. Permiso. Presencia. Silencio puro. Entrega pura.

Abro la boca, pero no digo nada. No hay nada que pueda decir que sea más grande que lo que está ocurriendo aquí.

Finalmente abre los ojos. Me mira. Y en esa mirada hay rendición. Y también miedo. Y también deseo. Pero, por encima de todo, hay algo que me atrapa.

Pureza.

No en un sentido infantil. Sino en el más cruel. No me ofrece su cuerpo. Me ofrece a sí misma. Y yo —que ya he recibido todo de todas las formas— siento que eso es más de lo que puedo soportar.

Suelto el aire despacio. Mi mano vuelve a deslizarse por su hombro, con un último roce de las yemas de los dedos.

—Está… muy bien elaborado —murmuro, mirando el papel en su regazo como si solo ahora lo viera.

Ella sonríe. Pequeña. Frágil. Pero verdadera.

—Me alegra. Porque creo que es lo mejor que puedo hacer.

Asiento.

—Es más que suficiente.

Cierra la carpeta con cuidado, pero no se levanta. Permanece allí unos segundos. Y yo no le digo que se quede, pero tampoco le digo que se vaya.

Cuando finalmente se levanta, su calor permanece en la tela a mi lado. Y cuando se vuelve hacia mí, con la carpeta contra el pecho, sus ojos dicen más de lo que sus labios jamás se atreverían a decir.

—Buenas noches, Alekos.

—Buenas noches, *mikrí mou spinthíra*.

Sale.

35.

THALIA ESPERAKIS

Camino de un lado a otro por el pasillo como una condenada esperando el veredicto. Pasos cortos. Respiración corta. Una temperatura demasiado alta para una mañana que apenas ha empezado.

La mansión está silenciosa. Demasiado silenciosa.

Antes, me despertó el despertador de los niños —un hábito que mantengo incluso cuando ellos ya no lo necesitan—. Solo que hoy no hubo carreras. Ni voces pidiendo tortitas. Ni pasos apresurados bajando la escalera.

Me quedé sentada en la cama unos minutos, intentando entender qué iba mal, hasta que lo noté: no había ningún sonido en la casa. Ninguno. Y eso… era el problema.

Bajé. Revisé la cocina. El ala del personal. El jardín. La lavandería. Nada. Nadie. Ninguna señal de vida. Solo ese silencio de mausoleo caro. Mármol y cristal por todas partes, devolviéndome mi propia inquietud.

Le mandé un mensaje a Sofía.

«Buenos días. ¿Todo bien? La casa está vacía.»

La respuesta llegó en menos de un minuto.

«Claro, señorita. Hoy es sábado de descanso colectivo. Eso estaba acordado. Creí que lo recordaba.»

No, Sofía. Yo no "lo recordaba". Porque nadie me avisó.

Por supuesto respondí con un «Ah, sí. ¡Claro! Gracias» como si yo fuera la despistada. Como si fuera natural que desapareciera todo el mundo de la mansión y dejaran a la niñera —que no tiene hijos que cuidar— aquí dentro. Una niñera que ahora tiene que convivir con su jefe.

Sola.

Dos días.

No es un problema. No debería ser un problema. Pero lo es. Porque él está aquí. Y yo también. Y desde el último roce, desde los últimos días —desde siempre— estar a solas con Alekos Theodorakis se ha convertido en una prueba.

Necesito salir de aquí.

La decisión se tomó casi en el mismo instante en que llegó el mensaje de Sofía.

Voy al convento.

Es lo correcto. Allí siempre es lo correcto. Es donde encuentro un silencio que no me asusta. Donde los pensamientos no me devuelven eco en forma de deseo. Y hace meses que no voy.

Solo… tengo que avisarle. Por educación. Por formalidad. Por prudencia.

¿Podría dejarle una nota? Podría. Pero ¿la encontraría?

¿Podría mandarle un mensaje? También. Pero eso… no parece suficiente. No cuando mi cuerpo entero se niega a aceptar la idea de irme sin verlo una última vez.

Quiero despedirme. Necesito verlo. Ver si está bien. Si va a estar bien. Solo aquí. Todo el fin de semana. En esta casa demasiado grande. Demasiado vacía.

No es asunto mío. No debería importarme. Pero me importa. Me importa más de lo que estoy preparada para admitir.

Las dos últimas semanas han sido un laberinto de roces contenidos, miradas largas y respiraciones retenidas.

Cada vez que nuestros caminos se cruzaban era como si el aire cambiara de densidad. Cada vez que nos quedábamos a solas, él me tocaba. Y yo… lo permitía. Peor: lo quería.

Sus manos conocen más de mí de lo que nadie ha conocido jamás. Y, sin desnudarme, me deja desnuda. Solo con la mirada. Solo con el silencio.

Camino otra vez hasta el final del pasillo. Me detengo frente a la puerta del gimnasio. Mis dedos casi rozan el picaporte, pero se retiran. Vuelvo.

Camino un poco más. Me detengo de nuevo.

¿Por qué está siendo tan difícil? Es solo una despedida. Un aviso. No tiene nada de especial. Excepto… todo.

La puerta del gimnasio se abre y me quedo helada.

Alekos sale. Con una camiseta oscura pegada al cuerpo. Unos pantalones cortos de entrenamiento que dejan a la vista unas piernas que no deberían verse tan de cerca. El pelo húmedo, la piel cubierta de sudor, los músculos tensos.

Y yo lo devoro con la mirada.

Sin pudor.

Sin filtro.

Sin defensa.

Mi cuerpo reacciona antes que cualquier pensamiento racional. Las mejillas me arden. El vientre se calienta. Un fogonazo estalla entre mis piernas —no por contacto, sino por pura anticipación.

Él se detiene al verme. Y también me mira.

Sus ojos caen sobre mí con el peso de una sentencia y el calor de una promesa. Su pecho sube y baja despacio, como si aún se recuperara del entrenamiento. O como si… se estuviera preparando para mí.

Me arde el cuerpo entero. Un incendio silencioso. Mis pies quieren retroceder, pero no obedecen.

— Thalia —dice, solo mi nombre. Nada más.

Pero la forma en que lo dice…

Es posesivo sin ser brusco. Íntimo sin ser vulgar. Una mano invisible que me sujeta la nuca y me impide escapar.

Abro la boca, pero tardo demasiado en encontrar la voz.

— Yo… solo venía a avisar de que voy a salir —digo, y odio lo pequeña, fina, fuera de lugar que suena mi voz, tan lejos de la firmeza que intenté ponerme encima.

Alekos da un paso. Luego otro. Con cada movimiento, el pasillo se encoge.

— ¿Salir?

— Sí. Voy al convento. A visitar a las hermanas. Ya que… hoy estoy libre. Todos lo están.

No hace falta que diga que estoy sola. Él lo sabe. Él también está aquí.

Se detiene a menos de medio metro de mí.

— Y has venido a avisarme…

— Pensé que dejar solo una nota sería de mala educación — miento.

Arquea una ceja.

— ¿Una nota?

Sus ojos se deslizan por mis hombros, mi boca, mi cuello. Como si pudieran ver el calor subiendo bajo la piel. Y pueden.

— Eso —intento.

Alekos no sonríe. Pero hay algo en sus ojos. Algo que late entre ofensa y deseo. No sé qué más decir, pero la verdad está en mis ojos. Y él lo sabe. El aire entre nosotros está caliente. Demasiado caliente.

Se pasa una mano por el pelo húmedo, un gesto distraído… y sensual hasta el límite de la tortura. Su olor me vuelve a alcanzar.

Salado. Caliente. Crudo.

Alekos se acerca más. Y, sin decir una palabra, gira el cuerpo hacia un lado y señala el interior del gimnasio.

Una invitación.

Una orden.

Debería negarme, pero entro.

Él me sigue. Cierra la puerta detrás de nosotros. Y el clic suave de la madera sellando el espacio es el sonido más alto del mundo.

La sala huele a cuero y sudor. A masculinidad cruda. Y yo… siento que eso me invade.

Él no habla. Yo no hablo. Me quedo ahí de pie, con las manos unidas delante del cuerpo, los dedos retorciéndose unos con otros.

Alekos camina hasta un rincón, coge una toalla y se la pasa despacio por el cuello, el pecho, los hombros. La tela húmeda se desliza por su piel y yo no puedo apartar los ojos.

Lo nota. Y me deja mirar. Me deja ver.

Las rodillas me fallan. Vuelve a quedarse frente a mí. Lento. Intencionado. Y empieza a rodearme como un depredador antes del ataque.

Y cuando ocurre, no son sus manos las que me tocan, sino sus palabras.

— ¿Estás segura de que era esto lo que venías a hacer aquí, Thalia? —pregunta con la voz baja, contenida, como un trueno susurrado—. ¿Avisarme?

— Yo… —la voz se me quiebra.

— ¿O has venido por fin a pedírmelo?

Se me hunde el estómago.

— Alekos…

No responde con palabras. Solo extiende la mano abierta, esperando.

Y yo —que ya le he dicho que no a tantas cosas en la vida— extiendo la mía.

Su mano envuelve la mía con firmeza, pero sin fuerza. No tira de mí. No me guía. Solo… sostiene.

Y yo me quedo ahí, con los dedos atrapados entre los suyos, mientras mi respiración intenta competir con el silencio denso de la sala.

Se acerca despacio. No me toca más que con nuestras manos unidas. Pero lo suficiente para que sienta el calor de su cuerpo irradiándose sobre el mío.

— Hice una promesa, ¿recuerdas? —susurra—. Que no te tocaría hasta que tú me lo pidieras.

Se me corta la respiración. Lo recuerdo. Claro que lo recuerdo. Mi cuerpo entero fue hecho para recordarlo.

— Y ahora estás aquí, Thalia. Sola. Delante de mí. ¿Qué quieres?

Se me cierra la garganta.

— Dímelo. Quiero oírlo de tu boca.

Cierro los ojos un segundo. Luego los abro. Miro dentro de los suyos.

Alekos da un paso. Luego otro. Y cuando me doy cuenta, mi cintura está entre sus manos. No me pega a la pared. No me encierra. Pero el espacio entre nosotros ya no existe.

Sus ojos bajan a mi boca. Luego suben a los míos.

— Dilo, Thalia.

No respondo. Porque cualquier respuesta sería mentira.

Se inclina y la punta de su nariz roza el lateral de mi cara. Un escalofrío estalla en la base de mi nuca.

— ¿De qué tienes miedo, *mikrí mou spinthíra*? —murmura, bajo, ronco, como si el sonido no fuera para mí, sino para mi cuerpo.

Cierro los ojos.

— De empezar algo que no voy a poder parar —susurro.

Siento cómo sonríe. No lo veo, pero lo siento. Un roce leve, casi un soplo, en mi piel.

— ¿Crees que alejarte hoy va a impedirlo, Thalia? —pregunta, subiendo una mano hasta la base de mi cuello. Sus dedos tocan el crucifijo que siempre llevo—. ¿Crees que algo en la tierra, en el cielo o en el infierno va a impedirte que por fin me pidas lo que quieres?

Mikrí mou spinthíra… naciste para quemarme.

Sujeta el colgante con la yema de los dedos, juega con él. La cadena se tensa ligeramente, tirando de mi atención hacia el contacto. Con la otra mano aparta un mechón de pelo que se me ha deslizado por la cara. El dedo recorre la curva de mi mejilla. Y luego, despacio, la línea de la mandíbula.

Mis labios se entreabren sin permiso. El corazón me estalla.

— Tiembas —observa, con un tono casi clínico—. Sé lo que necesitas, cariño. Solo tienes que pedírmelo y te lo daré. Pídelo, Thalia.

— Quiero que me toques —confieso, y Alekos arquea una ceja. Provocación. Poder. Paciencia.

— ¿Solo eso?

Trago saliva. La vergüenza me asfixia. Pero las ganas… las ganas estallan.

— Quiero que me toques. Que me beses. Que me tengas.

— Que te tome —corrige, y el sonido de esas palabras me rompe por completo—. Dilo, Thalia. Pídelo.

Los ojos me arden. Las rodillas me flaquean.

— Por favor, Alekos. Tómame. Hazme tuya. Ahora.

Él cierra los ojos un segundo, como si mis palabras fueran un disparador imposible de contener.

— *Mikrí mou spinthíra* —dice, y suena a oración. Mis piernas ceden un milímetro. Él lo nota—. Por fin.

Susurra, y creo que por fin voy a sentir otra vez su boca en la mía, pero en vez de eso llega otra pregunta.

— ¿Puedo? —pregunta, muy bajito, mientras lleva los dedos al nudo que une los lados de la chaqueta ligera que llevo sobre el vestido.

Asiento, porque la voz no me sale.

Alekos deshace el lazo despacio. Las puntas se sueltan con un suspiro de tela y la prenda se desliza por mis hombros, cayendo al suelo sin hacer ruido.

Me quedo ahí solo con el vestido y sus manos suben a mi rostro, sujetándolo con suavidad. Los pulgares rozan mis sienes.

Me mira como si fuera a esculpirme. Como si me estudiara. Como si decidiera por dónde empezar a deshacerme.

Y cuando decide, empieza sin prisa.

Sin ostentación, Alekos se inclina y roza sus labios en mi frente. Luego en la sien. Luego en la curva del pómulo. Cierro los ojos otra vez.

No es un beso. Es… adoración.

Baja por la línea de mi mandíbula. Besa la comisura de mi boca. No me besa entera. Solo… rodea. Me bordea como quien delimita fronteras sagradas.

Las rodillas me vuelven a fallar. Sus manos sujetan mi cintura, firmes, y me guía hacia atrás hasta que la espalda choca con la pared fría. El contraste entre el mármol y su calor me arranca un gemido débil. Él lo oye y sonríe contra mi piel.

— Estás caliente, *mikrí mou spinthíra* —susurra—. Estás ardiendo entera.

— Yo…

— Shhh…

Sus dedos bajan. Rodean la curva de mi cintura, pasan por encima de la tela ligera del vestido. No tocan donde yo quiero. Solo donde saben que voy a sufrir de anticipación.

— Tan sensible… —murmura, como si hablara con mi piel, no con mis oídos—. Lo sientes todo, ¿verdad? Cada roce. Cada milímetro. Como si cada parte de ti hubiera sido hecha solo para responder a mi toque.

No puedo contestar. El mundo se reduce al calor de sus manos y al vacío entre mis piernas que late pidiendo más.

— Es casi cruel, Thalia… —continúa, la voz ronca y grave, pegando el rostro al mío—. Porque cada vez que te toco sé que no va a ser suficiente. No para mí. Ya no.

Su aliento estalla caliente contra mi oreja. Un escalofrío me sube por el cuello como si mi piel supiera lo que viene.

— Me dejas hambriento. Irracional. —roza los labios en mi mandíbula—. Y yo no soy un hombre que suela perder el control.

Me encierra con los brazos, pegando su cuerpo al mío.

— Pero contigo… no quiero controlarme.

El mundo se vuelve más caliente cuando me envuelve. Sus brazos me cercan con firmeza y reverencia, y ya no sé dónde termina él y empiezo yo.

Sus manos suben por mi espalda, trazando mi contorno como instrumentos de precisión. No intenta quitarme el vestido. Aún no. Pero la tela ya es un estorbo; algo entre los dos que no encaja con lo que sentimos.

Me gira con suavidad, dejándome completamente contra la pared. El frío del mármol en mi espalda me arranca un suspiro. Ese maldito contraste entre piedra y su piel caliente es cruel.

Cruel y divino.

Me sostiene la cara con las dos manos. Me mira un segundo que parece durar un año entero y por fin me besa.

No es un beso calmado. Es un beso de posesión. De promesa cumplida. De deseo tan contenido que explota en lengua, labios, y en el sonido ahogado que se me escapa.

Su boca toma la mía como si hubiera esperado esto desde el primer día. Como si todo lo que hemos hecho hasta ahora —los roces, los susurros, los gemidos— fuera solo ensayo.

Este beso es el comienzo de todo.

Porque cuando su boca encuentra la mía no es un toque: es un impacto.

No sé si pasan segundos o años, pero la mano que estaba en mi rostro baja a la base de mi nuca, apretando y sujetando, mientras la otra se desliza por mi cintura y encaja en mi espalda baja, tirando de mí hasta que no quede espacio, ni aire, ni separación.

Su lengua invade mi boca con la misma hambre que recuerdo de aquel partido —o más— y yo cedo. No por elección. Por necesidad. Porque ya no sé dónde termina mi deseo y empieza el suyo.

Mis dedos se clavan en sus hombros, su espalda, su pelo. Ya no estoy besando: estoy siendo besada. Tomada. Probada.

Muerde mi labio inferior. Lo chupa despacio. Luego vuelve con una urgencia que me marea. Las rodillas me fallan. La cabeza me da vueltas. El beso es tan profundo que me desorienta.

Pero lo que de verdad me destruye es la forma en que se mueve mientras me besa.

Sus caderas encajan entre las mías. Su sexo, duro y caliente, roza mi piel aún vestida con un lento vaivén, como diciendo: “todavía no.

Todavía estoy saboreando”.

Sus manos no paran. Suben por mi espalda, bordean mis costillas, alcanzan mis pechos y los aprietan con reverencia y lujuria mezcladas. Sus pulgares juegan con mis pezones, todavía sensibles. Y yo gimo contra su boca, suplicando más sin decir una palabra.

El beso continúa. Un ciclo de succión y pausa, invasión y cuidado, dominio y adoración.

Cuando por fin se separa, solo un segundo, estoy jadeando como si hubiera corrido por dentro de mi propio cuerpo.

Alekos me mira y se aparta medio paso. Sus ojos caen sobre mí con una intensidad capaz de arrancarme la ropa sin mover un dedo.

— Quiero mirarte —dice, y su voz es más baja que una oración.

Las manos me tiemblan al llevarlas a los tirantes del vestido. Jadeo. Dudo. Él lo ve. Me toca las manos.

— Solo si tú quieres —susurra, con el pecho subiendo y bajando al mismo ritmo que el mío.

No es una concesión. Es una ceremonia.

Asiento. No con la cabeza: con el cuerpo entero.

Los tirantes resbalan por mis hombros, lentos. El vestido cae al suelo con un sonido leve, casi como el suspiro de una verdad revelándose.

Me quedo en braga y sujetador —ambos simples, blancos, de algodón—. El color más puro del mundo sobre un cuerpo que ahora arde.

Alekos no toca. Todavía no. Solo mira.

— Dios… —murmura—. Estás hecha de luz.

Me arden las mejillas. Mis pechos suben y bajan con la respiración acelerada. Intento cubrirme, pero él me sujeta las muñecas con delicadeza.

— No te escondas de mí.

Su voz… es calor líquido. Algo que se desliza por la piel y se instala entre las piernas.

Se acerca y sus dedos por fin tocan mi abdomen.

Un roce casi casto. Casi.

Los dedos bajan despacio. Tocan la piel entre el ombligo y la cintura de la braga. No invade. Solo… amenaza. Y eso es peor. O mejor.

— ¿Te molesta? —pregunta, con la voz ya cargada de placer contenido.

— No —respondo, y el sonido me sale más bajo de lo que debería.

— Entonces dime qué sientes.

— Yo…

No sé explicar. Todo está caliente. Todo late. Mi braga ya está húmeda y él ni siquiera ha tocado donde quiero.

Él sonríe, como si hubiera escuchado mis pensamientos.

Su mano se desliza hasta mi muslo. Traza un camino por el interior, subiendo con precisión. Cuando los dedos alcanzan la tela de la braga, se detiene. Presiona. Un toque sutil. Una presión maliciosa.

Me arqueo. La pared sujeta mi espalda. Él sujeta todo lo demás.

— Estás mojada para mí, ¿verdad? —susurra contra mi oído y yo debería sonrojarme. Debería huir. Pero solo puedo asentir—. Habla, Thalia.

— Sí —respiro—. Lo estoy.

Me besa la sien.

— Buena chica.

Entonces aparta la tela, no lo suficiente para ver. Solo para tocar. Sus dedos rozan mis labios íntimos. Una caricia suave, casi reverente. El primer contacto directo con la parte de mí que más arde.

Gimo.

— Tranquila —susurra, pegando la frente a la mía—. Solo estamos empezando.

Y cuando por fin su dedo se desliza entre mis labios, explorando el calor, la humedad, la entrega… el mundo se derrumba en silencio y cada toque es un descubrimiento.

Para él.

Para mí.

Para el universo entero.

Alekos respira hondo y siento cuánto se contiene. Cuánto necesita contenerse para no tomarme entera.

De pronto se aparta un paso y se arrodilla.

Alekos Theodorakis —el hombre que gobierna empresas, que manda en salas donde nadie se atreve a contradecirlo— está de rodillas ante mí y nunca, en toda mi vida, he visto algo tan poderoso.

No habla. Solo me sujeta los muslos con las manos firmes mientras me observa entre las pestañas. Mis ojos se abren de par en par.

— ¿Qué… tú…?

Me mira desde abajo y sonríe.

— Lo que me pediste, cariño. Hacerte mía —dice, con la voz más baja que le he oído—. De todas las maneras posibles.

— Yo no… yo no…

Las palabras se me mueren en la garganta. Apenas puedo nombrar lo que está a punto de hacer, porque… esto no existe en las historias que oí. En las advertencias que recibí. En lo que creía saber sobre lo que un hombre hace con una mujer.

Pero él no responde. Solo se inclina.

— Alekos, espera, yo… no sé si… —mi voz tiembla, casi suplicante. No sé si es protesta… o ruego para que no pare.

Me sujeta el muslo con más firmeza. Su barba roza la piel sensible del interior y mi cuerpo entero da un salto.

— Abre las piernas para mí, *mikrí mou spinthíra* —es su única respuesta, dicha con voz baja, grave y caliente.

La respiración se me queda suspendida, pero obedezco. Las piernas se abren con un temblor leve.

Alekos me sujeta la cintura y me tira medio paso hacia delante. Los hombros siguen contra la pared, pero lo demás… lo demás ahora es suyo.

Besa el interior de un muslo. Luego el otro. Luego vuelve. Alternando calor y escalofrío. La barba roza mi piel con una textura adictiva.

Cierro los ojos. Me toca con la lengua, despacio, como si probara un fruto prohibido. Como si cada movimiento fuera el comienzo de un ritual. Y lo es.

La cabeza se me apoya en la pared. La boca se me abre. Se me escapa un sonido —un gemido débil, inseguro, casi suplicante.

Me sujeta los muslos con más fuerza y vuelve a lamer. Más profundo. Más lento. Más húmedo.

Su lengua me abre, me acaricia, me explora. Me besa allí como si mi alma estuviera escondida entre los pliegues más secretos de mi cuerpo. Y quizá lo esté.

— Alekos… —suspiro, casi sin voz.

Responde con más presión. La mandíbula se ajusta. Los labios se abren. La lengua gira. Rodea. Chupa.

Mis piernas amenazan con fallar; él sostiene. Me mantiene en pie como un dios sosteniendo su creación.

El placer sube en espiral. Una ola que me arrastra. El vientre se contrae. Los pechos me duelen de lo rígidos que están. Mis manos se clavan en su pelo como si fuera mi única ancla en el mundo.

Él gime contra mí. Un sonido gutural. Caliente. Intenso. Y eso me lleva más allá.

— Si existe un paraíso, Thalia… está aquí. Y yo no voy a querer salir nunca —blasfema con la boca aún pegada a mí, y en mi cuerpo no queda ni un gramo de razón para reprenderlo. Lo único que sé hacer es sentir.

Estoy más allá de la vergüenza. Más allá de la duda. Más allá de la idea que tenía de lo que significaba ser tocada. Su lengua, moviéndose con devoción y certeza, hace que el suelo desaparezca bajo mis pies.

Ya no hay mundo. Ya no hay tiempo. Ya no hay certezas ni miedos. Solo esa boca. Esa lengua. Esos labios que me abren, me exploran, me consagran.

El placer ya no es solo físico: es un colapso. Es como si Alekos me arrancara capas que ni yo sabía que existían. Como si cada desliz de la lengua dijera: «eres mía; incluso sin saberlo, siempre lo fuiste». Y yo quiero serlo.

Y cuando murmura algo ininteligible contra mi piel, con la voz rota de deseo, un escalofrío me atraviesa como un rayo. Mi cuerpo ya no me pertenece. Le pertenece a él. Y a lo que me hace con la boca.

— Yo… —intento avisar, pero no sé cómo.

Él lo entiende. Y aprieta más. Me abre con más intención. La punta de su lengua traza círculos más rápidos, más firmes, más directos… justo ahí, en el centro de mi deseo.

Mi cuerpo se curva y el orgasmo explota. No como un grito, sino como un sollozo, un llanto mudo. Mis caderas se mueven contra su boca, las piernas me tiemblan, los músculos se contraen.

Yo… desaparezco.

Desaparezco entera. Completamente.

Me corro en la boca de Alekos, entregándome por completo, y él acepta, toma, bebe, lame todo —cada gota, cada vibración, cada segundo que me queda.

Cuando las piernas ya no me sostienen, me alza, me lleva en brazos como si yo estuviera hecha de viento y me tumba sobre uno de los tatamis blandos del rincón del gimnasio, con una reverencia silenciosa que me hace llorar sin lágrimas.

Sus ojos sobre mí lo dicen todo.

Los brazos se me caen a los lados, arrancada de mi propio eje. La respiración sigue entrecortada. Yo late, vibro, suplico.

Alekos se arrodilla entre mis piernas, aún vestido, pero con los ojos clavados en mí como si ya me hubiera desnudado el alma. Se inclina despacio, las manos tocan mis muslos, suben por los lados de mi cuerpo y me sujetan la cintura.

Se inclina por completo sobre mí —como si quisiera cubrirme, protegerme, marcarme. Su pecho roza el mío y me enfurece que aún lleve la camiseta. Quiero su piel sudada contra la mía, pero en lugar de eso es la tela la que roza mi sujetador húmedo y frío.

Apoya un codo junto a mi cabeza, el otro brazo rodea mi cintura, y sus labios cubren los míos.

Me toma la boca y me estremezco al sentir mi propio sabor en su lengua, que entra, baila y explora. Gimo contra el beso, porque debería ser prohibido, pero es divino.

Chupa mi labio inferior y vuelve con más hambre. Sus caderas presionan entre mis piernas aún abiertas, aún frágiles, y el beso

voraz me arranca otro orgasmo, porque me muestra que Alekos no me quiere por partes: me quiere entera. Boca, cuerpo, piel, alma.

Cuando se aparta, mis labios todavía tiemblan. No quiero abrir los ojos. Yo ardo y él susurra, demasiado cerca:

— Mírame, *mikrí mou spinthíra*.

Bajo su orden, mis párpados se obligan a abrirse.

— Sabes a cielo y veneno, Thalia. Y yo soy un hombre condenado.

Me sujeta un tobillo, luego el otro. Besa mis pies como sellando un pacto, y sube besando la espinilla, la rodilla, el interior del muslo.

Ya no sé dónde estoy. La piel aún arde por los orgasmos que me dio, pero ahora crece otro calor. Más profundo. Más pesado.

— ¿Esto es lo que quieres? —pregunta mientras sus dedos llegan al elástico de mi braga.

— Sí —respondo, y la palabra me sale como un sollozo.

La baja con delicadeza y la desliza por mis piernas hasta quitarla por completo, dejándola caer al suelo. Sus dedos suben hasta mi sujetador y se detienen en una pregunta silenciosa.

Asiento, y él no tira. No arranca. Desabrocha con precisión, como quien abre una reliquia. Como si lo hubiera hecho cientos de veces —y probablemente lo hizo—, pero nunca conmigo.

El sujetador resbala, exponiendo mis pechos, y sus ojos se oscurecen recorriéndome, ahora completamente desnuda, como si descifrara una oración prohibida.

— Tan preciosa —murmura—. Tan perfecta.

Antes de que pueda encogerme, se inclina y besa cada uno. Boca caliente. Barba que hace cosquillas. Lengua lenta. Y luego chupa, lo suficiente para arrancarme un jadeo, lo bastante suave para volverme loca por más. Cuando se aparta, tiemblo.

— Eres demasiado preciosa —repite, casi con rabia—. Debería tener más control.

— No quiero que lo tengas —murmuro, sorprendiéndome de mi propia voz.

Él sonríe. No con diversión, sino sin aliento.

Alekos se echa hacia atrás, aún de rodillas, sin apartar sus ojos de los míos. Vuelve a tocar mis muslos y me tira hacia él, arrastrando mi cuerpo sobre el tatami con facilidad. Su fuerza es controlada y aterradoramente elegante.

Me abro más y él se quita la camiseta. Luego se pone en pie para arrancarse el pantalón corto, muy lejos de la delicadeza con la que me desnudó a mí.

Mi mirada baja y se congela cuando lo veo así: desnudo, erecto, poderoso.

Una ola de calor sube del vientre a la garganta mientras el mundo deja de girar.

— Eso… eso no va a caber —susurro, con los ojos abiertos de par en par y el pánico creciendo como una avalancha.

Alekos es… enorme. Muchísimo. Demasiado.

Él sonríe de lado, casi perverso, y completamente irresistible.

— Va a caber.

— Alekos, ¿no lo ves? Eso es… ¡es imposible!

Me sujeta la cara con una mano. El pulgar acaricia mi mejilla y luego mis labios.

— Si Dios lo hizo, es porque cabe, *mikrí mou spinthíra*.

— Pero…

— Confía en mí —dice, y su voz es tan segura que parece un ancla—. Voy a entrar despacio. Voy a cuidar cada pedacito de ti.

Solo tienes que… dejarte. Haré que tu cuerpo me acepte, cariño. Centímetro a centímetro. Gemido a gemido.

Siento que las piernas se me aflojan, aunque ya esté tumbada.

Alekos se tumba sobre mí. Apoya un brazo junto a mi cabeza y el otro se desliza del hombro a la cintura, y luego al interior del muslo.

Me abre las piernas con calma y dominio. Con la certeza de quien sabe que el placer es inevitable… y quiere saborearlo hasta el final.

Besa mi clavícula. Luego el valle entre mis pechos. Luego el lateral del torso, el centro del vientre, el hueso de la cadera. Besa como diciendo: "todo esto es mío". Y cada roce de sus labios convierte mi piel en brasa.

Sube despacio. Roza la boca por el costado del vientre, por la costilla, por la base del pecho. Su mano acompaña el trayecto, afirmando presencia. Cuando su pecho toca el mío, sudado y cargado de deseo, siento que estoy a punto de ser absorbida dentro de él.

Alekos se apoya en los codos, uno a cada lado de mi cabeza. Su rostro flota sobre el mío. Sus ojos se hunden en mí antes de que su boca también lo haga.

Me besa con más calma ahora. Pero no con menos poder. Es un beso lleno, con cuerpo y con lengua, con la cadera encajada entre mis piernas. Su sexo descansa entre mis labios íntimos, palpitante, caliente.

Chupa mi lengua y gime bajo, como si la textura ya bastara para llevarlo al borde. Mis dedos se clavan en sus hombros. Mi espalda se arquea buscando más de lo que aún está dispuesto a darme.

Cuando se separa, tengo la boca hinchada. Los ojos embriagados. Desliza la nariz por mi barbilla, por la mandíbula, hasta el cuello. Y susurra, con la boca pegada a mi piel:

— Relájate para mí, *mikrí mou spinthíra*. No pienses. Solo siente.

El miedo a su tamaño intenta aferrarse a las paredes de mi mente, pero cuando una mano sube a un pecho y su boca cubre el otro, ya no hay pensamiento.

Solo un vacío caliente donde todo gira alrededor de su lengua, la succión de sus labios, y los dedos apretando con una precisión absurda.

Lame mi pezón con la punta de la lengua. Luego chupa, fuerte. Un chasquido húmedo llena la sala y mi gemido se queda atrapado.

— Esto… —intento hablar. Pero no sé qué.

Alekos se mueve sobre mí. No deprisa. Con intensidad. La cadera roza la mía y el calor de su erección me hace jadear otra vez.

— Estás lista —dice, la voz ronca, casi quebrada—. Lo noto.

Y lo estoy. Tan mojada, tan expuesta, tan desesperada, que el miedo se ha disuelto en puro fuego.

— Alekos…

— ¿Hm?

— Yo quiero.

Él sonríe, los ojos hundidos en los míos.

— Dilo otra vez.

— Yo quiero.

— Dime qué quieres, Thalia.

Ruborizada. Rendida. Deshecha.

— Te quiero… dentro.

Se coloca.

La punta de su sexo roza mi entrada. Mi cuerpo, caliente y sensible, late con ese contacto. Me sujeta la cadera y empieza a entrar. Despacio. Profundo. Abriendo camino centímetro a centímetro, como prometió.

Todo en mí reacciona.

Alekos me sujeta con más firmeza, los dedos hundiéndose en la carne como si quisiera mantener el mundo en su sitio.

— Respira hondo —murmura.

Inspiro y él avanza un poco más. La sensación es indescriptible. No es solo llenarme. Es estirarme, expandirme, una presencia que exige un espacio dentro de mí que no sabía que existía.

— ¿Va bien? —pregunta, mirándome.

— Es… demasiado grande —susurro, jadeando.

Él sonríe con los labios. Pero sus ojos no. Sus ojos están llenos de deseo, atención y dominio.

— Tu cuerpo va a aceptarme. Ya lo está haciendo. Escúchame, Thalia. Va a doler solo un poco. Luego… solo seremos tú y yo, encajados como fuimos hechos para estar.

Empuja un poco más, firme. La carne se estira. Late. Arde. Gimo y él se detiene de inmediato.

— ¿Sigues conmigo?

Asiento, mordiéndome el labio. Los ojos se me cierran, pero no quiero que pare.

— Sigue… —susurro—. Por favor.

Me besa la cara, la frente, el párpado, y obedece. Se mueve otra vez. Un poco más. Y se detiene. Luego otro poco. Como olas llegando a la orilla: suaves, insistentes, cada vez más profundas.

Mis caderas empiezan a acomodarse. El dolor se mezcla con el calor. La incomodidad se disuelve en placer.

— Esto… —la voz se me quiebra—. Alekos…

Me sujeta las muñecas y las aprieta por encima de mi cabeza contra el tatami. Sus caderas tocan las mías. Y entonces entra del todo y el mundo se detiene.

— Eso… —respiro—. Estoy… llena.

— Estás perfecta —responde, con los dientes apretados, la mandíbula rígida de tanto control.

Empieza a moverse, primero más lento que nunca. Luego más firme, más dentro. Y mi cuerpo lo recibe. El vientre late. Los músculos se cierran a su alrededor.

— Dios… eres tan estrecha, Thalia. Como si hubieras sido hecha para mí —gruñe contra mi oreja—. Eres mi pequeña chispa, y yo soy un barril de pólvora, cariño.

Cada embestida es un temblor. Cada retirada, un vicio nuevo. Y cuando cambia el ángulo y toca un punto dentro de mí que me roba el aliento, lloro sin lágrimas.

— Alekos… esto…

— Lo sé —susurra—. Lo sé.

Aumenta el ritmo. No con brutalidad. Con propósito. Como quien moldea. Como quien reclama.

Cada movimiento es preciso, rítmico, con esa maldita seguridad de quien conoce el cuerpo de una mujer como si hubiera nacido para habitarlo.

Y ahora habita el mío.

Cada embestida es una ruptura nueva. Un cimiento arrancado de la niña que fui. Ya no existe pureza. Ni recato. Solo calor húmedo, el sonido de piel contra piel, y mi gemido ahogado en la boca que me besa el cuello.

— Me estás volviendo loco —susurra, la voz ronca, quebrada, como si cada movimiento lo rompiera por dentro.

No puedo contestar. Estoy ocupada sobreviviendo. Mis piernas se cierran alrededor de su cintura. Mis caderas piden más. Mi vientre late como hambriento.

— Alekos…

— Háblame.

— No… no sé qué está pasando.

— Te estás corriendo.

— Pero…

— Otra vez.

La presión dentro de mí alcanza un límite que no sabía que existía. Mi cuerpo se arquea, el cuello se estira, la boca se abre en un grito que no llega a salir.

Me corro.

No como antes. Ahora es más. Es por dentro. Es violento. Es devastador.

Mis manos se clavan en su espalda. Mis músculos se contraen alrededor de él y siento cuando tiembla. Cuando pierde el ritmo. Cuando maldice entre dientes.

— Joder, Thalia…

Alekos acelera.

Dos. Tres. Cuatro embestidas.

— ¿Dónde?

— ¿Qué? —pregunto, aturdida.

— ¿Puedo correrme dentro de ti?

Abro los ojos. Y… asiento. Porque ya no sé decir que no. Porque quiero que me tome hasta el final.

Él hunde el rostro en mi cuello y se corre con un gruñido grave, casi animal.

Su cuerpo tiembla. Los músculos de la espalda se endurecen. Me aprieta más fuerte, como si mi cuerpo fuera el único lugar del mundo donde pudiera derrumbarse.

Y después… silencio.

Nos quedamos así. Jadeando. Sudados. Temblando. Él dentro de mí y yo sin querer que salga.

Porque, por primera vez, siento que mi cuerpo sirvió para algo que no fuera el control. Que no fuera el deber. Que no fuera el sacrificio.

Sirvió para el placer.

Sirvió para sentir.

Me besa despacio. En el hombro. En el cuello. En la boca. Un beso caliente, húmedo, agotado. Diferente. Sin prisa. Sin promesa. Solo… presencia.

Como diciendo que, incluso después de todo, aún quiere más. Aún me quiere entera. Y sigue aquí.

— ¿Estás bien? —pregunta, con los ojos cansados y absurdamente hermosos.

— Estoy… viva —respondo, con una sonrisa temblorosa.

Él sonríe también, pero no dice nada más.

Sale de mí con cuidado. Se tumba a mi lado. Y me tira sobre su pecho como si fuera lo único que quisiera sostener en el mundo.

Mi pierna sobre la suya y la mejilla apoyada en su pecho. Su corazón sigue latiendo fuerte. El mío… ni sé dónde está.

Cierro los ojos.

Y pienso que, si el mundo se acaba ahora, se acabó de la mejor forma posible.

36.

THALIA ESPERAKIS

La sábana se me pega al muslo con la misma temperatura que parece vivir entre mis piernas. Mi cuerpo está blando, caliente, cansado. Pero lo que me despierta no es el dolor: es el olor.

Tardo unos segundos en entender dónde estoy. La almohada es más grande. El colchón, más firme. La colcha es demasiado gruesa, demasiado elegante, huele a algo amaderado que ya reconozco sin saber nombrar.

Huele a Alekos.

Abro los ojos despacio.

La habitación está oscura, iluminada solo por una lámpara discreta junto a la cama. El cielo ahí fuera ya es tinta, el mar es apenas un murmullo.

¿Es sábado por la noche? ¿No puedo haber dormido tanto como para que ya sea domingo, verdad? El tiempo ha desaparecido.

Lo último que recuerdo es su boca en mi cuello, mis gemidos ahogados en la palma de mi mano, sus caderas empujando con hambre, con urgencia, como si el mundo fuera a acabarse dentro de mí.

Tal vez se acabó. Tal vez yo soy lo único que quedó.

El silencio me rodea y me abraza como un viejo amigo mientras mis ojos recorren la estancia, que tiene el mismo aire de control y perfección que su dueño… pero también un desorden que no encaja: mi braga en el suelo. El vestido doblado con cuidado en el sillón. El vaso de agua a medias en la mesilla. Mi crucifijo, aún colgado del cuello, descansando entre mis pechos.

Respiro hondo. Y el olor de él me invade otra vez. En las sábanas, en la almohada… en mí.

Cierro las piernas con cuidado. No porque duela, sino porque todavía puedo sentirlo, dentro de mí, entero.

Me incorporo despacio. El aire me roza como si fuera más denso, más íntimo. Me paso las manos por los brazos.

Mi cuerpo ya no es el mismo cuerpo de ayer.

Soy otra. Y sé exactamente el momento en que dejé de ser quien era.

Me tiemblan un poco las piernas cuando me levanto. Llevo puesta solo su camisa, que no recuerdo haberme puesto. La tela es gruesa, un algodón impecable, y me cae hasta mitad de los muslos, oliendo como si la hubiera arrancado de él hace segundos.

La habitación es amplia, como todo en esta casa, pero ahora tiene calor. La cama está deshecha, la sábana marcada. Y esa marca… es mía.

Camino hasta la ventana y aparto un poco la cortina. El mar está ahí fuera, sereno, tan distinto a mí que asusta. Soy un huracán silencioso intentando parecer brisa.

Me giro despacio hacia la habitación cuando siento su presencia, aunque se haya acercado sin hacer ningún ruido. Alekos está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, los ojos clavados en mí y una taza en la mano. Café o veneno: da igual. Si viene de él, lo bebo…

El pelo desordenado, la barba sin hacer, el pecho desnudo, solo con un pantalón de chándal oscuro colgando peligrosamente bajo en la cadera. No sonríe. No hace falta. Su presencia ocupa la habitación entera.

—Hola, *mikrí mou spinthíra*. ¿Descansaste? —pregunta, con la voz más ronca de lo que mi memoria me dejó.

Asiento, pero tengo la boca seca. Las piernas, débiles. Él entra y se acerca como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Te desmayaste en mi cama, *mikrí mou spinthíra* —dice, poniéndome la taza en la mano—. Ahora tendrás que pasar la noche en ella también.

El calor de la taza me calienta las manos, pero no disuelve el frío en las extremidades. El frío de la duda.

Me siento en el borde de la cama. Piernas juntas, espalda recta, como si hubiera vuelto a ser una alumna del convento.

Pero el recuerdo de su lengua entre mis muslos… me impide sostener cualquier santidad.

Él está de pie frente a mí, brazos cruzados, observándome como si fuera a elegir qué parte explorará primero.

—Háblame, cariño —dice, y estira la mano, pasando el pulgar por mi mejilla en una caricia que siento en todo el cuerpo.

Bebo el café. Está fuerte y caliente. Hecho como le gusta a él.

—Solo estoy… pensando.

Arquea una ceja.

—¿En qué?

Podría responder "en todo", pero no digo nada. Él da dos pasos y se sienta a mi lado, con el cuerpo girado hacia mí. Su muslo roza el mío. El calor atraviesa la camisa.

—Alekos… —empiezo, sin saber por dónde.

Me quita la taza con cuidado, la deja en el suelo lo bastante lejos para no derramarla y me tira hacia él hasta sentarme en su regazo.

—Prefiero hablar así —murmura, dejándome un beso en la barbilla.

Cierro los ojos, sintiendo el calor que sus labios me dejan luchar por espacio con la confusión que me ocupa el pecho.

—Soy todo oídos.

Me muerdo el labio y lo miro. Aparto los ojos por instinto, pero me obligo a alinear nuestras caras otra vez.

—Yo… no sé qué significa esto. Todo esto. Yo…

—Quieres saber si esto fue algo de una vez —me interrumpe, directo.

Asiento, con la cara ardiendo.

Inclina la cabeza un poco, los ojos entornados como si mi timidez fuera una novedad que quiere saborear.

—*Mikrí mou spinthíra*… no tienes ni idea de lo que acabas de empezar, ¿verdad?

Se me queda atrapada la respiración.

—Yo solo… no sé qué hacer ahora —confieso.

—Harás lo que yo te mande —responde como si dijera que el cielo es azul. Luego suaviza. Un poco—. Por ahora, te vas a quedar aquí. Vas a pasar el fin de semana en mi cama. Vas a correrte cada vez que yo quiera oír tu voz perderse en un gemido. Y vas a entender, poco a poco, lo que le pasa a un hombre como yo cuando encuentra a una mujer como tú.

—Alekos…

—Temblaste para mí, Thalia. Te abriste para mí. Me dejaste entrar en un lugar donde nunca nadie entró. Y ahora, ¿crees que yo podría simplemente volver a tratarte como qué? ¿Una empleada?

Sus palabras me atraviesan como fiebre. Me aprieta aún más contra su cuerpo; la mano sube a mi rodilla y aprieta. Luego sube por el muslo bajo la camisa, provocándome la piel aún caliente, marcada.

—No sabes qué hacer ahora… —murmura—. Entonces te lo voy a enseñar. Cada paso. Cada posición. Cada límite.

Sus ojos bajan a mi boca.

—Te voy a enseñar todo. Y luego voy a enseñarlo otra vez. Hasta que cada parte de ti me reconozca antes incluso de verme. Hasta que te sientas vacía si no estoy dentro de ti.

Suelto el aire. Y él lo nota. Claro que lo nota.

—¿Me quieres, Thalia?

Asiento, casi con un sollozo.

—Usa palabras. Quiero oírlas. Me las vas a dar todas.

—Te quiero —digo—. Todavía. Más.

Sonríe, pero no responde con palabras. Alekos entrelaza los dedos en mi pelo y toma mi boca sin ningún pudor.

Es húmedo.

Sus labios encuentran los míos con la precisión de quien ya conoce el camino, pero se empeña en recorrerlo como si fuera la primera vez. Su lengua entra sin pedir permiso, sin dudar, caliente, profunda, demasiado húmeda para ser civilizada.

Es crudo.

El beso no es dulce. Es denso. Feroz. Me besa como quien muerde, como quien devora. Chupa mi labio inferior. Presiona su lengua contra la mía. Roza los dientes con provocación. Sabe a café, a sudor, a una promesa antigua cumpliéndose ahora mismo.

Es posesivo.

Sus manos me agarran la cadera como si hubieran sido hechas para eso. Su cuerpo embiste contra el mío mientras una de sus manos, clavada en mi espalda, me empuja contra su pecho.

El beso ya no es solo un beso: es un empujón hacia algo más grande.

Cada movimiento de su boca dice: "mía".

Cada roce de su lengua: "aún más".

Alekos no me besa para seducir. Me besa para recordar: que ya entró, que ya dominó, que va a reclamar otra vez.

Cuando se aparta, tengo la boca hinchada, los ojos borrachos, las piernas listas para abrirse otra vez. Y él lo sabe.

Alekos se levanta de la cama conmigo aún en su regazo, lo justo para invertir nuestras posiciones. Apenas siento mi espalda contra el colchón cuando me gira con un gesto firme, sin prisa, como si abriera un libro por segunda vez, pero ahora dispuesto a escribir en los márgenes.

La mejilla se me hunde en la sábana aún tibia. La tela está fría, el aire acondicionado susurra por encima, y el contraste con la fiebre entre mis piernas me sacude.

Se arrodilla detrás de mí y siento sus ojos recorriendo cada centímetro de mi piel. Sé que mira. Sé que lo ve todo: mis muslos, mi espalda, el cuello expuesto.

Alekos pasa los dedos por el interior de mis muslos despacio, apenas rozando, y luego desliza hacia el centro y me separa con la yema. El toque es ligero, preciso.

—Ya estás tan mojada para mí —murmura, y su voz suena a pecado susurrado en un altar.

Baja el torso. Su mano presiona mi zona lumbar, manteniéndome curvada hacia él. Siento cómo cambia la temperatura del aire mientras oigo el roce de la tela seguido del sonido sordo de su pantalón cayendo al suelo.

Su dureza roza mi piel y el choque de calor me arranca un gemido.

—¿Sigues dolorida, *mikrí mou spinthíra*? —pregunta con la boca demasiado cerca de mi oído.

Asiento con un murmullo débil.

—Un poco.

Pasa la punta entre mis labios hinchados. Me abre despacio. No entra. Solo me prueba.

—Me dirás si duele, ¿entendido?

—Entendido…

Sonríe. Lo sé sin mirar. Su respiración roza mi hombro.

—Ayer fue tu primera vez —dice, bajo, con la voz hundida en algo más oscuro, más espeso, más suyo—. Y me encantó cada segundo. Cómo temblabas. La forma en que tu boca se abrió cuando entré. La expresión de tus ojos cuando te diste cuenta de que estabas demasiado llena…

—Alekos…

—Fuiste una joya rara, *mikrí mou spinthíra*, y te abrí centímetro a centímetro como si deshiciera un lazo de terciopelo.

Pausa. Su respiración se corta un segundo. Luego continúa:

—Pero no quiero solo una.

—¿Qué…?

—Quiero todas tus primeras veces. —me sujeta la cintura con más fuerza—. La primera vez que te corras a cuatro patas. La primera vez que grites mi nombre sin importarte quién lo oiga. La primera vez que me supliques que no pare, aunque ya no aguantes.

—Alekos…

—Ya tuve tu primera vez con calma, *mikrí mou spinthíra*. Ahora… —pega su sexo a mi entrada, roza solo la punta—. Ahora tendré tu primera vez con fuerza. —entra un poco, se detiene—. Tu primera vez siendo follada con hambre. —otro avance, un chasquido húmedo de piel contra piel—. Y tu primera vez… adorando cada segundo de mi descontrol.

Me sujeta las caderas con las dos manos. Fuertes. Firmes. Decididas. El mundo podría estar derrumbándose ahí fuera, pero ahora solo importa esto: él. dentro. de mí. otra vez.

Alekos empuja un poco más y mi cuerpo grita. No de dolor, sino de expansión. Me abre. Me estira. Me posee.

—Tan estrecha… —murmura, y la voz es solo aire, solo hambre—. Me abrazas como si no quisieras dejarme salir nunca más.

Empieza a moverse. Al principio lento, solo para que sienta cada centímetro. La cara se me hunde en el colchón y mis manos estrujan la sábana. Me falla la respiración.

—Alekos…

—Shhh… —dice, rozando mis caderas contra mi cuerpo—. Escucha esto.

Y obedezco.

El sonido de nuestros cuerpos encontrándose es húmedo, sucio… maravilloso. Piel contra piel. Deseo contra deseo.

Gimo y él sonríe. Lo sé. Lo siento. Su mano sube por mi espalda, bordea mi columna y baja hasta el punto entre mis muslos.

—Tan mojada —repite—. ¿Cómo puede alguien tan inocente gemir como una puta hecha para esto?

El rubor me estalla en la cara. La palabra debería doler. Pero no. Porque el tono… es adoración.

Me mete más hondo. Más fuerte. La cama cruje y mi cuerpo se arquea.

—¿Vas a dejarme romperte esa santidad, Thalia?

—Sí…

—¿Vas a dejarme follarte cada parte hasta que el cielo olvide de dónde vienes?

—Sí… sí, Alekos…

Acelera y ahora es puro descontrol. Sus caderas golpean con fuerza, el colchón cede, el sudor baja por mi espalda. Alekos se

inclina, me cubre con el pecho. Una mano me sujeta la muñeca. La otra me agarra por la cadera.

—Eres mía, *mikrí mou spinthíra* —gruñe junto a mi oído—. Y aún voy a enseñarte a gritarlo.

Su sexo entra más profundo, me rompe en gemidos, me deja al filo entre el éxtasis y la implosión.

Me corro.

Con un grito ahogado en la almohada, con las piernas temblando, con el cuerpo arqueándose como si me arrancaran de mí misma, pero Alekos no se detiene. Me sostiene. Aprieta.

—Eso… —gruñe—. Apriétame así otra vez. Eso…

Y yo aprieto.

El segundo orgasmo llega más rápido. Y cuando el suyo explota a la vez, dentro, demasiado caliente, demasiado profundo, me desplomo. Alekos se inclina sobre mí, no sale, no suelta. La boca pegada a mi hombro, la respiración rota, los dientes raspando mi piel.

—Vas a matarme —dice, jadeando—. Y voy a darte las gracias.

37.

ALEKOS THEODORAKIS

Duerme como si su propio cuerpo la hubiera vencido.

Y quizá así haya sido.

Una parte de mí sabe que debería haber ido más despacio. Que debería haberle dado más tiempo.

Pero la otra parte —la que tomó el control de mis acciones en el instante en que me encontré con Thalia en la puerta del gimnasio, ayer— está completamente fuera de control, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Su respiración es tranquila, aunque irregular. El cabello se le pega a la frente, los muslos siguen húmedos, hay marcas de mis dedos en su cintura y arañazos leves en la espalda.

Sus pechos aún están enrojecidos por los besos que les di, las piernas enredadas con las mías, y lo más enloquecedor es que, por mucho que adore la visión… no me basta. Todavía no.

Porque incluso después de follarme a Thalia durante una noche y un día enteros, ella duerme, pero yo estoy aquí, despierto.

Con la polla dura otra vez.

No hace ni media hora que me corrí dentro de ella por quinta vez hoy. No hace ni una hora que la giré boca abajo y la sujeté por las caderas mientras gritaba mi nombre como si fuera el único verbo que supiera conjugar.

Y aun así… sigo queriendo… más.

No solo su cuerpo. Quiero el sonido que hace cuando se arquea. El temblor que le recorre las piernas cuando muerdo. La forma en que dice «Dios mío» como si estuviera rezando… o pecando.

Thalia se mueve. Se le escapa un gemido somnoliento. Las pestañas le tiemblan. Está despertando.

Mi mano sube despacio por su muslo. Rozo con la yema de los dedos el interior caliente, aún sensible, y veo cómo abre los ojos lentamente.

—¿Alekos…?

—Shhh —murmuro, deslizando los dedos entre los labios hinchados de su coño. Suspira—. No hables. Siente.

Se estira con pereza, pero su cuerpo obedece antes de que la mente entienda. La pierna se dobla, se abre. No está descansada. Está marcada. Ablandada. Reprogramada. Y aun así… me desea.

Debería ser la voz de la razón. Debería dejarla tranquila. Dejar que su cuerpo se acostumbre a que se ha convertido en mi nuevo vicio. A que darle la vuelta es mi actividad favorita en el mundo entero.

Pero en lugar de eso, bajo el cuerpo hasta la altura de sus caderas y le abro más las piernas con las manos.

Mi lengua toca donde estaban mis dedos y ella se estremece.

—Todavía tienes mi sabor —murmuro contra su piel mojada—. Y sigo hambriento de ti.

Gime despacio. Débil. Pero gime.

Beso el interior de su muslo. Luego el pliegue de la rodilla. Luego vuelvo a subir. Mi boca vuelve a lamer entre sus labios calientes como si estuviera bendiciendo el altar que consagré esta mañana.

Se retuerce, se abre más, y yo sonrío.

Subo sobre su cuerpo de un solo movimiento. Me coloco entre sus muslos, le sujeto el rostro con una mano y la miro como si fuera lo único que me importa en el mundo.

—No me sacias, Thalia.

—Ah…

—Me intoxicas.

—Yo…

—Me incendias.

—Alekos…

—Y ahora vas a arder conmigo hasta el final.

Vuelvo a entrar en ella. Despacio. Pero no con dulzura. Profundo.

Y ella gime con el alma.

***

El agua le cubre el cuerpo hasta la mitad. Thalia está de espaldas a mí, encajada entre mis piernas, la cabeza apoyada en mi hombro.

El cabello está medio mojado, medio pegado a la piel. El cuello… expuesto. Mis marcas siguen ahí. Los arañazos. Las mordeduras. Las huellas de mis dedos. Más visibles, más numerosas. Y aún insuficientes.

Respira despacio, pero no duerme.

—¿Cuál ha sido la peor enfermedad que has tenido? —pregunta de repente, con la voz ronca de quien ha pasado la noche entera gimiendo.

Suelto una risa corta.

—¿Hay algún motivo para esa pregunta o es tan aleatoria como parece?

Thalia se encoge de hombros y el movimiento hace que su espalda se frote contra mí. Mis dedos, sumergidos bajo el agua, le aprietan el muslo con más firmeza.

Ella ríe libremente y gira solo el rostro hacia mí. La sonrisa que se le dibuja es jodidamente preciosa.

—Tan aleatoria como parece. Solo estaba pensando.

—Si tu mente aún tiene fuerzas para divagar sobre enfermedades, es que no he hecho bien mi trabajo.

Ríe más.

—Lo has hecho tan bien que me obligo a pensar en enfermedades para no suplicarte que vuelvas a trabajar.

La sonrisa que se me dibuja es feroz.

—Me gusta verte suplicar —murmuro, subiendo la mano hasta su abdomen. Thalia se retuerce, frotándose contra mí.

—¡Enfermedad, Alekos! —dice, abriendo los ojos de golpe y haciéndome reír más—. ¿Cuál ha sido la más grave que has tenido?

—Sarampión —respondo, y su boca se abre formando una O perfecta.

—¿De niño?

—No. Ya de adulto —hago una mueca—. Los niños tenían tres años entonces. Descubrí de la peor manera que mi historial de vacunación tenía un vacío.

—Ay, Dios mío… —se gira un poco más, apoyando ahora el codo en el borde de la bañera para mirarme—. ¿Y fue grave?

—Un infierno. Fiebre alta, dolores brutales, manchas por todo el cuerpo. Pensé que iba a morir.

—Lo siento mucho —dice, sincera.

Me encojo de hombros y le acaricio el pelo.

—Ya pasó. ¿Y tú? ¿Cuál ha sido la peor enfermedad que has tenido?

Frunce el ceño, pero no insiste. Veo en sus ojos el instante exacto en que decide dejar de hablar de mí y responder a la pregunta.

Sus dedos se deslizan por mi pierna, despacio, como si supieran que el tema pesa.

—¿Garganta inflamada? —pregunta casi como pidiendo perdón, y los dos reímos, pero no tarda en cambiar el ambiente.

Quizá sean nuestros cuerpos desnudos. O el hecho de que estemos respirando el aliento del otro. O tal vez nuestras mentes hayan decidido que ya nos han dado una pausa demasiado larga del hambre insaciable que se instaló en nosotros desde el primer roce.

Thalia se gira por completo, ahora de frente a mí, el cuerpo aún pegado, pero con una postura más atenta. Una de sus manos se desliza hasta mi rostro, el toque ligero, casi reverente. La atraigo hacia mí. Su boca encaja en la mía como si fuera el único tratamiento que conoce el mundo.

Deslizo la mano por la curva de su vientre, trazando círculos lentos en la base del ombligo.

—Esto es un baño, ¿no?

—Claro —respondo—. Dije que iba a cuidarte.

—¿Cuidarme, o…? —se detiene a mitad de la frase, y siento la contracción en los músculos de su abdomen.

Mi mano baja, se desliza.

—¿O…?

—O dejarme adicta —susurra, casi riendo.

Sonrío contra su cuello. Muerdo suave.

—Esto no es una adicción, mikrí mou spinthíra.

—¿No?

—Es abstinencia aplazada.

Se arquea ligeramente cuando mis dedos alcanzan el centro de mi hambre. Está hinchada. Blanda. Abierta.

—Alekos… no —dice, pero no cierra las piernas.

—¿Por qué?

—Yo no… —me sujeta la muñeca. Pero no empuja. Solo sujeta—. Estoy… aún sensible.

—Entonces sentirás más.

Deslizo el dedo con cuidado. Suelta un aire tembloroso.

—Si duele, avísame.

—Vale…

Pero no duele.

Se gira hacia delante otra vez y se desliza en el agua como si mi toque fuera aceite caliente.

Le separo las piernas con las rodillas. Me encajo detrás.

Mi otra mano sube hasta sus pechos, sumergidos, y aprieto despacio.

—¿Quieres parar?

Niega con la cabeza.

—No…

—Genial. Yo tampoco.

Beso su nuca.

—Siéntate en mí, Thalia.

—Alekos…

—Despacio. Yo te sujeto.

Guiada por mis manos, se coloca. La respiración contenida, el cuerpo entero tenso.

—Confía —murmuro—. Ya me conoces por dentro. Ahora vas a tragarme sentada, con el agua caliente, el mundo en silencio, y mi nombre listo para salir de tu garganta otra vez.

Gime y desciende.

Mi glande desaparece dentro de ella con un gemido más alto de lo que el agua puede ocultar.

—Alekos… —murmura, encajándome entero, envolviéndome.

Su cuerpo cede. La cabeza cae hacia atrás sobre mi hombro, y empezamos a movernos. Lento. Sumergido. Como si el placer ya no necesitara prisa… solo permanencia.

Gime de nuevo cuando siente todo mi tamaño hundirse dentro. Despacio, húmedo y caliente. El agua no amortigua el sonido, lo amplifica.

El chasquido de nuestro encaje. El sonido de la piel encontrando piel bajo el vapor. La respiración atrapada en su garganta… y el grito que no tiene a dónde huir.

Le sujeto las caderas con más firmeza y la ayudo a moverse.

Arriba y abajo, deslizándose. Su interior se ajusta a mi ritmo como si hubiera nacido para ello. Y quizá así sea.

—Esto… —suspira—. Es demasiado…

—¿Demasiado qué?

—Demasiado todo.

Mi mano sube por su torso, acariciándole los pechos de abajo arriba. El pulgar presiona el pezón que se endurece bajo el agua.

—¿Te gusta así?

—Me gusta…

—Entonces muévete, cariño. Muévete bien.

Sube. Baja. Me engulle entero otra vez.

—Así… —gimo contra su oreja—. Apriétame así. Atrápame en ti.

Su espalda se apoya en mi pecho y la cabeza se hunde aún más en mi hombro. Pero la cadera… la cadera se mueve como si tuviera vida propia.

Thalia se mueve y gime. Se mueve otra vez. Más rápido, más profundo.

—Buena chica… —susurro—. Tan buena para mí, ¿verdad?

—Sí… solo… para ti.

Ese sonido. Esa frase. Esa entrega.

El agua se desborda por los bordes. La bañera parece demasiado pequeña para lo que estamos haciendo. Mi mano baja hasta su clítoris y presiona. Círculos lentos, acompasados con cada embestida dentro de ella. Pierde el ritmo. Las piernas le tiemblan.

—¿Vas a correrte, mikrí mou spinthíra?

—Voy…

—Entonces córrete. Enséñame cuánto es mío este coño.

Gime más alto, la cabeza cae hacia atrás, y el orgasmo llega en oleadas, en sollozos, en fiebre líquida. El cuerpo de Thalia se aprieta a mi alrededor con tanta fuerza que tengo que clavarle los dedos en la cintura para no explotar antes de tiempo, pero no resisto.

Dos, tres movimientos.

Me hundo con un gruñido bajo y dejo que el placer estalle dentro. Profundo. Entero. Caliente. Suspira como si la estuvieran llenando por última vez y, por un instante… el tiempo se detiene.

No somos piel.

No somos nombre.

Somos fiebre.

Cuando se desploma sobre mí, con los labios entreabiertos y la piel cubierta de vapor, sé con absoluta certeza que no, que esto aún no basta. Y no tengo ni idea de cuántas veces más tendré que hundirme dentro de ella hasta que lo sea.

38.

ALEKOS THEODORAKIS

Thalia está acurrucada a mi lado, con la cabeza apoyada en mi pecho y una pierna sobre la mía. Mi brazo la rodea como una protección involuntaria.

Las luces del dormitorio están apagadas, pero hay una lámpara encendida en el pasillo y la luz tenue se cuela por las rendijas de la puerta. Permanecemos en silencio durante unos minutos. El tipo de silencio que no incomoda. Que llena. Que se pega.

—Estás respirando como si me estuvieras contando un secreto —dice ella, en voz baja.

—Tal vez lo esté —murmuro, deslizando los dedos despacio por su espalda—. Pero si no me estuvieras usando de almohada, no te molestaría.

—Una almohada arrogante.

—Una almohada que te folló durante treinta y seis horas seguidas. Un poco de respeto no vendría mal.

Se ríe. El sonido es ligero. Casi doméstico. Y, por algún motivo, eso me quema más que cualquier gemido.

—Alekos…

—¿Hm?

—¿Crees que todo esto… es normal?

Mi dedo se desliza hasta la curva de su cintura.

—No soy un buen parámetro de normalidad, *mikrí mou spinthíra*.

Se queda en silencio. Pero su cuerpo se acomoda mejor contra el mío, como si eso fuera suficiente. Un segundo después, su estómago ruge.

—¿Eso ha sido una amenaza? —bromeo.

Ella hunde el rostro en mi pecho.

—Eso ha sido mi cuerpo gritando por comida.

—Entonces levántate.

—¿Qué?

—Voy a darle lo que quiere.

—¿Sexo o comida?

—Comida, luego sexo. Tal vez te coma sobre la encimera de la cocina, cariño —sugiero en tono de amenaza, y los ojos de Thalia brillan, aunque sus mejillas se calientan—. ¿Eso te excita, mi pequeña chispa?

Me lanza una de sus miradas inocentes y luego asiente.

—Palabras, Thalia. Usa las palabras.

—Me excita.

—Entonces tenemos un trato. Primero te voy a alimentar y después haré de tu coño mi banquete particular.

—¡Mi Jesús misericordioso! —murmura, enterrando el rostro en mi pecho entre risitas.

Deliciosa. Ella es completamente deliciosa. El cuerpo, el sabor, la personalidad. Todo.

Me levanto cuando ella se aparta y le tiendo la mano, que Thalia acepta de inmediato. No dejo que busque su propia ropa. En su lugar, le ofrezco la camiseta limpia que dejé al borde de la cama exactamente para este propósito después de nuestro baño.

Se pone mi camiseta sin molestarse en ponerse las braguitas. Buena chica. Excelente chica. Mi camiseta le queda enorme. El tejido le cubre hasta la mitad del muslo. Thalia se recoge el pelo en un gesto desordenado y no puedo resistir el impulso de cruzarme de brazos para observarla mientras me pongo mis bermudas.

Los pies descalzos, la piel sonrojada, el brillo de quien ha sido bien follada en los ojos… Aparta la mirada y me imagino que mis pensamientos están escritos en mi cara. La lengua rosada humedece los labios despacio antes de que los muerda con los dientes.

—No hagas eso —le digo, y Thalia vuelve a mirarme.

—¿Eso qué?

—Respirar como si quisieras que invirtiera el orden de la promesa y te comiera primero para luego darte de comer.

El ritmo de su pecho se acelera.

—¿Ahora lees mi respiración? —protesta, pero es débil, y yo sonrío.

Acorto la distancia entre nosotros.

—La leo —aseguro, rodeándole la cintura—. Te lo dije, *mikrí mou spinthíra*, voy a convertirme en un especialista en ti. Memorizar cada reacción tuya, cada gemido, cada curva —subo una mano hasta su mejilla y deslizo el pulgar por su piel caliente—. Voy a saber a qué sabe tu sudor, Thalia, y me voy a ahogar en cada recuerdo que tenga de él.

—¿Cómo voy a preferir comida a eso? —pregunta, y no hay ni una gota de provocación en su tono, solo la honestidad más pura que he encontrado en nadie antes que en ella.

Pero, como protestando, su estómago ruge de nuevo y yo me río. Rozo nuestros labios y luego muerdo el suyo.

—Puedo ser rápido en la cocina —prometo—. Pero si no le damos algo más significativo que sándwiches a tu estómago, temo que se rebele.

Es su turno de reír.

—¿Lo prometes? —pregunta, y alzo las cejas.

—Ser rápido —me corrige—. En la cocina… quiero decir, en cocinar. Solo en cocinar.

Mi sonrisa se vuelve feroz.

—Lo prometo, cariño. Todo lo demás que voy a hacerte encima de la mesa, prometo hacerlo muy despacio.

***

—Nunca te imaginé cortando tomates —comenta Thalia, con los codos apoyados en la encimera.

—Eh… no suelo hacerlo con frecuencia.

—Pero sabes hacerlo.

—Sé hacerlo.

—¿Dónde aprendiste?

Me encojo de hombros, aún concentrado en el filo del cuchillo.

—Solo. Viajando. En habitaciones de hotel, en apartamentos vacíos, en cocinas alquiladas que no tenían nada más que cuchillos nunca usados y sartenes relucientes. Me parecía ofensivo que todo aquello fuera solo… decoración para quien pasara por allí.

Me observa. Demasiado atenta.

—Pero no para ti.

—Al principio sí. Para mí también. Pero luego no. Descubrí que cocinar me distrae, y pocas cosas pueden presumir de eso.

Thalia ríe. No dice nada. Pero sé que lo ha entendido.

—¿Y ahora? —pregunta, acercando el parmesano junto a un plato y el rallador—. ¿Sigues cocinando cuando viajas?

—Rara vez viajo si no es por trabajo. Y los viajes de trabajo suelen venir acompañados de comidas estropeadas por reuniones de negocios.

—¿Y lo echas de menos?

—¿Viajar por placer?

—Hacer cualquier cosa que no sea solo trabajo.

Dejo de mover la mano y ladeo la cabeza para mirarla. No lo echaba de menos. Pero Dios sabe lo cerca que estuve de la locura en los días que precedieron a este fin de semana. Supongo que follarme a Thalia puede considerarse una actividad que no es solo trabajo.

—Creo que… a veces —respondo cuando ella empieza a rallar el queso.

—A los niños les encantaría eso.

—¿Eso?

—Verte cocinar.

Sonrío de lado.

—No sé si tendría credibilidad. Me ven como el villano de una película cara.

—No te ven así —me corrige—. Te veían como una figura distante, sí. Pero esa figura seguía siendo su padre. Y cuanto más te acercas, más cerca te ven.

No respondo esta vez, así que ella continúa:

—Andreas sería el más sorprendido. Cree que duermes con traje y corbata.

—¿Y no lo hago? —provoco.

Thalia ríe. El sonido es sincero.

—Y Lysander… pensaría que solo prepararías cosas verdes. Y eso sería, obviamente, motivo de protesta. Se comió nueve de las galletas que hice la semana pasada.

—¿Nueve?

—Y fingió que era por la investigación. Porque quería "entender cuáles eran todos los ingredientes solo comiendo".

Me río y la sonrisa de Thalia se ensancha.

—Deberías reír más. El sonido es bonito.

—¿No te di suficiente placer este fin de semana, *mikrí mou spinthíra*?

Pone los ojos en blanco.

—No de ese tipo —responde, a pesar del rubor en sus mejillas y su escote.

¿Por qué me gusta tanto verla sonrojarse al pensar o hablar de sexo? ¿Por qué me gusta tanto esto? ¿Estar aquí con ella, cocinando? ¿Conversando?

Recojo el queso que ha terminado de rallar y preparo la mezcla de yemas y queso. Luego vuelvo a la sartén. La panceta ya está dorándose, el aroma empieza a subir, y Thalia parece distraerse siguiendo el movimiento de la cuchara de madera con la que remuevo la sartén.

—¿Y tú? —pregunto, sin mirarla.

—¿Yo qué?

—¿Te gusta cocinar?

—Me gusta. Mucho, en realidad.

—Aprendiste en el convento, imagino.

—Ajá —responde, encogiéndose de hombros—. Allí todo se reparte. Todo el mundo acaba aprendiendo a hacer un poco de todo: cocinar, limpiar, lavar, coser… Cada una tiene sus días y sus tareas. Antes de empezar a estudiar para enseñar, siempre pedía la cocina. A veces, solo por tener el olor de la masa en el aire. Era… reconfortante.

—¿Y tienes algún plato favorito para hacer?

Piensa un segundo.

—Bizcocho de naranja. De esos con almíbar caliente por encima, ¿sabes? Me gusta verlo crecer en el horno. El olor que invade toda la

cocina. Y pincharlo con el tenedor antes de echar el almíbar. Me siento poderosa en ese momento.

—¿Poderosa? —pregunto con una risa, y Thalia me sonríe de inmediato. No dice nada, pero me mira como si estuviera haciendo un recuento mental de todas las veces que me hace reír.

—Ajá. Como si eso fuera mío. Como si hubiera hecho algo que de verdad sirve para alguien, ¿sabes?

No respondo de inmediato. Porque sí, lo sé.

Más de lo que me gustaría.

Ella continúa:

—Creo que por eso me gusta tanto ver a los niños comiendo lo que preparo. Ni siquiera consigo regañarlos cuando los veo escondiendo migas en los bolsillos para comer luego, aun sabiendo que pueden pedir más. Como si quisieran guardar…

—¿Guardar qué?

Me mira.

—La sensación.

Guardo esa respuesta. En algún lugar. Porque pesa. Y ella ni se ha dado cuenta.

—¿Entonces cocinas con frecuencia aquí? —pregunto, sorprendido por el descubrimiento.

Admito que, en las últimas semanas, me he vuelto mucho más atento a la rutina de Thalia en mi casa de lo que sería considerado adecuado para un jefe y su empleada, pero no me había dado cuenta de esta "tarea" suya, en concreto.

—No oficialmente —dice, volviendo a mover el queso—. Pero de vez en cuando, sí. Los días en que Lysander y Andreas se levantan de mal humor o demasiado agitados. Meter las manos en la masa ayuda. Literalmente.

—¿Y a ti también te hace bien?

—Mucho.

—Eres buena con los niños —pienso en voz alta, girando el espagueti con un tenedor grande después de haberlo echado al agua, cuando por fin empieza a ablandarse.

—Lo soy. Siempre lo he sido. Siempre he sido mejor con ellos que con los adultos, creo. Los niños sienten cuando alguien está ahí de verdad, ¿sabes?

Asiento.

—¿Alguna vez has pensado en tener hijos?

La pregunta se me escapa. Sin cálculo. Pero no suena pesada.

Ella parpadea, sorprendida, y luego se ríe.

—Planeaba hacer los votos, ¿lo has olvidado?

—¿Y ya no lo planeas?

Otra pregunta que se me escapa sin cálculo, pero si la anterior llegó con ligereza, esta cae entre nosotros como un yunque. Thalia abre y cierra la boca varias veces antes de que yo interrumpa su tormento.

—No tienes que responderme a eso, Thalia. No es asunto mío.

Me vuelve a mirar después de haber desviado los ojos unos segundos.

—Es que yo… no lo sé —admite—. Yo… —empieza, pero vuelve a apartar la mirada y se interrumpe—. ¿Sabes qué? No quieres saber mis dramas —afirma, soltando una risita nerviosa, y yo entrecierro los ojos, deteniendo el movimiento del tenedor en la sartén, porque, en realidad, sí quiero.

Quiero saberlo todo sobre ella, me doy cuenta. Todo lo que quiera contarme. Quizá incluso lo que no quiera.

—Quiero —repito en voz alta mis pensamientos—. Si tú quieres hablar de ellos, claro.

Thalia muerde su labio inferior, pensativa. Luego niega con la cabeza, muy despacio.

—Aún no he aprendido a hablar de las cosas que no entiendo. Ni siquiera cuando son sobre mí. Solo sé tener ese tipo de conversación con Dios.

Suelto una risa breve.

—Eres joven, Thalia. Tienes tiempo. Para todo.

—Todo es mucha cosa —responde, bajando la cabeza, pero el rincón de sus labios se eleva aún más sutilmente que el leve movimiento con el que negó hace unos segundos.

Entrecierro los ojos otra vez. Tiene razón. Todo es mucha cosa. Pero ¿por qué siento crecer dentro de mí este deseo de que ella lo tenga todo? ¿De que pueda todo? ¿De hacer cualquier cosa para que experimente todo lo mejor que el mundo puede ofrecerle?

Como respuesta, me limito a encogerme de hombros. Apago el fuego cuando la pasta está lista y añado la mezcla de huevos y queso. En silencio, Thalia observa cada uno de mis gestos, sus ojos recorriendo mis brazos, deteniéndose en algunos puntos como si estuviera hipnotizada.

—Cuidado con esa mirada, *mikrí mou spinthíra*. Así es como las chispas se convierten en incendios —la advierto, y ella sonríe, sonrojándose y mordiéndose el labio—. ¿Pones la mesa, por favor? —le pido, porque necesito que se aparte de delante de mí o voy a estropear la jodida comida.

Su mirada, su deseo, tienen un efecto sobre mí que nadie más ha tenido jamás.

—Claro.

Thalia se levanta deprisa, camina hasta el armario, saca dos platos hondos y dos vasos, luego una fuente de cerámica, sabiendo exactamente dónde está cada cosa, aunque su trabajo en esta casa no tenga nada que ver con la cocina.

Empiezo a sospechar que ese "de vez en cuando" significa una frecuencia mucho mayor de lo que imaginaba.

—¿Necesitas algo más? —pregunta después de coger también los cubiertos.

—No, pero solo vamos a necesitar un vaso.

Frunce el ceño.

—¿Solo uno?

—Ajá. Y guarda uno de los platos.

—Pero…

—Confía en mí, *spinthíra*.

Duda medio segundo, pero obedece, poniendo la mesa para dos como estaba previsto, aunque dejando solo una copa, un plato y dos juegos de cubiertos.

Sirvo toda la pasta en el único plato, espolvoreo parmesano rallado por encima y lo llevo a la mesa.

—¿No tienes hambre? —pregunta Thalia cuando dejo el plato sobre la mesa, y yo sonrío de lado al mirarla.

—Hambriento, cariño.

Pone los ojos en blanco, pero ya se está sonrojando.

—De comida.

Mi sonrisa se ensancha.

—También. —Arrastro la silla, me siento y, en lugar de dejar que ocupe la otra, le tiendo la mano—. Ven aquí.

Thalia abre un poco los ojos.

—¿Qué?

—Siéntate aquí —digo, dando dos palmadas en mi muslo.

—¿En tu regazo?

Asiento.

—¿Pero por qué?

—Porque quiero. Y tú también —añado, alzando una ceja.

Duda. Mira la silla vacía, se muerde el labio, y luego vuelve a mirarme. Inclino la cabeza. ¿No tiene ni idea de lo sexy que es?

—¿Quieres que coma sentada en tu regazo?

—Dije que iba a alimentarte, ¿no?

Ríe. Una mezcla de risa y nerviosismo. Pero se acerca.

—Esto no es práctico.

—No todo tiene que serlo.

—¿No estábamos hablando de funcionalidad hace un momento?

—Cambio de idea con frecuencia.

Se detiene a mi lado y deslizo la mano hasta su cintura, atrayéndola con calma. La acomodo en mi regazo, con las piernas cruzadas sobre las mías. Su muslo queda pegado a mi cadera.

El perfume de su pelo, el olor de mi champú, me invade.

—¿Ves? Mejor vista de la mesa.

—Y peor postura para digerir.

—Digerirás. Confía en mí.

No responde, pero sonríe. Me observa coger el tenedor, enrollar la pasta con cuidado y llevarla a su boca.

Abre los labios, cierra los ojos y mastica despacio.

—Mmm.

—¿Aprobado?

—Mmm. No sé. Necesito más pruebas.

—Exigente. Me gusta eso.

La alimento una vez más. Luego ella coge el tenedor e insiste en darme el siguiente bocado. Y así seguimos, tenedor va, tenedor viene.

Palabras pequeñas entre bocados compartidos. Respiración ligera. Piel caliente. El tiempo pasando como si solo nosotros dos habitáramos el mundo entero.

Después de un sorbo de agua, cuando el silencio se instala como un puente… lo cruzo.

—Aún sobre funcionalidad… —empiezo, y ella me mira, curiosa, con una sonrisa divertida, como si esperara que dijera alguna gran tontería—. Eres realmente muy joven.

—¿Eso es una constatación o una advertencia?

—Una advertencia.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que viene ahora.

Ella se recoloca en mi regazo y su mirada divertida se vuelve de pronto atenta.

—Habla.

Apoyo la mano en su muslo, no con deseo, sino con presencia. La caricia del pulgar contra su piel desnuda es un ancla para ella y para mí.

—Ayer y hoy no usamos protección.

—Lo sé —dice, con un leve rubor, pero firme.

—Y dijiste que la menstruación había terminado.

—Sí. Ayer. Por la mañana.

—Eso es bueno. Pero no es infalible.

Aparta la mirada.

—Eso también lo sé.

Espero, no presiono. Tarda un poco, pero continúa:

—Yo nunca… nunca pensé mucho en estas cosas. No creía que… que fuera a pasar.

—¿Que ibas a acostarte con alguien?

Se ríe, nerviosa.

—Sí. Y menos con alguien… como tú.

—¿Como yo?

—Sí. Sin plan. Sin etiqueta. Sin un anillo en el dedo.

—¿Eso te incomoda?

—No más de lo que me asusta.

—¿Y ahora estás asustada?

Duda.

—Un poco. No por ti. Por todo lo que esto significa.

Asiento. Le doy tiempo. Dejo que su respiración se ordene.

—Pensé en sugerirte la píldora del día después —digo, en voz baja, observando su rostro—. Pero creí que eso… no te haría sentir cómoda.

Se muerde el labio.

—No me haría.

—¿Porque es pecado?

Asiente, a regañadientes.

—Crecí creyendo que… prevenir era negar la confianza en Dios. Que era falta de fe.

—Pero tampoco planeabas… esto.

—No.

—¿Y ahora?

Respira hondo. Sus ojos se pierden un instante en la luz suave de la cocina.

—Ahora sé que necesito pensar en mi cuerpo de otra manera.

—¿Y quieres?

Me mira.

—Quiero.

—¿Considerarías tomar anticonceptivos?

Podría haber sugerido un preservativo. Pero no quiero barreras entre nosotros. No con ella. No cuando todo en ella me quema como si fuera solo mía. Y si aún no sabe cuidar de su propio cuerpo, se lo enseñaré. Thalia es mía, y voy a mostrarle lo que significa protegerse. Así, cuando ya no sea…

Interrumpo el pensamiento cuando una oleada de furia irracional me atraviesa solo por imaginar que, en algún momento, esta mujer deje de pertenecerme. ¿Pero qué coño…?

Thalia no responde de inmediato, pero veo el conflicto. Veo también la decisión.

—Sí. Mientras… esto dure.

—¿Esto? —pregunto, y el rincón de mi boca se alza.

—Nosotros.

Guardo silencio, pero la atraigo aún más hacia mí. Bebo un beso en su sien. Luego, en su hombro. Ella parece relajarse.

—Mírate… Nunca habías pensado en tener sexo y ahora estás aquí, reduciéndome a algo casual —provoco, y sus ojos se abren de par en par.

—Yo no… no estoy…

Río y sus ojos se entrecierran.

—No tiene gracia —protesta al darse cuenta de que estaba bromeando.

—Tu inocencia es una delicia, cariño.

—Solo para ti —murmura, y beso la curva de su mentón.

—Exactamente —asiento—. Solo para mí.

Los ojos de Thalia brillan ante la declaración de posesión. Una de las muchas cosas que he aprendido de ella en las últimas horas es que le gusta eso. Le gusta mi posesividad. Le gusta que lo demuestre, que lo verbalice.

De pronto, parpadea y se aparta un poco.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Vas a acostarte con otras personas? —La pregunta sale pequeña. Casi tímida. Pero hay acero ahí—. Porque, si lo haces, yo…

Río. Breve. Un soplo que la interrumpe.

—*Mikrí mou spinthíra*…

—No te rías de mí —exige, frunciendo el ceño.

—No me río de ti. Me sorprendo y me río de mí mismo.

—¿Por qué?

—Porque, tal como estoy de obsesionado contigo… mi polla probablemente ni se levantaría por otra.

Thalia se sonroja y sonríe de un modo lento y profundo, que primero asciende a los ojos.

—Entonces eso significa…

—Significa que, mientras esto dure, tú eres mía.

—¿Y tú, mío?

—Ni hace falta que lo preguntes.

—Pero quiero oírte decirlo —susurra.

Alzo la mano y deslizo las yemas entre su pelo mientras mi pulgar roza su mejilla, arriba y abajo. Nos miramos en silencio; el aire entre nosotros vibra y se transforma con cada segundo que pasamos atrapados en los ojos del otro.

—Soy tuyo, *mikrí mou spinthíra*, todo y completamente tuyo.

39.

THALIA ESPERAKIS

El SUV de la casa aparece doblando la curva de la avenida principal, con el sol aún alto reflejándose en el capó. En la puerta de la mansión, con los brazos cruzados y el corazón… acelerado, espero a que por fin se detenga y que dos angelitos, probablemente fuera de sí, bajen de una vez.

No es nerviosismo. Es añoranza. Una añoranza que me apretó el pecho en varios momentos del fin de semana, pero que se volvió insoportable durante la mañana. Porque fue esta mañana —sola en una cama demasiado grande, en una habitación demasiado luminosa, con un silencio demasiado ruidoso— cuando sentí, por fin, el peso de la ausencia.

Y no solo la de ellos.

Me desperté aún de noche, con todo el cuerpo pegado al de Alekos. Mi espalda contra su pecho desnudo, una de sus piernas entre las mías, su mano pesada y caliente sobre mi vientre. Durante unos minutos no me moví.

Me quedé allí, sintiendo el calor de su contacto, escuchando el ritmo suave de su respiración contra mi nuca. Y mirando. Mirando aquel rostro masculino que, dormido, parecía menos invencible. Casi… vulnerable.

Memoricé cada línea con los ojos. La ceja marcada, la mandíbula fuerte, las pestañas oscuras descansando sobre la piel morena.

Por un segundo, me pregunté si aquel era realmente el mismo hombre que, cuando llegué a esta casa, ni siquiera me dirigió la palabra. El mismo que ahora dormía abrazado a mí como si nuestro cuerpo compartido fuera el único lugar posible en el mundo.

Y entonces me obligué a levantarme. Con cuidado. Con culpa. Con prisa.

Volví a mi habitación antes de que el sol apareciera por completo. Antes de que cualquier empleado regresara del día libre. Antes de que algún ruido del ala este delatara movimiento. Porque, si alguien me veía allí, en el corredor del ala oeste, ¿cómo lo explicaría?

No había coartada.

Dios mío. ¿Desde cuándo necesitaba coartadas? ¿Desde cuándo mi vida se había convertido en un enredo de reglas no dichas, de besos escondidos, de habitaciones vacías que guardan secretos demasiado calientes para la luz del día?

Y como si no bastara el nudo mental con el que pasé la mañana, estaba el hecho de que no lo había vuelto a ver, salvo por un cruce de miradas que no duró más de diez segundos.

Decidí no sentarme con mi jefe a la mesa del desayuno. No tenía sentido que yo estuviera allí si los niños aún no estaban en casa.

Sí, ya habíamos comido juntos, solo nosotros dos, antes. Pero saber que ahora teníamos algo que esconder me hacía sentir que quedarnos a solas era dar margen a sospechas indebidas.

Ni siquiera entendía bien por qué eran indebidas, pero no conseguía evitar la sensación de que lo eran. Y cuando nos cruzamos en el pasillo principal, él ya saliendo de la casa y yo apenas moviéndome por ella, la mirada de Alekos parecía… extraña. ¿Dolida? ¿Molesta?

Fue rápida, firme, cargada de algo que no supe descifrar. Alekos me miró como quien quiere decirlo todo, pero pasa de largo. Como si estuviera… ¿decepcionado? ¿Pero de qué?

¿De mí? ¿Por qué?

Odiaba esas dudas girando en mi cabeza y había pasado las últimas horas prácticamente contando los segundos hasta el momento en que podría librarme de todas ellas, aunque no tuviera la menor idea de cuándo ocurriría eso.

No sabía la agenda de Alekos. ¿A qué hora volvería a casa? ¿Volvería siquiera hoy? Esperaba que sí. Los niños estarían ansiosos por verlo después de días fuera.

Exhalo con fuerza, intentando vaciar la mente cuando el coche por fin se detiene y la puerta se abre.

Antes incluso de que el chófer consiga girar del todo el cuerpo hacia atrás, Andreas ya está saltando fuera con la mochila colgada de un solo hombro y una pulsera de tela de colores en la muñeca.

—¡THALIAAAA! —grita.

Justo detrás aparece Lysander, cargando una mochila casi de su tamaño y una caja de madera que, al parecer, no piensa soltar pronto.

—¡Hice arborismo! ¡DOS VECES! —grita Lysander, incluso antes de acercarse.

—¡Y canté! ¡En el escenario! ¡Solo! ¡La profe dijo que tengo VOZ DE ARTISTA! —berrea Andreas.

—¡Y comí malvaviscos con arena! —añade Lysander, como si fuera lo más impresionante del mundo.

—¡Te hice una pulsera! —grita Andreas, corriendo hacia mí.

No tengo tiempo ni de abrir los brazos por completo. Los dos se lanzan contra mí: uno agarrado a mi cintura, el otro colgado de mi cuello. Cierro los ojos y río. De alivio. De alegría. De amor.

Hablan al mismo tiempo, atropellan palabras, tropiezan con frases, pero no paran. Intento seguirlos, pero no puedo. No me dejan. Es como intentar beber agua de dos grifos abiertos.

—¡Calma! ¡Uno cada vez! —pido, riendo, mientras paso la mano por el pelo revuelto de Andreas y sujeto el codo de Lysander, que casi deja caer la caja de madera.

—Dormí en la tienda con Vicente, pero se tiraba muchos pedos y tuve que cambiarme —cuenta Andreas, muy serio.

—¡Tuvimos que aprender a hacer nudos! ¡Aprendí TRES! —dice Lysander, gesticulando.

—La comida era un poco mala —confiesa Andreas, en el tono más dramático posible.

—¡Pero sobrevivimos! —concluye Lysander, levantando la caja misteriosa como un trofeo de guerra.

—¡Os he echado muchísimo de menos! —digo, por fin, atrayéndolos a un abrazo apretado.

Se ablandan. Los dos. Como si solo estuvieran esperando eso.

—Nosotros también —murmura Lysander, ahora más bajito.

—Mucho —completa Andreas.

La caja, la pulsera, la mochila torcida… todo queda a un lado por un instante. Somos solo nosotros tres. Corazón contra corazón.

—Vamos a darnos una ducha, a cambiarnos de ropa y luego quiero oírlo todo otra vez, con calma. ¿De acuerdo?

Asienten y los guío por el pasillo con una mano en cada hombro.

Pero mientras subo las escaleras, mientras separo toallas, mientras ellos hablan sin parar sobre linternas, hormigas y alguna "danza rara que la profe hizo para despertarnos", los recuerdos vuelven.

La boca de Alekos. La forma en que sujetó mi cadera. Los gemidos que escaparon antes de que pudiera contenerlos. Las palabras roncas, las órdenes bajas, la reverencia.

Me sorprendo sonriendo en mitad del pasillo con unos calzoncillos de Andreas en la mano y una camiseta mojada de Lysander colgada del brazo. Y cuando me doy cuenta, estoy parada. Con las piernas flojas.

Respiro hondo. Enderezo los hombros. Y vuelvo a ser la niñera. Al menos, hasta el próximo recuerdo.

***

Las luces de la habitación están apagadas, pero mi corazón late como si todo el techo estuviera iluminado.

Andreas refunfuña a mi lado, dándose la vuelta boca abajo, y estiro el brazo despacio para acomodarle la manta. Lysander está tumbado boca arriba, con los brazos abiertos y una de las piernas enredada en mi cadera.

No consigo moverme. No porque no quiera. La verdad es que creo que no podría, aunque quisiera.

La tarde pasó como un borrón de risas, maletas abiertas, calcetines perdidos, recuerdos del campamento contados a trompicones, dulces improvisados y dos duchas que parecieron más bien pruebas de resistencia. No dejaron de hablar ni un minuto… y yo no conseguí dejar de sonreír.

Me rodearon con los brazos, con las piernas, con la voz, con la añoranza. Y yo… no fui mucho mejor.

La pierna de Lysander se desliza por mi vientre y casi me golpea la barbilla.

Río bajito y vuelvo la mirada al reloj de la pared. Después de mirarlo al menos sesenta veces en los últimos sesenta minutos, la aguja por fin llega al número que hace que el estómago se me desplome. Hora de cenar.

Suspiro.

Por segunda vez hoy, tengo que escabullirme de un enredo de brazos y piernas —esta vez, mucho más pequeños— e intentar actuar como si todo fuera absolutamente normal.

Con mucho cuidado, deslizo el cuerpo hacia un lado, procurando no despertar a nadie. Andreas vuelve a refunfuñar. Me detengo unos segundos, el corazón acelerado. Pero se acomoda y vuelve a respirar hondo.

Me levanto despacio y me giro solo para sentir que el corazón se me detiene.

Alekos está de pie en la puerta.

¿Cuándo llegó?

Su mirada está en mí. Solo en mí. No en los niños. En nada más. En mí.

Nos quedamos así un segundo entero que dura como si fuera un siglo. Mi cuerpo reacciona antes que el pensamiento. La respiración falla, las piernas se ablandan, el calor sube por las mejillas como una alarma.

Él entra en la habitación y, sin decir nada, se acerca a los niños y se agacha. Sus dedos pasan despacio por el pelo revuelto de Lysander, luego por la espalda de Andreas. El gesto es tan suave, tan silencioso, que me desarma por completo.

—Estaban agotados —consigo decir, en un susurro—. Intentaron mucho esperarte. Quieren contarte un millón de cosas del fin de semana. Me pidieron que los despertara cuando fuera la hora de cenar, pero… —suelto una risita— no creo que lo consiga.

Asiente. Sigue mirando a sus hijos.

—¿Se lo pasaron bien?

—Mucho. Pero te han echado de menos.

Otro asentimiento. Un movimiento contenido.

—¿Quieres que… intente despertarlos?

—No. Déjalos dormir. Mañana, en el desayuno, pueden contarme todas las aventuras que vivieron.

Sonrío, pero la sonrisa se desvanece cuando se gira hacia mí.

La mirada de Alekos… es un incendio contenido.

—Huiste de mi cama —me acusa con esa voz que hace que todo en mí se venga abajo.

Abro la boca, pero la cierro enseguida. Pasa dos veces. Las palabras están ahí, atrapadas entre la garganta y el pecho, y por más que intento sacarlas, se niegan a salir. Se quedan atascadas.

—No deberíamos tener esta conversación aquí, ¿verdad? —susurro, la voz fallida y demasiado fina, mientras miro a los niños dormidos en la cama, detrás de su padre.

Los ojos de Alekos se entrecierran ligeramente. No le gusta la sugerencia, eso es evidente, pero no discute. Solo inclina el mentón y hace un gesto con la cabeza hacia el pasillo.

—Muy bien.

Obedezco. Porque es imposible no obedecer cuando me mira así. Pero cada paso fuera de aquella habitación es una mezcla contradictoria de alivio y… decepción.

Alekos me guía hasta una de las salas de estar del ala oeste, una de las más discretas, lejos del tránsito principal.

Pensé —sin admitirlo del todo— que me llevaría de vuelta a su habitación. Que esta conversación, fuera cual fuera, tendría lugar entre las sábanas, como todas las demás. No debería pensar eso. Aún es demasiado pronto para secretos que solo se permiten en la oscuridad.

El último lugar al que debería ir a esta hora es la habitación de Alekos.

En cuanto se abre la puerta de la sala, el aire se me escapa de los pulmones y tengo que controlar la expresión del rostro para no delatar el shock silencioso que siento.

Dos empleados están terminando de montar una mesa puesta para cuatro. El mantel almidonado y los cubiertos son corrientes, de diario. Nada romántico. La cena recién servida reposa bajo campanas de plata. Todo perfectamente formal. Todo… ordinario y, aun así, absolutamente inesperado.

—Imaginé que los niños se habrían desplomado de agotamiento cuando encontré el comedor vacío —explica Alekos, con voz baja pero firme. No me mira—. Pedí que trasladaran la cena aquí. Si estaban dispuestos a salir de sus habitaciones, estarían más cerca de la cama. Si no, necesitaba hablar contigo de todos modos. Podemos hacerlo mientras cenamos.

Dice todo eso delante de Martina y de Nero, como si nada de lo que pasó entre nosotros en los últimos dos días hubiera desbordado la frontera del silencio. Como si solo fuéramos… jefe y niñera. Hablando. Cenando. Nada más.

Claro que lo dice. Porque puede. Porque sabe exactamente cómo pesar las palabras… y cómo esconder dinamita dentro de ellas.

Y si él no está diciendo nada fuera de lo normal… ¿por qué cada fibra de mi cuerpo reacciona a su presencia como si estuviera bajo una tormenta?

Trago saliva.

—Claro —respondo, reuniendo toda la naturalidad que consigo. Que no es mucha.

Nos quedamos allí, de pie cerca de la puerta, en un silencio casi ceremonial, hasta que el último de los empleados se despide con un leve gesto de cabeza, la puerta se cierra y el sonido de la cerradura —el clic seco del pestillo— me recorre como un escalofrío.

En un segundo estoy viendo a Martina salir. Al siguiente, estoy prensada contra la pared fría. La madera helada a mi espalda, un cuerpo caliente y firme frente a mí.

Él no habla de inmediato. Solo apoya la mano en mi cintura, con una posesividad sin prisa, como si reclamara lo que ya es suyo. Mis pulmones se contraen. La respiración falla.

—¿Por qué huiste de mi cama en mitad de la madrugada? —pregunta, directo.

Trago saliva.

—Yo… yo…

Dios mío, ¿por qué parece que he desaprendido a hablar? Cada pedacito de mi cuerpo quiere pegarse al suyo. Cada centímetro de mi piel vibra con la cercanía. Cada milímetro de sus labios está a una distancia mortal de los míos.

—¿Tú qué, Thalia? —insiste, la voz firme. Demasiado firme.

Cierro los ojos un segundo, intentando reunir un mínimo de coherencia.

—No quería correr el riesgo de que alguien… de que alguien me viera cruzando las alas. Los niños no estaban en casa…

Mi voz se apaga, más por la vergüenza que por falta de palabras. Alekos no dice nada durante un instante. Su mirada sigue clavada en la mía, incendiaria, hasta que pregunta:

—¿Y por qué no me despertaste?

Frunzo el ceño.

—No tenía sentido interrumpir tu sueño…

La respuesta sale sin fuerza. Porque, de pronto, entiendo lo que él siente. No es por el sueño. No es por cruzar alas. Es por… haber despertado solo. Por la ausencia.

—Lo que no tuvo sentido fue acostarme contigo y despertarme solo —puntualiza.

Suspiro. Bajo, casi disculpándome con el cuerpo, porque la boca… la boca está demasiado seca para responder.

Dios. ¿Por qué las muestras de posesividad de él, por pequeñas o sutiles que sean, siempre me dejan blanda? Como si todo mi cuerpo quisiera obedecer incluso antes de entender la orden.

Su mano aprieta ligeramente mi cintura y su cuerpo se acerca un centímetro más. Solo uno. Pero es suficiente para que sienta el calor de su pecho incluso a través de la fina capa de mi blusa. Y yo… me derrito.

—Deberías haberme despertado —repite, ahora más bajo, como si cada palabra llevara el peso exacto de lo que no sabe cómo nombrar.

—Creí que… que sería mejor no hacerlo —susurro, con los ojos fijos en el cuello de su camisa. Mirarlo a la cara sería suicida—. No quería molestarte. Ni parecer… no sé. Invasiva.

—¿Invasiva? —pregunta, con la voz más áspera—. Después de haberme dejado enfermo de tanto follarte durante dos días enteros, ¿crees que irte sin decir una palabra me convierte en algo distinto a un hombre que quiere más?

La sangre se me va del rostro. Luego vuelve de golpe, quemándome las mejillas, el cuello, el vientre.

—Alekos… —intento, pero no me deja continuar.

Su mano sube despacio por mi espalda y vuelve a mi cintura, firme. Sus ojos están en los míos, hambrientos, pero no es solo deseo.

Es control.

Es decisión.

Es… autoridad.

—Vas a cambiarte de habitación. Hoy.

La respiración se me queda atrapada en la garganta. No hay duda en su tono. Ninguna rendija para discutir. El corazón me golpea dentro del pecho como si estuviera corriendo por dentro de mí.

—¿Y los niños…? —murmuro.

No porque quiera protestar, sino porque mi mente está intentando seguir el hilo.

—Les va a encantar la novedad —responde, sin dudar—. Al fin y al cabo, ya no tendrán que escabullirse por los pasillos de la mansión, cuando creen que nadie los ve, para dormir contigo. Ahora estarás justo frente a su puerta y… al lado de la mía.

Se me eriza el cuerpo entero.

Pero Alekos aún no ha terminado.

—Aunque… —inclina la cara, bajando la voz como si dijera un secreto indecente— tengo que admitir que van a dormir con la niñera con mucha menos frecuencia. Porque pienso mantenerte ocupada.

Suelto el aire. Mi aliento choca contra su mentón y el aire entre nosotros se vuelve brasa.

—Esto es peligroso —susurro, más para mí que para él.

Alekos suelta una risa seca. No tiene humor. Solo frustración, deseo y hambre.

—No más peligroso que dejar a un hombre como yo, enganchado, lejos de su obsesión.

Todo desaparece. Siento que estoy a punto de implosionar.

Él sigue, como si le diera igual o como si supiera que no tienes escapatoria cuando te habla así, tan bajo, tan cerca, como si cada palabra saliera de él arrancándole algo.

—¿Te haces una idea del humor de mierda con el que me levanté esta mañana? —casi me acusa, negando despacio con la cabeza—. Debería haberlo previsto, ¿no? Debería haber sabido que iba a pasar.

Su mano sube hasta mi nuca y me sujeta ahí, obligándome a sostenerle la mirada.

—Eres… adictiva. Un roce y ya estaba contando los segundos hasta el siguiente. Un beso… —hace una pausa. Sus ojos arden— y lo único que podía pensar era en volver a sentirte. Y lo peor… —la voz se vuelve aún más grave— es que una sola noche contigo me bastó para depender de esa sensación.

Trago saliva. Todo mi cuerpo vibra.

—Claro que me bastó despertarme contigo una vez… una sola vez… para quererlo otra vez.

Un segundo de silencio.

Y entonces me besa.

No hay ceremonia. No hay aviso.

La boca de Alekos toma la mía como si no fuera solo derecho: fuera destino.

Me besa como si quisiera borrar de golpe las últimas horas de distancia. Su cuerpo me atrae hacia él, y yo… me deshago.

El mundo se reduce a calor, respiración y a esa sensación insoportable de que, con él, incluso el silencio es una promesa.

Cuando se aparta —apenas unos milímetros— estoy respirando a jirones.

—Vas a dormir conmigo esta noche —dice, sin preguntar—. Y todas las otras que yo quiera.

Cierro los ojos. Intento ordenar lo que siento, pero no puedo.

Porque la verdad es esta: **yo quiero**.

Quiero dormir con él.

Quiero despertar con él.

Quiero que me quiera así… durante mucho, mucho tiempo.

—Está bien —susurro.

Alekos sonríe de lado. Una sonrisa peligrosa. Vencedora. Su pulgar roza mis labios, aún húmedos.

—Ahora vamos a cenar —dice—. O voy a olvidarme de toda la mesa y de toda la prudencia.

Me suelta lo justo para que respire, pero no lo suficiente para que me olvide.

Y, juntos, caminamos hacia la mesa preparada como si el mundo siguiera teniendo reglas.

Como si lo que acaba de pasar no hubiera reordenado todas las mías.

40.

ALEKOS THEODORAKIS

La luz azulada de la tableta brilla sobre la mesa de madera oscura. El contrato frente a mí habla de adquisiciones y fusiones, cifras de nueve dígitos, plazos y cláusulas. Nada que no haya leído antes.
Nada que no conozca ya, pero mis ojos recorren las palabras como si estuvieran en otro idioma. No consigo concentrarme.

Mi cerebro debería estar aquí, trabajando. Mi cuerpo debería estar aquí. Pero una parte de él —la más terca— está en esa maldita cama, con Thalia.

Levanto la vista de la tableta y clavo los ojos en la silla frente a la mesa. Por un segundo, imagino cómo sería tenerla ahí, sentada con las piernas cruzadas, usando esa camisola demasiado fina que ella insiste en llamar "ropa de dormir". Lo he imaginado demasiadas veces.

Pero no es ahí donde la quiero ahora. La quiero sobre la mesa. Boca abajo. Con las rodillas apoyadas en el tablero y las manos extendidas al otro lado. Quiero su vestido levantado hasta la cintura. Quiero mi palma marcando su piel, el sonido ahogado de mi nombre escapando de su boca.

Cierro los ojos un segundo. Me aprieto el puente de la nariz. ¿Qué coño me está pasando?

Vuelvo al contrato, al apartado octavo, al valor previsto para el cuarto trimestre. Lo intento, de verdad. Pero la imagen de ella

vuelve: Thalia dormida. En la oscuridad. En mi cama.

La sábana blanca contrastando con su piel. Las piernas desnudas enredadas en las mías. El pelo esparcido sobre la almohada que fue mía durante años y ahora huele a ella.

Hace casi dos semanas que cambió de habitación —exactamente como exigí—. Y desde entonces, la puerta de comunicación que separaba nuestros cuartos, antes ignorada, se convirtió en el camino más rápido al infierno. O al paraíso, porque es en mis brazos donde Thalia se duerme cada noche.

Y por más que su cuerpo haya sido mío tantas veces que perdí la cuenta… no me sacio.

Cuanto más tengo, más quiero. Cuanto más la follo, más crece mi hambre. Besar a Thalia no me calma: me incendia. Tocar a Thalia no me satisface: me vuelve adicto. Correrme dentro de ella no basta: me enloquece.

El reloj digital parpadea discretamente a mi lado. La una de la madrugada. Ella está ahí, dormida, como la buena chica que prometió ser. Y todo en mí quiere lanzar esta tableta lejos, cruzar el pasillo, abrir la puerta y ver si está desnuda bajo las sábanas.

De hecho, debería ordenarlo. Decirle que, a partir de hoy, siempre que me espere, me espere desnuda. Que su cuerpo sea lo primero que vea antes de dormir. Que me aguarde como una ofrenda. Como un altar.

Me levanto de la silla, voy hasta el minibar, lo abro, lo cierro. Nada que mate el hambre que tengo ahora. Nada que me alimente de lo único que me sostiene estos días.

Vuelvo a la mesa. Me obligo a releer la última cláusula, pero me doy cuenta de que ya he pasado por ella tres veces. El deseo por Thalia tiene sabor a obsesión. Textura de locura.

¿Lo sabe ya? ¿Que ha aprendido a leer mis gestos tan bien como yo aprendí a leer los suyos? ¿Sabe lo que pienso cuando está

distraída? ¿Cuánto me controlo para no estamparla contra la pared cada vez que dice "sí, señor" con esa sonrisa inocente en los labios?

Mis ojos vuelven al reloj. La una y veintisiete. Suspiro. Me obligo a seguir. Solo dos documentos más. Nada más.

Pasos. Leves. Rítmicos. En el pasillo.

Frunzo el ceño. El único alma que deambula por los pasillos de la mansión a estas horas soy yo. O, al menos, lo era. Porque apenas unos instantes después de ese pensamiento, llaman suavemente a la puerta de mi despacho antes de que se abra y aparezca Thalia.

Entra con una bandeja en las manos, trayendo una taza de café, dos trozos de pastel y un pequeño sándwich. El olor del pan caliente llega incluso antes de que cierre la puerta. Y la cierra. Con cuidado. Como si no quisiera despertar a nadie. Como si ya estuviera acostumbrada a moverse en silencio por mí.

El vestido que lleva es ligero, sencillo. Seguro que lo eligió con prisas, solo para salir del cuarto. La tela se desliza por sus muslos como una invitación y, por un instante, mi mente se divide: ¿estará desnuda debajo? Si no lo está, ¿por qué siento esta urgencia tan obscena de arrancar lo poco que la cubre?

—Pensé que quizá… tenías hambre —dice, en un susurro vacilante—. No quiero molestar, solo… me preocupé. Voy a dejar la bandeja y salir.

Mi mirada recorre cada detalle: el pelo suelto y los pies descalzos, la inseguridad en los ojos, los movimientos indecisos. Su olor. Dios, su olor. Lavanda y canela. O lo que sea que brota de su piel cuando sale de la cama solo para traerme un poco de paz.

No respondo de inmediato, solo extiendo la mano. Ella entiende.

Camina hasta mi mesa y deposita la bandeja frente a mí con delicadeza. La porcelana no hace ruido sobre la madera. Como todo en ella, incluso el silencio es dulce.

Le agarro la cintura antes de que tenga la idea estúpida de apartarse. Su piel está caliente incluso a través de la tela fina. Y el perfume me envenena, como siempre.

Se detiene frente a mí. De pie. A la altura exacta para que pueda mirarla a los ojos sin levantarme. El silencio vibra.

—Deberías estar durmiendo —digo, solo para oír su respuesta.

—Tú también.

Su respuesta me golpea como una bofetada de seda. La voz suave, pero firme. La mirada fija, pero gentil. No tiene idea de lo que me provoca. ¿O sí? Porque la forma en que me mira ahora… esa forma es de quien sabe.

Tiro de ella con más fuerza y Thalia se sienta en mi regazo como si ya fuera rutina. Como si ese fuera su lugar en el mundo, su cuerpo encaja en el mío con una precisión que asusta. Una pierna a cada lado de mi muslo, la cadera apoyándose despacio, como si temiera hundirse demasiado. Como si aún no supiera que ya me tiene hasta el cuello.

Mis manos reposan de forma natural sobre sus muslos. La textura de la piel, el calor, la vida. Todo en ella me calma y me incendia al mismo tiempo.

No dice nada, ni yo. Solo nos quedamos ahí, respirando el mismo aire.

El olor del café se mezcla con su perfume. El calor del cuerpo se expande por la sala. Su respiración golpea mi cuello y mis dedos se hunden apenas un poco más en la carne de su pierna. No con prisa. No con deseo. Solo con necesidad.

Cierro los ojos un segundo. El peso de ella sobre mí es… perfecto. El beso llega antes de que me dé cuenta. Inclino el cuello y encajo mi boca en la suya. No es un beso urgente ni hambriento. Es un beso silencioso, íntimo.

Un beso de alguien demasiado cansado para hablar y demasiado desesperado para alejarse. Ella responde con la misma intensidad suave. Sus manos resbalan hasta mis hombros, los dedos presionan levemente.

De repente, el contrato, la tableta, la cláusula ocho, todo desaparece y solo queda ella en mi regazo, en mi boca, en mi mundo. Y cuando el beso se rompe, sus ojos están en los míos. Líquidos. Calientes. Hambrientos.

Mis labios aún hormiguean. El olor de su piel, la respiración tibia, la forma en que sus dedos rozan mi nuca… todo en ella me arrastra más cerca. Más cerca todavía.

—Tenías razón, *mikrí mou spinthíra*… —susurro, más grave de lo necesario solo para ver el efecto—. Estoy hambriento.

Sus ojos brillan cuando entiende que no hablo de la bandeja cuidadosamente preparada que ahora reposa sobre mi mesa. Su mano se desliza por mi pecho, sobre la camisa, lenta y cautelosa, pero me toca.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo con esa mirada? —pregunto, manteniendo el tono bajo, aunque mi voz sale más áspera de lo esperado. Thalia niega con la cabeza, como si de verdad no lo supiera. Como si fuera posible no saber lo que le ocurre a un hombre cuando lo miran así—. ¿Por qué has venido aquí, Thalia?

—Solo quería… —empieza, pero se detiene, y yo sonrío arqueando una ceja. Thalia no miente. Puede dudar, pero nunca miente, así que espero. Tras un largo suspiro, vuelve a hablar—. La cama estaba… demasiado vacía, sin ti.

Mi sonrisa crece. Deslizo el pulgar por sus labios, adorando la sensación de la piel fina bajo mi toque. Adorando la certeza de que está tan enganchada a mí como yo a ella.

—Yo estaba aquí, intentando trabajar, pero solo podía imaginarte entre mis sábanas. Deseando tu olor, *mikrí mou spinthíra*, tu sabor. —Sujeto su mentón con dos dedos y lo levanto apenas. Sus ojos en

los míos. Pupilas dilatadas. Respiración contenida—. ¿Y tú, Thalia? ¿Qué deseas? ¿Qué quieres? —murmuro, rozando mi nariz con la suya.

Thalia no responde. Solo respira más fuerte. El pecho sube y baja. La mano que aún está sobre mi pecho aprieta ligeramente, como si quisiera responder sin sonido.

—Te lo voy a preguntar otra vez, muy despacio —digo, con la boca a un hilo de su oreja—. ¿Qué quieres, Thalia?

Traga saliva. Intenta apartar la mirada, pero la sostengo. Sus mejillas se sonrojan y sus pestañas tiemblan. Deja escapar un suspiro entre los labios y yo inclino el rostro y rozo mi boca con la suya, dejando salir un susurro ronco:

—Mírame. Y habla.

—Te quiero —admite, y el sonido de esas palabras recorre mi cuerpo como gasolina. Sonrío de una forma casi tan oscura como la noche de fuera, satisfecho.

—¿Y qué exactamente quieres que te haga? —pregunto, pasando el pulgar por el lateral de su cuello, presionando ligeramente el punto donde el pulso late con más fuerza.

—Cualquier cosa —susurra—. Todo.

Mi mano baja hasta su muslo. Aprieto. Lo suficiente para hacerla jadear.

—¿Todo? —pregunto con una risa corta. De nuevo, observo el rostro de Thalia con extrema atención. Cada línea y cada curva que dibujan la expresión de deseo—. Esta boquita está ahorradora hoy, ¿no, cariño? —provoco, robando otro roce de sus labios—. Creo que ha venido a aprender qué más puede hacer, además de suplicarme y gemir mi nombre. Así que hoy… —bajo aún más la voz, ronca, cruda, cargada del hambre que quema entre mis piernas— …vas a aprender el sabor de lo que me haces. ¿Quieres que te enseñe? —pregunto—. ¿Quieres aprender?

Ella asiente. Un gesto sutil. Inseguro. Y absolutamente sexy. Jadea. El sonido golpea mi cuello como un látigo de terciopelo.

Me levanto con ella en brazos. Su cuerpo se enrosca en el mío con una naturalidad que me irrita. ¿Cómo puede? ¿Cómo puede encajar tan bien?

La dejo sentada en el borde de la mesa. Sus piernas se abren alrededor de mi cintura. Me inclino. Tomo otro beso. Más urgente. Más húmedo.

Luego retrocedo medio paso y desabrocho el botón del pantalón con una sola mano. Sus ojos bajan. Se fijan en lo que salta entre mis dedos cuando bajo la cremallera lo justo. No quiero ceremonias. Quiero su boca. Quiero perderme en el sabor que aún no he probado: el mío, en sus labios.

Una vez más, ese brillo de deseo, de duda, de entrega domina el rostro de Thalia. Me inclino hasta su cuello y rozo los labios allí en un beso lento, posesivo. Después, dejo un último mandato entre dientes:

—De rodillas. Ahora.

Ella obedece sin dudar.

Sus rodillas tocan la alfombra gruesa y su respiración se acelera. Sostengo mi sexo por la base y lo guío hacia ella.

—Abre —ordeno—. Abre esa boquita para mí.

Lo hace de una manera devastadoramente sensual. Despacio, su boca se abre, pequeña, vacilante. Mis ojos arden.

—Lengua fuera —indico y, de nuevo, obedece—. Eso… así.

Apoyo la punta en su lengua y deslizo una, dos veces. Un gemido se me escapa. Siento la saliva caliente, la suavidad. Thalia me mira desde abajo y eso me jode del todo.

—Ahora… cierra los labios. Eso. Solo hasta la mitad. Siente el peso. Escúchame. ¿Todo bien?

Asiente con la boca llena de mí y el movimiento me obliga a apretar los dientes y exhalar con fuerza. La guío con cuidado y empujo un poco más. Despacio. Sin prisa. Thalia gime y el sonido me rompe y me reconstruye a la vez. Me vuelve primitivo.

—Muy bien… —la elogio—. Tu boca es perfecta. Tú eres perfecta.

Sujeto su pelo con una mano, la base del cráneo firme en mi palma. No la fuerzo. Solo guío. Un vaivén lento. Se ajusta, la respiración descompasándose con cada embestida. Y cuando se atraganta un poco, no retrocedo.

Todo lo contrario. Aprieto su pelo con más firmeza, no para hacerle daño, sino para no perder el control. Porque no hay nada en el mundo —absolutamente nada— que se compare a sentir esa boca amoldándose a mí. La forma en que lo intenta. Cómo se entrega. Cómo gime.

—Así, *mikrí mou spinthíra*… Eso… así mismo… —susurro, con los ojos clavados en ella.

Thalia me traga como si hubiera nacido para eso. Lame el glande como le enseñé, me envuelve despacio, luego más profundo, luego todo, y gime. Me quedo sin aire.

—¿Te gusta, cariño? —murmuro, la voz quebrada de lo ronca.

Responde con otro gemido, más largo, más sumiso. El sonido vibra directo en mí. Cierro los ojos un segundo. Cuando los abro, ella me mira desde abajo, con la boca abierta en torno a mí, y la mirada más lasciva que he visto jamás en alguien tan inocente.

—¿Lo sientes, Thalia? —susurro, deslizando el pulgar por el lateral de su cara—. ¿Lo que esta boca me está haciendo?

Asiente despacio, como diciendo que sí, pero quiero más.

—¿Lo sientes en tu cuerpo? —continúo, más bajo, más íntimo—. ¿El calor entre las piernas? ¿La piel erizada? ¿La respiración corta?

Mi voz es una caricia obscena.

—Eso es deseo, pequeña. Deseo por lo que me estás haciendo. Por la forma en que me devoras.

Aprieta los muslos, involuntariamente.

—Tu coño está pidiendo, ¿verdad? —gime de nuevo, un sonido húmedo, ahogado, desesperado—. Dímelo, Thalia. ¿Te duele de tanto querer?

Intenta responder, pero la garganta se cierra a mi alrededor, y eso es todo lo que necesito para perder la cabeza del todo.

—Súbete el vestido —pido—. Quiero verte.

Sus ojos, empañados de deseo, no se apartan de los míos cuando obedece, levantando el vestido por los tirantes, despacio, hasta que los pechos saltan libres. Firmes. Pequeños. Los pezones duros, deliciosos. Se me llena la boca de saliva.

—Eso, cariño. Ahora tócarlos —ordeno, bajo, obsceno, y las pupilas de Thalia se tragan sus ojos. La piel se le enciende aún más. Perfecta. Perfecta para una polla en su boca—. Aprieta. Aplástalos para mí —exijo, abriendo los dedos de la mano libre en su cuello.

Con la boca llena, gime y el sonido sube por mis venas como gasolina.

—Eso… así mismo —murmuro, con los ojos clavados en la imagen obscena a mis pies—. Ahora gira los dedos en los pezones. Despacio. Eso. —Me inclino, rozando los labios en su frente, incluso mientras la sujeto del pelo—. ¿Ves cómo reaccionan? —susurro—. Te están suplicando más. Casi tanto como yo.

Thalia aprieta los muslos. La tensión en su cuerpo es tan evidente que parece un tambor retumbando entre nosotros.

—Ahora mete la mano entre las piernas para mí, *mikrí mou spinthíra* —pido directamente junto a su oído—. Quiero ver cómo responde tu coño a mi voz. A mi piel. A mi polla en tu garganta.

Duda medio segundo, como si intentara rescatar algún resto de pudor, pero mi mano baja por su espalda, caliente y firme.

—Vamos… muéstramelo. Quiero verlo. Quiero sentirlo.

Sus ojos se cierran cuando los dedos se deslizan bajo la falda. Un suspiro se le escapa al tocarse y gime justo después.

—Buena chica… —susurro, afianzando de nuevo la mano en su pelo—. Ahora frótate para mí. Con cada chupada, quiero un movimiento. Cada vez que mi polla entra más hondo, quiero tus dedos hundiéndose en esa miel.

Thalia me obedece con un fervor que le atraviesa el cuerpo entero. Me la chupa con entrega. Con sed. Con adoración. Y con los dedos entre las piernas, haciendo exactamente lo que le he ordenado, como la buena chica que es.

Mis ojos bajan, hambrientos, hasta donde el vestido aún cubre sus muslos, pero no esconde el movimiento bajo la tela. Lo veo. Lo oigo.

—Escucha, cariño —murmuro, sujetándola con más fuerza del pelo—. Escucha el sonido que hace tu coño mientras te tocas para mí. Tan mojado… tan listo. Esto es todo para mí, Thalia. Solo para mí.

Gime, fuerte, y su garganta se aprieta a mi alrededor. Joder.

—Eso. Déjame sentirlo —gruño—. Dámelo todo. Hazme tu adicción también.

Mis caderas empiezan a moverse con más ritmo ahora, instintivas, contra sus labios. Y ella lo permite. Lo quiere. No se aparta. Me traga con más hambre.

El sonido de su boca. El calor. El sonido de los dedos entrando y saliendo con urgencia. La piel enrojecida. Las manos temblando. Los ojos que me miran con entrega y lujuria y algo más que aún no sé nombrar.

Paso el pulgar por la comisura de su boca, recogiendo una gota de saliva y llevándola a mi lengua.

—Tan dulce… Incluso tu garganta sabe a deseo, *mikrí mou spinthíra*.

Ella tiembla. Todo su cuerpo se retuerce, atrapado entre lo que siente en la boca y lo que siente entre las piernas. Pero no voy a dejar que se detenga. No ahora.

—Estás cerca, ¿verdad? —provoco, con un tono grave y bajo, como si le hablara directamente a su sexo—. Lo sé. Lo siento. Tu respiración, tus ojos… tu mano suplicando más. Mételo más hondo, cariño. Más rápido. Quiero ver cómo te corres oyendo mi voz, sintiendo mi polla ahogarte.

Gime de nuevo, esta vez desesperada, y la boca se ajusta mejor, como si el placer que sube por sus piernas guiara los movimientos de la lengua. Thalia me folla con la boca como si estuviera cabalgando su propia voluntad.

Y cuando el primer espasmo sacude sus muslos, hunde los dedos con fuerza. El sonido de la humedad estallando entre sus dedos me destroza. Sus piernas tiemblan y la garganta y los ojos se tensan.

Se corre de rodillas, con mi polla en la boca, los dedos empapados y el alma en combustión, y yo… no aguanto más.

—Trágatelo todo para mí —susurro, feroz, tirando de ella hasta el fondo.

Con un gemido ronco, me corro en su garganta. Caliente, espeso, pulsante. Ella traga. Cada gota. Sin dudar. Y aun así, un hilo resbala por la comisura de sus labios, descendiendo despacio por la barbilla hasta el escote.

Joder.

Los ojos enrojecidos, húmedos, se alzan hacia mí. Lágrimas marcan sus mejillas y los labios están manchados, el pecho agitado, el rostro rojo. Es la mujer más hermosa del puto infierno.

—Buena chica —susurro, acariciándole el rostro con la mano temblorosa—. Mi chica.

41.

THALIA ESPERAKIS

Hace casi tres semanas que no hablo con ellas.

Respondo a los mensajes con emojis, con frases cortas. Hablo de los niños, del clima, mando fotos del jardín. Pero evito las llamadas. Evito sus voces. Evito sus miradas.

Hoy, sin embargo, el peso se ha vuelto insoportable. Hay un nudo en mi pecho que no se desata, una parte de mí que se siente exiliada, y aunque no consigo nombrar exactamente el motivo, sé que solo una cosa puede aliviarlo: escucharlas.

Respiro hondo y pulso el botón verde.

La imagen conecta. La pantalla titubea y, entonces, se estabiliza. El rostro de madre Agnes aparece primero, después el de hermana Clara y hermana Lucía, apretadas alrededor de la mesa de la biblioteca. El sol entra a través de las vidrieras, manchando los hábitos de luz.

—¡Thalia! —dice madre Agnes, con una sonrisa serena, pero atenta—. Pensé que era un error cuando vi tu nombre. Hermana Lucía apostó a que no llamarías.

—Y gané —replica Lucía, con un brillo travieso en los ojos.

—¿Apostaron sobre mí? —intento reír, pero mi voz no encuentra ligereza. No hoy.

—Claro que no, querida —responde hermana Clara, aunque su expresión revela que sí, absolutamente sí.

—Estábamos preocupadas —dice madre Agnes, con dulzura. Pero es ese tipo de dulzura envuelta en verdad—. Tres semanas sin una conversación. Eso nunca había pasado.

Tres semanas.

Tres semanas desde la primera noche.

Tres semanas desde la primera transgresión.

—Yo… —empiezo, pero la garganta se me cierra—. He estado ocupada. Los niños… La rutina cambió un poco.

Madre Agnes solo me observa. La misma expresión de cuando mentía a los siete años sobre haber probado el relleno de la hostia antes de tiempo.

—Cambió de verdad, ¿no? —pregunta, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Qué… qué quiere decir?

Me estudia un segundo más. Luego sonríe. Pero no dice nada.

Silencio.

Al otro lado de la pantalla, Lucía se aclara la garganta.

—Entonces… —dice, como si fuera una conversación normal—. ¿Cómo está siendo dormir con él?

Contengo la respiración. Literalmente. Y estoy segura de que dejo de parpadear.

—¿Cómo dice? —susurro, sin aire.

—El señor Theodorakis. Alekos. El bilionario guapo con cara de pocas palabras y manos grandes. ¿Está siendo bueno?

La pantalla se sacude cuando Clara le da un golpe en el hombro a la otra.

—¡Lucía!

—¿Qué? ¿No es obvio? Desapareció. Tiene ojeras, pero la piel nunca le brilló tanto. Tiene cara de que ha sido muy bien… alimentada.

—¡Hermana Lucía! —ahora es madre Agnes quien la reprende, aunque sus ojos están claramente sonriendo—. No estamos aquí para hacer que Thalia se muera de vergüenza.

Demasiado tarde.

Siento que la cara me arde. Los ojos se me llenan. No de vergüenza, sino… de otra cosa. Algo parecido al alivio.

—Vosotras ya lo sabíais… —susurro.

—Te conocemos, Thalia —dice madre Agnes—. Sabemos cuándo tu silencio es oración… y cuándo es culpa.

Esa frase me desarma por completo.

—No sé qué estoy haciendo —confieso, por fin—. Siento que cada día que pasa… me alejo más de todo lo que conocía. Y al mismo tiempo… nunca me he sentido tan cerca de mí misma.

—Eso es el amor, querida —dice Clara con suavidad—. Incluso el propio tiende a hacer desorden. Pero también revela.

—No quería ocultarlo. Solo… no sabía cómo decirlo.

—No tienes que explicar nada. Solo tienes que seguir volviendo cuando sientas que te estás perdiendo. Y si no puedes… —madre Agnes se toca el pecho— recuerda que aun así eres amada.

La primera lágrima se me escapa sin que me dé cuenta.

—¿Eres feliz, Thalia? —pregunta hermana Lucía, ahora con menos ironía y más ternura.

Pienso en todo. En los ojos de Alekos mirándome a través del espejo. En el sonido de la risa de los niños. En el peso firme de su mano en mitad de mi espalda.

—Lo soy —respondo, bajito.

—Entonces estás donde deberías estar —dice madre Agnes.

—¿Y si eso es precisamente lo que me da miedo?

—Entonces quizá sí estés en el camino correcto.

Otro silencio se instala en la llamada y nos miramos un instante más antes de que la conexión se caiga, casi como una señal divina. Me quedo ahí, mirando la pantalla negra durante unos segundos,

con el crucifijo entre los dedos y el corazón doblándose en una mezcla de paz y temor.

Deseaba tanto, tantísimo, estar en el camino correcto.

***

El sol de la tarde invade el salón con pereza. Un dorado tibio se extiende por las alfombras, los muebles y las piezas de colores esparcidas por el suelo.

—No, Andreas, eso es un trozo de cielo, mira la tonalidad —digo, intentando esconder la sonrisa ante la concentración obstinada en el rostro del pequeño.

—Ese cielo tiene color de hierba —replica con convicción—. Debe de ser del árbol.

—El cielo no tiene color de árbol —contesta Lysander desde el otro lado, con ya tres piezas encajadas en su esquina del puzle.

Alekos ríe en voz baja a mi lado, sentado con las piernas estiradas, una de las manos apoyada en el suelo detrás de mí.

Está descalzo, con una camisa blanca remangada hasta los codos. Las mangas levantadas dejan al descubierto los antebrazos bronceados y, incluso en medio del caos de piezas, es en él donde se posan mis ojos. Todo el tiempo.

—Déjales discutir, están desarrollando razonamiento argumentativo —comenta, cogiendo una pieza azul y encajándola, con precisión quirúrgica, en la esquina derecha del rompecabezas.

—O solo terquedad —respondo, riendo.

Los niños siguen discutiendo —de una forma adorable, como siempre— y cuando me giro para responder a otra pregunta de Andreas, siento el toque leve de la mano de Alekos en mitad de mi espalda. No es nada. No es explícito. Pero calienta. Marca.

Cuando vuelvo a mirarlo, está observando a los niños con una sonrisa ladeada. No es solo orgullo. Es ternura. Es… deleite.

—¿Te imaginaste alguna vez esto? —pregunto, sin pensar.

Él me mira.

—¿Esto qué?

—Una tarde así. Con los dos. Tú… ahí, a su lado. Sin prisa. Sin traje.

Alekos lo piensa un momento. Luego niega con la cabeza.

—No. Nunca.

—Están creciendo, Alekos. Y… están creciendo contigo.

—Por tu culpa —murmura, pero no le dejo continuar.

—Por tu elección. Estás aquí. Eres su padre. Estás haciendo que ocurra.

No responde de inmediato, pero alarga la mano hasta el cabello de Lysander y le despeina los mechones, distraídamente.

—No sabía que esto podía ser bueno —admite.

Sonrío. Y creo que ese es el punto de todo.

La última pieza de la esquina superior izquierda encaja y Andreas celebra como si hubiera ganado una olimpiada.

—¡Papá, ¿viste?! ¡Encajé el trozo del sol!

Alekos sonríe ampliamente.

—Sí, campeón. El sol brillando solo por ti.

Y entonces hace algo que me desarma: alarga la mano y tira de Andreas para sentarlo en su regazo. El niño encaja allí como si hubiera nacido para eso.

Lysander no quiere quedarse fuera. Trepa por mis piernas y se acomoda medio en mí, medio en el suelo.

Alekos y yo cruzamos una mirada por encima de las cabezas de los niños, ahora comentando el siguiente desafío. El corazón me

golpea en la garganta con un deseo nuevo y antiguo a la vez. No me atrevo a ponerle nombre.

Pero ya tiene color, olor, forma y vida, y late dentro de mí como un segundo corazón, porque aunque los tres a mi alrededor no sepan que son el retrato de mi mayor sueño, aunque nadie lo diga en voz alta, aunque todo permanezca… sin nombre, ya lo son. Ya está ocurriendo dentro de mí.

Alekos acaricia el cabello de Andreas. Lysander dibuja círculos con el dedo sobre el tejido de mi pantalón. Apoyo la cabeza en el hombro de él y nadie dice nada durante un largo rato.

No hace falta.

***

El sonido de la casa duerme y yo debería hacer lo mismo.

Pero mis rodillas están clavadas en el suelo, las manos unidas, los ojos cerrados ante la pequeña imagen de la Virgen sobre la cómoda. La vela encendida a su lado proyecta sombras danzantes en la pared y, aun así, dentro de mí todo es silencio.

La puerta de mi habitación está entornada. La de Alekos, cerrada. Y la de comunicación entre las dos… también. No estoy huyendo. Solo… necesitaba respirar.

Hace días que mi cuerpo existe en un estado de fuego manso. A cualquier roce suyo, me incendio. A cualquier palabra, me deshago. Y aun así… aquí estoy.

—Sé que he estado distante —murmuro, para Dios. Para la imagen. Para mí misma—. Pero sigo siendo tuya. Solo intento entender cómo puedo ser… de alguien más. Sin dejar de ser tuya.

La vela oscila con la brisa que se cuela bajo la puerta, y siento su presencia. No lo oigo entrar. No hay sonido de pasos. Solo me doy cuenta de que ya no estoy sola cuando abro los ojos y veo su silueta detenida en la puerta. Alekos no dice nada. Solo me observa.

Por primera vez, siento vergüenza. No de él, sino de mí. De lo que pueda pensar. Del contraste entre la carne y el espíritu. De lo que ha leído en mí estos últimos días —los gemidos, la entrega— y de lo que está viendo ahora: las rodillas en el suelo, la fe casi infantil.

Desvío la mirada y me muevo para levantarme.

—Perdón, solo estaba terminando…

—Quédate —interrumpe, en voz baja.

Levanto los ojos despacio.

Sigue ahí. Los ojos fijos en los míos. Un paso, luego otro, y entra en la habitación.

—¿Puedo…? —pregunta, sin terminar la frase, pero sé. Sé lo que está preguntando.

Asiento. Y lo que ocurre después… es un pequeño milagro. Alekos Theodorakis, el hombre que gobierna imperios y corazones con la misma frialdad estratégica, se arrodilla a mi lado.

No junta las manos ni cierra los ojos. Solo… se arrodilla en silencio. Presente. Y durante un rato, ninguno de los dos dice nada. Solo el sonido de la vela ardiendo y de nuestras respiraciones resuena en la habitación. El mundo entero, en pausa.

—Nunca supe rezar —dice, tras largos segundos—. Nunca entendí el atractivo. La idea de hablar con alguien que no responde…

—Responde. Solo que no con palabras —murmuro.

Alekos me mira.

—¿Y qué pediste?

—No pedí. Solo di las gracias.

Respira hondo. Se queda en silencio. Y cuando vuelve a hablar, su voz es baja. Sincera.

—Si eso es lo que te mantiene entera, Thalia… quiero entenderlo.

Sonrío, un poco temblorosa, un poco sin aire. Y por primera vez en semanas, el pecho se me siente ligero. Porque Alekos no intenta cambiarme ni descifrarme. Solo… estar aquí. Conmigo.

La luz de la vela baila entre nuestros rostros, sus ojos brillan. Y en ese instante, lo entiendo: esto también es fe.

Fe en alguien.

Fe en que, incluso sin saber qué decir, él lo está diciendo todo.

42.

ALEKOS THEODORAKIS

No sé exactamente cuándo dejé de prestar atención a los informes. Solo me doy cuenta cuando la casa parece… distinta. Demasiado silenciosa en las estancias equivocadas. Demasiado viva en las correctas.

Salgo del despacho y sigo el murmullo amortiguado de voces por el lateral de la mansión, sin una intención clara. Sin urgencia. Pero el corazón se acelera como si supiera que hay algo esperándome.

Y lo hay.

Fuera, bajo la sombra suave del final de la tarde, Thalia está sentada en un banco de madera, frente a Andreas. Sostiene unas tijeras de corte, los dedos firmes, la atención absoluta.

—No te muevas, guerrero. Esto exige precisión quirúrgica —dice, poniendo una mueca cómica mientras acerca el rostro al suyo.

Andreas reprime la risa. Lysander, a su lado, se retuerce de tanto reír.

Ella termina el último corte y sopla suavemente los mechones sueltos de la frente del niño.

—Listo. Estilo "oficial de batallas contra hormigas", como solicitado.

Los dos ríen. Andreas baja del banco y cambia de lugar con su hermano, que ocupa la misma posición, todavía riendo.

—Lo quiero igual. Pero un poco más radical, porque yo soy más aventurero.

—Claro que lo eres —responde Thalia con una sonrisa tan real que, por un instante, olvido que no debería estar allí. Observando. Espiando. Como un intruso en mi propio jardín.

Lleva un vestido ligero, el cabello recogido en un moño alto y despeinado. Mechones sueltos caen sobre su rostro. Un hilo de pelo cruza su mejilla y ni siquiera se molesta en apartarlo. Está entera allí y todo lo que siento es… calma.

Como si la imagen de ella en esa tarde tranquila, rodeada de risas infantiles y cabellos recién cortados, me dijera que hay alguna parte del mundo donde las cosas encajan. Y ese pensamiento me irrita, porque no debería encajar.

Porque debería estar en reuniones ahora, terminando de revisar las proyecciones del nuevo proyecto de la holding. En lugar de eso, estoy ahí, detenido en el límite del porche, sintiéndome un completo imbécil por no querer marcharme.

Cuando los niños corren de vuelta al interior, Thalia se levanta, recoge los mechones con una escoba y tararea algo bajito que no consigo identificar. Camino hacia ella.

Me ve. Sonríe.

—¿Va a querer un corte también, señor Theodorakis? —pregunta con provocación en los ojos.

—Estoy satisfecho con lo que tengo —respondo, sin poder evitar que una comisura de la boca se eleve—. ¿Haces esto a menudo?

—¿El qué?

—Cortarles el pelo.

Se encoge de hombros, dejando la escoba a un lado.

—De vez en cuando. Cuando noto que ya toca o cuando me lo piden. En el convento era igual. Cada semana, alguien se ocupaba de eso. Era… rutina.

—¿Quién te cortaba el pelo a ti?

Se detiene un segundo. La sonrisa baja dos tonos.

—Las hermanas. Siempre el mismo corte. Siempre el mismo día del mes. Siempre de la misma manera.

—¿Y no tenías elección?

Me mira. El rostro sereno, pero los ojos… esos ojos saben más de lo que deberían.

—No era ese el objetivo. Era cuestión de orden, no de preferencia.

Asiento. El silencio entre nosotros se vuelve denso, pero no incómodo. Es como si cada palabra suya excavara un espacio dentro de mí.

—¿Tienes fotos de eso? —pregunto, y casi me arrepiento al instante—. ¿De tu infancia?

Niega despacio con la cabeza, mirando algún punto en el suelo.

—Debe de haber alguna perdida por el convento, pero ninguna que sea mía. Nunca tuve un álbum de fotos, en realidad —dice Thalia y suelta una risa corta. Y quizá lo imagine, pero el sonido es triste.

—¿Ninguna?

Sonríe de lado. Casi… a la defensiva.

—No formaba parte de las historias de los demás. Y no tenía una propia que registrar.

Trago saliva.

¿Qué se dice ante eso?

Pienso en todas las fotos de mi infancia que nunca quise mirar. En las que mi madre organizaba con obsesión. En las que mi padre se empeñaba en exhibir. En los marcos de la casa antigua. En el olor a madera encerada. En el silencio de los marcos. Y en cómo, incluso en aquella casa llena de fotos, yo me sentía inexistente.

Pero ella… ella ni siquiera tuvo la oportunidad de sentir nada.

—¿Eso no te molestaba?

Se muerde el labio, pensativa, como si decidiera si va a ser honesta o no. Y creo que esa es una decisión consigo misma.

—Antes, no. Pero ahora… —Thalia se detiene, se muerde el labio otra vez, se ríe de sí misma otra vez—. Ahora, a veces, me gustaría recordar. Poder mirarme y decir: yo estuve aquí.

Esa última frase no está cargada de drama. No hay amargura. Solo una constatación. Y, de repente, me veo queriendo arrancar el mundo de su pedestal y lanzarlo a sus pies. Para que nunca más tenga que decir eso con ese tono. Pero, en lugar de eso, digo solo:

—Vamos a arreglarlo.

—¿El qué?

—Eso. La falta de pruebas. De memoria. Todo el mundo merece tener un lugar al que volver para recordar.

Sonríe de nuevo. Una sonrisa nueva, tímida, pero sincera.

—Eres mucho más dulce de lo que pareces, ¿lo sabías?

—No lo difundas.

Ríe. Y algo dentro de mí cambia de sitio. Como si ese sonido ya formara parte de mi sistema nervioso.

Y no tengo ni idea de lo que eso significa.

Pero sé que no quiero dejar de oírla reír tan pronto.

***

Al final de la noche, el mismo jardín que fue testigo del corte de pelo de los niños por la tarde está ahora sumido en silencio. Las luces de la mansión reducidas a lo necesario, y el sonido de los pasos descalzos de Thalia resuena por el porche, suaves y rítmicos.

Aparece en la terraza donde estoy, con el cabello suelto y húmedo, el vestido ligero moviéndose con la brisa. Lleva una de esas tazas que siempre llena de té —o lo que sea que beba que no sea café—.

—Creí que te habías ido a la cama —digo, sin moverme de la tumbona donde estoy con una copa de vino a medio beber.

—Fui. Pero no dormí —responde—. Tú tampoco.

—El insomnio, mi fiel compañera, ha decidido visitarme solo para que no me acostumbre a vivir sin ella —bromeo, y Thalia sonríe de lado, apoyándose en la barandilla.

—Yo suelo dormir bien. Pero hoy… la cabeza está llena.

—¿Culpa mía?

Me mira por encima del hombro. La sonrisa crece, pero no responde. Lo que significa que sí. Me gusta eso.

Doy otro sorbo y señalo la silla a mi lado. Se sienta. Las piernas recogidas bajo el cuerpo, los ojos perdidos en la elegancia oscura del jardín.

—¿Los niños se durmieron?

—Cayeron rendidos —dice—. Andreas me dijo que prometiste jugar al fútbol con ellos el sábado.

—Lo prometí. Y estoy pensando muy seriamente en contratar un doble.

Thalia ríe. Un sonido suave, casi cómplice.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Es cómodo. Natural. Como si el mundo no necesitara ser llenado todo el tiempo. Saco un pequeño paquete del bolsillo de la chaqueta. El papel es oscuro, sin lazo. Discreto.

—Te traje algo del pueblo.

Me mira, sorprendida. Los ojos van del paquete a mi rostro. Luego, de vuelta.

—¿Para mí?

—No suelo repetir.

Duda un instante antes de cogerlo. Lo abre despacio, con cuidado, como si desactivara una bomba. Cuando descubre el contenido, sus ojos se agrandan en una mezcla de confusión y emoción.

—¿Es una… cámara?

—Polaroid. Modelo nuevo. Con película. Hay una caja extra guardada. Podrás hacer fotos y pegarlas en la pared, en el espejo, en el techo, yo qué sé. Donde quieras.

No dice nada. Solo sostiene la cámara con ambas manos, como si fuera un objeto sagrado.

—Pensé que… quizá querrías empezar tu propio álbum.

Thalia respira hondo. Los ojos se le humedecen con una rapidez que me toma desprevenido.

—No sé qué decir.

—Di que la usarás.

—Yo… la usaré.

Sonríe. Pero los labios le tiemblan un poco. Y eso me desarma más que cualquier respuesta grandilocuente.

—Y vas a empezar ahora.

Me levanto de la tumbona y le tiendo la mano.

—¿Ahora?

—Ahora.

Obedece sin pensarlo. La cámara aún en las manos. La coloco de frente al porche, desde donde se ve el lateral de la casa iluminada y, al fondo, el mar oscuro. La brisa agita los mechones sueltos de su cabello. Su piel parece capturar la luz de una forma que no entiendo. Pero me gusta.

—Sonríe —digo.

—¿Tú vas a hacer la foto?

—Ajá.

Ríe, y en el instante exacto en que inclina ligeramente la cabeza hacia un lado, pulso el botón.

Un clic, el flash y la imagen sale expulsada por la ranura inferior de la cámara. Thalia parpadea un par de veces, como si despertara de un trance.

—Quiero verla.

Cojo la foto y la muevo en el aire mientras la imagen aparece poco a poco.

—Espera un poco más. No seas impaciente.

—¿Impaciente? Esperé veinticinco años para tener una foto que yo misma pueda guardar.

Detengo el gesto. La miro. Los ojos fijos en la pequeña imagen aún revelándose.

—No es solo una foto, ¿sabes? —murmura.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que quiero admitir. Le tiendo la foto. La coge con cuidado. Mira. Sonríe. Luego me mira de nuevo.

—Gracias, Alekos.

—Es solo una cámara —respondo, alargando el objeto hacia ella, que lo acepta.

—No. No lo es.

Sujeta la cámara con más firmeza ahora. Como si acabara de heredar un arma ancestral. O una llave hacia un pasado que nunca tuvo.

Y yo… yo pienso que, si ella quiere, le haré todas las fotos del mundo. La eternidad, un clic cada vez.

***

La ciudad ya duerme cuando aparco el coche en el garaje del ala lateral. El conductor me deseó buenas noches, pero dudo que haya notado que ni siquiera respondí.

Le dije a Thalia, antes de salir por la mañana, que dormiría en Atenas. La reunión con el consejo estaba prevista para durar hasta tarde —y duró—, pero la idea de pasar la noche lejos de ella empezó a roerme ya a media tarde.

Tres meses atrás, eso no me habría afectado en absoluto. Hoy, mi cama parece incompleta sin su olor. El silencio de la casa, una tortura.

Entro por la puerta lateral con pasos medidos. Sofia probablemente ya se ha ido a dormir. El resto de la casa, también. Pero el aplique de la escalera está encendido. Luz suave. Pálida. Casi una invitación silenciosa.

Subo despacio, paso por las puertas de los niños, todo en calma. Entro en mi habitación y me detengo.

Ella está allí. En mi cama.

Durmiendo a mi lado. Como si nunca hubiera considerado otra posibilidad. Como si ese lugar fuera, de hecho, suyo ahora.

Mis ojos recorren la curva de su cuerpo bajo el edredón. Lleva una de mis camisetas. El cabello suelto, enredado en la almohada. Un brazo extendido sobre mi lado de la cama. El otro bajo la cabeza.

Su respiración es profunda. Serena. Algo que no encaja con mi mundo. Pero que se ha convertido en parte de él de una forma tan natural que me desconcierta.

Me acerco despacio. Dejo la carpeta de trabajo en la butaca cercana y empiezo a desabrocharme la chaqueta. Ella se mueve. Abre los ojos. Medio dormida, medio alerta. Thalia parpadea. Las pestañas se pegan y se despegan una, dos veces, hasta que abre los ojos del todo.

Me mira, aún entre el sueño y la vigilia.

—¿Estoy soñando? —pregunta, en un susurro ronco que suena más a plegaria que a duda.

Me acerco a la cama y me siento en el borde del colchón, a pocos centímetros de su cuerpo. Llevo la mano a su rostro y aparto un mechón de cabello pegado a la mejilla caliente.

—No —digo, bajo—. Pensé que tendría que ir a buscarte —murmuro.

Thalia cierra los ojos un segundo. Suspira. Luego vuelve a mirarme, como si solo entonces su cerebro empezara a procesar la escena.

—Creí que… no ibas a volver a casa hoy.

—Intenté no volver.

Mi mano se desliza hasta su hombro, que queda al descubierto. La piel está caliente, suave, hecha a la medida de mi palma. Paso el pulgar por allí, despacio.

—Eché de menos tu olor —admite, y una pequeña sonrisa curva la comisura de mis labios—. Así que vine aquí.

Una parte de mi cerebro, entrenada durante años, dice que esto es peligroso. Que es demasiado apego. Demasiada emoción. Pero otra parte —más grande, más fuerte— solo quiere atraerla hacia mí y hacer exactamente aquello que me hizo conducir de Atenas a Aletheia en mitad de la noche.

Me inclino hacia delante hasta que mi nariz roza su piel.

—Yo también eché de menos el tuyo, mikrí mou spinthíra. Dormir contigo es la mejor parte de mi día —confieso. La frase sale sin cálculo, sin filtro.

Thalia sonríe. Pequeña. Casi tímida. Y no dice nada. Solo alarga la mano y yo la tomo.

—¿Esperas a que me dé una ducha?

—Solo si es rápida —responde, y yo río.

—Prometo intentarlo.

Desaparezco en el baño. Me ducho rápido, lo justo para quitarme la ciudad de la piel. Cuando vuelvo, Thalia sigue despierta. Sus ojos me siguen mientras me pongo solo un pantalón de chándal.

Me tumbo en la cama y ella se acomoda de inmediato. La cabeza en mi hombro. El cuerpo contra el mío. Su respiración se ajusta a la mía, como si fuéramos piezas milimétricamente esculpidas la una para la otra.

Thalia alza el mentón y me observa con un brillo curioso en los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nunca pensé que Alekos Theodorakis fuera un hombre de rutinas.

—Y no lo era. Pero tú tienes esa manía de infiltrarte bajo mi piel y ahora ya no sé prescindir de esto. De dormir contigo. De despertar contigo. De oír tu voz en mitad de la noche, incluso cuando hablas dormida.

—No hablo dormida —se defiende, con las mejillas sonrojadas, y yo sonrío ampliamente.

—Claro que no hablas, cariño. Soy yo el que escucha demasiado. —Le guiño un ojo y me llevo un golpecito en el pecho.

—Me alegra que hayas vuelto —murmura, con la voz amortiguada contra mi pecho, ya con los ojos cerrados, tras unos segundos.

Y no puedo hacer otra cosa que sonreír contra su cabello y desear, por un instante que no termina, que esta noche no tenga que acabar nunca.

43.

THALIA ESPERAKIS

La luz del final de la tarde entra por las ventanas de la biblioteca como si hubiera sido moldeada por manos cuidadosas. Besa la alfombra, dorando los contornos de los cojines esparcidos por el suelo.

Lysander está tumbado con el libro abierto sobre el pecho, fingiendo que lee, pero con los ojos entrecerrados. Andreas me susurra algo que me hace reír, y tengo que morderme el labio para no llamar la atención. Estamos los tres juntos, cada uno sosteniendo un libro distinto. O intentándolo.

—¿Esto es una historia o una receta? —pregunta Andreas, frunciendo el ceño ante las páginas, y yo sonrío, llevando la mano a su cabello.

—Es una receta de aventuras —explico—. Pero sin medidas exactas. Solo emoción.

Pone los ojos en blanco, pero sonríe también. Lysander ahora tiene la cabeza apoyada en mi regazo, lo que se ha convertido en un hábito desde la primera noche en que los acogí durante la tormenta. Mis dedos se deslizan distraídos por su pelo. Me siento llena, completa, en paz.

Reconozco los pasos que se acercan desde lejos. Alekos entra en la biblioteca vestido con ropa informal, los primeros botones de la camisa abiertos. Sin traje, sin el muro de distancia que lo protege entre semana.

Es solo él —mirada atenta, expresión serena. Y esa mirada. La que dice mi nombre antes de que la boca lo pronuncie. Sonrío sin poder contenerme. Tampoco contengo el suspiro que se me escapa. ¿Tenía que ser tan guapo, Dios?

Camina hasta nosotros, pasa por detrás de mí y se agacha junto a los niños con un movimiento demasiado perezoso para ser solo casual. Los ojos de Lysander se abren al instante y se iluminan, como si su cuerpo tuviera un sensor para la presencia del padre.

—¡Papá! —exclama, con la voz arrastrada por el sueño—. Estamos leyendo un libro de monstruos.

—¿Monstruos, eh? —pregunta Alekos con una pequeña sonrisa que suaviza sus facciones de un modo que casi me desarma—. ¿Y muerden?

—Depende —responde Andreas, ya acercándose con el libro en las manos—. Algunos son buenos. Otros solo… dan miedo. Pero los entiendes cuando escuchas toda la historia.

—Hm —dice Alekos, hojeando las primeras páginas—. Entonces es como algunas personas.

—¿Tú también lo crees? —pregunta Lysander, acomodándose más cerca.

—Estoy seguro.

Los observo a los tres. Sus hijos. Él. Y pienso en cómo esta escena, meses atrás, habría sido impensable. Alekos siempre parecía del tipo que observa desde lejos, pero ahora… está ahí, con un libro en la mano, agachado entre sus hijos, hablando de monstruos con más atención de la que jamás le vi dedicar a ningún adulto.

—¿Quieres leer un fragmento? —pregunta Andreas, y Alekos parpadea.

—¿Ya lo habéis leído?

—Thalia nos lo leyó —responde Lysander—. Pero tu voz es distinta. Parece… no sé… como de película.

Alekos ríe. Un sonido corto, pero real.

—De acuerdo, entonces. Un fragmento.

Se acomoda y, sin pedirlo ni consultarlo, se sienta a mi lado en la alfombra. Los niños se arrebujan, uno a cada lado. Andreas se apoya en mi brazo. Lysander tira del bajo del pantalón de Alekos como si fuera lo más natural del mundo. Y entonces empieza a leer.

La voz grave. La cadencia pausada. El cuidado con las palabras.

Debería estar prestando atención a la historia, pero es imposible. Estoy demasiado ocupada siendo golpeada por esta imagen. La de los tres juntos. Su voz. El calor de su cuerpo tan cerca del mío. Y de repente… su mano encuentra la mía sobre la alfombra.

No es un gesto brusco. Ni siquiera deliberado. Es como si lleváramos años sentados juntos y aquello fuera simplemente… lo que se hace. Un gesto pequeño. Silencioso. Lleno de pertenencia.

Mis dedos se tensan de sorpresa, pero no por mucho tiempo. Porque él los acaricia con el pulgar. Despacio. Sutil. Como diciendo "lo sé". Como diciendo "quédate".

Y me quedo.

Siento la sangre subir a mi rostro y, cuando me atrevo a mirarlo, Alekos ya me está mirando. No como si fuera algo incorrecto. Sino como si fuera inevitable. Como si el mundo entero estuviera suspendido en silencio solo para que ese momento ocurriera.

Y cuando el libro termina, yo sigo ahí. Permanezco incluso cuando los niños piden comida. Incluso cuando Sofia entra para anunciar que la cena está lista.

Se detiene en la puerta. Mira. Sus ojos pasan de nuestra posición en la alfombra a nuestras manos entrelazadas. Su expresión no cambia. Pero lo ve.

Todo el mundo lo vería. Si mirara con atención.

Cuando se aleja, Alekos no suelta mi mano. Y yo no suelto la suya. Por un segundo, es como si toda la casa existiera para que ese momento sucediera.

No sé si debo sonreír, apartar la mirada o arrojarme a sus brazos. Pero lo que hago es quedarme ahí. Inmóvil. Muda. Ardiendo.

***

Martina no deja de hablar de los nuevos tapizados de las butacas de la biblioteca, pero confieso que mi atención se dispersa mientras

caminamos por el corredor central de la mansión.

—Le dije que el señor Theodorakis preferiría el tono más oscuro —insiste, con ese entusiasmo de quien ama discutir telas.

—¿Hm? Sí, claro —respondo, parpadeando despacio, luchando por mantener la concentración. Estoy cansada. Un cansancio bueno, como si todo mi cuerpo siguiera vibrando con los efectos de la noche anterior. Me ocurre cada vez con más frecuencia.

Una risa alta y musical llega a mis oídos cuando nos acercamos a la entrada de la casa. Más que eso. El sonido es ajeno. Esa risa no pertenece a la mansión. No pertenece a Aletheia. Y, de algún modo, siento —en el fondo del estómago— que tampoco me pertenece a mí.

Martina alza las cejas y acelera el paso, y yo hago lo mismo. Cuando giramos por el corredor que conduce al vestíbulo de entrada, es como entrar en otra atmósfera.

Una energía completamente distinta vibra en el aire, hecha de tacones altos, perfume francés y una presencia muy consciente de su propio impacto.

Está de espaldas a mí, pero ya sé que no es una empleada de la casa. El cabello perfectamente recogido en un moño que ninguna corriente de aire lograría deshacer, los hombros cubiertos por un abrigo estructurado de más para el clima de la isla. Es una pintura hecha para impresionar.

Y Alekos está frente a ella.

Sonríe. Una sonrisa discreta, contenida. Pero una sonrisa al fin y al cabo. Y cuando ella vuelve a reír, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y una mano apoyada en el pecho durante un segundo demasiado largo, algo dentro de mí se contrae.

Martina intenta disimular, pero me lanza una mirada de advertencia.

—Creo que es la doctora Melina —murmura—. Trabajaba con el señor Alekos antes de mudarse a Oslo. Una mujer muy… competente.

Claro que lo es.

Alekos no nota mi presencia de inmediato. Está envuelto en esa burbuja de recuerdos que solo quienes han compartido una historia íntima —aunque sea profesional— conocen bien. Me detengo, sin saber por qué. Y me quedo ahí, sintiendo la textura de la alfombra bajo mis pies y el sabor metálico de algo peligrosamente parecido a los celos en la boca.

Entonces ella me ve.

Su mirada se desliza sobre mí con elegancia ensayada. No hay sorpresa. Ni incomodidad. Solo evaluación.

Alekos se gira justo después, y su rostro cambia. Una línea se marca en su mandíbula. Endereza los hombros.

—Thalia —dice mi nombre con una neutralidad que me atraviesa como una aguja bajo la uña.

Fuerzo una sonrisa y camino hacia ellos, pero el hielo ya se ha instalado en mi espalda. Los ojos de Alekos recorren mi cuerpo rápidamente, como comprobando… algo.

La intención es imperceptible para quien no lo conoce, pero yo lo conozco. O al menos me gusta creer que lo estoy conociendo después de pasar los últimos dos meses enteros durmiendo y despertando entre sus brazos. Y aquello es un gesto de territorialidad contenida.

Como si, por un segundo, recordara quién soy para él. Y luego borrara ese pensamiento con la misma rapidez con que surgió. Me detengo frente a mi jefe y a su invitada. Mi sonrisa permanece, pero los hombros se me tensan.

—Buenas tardes —saludo con amabilidad, primero a Alekos, luego a la mujer.

—Buenas tardes —responde ella, sin sonreír. Su mirada me analiza como si fuera un mueble cualquiera. Y, tras una pausa milimétrica, extiende la mano, como si me concediera un favor—. Doctora Melina.

Doctora. Claro.

—Thalia —digo simplemente, estrechando su mano con firmeza, aunque el calor ha desaparecido de las puntas de mis dedos—. Soy la niñera de los niños.

Sonríe. Una sonrisa pequeña. Precisa. Y luego se vuelve hacia Alekos como si yo ya hubiera cumplido mi función.

—Deben de estar enormes —dice, retomando la conversación como si yo ya no estuviera allí—. Recuerdo a Lysander aún con esa expresión de viejo gruñón en el cuerpo de un niño de cuatro años.

Alekos esboza una sonrisa de lado. De esas que no dicen nada.

—¿Y Andreas aún me mira como si fuera una amenaza para la seguridad nacional? —añade ella, riendo sola.

—Siguen siendo… peculiares —dice Alekos, y su voz tiene un matiz de cariño discreto.

Permanezco quieta, inmóvil, invisible. Sin saber si la dispensa silenciosa de la doctora Melina es también la de Alekos. ¿Debo irme? ¿Debo quedarme? ¿Qué se espera que haga? ¿Para qué me llamó aquí? ¿Para ignorarme?

Hablan de un tiempo que no me pertenece. De un tiempo que nunca conocí, de un Alekos que no vi, y todo en mí palpita.

El tiempo se estira de forma cruel. Hasta que, por fin, Alekos parece recordar mi presencia. O la necesidad de marcarla.

—Thalia está con los niños desde el inicio del verano. La adoran —dice, y su voz carga algo más grave. Un peso que no sé descifrar. Su mirada toca la mía. Un segundo entero. Pero ya estoy temblando por dentro, y no de un modo agradable. Sobre todo porque esa mujer insiste en tocarlo. ¿Por qué lo toca?

—Qué suerte —dice Melina, con un tono perfectamente neutro—. Ayudar a cuidar a los hijos del señor Theodorakis es, sin duda, una función… importante.

"Importante." La forma en que lo dice es una caricia afilada con una navaja debajo.

—Ellos me enseñan mucho —respondo, con la voz suave, pero estoy cansada de no saber dónde piso. De no saber hasta cuándo puedo quedarme.

Alekos rompe el silencio que se instala.

—Voy a acompañarla al jardín, Melina. Estaba a punto de tomar un café cuando llegó —dice, dirigiéndose a ella—. ¿Me acompaña?

Melina sonríe como quien gana una pequeña batalla, pero es Alekos quien se acerca a mí —un paso corto, casi imperceptible, como si quisiera decir algo, salvo que no lo dice—.

—Con permiso, entonces —murmuro y giro sobre los talones antes de que la confusión dolorosa que se expande en mi pecho suba hasta los ojos.

Martina me espera al final del corredor. Su mirada curiosa no tiene nada que ver con la mía. En los últimos días las cosas entre Alekos y yo se han vuelto más evidentes. No sé si por descuido suyo o por intención, pero los dedos entrelazados con los míos, incluso en presencia de Sofia, fueron solo el primer gesto de una serie que se ha sucedido desde entonces.

Sé que los demás empleados de la casa están notando algo. Nadie me ha preguntado directamente, ni he oído nada a mis espaldas, pero ya he percibido algunas miradas. Y algunas personas, como el jardinero, incluso parecen tratarme distinto. Casi como si me halagaran. No estoy segura. Tal vez sea solo impresión mía.

La expresión en el rostro de Martina, sin embargo, no deja dudas de que cree que algo acaba de suceder.

Paso a su lado sin decir nada, sabiendo ya a dónde voy: lejos.

A algún lugar donde el olor de otra mujer no esté pegado al aire. A algún sitio donde el pecho no se me apriete por un hombre que nunca me prometió nada, pero que de algún modo ya se lo llevó todo.

***

La biblioteca es uno de los lugares más silenciosos de la casa. Y, quizá por eso, también uno de los más peligrosos. Demasiado silencio tiene el don de amplificar lo que ocurre dentro de uno.

Me siento en el sofá de terciopelo claro con un libro cualquiera abierto entre las manos. No recuerdo cuál. No he leído una sola línea desde que llegué. Pero finjo leer. Intento parecer tranquila. Ocupada. Racional.

Fracaso en todos los aspectos.

El estómago sigue encogido. Mis pensamientos regresan una y otra vez a la mujer. Melina. La forma en que se acercó a él. La intimidad casual. El toque en el hombro. La carcajada sin pudor. Y lo peor de todo: lo natural que pareció.

Ella lo conocía. Conocía al Alekos que existía antes de mí. Al Alekos que yo aún estoy conociendo —un fragmento por noche, por caricia, por silencio entre una respiración y otra—. ¿Lo habrá conocido tan profundamente como yo? ¿Lo habrá deseado? ¿La habrá tocado como me toca a mí?

Sacudo la cabeza, irritada conmigo misma. No tengo derecho a pensar eso. A consumirme por dentro como si fuera… suyo. O como si él fuera mío.

Pasos firmes resuenan fuera de la biblioteca y los reconozco al instante. Reconocería ese andar incluso en medio de un terremoto. Miro el reloj. Han pasado tres horas desde que me despedí en el salón. ¿Habrá pasado todo ese tiempo con ella?

Parpadeo un par de veces y finjo sumergirme en el libro. El sonido de la manilla girando es discreto, pero resuena fuerte dentro de mí.

Como un tambor que anuncia el enfrentamiento.

Alekos entra y cierra la puerta despacio tras de sí. No dice nada. Solo me observa un momento.

—No fuiste a comer —comenta, por fin.

Levanto la vista despacio, marcando la página del libro con el dedo, aunque no sepa cuál era. Me encojo de hombros.

—No tenía hambre.

Permanece cerca de la puerta unos segundos. Luego empieza a caminar hacia mí.

—No sueles saltarte comidas, mikrí mou spinthíra. Así que dime, ¿perdiste el apetito antes o después de que Melina apareciera en el vestíbulo?

—No sé de qué hablas —respondo demasiado rápido.

Alza una ceja. El sarcasmo contenido en su expresión es sutil, pero está ahí.

—¿De verdad crees que puedes engañarme, Thalia?

Desvío la mirada. Aprieto el libro con más fuerza. Como si eso fuera suficiente para protegerme de él. Pero nada lo es. Nunca lo ha sido. Alekos se detiene a menos de dos pasos de distancia. El calor de su cuerpo es una presencia casi física en la sala.

—Estás celosa —afirma. Así de simple. Como si fuera una constatación tan obvia como el color del cielo.

—No lo estoy —murmuro, aun sabiendo que es inútil.

—No me mientas —dice, más bajo ahora, con esa gravedad que siempre me desarma—. No se te da bien. Y ya conozco demasiado tu rostro como para no saber leer lo que pasa ahí dentro.

—No es nada —insisto, la garganta seca, la mente latiendo.

—No es nada —repite, como probando el sabor de mis palabras. Luego inclina la cabeza. Sus ojos queman los míos—. ¿Qué es

exactamente lo que te molestó?

Me niego a responder. El problema es que Alekos ha aprendido a interpretar incluso mis silencios. Inclina la cabeza mientras me estudia, me descifra y me desnuda, aunque mi ropa siga en su sitio.

—No te gustó ver a otra mujer tocándome.

No respondo. Porque no puedo. Porque tiene razón. Porque aquello me carcomió de una forma vergonzosa.

—Tengo que comprobar la sala de estudio. Los niños llegarán del colegio dentro de poco —digo, poniéndome en pie, y Alekos da otro paso. Se coloca entre la mesa de centro y yo. Entre yo y cualquier posibilidad de huida emocional.

—Si quieres huir, huye —dice, con la voz baja pero firme—. Pero no me mires como si hubiera hecho algo. Porque tú sabes. Sabes que solo te quiero a ti.

Y en ese instante la garganta se me cierra. Me muerdo el labio y Alekos extiende la mano. Me toca el rostro con el dorso de los dedos: sutil, íntimo, eléctrico.

—Eres solo mía, Thalia. Y yo soy tuyo —murmura—. No tienes motivos para sentirte así, aunque entienda el impulso.

Se inclina un poco más, como si lo que va a decir fuera una confesión que solo cabe a esa distancia.

—Fue exactamente como me sentí la semana pasada, cuando llegué y te vi hablando con el administrador de la finca que me esperaba para una reunión. Te despediste con educación en cuanto llegué, pero me prometí que si alguien te miraba como vi a aquel imbécil mirarte… le rompería todos los dientes de la boca al desgraciado. Uno por uno.

Suelto el aire, a medias. Mis manos aún sujetan el libro, pero se me escurre y cae sobre la alfombra con un sonido sordo. Alekos baja el rostro hasta el mío. Nuestras narices se rozan.

—¿Quieres oírlo otra vez, *mikrí mou spinthíra*? ¿Quieres oír cuánto odio que intenten tocar lo que es mío?

No respondo, pero mi cuerpo entero dice que sí.

Entonces Alekos me besa. Y no es un beso dulce. Ni un beso tranquilo. Es un beso lleno de rabia contenida, de necesidad cruda, de tensión acumulada durante demasiadas horas.

Un beso que me aplasta.

Y yo me entrego.

Porque si hay algo que no soy capaz de negar… es a él.

44.

ALEKOS THEODORAKIS

La habitación es amplia, silenciosa, decorada con arte moderno y carpintería oscura. La cama es demasiado grande. Demasiado fría. Imposiblemente vacía.

Estoy tumbado sobre las sábanas de algodón egipcio, la almohada de plumas aplastada bajo la nuca. La luz suave de unas lámparas carísimas tiñe las paredes con sombras tibias. Pero nada de eso importa. Nada de eso consigue silenciar la incomodidad.

No consigo dormir.

Me doy la vuelta. Miro el móvil. Son las tres y veintidós de la madrugada en Londres. En Aletheia ya ha amanecido, y me pregunto si Thalia se habrá despertado.

Su imagen aparece con una facilidad cruel. El pelo recogido de cualquier manera, la boca marcada por las mordidas involuntarias, la piel aún sonrojada por las caricias que le di la noche anterior a mi partida. Dios. ¿Cómo pueden tres mil kilómetros parecer una travesía imposible?

He pasado el día entero en reuniones, cenas y videoconferencias interminables con demasiada gente y ningún rostro que importara. Me senté con inversores, discutí tasas y calendarios de expansión. Fui el ejecutivo de siempre. Excepto por el hecho de que no he conseguido pensar en nada que no fuera ella.

Cada gesto de mi rutina parece desajustado. El mundo entero está torcido. El día empezó torcido. Porque no empezó con ella.

Porque, por primera vez en meses, no fue Thalia quien me despertó con un beso somnoliento o un susurro tímido de "buenos días". No la vi preparar el desayuno de los niños, no sentí su olor pegado a mi piel. Y lo más absurdo es que esa ausencia no solo incomoda. Duele.

Desbloqueo el móvil y abro la última foto que me envió.

Lysander y Andreas sonriendo, cada uno con una tostada mordida en la mano y haciendo muecas a la cámara. Al fondo, se distingue el vestido azul de Thalia. Un borrón suave. Su reflejo aparece mal encuadrado en el cristal de la terraza.

Amplío el reflejo. Como un idiota.

No sé si es el desfase horario, el cansancio o la falta de ella, pero el pecho se me aprieta de una forma extraña. Dejo el móvil a un lado. Cierro los ojos. Los abro de nuevo.

Pienso en llamarla solo para oír su voz, solo para comprobar que todo está bien con ella, con los niños, con ese mundo que solo existe porque ella existe dentro de él. Pero no llamo. En lugar de eso, aprieto la almohada contra la cara. No huele a ella.

Me quito la camiseta y salgo a la terraza. El cielo de Londres está cubierto. La ciudad brilla como un cuerpo lleno de cicatrices. Me pregunto si ella tendría frío aquí. Si se encogería contra mi pecho, como hace todas las noches.

Vuelvo al interior y me tumbo en la cama otra vez. Pero no duermo. Ni un segundo. Y en el fondo, sé que no dormiré hasta volver a casa. O mejor dicho: hasta volver a ella.

***

El coche reduce la velocidad al cruzar el último portón de la propiedad. La fachada de la mansión se impone contra el cielo dorado de la tarde. El sol está bajo, bañando las columnas en tonos anaranjados. Hay un olor en el aire que solo existe aquí. A lavanda, sal y tierra caliente. Pero, sobre todo… a hogar.

Mi hogar.

Es extraño vivir aquí desde hace más de una década y que solo en los últimos meses haya empezado a pensar en este lugar así. A entender, en realidad, qué significa de verdad esa palabra.

Cuando se abre la puerta, oigo voces procedentes del jardín. Risas infantiles. Un grito de "¡cuidado!". Un ladrido —probablemente del perro del vecino, al que Lysander insiste en dar de comer—. Mis hijos están en casa. Y Thalia también.

Solo eso basta para que la tensión que he cargado en el pecho durante tres días empiece a disolverse.

Sofia me espera en el vestíbulo. Sonríe con cordialidad, pero sus ojos me analizan con atención.

—Bienvenido de vuelta, señor Theodorakis. ¿Ha sido un buen viaje?

—Productivo —respondo mientras entrego el abrigo al mayordomo—. ¿Están en el jardín?

—Sí, señor. Acaban de volver de la playa y aún no se han duchado, pero están animadísimos. La señorita Esperakis organizó una búsqueda del tesoro. Fue todo un éxito.

—Claro que lo fue —murmuro, más para mí que para ella.

Camino hasta los grandes ventanales del salón lateral y la veo. Está arrodillada sobre el suelo de piedra, dibujando algo con tizas de colores. Los niños saltan a su alrededor, señalando, riendo, intentando adivinar qué es. Thalia ríe.

Libre. Hermosa. Irradiando una luz que ningún sol del mundo es capaz de reproducir.

La añoranza me golpea de lleno. Un puñetazo en el estómago. El impulso de ir hacia ella, de sujetarla, de sentirla, es casi físico. Pero no puedo.

No con ojos por todas partes. No con los niños allí. No con la vida que aún necesita fingir que ella es solo la niñera… y no la mujer que se quedó dormida sobre mi pecho durante las últimas ochenta noches.

Me obligo a respirar hondo.

Salgo del salón y bajo los escalones que me separan del jardín. El sonido de una carcajada resuena más fuerte ahora. Andreas me ve primero.

—¡Papá!

Corro a recibirlo en brazos y soy inmediatamente engullido por dos pares de brazos pequeños. Lysander se lanza sobre mí por el lado izquierdo, y Thalia se levanta despacio, sacudiéndose el polvo de las manos con una sonrisa contenida. Cuando nuestras miradas se cruzan, algo dentro de mí cambia de eje.

Da un paso al frente. El vestido amarillo claro se balancea contra sus piernas.

—Estábamos a punto de terminar la última pista —dice, como si el reencuentro no nos atravesara por dentro. Como si su corazón no latiera tan rápido como el mío. Como si el mundo no se detuviera durante un segundo allí.

—¿Y habéis encontrado el tesoro?

—Todavía no —responde Andreas—. Pero creo que Thalia sabe dónde está.

—Seguro que sí —murmuro, sin apartar los ojos de ella.

Los niños empiezan a hablar atropelladamente sobre mapas y pistas. Thalia sonríe, aparta la mirada, pero no antes de que lo vea. Me ha echado de menos.

—He traído regalos —les aviso, y salen disparados hacia el interior de la casa.

Me quedo a pocos pasos de ella.

—Iba a entrar a cambiarme —dice en voz baja.

—Ve. —Mi voz sale ronca—. Pero no te quites ese olor a sal del pelo. Me gusta.

Se sonroja. Y antes de poder responder, ya se ha dado la vuelta, los dedos deslizándose por los mechones como si intentara

comprobar qué perfume ha quedado atrás.

***

El reloj marca las 21:12.

Los niños han cenado y ya están en la cama, pero deben de estar demasiado excitados, porque Thalia aún no ha aparecido en el dormitorio. Sé que vendrá. Siempre viene. Siempre vuelve.

Cuento los minutos mientras espero, como si cada uno fuera un preludio necesario para volver a tenerla entre mis brazos. Me apoyo en la pared junto a la puerta de comunicación entre nuestros cuartos. Paso los dedos por ella. No sé qué tiene de simbólico ese gesto. Solo sé que lo hago todas las noches, como quien comprueba si el mundo sigue entero al otro lado.

Respiro hondo. Estoy a punto de ir hacia ella, de girar el pomo e invadir el espacio que también es mío, cuando la puerta se abre de golpe y aparece.

Durante un instante, nos quedamos congelados.

Está ahí, con una expresión que roza el alivio y la desesperación. Como si estuviera a punto de decir algo, pero no supiera por dónde empezar.

El pelo suelto. La piel aún enrojecida en algunos puntos, como si el sol de la playa hubiera pasado la mano de más sobre ella. Lleva uno de los albornoces de seda que mandé junto con la ropa nueva, poco después de que llegara aquí. Y debajo… nada. Lo sé. Porque lo sé. Porque mi cuerpo reconoce la ausencia.

Doy dos pasos y ella no se mueve.

—¿Cómo fue el viaje? —pregunta, casi en un susurro.

—¿Profesionalmente? —replico, acercándome—. Excelente. Hice todo lo que tenía que hacer. Usé la rabia como combustible para rendir incluso más.

—¿Rabia? —pregunta, bajando un poco la cabeza. La voz casi se le quiebra—. ¿Rabia de qué?

—De ti.

Levanta la mirada. Sus ojos son enormes. Asustados. Incrédulos. Pero no hablo con rencor. Hablo con hambre. Con añoranza. Con una urgencia que ya no cabía en el pecho.

—¿Tienes idea del infierno que ha sido pasar estos días lejos? ¿De cuánto he echado de menos oír tu voz? ¿De sentir tu olor, la forma en que duermes encajada en mí, mi pequeña chispa? —Me acerco más. Lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo. Para que ella sienta el mío—. Joder… cuánto te he echado de menos, Thalia.

—Casi me vuelvo loca —susurra, como quien confiesa el más sucio de los pecados—. La cama era enorme sin ti. La casa estaba… mal.

—¿Qué me estás haciendo?

—No lo sé —admite, negando despacio con la cabeza—. Pero no es nada que tú no estés haciéndome a mí también.

Nuestros cuerpos se encuentran. Nuestras bocas se buscan y el beso es un reencuentro. No hay lengua al principio. Solo labios y añoranza.

Solo el hambre acumulada de tres noches sin ella.

Su mano sube por mi nuca, se aferra a mí como si hubiera olvidado cómo era el contacto. Yo la aprieto. Una, dos, tres veces. Y sé que, si alguien nos viera ahora, no entendería nada. Porque no es sexo. Es adicción. En estado puro, sin nombre, sin etiqueta. Sin explicación.

Me aparto despacio, respirando contra su piel.

—Tengo algo para ti —digo, con la voz ronca.

—¿Para mí?

Asiento. Tomo su mano y la llevo hasta el espejo del dormitorio.

—Cierra los ojos.

Duda.

—Confía en mí.

Thalia obedece.

Cojo la pequeña caja que dejé sobre la mesilla. Saco el collar despacio. Un hilo de oro delicado, casi invisible. En el centro, una sola piedra: verde esmeralda con un matiz azulado. Como el mar de Aletheia que tanto me recuerda a ella. La única otra cosa en el mundo que me despierta el tipo de calma que siento cuando Thalia está cerca.

Paso el collar alrededor de su cuello, cierro el broche con cuidado y dejo que mis dedos recorran su piel un segundo más de lo necesario.

—Puedes abrir los ojos.

Lo hace y se queda paralizada. Sus dedos tocan la piedra. Luego la cadena. La sujeta como si fuera de viento y cristal. Como si pudiera romperse solo con mirarla.

—Alekos…

—Es tuyo.

—Yo nunca… Nunca he recibido algo tan bonito. Ni de lejos.

Me acerco por detrás y rodeo su cintura.

—Lo aceptarás —le advierto antes de que tenga la idea estúpida de negarse—. Es un regalo. Y no tienes opción.

Thalia ríe bajito, pero las lágrimas se le escapan antes de poder contenerlas.

—Gracias.

Se gira hacia mí. Me rodea el cuello con los brazos. Me besa la barbilla. El pecho. La comisura de la boca. Y cuando nos sentamos en el borde de la cama, apoya la cabeza en mi hombro y suspira.

Nos quedamos así. En silencio. Y el mundo entero desaparece una vez más.

La aprieto contra mí y pienso que quiero darle mucho más. Muchísimo más.

Pero no lo digo.

45.

THALIA ESPERAKIS

La luz de la ciudad entra filtrada por las cortinas blancas del ático de Alekos en Atenas, mezclándose con el brillo amarillento de las lámparas de pie.

El reflejo que me devuelve el espejo es tan… irreconocible que me obliga a parpadear, como si ese gesto pudiera ajustar el enfoque de la imagen. Pero soy yo. Con un vestido oscuro, ceñido hasta la cintura y suelto en la cadera, con una abertura que sube más de lo que debería.

El pelo alisado, recogido solo a los lados. El maquillaje… demasiado intenso para una chica que creció entre monjas.

Llevo la mano al crucifijo que descansa entre mis clavículas, como quien busca refugio. El collar que Alekos me regaló —el de la piedra azul oscuro— reposa justo debajo. Un recordatorio silencioso de que él está en todas partes.

Han pasado tres días desde que volvió de Londres como si hubiera atravesado el infierno y regresado solo para encontrarme. No dejó lugar a dudas sobre cuánto me había echado de menos, y eso fue un alivio, porque Dios es testigo de cuánto lo eché yo de menos.

No debería haberlo sentido. No debería haber pensado en él cada minuto de cada uno de los días que Alekos estuvo lejos, pero lo hice. Pensé. Y saber que él pasó por lo mismo no es exactamente la solución al problema, pero es un alivio enorme.

Y desde que esas palabras salieron de su boca, no puedo dejar de preguntarme si, si él siente lo mismo, ¿será que de verdad soy yo la que tiene un problema?

Me muerdo el labio, pero lo suelto enseguida al darme cuenta de que podría arruinar parte del maquillaje antes siquiera de salir del

dormitorio. No esperaba la invitación, pero… cuando llegó —o mejor dicho, la orden— sentí alivio. No tendría que pasar por el tormento de volver a estar lejos de Alekos cuando aún no había entendido del todo el primero.

«Tenemos un evento en Atenas el viernes. Prepara una maleta pequeña».

Lo dijo al encontrarme en la biblioteca, como si fuera solo otra línea de la agenda. Yo sabía lo que significaba. Significaba ser vista. Reconocida. La acompañante de Alekos Theodorakis. El viudo multimillonario y —hasta hace poco— el hombre inalcanzable de Aletheia.

Por mucho que todo en mí gritara «¡SÍ!», dije que no hacía falta que fuera. Que podía quedarme con los niños. Pero él solo arqueó una ceja.

«Vienes conmigo».

Y vine.

Ahora estoy aquí. En su ático. Sentada en el banco de un dormitorio decorado con una sobriedad masculina, ajustándome los zapatos por tercera vez, porque no sé qué hacer con las manos.

Me levanto, doy una vuelta por la habitación y vuelvo a pararme frente al espejo. La mujer que me mira… no es la niñera que llegó a casa de Alekos hace casi seis meses con las rodillas quemadas por el sol y las uñas manchadas de pintura.

Esta mujer tiene la piel brillando por el iluminador y un delineado perfecto. Y, aun así, por dentro… está tan cruda como siempre.

Me saca de mis pensamientos el sonido de la puerta al abrirse. Alekos entra. Alto. Imponente. El traje negro parece haber sido diseñado sobre su cuerpo. Me ve y se detiene un segundo.

No hay elogios. Ningún comentario directo. Solo sus ojos. Los ojos que recorren toda mi silueta antes de volver a los míos con la misma intensidad que siempre consigue derretirme.

—¿Estás lista? —pregunta, como si mi aspecto no lo hubiera afectado. Pero el músculo que palpita en su mandíbula dice lo contrario.

Asiento. Él me tiende la mano. Yo la tomo.

El camino hasta el ascensor es silencioso. Solo el sonido de nuestros pasos. Y el de mi corazón, latiendo demasiado fuerte en el pecho.

En el coche, posa la mano sobre mi pierna, por encima del vestido. Un gesto natural. Pero que me hace contener el aliento.

No habla mucho. Apenas intercambia unas palabras con el conductor y mira por la ventana, pero sus dedos siguen ahí, trazando círculos lentos que no tienen nada de distraídos. Como si dijera que, aunque todo el mundo me mirara esa noche… yo era suya.

Llegamos al hotel donde se celebra el evento. Luces. Flashes. Escalinatas altas. Mucha gente. Mujeres con vestidos imposibles y perfumes intensos. Hombres estrechando manos. Nombres que no reconozco. Sonrisas que no llegan a los ojos.

Alekos se mueve con familiaridad. Yo, como un satélite a su alrededor. Saluda a una pareja, luego a otra. A veces me presenta, a veces no. Sus manos permanecen cerca, en la parte baja de mi espalda o rozándome el brazo. No me suelta, pero tampoco me agarra.

Y, con cada nueva sonrisa, cada nuevo apretón de manos, me siento más… invisible. O quizá demasiado visible.

Detengo el vaso de zumo a medio camino de la boca cuando una voz femenina, detrás de mí, susurra algo a otra. Ambas sostienen copas de espumante.

—Así que esta es la niñera que se convirtió en acompañante de gala.

Ríen. La otra la imita. Yo me quedo paralizada. No me giro. Pero el pecho me duele.

No importa cuántos dedos entrelazados, cuántas noches entre sábanas, cuántas promesas no dichas. Para ese mundo… sigo siendo solo un accidente elegante.

Necesito aire.

Me giro despacio. Alekos está de espaldas, hablando con dos hombres. No se da cuenta. Y me alejo. Salgo por una puerta de cristal que da al jardín suspendido del hotel.

El aire es fresco, pero no alivia. Apoyo las manos en la balaustrada y cierro los ojos un instante.

¿Y si solo soy una fase bonita? ¿Una distracción sagrada?

La pregunta me desgarra más de lo que debería.

—¿Estás bien? —su voz suena a mi espalda. Grave. Atenta.

Me giro despacio. Alekos está a pocos pasos. Las manos en los bolsillos. Los ojos… directamente en mí.

—Sí —miento.

No me cree, pero no insiste. Se acerca. Se detiene a mi lado.

—No me gusta verte así.

—¿Así cómo?

—Como si el mundo fuera demasiado grande para ti. Cuando la verdad es que cualquier sala se queda pequeña cuando entras.

Cierro los ojos un segundo. Respiro.

—¿Quieres volver? —pregunta tras un instante.

—No tienes que… —empiezo, pero me interrumpe.

—Tengo que estar contigo, Thalia. Y si eso significa pasar el resto de la noche en silencio en medio del jardín… entonces eso haremos.

Lo miro. No sé qué decir. Me tiende la mano y la acepto. Alekos me envuelve en sus brazos y, durante varios minutos, me quedo ahí, respirando su olor, sintiéndome… en casa.

Sus labios rozan mi sien y sus manos acarician mi espalda con movimientos rítmicos. Cuando creo que es suficiente, doy un paso atrás. No quiero estorbarle.

—Volvamos —pido.

—¿Estás segura?

Asiento, porque no lo estoy. Alekos entrecierra los ojos y suspira, pero me guía de vuelta al salón. Y vuelvo, pero algo ya ha empezado a romperse por dentro. Y lo sé.

Porque él sigue siendo Alekos. Sigue siendo el hombre que me hace arder con solo tocarme. Pero ese mundo… ese mundo no es el mío. Y nunca lo fue.

Y no es solo dentro de mí donde las cosas empiezan a cambiar.

En cuanto cruzamos de nuevo las puertas de cristal que nos separan del salón principal, algo se transforma en la mirada de Alekos.

Me observa de reojo un segundo. Luego extiende la mano, en silencio. No como un gesto cortés o funcional. Sino como una invitación. Como una elección.

Entrelazo mis dedos con los suyos y, de inmediato, el mundo se hace más pequeño.

Alekos camina a mi lado y, por primera vez en la noche, no me conduce. Está conmigo.

Sus ojos se apartan de los rostros conocidos, de los saludos mecánicos, de los flashes. Deja de buscar caras conocidas y empieza a observar la mía. Cada detalle. Como si nunca me hubiera visto antes con esa mirada. Como si estuviera prestando atención solo ahora. O como si se negara, deliberadamente, a mirar cualquier otra cosa.

Cuando alguien lo llama desde lejos, solo sonríe y asiente vagamente con la cabeza. No suelta mi mano. Ni cuando se acerca la directora de la escuela de arquitectura que organizó parte del evento, ni cuando otros dos inversores de la isla lo rodean unos instantes.

Sus respuestas son automáticas. Protocolarias. Pero sus ojos… sus ojos están en mí.

—Estás preciosa —dice de repente, en mitad de una conversación con dos personas más.

La frase no fue solo para mí. Fue para todos. Fue un anuncio. Una afirmación. Un ancla.

Lo miro, sorprendida. Él solo sonríe de lado.

Más adelante, en un rincón del salón, un pequeño cuarteto toca jazz en directo. Comienza una melodía suave. Alekos me mira, luego mira el espacio vacío frente a nosotros.

—Vamos a bailar.

—Alekos… —murmuro, mirando alrededor—. No sé si…

—Sí sabes. —Me atrae suavemente por la cintura—. Y aunque no supieras… solo tienes que seguirme.

No hay petición. Pero tampoco imposición. Hay presencia. Hay deseo. Hay la seguridad de quien me conoce entera. De quien ya me ha visto más desnuda de lo que cualquier vestido podría mostrarme.

Me lleva hasta el centro del salón y bailamos. Su mano en mi cintura. La otra sujetando la mía con firmeza. El rostro demasiado cerca. Los ojos solo en los míos. La melodía nos envuelve como si nada más existiera. Y, de repente, eso es todo. Nada más existe.

Es como si hubiera borrado las paredes, las voces, las cámaras. Como si lo hubiera borrado todo y nos hubiera dejado solos a los dos. Sonrío. Por primera vez esa noche, sonrío de verdad.

—Has cambiado —murmuro cuando la música termina y seguimos ahí, mirándonos.

—No. Solo me di cuenta de que no estaba cuidando de lo que de verdad importa.

—¿Y qué es?

Inclina la cabeza.

—Tú.

Volvemos al salón de la mano. El contacto aún quema en mis dedos. Mi cuerpo sigue girando con la cadencia de la música, pero ahora hay otro ritmo latiendo dentro de mí. Más íntimo. Más nuestro.

El salón sigue vibrando con luces suaves y conversaciones amortiguadas, pero ya no siento tanto el peso de estar fuera de lugar. Alekos ha conseguido eso. ¿Cómo lo hace? Con un toque, una palabra, una mirada… y todo lo demás pierde importancia.

Intercambiamos una mirada cómplice, una sonrisa contenida, cargada de algo que solo nosotros comprendemos. Él sostiene mi mano y pasa el pulgar despacio por mis dedos, como si estuviera memorizando la textura de mi piel.

Sus ojos recorren mi rostro y descienden hasta mi boca, como si quisiera besarme allí mismo, delante de todos. Y yo deseo que lo haga. Con cada fibra de mi ser. Lo deseo.

Pero una mujer se acerca. Elegante. Segura. Con una carpeta en la mano y la sonrisa de quien necesita interrumpir lo que sea que esté ocurriendo.

—Señor Theodorakis, la directora del instituto le está esperando para una conversación rápida sobre la subasta benéfica. Me pidió que lo acompañara a la sala de apoyo.

Veo cómo se le tensa la mandíbula. Duda. Durante un segundo solo me mira. Y en ese segundo parece considerar negarse. Parece sopesar si debe dejarme.

—Está bien —digo con una sonrisa leve—. Me quedaré aquí esperándote —señalo hacia el bar, a pocos metros—.

No responde de inmediato. Solo me observa. Como si no estuviera convencido. Como si hubiera algo en él que prefiriera quedarse exactamente donde está: a mi lado.

Pero finalmente suelta mi mano con reticencia.

—No tardo —murmura, como una promesa.

Asiento y lo veo alejarse.

Me quedo sola.

Mis dedos aún conservan el calor de su contacto. Y durante un momento, eso es todo lo que llena mi cuerpo. El calor. Pero conforme pasan los segundos, el silencio a mi alrededor se vuelve más ruidoso.

Miro alrededor. Parejas elegantes, gente hablando de viajes y adquisiciones millonarias. Todo es bonito. Todo es… distante. ¿Algún día encajaré aquí?

¿Es eso lo que él espera? ¿Que aprenda este idioma silencioso de la sofisticación, de la discreción calculada, de las apariencias impecables? ¿O es todo esto solo un interludio, un escenario provisional?

La pregunta martillea mi mente, mezclada con las ganas de huir y el deseo de pertenecer. Busco a Alekos entre los invitados, pero ya ha desaparecido por los pasillos laterales.

Me quedo donde estoy, los dedos tocando la base del vaso de agua que el camarero me sirvió segundos después de pedírsela, como si eso bastara para mantenerme anclada. No lo es. Pero finjo que sí.

—Buenas noches —suena una voz masculina a mi derecha.

Me giro y encuentro a un hombre alto, europeo, probablemente italiano, a juzgar por el acento. Sonrisa fácil, el cuello de la camisa ligeramente desabrochado y ese brillo en los ojos que reconozco incluso sin mucha experiencia: una mirada que mide, prueba, calcula.

—Buenas noches —respondo con una inclinación de cabeza.

—¿Es su primera vez en un evento así? —pregunta con naturalidad.

—Sí.

—Me lo parecía. Hay algo en su manera de estar… fuera de lo habitual.

Sonrío, incómoda. Busco a Alekos con la mirada, pero sigue ocupado. El hombre no percibe —o percibe y decide ignorar— mi incomodidad.

—Es un cumplido, por supuesto. No digo que no pertenezca —continúa, inclinándose un poco más—. Al contrario. Llama la atención. Y no es solo por el vestido, aunque… ese se merece todos los créditos.

La garganta se me cierra. Doy un paso discreto hacia atrás, pero no hay mucho espacio para retroceder. Estoy a punto de poner fin a la conversación con toda la cortesía posible cuando una presencia se interpone entre nosotros.

Alekos.

Aparece como si hubiera sido invocado por mis latidos desbocados. Y durante un segundo no dice nada. Solo mira.

La tensión del aire cambia de temperatura. El hombre lo nota. Todos lo notan. Alekos desliza la mano por mi cintura, despacio, y me acerca a él. Su cuerpo toca el mío en puntos estratégicos: lo justo para que me sienta segura, marcada, reclamada.

—¿Está todo bien? —me pregunta, pero la voz es más grave de lo necesario. Más afilada.

—Sí —respondo en voz baja.

—Estupendo. Porque casi pensé que no lo estaba —dice, girándose lentamente hacia el hombre. La sonrisa no llega a los ojos.

El otro intenta parecer relajado. Falla.

—Esta mujer tiene dueño —dice Alekos, seco. No necesita levantar la voz.

—Perdón, yo… no sabía que…

—Ahora lo sabes. —Alekos da medio paso al frente. Lo suficiente para que el hombre retroceda—. Y ya que estamos aclarando cosas, apúntalo bien: incluso aunque una mujer esté sola, aunque no pertenezca a nadie más que a sí misma, si parece incómoda, aunque sea un poco, desapareces.

No es una amenaza. Es simplemente… Alekos.

El otro se retira con disculpas murmuradas y pasos rápidos. Alekos vuelve a mirarme. Sus ojos aún no están calmados. Su mano se eleva para una caricia cuidadosa en mi rostro.

—¿Qué ha pasado? Dijiste que estabas bien —protesta, girando la cabeza como si buscara al hombre que ya se ha perdido entre la multitud. Como si planeara cazarlo si yo dijera que mentí, que no, que no estaba bien.

—¿Tengo dueño? —pregunto casi en un susurro, sin poder contenerme.

Y aun así, por un milagro, Alekos me oye. Y más que eso, entiende exactamente lo que estoy preguntando.

—Sé que dijiste que mientras esto durara yo sería tuya y tú serías mío, pero… ahora… la forma en que hablaste… no sonó como algo pasajero, como algo que…

—¿Aún tienes dudas? —me interrumpe, frunciendo el ceño, como si mis preguntas fueran absurdas.

—Yo… —empiezo, pero no consigo terminar.

Alekos entrelaza sus dedos con los míos y empieza a llevarme lejos del bar.

—¿Qué… adónde vamos? —pregunto, siguiéndolo sin entender qué ha desencadenado todo esto.

Tal vez no debería haber dicho nada. Pero no pude tragarme mis dudas. No cuando su declaración de posesión aún resonaba en cada fibra de mi cuerpo.

—Nos vamos.

—Pero… el evento…

—Me da igual el evento.

—Alekos…

—Estuviste incómoda cinco minutos, Thalia —me interrumpe, inclinándose hacia mi oído—. Y para mí eso es demasiado tiempo. —El tono es calmado, pero lo siento. No está enfadado con el hombre que se acercó; está enfadado consigo mismo. Por haberse ido. Por no haber estado aquí—. Te traje a esta noche para mostrarte cuánto puedes brillar. No para verte intentando encogerte.

—Estoy bien. Está todo bien.

—No. No lo está. Y si aún no sabes si tienes dueño, *mikrí mou spinthíra*, es porque no estoy haciendo bien mi trabajo. Y pienso corregirlo en el instante en que pongamos un pie en casa.

***

El ático está en silencio cuando llegamos. No hay rastro de la cena formal que la cocina preparó. No hay rastro de racionalidad en la mirada de Alekos cuando empuja la puerta de entrada y me hace pasar antes que él.

Sus dedos no sueltan los míos ni un segundo. No es un roce casual. Es una esposas invisibles.

No dice nada; solo camina detrás de mí, guiándome como si supiera exactamente lo que pretende hacer y estuviera eligiendo el orden. Cuando llegamos al pie de la escalera, por fin habla. La voz baja. Controlada.

—Sube.

Parpadeo, sorprendida.

—Pero…

—Sube, Thalia —repite, y hay una tensión tan concentrada en esa voz que obedezco sin pensar.

Subo los escalones sintiendo su mirada en cada centímetro de mi espalda, de mi vestido, de la piel expuesta en la curva del cuello. Cuando entro en el dormitorio, cierra la puerta tras nosotros con un chasquido calmado.

No es hambre. Es vicio. Y él está en plena abstinencia.

—Alekos… —empiezo, pero ya está delante de mí.

Sus manos se apoderan de mi cintura. Su cuerpo roza el mío y mi corazón echa a correr. Me mira como si aún estuviera decidiendo por dónde empezar.

—¿Sabes qué más me di cuenta esta noche? —murmura, los dedos hundiéndose en la tela de mi vestido—. Que no tienes ni idea de lo que es tu presencia.

—¿Qué?

—Lo que le hace a la gente. Lo que me hace a mí.

Sus labios rozan mi cuello. Un beso caliente, húmedo, seguido de una mordida lenta.

—Brillaste. Incluso intentando esconderte. Incluso encogida. Brillaste como una maldita constelación.

—Yo solo…

—Y aun así pensaste que tenías que preguntarme si eras mía —continúa, ahora rozando la nariz por mi mandíbula—. *Mikrí mou spinthíra*… esto —su mano sube y me sostiene el rostro— ya no tiene vuelta atrás. Me perteneces.

Hace una pausa, la respiración se le corta, y lo que quiere decir se queda ahí, colgando, demasiado grande para la habitación.

Y entonces me besa.

El beso llega como un golpe: lo que estaba contenido se rompe. Lo que estaba sostenido se derrama. Su boca encuentra la mía con una urgencia que no necesita explicación.

Lo siguiente ocurre deprisa… y, al mismo tiempo, como si él estuviera eligiendo cada segundo con una precisión cruel.

Alekos no está castigándome ni marcando territorio para otros: está intentando borrar la duda de mi cuerpo con presencia. Con certeza. Con esa forma suya de declarar con hechos lo que no siempre dice con palabras.

Cuando finalmente el ritmo se apacigua y el mundo vuelve a tener bordes, no se siente como una "noche" más.

Se siente como un pacto.

Como si, al llegar a casa, él hubiera decidido que no me dejaría volver a encogerme en ningún sitio. Que no permitiría que nadie —ni siquiera yo— me hiciera creer que soy algo provisional.

Y yo… yo lo entiendo sin que lo explique.

Porque, por primera vez, no me siento solo querida. Me siento elegida.

Y, en el silencio que queda después, lo único que sé con claridad absoluta es esto:

Esta noche no fue solo deseo.

Fue pertenencia.

Y yo me rindo a cada segundo.

46.

THALIA ESPERAKIS

La taza aún está templada entre mis manos cuando oigo los pasos apresurados de Sofía en el pasillo. El aroma de la manzanilla sube con el vapor, calmándome los dedos más que el pecho.

El sol de la mañana entra por la ventana de la cocina y dibuja formas suaves en el suelo. Hace unos minutos, el collar que Alekos me regaló se me resbaló del cuello cuando me incliné para acomodar la cesta de panes del desayuno.

Ahora reposa a mi lado, sobre la mesa de madera antigua que, curiosamente, parece mucho menos imponente desde que aprendí a usar la cocina yo sola en aquella mansión.

Me gusta el collar. Me gusta el peso que tiene. El significado que no se dice. Y me gusta aún más la forma en que Alekos me lo puso, como si sellara un secreto.

—¿Señorita Esperakis? —la voz de Sofía me arranca del ensueño. Aparece en la puerta con su portapapeles apoyado en el antebrazo. El pelo recogido a la perfección. La mirada firme, pero amable.

—Buenos días, Sofía.

—El equipo de *Archí Stylí* acaba de atracar en el muelle. Estarán aquí en treinta minutos.

—¿La revista de arquitectura?

Asiente.

—Sí. Lo agendó el señor Theodorakis hace meses. Van a fotografiar los interiores y a hacer una entrevista breve sobre la restauración del ala norte.

Sonrío. Intento parecer normal. Es solo una visita formal. Pero algo dentro de mí se encoge. No sé por qué.

—¿Me necesita en algún sitio? —pregunto, disimulando el nudo repentino en el estómago.

Sofía duda un instante. No con malicia, sino con pragmatismo.

—En realidad… sería mejor que no estuviera cerca, señorita.

Mi sonrisa titubea.

—Entiendo.

—No es por usted —se apresura a añadir—. Es solo que… la propuesta de las fotos es mostrar la esencia arquitectónica del espacio. Sin personas. Solo la casa, como escenario.

Como si yo fuera un borrón en el paisaje.

Asiento. Cojo la taza y finjo dar otro sorbo. Pero el té ya no está caliente. O quizá sea yo.

—Claro, Sofía. Sin problema.

Ella sonríe, aliviada. Y yo sonrío también, con educación. Es casi un intercambio de máscaras.

Minutos después, los sonidos retumban sobre el mármol del vestíbulo. Voces en francés. Equipo técnico. Tríos de pasos coordinados. Me aparto por los laterales de la casa como una sombra. Subo con discreción al cuarto de los niños y me siento en el borde de la cama de Lysander.

Solo entonces noto cuánto tiembla mi cuerpo. Me presiono una mano contra el estómago y me doy cuenta de un leve mareo. No es nada fuerte, pero lo suficiente como para contener la respiración y cerrar los ojos.

No es la primera vez que me pasa. Pero es la primera vez que dura más de unos segundos. La sensación parece venir de dentro, como si mi propio cuerpo intentara avisarme de algo que mi mente aún no se atreve a admitir.

Sin pensar, toco el crucifijo de mi cuello. Y justo después el collar de Alekos.

Es extraño. A veces me siento entera. Pero basta un gesto —una ausencia, un retroceso, una decisión sin mi nombre— para que todo se derrumbe.

Mis ojos se detienen en la ventana. Desde allí puedo ver, a lo lejos, al equipo paseándose por el jardín. Aún no veo a Alekos. Pero es como si su olor siguiera en el aire.

Cierro los ojos y dejo que el pensamiento se deslice dentro de mí como un susurro que no quiero admitir:

«¿Y si yo solo soy un intervalo bonito entre la ausencia de su esposa y la siguiente elección real?»

Se me atasca la respiración en la garganta. Y por un segundo me odio por pensarlo, pero no puedo evitarlo. ¿Por qué me elegiría a mí, al fin y al cabo?

***

El pasillo del ala este termina en una pequeña terraza cubierta, orientada al jardín lateral. Es un rincón de paso, rara vez usado, pero ofrece una vista privilegiada de la fuente principal y del camino curvo hasta el vestíbulo de la mansión.

Apoyo los codos en la barandilla de piedra y observo.

El sol ya está en su punto más alto y el blanco del mármol refleja con fuerza. Abajo, el equipo de la revista sigue colocando trípodes, cambiando lentes y capturando ángulos.

Alekos lleva una camisa blanca, las mangas remangadas con precisión; la tela se tensa a la perfección sobre esa espalda ancha que conozco demasiado bien por dentro. Camina erguido junto a uno de los fotógrafos, pero lo que atrapa mi atención es la mujer que va a su lado.

Alta, delgada, el cabello oscuro recogido en un moño pulido. Viste pantalón de vestir claro y una blusa de seda que reluce al sol. Lleva una libreta en las manos y se ríe. Rápido, directo, como quien

conoce al hombre que camina a su lado. Como si no hiciera falta traducción.

Le toca el brazo. Levemente. Con naturalidad.

No es un gesto íntimo, pero es demasiado cómodo. El pecho se me aprieta de una forma extraña.

Alekos dice algo y ella echa la cabeza hacia atrás con una risa clara. No me llega el sonido, pero veo el contorno de su boca, la forma en que los ojos se le entrecierran. Y, otra vez, el toque.

Mano en el codo. Codo en el pecho. No es casi nada. Pero es más de lo que quiero ver.

Cierro los ojos y respiro hondo, diciéndome que mi vida va a ser muy difícil si no aprendo a controlar lo que siento.

No puedo atravesar el jardín y hacer con la entrevistadora lo que Alekos hizo con aquel hombre en el evento de Atenas. No puedo marchar hasta allí y decir que ese hombre tiene dueña. Y quizá sea eso lo que alimenta mis miedos.

Alekos ha hecho muchas declaraciones para mí, con palabras, con gestos, con los labios y con el cuerpo entero, pero… ¿qué significa eso sobre lo que yo puedo hacer? ¿Sobre cómo se supone que estoy autorizada a sentir sin acabar con el corazón roto?

Él no se aparta de la familiaridad con que la entrevistadora lo trata. No la detiene. Solo sigue caminando a su lado, serio, presente. Y yo sigo mirando. Como si mi vista estuviera clavada en él.

La escena parece… correcta.

Dos adultos sofisticados hablando de arquitectura, probablemente en varios idiomas. Una pareja compatible. Ella encaja con el escenario. Con el mármol. Con el sol. Con él.

¿Y yo?

Yo estoy escondida en una sombra, observando como una figurante que entró en la escena equivocada. Se me hunden las

yemas de los dedos en la barandilla. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me siento así?

Alekos es mío. Eso dijo. Eso demostró. Y entonces, ¿por qué todo en mí grita que estoy a punto de perder algo que ni siquiera sé si realmente es mío?

La mujer se aparta, llamada por el equipo. Alekos la observa medio segundo. Luego retoma el camino y sus ojos, como si sintieran el peso de mi mirada, suben.

Me ve y se detiene. No sonríe, pero me ve.

Durante un segundo que se estira como una eternidad, los dos solo existimos en la mirada del otro. Luego vuelve a caminar. Sin saludo. Sin gesto. Y todo en mí tiembla con ese casi.

Horas después, mi cabeza se siente aún más llena. Sentada en los escalones de la terraza lateral, con las piernas recogidas contra el pecho y los brazos envolviendo las rodillas, inspiro el aire templado cargado del olor fresco de la tierra mojada de la tarde.

Por segunda vez el mismo día, me descubro atrapada entre las dos únicas posesiones que he tenido en toda mi vida. A un lado, el crucifijo que llevo desde que tengo memoria. Al otro, el collar que Alekos me regaló hace pocos días —la piedra delicada reposando sobre la palma de mi mano como si pesara más de lo que debería.

No es justo.

No es justo que algo tan bonito me haga sentir más dividida.

Oigo pasos detrás de mí y, antes de poder esconder nada, su voz llega, baja:

—¿Puedo?

No respondo. Solo bajo despacio los brazos y dejo que las manos caigan sobre los muslos, el crucifijo y el collar aún entre los dedos. Alekos se sienta a mi lado. No demasiado cerca. No demasiado lejos.

—¿Estás bien? —pregunta. La misma pregunta de siempre. La más difícil de contestar.

Sonrío un poco. Miento un poco.

—Sí. Solo cansada.

Asiente. El silencio entre nosotros se estira más de un minuto. No es incómodo. Solo… demasiado lleno. Como si todo lo que no sabemos decir estuviera ocupando el espacio.

—Los niños preguntan si hoy pueden pintar por la noche —comenta, con media sonrisa, intentando aliviar la tensión—. Lysander quiere hacer una galaxia. Andreas todavía está decidiendo si pinta el sol o un dinosaurio volador.

Ahora sonrío de verdad.

—El universo de Lysander y el caos de Andreas —comento, y él ríe por la nariz. Pero no me mira.

Mi mirada se pierde entre los árboles del jardín. No sé qué esperaba de esta conversación. Tal vez… tal vez solo necesitaba saber que él lo notó. Que notó mi silencio. Que notó mi incomodidad.

Pero quizá cree que es solo cansancio. Y quizá… lo sea. O quizá sea el miedo a encajar demasiado en un lugar que no es mío.

Alekos se pasa la mano por el pelo, un gesto breve y cansado. Parece a punto de decir algo, pero no lo dice. Solo se levanta con un suspiro contenido.

—Voy a avisarles de que pueden empezar a pintar en su cuarto. Si luego quieres bajar… —deja la frase inacabada y sus ojos se posan en mí un segundo más.

Asiento. Sin palabras.

Se gira. Da unos pasos. Y antes de doblar el pasillo, se detiene. Vuelve el rostro por encima del hombro y me mira.

Es rápido. Casi imperceptible. Pero suficiente para que se me cierre la garganta.

Cuando desaparece, tardo unos segundos en moverme. Entro por la puerta de cristal y la cierro despacio, como quien intenta dejar el mundo fuera. O quizá el de dentro.

***

La casa está en silencio, pero dentro de mí… no.

Alekos duerme en el cuarto de al lado, y por más que el calor de su cuerpo haya pasado las últimas horas invitándome a hacer lo mismo, mi mente se negó a obedecer. Está… hirviendo.

No puedo dejar de pensar. Más que eso: no puedo dejar de sentir. Siento que todo gira dentro de mí al mismo tiempo.

La mañana con la prensa. El toque de aquella mujer en su brazo. La forma en que él no se apartó. ¿Por qué no se apartó? ¿Porque confiaba en sí mismo? ¿Porque confiaba en ella? ¿Porque confiaba en que yo confiara en él? Son demasiadas preguntas.

El recuerdo del olor a pintura en el cuarto de los niños se mezcla con los recuerdos de la noche que Alekos y yo pasamos en Atenas. El baile. El collar. Las palabras que me susurró al oído. Cómo me tocó con los ojos y con el cuerpo.

Y antes de eso… todos los "antes". El jardín, los pinceles, el mar. La primera vez que entré en esta casa. La primera vez que oí su voz decir mi nombre. La primera noche que dormí en su cama y la primera vez que recé con miedo de estar traicionando la fe que me formó.

Todo está aquí ahora. Todo a la vez.

Mi fe, mis miedos, mis deseos, mi cuerpo que no deja de arder cuando él me mira, y el entumecimiento que llega justo después, como recordatorio de que yo estaba hecha para guardarme.

¿Guardar qué? ¿De quién?

¿Cómo se elige entre Dios y el hombre que toca tu alma antes que tu piel? ¿Cómo se parte una en dos sin perderse por completo?

Mi cuerpo recuerda. Mi corazón quiere. Pero mi alma… mi alma aún está intentando entender.

Quizá lo que más me asusta sea eso: ya no estar segura de nada.

Por primera vez en días no busco la cama ni la almohada donde el olor de Alekos aún me adormece. En lugar de eso, enciendo la lámpara, me siento en el escritorio y abro el diario con las manos temblorosas.

La luz amarilla recorta mi rostro en el espejo, y casi no me reconozco. Hay algo en mis ojos: un brillo incómodo, incandescente. Como si estuviera a punto de descubrir algo que siempre estuvo ahí, pero me negué a nombrar.

El crucifijo cuelga sobre el diario. El collar de la piedra azul oscuro descansa justo debajo. Y por un instante me siento dividida en dos.

Llevo la pluma al papel. No escribo de inmediato. Solo respiro. Solo escucho.

Entonces, con la mano firme pero el alma temblorosa, escribo:

«Hoy me sentí invisible… y eso dolió más de lo que debería.»

Me detengo. Cierro los ojos. Intento entender por qué.

«No fue solo por la visita de la revista. Ni por las miradas que ignoraron mi existencia. Ni por el toque de la mujer en su brazo. Ni por el silencio después.

Fue porque me di cuenta de cuánto quería estar ahí. Por primera vez, quise ser vista. Reconocida. Pertenecer… y eso me asusta.»

La pluma avanza con más vacilación ahora, como si mis manos fueran demasiado conscientes de lo que están a punto de admitir.

«La verdad es que no tengo miedo de ser solo un paso en la vida de Alekos. Eso… podría soportarlo. Lo que me aterra es lo que está naciendo aquí dentro.

Porque no es solo deseo. Ni solo afecto.

Es algo que arde. Que ocupa espacio. Que lo cambia todo de sitio dentro de mí.»

Parpadeo. Los ojos ya se me humedecen.

«Creo que me estoy enamorando. Y no sé qué hacer con eso.»

Nunca amé así. Nunca amé a alguien con el cuerpo entero. Con el alma entregada. Solo conocía el amor que se dedica a Dios. El amor que se arrodilla, que guarda silencio, que se contiene.

Pero este amor… este amor es ruidoso. Es posesivo. Es vulnerable. Me hace querer serlo todo. Y, al mismo tiempo, me hace querer huir.

Me pregunto qué debo guardar de mí. Y qué puedo dar.

No sé cómo se ama así.

No sé si puedo.

No sé si debo.

La pluma se me escurre de los dedos. Y me quedo ahí.

Con los ojos fijos en las palabras que acaban de nacer, el corazón latiendo y el alma expuesta.

«Pero si esto es lo que estoy sintiendo… si de verdad es amor… entonces ya no puedo fingir que no está pasando.»

Cierro el diario con las dos manos.

La vela que ilumina la esquina de la estantería tiembla. Mi reflejo en el vidrio de la ventana apenas me reconoce. Y quizá sea eso. Quizá este sentimiento me esté haciendo nacer de nuevo.

Pero, por ahora, aquí estoy: en mitad de la noche, con Dios como testigo, intentando descubrir cómo se ama… sin perderse.

47.

THALIA ESPERAKIS

La mañana apenas ha empezado y ya siento el peso del día posarse sobre mis hombros, como si me hubiera despertado en plena mitad.

Aún es temprano. El cielo exterior está teñido de un gris claro y la casa descansa en un silencio profundo, casi respetuoso. Pero mi cuerpo no descansa. Hay algo en él que me ha mantenido alerta durante toda la madrugada: una inquietud que no sé si empieza en la piel o en el pecho. Quizá en ambos.

Ha empeorado en las últimas dos semanas, desde que admití para mí misma que estaba enamorada de Alekos. Que estaba enamorada de la vida en la que encajé sin saber si debía hacerlo.

Las sábanas aún conservan su olor cuando me deslizo fuera de la cama, los pies descalzos tocando el suelo frío del dormitorio. La luz de la mañana empieza a colarse por las rendijas de las cortinas, tiñéndolo todo de un dorado pálido.

Camino hasta el baño, palpando la pared, y solo cuando me enfrento a mi reflejo en el espejo me doy cuenta de lo pálida que estoy. El rostro parece más delgado. Los ojos hundidos, como si las emociones que intento guardar estuvieran excavando desde dentro.

Me inclino para lavarme la cara, pero el movimiento me golpea con fuerza: una náusea repentina me obliga a sujetarme al lavabo. Cierro los ojos, respiro hondo, intentando mantener el control. Ya ha ocurrido antes. Un mareo aquí, un pequeño malestar allí. Pero ahora… parece más real. Más constante.

Cansancio, pienso. Quizá solo sea eso. O el calor. O la cena de ayer.

Me seco el rostro con cuidado. Vuelvo despacio al dormitorio. Alekos aún duerme, de lado, una de las manos bajo la almohada, el

pecho subiendo y bajando con una calma que ya no existe en mí.

Lo observo en silencio.

Y me doy cuenta de que estoy intentando memorizar cada uno de sus rasgos, cada sombra. Cada detalle de esa escena. Como si necesitara guardarla… por si la pierdo.

Sobre la cómoda hay una nota. Una que encontré ayer por la tarde. La caligrafía inclinada, firme.

«Hoy volveré tarde. No me esperes para cenar. Intenta descansar un poco, mikrí mou.»

Es cariñosa. Atenta. Pero, por algún motivo, el papel pesa más de lo que debería. Porque durante meses deseé espacio y libertad… silencio. Y ahora que los tengo… siento que me estoy quedando atrás.

Sostengo el papel más tiempo del necesario. Luego lo guardo dentro del diario. Me preparo para el día y salgo del dormitorio por mi propia puerta. Necesito mantener el día en movimiento. Antes de que todo empiece a girar otra vez… por dentro.

Horas después, los niños ya han ido y vuelto del colegio y, a pesar de mis reticencias, por fin consiguen convencerme para jugar con ellos.

El jardín está cubierto por una luz dorada y perezosa cuando Andreas me tira de la mano con la urgencia de quien está a punto de salvar el mundo, y Lysander ya corre delante, con los brazos abiertos como alas.

—¡Lo prometiste, Thalia! —grita Andreas, sonriendo—. ¡Una ronda de pilla-pilla giratorio!

—Solo una ronda —advierto, intentando sonar firme, pero estoy sonriendo. O intentándolo. Porque hoy la sonrisa no llega con tanta facilidad.

El suelo de piedra está caliente bajo mis pies descalzos. La brisa que sube de la ladera trae el olor del mar mezclado con el perfume

de las lavandas que rodean la propiedad. Es una tarde bonita. Sería perfecta si mi cuerpo no me estuviera traicionando.

Giro con Andreas, los dos con los brazos entrelazados. Él ríe a carcajadas y yo lo sigo por reflejo. Pero cuando nos detenemos, algo se desajusta dentro de mí. El mareo me golpea con fuerza.

Durante un segundo, todo queda en silencio, como si la escena a mi alrededor hubiera perdido el sonido. Me zumban los oídos. La luz parece estallar en pequeños puntos. Y el mundo se tambalea. Apoyo las manos en las rodillas, intentando recuperar el aire.

—¿Estás bien? —pregunta Lysander, corriendo hacia mí con el ceño fruncido.

—Sí —respondo demasiado rápido—. Solo… giré demasiado deprisa.

Me enderezo con esfuerzo y me paso la mano por la cara. El sudor está frío. El corazón acelerado. Pero sonrío aun así. Aprieto la mano de Lysander, que me observa con unos ojos demasiado atentos para un niño de seis años.

—¿Qué tal una pausa para zumo de manzana? —propongo.

Aceptan, animados, y corren hacia la cocina antes de que tenga que explicar nada.

Solo cuando me quedo sola en el jardín me doy cuenta de que las manos aún me tiemblan. El miedo me atraviesa como un soplo antiguo y las horas hasta que por fin pueda quedarme sola de nuevo se arrastran lentamente en el reloj.

Esta noche, el aviso de que Alekos llegaría tarde y de que no debía esperarlo para cenar no llegó en forma de nota, sino de mensaje en el móvil.

Me siento en la alfombra de mi habitación con las rodillas dobladas bajo mí, el cuerpo envuelto en el albornoz ligero que apenas protege del frío nocturno. La vela encendida junto a la imagen de la Virgen proyecta sombras suaves sobre la pared.

No consigo mantener la firmeza en las manos unidas frente al pecho. Los dedos se deslizan unos sobre otros como si ni siquiera ellos supieran qué pedir.

La oración no llega como antes. No es clara. No es ordenada.

Es fragmentada. Un intento de poner en palabras algo que todavía está en proceso de sentirse.

—Yo… no sé qué me está pasando —murmuro, con la cabeza baja y las manos temblorosas sobre el regazo—. Mi cuerpo está extraño. Los días pasan y me siento más… débil. Más… pequeña por dentro. Como si algo estuviera mal y solo yo aún no supiera el nombre.

Cierro los ojos. La vela junto a la imagen de la Virgen María baila, pero no calienta.

—Sé que debería confiar. Confiar en Ti. Confiar en lo que vendrá, pero tengo miedo, Dios. Miedo de que sea algo serio.

Y un miedo aún mayor de que el mundo siga sin mí si lo es.

Mis manos aprietan la tela del albornoz. Una lágrima se escapa antes de que pueda impedirlo.

—¿Y si es alguna enfermedad? ¿Y si es algo que no tiene vuelta atrás? ¿Y si… todo esto que amo… esta casa, estos niños, este hombre… —mi voz se quiebra— desaparece cuando ya no pueda servir, cuando deje de ser útil? Porque… ¿por qué alguien se quedaría, Dios? Si no puedo cuidar. Si no puedo trabajar.

Si no puedo sonreír todo el tiempo.

Respiro hondo, pero el aire parece quedarse atrapado en algún punto entre el estómago y la garganta. Una parte de mí quiere esconderse. Otra quiere gritar.

—Siempre he sido… fácil de abandonar. La gente siempre encontraba un motivo. Y ahora… ahora que por fin he encontrado un lugar donde me siento viva… ¿qué pasa si mi cuerpo me quita eso?

Paso los dedos por el crucifijo de mi cuello. Está frío. Pero firme.

—No me dejes sola, Dios. Por favor… Aunque… aunque nadie más se quede. Aunque él no se quede. No me dejes sola. Si es algo malo, Dios, entonces prepárame. Pero si es solo miedo… ayúdame a callarlo, porque quiero quedarme. Quiero merecer quedarme.

La luz de la vela vuelve a oscilar. El pecho se me siente un poco más ligero, pero las rodillas aún me duelen contra el suelo. No sé si fui escuchada. Pero, por primera vez, he dicho en voz alta lo que me estaba consumiendo por dentro.

No estoy preparada para perder. Pero tampoco sé si alguien querrá sostenerme la mano cuando ya no tenga fuerzas para ofrecer nada a cambio.

Me levanto del suelo con movimientos lentos, como si mi cuerpo pesara más que ayer. Abro el cajón del escritorio y saco el calendario de papel, ese viejo, de hojas sueltas, que uso más por costumbre que por necesidad. Me siento en el borde de la cama y lo abro despacio.

Cuento los días y marco un pequeño punto junto a la fecha de hoy. No escribo nada. Solo miro el papel con un nudo en el estómago. Luego cierro el calendario y lo devuelvo al cajón.

Apago la vela.

La oscuridad me envuelve, pero no me asusta. Lo que me da miedo no está fuera de mí. Está aquí dentro. Y no sé si me va a dejar quedarme.

48.

ALEKOS THEODORAKIS

Hay una tranquilidad traicionera en mañanas como esta.

La brisa es ligera, el cielo está despejado y los niños corren por la entrada de la mansión como si el mundo estuviera hecho solo de promesas. Llevan mochilas pequeñas a la espalda y compiten por ver quién llega primero al coche, gritando reglas inventadas por el camino.

Y, en medio de todo eso, Thalia sostiene un sombrero de paja con una mano y el bajo del vestido con la otra, riendo por algo que ha dicho Andreas.

El sol besa sus hombros descubiertos y el cabello, recogido de forma despreocupada, danza al ritmo del viento como si no hubiera ningún peso en el mundo.

Pero sé que lo hay, porque lo veo. Algo en sus ojos va más lento. Un tipo de cansancio que no es solo físico, o quizá sí lo sea también. Es como si estuviera intentando parecer presente, pero tuviera que recordárselo a sí misma a cada minuto.

—¿Lista? —pregunto cuando se acerca, mientras abro ya la puerta del coche para los niños.

Ella sonríe y asiente con un gesto ligero. El tipo de sonrisa que, hace unas semanas, habría venido acompañada de una broma, de un comentario ingenioso, de un roce en mi mano. Hoy llega sola.

Entramos en el coche. Los niños discuten quién elige la música y yo finjo no darme cuenta de que Thalia cierra los ojos durante parte del trayecto, pero me doy cuenta.

Sé que no está durmiendo. Sé reconocer el tipo de silencio que no es descanso, sino contención.

—¿Estás bien? —pregunto, manteniendo los ojos en la carretera, pero demasiado atento a su respuesta.

Ella gira el rostro hacia mí, aún con los ojos entrecerrados.

—Sí. Es solo el sol —dice, acomodándose el pelo detrás de la oreja—. Yo estoy hecha para la sombra.

—Estás hecha para provocar incendios —murmuro, lo bastante bajo para que los niños no oigan, lo bastante alto para verla sonrojarse.

Aparta la mirada hacia la ventanilla. Sonríe, pero la sonrisa tarda un segundo más en nacer.

El pueblo aparece pronto ante nosotros, con sus casas blancas, puertas de colores y balcones llenos de macetas floridas. Es un lugar sencillo, vivo. Y debería ser solo un paseo. Solo una mañana de verano con los niños.

Pero algo dentro de mí sabe que este día quedará marcado.

Como si el mundo intentara mostrarnos, durante unos minutos, cómo podría ser… si nada saliera mal.

Los niños disfrutan del parque de césped, corriendo y jugando hasta que sus estómagos empiezan a rugir. El campo donde paramos a almorzar queda detrás de una pequeña iglesia de piedra, con muros bajos cubiertos de musgo y una vista amplia de la ladera.

Es uno de esos lugares que la gente fotografía, pero pocos saben describir.

Los niños y yo ayudamos a Thalia a extender la manta sobre la hierba. Andreas tira una cesta, Lysander corre detrás de un saltamontes, y Thalia ríe mientras intenta organizar el caos con medias palabras y miradas.

Está más sonrojada ahora. El sol ha tocado sus brazos y hay un brillo suave en las mejillas. La pulsera que los niños hicieron ayer sigue en su muñeca —trenzada con cordel y botones de colores—. Ninguna mujer ha llevado nunca algo tan infantil con tanta dignidad.

—Si el queso se derrite, la culpa es de Andreas —declara Lysander, señalando al hermano que está sentado sobre la bolsa térmica.

—Estoy manteniéndolo caliente —replica él, convencido.

Thalia se echa a reír. Y yo… me descubro sonriendo antes de darme cuenta. Comemos allí, sentados en el suelo, pan fresco, aceitunas, fruta cortada. Sofia lo preparó todo, pero es Thalia quien sirve.

Limpia los labios de Lysander con una servilleta cuando se mancha. Ata el pelo de Andreas con una goma de colores. Me mira de vez en cuando.

Saca la Polaroid del bolso y los niños posan haciendo muecas. Luego gira la cámara hacia mí. Yo aparto el rostro.

—Solo una —insiste.

—Solo si tú sales en ella también.

Sonríe —y esta vez es una sonrisa completa—. Me inclino un poco más cerca. El clic resuena en el campo y Thalia guarda la foto en la cajita de madera con los otros instantes que colecciona como quien guarda milagros.

Lysander la observa en silencio durante unos segundos. La cabeza ligeramente ladeada, los ojos entrecerrados.

—Estás diferente —dice.

—¿Diferente cómo? —pregunta Thalia, ajustándose la tira del vestido, desconfiada.

—Como ayer, cuando fuiste a buscarnos a la sala y te quedaste mirando a papá sin parpadear —añade Andreas, con la precisión de quien tiene pruebas.

—Yo no me quedé sin parpadear —replica ella, claramente incómoda.

—Sí que lo hiciste —responde Andreas, como quien presenta la primera prueba del caso.

—Y papá también. Los dos os quedasteis mirando. Así —Lysander cierra los ojos durante dos segundos dramáticos y luego los abre despacio, mirando a Thalia con una intensidad cómica—. Como en las películas.

—Yo creo… —Andreas cruza los brazos— que estáis saliendo.

Thalia se queda paralizada. Literalmente.

—¿Qué?

—Que estáis saliendo —repite Lysander, como si fuera obvio—. Se nota.

Abre la boca, pero no sale ningún sonido.

—Os miráis mucho. Tú lo llamas "señor Theodorakis" solo cuando estás enfadada, y a veces, cuando él te habla bajito, te pones roja. Eso es de novios —enumera Andreas, contando con los dedos.

Thalia se gira hacia mí, como pidiéndome auxilio silencioso. Yo me encojo de hombros.

—Tienen buenos argumentos —comento, intentando no reírme.

—Pero si son novios… —empieza Lysander, con los ojos brillantes — entonces Thalia se va a quedar aquí para siempre, ¿no?

—No funciona así —lo corrige Andreas—. Para que se quede para siempre, tienen que casarse.

A esas alturas, Thalia parece en combustión.

—Vosotros… vosotros… —intenta—. ¿De dónde habéis sacado eso?

Ninguno responde. En lugar de eso, se giran hacia mí.

—Papá —dice Lysander, concentrado—, ¿te vas a casar con Thalia?

Ella se cubre la cara con las manos. Literalmente. Veo cómo le tiemblan los hombros y no sé si es risa nerviosa o desesperación. Quizá ambas cosas.

Curiosamente, no me molesta. Me estoy… divirtiendo.

Mis hijos me preguntan si pienso casarme con la niñera y lo único que siento es ligereza.

—Eso es cosa de adultos —digo al fin, con una sonrisa en la comisura de los labios.

—Pero entonces sois novios, ¿no? —insiste Andreas—. Os miráis mucho. Como ahora. Mira.

Me doy cuenta de que Thalia me está mirando. Y de que yo le devuelvo la mirada. El tiempo parece desacelerarse. Durante un instante, todo desaparece —el campo, el sol, las voces— y solo existe esa mirada.

—¡Ajá! —grita Lysander—. ¡Lo dije! ¡Os miráis como novios!

Thalia abre la boca para responder, pero yo soy más rápido.

—Sí —digo, con voz firme.

Ella me mira, con los ojos muy abiertos.

—Somos novios —confirmo, y extiendo la mano hacia ella.

Duda un segundo. Luego dos. Pero al final su mano encuentra la mía, y nuestros dedos se entrelazan con la delicadeza de quien cruza un territorio nuevo.

—¡Lo sabíamos! —gritan los dos, celebrándolo como si hubieran ganado un campeonato de lógica infantil.

Thalia respira hondo. Entrecierra los ojos.

—¿Y dónde exactamente aprendisteis cómo se miran los novios?

—¡En las películas, claro! —responde Andreas, orgulloso—. ¡Duh!

—Somos muy listos —añade Lysander, levantando las manos para chocar en señal de victoria.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me río a carcajadas. Sin pensar. Sin peso. Porque tienen razón. Los dos. Nos miramos como novios, y nunca había vivido algo así. Y lo más inquietante… es que no me da miedo.

Estamos terminando de comer cuando una pareja de ancianos se acerca, caminando despacio, con las manos entrelazadas. Deben de tener más de ochenta años. Él lleva un sombrero de paja, ella una rosa prendida en el pelo.

Se detienen a pocos metros y nos observan un momento. Thalia se acomoda la falda, los niños se quedan en silencio, como si sintieran la solemnidad de esa mirada.

La mujer sonríe. Luego nos mira y dice, con un acento marcado:

—Qué familia tan bonita formáis.

Durante un segundo, nadie responde. Thalia baja la mirada, acomodando un plato vacío. Lysander apoya la cabeza en mi hombro. Y yo solo observo.

Agradezco con un gesto discreto y la pareja sigue su camino, como si hubiera dejado atrás una sentencia sagrada.

Thalia se levanta, sacudiendo las migas de la manta. Finge no haber oído, pero la conozco. La frase se le ha quedado grabada en el fondo de los ojos. Y, de algún modo, empiezo a sentirla trazando un camino hacia el fondo de los míos también.

Más tarde, ya en el centro del pueblo, el calor del final de la tarde empieza a ceder ante la brisa que llega del mar. Las callejuelas de piedra son estrechas, sombreadas por tendederos de colores y toldos de lona que se mecen suavemente con el viento.

Andreas y Lysander caminan entre Thalia y yo, observándolo todo con ojos atentos y llenos de intenciones secretas. Susurran entre ellos, como si planearan un golpe militar.

Thalia se detiene frente a un pequeño puesto de bordados y bisutería artesanal. Sonríe al ver los collares colgados en un

tenderete improvisado y toca uno con delicadeza, pero enseguida aparta la mano: un gesto que ya he aprendido a reconocer. Mira, admira, pero nunca pide. Nunca toma. Como si no quisiera ocupar demasiado espacio.

Mientras ella habla con la vendedora sobre una pulsera de conchas, Andreas me tira del brazo.

—Papá, ¿puedo coger las monedas?

—¿Qué monedas?

Levanta una ceja, ofendido por la pregunta.

—Las que me diste ayer. Las guardé. Vamos a comprar una cosa.

—¿Qué cosa?

—Sorpresa. Cosa de hijos de novios.

—Ah —murmuro, conteniendo la risa.

Lysander aparece junto al hermano con el objeto elegido en la mano: una pequeña pulsera de tela bordada, azul claro, con la palabra "Spíthi" cosida en letras irregulares. Hogar, en griego.

—¿Crees que le va a gustar? —pregunta, levantando la muñeca.

Asiento.

—Es perfecta —digo. Y, por primera vez, me doy cuenta de que no estoy hablando solo de la pulsera.

Corren hasta la vendedora y completan la compra como si adquirieran joyas de verdad. Thalia se gira justo a tiempo para ver a Andreas esconder algo tras la espalda con cero sutileza.

—¿Qué estáis tramando?

—Nada —responden al unísono.

La conducen hasta una pequeña plaza del pueblo, donde hay un banco de piedra bajo una morera en flor. Le piden que se siente y cierre los ojos. Thalia obedece, sonriendo con un poco de desconfianza… y mucha más ternura.

—Puedes abrirlos.

Abre los ojos y ve la pulsera. Sus ojos tardan un segundo en entender lo que tiene entre las manos. Un segundo más en procesar la palabra. Y quizá toda una vida para afrontar lo que significa.

—Spíthi… —susurra.

—Porque siempre nos haces sentir en casa —dice Andreas, con un orgullo que quema.

Thalia no responde de inmediato. Sus ojos se llenan antes de que pueda evitarlo. La sonrisa tiembla. Se cubre la boca con la mano y el silencio que sigue es más elocuente que cualquier agradecimiento.

Baja la cabeza un instante, como intentando recomponerse. Luego los abraza. A los dos a la vez. Uno en cada brazo.

Y es entonces cuando lo comprendo: los niños eligieron un regalo y se lo dieron a Thalia, pero no puedo evitar sentir que el que ha recibido algo he sido yo.

***

El cursor parpadea en la pantalla, pero mi mente está a kilómetros de allí. He intentado terminar este informe tres veces. Cada cifra revisada, cada párrafo reescrito, como si la repetición pudiera devolverme la concentración. Pero todo parece… lejano. Rígido. Muerto.

La verdad es que no quiero pensar en proyecciones. Quiero pensar en ella. El sonido de unos pasos descalzos me alcanza antes que su presencia. Sé que es ella. Solo ella se mueve por la casa como si perteneciera a cada rincón sin querer apropiarse de nada.

—Es tarde —dice desde la puerta.

Giro la silla despacio. El albornoz claro atado a la cintura, el cabello suelto, la piel iluminada por la luz tibia del flexo. Thalia, en su estado natural: hecha de contraste y quietud.

—Lo sé. Quería terminar esto.

Se acerca despacio.

—¿Puedo ayudar?

—A menos que tengas una solución para el paquete de incentivos fiscales…

Sonríe. Y antes de que pueda pensar en otro comentario cínico, sus piernas se mueven hasta quedar detrás de mí. Sus dedos tocan mis hombros e instintivamente mi cuerpo se tensa.

Pero luego… cedo. Como siempre cedo con ella.

Thalia empieza a masajear despacio, con firmeza. Los nudos de mis músculos protestan. Luego ceden. Cierro los ojos un momento y dejo que ocurra. Solo dejo.

—¿Estás mejor? —pregunto.

—¿Mejor?

—Del mareo. En el coche, al volver del pueblo. Te quedaste callada. No fue solo cansancio.

Hace una pausa de un segundo.

—Fue el calor. Ya se pasó. Te preocupas demasiado —murmura, los dedos subiendo hasta la base de mi cuello.

El contacto es suave, pero firme. Familiar. Intencional. Y, al mismo tiempo, demasiado cuidadoso para ser solo impulso. Continúa en silencio unos segundos. Y casi creo que el tema muere ahí, como tantas otras cosas que dejamos sin nombre.

Pero entonces, en voz baja, dice:

—Quiero preguntarte algo.

Inclino la cabeza hacia atrás y la miro desde abajo. Las manos de Thalia se detienen.

—Sé que… que no es asunto mío, pero…

Frunzo el ceño y la interrumpo.

—No hay nada en esta casa que no sea asunto tuyo, Thalia.

—¿Aún piensas mandar a los niños a un internado? —pregunta atropelladamente, como si llevara tiempo guardando esa pregunta.

—Ah, eso —digo, incómodo con esa idea que, hasta hace pocos meses, me parecía de lo más natural.

—Creo que no —continúa Thalia—. De verdad, creo que no. Pero no estoy segura de entender todo el impacto que tendría cambiar una decisión así, así que pensé que era mejor preguntar.

—¿Y por qué crees que no? —decido preguntar.

—Porque creo que, así como yo ya no soy la misma mujer que llegó aquí, tú tampoco eres el hombre que conocí. Aquel hombre quería mandar a sus hijos lejos. No creo que este quiera hacerlo.

Mi sonrisa es pequeña, pero orgullosa. Orgullosa de mí mismo por haber conseguido que Thalia me vea así.

—Tus suposiciones son correctas, *mikrí mou spinthíra*. Todas. Los niños no van a ir a ningún sitio.

La sonrisa que me regala podría iluminar Aletheia entera. Thalia asiente y vuelve a masajearme los hombros. El silencio dura casi un minuto entero antes de que, en un tono que mezcla incertidumbre y provocación mal disimulada, pregunte:

—Entonces… nosotros somos… ¿novios?

Abro los ojos.

Está detrás de mí, así que no veo su rostro. Pero oigo la sonrisa. El nerviosismo escondido bajo ella. El esfuerzo por parecer casual cuando todo en ella está en alerta.

Tardo un segundo en responder. No porque no sepa la respuesta. Sino porque cualquier palabra dicha ahora… fija algo que quizá luego no pueda deshacerse.

—Eso es lo que dijeron ellos, ¿no? —murmuro.

—Fueron bastante convincentes —replica ella, aún en tono ligero.

Giro un poco la cabeza, lo justo para ver su perfil a media luz. El albornoz se desliza del hombro, los ojos bajos, pero atentos. Como si también estuviera esperando. Como si también quisiera saber.

—¿Quieres una confirmación formal? —pregunto, sin poder ocultar el tono divertido.

—Es que… —empieza, y luego se detiene otra vez. Suspira—. Yo solo… nunca he tenido un novio. Y ahora, al parecer, tengo dos pimientos que creen que tengo uno. Así que…

Está roja. Incluso con la penumbra, lo noto. Me río, alzo la mano y enredo mis dedos en los suyos, aún apoyados en mi hombro.

—Bueno —digo—. Para fines administrativos… creo que sí. Somos novios.

No responde al instante. Solo respira. Y es una de esas respiraciones que sueltas cuando querías reírte, pero estás intentando mantener la compostura.

—Eso suena muy serio viniendo de ti —murmura al fin.

—Yo soy un hombre serio.

—Dudo que hayas tenido esta conversación con otras.

—Ninguna de ellas me masajeaba los hombros así.

Ella refunfuña algo por lo bajo, pero no la provoco más. Nos quedamos así un rato. Sus manos en mis hombros. Las mías sobre las suyas.

—Nunca hubo otras, *mikrí mou spinthíra* —confieso, girando la silla y tirando de Thalia para sentarla en mi regazo—. Nunca tuve novia. Así que, en cierto modo, esta también es mi primera vez.

Parpadea y frunce el ceño, como si lo que acabo de decir no tuviera ningún sentido.

—Pero tú… tú estuviste casado —murmura, más para sí que para mí.

—Es distinto. Mi primer matrimonio fue, ante todo, un acuerdo. La relación solo vino después de firmar los papeles.

Thalia abre la boca en forma de "O".

—Lo siento —dice, y me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque te obligaran a hacer algo así. No debió de ser fácil.

Me encojo de hombros.

—No me importaba en aquel momento. Siempre supe que ese era mi papel.

Su mano se alza y me acaricia la cara.

—Lo siento de todos modos.

Inclino la cabeza hacia su tacto y le regalo una sonrisa pequeña.

—¿Y antes? —pregunta ella.

—¿Antes de qué?

—De tu matrimonio. ¿No saliste con nadie ni antes? Quiero decir… tú no eres…

—¿Estás a punto de llamarme viejo, señorita Esperakis? —la interrumpo.

Thalia suelta una carcajada.

—No es que el señor sea precisamente joven, ¿verdad, señor Theodorakis?

—Atrevida —la acuso, acercando nuestros rostros y rozando sus labios.

Mi mano sube a su rostro y encaja en su nuca, el pulgar subiendo y bajando por su mejilla.

—Nunca salí con nadie. Ni antes —respondo a su pregunta—. Como dije, sabía cuál era mi papel. Los noviazgos frívolos no encajaban en él.

—¿Y ahora encajan? —pregunta en voz baja, llena de vulnerabilidad.

—No. Porque hoy sé que, más que encajar en el papel que desempeño, no encajan con quien soy. Nuestro noviazgo no es frívolo, Thalia.

—¿Entonces qué es?

Joder, cuánto me gusta su honestidad. Su confianza en que no voy a jugar, en que solo voy a ser tan honesto con ella como ella lo es conmigo.

—¿Honestamente? —pregunto, y ella asiente—. No lo sé —admito —. También es mi primera vez, ¿recuerdas? No sé cuál será el destino de esto, pero puedo hablar de su naturaleza. De su esencia. Es bueno, *mikrí mou spinthíra*. Me hace bien. Tú me haces bien. Y pase lo que pase, me gusta el camino que estamos recorriendo.

—A mí también —susurra, apoyando la frente en la mía—. A mí también.

—¿Y eso te basta?

Thalia se muerde el labio y parpadea, pensativa.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Es mi primera vez, ¿recuerdas? —me devuelve mis propias palabras y yo suelto una risa.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para descubrirlo, juntos.

Thalia asiente una vez más y, mientras nos miramos, veo cómo su expresión se transforma en pura travesura.

—Bueno… —empieza—. No tienes tanto tiempo así —provoca, y yo la levanto y la siento sobre mi mesa, encima de los contratos que estaba revisando antes de que ella llegara.

—Vamos a ver si sigues pensando lo mismo después de que acabe contigo —prometo, antes de besarla.

49.

THALIA ESPERAKIS

La carretera hasta el convento parece más corta de lo que la recordaba. O quizá sea solo el tiempo el que se ha encogido dentro de mí.

La misma curva entre los cipreses. Las mismas piedras antiguas del camino. El mismo portón de madera con la cruz tallada en el centro. Todo igual que antes. Y, aun así, todo parece… más pequeño.

La hermana que abre el portón me reconoce en cuanto mis pies tocan el suelo. Sonríe y corre a avisar. Y antes de que pueda dar tres pasos, ya oigo el sonido familiar de los zapatos apresurados sobre el pavimento de piedra.

—¡Thalia! —dice la hermana Clara, abriendo los brazos como siempre hacía cuando yo era niña y llegaba después de un mal día.

Me dejo abrazar. Es extraño. Reconfortante y extraño. Como ponerse una prenda que adorabas, pero que ahora aprieta un poco en los hombros.

Poco después aparece la hermana Lucía, con la misma mirada pragmática de siempre.

—Por fin, ¿eh? —dice, aunque hay un brillo en el rabillo de los ojos que contradice el reproche.

Y, por último, la madre Agnes.

No habla de inmediato. Solo me observa con esa mirada que siempre atravesaba mis excusas. Pero hoy… no parece querer descifrarme. Parece, simplemente, sorprendida. Como si estuviera viendo algo que no esperaba.

—Hola, hija mía —dice al fin.

—Hola, madre —respondo, intentando sonar ligera.

Ella sonríe.

Nos conducen al interior. Nos sentamos en el pequeño salón de visitas: el mismo sofá, el mismo mantel de ganchillo sobre la mesa de madera.

La conversación empieza con las preguntas de siempre: si estoy bien, si los niños están bien, cómo me trata Alekos. Respondo todo con cuidado. Como si las palabras tuvieran que encajar en un marco que ya no me sirve.

En cierto momento, percibo las miradas. Primero la de la hermana Clara. Luego la de la hermana Lucía. Un segundo de más entre una pregunta y otra. Como si intentaran confirmar algo. Como si… vieran lo que yo no veo.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin disimular.

—Nada, querida —dice la madre Agnes, con una dulzura excesiva.

—Solo… —la hermana Clara duda—. Nos alegramos de verte.

Sonrío, pero aparto la mirada por miedo a que vean demasiado. No sirve de nada.

—Entonces… —la hermana Lucía entrelaza los dedos sobre el regazo y me mira de lado— ¿ese brillo distinto tiene nombre?

El cuello se me calienta. Es una pregunta que lleva más que curiosidad. Lleva conocimiento. Intuición. Historia.

—¿Brillo distinto?

Mi voz sale demasiado fina y me acomodo el bajo de la blusa. Un gesto automático de quien aún cree que puede esconderse.

—Sabemos que ya has descubierto que no estás solo enamorada —dice la hermana Clara, sonriendo con la convicción de quien me vio dar mis primeros pasos y tropezar con los calcetines.

—Estás amando —completa la hermana Lucía.

—No lo estoy —empiezo, demasiado rápido, pero me detengo sabiendo que estoy a punto de decir una enorme mentira. Las tres

sonríen.

—Sí lo estás —confirma la madre Agnes, como quien firma un acta celestial—. Solo que aún no lo has entendido. O lo has entendido y finges que no.

Pongo los ojos en blanco, pero ya me estoy riendo.

—Sois imposibles.

—Y estás sonrojada —señala la hermana Lucía—. Igual que cuando hiciste la primera comunión y te caíste encima del altar. ¿Te acuerdas?

—¡La vela se me resbaló de la mano! —replico, riendo ahora más alto.

—Y juraste que serías monja para siempre —provoca la hermana Clara, acariciándome la mano.

—He jurado tantas cosas… —murmuro, más para mí que para ellas.

—Y algunas aún puedes serlas —dice la madre Agnes, con dulzura —. Pero ya no necesitas caber en todas.

Silencio.

Es la hermana Lucía quien lo rompe:

—¿Por qué has venido hasta aquí, Thalia?

—¿A veros? —respondo con otra pregunta, y tres pares de cejas se arquean.

—Claro, porque durante casi seis meses las videollamadas fueron suficientes. Pero, de repente, dejaron de serlo —argumenta la madre Agnes, y bajo la cabeza.

—Os echaba de menos —digo en voz baja, ahora, avergonzada por mi ausencia.

Dedos cálidos toman los míos mientras otros se posan bajo mi barbilla, obligándome a levantar la mirada.

—Sabemos que sí, Thalia. Pero también sabemos que eso no es lo único que te ha traído aquí. ¿Por qué has venido, hija mía?

Respiro hondo y me muerdo el labio. Los ojos me arden, ya con ganas de llorar. Suelto el aire con fuerza. Me apoyo en el respaldo del sofá y miro al techo un segundo.

—Yo… no lo sé —murmuro—. O quizá sí lo sé, pero estoy intentando no saberlo.

—Eso no es nuevo —dice la hermana Lucía, con ese tono directo que siempre me daba miedo y seguridad a la vez—. Siempre has sido buena escondiéndote a ti misma lo que todo el mundo ya veía.

—Clara, ¿recuerdas cuando escondía los dibujos que hacía de las flores del jardín? —comenta con humor—. Decía que no eran lo bastante buenos. Que no tenían importancia.

—Y aun así los pegaba todos en el fondo del armario —completa la hermana Clara, riendo con ternura—. Y lloraba cuando alguno se rompía.

—Algunas cosas no cambian —susurra la madre Agnes, con los ojos aún fijos en mí—. El miedo a no ser suficiente. A no merecer lo que se recibe. A ser descubierta justo cuando empiezas a ser feliz.

Se me cierra la garganta.

—Tengo miedo —admito.

—¿De qué, hija mía? —pregunta ella.

—De todo.

—Sé más concreta —dice la hermana Lucía—. Aquí solo trabajamos con materia prima real.

Suelto una risa entrecortada. Y entonces empiezo:

—Miedo a no estar a la altura. A ser solo una fase. A no ser elegida al final. Miedo a creer que pertenezco… y acabar dándome cuenta de que fui solo un intervalo.

—¿Él te ha hecho sentir así? —pregunta la hermana Clara, frunciendo el ceño.

—No. Nunca. Ese es el problema —respondo, sorprendida incluso de oírme decirlo—. Él es… generoso. Presente. Cuidadoso. Pero yo…

—…no consigues creer que mereces eso —completa la madre Agnes.

Las lágrimas por fin caen.

—Tengo tanto miedo a perder, que a veces pienso que es mejor no dejarme tener.

—¿Y por qué crees que has venido hasta aquí? —dice ella, con una calma firme—. Has venido porque el amor te está haciendo pensar que quizá estás en peligro. Y no lo estás.

—Estás en cambio —dice la hermana Clara—. Que es otra cosa. Y sí, da miedo. Pero también es lo más bonito que le puede pasar a alguien.

—No sé qué hacer con lo que siento.

—No necesitas saberlo —dice la hermana Lucía, apoyando los codos en las rodillas e inclinándose hacia mí—. Solo necesitas dejar de luchar contra lo que ya es tuyo.

—¿Pero y si…?

—Y si nada, Thalia —interrumpe, firme—. Te has pasado la vida esperando que te dijeran cuál es tu lugar. Ahora que estás sintiendo que se forma uno, ¿vas a dejar que el miedo dicte el mapa?

—¿Vas a perderlo todo por no tener el valor de aceptar el regalo? —dice la hermana Clara—. El amor, Thalia… es un don, no un castigo.

—Puedes protegerte del sufrimiento, sí —añade la madre Agnes —. Pero no te engañes pensando que eso no tendrá un precio. A veces, protegerse demasiado del dolor solo te roba la alegría antes de que ocurra.

Me apoyo en las rodillas, el rostro cubierto por las manos. Lloro en silencio.

—No quiero ser la niña que se esconde —susurro.

—Entonces deja de huir de ti misma —dice la hermana Lucía—. Has crecido. Y eso asusta. Nos asusta también a nosotras. Pero ya no estás atrapada en la niña que quería caber en todo. Puedes elegir. Puedes decir que sí. Puedes decir que no. Puedes ser feliz.

—Puedes amar —dice la hermana Clara—. Y ser amada.

—Y, si sale mal… —la madre Agnes aprieta mi mano con fuerza—. Nosotras seguiremos aquí.

Me quedo en silencio y las tres me abrazan. Durante mucho tiempo permanezco allí, recibiendo el regazo que vine a buscar y procesando las palabras que cada una me dijo.

Pido dar una vuelta sola antes de irme. Las tres asienten, con esa expresión que no admite oposición, pero tampoco la desea.

Camino por el jardín. El mismo sendero entre los rosales que ayudaba a podar. El olor a tierra húmeda sigue en el aire. Y es solo cuando paso cerca del antiguo patio de secado —donde siempre había jabón de coco y hojas de laurel— cuando algo me golpea de forma abrupta.

El olor.

Antes reconfortante. Ahora…

El estómago se me revuelve con violencia. Me detengo. Me apoyo en el banco de piedra. Cierro los ojos. Respiro hondo. Una náusea tan aguda que me hace sudar frío.

Respiro más profundo. La náusea pasa despacio. Como una ola que rompe y retrocede, dejando restos en la arena. Vuelvo al interior minutos después. Las manos temblorosas. La sonrisa ensayada.

La madre Agnes me abraza de nuevo al despedirse. Aprieta un poco más fuerte que antes. Y, cuando acerca la boca a mi oído, susurra:

—Sea lo que sea… no tienes que tener miedo.

Me quedo rígida, pero ella ya se ha apartado. Y sonríe. Como si no hubiera dicho nada.

***

El coche desacelera en el portón de la mansión y, por un instante, no me muevo.

El viaje de vuelta pasó en un borrón. Mis pensamientos seguían en el convento, en las manos de la madre Agnes apretando las mías, en los ojos atentos de la hermana Clara, en el tono seco y certero de la hermana Lucía. En las palabras que oí. En las verdades que intenté no admitir durante demasiado tiempo.

Te has pasado la vida esperando que te dijeran cuál es tu lugar.

La cancela se abre con un chirrido lento, y el conductor me lanza una mirada por el retrovisor.

—Hemos llegado, señorita Esperakis.

Asiento, pero la garganta no responde. Mis pies tocan el suelo de la entrada de la mansión, y el impacto es inmediato cuando lo veo.

Alekos está de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados, los ojos clavados en mí como si me hubiera estado esperando durante horas… o toda una vida.

No pregunta.

No exige.

No interpreta.

Solo camina hacia mí, despacio. Cuando está lo bastante cerca, sus dedos tocan la correa de mi mochila. La desliza por mis hombros y la sujeta con una mano. Con la otra, toca mi nuca y deposita los labios en mi frente. Un beso breve. Silencioso. Firme.

Cierro los ojos. Es solo eso, pero lo es todo.

No dice “¿estás bien?”, ni “¿cómo fue?”, ni “¿quieres hablar de ello?”. Y se lo agradezco. Porque no sé cómo responder a ninguna de esas preguntas. Aún no.

Alekos camina a mi lado hasta la puerta de la casa. En silencio.

Y yo… le dejo.

Dejo que cargue la mochila. Dejo que me acompañe. Dejo que el gesto me ancle, aunque todavía no sepa dónde estoy pisando.

He regresado al lugar que me formó.

Y, por primera vez… he sentido que pertenecía a otro.

50.

ALEKOS THEODORAKIS

El informe está casi listo. Faltan tres párrafos y media dosis de paciencia. Pero antes de que consiga terminar la frase, oigo un golpe sordo en el pasillo. Luego otro. Pasitos pequeños, apresurados. Risas ahogadas.

Ya sé lo que viene.

No tarda ni cinco segundos en que Lysander empuje la puerta con la barriga, con los brazos ocupados por una caja de lápices de colores, mientras Andreas aparece detrás con un papel enrollado como un pergamino.

Entran en el despacho con una familiaridad que haría dudar a cualquier extraño de que, hasta hace unos meses, este espacio solía ser territorio prohibido para ellos.

—Papá —dice Lysander, jadeando—. Tenemos que hablar de un asunto serio.

Cierro el portátil.

—¿Eso explica la entrada dramática?

—Eso lo explica todo —afirma Andreas, acomodándose en uno de los sillones frente a mi mesa como si fuera el abogado defensor de un caso imposible.

—De acuerdo. Os escucho.

Se miran entre ellos. Hay tensión. Estrategia. Misterio.

—Es sobre el cumpleaños de Thalia —dice Lysander, bajando la voz como si la habitación estuviera pinchada.

Me detengo.

—¿Cumpleaños?

—Ajá. Dentro de dos semanas —confirma Andreas—. Lo vimos en el calendario. Ella lo marcó con una florecita. Pero no se lo dijo a nadie. Y nos pidió que tampoco lo dijéramos.

—No se lo íbamos a decir a nadie —se defiende Lysander.

—Pero Thalia dice que tenemos que contarte todo lo que sea importante. Y su cumpleaños es importante —explica Andreas, y yo parpadeo, aún atropellado por la noticia.

Dos semanas.

Cierro los ojos un instante. ¿Por qué no me lo dijo?

Habla del tiempo, de los niños, de la casa, de todo… pero no dijo que su cumpleaños estaba cerca. Y eso me golpea de una forma que no esperaba.

—Queremos hacerle una sorpresa —continúa Lysander, interrumpiendo mis pensamientos—. Un dibujo enorme. Un desayuno especial. Con zumo de uva. A ella le gustan las uvas.

—Y tortitas —añade Andreas—. Pero finitas. No las tuyas. Las de Sofía.

Pongo los ojos en blanco, pero no comento.

—Y queríamos saber si podemos coger cosas de la cocina a escondidas. Y usar cinta adhesiva. Y pintura. Y papel de horno.

—Y purpurina —dice Lysander con brillo en los ojos. Literalmente.

—Normalmente le pedimos esas cosas a Thalia y ella te las pide a ti. Pero no podemos pedirle a ella que te pida a ti las cosas que necesitamos para su cumpleaños, ¿no?

Me humedezco los labios y suelto una risa.

—No. No podéis.

—¿Entonces? —pregunta Andreas, ansioso.

—Mientras no toquéis el fuego, podéis usar lo que queráis. Con supervisión de Sofía.

Celebran chocando las manos. Luego se callan un segundo. Andreas apoya los codos en los reposabrazos del sillón y me observa con la cara de quien está a punto de cambiar de tema, pero no del todo.

—Nuestro cumpleaños también se acerca —dice Lysander, y me pregunto si cree que necesito un recordatorio de eso también.

—Lo sé, pero aún faltan dos meses.

—Sí… faltan —conviene Andreas, y los dos se miran.

—¿Qué pasa?

—Ya que estamos hablando de regalos… —empieza Lysander.

—Queremos saber si… —continúa Andreas.

—Si, en nuestro cumpleaños, podremos elegir cualquier cosa.

Inclino la cabeza con la sensación de que es una trampa. Aun así, respondo.

—Podéis. Claro que sí. Lo que queráis.

Se vuelven a mirar.

—¿Cualquier cosa de verdad? —pregunta Lysander.

—Sí. Cualquier cosa.

Pausa.

Hablan a la vez:

—Queremos a Thalia.

Entrecierro los ojos.

—¿Cómo?

—De regalo —aclara Andreas—. Queremos que sea nuestra madre.

Parpadeo, pero ni el tic-tac del reloj de pared parece seguir sonando. En mi cabeza, una sola frase se repite sin parar:

“Queremos que sea nuestra madre.”

—Lo hemos pensado bien —dice Lysander—. Y no hay nada mejor.

—Thalia nos cuida, nos cuenta historias, le peina el pelo a Andreas hacia atrás porque él no sabe —Andreas pone los ojos en blanco—. Y nos da un beso de buenas noches sin equivocarse de lado.

—Nunca se enfada de verdad. Y cuando estamos tristes, lo sabe. Aunque no se lo digamos.

—Y huele bien.

Parpadeo. Aún intentando procesar. El corazón se me aprieta en un nudo que no sé deshacer.

—¿Podemos pedir eso? —insiste Andreas—. ¿Te puedes casar con ella para darnos ese regalo?

Están sonriendo. Convencidos. Como si fuera simple. Como si “tener una madre” fuera tan concreto como querer un cochecito nuevo o un cumpleaños con globos.

¿Qué…?

51.

THALIA ESPERAKIS

La sala es demasiado clara.

Las paredes son de un beige que intenta parecer acogedor, pero solo consigue ser insulso. Hay un cuadro con un paisaje genérico —un campo de trigo— colgado frente a mí. Pero no consigo concentrarme en él.

Ni en el sonido de la recepcionista al teléfono. Ni en la música instrumental irritantemente suave que se derrama por los altavoces del techo. Mi cuerpo está aquí, pero mi cabeza está intentando huir.

Aprieto los dedos de las manos con fuerza, como si pudieran mantenerme en pie. Pero ni eso funciona. Las piernas se mueven involuntariamente. Las rodillas tiemblan. Los hombros suben y bajan con cada suspiro más largo.

Estoy tranquila, me repito. Estoy tranquila. Estoy tranquila.

No lo estoy.

El aire acondicionado sopla directo en mi tobillo, y yo siento calor. El reloj de la pared hace un tic seco cada segundo, y cada tic parece una explosión dentro de mí.

Desde que salí del convento, sabía que tenía que venir aquí.

Las palabras de la madre me aprietan en la memoria:

«Puedes protegerte del dolor, Thalia. Pero eso también te roba la alegría antes de que ocurra.»

Quizá sea eso lo que he estado haciendo. Esconderme. Esperar a que el miedo se canse y se vaya. Fingir que, si no miro de frente, se agotará y me dejará en paz.

Pero no se va. Porque no está fuera.

Está dentro de mí.

Sea lo que sea lo que me está haciendo sentir tan mal —tan fuera de mi cuerpo, de mi ritmo, de mí— sé que Dios cuidará. Lo sé.

O, al menos, eso es lo que intento convencerme de creer.

La recepcionista me llama. Mi nombre, pronunciado con voz clara, me corta como si no fuera mío. Me levanto con cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper la frágil valentía que construí hasta aquí. El suelo parece más lejos de lo que debería.

Respiro una, dos, tres veces. Y camino hacia la puerta de la consulta. Entro de un impulso, con miedo de tropezar y volver a caer en la seguridad de mi habitación en la mansión. La puerta se cierra detrás de mí con un clic suave.

La médica levanta la vista del historial digital. Sonríe con amabilidad, pero es una sonrisa objetiva. Sin rodeos. Como diciendo: puedes confiar, pero vamos al grano.

—Buenos días, Thalia. Siéntate, por favor.

Hago lo que pide, acomodándome la correa del bolso en el regazo. Intento parecer natural. No funciona.

—¿Qué te trae hoy por aquí? —pregunta con voz calmada. Bolígrafo en mano. Mirada atenta.

Podría decir "precaución". Podría decir "rutina". Pero no creo que mentir sea la solución.

—Yo… me he estado sintiendo rara —empiezo, con la voz más débil de lo que me gustaría.

Asiente. Espera. No me interrumpe.

—Empezó con mareos leves, pero ahora vienen acompañados de náuseas. Arcadas que aparecen de la nada. Cansancio —respiro hondo—, mucho cansancio. Como si mi cuerpo intentara decirme algo y yo aún no hubiera aprendido el idioma.

La médica no anota de inmediato. Solo me observa con atención. Eso me pone aún más nerviosa.

—También… —continúo sin poder parar— he perdido el apetito algunos días. Otros, tengo hambre a deshora. El humor es un caos. Y lloré con un anuncio de detergente la semana pasada.

Espero una sonrisa. Pero ella no se ríe. Solo asiente con más firmeza.

—Sé que puede ser cualquier cosa. Hormonal. Estrés. Un virus raro. Y sé que… —respiro otra vez— que las pruebas llevan tiempo, que son etapas, que a veces solo se descubre tras investigar mucho… pero quería saber si hay alguna estimación. De cuánto tiempo hasta un diagnóstico.

Sigue mirándome. La misma mirada cuidadosa, pero ahora con algo más. Algo… que no sé nombrar. Y ese silencio vuelve a devorarme.

—¿Doctora? —pregunto, más bajo.

Ella apoya el bolígrafo en la mesa. Se inclina hacia mí. Y dice:

—Creo que ya sé qué te está pasando, Thalia.

El corazón se me acelera. Me falta el aire un segundo.

—¿Cómo que ya lo sabe? Pero… ni siquiera me he hecho pruebas. Usted no ha visto mis resultados.

—Si tengo razón —dice, con un tono calmado que solo aumenta mi aprensión—, lo vamos a descubrir en los próximos cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —repito, intentando controlar la respiración.

Se levanta, camina hacia un cajón lateral y, sin prisa, saca un sobre de plástico pequeño. Me lo enseña como quien entrega una llave.

—Lo único que tienes que hacer… es hacer pis en el palito.

52.

ALEKOS THEODORAKIS

El proyector lanza gráficos sobre la pared de cristal de la sala de reuniones, los números cambian en tiempo real y la voz del ingeniero de operaciones llena el ambiente con explicaciones técnicas sobre calendarios y restricciones presupuestarias.

Pero nada de eso tiene sentido en mi cabeza. Porque, en el móvil, abierto discretamente bajo la mesa, tengo tres pestañas con ideas de regalos, y ninguna sirve.

Un collar con piedra tallada a mano. Un libro raro de una autora que mencionó. Un fin de semana en una bodega de lujo en Santorini.

Todo me parece pequeño. Insuficiente. Inútil.

Thalia cumplirá veinte años en dos semanas. Veinte. Y yo, que ya he comprado regalos de siete dígitos para diplomáticos y príncipes, no consigo encontrar nada que esté a la altura de la mujer que duerme en mi cama e ilumina mi casa sin darse cuenta.

—Alekos —me llama Leon, a mi lado—. ¿Tienes la cabeza aquí o necesitas traducción simultánea?

Bloqueo la pantalla del móvil con calma.

—Estoy escuchando.

—Estás ignorando.

—Estoy filtrando lo relevante.

—Interesante filtro. Porque en los últimos diez minutos has ignorado la posibilidad de un vertedero a menos de cinco kilómetros del proyecto y has pasado tres minutos mirando un colgante con forma de estrella.

Pongo los ojos en blanco. Leon tiene esa sonrisita irritante de quien sabe que tiene razón.

El ingeniero se despide poco después, dejando la sala solo para nosotros dos. Leon se recuesta en la silla como si estuviera en un café y no en una de las salas más caras de Atenas.

—Venga. Suéltalo —provoca—. ¿Qué estás intentando comprar exactamente?

—Un regalo —digo. Simple. No es mentira.

—Ah, estupendo. ¿Me vas a regalar también un pendiente de esmeralda?

—Se acerca el cumpleaños de Thalia.

—Lo sé. Y tú quieres el regalo perfecto.

—Sí.

Me mira un segundo. Luego suelta una risa baja, casi de pena.

—Alekos… te has vuelto loco.

—Quiero algo a su altura. Es lo mínimo.

—No, lo mínimo era un libro. Tal vez flores. Tú estás mirando experiencias de viaje personalizadas con nombres de constelaciones.

—Porque nada parece suficiente —admito—. Nada… encaja.

Leon se inclina sobre la mesa. Cambia el tono, pero no la ironía.

—Bueno… si nada parece suficiente, quizá el regalo correcto venga en pareja.

—¿Qué quieres decir?

—Anillos. De los que vienen en cajas pequeñas y declaraciones peligrosas. Quizá no estés buscando un regalo. Quizá estés buscando una forma de decir otra cosa.

—¿Como qué?

Alza una ceja.

—No seas ridículo.

—Solo digo —se recuesta de nuevo— que estás intentando encontrar algo que diga "eres mía", pero con lazos de satén y dorado discreto. Un anillo resuelve eso. De forma elegante, simbólica… y muy eficiente. Si te das prisa —continúa Leon—, aún llegas a tiempo para cumplir el "regalo" que pidieron tus hijos.

Resoplo.

—No debería haberte contado esa mierda.

Él se ríe. Abre una galleta de la mesa del coffee break y mastica con gusto.

—Deberías darme las gracias. No todo el mundo tiene hijos que piden a la mujer correcta como regalo.

Me quedo en silencio.

Porque en eso no puedo discutirle: Thalia es, definitivamente, la mujer correcta.

—¿Y qué les respondiste? —pregunta Leon, burlón.

—Sabes lo que les respondí.

—Refresca mi memoria.

—Les dije que no se pueden pedir personas de regalo. Pero tuve una conversación seria con ellos sobre "tener una madre", les expliqué que no era tan simple.

—Hijos… —canturrea Leon—. Tenlos. Es genial.

—Tú lo sabes mejor que nadie, ya que fuiste un pésimo hijo.

Sonríe ampliamente.

—Mentira. Mis padres me adoran y tú lo sabes. Ser un hijo excelente es la mejor manera de evitar que me pidan nietos.

Hace una pausa teatral, como si acabara de recordar algo importante. O como si estuviera a punto de tocar donde sabe que duele.

—Hablando de nietos… ¿has pensado que quizá ese sea el problema?

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Que no estás buscando un regalo. Estás buscando una excusa. Algo que diga "eres mía" sin tener que admitir que es eso lo que quieres.

—Yo no dije eso.

—Claro que no lo dijiste. Tú no dices. Aguantas, tragas, disimulas. Pero yo te conozco, Alekos. Desde antes de que supieras lo que era desear a alguien de verdad. Y puedo asegurarte que ningún regalo dirá eso mejor que un anillo.

Cruzo los brazos, más para contener el impulso de levantarme e irme que por convicción.

—¿Y si dice que no?

Leon suelta una carcajada como si hubiera oído la mayor estupidez del mundo.

—¿Thalia? ¿Decir que no? Esa mujer te mira como si fueras el único milagro que Dios se hubiera molestado en firmar con su propio nombre. ¿De verdad crees que te diría que no?

—Casarse conmigo… no es algo simple.

—¿Y desde cuándo casarse con alguien es simple, joder? Si lo fuera, yo ya tendría un harén.

—Eres un idiota.

—Alekos… ella ama a tus hijos como si fueran suyos.

—Eso no significa que sea suficiente —replico, bajo pero firme—. No con todo lo que implica. No con lo que ella tendría que renunciar.

Leon me observa un segundo. Su sonrisa se borra lo suficiente como para dejar entrar la verdad.

—Solo hay una forma de saberlo.

Silencio. Y entonces alza las manos, como dando por terminada una sesión que nadie pidió.

—Ve. Haz la pregunta. Y si dice que sí… me lo agradeces con un buen vino en la boda.

—Ya está bien —respondo, levantándome y saliendo de la sala.

—¿Vas a una joyería? Puedo ayudarte a elegir —grita al llegar yo a la puerta—. Se me da genial.

—Vete a la mierda, Leon.

—Solo piénsalo —grita por última vez.

Y lo peor… es que lo pienso.

53.

THALIA ESPERAKIS

Han pasado cuarenta y dos minutos desde que los niños salieron hacia el colegio. Treinta y ocho desde que Alekos cruzó la puerta, después de darme un beso suave en la coronilla y decir que no volvería para comer.

Cuarenta y dos minutos sola.

Treinta y ocho fingiendo que esto no es un colapso.

Camino de un lado a otro con el móvil en la mano, la falda del vestido ligero va y viene y el roce de la tela solo consigue ponerme más nerviosa. Me echo el pelo hacia atrás por lo menos por milésima vez en los últimos cinco minutos. Los pies descalzos me hormiguean sobre la alfombra mullida.

La web del laboratorio está abierta. Sesión iniciada. Página actualizada. Actualizada otra vez. Otra vez. Y otra vez.

Nada.

Vuelvo a actualizar.

Ya me sé de memoria la frase:

«Su resultado estará disponible en breve.»

Ese "en breve" me está despellejando por dentro.

Ayer volví de la clínica en silencio. Sonreí a los niños. Me senté a cenar. Fingí que me acostaba temprano.

Disimulé mi silencio con un libro. Todo para no sentir.

Todo para no pensar en las dos rayas que aparecieron en el test de farmacia. Pero aquello todavía podía ser un error. Podía ser un falso positivo.

No dormí.

El silencio de la habitación, la respiración de Alekos contra mi piel, el calor de su cuerpo apretado contra el mío… cada una de esas cosas me lanzó a una espiral más profunda y vertiginosa de pánico y ansiedad.

No es posible.

Tomé mis pastillas. Todas. Tan religiosamente como rezo. La médica, sin embargo, me recordó que ningún método anticonceptivo es cien por cien seguro. Lo sabía.

Alekos me lo había advertido cuando hablamos de nuestras opciones. Me aseguré de leer el prospecto cuando la ginecóloga me recetó la píldora. Yo… lo sabía. Y, aun así, no podía creer lo que estaba pasando.

Pero hay otra parte de mí… una que nació ayer, quizá, o antes, cuando la médica me dio aquel test de farmacia… Una parte que quiere que sea verdad.

Una que ya se ha rendido a la idea. Que ya se tocó el vientre y susurró quédate conmigo sin darse cuenta.

Y esa parte de mí es la que más me asusta.

Porque no piensa en consecuencias. Piensa en amor. Y el amor, para mí… siempre fue sinónimo de pérdida.

Mi miedo no es Alekos. No es él.

Sé que si el análisis de sangre confirma el embarazo, él acogerá a ese bebé y aprenderá a ser padre para él igual que está aprendiendo a serlo para Andreas y Lysander. Alekos no es de los que huyen, esconden o traicionan.

Pero… ¿y lo demás?

¿Y los niños? ¿Me verán distinta? ¿Pensarán que lo estropeé todo? ¿Sobrevivirá lo que estábamos construyendo a la presencia de un bebé?

Tengo solo diecinueve años. No tengo casa propia. No tengo un título. No tengo ninguna referencia de madre. ¿Y si no estoy hecha

para esto?

¿Y si por eso Dios me llevó al convento? ¿Y si el hábito era su forma de protegerme de mí misma? ¿De proteger a un niño del error que sería nacer de mí?

Me da vueltas la cabeza, la respiración falla. Dejo el móvil sobre la cama y me siento en el suelo, de espaldas a la pared, la rodilla contra el pecho. Sacudo la cabeza. Intento volver.

Creo en un Dios de amor. Omnisciente. Presente. Que nunca me abandona.

No creo en castigo. No creo en una condena disfrazada de vida.

«Sabemos que todas las cosas cooperan para bien de los que aman a Dios.»

Si estoy embarazada… no es un accidente. Es un plan. Y si es un plan… no debo temer. Pero no consigo no llorar.

Lloro de miedo. De nervios. De ansiedad. Y, sobre todo, de soledad. Me siento tan sola, tan absurdamente sola en el centro de algo gigantesco, y me odio por ello. Porque sé —lo sé de verdad— que Dios nunca me abandona. Nunca lo hizo. Nunca lo haría ahora.

Pero a veces… incluso su amor se siente demasiado lejos.

Cierro los ojos. Me encojo un poco más. La frente contra las rodillas y las palabras empiezan a salir casi en un susurro. No es una oración hecha, ni un salmo memorizado. Son solo… palabras. Del fondo de lo que aún queda en mí.

—Tengo miedo, Dios.

Las palabras salen rasas. Temblorosas.

—Tengo miedo de estar embarazada… y miedo de no estarlo también. Porque parte de mí… parte de mí ya se conectó con esto. Ya lo sintió.

La voz se me quiebra. Pero no paro.

—Tengo miedo de no saber ser madre. Miedo de ser como quien me dejó. Miedo de no saber amar como debería. De equivocarme. De fallar. De herir a alguien solo por existir.

Las palabras empiezan a salir más rápidas, más fluidas.

—Estoy cansada de huir. De fingir que soy fuerte todo el tiempo. De disimular lo sola que me siento incluso rodeada de gente. Cuánto quería… cuánto quería solo tumbarme en el regazo de alguien y escuchar que todo va a ir bien.

—Pero… yo lo sé. Lo sé: Tú estás aquí. Tú me amas. Y si este es el plan… entonces es más grande que mi miedo. Más grande que mi historia. Más grande que mi pasado. Más grande que el abandono. Y si voy a ser madre… si es de verdad… no quiero huir. Quiero tener valentía. Quiero confiar. Quiero hacerlo distinto.

El llanto continúa. Pero ahora es otro. Más ligero. Más lleno.

El corazón parece recolocarse, como si todo dentro de mí se hubiera movido solo para, por fin, encontrar dónde pertenece.

El embarazo aún me asusta, pero ya no es un monstruo. Es una llamada. Es una promesa.

Es amor.

De un Dios que nunca dejó de verme, incluso cuando yo misma me escondía.

Abro los ojos con la respiración todavía irregular.

Las mejillas están mojadas. Las manos aprietan la tela del vestido sobre las rodillas. La luz de la mañana entra por las rendijas de la cortina, suave, cálida, como si el día entero me estuviera abrazando despacio.

Me levanto del suelo despacio, con los músculos temblorosos y el pecho liviano. Cojo el móvil del borde de la cama. La pantalla apagada refleja mi cara, roja, hinchada. Pero en paz.

Desbloqueo.

Abro el navegador y actualizo la página. El mensaje ha cambiado. El resultado está disponible.

Mis ojos recorren el informe lentamente. Cada palabra, cada número, cada unidad:

Beta hCG: 2.347 mUI/mL

Resultado: Positivo

Gestación confirmada. Primeras semanas.

No hay música. No hay lágrimas nuevas. Solo silencio. Y en ese silencio, la certeza: "estoy embarazada".

Llevo la mano al vientre con cuidado. No para comprobar, sino para acoger. Porque en este segundo, en este grano de polvo del universo, un mundo nuevo empieza.

Aquí.

Ahora.

Dentro de mí.

54.

ALEKOS THEODORAKIS

La luz del atardecer roza el cristal de la ventana como si la hubieran entrenado para eso. Suave. Precisa. Implacable.

Llevo demasiado tiempo de pie: lejos del reloj, demasiado cerca de mí mismo.

Debería estar resolviendo un problema del proyecto del puerto deportivo, o respondiendo al correo de la fundación cultural de Tesalónica, o cualquiera de las otras veintisiete cosas apiladas en mi agenda. Pero estoy aquí. Quieto. Con los pensamientos varados en el mismo punto desde hace días.

El regalo. El regalo perfecto.

La sugerencia de Leon sigue flotando en mi cabeza como una canción que se niega a dejar de sonar. Y lo peor: empieza a tener más sentido a cada segundo que le presto atención. Mucho más de lo que me gustaría admitir.

Casarme, repito la palabra dentro de mí intentando que suene como el absurdo que es, pero lo único que siento es… ganas.

Casarme.

Hacerlo otra vez nunca estuvo en mis planes. La posibilidad ni siquiera había cruzado mi mente hasta que Leon la puso sobre la mesa. Sí, yo ya había aceptado que mi obsesión por Thalia no era pasajera.

De hecho, tenía la madurez suficiente para admitir que, a los cuarenta y dos años, me había enamorado. Y eso ya me parecía locura más que suficiente.

Estaba completamente fascinado por una chica veintitrés años más joven que yo, que era color donde yo era gris, que repartía sonrisas donde en mí, antes de ella, solo cabía seriedad, y que

trataba a mis hijos con tanto amor que para mí era imposible no prestarle atención.

La mujer que, en meses, le dio la vuelta a mi vida, me obligó a mirarme por dentro y ver lo miserable que era la vida que llevaba viviendo desde hacía más de cuatro décadas. Más aún: me hizo ver que cambiar dependía únicamente de mí.

He ido dándome cuenta de cada una de esas cosas, una tras otra, en las últimas semanas. Y, aun así, ninguna me llevó a contemplar la idea de un matrimonio. Ahora, en cambio, es todo en lo que puedo pensar.

Desde que Leon dijo aquello, collares, viajes, libros raros o experiencias gourmet con nombres en francés han perdido cualquier atractivo —si es que alguna vez lo tuvieron. Si antes esas cosas parecían insuficientes, ahora parecen casi ofensivas.

¿Por qué un anillo suena tan acertado? ¿Por qué se me acelera el corazón solo con imaginármelo?

Y no ayuda que, en los últimos días, Thalia haya… cambiado. No ha dicho nada, pero algo dentro de ella se ha movido.

Hay una ligereza distinta en su forma de caminar por las estancias. Una tranquilidad nueva en los ojos. Como si, por dentro, alguna guerra hubiera terminado… y ella estuviera recogiendo los escombros con cuidado, sin prisa.

Lo que la inquietaba… se ha ido.

Antes de la visita al pueblo, Thalia parecía cargar con algo. A veces demasiado silenciosa, a veces distraída, como si estuviera atrapada dentro de sí misma. Yo lo noté. Claro que lo noté. Pero no la presioné.

Y ahora… ahora parece otra. No en sentido literal, sino como si su piel se hubiera convertido en una materia rara. Casi… diamante. Radiante.

Y estoy casi seguro de que tomó una decisión importante. Todavía no me lo ha contado, pero lo hará. Lo sé. Thalia no sabe disimular. Y el hecho de que esté feliz… me basta.

No sé qué descubrió. Solo sé que es bueno. Porque está entera, y eso… me calma.

El café ya está frío en mi mano cuando ella aparece en el jardín como si mis pensamientos la hubieran llamado.

Thalia camina por el lateral de la casa con los niños: uno a cada lado, como si formaran un triángulo perfecto. Lysander gesticula con entusiasmo, Andreas corre delante, y ella los acompaña con una sonrisa que me atraviesa con la precisión de una flecha bien lanzada.

Sonríe como si no supiera que la observan.

Como si estuviera en paz. Como si ese instante bastara para llenar todos los vacíos del mundo. Y quizá baste.

Andreas tropieza y ella lo alcanza al acto. Le coge la mano, se ríe con él, le besa la frente y sigue caminando como si nada. Pero para mí… es todo.

Los observo a los tres desde lejos. La imagen es serena, banal. Y, al mismo tiempo, indiscutiblemente mía. En ese instante dejo de fingir que no lo sé.

No es la sugerencia de Leon lo que me persigue. No es el deseo de los niños. No es el dilema del regalo perfecto.

Es la verdad. Simple e inevitable.

Yo amo a Thalia.

Yo, que nunca creí en la veracidad de este sentimiento porque no sabía comprender cómo algo podía funcionar sin reglas, sin pragmatismo, sin contratos no escritos, estoy amando exactamente como debe ser: sin nada de eso. Libre.

Amo cómo sonríe. Cómo es libre. La forma en que me mira como si supiera que podría romperla y, aun así, eligiera quedarse.

Amo cómo ama a mis hijos. Como si no hubiera tenido que aprenderlo. Como si hubiera nacido sabiéndolo.

Se infiltró en todo.

En la rutina. En el espacio. En el silencio. Y ahora… ahora está en mí.

Y nada va a arrancarla de mi pecho.

No tenía ni idea de que un sentimiento así podía existir. No de esta forma. Tan silencioso, tan entero, tan irreversible.

Pero no lamento no haberlo conocido antes, porque tenía que ser ella. Tenía que serlo.

Thalia es mi segunda oportunidad. No de amar… eso, con ella, es mi primera. Thalia es mi segunda oportunidad de ser entero. Es la oportunidad que la vida me dio cuando yo ya había aceptado vivir a medias.

Y ahora que lo sé… no voy a desperdiciarla.

Vuelvo a mirar el jardín. A ella. A esos dos pequeños motivos que me enseñaron a ver el amor con más claridad que cualquier filosofía.

Antes solo tengo que resolver una cuestión. Darle a Thalia una información que no creo que cambie nada, pero sin la cual no podrá decidir si acepta lo que voy a proponerle o no.

Me río y niego con la cabeza al pensar en Leon y en lo mucho que me va a torturar. Se pasará el resto de la vida restregándome que tenía razón desde el principio.

—Hijo de puta…

55.

THALIA ESPERAKIS

Si alguien me hubiera dicho que la felicidad vive en los detalles, quizá lo habría creído. Pero ahora… lo siento.

En los últimos días, la vida parece haber desacelerado para mí.

Todo sabe a tarde perezosa. A sol sobre la cara sin quemar. A risa suelta sin aviso.

El desayuno empieza siempre con Andreas cantando alguna canción mal inventada y Lysander intentando convencerlo de que el estribillo está mal.

Alekos aparece poco después, sin corbata, sin prisa, con los ojos aún medio cerrados, pero con esa media sonrisa que se guarda solo para nosotros.

Los niños se me tiran encima. Me llaman "jefa de la cocina", incluso cuando solo corto la fruta. Alekos pasa la mano por mi espalda con naturalidad, como si mi cuerpo tuviera un lugar marcado al lado del suyo. Y lo tiene.

Salimos a pasear juntos. Nada grandioso. Solo el muelle del pueblo o el camino de piedra que bordea el viñedo del vecino. Andreas corre delante fingiendo que es un caballero medieval. Lysander carga flores mustias como si fueran trofeos. Alekos me coge la mano. Y yo lo dejo.

Todo es muy simple. Pero todo también es exactamente correcto.

Por la tarde pintan. O juegan. O montan un teatro de marionetas con calcetines desparejados. Yo observo. A veces participo. A veces solo estoy ahí, en silencio. Sintiendo.

Hoy nos quedamos dormidos todos en el sofá de la sala de lectura. Primero Andreas cayó rendido en mi regazo. Luego

Lysander. Cuando Alekos apareció, me encontró con los dos encima, los brazos abiertos, la barbilla apoyada en la frente del pequeño.

Se quedó en la puerta un rato. No dijo nada.

Solo me miró con esa mirada de quien guarda el instante con el alma.

Más tarde, es él quien me abraza primero. Quien me cubre. Quien me toca la cara como diciendo: te veo. Y yo lo dejo. Porque yo también veo.

Cuando todo se apaga y el sueño parece vencer al resto de la casa, me quedo solo yo, despierta.

Tumbada en la penumbra de nuestra habitación, con la mano sobre el vientre, pensando.

Es un gesto que he repetido de manera automática. Como si mi cuerpo ya supiera que está cuidando de algo. De alguien.

Los últimos días han sido demasiado perfectos. Casi… peligrosamente perfectos.

Pero no de un modo que me haga desconfiar. De un modo que me hace agradecer. Que me hace rezar en silencio todo el tiempo. Que me hace entender que, por improbable que parezca, esta es la vida que Dios me está dando. Y, por eso, puedo confiar.

Paso el dedo por el tirante del camisón. La piel se me eriza, pero no de frío. Sonrío sola.

Decidí contarle a Alekos lo del embarazo en mi cumpleaños.

No va a ser un shock. Bueno… quizá un poquito. Pero no solo será eso. Será un regalo.

Se lo diré con calma, con firmeza, con amor: "Vamos a tener un bebé".

No sé cómo va a reaccionar. Quizá se quede en silencio unos segundos. Quizá me abrace. Quizá llore. Pero no tengo miedo.

Porque si Dios eligió este tiempo, entonces este tiempo es bueno. Porque si este bebé vino hacia mí, es porque soy capaz. Porque si estoy viviendo este amor… entonces puede crecer.

Y si crece un poquito más… cabrá uno más.

Al día siguiente, el cielo está demasiado dorado como para ignorarlo. El atardecer cae lento sobre la isla, y la luz se derrama por los jardines de la mansión como si supiera que este es un lugar donde ocurren cosas buenas.

Sentada en el escalón de piedra de la terraza lateral, con un libro cerrado en el regazo cuya historia ya ni recuerdo, admiro el atardecer. La lectura ha dejado sitio a la contemplación.

Alekos se acerca en silencio. Siempre en silencio.

Se sienta detrás de mí, un escalón más arriba, con las piernas abiertas de modo que quedo entre ellas. Sus manos me rodean la cintura despacio, los dedos reposan sobre mi vientre. El contacto no es insinuante: es sereno. Casi reverente.

—Te estaba buscando —dice cerca de mi oído.

—He estado aquí todo el tiempo.

—Lo sé. Pero a veces estás aquí… y aun así pareces lejos.

Cierro los ojos. Me recuesto más en él.

—Hoy no estoy lejos —susurro—. Hoy estoy entera.

Me abraza con más fuerza. Su mentón descansa sobre mi hombro y siento su respiración contra mi piel.

—Este cielo… este sonido, el silencio… a veces me cuesta creer en la perfección de Dios —digo bajito, con los ojos perdidos en la inmensidad.

—Me gusta el silencio que tengo contigo, *mikrí mou spinthíra*. El mundo entero ya fue ruido —dice él, bajo—. Ahora… tú eres mi silencio.

Siento el nudo en la garganta. Ese nudo que solo aparece cuando el alma reconoce que está exactamente donde debería.

Me giro un poco para mirar a Alekos y él sonríe.

No con los labios. Con los ojos. Con el cuerpo entero.

Hago una oración silenciosa. Un agradecimiento. No podría estar más feliz.

56.

THALIA ESPERAKIS

Me despierto con olor a pan dulce y risas mal contenidas al otro lado de la puerta. Ni siquiera necesito abrir los ojos para saber qué está pasando.

Me quedo inmóvil, con una sonrisa a punto de nacer en la comisura de los labios. Oigo pasos amortiguados en el pasillo, algo de cristal colocado con cuidado sobre una superficie y un susurro pésimamente disimulado:

—¡Shhh! ¡Puede despertarse!

—¡Ya se despertó, lo oí! —responde el otro, con convicción infantil.

—Silencio, los dos —dice la voz que me eriza hasta el alma.

La puerta se abre despacio. Mantengo los ojos cerrados un segundo más, por pura vanidad dramática.

—¡Feliz cumpleaños, jefa de la cocina! —grita Andreas, saltando sobre la cama con la sutileza de un elefante en miniatura.

—¡Felicidades, Thalia! —dice Lysander, trepando por el otro lado y abrazándome por la cintura.

Abro los ojos entre los dos y me encuentro con la sonrisa torcida de Alekos, de pie junto a la cama con una bandeja en las manos.

Pan recién hecho, fruta cortada con formas absurdas, una flor del jardín en una esquina del plato y una taza de té con miel.

—Pensé que podría ser mejor que café —dice él.

—Has acertado —respondo, con la voz aún quebrada de sueño y emoción—. Todo aquí es perfecto.

—Espera a ver lo demás —dice Lysander, emocionado.

Recibo una tarjeta hecha a mano, con témpera chorreando y letras torcidas. Un dibujo mío con capa de superheroína. Un regalo envuelto con papel mal pegado y demasiada cinta adhesiva.

Se me aprieta el corazón. En el mejor sentido.

Después del desayuno pasamos la mañana juntos. Jugamos en el jardín, volamos una cometa, hacemos guerra de almohadas con los niños. En algún momento Alekos acaba con el pelo lleno de espuma —Lysander dijo que era el "champú de la alegría" y yo me reí.

Como si no hubiera pasado nada.

Como si no hubiera miedo.

Como si lo único que existiera fuera el ahora.

El almuerzo es ligero, servido en la terraza. Sofía ha preparado todo lo que me gusta, incluso sin preguntarme. Recibo un regalo del personal de la casa: un diario nuevo, con tapa de cuero bordada con mi nombre.

Mis monjas me llaman y cantan *cumpleaños feliz* en una videollamada tan cariñosa y divertida como todas las demás. Y cuando llega el final de la tarde, siento como si hubiera vivido un mes en un solo día.

Alekos acerca los labios a mi oreja con una sonrisa disimulada y aún no puedo creer que no haya ido a trabajar hoy solo para pasar el día conmigo.

—Ve a arreglarte. La noche no ha hecho más que empezar —susurra. Me giro para mirarlo.

—¿Pero por qué? —pregunto, ya sonriendo—. ¿No vamos a cenar aquí mismo?

—No. Ve. A. Arreglarte.

—Alekos…

—Es una sorpresa.

La palabra me recorre como un escalofrío y me muerdo el labio, pero me aparto y obedezco, comprendiendo de golpe la desaparición repentina de Andreas y Lysander.

Subo las escaleras con el corazón latiendo más rápido de lo que debería. A cada peldaño, la curiosidad me crece dentro como un globo a punto de estallar.

Abro la puerta del dormitorio… y me quedo quieta.

Sobre la cama me espera un vestido nuevo. Largo. Azul profundo. La tela parece líquida bajo la luz de la lámpara. A su lado, unos zapatos de tacón delicado y una cajita de terciopelo con unos pendientes que brillan como pequeñas estrellas.

Y, encima de todo, una nota escrita a mano:

"Póntelos."

Me llevo una mano a la boca. Sonrío. Suspiro. Me permito cerrar los ojos un segundo solo para guardar este momento dentro de mí.

Ojalá pudiera embotellar esta sensación.

Ser esperada. Ser cuidada. Ser elegida.

Después de ducharme, me pongo el vestido con las manos temblorosas, me recojo el pelo como sé que le gusta a Alekos, me pinto los labios con un cuidado casi reverente y bajo.

Alekos me espera al pie de la escalera. De traje. Un poco más formal de lo habitual para esta hora cuando está en casa. Y con esa mirada… la que me dirige con frecuencia desde hace días.

—Estás… —empieza, pero se pierde—. Increíble.

Sonrío, intentando disimular que me falta el aire.

Me ofrece el brazo y me conduce por la casa como si cada habitación fuera parte de un gran secreto. Hasta que llegamos al jardín trasero, se abre la puerta y el corazón se me dispara al ver luces colgadas entre los árboles, globos discretos, velas sobre las mesas, flores claras, y voces conocidas diciendo:

—¡Sorpresa!

Tardo un segundo en entenderlo.

Están todos allí. Madre Agnes, hermana Clara, hermana Lucía —todas sonriendo, todas con los ojos húmedos—. Sofía, el personal de la casa, los niños con gorritos de papel y confeti en el pelo.

Hasta Leon está ahí, apoyado en una columna, alzándome una copa con una sonrisa cómplice.

Es demasiado.

Es mucho.

Es todo.

La emoción me aprieta por dentro de una forma que no sé describir.

Corro a abrazar a mis hermanas —mis madres— y me reciben con besos y manos en mi cara como si yo siguiera siendo aquella niña pequeña que lloraba por no saber si algún día alguien elegiría quedarse.

Ahora alguien eligió. Alguien preparó cada detalle de esa noche por mí. Para mí.

Empieza la música. Se sirve la cena. Los niños corren alrededor de las mesas. Y yo no dejo de sonreír. Ni un segundo.

"¿Cómo podría haber un momento mejor que este para contarlo?"

Después de la fiesta, de los abrazos y la música, después de ver a todas las personas que amo reunidas en un mismo lugar, creí que el día no podía darme nada más. Me equivocaba.

Alekos me toma de la mano cuando todos se han ido y los niños ya están en pijama, dormidos. El confeti sigue esparcido por el suelo del jardín. No dice nada. Solo sonríe de lado y hace un gesto con la cabeza.

—La noche aún no ha terminado —dice, como si me contara un secreto.

—Alekos… —empiezo riendo—. Ya me has dado un día entero de sorpresas. No hace falta…

—Hace falta —me interrumpe, con los ojos brillantes—. Dame la mano.

Y se la doy.

Bajamos por un sendero estrecho entre piedras. He estado allí antes, pero nunca de noche. Nunca así. Las luces pequeñas a lo largo del camino se encienden conforme pasamos. Es como si la isla entera me guiñara un ojo.

El sonido del mar se vuelve más cercano. Y cuando el sendero se abre… me quedo sin aliento.

La playa está iluminada por velas dentro de tarros de cristal esparcidos por la arena. Hay una manta extendida con cojines, pétalos, una bandeja con fruta y vino, dos copas. Una música suave llega desde algún punto invisible.

Me detengo.

Literalmente me detengo. Porque mi cuerpo no sabe cómo comportarse ante tanta belleza hecha a medida.

—Alekos… —mi voz falla—. Esto es…

—Para ti —dice él—. Solo para ti.

Siento que el corazón quiere salirse del pecho. El aire no entra bien. Los ojos me arden. Pero no lloro.

No ahora.

Porque todo está tan bien, tan absolutamente bien, que cualquier lágrima parecería un exceso.

Me conduce hasta aquel escenario de sueño, me acaricia la cara y me observa en silencio un momento.

Después se incorpora, inspira hondo y, antes de que le salga una palabra… Alekos se arrodilla.

Mi mundo da un vuelco. Pero reacciono antes de que diga nada.

—Espera —susurro.

Yo también me arrodillo y él me mira, confuso.

—No quiero que digas nada todavía —digo—. Porque necesito decirlo yo primero.

Tomo sus manos entre las mías y hablo sin tropezar:

—Te amo, Alekos. Te amo de una manera que ni siquiera sabía que existía…

—Yo también te amo —me interrumpe, y se me va el aire. ¿Él… acaba de decirme que me ama? ¿Así, en voz alta? Alekos suelta una risa floja, como si me leyera el pensamiento—. Lo sé —admite—. Increíble, ¿verdad? Pero es culpa tuya. Yo estaba bien a mi manera. Con mi rutina, mis silencios, mis horarios inquebrantables, mis espacios delimitados. Estaba bien… o al menos convencido de que lo estaba.

Respira hondo, como si lo que viene hubiera estado guardado demasiado tiempo.

—Y entonces apareciste tú. Con esa forma de entrar sin pedir permiso, pero sin invadir jamás. De ocupar espacio sin quitar nada. De hacer desorden con reverencia.

Se me llenan los ojos, y él continúa:

—Llegaste como quien venía solo por unos días. Como quien se iba a ir la semana siguiente, pero dejó su olor en mi almohada. El color en las paredes y mis hijos… —traga saliva— mis hijos te miraron como si acabaran de recuperar una parte de nuestra casa que estaba perdida.

Desliza los dedos por mi nuca, despacio, como si memorizara el contorno de mi piel.

—Nunca planeé amar, Thalia. Nunca imaginé que fuera posible. Nunca creí que alguien pudiera… verme entero. Y tú me viste. Desde el primer día. Con esos ojos demasiado grandes y esa valentía

estúpida de enfrentarte al mundo con fe, con dulzura… con ese amor tuyo que no exige nada, pero lo transforma todo.

Las lágrimas me caen por la cara, y él me las besa sin dejar de hablar.

—Te amo porque ya no hay un rincón en mí que no tenga tu nombre. Te amo porque incluso antes de que yo lo supiera, tú ya eras la respuesta. Y ahora que lo sé… ahora que entendí lo que es esto… no quiero vivir de otra manera.

Alekos sonríe pequeño, casi tímido, vulnerable.

—Soy tuyo, Thalia. Entero. Incondicionalmente. Y si hay algo después de esta vida, quiero ser tuyo allí también.

Casi no puedo respirar. Esa es la declaración. La que pasa una sola vez. La que lo cambia todo.

—Dije que no quería que dijeras nada —protesto, riendo entre lágrimas.

—Perdón. —Me sostiene el rostro entre las manos y me cubre de besos. Uno en la nariz, otro en la comisura de los labios, otro en mitad de la frente—. Al parecer el amor me vuelve rebelde. Tan rebelde como la mujer a la que amo.

Me río. Me río a carcajadas, en realidad. Me entrego a este instante con todo lo que soy. Me siento ligera, entera, suya.

Alekos me atrae contra su pecho y el mundo se reduce al sonido del mar y al calor de sus brazos. Es el momento más perfecto de mi vida. Y por eso sé que ya no puedo esperar.

Mis ojos apenas ven de tanto llorar. Y reír. Y volver a reír. Me siento una loca. Insana de felicidad.

Mis dedos suben al rostro de él. Le toco la boca, la mandíbula, la barba que vuelve a crecer. Él me mira como si yo fuera sagrada y, por un segundo, me siento así.

Respiro hondo. La voz quebrada, pero llena de certeza.

—Hay una cosa más. Sé que el cumpleaños es mío, pero… hay un regalo que… que es nuestro —empiezo—. El amor que hemos construido… se desbordó.

Durante un instante, Alekos solo me observa. Un segundo. Dos. Yo sonrío. Suelto sus manos solo para apoyarlas sobre mi vientre, como una ofrenda silenciosa.

—Estoy embarazada —revelo por fin.

Alekos no responde de inmediato. De hecho, durante varios segundos ni siquiera se mueve.

Me río, esperando que se le pase el susto. Debe estar en shock.

—¿Alekos? —lo llamo cuando el tiempo se escurre entre nosotros y los instantes se convierten en minutos enteros de vacío donde antes solo había exceso.

Él sigue sin responder.

—¿Estás bien? Alekos, amor…

Por fin se mueve. Lentamente. Pero lo que veo en sus ojos… no es sorpresa.

—No —dice en voz baja, casi susurrando, pero la palabra me corta como un grito.

—¿Qué? —pregunto sonriendo, con el ceño fruncido. Creo que el shock lo dejó fuera de sí.

Alekos me mira fijo.

—Te estás equivocando, Thalia. Esto… esto no es posible.

Mi sonrisa vacila. Se me desliza de los labios, lenta.

—Alekos… —me río, nerviosa—. No es un error. Me hice las pruebas. Estoy embarazada.

57.

ALEKOS THEODORAKIS

No lo entendí.

O quizá lo entendí —demasiado rápido, demasiado hondo— y por eso mi cuerpo se negó a reaccionar.

Embarazada. Dijo que está embarazada.

Durante unos segundos, todo dentro de mí enmudeció. No un silencio normal. Un silencio de vacío. De implosión.

Thalia sonríe. Como si me hubiera dado un regalo. Como si aquello fuera… alegría. Esperanza. Un milagro. Y quizá para cualquier otro hombre lo habría sido.

Pero yo… yo sé que eso no es posible.

—No —oigo decir a mi voz. Baja. Seca. Demasiado asustada como para sonar dura. Todavía.

Ella se ríe, nerviosa. Cree que estoy en shock. Y lo está.

Pero no como ella imagina.

—Alekos, es verdad. Me hice las pruebas. De sangre. No hay error.

Las palabras me atraviesan como una hoja.

Porque lo que ella no sabe —lo que nadie sabe— es que yo no puedo tener hijos.

El sarampión. El maldito sarampión. Un año después de que Alicia muriera.

Se lo conté a Thalia una vez, como quien suelta una nota a pie de página de su propia historia en medio de una charla tonta sobre los peores problemas de salud que habíamos tenido.

El sarampión en un adulto es un riesgo absurdo. Yo sobreviví. Pero el precio llegó después. Silencioso e irreversible. La secuela: esterilidad.

Diagnosticada. Con pruebas. Dos veces. Confirmada dos veces.

Iba a contárselo. No podía pedirle que se casara conmigo sin que supiera la imposibilidad eterna que vendría pegada a su sí. Si se casaba conmigo, Thalia nunca podría ser madre biológica. Andreas y Lysander tendrían que bastarle.

Entonces, ¿por qué sigue hablando de un embarazo imposible? ¿Por qué sigue tocándome la cara?

Ya no oigo nada. Dentro de mí solo grita una idea:

No es posible.

No puede ser.

No es mío.

Y eso me mata.

Me mata porque era con ella con quien yo, por fin, estaba vivo. Me mata porque… la amo. Porque descubrí el significado de ese sentimiento cuando la persona al otro lado de la cuerda no nació de mí… y ahora… ahora lo que tengo delante es una mentira preciosa. Un castillo de arena.

Tal vez el médico se equivocó.

Pero me hice las pruebas dos veces. Con profesionales distintos. En hospitales distintos. Con informes, con datos, con plazos.

Tal vez existan excepciones.

Pero no después de un año entero comprobándolo. De noches de silencio. De diagnósticos definitivos.

Tal vez haya un error en su análisis.

Pero ella habló con demasiada convicción. Y no fue solo un test de farmacia: fue sangre. Conclusivo. Científico. Incontestable.

Tal vez… tal vez de verdad crea que es mío.

Pero si lo cree, entonces la mentira está tan bien contada que ni ella misma distingue ya.

Siento que algo dentro de mí se rompe. No con un chasquido. Con un silencio. Como si se partiera despacio, de forma irrecuperable.

Y lo que queda… es vacío.

Me aparto un poco. No mucho. Lo justo para salir de su contacto. Lo suficiente para que el calor se vuelva incómodo.

Thalia frunce el ceño, confusa. Sonríe otra vez, intentando atraerme de vuelta.

Y la transformación en mi rostro ocurre como un mecanismo de defensa que se activa.

Porque no quiero… pero sé que, si no mato esto ahora, este dolor me va a tragar entero.

—¿Entonces era eso? —mi voz sale baja, pero afilada.

Ella se detiene.

—¿Qué?

—Todo el teatro. Las monjas. La cara inocente. La niñera dedicada. Las sonrisas. La fe.

Me río en seco y ella se echa hacia atrás, aún de rodillas, la mirada llena de incomprensión.

Yo me pongo de pie.

—Alekos…

La arena está templada bajo mis pies y cada centímetro de mi piel helada protesta por ese contacto que de pronto se volvió agresivo.

La brisa arrastra el olor de las velas, de los pétalos, del vino que pasé días eligiendo.

Todo en este lugar fue montado para ser memoria. Para marcar un inicio. Para ser el día en que le diría que no quería vivir sin ella.

Pero ahora… ahora todo parece un escenario ridículo, levantado para mí, el idiota en la platea.

Thalia se levanta y retrocede un paso, los ojos brillantes. Los mismos ojos que aprendí a amar. Los mismos que ahora parecen… un truco ensayado.

La observo como quien ve un retrato convertirse en otra persona delante de sus ojos. Cada sonrisa de los últimos meses, cada roce, cada risa… se revuelven en mi memoria, manchadas por la duda.

Creí que conocía todas las nuances de ese rostro.

Pero quizá solo aprendí la versión que ella quería mostrarme.

El decorado, antes romántico, ahora me ofende. Las velas parecen farsa. La manta sobre la arena, un escenario. El vino, una broma.

La garganta arde. El pecho aprieta como si quisiera arrancarme la piel. No puedo. Así que muerdo las palabras y las escupo.

—Dime —sigo, avanzando el paso que ella retrocedió—, ¿en qué momento de tu obra planeabas contarme lo del amante? ¿O ibas a mantenerlo en secreto para siempre? ¿Criar al crío en mi casa? ¿Gastar mi apellido?

—¿Q-qué amante? ¿De qué estás hablando? —la voz se le quiebra y los ojos se le abren de par en par.

Y duele ver esa mirada. Porque ya no sé si es sorpresa o actuación.

—¿A qué hora, exactamente, os veíais? —pregunto, ladeando la cabeza como si lo analizara. Pero no lo estoy. No puedo.

Solo imaginarlo hace que los astillazos de mi pecho se claven más hondo.

Pero es más fácil herirme yo… que aceptar que ella me destruyó sonriendo.

—¿En qué momento caías en sus brazos, Thalia, si pasabas todo el tiempo en que no cuidabas de mis hijos…? —digo entre dientes—. ¿En mi cama?

¿En mi cuerpo? ¿Fue el chófer? ¿El jardinero? ¿Alguien del pueblo?

¿Fue idea suya?

Su voz falla. Su cuerpo retrocede.

—¿Llegaste aquí con ese plan? ¿Me usaste desde el principio?

El vestido azul —el que mandé hacer a medida— ahora parece un disfraz. Las joyas en sus orejas —las que elegí yo— brillan como un desafío.

—Alekos… no —susurra, temblando—. Eso no es verdad. No hubo nadie. Nunca.

La forma en que habla… la conozco. Ya oí ese tono de desesperación.

Pero ¿era desesperación de verdad antes?

¿O solo actuación bien aprendida?

—Ya no hace falta que me mientas, Thalia. Se acabó tu farsa. Solo dime… ¿fue antes o después de meterte en mi cama?

Intenta tocarme el brazo. Su mano parece demasiado ligera.

Pero ahora… quema.

Me aparto.

—No me toques.

Toda la noche queda suspendida. Todo tan hermoso alrededor… y por dentro, todo está podrido.

Sus ojos están inundados. Pero los míos… los míos arden de algo más oscuro que el dolor.

—Creí que tú… —niego con la cabeza y suelto una risa que solo es pena—. Creí… de verdad, que eras todo lo que mi mundo nunca conoció. Pero tú solo eres mejor fingiendo.

Ella niega, las lágrimas cayéndole ya sin pudor.

—Por favor. Escúchame. Por favor.

Pero no puedo. Si la escucho… me rompo. Y no puedo volver a romperme.

—Basta.

La palabra sale como un puñetazo. En mis oídos. En los suyos. En lo que éramos.

Las lágrimas le inundan los ojos a Thalia, le corren por las mejillas, le enrojecen la cara, el escote, el cuello, y la hacen desbordarse del único sentimiento que no fue invitado a su fiesta de cumpleaños: sufrimiento.

¿Hoy es de verdad su cumpleaños?

Sigo mirándola, esperando que diga algo más, y Thalia sigue llorando. Ya no habla.

Tal vez entendió que no sirve.

O quizá no puede pensar y fingir sollozos tan reales al mismo tiempo.

O, quizá, está intentando entender en qué punto me perdió.

Pero la verdad es que, si me hubiera perdido… dolería menos.

—Estoy embarazada —por fin recupera la voz, en medio de un llanto que suena como la derrota más genuina—. Estoy esperando un hijo tuyo.

—No. No lo estás —digo, mirándola fijo, sabiendo que el dolor que siento ahora… jamás se irá. Y es ese dolor el que me mueve. El que aplasta, crece, gira y alimenta una necesidad incontrolable de ver este castillo caer, de pisar los escombros—. Soy estéril, Thalia. Y tú eres una farsa.

Trago saliva.

—Así que dime: ¿qué mentira vas a sostener ahora? ¿El embarazo o la fidelidad? Porque las dos no caben en la misma historia.

—¿Cómo tú…? —niega entre sollozos, el pecho sacudiéndose, los hombros temblando—. ¿Cómo p-pue-des de-cir a-algo a-así? Y-yo…

Cada tropiezo suyo es una hoja retorcida en mis pedazos sangrantes. Su sufrimiento, aunque fuera fingido, me destruye aún más.

—¿Quieres meterme un bastardo por la garganta? No va a funcionar. ¿Quién es el padre, Thalia? ¿O vas a sostener este teatro hasta que el bebé nazca con la cara de otro hombre?

No responde. Solo llora y mueve la cabeza de lado a lado.

Me giro despacio. Huelo el mar. Las velas aún encendidas. Lo siento todo.

Una carcajada amarga me rasga la garganta dolorida.

—Si hubieras esperado cinco minutos más, te habría contado que era estéril antes de pedirte matrimonio —digo, incrédulo—. Porque estaba preocupado…

Niego con la cabeza.

—…de que conocieras todas las consecuencias de casarte conmigo.

Respiro, y el aire duele.

—¿No es irónico? ¿Sabes qué es lo peor? —mi voz sale baja, seca, arrastrando dolor por los bordes del pecho—. Que me tenías en tus manos.

La miro. Lo miro todo: la playa que preparé, el vestido que elegí, el amor que me arrancó sin pedirme nada.

—Te habría dado el mundo entero sin que tuvieras que pedírmelo.

Me río. No porque sea gracioso. Porque es cruelmente cierto.

Si se hubiera conformado… Si al menos hubiera fingido que yo era suficiente. Que era suyo. Que me quería…

Yo habría seguido creyendo.

Habría abierto la cajita de terciopelo que ahora quema en mi bolsillo. Habría construido un imperio con su nombre grabado en cada pilar.

—Tu codicia fue lo que te desenmascaró.

El sonido que le sale de la garganta parece venir de las entrañas.

Un sollozo áspero, descoordinado, como si su cuerpo intentara contener el dolor… y fracasara.

Thalia tambalea sobre la arena, como si los pies hubieran olvidado cómo sostenerla. Los brazos le tiemblan. Los hombros se le encorvan.

Me mira con los ojos más desesperados que he visto en nadie. Y suplica. Sin dignidad. Con todo.

—Por favor, Alekos —susurra, con la voz rota desde dentro del pecho. Alza las manos como si le rogara a Dios y no a mí—. Por favor…

Traga saliva.

—Haz lo que quieras conmigo. Lo que quieras, pero… no rechaces a nuestro hijo. No lo abandones. No hagas con él lo que hicieron conmigo.

Esas últimas palabras me atraviesan como una lanza.

Las oigo. Lo oigo todo.

Y aun así… ya no consigo creer.

Su llanto crece, desgarra el aire entre nosotros. Las olas rompen detrás de mí, furiosas, como si quisieran cortar este momento. Como si intentaran gritar más alto que su dolor. Que el mío.

Pero no hay sonido que alcance.

Porque esta es la herida de perder algo que no se recupera.

De destruir lo que se ama, porque ya no se sabe cómo protegerlo.

Me obligo a respirar. A sentir.

Y durante un segundo brevísimo me pregunto si existe una posibilidad —mínima— de que esté diciendo la verdad.

Pero no la hay.

Así que me aferro a la mentira, porque mi certeza es lo único que me mantiene en pie.

—Muy bien —digo, asintiendo, y cada palabra pesa como una piedra—. Si te empeñas tanto en insistir en esa mentira…

Mi voz ya es solo un resto de lo que fui.

Quizá ya ni esté aquí.

—Mañana por la mañana haremos una prueba de ADN.

Pausa.

La luz de las velas baila en el rostro de Thalia, pero ya no hay belleza. Solo ruina.

—Y cuando salga negativo…

Me detengo.

La garganta se cierra. El alma se cierra. La voz sale baja. Casi sin color. Casi sin mí.

—Entonces entenderás lo que es sufrir de verdad.

Son las últimas palabras que digo antes de girarme y empezar a caminar, obligando a mis piernas a moverse un paso y luego otro, lejos de ella.

La arena se niega a soltarme. Cada grano parece querer retenerme en ese suelo donde oigo a Thalia caer de rodillas, pero no miro atrás.

Es un sonido sordo. Enfermo. Un golpe leve, pero devastador.

Y el llanto que le sigue ya no es llanto: es un lamento primitivo.

Garganta en carne viva. Gemidos, súplicas, gritos ahogados, como si su propio pecho intentara desgarrarse por dentro… y lo estuviera consiguiendo.

Y todo en mí… quiere volver.

Los pies se detienen. El cuerpo vacila.

Las manos… duelen de ganas de sostenerla, de decir que fue una pesadilla, que nada de esto pasó.

Porque eso es lo que el teatro de ella me convirtió.

En un muñeco.

En un hombre que ama tanto… que incluso necesitando destruir, quiere consolar.

Que incluso ahora, con ella gritando mi nombre entre lágrimas, con el mar intentando cubrir los sonidos, con el mundo apagado detrás de mí… sabe que ella nunca me dará la misma misericordia.

Thalia nunca va a liberar mi corazón.

Nunca va a dejarlo ir, como yo la estoy dejando ahora.

58.

ALEKOS THEODORAKIS

El sol tardó en salir como si supiera que lo estaba esperando y, solo por eso, decidiera retrasarse. Por pura rabieta.

Me paso la mano por la cara por décima vez desde que me senté en este sillón. El mismo sillón. El mismo vaso. El mismo silencio que parece burlarse de mí.

No dormí. No cerré los ojos ni un segundo. Me duele la cabeza. El pecho pesa. El mundo no se detuvo, pero yo sí.

Me quedé de pie, luego me senté. Caminé por el pasillo. Volví.

Pasé horas entre cuatro paredes intentando controlar lo que ya me estaba destruyendo.

Ya no queda nada que pensar. Ninguna justificación. Ningún argumento.

Me traicionó.

Y lo que más duele es que no lo vi. No lo percibí. Me entregué.

Desde que salí de la playa, llevo un campo de guerra en lugar de cuerpo. ¿Qué les voy a decir a mis hijos? ¿Qué voy…? ¿Cómo voy…?

Dejo el vaso en la mesita a mi lado y apoyo los codos en las rodillas.

Mis palmas reciben mi cara y trato de respirar, pero mis pulmones parecen haber desaprendido a hacerlo.

Esa mujer… esa mujer me hizo soñar de nuevo y luego lo rasgó todo.

Por eso, cuando oigo a los primeros pájaros llamar al día, ya estoy en el pasillo. Con los puños cerrados, la mandíbula trabada y el alma en ruinas.

Me detengo delante de la puerta de su cuarto. La exterior. La que mantiene distancia. La que separa. Y llamo.

Dos veces. Seco. Firme. Exigente.

Nada.

Vuelvo a llamar, más fuerte. Más impaciente. Más seguro. Porque si está escondiendo algo, si cree que puede huir, no va a poder.

Un segundo más de silencio y la rabia crece.

La sangre me sube.

Me doy la vuelta y camino hacia el lugar que evité durante todas esas horas: mi cuarto, nuestro cuarto.

El picaporte cede con facilidad. Entro solo para recibir el golpe inmediato del olor que está en todas partes: el suyo. En las sábanas. En los cojines. En el aire. En mi cuerpo.

Todo en mí se retuerce.

La cama está intacta. Como la dejamos la mañana anterior. Pero su ausencia grita más fuerte que cualquier desorden. Cada rincón carga con un pedazo de lo que fuimos.

Su blusa colgada en la esquina de la silla.

El libro que estaba leyendo sigue en la mesilla, con un marcapáginas hecho por los niños. Un frasco de perfume abierto, como si aún esperara ser usado. Como si ella siguiera aquí. O, al menos, como si fuera a volver. Pero no va a volver.

Me acerco a la puerta interior. La que conecta nuestros cuartos.

La que dejamos de usar como barrera hace meses.

Agarro el picaporte y, antes de girarlo, la puerta se abre, sin llave.

Como si alguien la hubiera abierto una última vez y nunca más la hubiera cerrado.

La luz de su cuarto invade el mío y el vacío viene con ella.

El cuarto está ordenado. Demasiado ordenado.

La cama, perfectamente estirada. Las almohadas alineadas. El suelo limpio, sin un zapato olvidado o una chaqueta sobre el sillón.

Imperturbable.

Como si nadie hubiera dormido allí. Como si nadie hubiera llorado allí.

Excepto por una cosa: un sobre blanco. Simple. De papel grueso. Apoyado en el centro de la colcha, como un último gesto. O un último juicio.

Me acerco con el corazón latiéndome en la garganta.

Las manos ya temblorosas antes de tocarlo.

Cojo el sobre.

No está sellado.

Dentro hay una carta.

El papel se despliega con facilidad entre mis dedos.

Pero lo que contiene… pesa como una sentencia.

Leo.

La letra es suya. Firme, curvada e inconfundible.

"Alekos,

Me llevó un tiempo conseguir empezar esta carta. Para materializar el mayor miedo que he sentido en toda mi vida y que, en algún momento, se había vuelto sombra, susurro, se había caído en el olvido… porque por fin había empezado a creer que os merecía a vosotros."

Las palabras queman. Duelen como cuchillos mojados. Tanto como las manchas de lágrimas en el papel.

"Pero no quiero hablar de mí. No creo que te interese. Ya no. Escribo esta carta para decirte una cosa que quizá tampoco te interese y para hacerte una petición que tal vez no aceptes. Pero lo voy a decir y lo voy a pedir de todos modos.

Necesito que sepas, Alekos, que te perdono. Que si algún día necesitas mi perdón, no sufras por ello, porque ya lo tienes. Incluso con todo lo que pasó, con todo lo que se dijo, no estoy sorprendida. Solo hiciste lo que todos los demás hicieron antes que tú: no me elegiste.

Yo solo… solo esperaba que, esta vez, fuera diferente."

Me siento en el borde de la cama. O quizá me hundo sin darme cuenta.

El papel se arruga un poco bajo la fuerza de mis dedos.

"Pero no puedo hacerle a mi bebé lo que me hicieron a mí. Yo conozco el dolor de ser rechazada; él no. Él nunca lo va a conocer.

Y por eso me fui. Porque quedarme significaría dejar que creciera dentro de un lugar donde su padre lo niega. Y no puedo permitirlo."

La garganta se me cierra y la vista se me empaña, pero sigo:

"Ahora, la petición: ¿les dices a los niños que los amo? ¿Les dices que lo siento por tener que dejarlos y que me voy a morir de echarlos de menos?"

Mis manos aprietan. El puño se cierra. La carta casi se rasga.

"Lo siento por tener que dejarte a ti también, Alekos. Siempre me pregunté cómo lo conseguía Dios. Cómo podía seguir amándonos a pesar de todos nuestros errores. Cómo podía… cómo podía no abandonarnos.

No descubrí la respuesta a esa pregunta, pero si esta noche probó algo es que el dolor no borra el amor. Yo todavía te amo.

Yo todavía soy tuya. Pero voy a dejar de serlo, porque necesito pertenecerle a otra persona. A alguien más importante y que tú no quisiste.

Lo siento, Alekos."

Mi cuerpo tiembla tanto bajo el peso de esas palabras que el sobre se me resbala de la mano. Golpea el suelo con un sonido leve

y algo cae con él.

Un crucifijo. El suyo. El que llevaba al cuello desde siempre. El que era el único recuerdo del primer abandono que sufrió.

Ahora era mío.

Me quedo allí. El crucifijo en el suelo, la carta entre los dedos, el cuarto vacío. Y mi corazón… todavía más.

Necesito algo más que unas cuantas lágrimas deslizándose para entender que estoy llorando. No recuerdo cuándo fue la última vez. No lloré en el funeral de mis padres, ni en el de mi esposa, ni el día en que nacieron mis hijos.

Los hombres como yo no lloran, porque los hombres como el que yo solía ser no sienten.

Pero ahora siento. Y porque siento, lloro como un hombre que acaba de enterrar la única cosa buena que tuvo.

El sonido que me sale de la garganta no parece mío. El cuerpo se me encorva y los hombros me tiemblan. Las manos aprietan el papel con tanta fuerza que casi se deshace.

El sabor de la pérdida es amargo. Sucio. Irreversible.

Pero pasado un tiempo —¿minutos? ¿horas? no lo sé— me enderezo, me seco la cara, suelto el aire con violencia y vuelvo a leer la carta.

Cada línea. Cada curva. Cada coma escrita por alguien que, si tuviera razón, no habría huido.

Porque es eso, ¿no?

Si tuviera razón… se habría quedado.

Si tuviera razón… no habría dejado el crucifijo.

No se habría ido en la oscuridad. No habría dejado palabras tan suaves. Tan calculadas.

Esto no es dolor.

Esto es interpretación.

Esto es culpa.

Sujeto la carta con más firmeza, me levanto y, sabiendo que nunca volveré a hacerlo, miro el cuarto, el último vestigio de ella que voy a ver.

No digo adiós.

59.

ALEKOS THEODORAKIS

TRES AÑOS DESPUÉS

El sol entra por las ventanas de la casa como siempre, pero hace mucho dejó de calentar nada dentro de mí.

Sentado en la cabecera de la mesa, como todos los días, con una taza de café a medio terminar, leo titulares que no me interesan y finjo prestar atención al resumen del mercado. No por necesidad, sino por costumbre. Una costumbre que se mantuvo incluso después de que todo lo demás se deshiciera.

El comedor que usamos a diario es el más pequeño de los tres. Aun así, aquí cabrían al menos veinte personas. Pero hoy, como todos los días, solo somos tres.

Andreas entra primero, todavía en calcetines, el pelo revuelto, arrastrando la mochila a la espalda como si el simple acto de moverse fuera un sacrificio. Muerde una tostada de la bandeja antes de sentarse.

Lysander viene detrás, más animado, equilibrando en las manos una figura de acción y una zapatilla, como si ambas cosas fueran igual de importantes para la supervivencia. La mochila a la espalda.

Los dos van uniformados, con sueño y, aun así, ruidosos, como si funcionaran con batería solar.

—Papá, ¿has visto mi otra zapatilla? —pregunta Andreas, aunque la niñera está a un metro, organizando los recipientes de fruta—. No sé dónde está.

—¡Si hubieras atado bien los cordones, no se habría quedado atrás! —protesta Lysander, tirando la mochila sobre una de las sillas con la indignación típica de quien tiene demasiada razón para tan poca paciencia.

—¡No fue la zapatilla! ¡Fue el cordón! —replica Andreas, ya arrastrando la silla a mi lado.

—El cordón forma parte de la zapatilla, Andreas —digo, sin levantar la vista del periódico—. Y no. No la vi.

La niñera —¿Mariana? ¿Martina?— ya me corrigió el nombre tres veces, pero no consigo recordarlo. Es la cuarta en los últimos dos años. Esta lleva siete meses, un récord.

Y, esta vez, no son mis hijos quienes las espantan.

Mariana, o Martina, o Marina —no sé— hace su trabajo con eficiencia. No se mete, no pregunta, no intenta acercarse. Y por eso funciona.

Es una presencia útil. Un elemento funcional. Como las cortinas que bloquean el sol de la tarde o el ascensor que sube a los niños al piso de arriba.

—Está en el armario de juguetes, segundo módulo a la izquierda —dice ella, sin mirar a Andreas.

Él sale corriendo. Lysander bosteza.

—¿No vas a tomarte el zumo? —pregunto.

Se encoge de hombros. Solo entonces levanta la vista hacia mí.

—¿Hoy vas a recogernos?

—Tengo una reunión en Atenas. Va Sofía.

Lysander asiente despacio, como quien ya esperaba la respuesta. No hay reproche. Solo… resignación.

La otra mitad de mi mundo vuelve a entrar por la puerta con pasos apresurados. Andreas se deja caer en la silla, ya calzado con las dos zapatillas.

—Gracias, Mariana. Estaba ahí.

—De nada —responde ella con educación y, después de servir los platos de los dos, se retira del comedor, dejándonos solos.

Como todos los días, me doy cuenta de que no puso frutas distintas en sus platos para que probaran cosas nuevas mientras estaban distraídos. El zumo sobre la mesa es de naranja, pero lo preparó la cocinera, no la niñera. Tampoco montó tortitas sonrientes.

—¿Terminaste el repaso de geografía, Andreas? —pregunto—. La nota en tu agenda decía que no lo terminaste en clase y tienes examen mañana.

Silencio durante medio segundo.

—Yo… repasé mentalmente —intenta justificar, y solo entonces lo miro.

Levanto una ceja.

—¿Mentalmente, eh?

—Sí —confirma, demasiado rápido—. A veces aprendemos por el subconsciente.

—Fascinante —murmuro, volviendo al periódico—. Espero que tu subconsciente sepa explicarme el mapa hidrográfico de Grecia esta noche. Después de cenar.

Lysander suelta una carcajada burlona y Andreas le da un empujón leve.

—¡Tú también tienes examen de ciencias, cabeza de pulpo!

—Yo ya estudié —responde el otro, hinchando el pecho.

Mientras discuten, cojo un panecillo de la cesta y se lo ofrezco a cada uno sin apartar la vista del periódico. Lo aceptan sin ceremonia, como si ese gesto mudo ya fuera parte de la rutina. Y lo es.

—El zumo está a la izquierda —aviso cuando Andreas gira la cabeza buscándolo—. Y hoy tenéis natación después de comer. No os olvidéis de coger las mochilas con la ropa de recambio antes de salir.

—Vale —responde Andreas, llenando el vaso hasta el borde y dando un trago exagerado—. Papá, ¿hoy vas a recogernos? —repite la pregunta de Lysander, y es él quien la contesta.

—No. Va a Atenas.

—Ah.

Eso es todo lo que dice Andreas.

Veo pasar por su cara una sombra de disgusto, pero no se queja. Solo baja la cabeza y empuja el pan con el tenedor.

Dejo el periódico con calma, echo la silla un poco hacia atrás y alargo la mano. Me mira sin entender.

—Ven aquí —digo.

Andreas se acerca y, con un gesto simple, le arreglo el cuello torcido del uniforme. Luego paso la mano por el pelo de Lysander, que es un desastre absoluto.

—Los dos parecéis que os habéis revolcado en un campo de espinos antes de venir a desayunar.

—¡Solo corrimos hasta la verja y volvimos! —dice Lysander.

—Dos veces —añade Andreas.

—Tres —dice Lysander, bajito.

—¿Y os acordasteis de traer el cuaderno de partituras? —pregunto, y los dos se quedan congelados. Vuelvo a arquear una ceja, porque sé que ese olvido no fue tan inocente—. Hoy tenéis música.

—Odio la clase de música del cole —se queja Andreas.

—Las de Thalia eran mucho mejores —confirma Lysander y, como siempre que pronuncian su nombre, algo me pincha el corazón. Preciso, afilado, discreto… pero ya conocido.

Siguen diciendo su nombre por lo menos una vez al día. Lo sé porque lo cuento. Porque cada vez que ocurre, el pecho se me

aprieta. Todas. Las. Malditas. Veces.

Los primeros meses sin Thalia fueron muy duros para ellos, y esa era otra rabia de la que, incluso años después, yo seguía agarrándome con fuerza. Thalia no solo me usó a mí: usó también a mis hijos. Los engañó. Los manipuló.

Y aun después de que yo les explicara que había tenido que irse, ellos seguían esperando que volviera. A veces me arrepentía de haber enterrado la verdad en el pecho. De haberles contado una versión editada.

Incluso les dije que los quería y que estaba devastada por no haberse despedido, aunque yo supiera que, probablemente, los había olvidado a la mañana siguiente.

Cuando me preguntaron por nuestro "noviazgo", respondí que la vida de los adultos era así. La respuesta de Lysander y Andreas fue que ellos entonces nunca querrían ser adultos.

Durante meses, las preguntas fueron constantes: ¿volvió? Preguntaban todos los días al llegar del colegio. ¿Adónde se fue? Querían saberlo por la noche, cuando estábamos solos y yo hacía algo que había aprendido de la maldita: contarles historias para que durmieran.

¿Por qué se fue? ¿Qué hicieron mal? Costó hacerles entender que no tenían la culpa de nada. Fue un camino largo, pero lo conseguimos.

O casi.

Porque no importaba cuánto me esforzara por fingir que Thalia nunca existió: sus marcas seguían intactas, incluso después de tanto tiempo.

Los comentarios se hicieron más espaciados, pero nunca se detuvieron. Y ahora… ahora son como un marcador invisible del tiempo: una referencia pequeña a lo que ya no está. A veces un plato. A veces una canción. A veces una broma interna.

A veces, como ahora, una clase de música.

Me quedo en silencio. Solo observo.

—Terminad el desayuno —digo cuando una notificación ilumina la pantalla de mi teléfono y veo la hora avanzada—. Y luego, cepillaos los dientes. Y no fingáis. El aliento de dragón os delata.

Se ríen, relajados.

Esta es la parte del día que más se parece a la paz. Caótica. Imperfecta. Pero paz.

No perdí a mis hijos. No perdí el vínculo que construimos con tanto esfuerzo. Pero todos los días que paso por este comedor… sé lo que falta. Y ninguna sonrisa de niño —por muy verdadera que sea — consigue silenciar ese vacío.

Cuando los niños se van, el sonido de la casa se reduce al zumbido distante de la ciudad y a los pasos casi silenciosos, esporádicos, del personal moviéndose con cuidado.

Sofía dio órdenes breves después del desayuno: que nadie molestara al señor. «Hoy, especialmente», dijo, sin explicar por qué. Pero yo lo sé.

Subo las escaleras despacio, con las manos en los bolsillos, la mente lejos. Arriba, todo está demasiado ordenado. Demasiado cerrado. Demasiado vivo.

Paso por el cuarto de los niños. Uno de los dos dejó una pelota tirada en un rincón —como siempre—. La coloco con el pie sin pensar. Han crecido. Están más altos. Más independientes. Pero siguen dejando rastros.

Es en la puerta siguiente donde su presencia se impone.

El antiguo cuarto de invitados, donde se quedó al principio, sigue ahí. Cerrado con llave, pero no vacío. Cuando se mudó a mi cuarto, dejamos esa habitación tal cual.

Empujo la puerta de nuestro dormitorio.

El olor cambió. Menos dulce. Más neutro. Pero todavía está.

La misma mesilla. La misma manta que ella doblaba con tanto cuidado. El mismo sillón en el que leía antes de dormir, incluso cuando los ojos insistían en cerrarse.

Se fue hace tres años y, aun así, a veces parece que fue ayer. El cojín que eligió para el sillón sigue ahí. Uno de los camisones que olvidó en un cajón, doblado, sigue dentro del armario. No porque yo quisiera, sino porque… no tuve valor para tocarlo.

Miro la mesilla. Su Biblia se quedó. Y sigue quedándose. Y el marcapáginas, con una flor seca dentro: la flor que Andreas trajo de un paseo y dijo que «pegaba con Thalia».

Me siento en el borde de la cama. El colchón cede como si reconociera el peso. Me arden los ojos. No por nostalgia —ni a solas lo admito—, sino por un malestar que nunca se fue.

El crucifijo en el bolsillo pesa. Siempre pesa. Pero hoy… hoy quema.

Cierro los ojos un instante. Y por un instante —solo uno— oigo su risa en el pasillo. Un recuerdo, quizá. O una tortura.

Abro los ojos. El cuarto está vacío. Claro que lo está.

Porque la mujer que dejó este crucifijo no se fue: desapareció. Se evaporó de mi vida como si nunca hubiera estado aquí.

Pero estuvo.

Lo sé cada vez que abro los ojos y no está.

Lo sé cada vez que los niños dicen su nombre y algo dentro de mí se contrae.

Lo sé porque, por mucho que haya pasado el tiempo, hay cosas que él no se lleva.

Hay cosas que, simplemente… permanecen.

60.

ALEKOS THEODORAKIS

Sus manos me tocan el rostro con una delicadeza que nunca comprendí. Como si yo fuera de cristal y ella supiera exactamente dónde presionar sin romperme.

Su mirada está serena. El cabello desordenado, la piel húmeda de rocío. El sol nace detrás de su cuerpo.

—Estás aquí… —susurro, y la voz no parece mía. Parece la de un hombre más joven. Más limpio.

Ella sonríe.

—Siempre he estado.

La atraigo por la cintura. La camisa que lleva es mía. Los pies descalzos. El suelo es arena. La brisa del mar llega lenta y el sonido de las olas es tan real que casi creo. Casi.

Hasta que todo se deshace.

El color. La brisa. El contacto. Todo se evapora.

Y cuando abro los ojos… no es la playa lo que me rodea. Es el techo de mi habitación.

Respiro acelerado. La sábana, enredada junto al cuerpo. La mano, cerrada alrededor de la almohada —como si fuera piel. No lo es.

Tardo un segundo en entender que estoy sudando. Otro en incorporarme. La luz que entra por la rendija de la ventana tiene el tono pálido de los comienzos que no alegran a nadie.

Me paso la mano por la cara. La barba ha crecido demasiado. No me di cuenta.

Me levanto.

El mármol está frío bajo los pies descalzos, pero ni pienso en ponerme las zapatillas. El camino hasta el baño es automático. El

agua de la ducha golpea mi rostro y me devuelve a la superficie de la realidad, donde nada sabe como parecía saber en el sueño.

Me peino, elijo una camisa —la azul clara; ella decía que me daba cara de «padre bueno». Es curioso cómo ciertas frases se pegan a la memoria sin pedir permiso.

El reloj en la muñeca. El crucifijo en el bolsillo. Bajo.

La casa está en silencio, pero no vacía. Sofía ya está despierta. Siempre lo está.

—Buenos días, señor —dice, con una cortesía contenida, entregándome el periódico que nunca leo de verdad.

Asiento con un murmullo. El olor a pan recién hecho y café llena el pasillo, pero no me abre el apetito.

Los niños ya están en la mesa. Vestidos, comiendo, discutiendo en voz baja si prefieren la clase de ciencias o la de griego antiguo. Una disputa tan inútil como todas las que libran por la mañana. Pero es eso. Es vida.

Andreas me ve acercarme primero.

—Papá —dice, con la boca llena de mantequilla y pan—. ¿Te acuerdas si hoy hay entrenamiento o solo reunión con el entrenador?

—Reunión. Después de clase —respondo, sentándome despacio —. Y espero que hoy hayáis puesto las zapatillas correctas en la mochila.

Lysander pone los ojos en blanco, pero no discute.

—Mariana ya las metió —murmura—. Pero no sabe doblar los cordones —se queja, frunciendo el ceño, y es lo que no dice lo que cae sobre la mesa como un cubierto que se escapa de la mano.

Thalia sabía doblar los cordones.

Levanto la taza de café y la llevo a los labios. Está tibio. Fuerte. Nada dulce.

—Entonces tendrás que dejarlos ya doblados —le indico, intentando mantener un tono neutro.

—¡Pero si los dejo! —protesta Lysander, con la voz más fina de lo normal—. A veces —admite después de que le lance una mirada afilada.

—Tienes casi once años, puedes ocuparte de eso tú solo sin cambiarte los zapatos cada vez que organizas tu mochila.

Cruza los brazos, molesto, pero no responde. Andreas, al otro lado de la mesa, mastica una tostada con gesto hosco.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada —murmura, y se mete en la boca un trozo de bizcocho.

No digo nada. Solo vuelvo a llevar la taza a los labios y dejo que el sabor amargo se extienda.

—Papá, ¿te acuerdas de que mañana es el cumpleaños de Eva? —pregunta Lysander de pronto, rompiendo el silencio con una preocupación demasiado seria para su edad.

—¿Eva? —frunzo ligeramente el ceño, intentando recordar si recibí alguna notificación—. Ah, la amiga del colegio. ¿Ya habéis elegido el regalo?

Andreas me lanza una mirada exasperada.

—Ni siquiera sabemos qué les gusta a las niñas. ¿Y si nos equivocamos y se enfada con nosotros todo el año?

—No se va a enfadar, Andreas. Un regalo es un regalo —replica Lysander, con una calma desconcertante—. A no ser que sean calcetines. A nadie le gusta que le regalen calcetines.

Andreas suspira hondo, como si el mundo dependiera de esa decisión.

—Podéis pedirle a Sofía que lo resuelva hoy, después de clase —sugiero, intentando sonar tranquilo—. Ella sabe elegir regalos.

—¿Tú crees que deberíamos regalarle un libro o un juguete? —insiste Andreas, aún nervioso.

—Podéis intentar averiguar hoy en el colegio qué le gusta. No hace falta tener prisa. Aún tenemos todo el día por delante.

Andreas parece relajarse un poco.

—Quizá le regalemos un puzle. No conocemos a nadie a quien no le gusten los puzles, ¿verdad?

Un breve silencio se posa sobre la mesa y, por un instante, parece arrepentirse de su propia frase. Porque sí había alguien a quien le gustaban los puzles. Mucho. Alguien que esparcía las piezas por el salón y las montaba con paciencia al final de la tarde, con dos niños ansiosos colgados a su lado.

El recuerdo es silencioso, rápido. No se dice, pero está ahí, como una corriente eléctrica. Ellos lo saben. Yo lo sé. Nadie comenta nada. Doy otro sorbo al café ya frío y levanto la vista cuando Lysander carraspea, intentando cambiar de tema.

—La abuela llamó ayer —dice en voz baja.

—¿Llamó?

Asiente, encogido un poco en la silla, como si el asunto fuera demasiado espinoso.

—Preguntó si queremos pasar parte de las vacaciones con ella, en la casa nueva de Creta.

La mención de Isidora trae una incomodidad sutil. La relación de Andreas y Lysander con los abuelos siempre fue formal, distante. Durante años, yo no hice mucho por mis hijos aparte de ser su proveedor, pero de eso siempre me ocupé: mantenerlos lejos de los planes mezquinos que mis exsuegros tenían para ellos.

Personas como Isidora y Alexandre no entienden el concepto de afecto, igual que yo mismo no lo entendía. Solo entienden el interés, y que hayan dejado de lanzar indirectas sobre la custodia de mis hijos no me dio ningún alivio. Solo más preocupación. Porque sé que

eso no significa que hayan retrocedido. Solo que tienen nuevos planes.

Y el hecho de que en los últimos meses hayan intentado acercarse a Andreas y Lysander, después de casi once años limitándose a quejarse a distancia, solo aumenta mis sospechas.

—¿Y qué le respondiste?

Duda y cruza una mirada rápida con su hermano.

—Le dije que tenía que preguntártelo primero —responde Lysander con cautela.

—¿Queréis ir? —pregunto, directo.

Andreas se encoge de hombros. Lysander mira el plato, pensativo.

—Tal vez. No lo sé. Dijo que hay una casa en el árbol en la casa nueva —murmura Andreas.

—No necesitamos una casa en el árbol —replica Lysander—. Y podemos ir contigo a Atenas o visitar a Leon. No vamos a molestar.

Casi sonrío. Casi. Saben exactamente lo que quieren, aunque no lo digan con claridad: quedarse.

—Hablaré con ella —digo, cerrando el tema por ahora—. Prometo que no tendréis que decidir hoy. Y, si queréis quedaros, planearemos algo para hacer en vuestras vacaciones.

—¿De verdad? —pregunta Lysander, esperanzado, y debería sentirme culpable por incentivar que le digan que no a su abuela, pero no lo estoy. En absoluto.

—De verdad.

Andreas y Lysander asienten, satisfechos. El silencio vuelve mientras terminan el desayuno, ahora distraídos con trivialidades. Mariana regresa y anuncia con calma que ya es hora de irse. Los niños cogen las mochilas, se despiden con besos rápidos en mi mejilla y se dirigen al garaje.

Me quedo atrás, escuchando el sonido de sus pasos que se pierde por el pasillo. Dejo la taza sobre la mesa. La casa vuelve a quedarse en silencio, demasiado grande, demasiado fría.

Me llevo la mano al bolsillo, sintiendo el pequeño crucifijo guardado allí, y respiro hondo, dispuesto a empezar otro día en el que no ocurre nada de verdad. Nada más que la repetición constante de ausencias que no consigo llenar.

A las diez en punto, el chófer se detiene frente a la sede de Theodorakis Marble International en Atenas.

He cruzado esas puertas incontables veces, siempre con la misma formalidad, el mismo rostro serio, la misma ropa impecable que esconde capas enteras de silencio.

El despacho principal tiene paredes de cristal que ofrecen una vista panorámica de la ciudad, como si necesitara recordar constantemente lo que está en juego. Mi secretaria me acompaña hasta la puerta, recitando la agenda del día con la neutralidad cuidadosa de quien pisa hielo fino.

—El consejo le espera a las once. A las trece, la reunión sobre el proyecto de los nuevos laboratorios de investigación. Por la tarde, visita técnica a las instalaciones del nuevo centro médico.

—De acuerdo —murmuro, más por costumbre que por atención—. Gracias, Daphne.

Duda un segundo, como si estuviera a punto de decir algo, pero desiste. Sale con una leve inclinación de cabeza y cierra la puerta tras de sí.

Me siento a la mesa y miro el portátil. Documentos, informes, correos urgentes, todo dispuesto con precisión sobre el cristal. Pero no consigo ver nada.

Mi mirada se desliza hasta un pequeño portarretratos en una esquina del escritorio, colocado boca abajo desde ayer por la tarde. No recuerdo exactamente cuándo lo puse así, pero tampoco hago ademán de girarlo ahora.

En su lugar, me obligo a volver a los documentos. A leer informes, firmar contratos, responder mensajes. Lo hago con una eficiencia fría y mecánica, exactamente como esperan de mí. Exactamente como esperan de alguien en mi posición.

Pero entre una reunión y otra, cuando el silencio llena la sala y no tengo nada que fingir que hago, giro lentamente la silla para mirar la ciudad a través de la ventana. Todo parece pequeño desde aquí, demasiado distante para tocarlo. Exactamente así ha sido mi vida en los últimos años.

Como si estuviera en lo alto de una torre de cristal, observando mi propia existencia pasar sin tener el valor de bajar hasta ella.

Mis ojos se posan en el edificio de enfrente. Veo familias en un balcón, riendo y hablando demasiado alto. Niños pequeños, quizá de la edad que tendría el hijo que Thalia juró estar esperando a estas alturas, si fuera real. Una pareja de pie, uno al lado del otro.

El pecho se me oprime. El recuerdo es involuntario. Y ahí está ella, invadiendo mi espacio sin pedir permiso alguno.

Veo su sonrisa fácil, las manos ágiles doblando ropa mientras parloteaba de todo y de nada. La veo sentada a la mesa con los niños, observándolos comer frutas cortadas en formas absurdas. Siento que la garganta se me cierra.

Aparto la mirada, cojo el teléfono interno con la mano temblorosa y aviso a Sofía:

—Bajo ahora a la reunión.

—Por supuesto, señor.

Cuelgo, me levanto, me arreglo la chaqueta y respiro hondo, borrando cualquier rastro de emoción del rostro. Ya lo he hecho cientos de veces. Puedo hacerlo una vez más.

Y lo hago, como siempre, muy bien.

Pasan de las siete cuando el coche se detiene por fin frente a la mansión. Por la ventanilla, observo las luces encendidas del segundo

piso, señal de que los niños ya están en sus habitaciones, quizá haciendo los deberes, quizá leyendo o, más probablemente, discutiendo por culpa del videojuego.

Sofía me espera en la puerta, con las manos cruzadas delante del cuerpo en una postura que reconozco al instante y que me hace entrecerrar los ojos.

—Señor —me saluda, con un tono cuidadoso—. Buenas noches. ¿Cómo fue el día?

—Largo —respondo, pasando junto a ella hacia el interior—. Y nada agradable, como siempre.

Asiente con discreción, avisándome de que hay algo más.

—Tiene una visita —anuncia.

Giro apenas el rostro para mirarla mientras seguimos caminando.

—¿A estas horas?

—Le pedí que volviera mañana, pero insistió en que el asunto es urgente.

—¿Ella? —pregunto, frunciendo el ceño—. ¿Quién es?

Sofía no tiene tiempo de responder.

Porque en cuanto entramos en el vestíbulo, una voz que reconozco de inmediato me alcanza, aunque la haya oído muy pocas veces.

—Buenas noches, señor Theodorakis.

Parpadeo, preguntándome si de verdad estoy viendo lo que creo que estoy viendo.

—¿Madre Agnes?

61.

MADRE AGNES

Observo el rostro de Alekos durante unos instantes después de pronunciar su nombre. No sé exactamente qué esperaba encontrar —tal vez un signo de culpa, quizá sorpresa, quizá un arrepentimiento profundo—.

Pero todo lo que veo es a un hombre cansado. Demasiado cansado para fingir sorpresa o cualquier emoción mayor que la cautela educada con la que siempre ha tratado todo.

Se acerca despacio, como quien teme pisar el suelo helado de su propia casa. Su mirada recorre la sala con rapidez, pero vuelve a mí casi de inmediato.

—Madre Agnes… —repite, ahora más bajo, en un saludo respetuoso—. Esto es, sin duda, una sorpresa.

Inclino la cabeza en un asentimiento leve, con las manos aún apoyadas sobre el regazo, intentando transmitir una calma que no siento del todo.

—Imagino que lo sea —respondo con serenidad—. Y le pido disculpas por lo inconveniente de la hora. No habría venido si no fuera realmente necesario.

Respira hondo, analizando cada palabra como si buscara en ellas un sentido oculto. Veo cómo aprieta las manos discretamente a los lados del cuerpo; un gesto involuntario que ya he visto muchas veces en personas que intentan contener emociones difíciles. Está tratando de averiguar cómo reaccionar ante mi presencia.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Alekos parece debatirse para decidir cómo proceder. Sus ojos oscuros se entornan ligeramente, la mandíbula se tensa. Finalmente, habla —la voz es baja y hay en ella una nota afilada que revela mucho más de lo que dicen sus palabras—.

—Espero que entienda que no tengo la menor idea del motivo de su visita. Supongo que no se trata de algo relacionado con la Iglesia, ¿verdad?

Percibo con claridad la defensiva en su voz. No es contra mí. No es personal. Pero yo represento a alguien a quien decidió apartar, incluso sin darse cuenta de que, al apartar a Thalia, nos apartó a todos.

—No, en efecto, no es sobre la Iglesia —confirmo con calma, sin apartar la mirada—. Es sobre algo que debió decirse hace mucho tiempo.

La tensión en el cuerpo de Alekos aumenta de forma sutil. Lo veo en cómo sus hombros se elevan casi imperceptiblemente, en la manera en que respira con menos profundidad que antes.

—Si ha venido a hablar de Thalia, creo que no tenemos nada más que decirnos —afirma, seco, casi áspero—. Todo lo que había que decir ya se dijo hace tres años.

No respondo de inmediato. Me limito a observar su rostro con atención, dejando que el silencio trabaje a nuestro alrededor. Conozco a hombres como Alekos. Sé exactamente lo que está intentando hacer: levantar murallas, reforzar defensas antes incluso de saber qué tipo de ataque se aproxima.

Parece esperar que yo responda con hostilidad o con juicio. Probablemente esté acostumbrado a eso. Pero no haré nada de eso. No ahora.

—Tiene razón —respondo con calma, con una ligereza deliberada —. Lo que había que decir entonces, ya se dijo. Pero lo que debe decirse hoy nunca se dijo.

Sus ojos se entornan un poco más, desconfiados, intentando comprender la naturaleza de lo que acabo de sugerir. Mi tranquilidad parece incomodarlo más que cualquier ira o crítica que hubiera podido anticipar.

—¿Qué quiere decir con eso?

Respiro hondo, concediéndome un instante para sopesar las consecuencias de las palabras que estoy a punto de pronunciar. No se trata solo de revelar algo. Se trata de interferir directamente en destinos. Destinos que no me pertenecen.

Pero sé que es lo correcto. Vi lo que Alekos no vio. Fui testigo del sufrimiento silencioso de Thalia, del peso que arrastra desde el día en que dejó esta casa. Y sé que no puedo seguir siendo testigo en silencio.

—Quiero decir, Alekos, que he venido hoy para entregarle una verdad que quizá no esté preparado para oír —digo, despacio y con firmeza—. Pero es una verdad que necesita conocer.

No responde enseguida. Permanece inmóvil, como si evaluara si aceptar o rechazar lo que le ofrezco. Se inicia un enfrentamiento silencioso, y esta vez no sé quién cederá primero.

Y espero, con toda la paciencia que me fue enseñada, su siguiente movimiento. El silencio entre nosotros se prolonga más de lo que resultaría cómodo para la mayoría de las personas. Pero no para mí. El silencio nunca fue algo que temiera.

Para Alekos, sin embargo, parece difícil sostener ese peso. Finalmente cede, moviéndose hasta el sillón frente a mí y sentándose despacio, como si una fuerza invisible lo empujara.

Su postura es rígida. Tensa. Y sus ojos no se apartan de los míos ni un segundo.

—¿Qué verdad es esa? —pregunta por fin, intentando mantener la voz neutra, aunque ya deja ver lo incómodo que está.

Permanezco inmóvil, evaluando el impacto de mis próximas palabras. Mi intención no es herir, pero tampoco suavizar. La verdad es lo bastante fuerte para hacer su propio trabajo, sin mi ayuda.

—Antes de entregarle lo que he traído, necesito que entienda algo —empiezo, con la calma de quien ya ha tratado con innumerables almas perdidas—. No estoy aquí para juzgarle, Alekos. No es ese mi papel. El juicio pertenece a Dios.

Levanta ligeramente las cejas. Sospecho que esperaba ira, desprecio o cualquier reacción que justificara su postura defensiva.

—Pero estoy aquí porque ya no soporto ser testigo en silencio del sufrimiento de alguien a quien amo profundamente —continúo, sosteniendo ahora su mirada con mayor firmeza—. Estoy aquí porque la vi intentar seguir adelante, cargando con el peso de una injusticia sin protestar jamás contra ella.

Reacciona de inmediato a la palabra «injusticia», apretando las manos entre sí sobre el regazo, como si se preparara para defenderse de un ataque inminente.

—¿Y qué injusticia sería esa? —pregunta despacio, con un tono bajo y grave, ahora visiblemente incómodo.

Inspiro hondo antes de responder, consciente de que mis palabras deben elegirse con sumo cuidado.

—La injusticia de creer en una mentira que le fue contada hace mucho tiempo —digo con serenidad—. Y la injusticia aún mayor de permitir que esa mentira le robara aquello que Dios le había dado como regalo.

Veo a Alekos tragar saliva. No aparta la mirada, pero la tensión en su mandíbula delata que algo dentro de él acaba de reaccionar con fuerza.

—¿Está hablando de mí o de ella?

—De los dos —respondo—. Y no solo de ustedes. Hablo también de sus hijos. De todos ellos. De los dos que viven aquí y de las dos niñas que usted nunca conoció.

La reacción es inmediata. El rostro de Alekos palidece un poco, y percibo el esfuerzo que hace por no mostrar sorpresa ni debilidad.

—¿Dos? —pregunta aun así, bajando la mirada al suelo.

—Sí. Niñas. Están a punto de cumplir dos años.

—Yo no tengo hijas —responde, volviendo a colocarse la máscara de indiferencia, como si necesitara compensar ese instante de

flaqueza.

Sonrío, pero es una sonrisa triste.

—He estado al lado de Thalia desde que dejó esta casa. La acogí la noche en que se fue, por supuesto. La vi embarazada, sola y destrozada por el peso de sus palabras.

Hago una breve pausa, permitiéndole asimilar el impacto de lo que digo. Su cuerpo permanece rígido, inmóvil, como si la realidad de mis afirmaciones se filtrara poco a poco en su conciencia.

—He sido testigo de todo lo que ha hecho desde entonces. Cada elección, cada sacrificio, cada momento en que decidió vivir sin rencor, sin rebeldía, aun teniendo todos los motivos para ello.

No responde de inmediato. Se limita a mirar un punto fijo en el suelo, luchando contra algo que no logro identificar con claridad. Espero hasta que vuelve a alzar los ojos, con una vulnerabilidad que sé que no suele mostrar.

—No he venido aquí para obligarle a nada —continúo, con la voz suave pero firme—. He venido para entregarle algo que quizá le devuelva un camino que creyó haber perdido.

Abro mi bolso y saco el sobre blanco que traje conmigo. Lo dejo sobre la mesa, entre los dos.

—¿Qué es eso? —pregunta, casi en un susurro, mirando el sobre como si temiera tocarlo.

—La verdad, Alekos —respondo con sencillez—. Una verdad que Thalia nunca quiso obligarle a reconocer, pero que usted merece conocer. No porque sea digno de ella, sino porque su ausencia no le hizo bien a nadie. Ni a ella, ni a sus hijas, ni a los niños que se quedaron. Personalmente, no creo que usted la merezca. Ella siempre estuvo ante sus ojos; fue usted quien se negó a verla. Pero… mi hija tampoco merece las consecuencias de eso. Es por ella por quien estoy aquí hoy. Y porque no me corresponde a mí decidir quién merece qué; esa es tarea de Dios, y yo no soy más que su sierva.

Guardo silencio después de eso. Ahora le corresponde a él decidir si toma o no el sobre. Si acepta o no la oportunidad que se le ofrece. Y observo con calma cómo mira el sobre como si fuera el principio o el final de todo. Tal vez lo sea.

—Decida abrirlo o no —digo, manteniendo la calma y la firmeza que me trajeron hasta aquí—, la decisión será suya. Pero sepa, Alekos, que no importa cuál sea su elección ahora, ya no habrá excusas. No habrá marcha atrás. No habrá más espacio para mentiras u omisiones.

Espero en silencio, observando cómo extiende la mano lentamente hacia el sobre, con los dedos vacilantes, como si temiera que aquella hoja blanca pudiera quemarlo al contacto.

62.

ALEKOS THEODORAKIS

El sonido de la puerta cerrándose tras la Madre Agnes resuena en la sala como la última nota de una canción que no quería escuchar. El silencio que le sigue es ensordecedor. Asfixiante. Imposible.

El sobre está delante de mí, sobre la mesa de cristal: blanco, fino, simple… casi banal. Pero todo dentro de mí reacciona ante él como si fuera radiactivo. Mis dedos se quedan clavados en el reposabrazos del sillón mientras miro ese insignificante trozo de papel que parece burlarse de mí.

Dijo que era una verdad.

¿Pero qué verdad?

Yo ya conozco la verdad. La conozco demasiado bien. No hay espacio para dudas en algo confirmado por pruebas, por médicos, por laboratorios distintos.

No hay espacio para dudas en el recuerdo todavía nítido del dolor que sentí aquella noche, en el instante en que comprendí que había sido engañado por la mujer a la que decidí amar.

Entonces, ¿por qué me tiemblan las manos solo de mirar el sobre?

Respiro hondo, intentando controlar algo que se me escapa desde hace demasiado tiempo. Pero el miedo se infiltra como una sombra que la luz no puede detener.

Porque… ¿y si estoy equivocado?

No puedo estar equivocado. No puedo.

La rechacé con violencia, me arranqué de mí mismo el único futuro posible que una vez tuve el valor de desear. La saqué de la vida de mis hijos. Permití que se llevara una parte de mí —una parte de ellos— que ninguno de nosotros recuperó jamás.

Si estoy equivocado… eso sería imperdonable.

Y todo lo que hice en los últimos tres años no tendría sentido alguno más allá de la pura crueldad. Una crueldad que ni siquiera yo podría justificar, aceptar u olvidar.

La garganta se me cierra. El corazón golpea demasiado rápido en el pecho, acelerando en un ritmo doloroso que no reconozco.

Alargo la mano, despacio, hacia el sobre. La textura del papel bajo los dedos se siente como arena. Demasiado pesada. Demasiado áspera. Debería romperlo ahora mismo y acabar con cualquier posibilidad de que este tormento se prolongue. Debería destruirlo antes de que me destruya a mí.

Pero algo en mí necesita esa confirmación. Algo en mí necesita volver a sentir el dolor de la certeza para que el odio supere al miedo.

Abro el sobre con una fuerza innecesaria, alimentado por una rabia súbita que crece más rápido que el miedo.

Dos pequeños envoltorios de plástico, precintados, con distintos mechones de pelo caen sobre la mesa. Todos los cabellos son rubios. Insignificantes a primera vista, pero cargando sobre sí todo el peso del mundo.

Un billete simple, escrito con una caligrafía delicada y firme, acompaña los paquetitos.

«La verdad puede ser una segunda oportunidad o una condena. Tú decides. Hace tres años pediste una prueba de ADN. Ahora tienes en tus manos el poder de hacerla.»

Releo la frase varias veces, sintiendo que cada palabra se me incrusta en el pecho como si estuviera grabada en piedra.

Es como si la Madre Agnes estuviera de nuevo delante de mí, mirándome con esa tranquilidad desconcertante que sabe más de lo que muestra.

Y ahora, incluso en silencio, me repite que el poder está en mis manos. Que el peso de esa verdad es una elección mía y de nadie más.

Cierro los ojos con fuerza, intentando expulsar la imagen nítida del rostro de Thalia la noche en que me dijo que estaba embarazada. Tenía la cara empapada de lágrimas. De dolor. De shock. De algo que parecía verdad.

Niego con la cabeza, arrancando esa imagen de mí con brutalidad.

Thalia intenta manipularme otra vez. No puede ser de otra manera. Es solo otro truco, otra forma de infiltrarse en mi vida a través de las grietas que ella misma creó.

Durante tres días me aferro a esa certeza.

Durante tres días ignoro el sobre que dejó la madre, sin valor, sin ganas, sin siquiera un motivo lo bastante fuerte para sacarlo del primer cajón de mi escritorio, en el despacho de casa, donde lo guardé bajo llave como un secreto.

El problema es que, incluso oculto, es imposible olvidar que está ahí, latiendo, susurrando de un modo silencioso e insoportable cada vez que abro el cajón para buscar cualquier otra cosa.

Durante tres días me invento excusas.

Primero me digo que estaba demasiado ocupado. Que las reuniones en la empresa están demasiado intensas. Que mis hijos me necesitan por las noches y que no es justo robarles el tiempo para resolver algo que, para mí, está resuelto desde hace años.

Después alego cansancio. Duermo mal, me despierto con dolor de cabeza. Tomo analgésicos que no hacen efecto. Me quedo mirando el teléfono, pensando en llamar a un laboratorio privado, pero no lo hago. Ensayo la conversación mentalmente decenas de veces, pero nunca llego a marcar.

Por último, me refugio en la rabia. Porque aquello solo puede ser otro truco. Un intento tardío y desesperado de Thalia de recuperar el tiempo que invirtió en la estafa que planeó contra mí. Un intento de obligarme a mirar atrás otra vez, cuando lo único que quiero es olvidar.

Pero hoy… hoy ya no tengo excusas.

Hoy lo único que queda es el cansancio del silencio. De la duda. De esa frase en el papel, escrita por la Madre Agnes, que insiste en seguirme por los pasillos vacíos de esta casa inmensa.

«La verdad puede ser una oportunidad o una condena.»

Llevo horas sentado en el despacho de casa. El agotamiento de mantenerme lejos del cajón —ahora abierto— y del sobre —ahora delante de mí, abierto— pesa sobre mis hombros.

Los mechones de pelo están sobre la mesa, tan pequeños, tan frágiles, y aun así capaces de poner en jaque certezas que construí con tanto esfuerzo durante años.

Una parte de mí no quiere esa oportunidad. Una parte prefiere la condena. La necesita.

No puedo haber destruido lo más importante que tuve en las manos.

No fueron pocas las noches en que la pregunta «¿y si me precipité?» intentó infiltrarse en mi pecho, en mis horas más solitarias.

Pero siempre la silencié rápido. Mi orgullo —la única cosa que aún sostiene los pedazos que quedan de mí— me impidió ceder.

Hasta ahora.

Porque algo más fuerte —algo mucho más peligroso que el orgullo— me obliga a actuar.

Levanto la mirada hacia la estantería de al lado y veo una fotografía enmarcada de mis hijos. Andreas y Lysander sonríen, abrazados, en un día cualquiera de la primavera pasada. Sus

sonrisas son espontáneas, verdaderas. Y, en ese instante, no puedo evitar pensar en dos niñas, quizá sonriendo exactamente igual.

Mis hijas, quizá.

Ese pensamiento rompe la última barrera. La posibilidad de que existan dos niñas que también tengan derecho a sonreír así —y que quizá no estén sonriendo lo suficiente porque yo decidí creer en una mentira—.

Me levanto de la silla con un impulso casi involuntario. Vuelvo a guardar los mechones en el sobre con un cuidado exagerado. Me lo meto en el bolsillo interior de la chaqueta, cojo el teléfono y, antes de que mi mente tenga tiempo de ofrecerme otra excusa, hago la llamada.

—Laboratorio médico EuroLab, ¿en qué puedo ayudarle?

Respiro descompasado. Pero mi voz sale firme:

—Necesito programar una prueba de ADN. Privada. Con urgencia.

—Por supuesto, señor. ¿Podemos agendarla para esta tarde?

Hago una pausa breve, mirando otra vez la foto de los niños, y respondo casi en un susurro:

—Sí. Esta tarde está perfecto.

Cuelgo despacio, sintiendo el peso de ese paso irreversible. No sé qué voy a encontrar. No sé qué va a revelar la verdad sobre mí mismo.

Pero sé que ya no puedo seguir viviendo sin enfrentarla.

***

Salgo del laboratorio con una sensación extraña de vacío, como si hubiera dejado algo demasiado importante en manos desconocidas, manos que no tienen idea de la historia que guardaba aquel sobre.

Afuera, la tarde se escurre despacio por calles llenas. La ciudad sigue su rutina indiferente, sin darse cuenta de la batalla silenciosa

que ocurre dentro de mí. Mi chófer me sostiene la puerta y entro sin decir una palabra.

—¿A casa, señor? —pregunta con educación, mirando por el retrovisor.

—No —respondo, con la voz un poco ronca—. Conduzca un rato.

Asiente, discreto, y arranca sin hacer más preguntas. A través de la ventanilla pasan escenas demasiado comunes, demasiado coloridas, demasiado ruidosas para lo que siento. Nada encaja con la tormenta muda que se forma en mí.

Mi mente repasa una y otra vez cada instante de aquel día fatal. Cada palabra cruel. Cada acusación lanzada contra ella. Las cosas que dije. La manera en que la herí. La manera en que me herí también. No me permití pensarlo antes. No así. No con esta intensidad.

Y ahora no puedo parar.

El sobre está vacío, pero su peso sigue conmigo. Tamborileo nervioso con los dedos sobre la rodilla mientras hago cálculos inútiles: cuánto tarda un resultado, cuántas horas faltan para que todo cambie… o para que todo siga insoportablemente igual.

¿Y si…?

La duda es un arma apuntándome a la cabeza. Es imposible no sentir miedo. No un miedo simple: un miedo visceral. Un miedo que toca algo más profundo que el ego o el orgullo. Un miedo que remueve al hombre que creí ser y al hombre que podría ser.

Pero si estoy equivocado… significará que pasé los últimos años viviendo una mentira. Una mentira que no solo me afectó a mí. Afectó a Andreas, a Lysander y a dos niñas que nunca tuvieron la oportunidad de conocerme.

Y afectó a Thalia.

Me arden los ojos al pensar en ella, en la mirada que me lanzó aquella última noche, la misma mirada que ahora me visita todas las

noches antes de dormir, acusándome en silencio con una verdad que nunca quise aceptar: que quizá fui yo, y no ella, el traidor.

El traidor de las promesas silenciosas que nos hicimos. Y de las pronunciadas también.

El traidor del sentimiento que solo ella fue capaz de despertar.

El traidor de la vida que ninguno de nosotros se atrevió a soñar en voz alta, pero que siempre deseamos en silencio.

El teléfono vibra en el bolsillo. Lo saco de inmediato, casi desesperado, pero es solo Sofía preguntando si pienso cenar en casa. Le respondo que no tengo hambre.

El coche sigue recorriendo la ciudad en un ciclo interminable, como mi mente, que no encuentra descanso. Golpeo suave el cristal, buscando distraerme con algo banal, pero los recuerdos regresan.

Cada risa suya, cada sonrisa de los niños a su lado, cada gesto pequeño que antes parecía insignificante… ahora es todo lo que consigo ver.

Intento convencerme de que Thalia podría estar mintiendo, de que la madre podría estar equivocada, pero ninguna de esas justificaciones me trae alivio. Solo más ansiedad.

Al final le pido al chófer que volvamos a casa.

Cuando cruzo el portón de la mansión ya es de noche. La casa, silenciosa como siempre, parece esperar una respuesta que aún no tengo. Subo las escaleras despacio, con el peso del mundo sobre los hombros, hasta mi dormitorio. Cierro con llave, me quito la chaqueta y deshago lentamente el nudo de la corbata.

En el silencio absoluto, mirando al techo, me obligo a aceptar algo que ya no puedo evitar: pase lo que pase mañana, diga lo que diga ese resultado… yo ya perdí.

Porque la verdad que más me asusta quizá no esté escrita en una prueba de ADN, sino grabada dentro de mí desde hace mucho más tiempo.

Y quizá eso era lo que la Madre Agnes intentaba decirme desde el principio.

Es extraño cómo un simple mensaje electrónico puede tener tanto poder. Algo que llega sin ceremonia, sin aviso, en una notificación discreta en el móvil, mientras estoy sentado en mi despacho, frente a una taza de café que se enfrió hace horas.

La alerta aparece en la pantalla como algo banal, casi inofensivo.

«Resultados disponibles. EuroLab.»

Las manos me tiemblan casi imperceptiblemente cuando cojo el teléfono y lo desbloqueo. El corazón late demasiado fuerte, tan rápido que parece querer romperme las costillas. Dudo unos segundos antes de abrir el correo.

Cada movimiento de mi dedo es calculado, como si al ralentizar mis gestos pudiera evitar lo que ya está decidido. Una parte de mí aún no quiere mirar. Una parte de mí prefiere la ignorancia —la mentira cómoda que construí con tanto cuidado.

Pero la otra parte, la que no duerme desde hace cuatro noches, la que vive de la ansiedad de saber, abre el resultado sin más espacio para huir.

El documento se despliega en la pantalla con una claridad cruel. Los términos científicos, fríos e impersonales, parecen escritos a gritos, aunque sean solo líneas objetivas. Mi mirada se clava en lo único que importa:

«Compatibilidad genética: 99,999 %. Positivo.»

El aire se me escapa del pecho en un soplo violento. La cabeza parece flotar. Los dedos pierden fuerza. Por un instante el mundo se desenfoca. Todo lo que existe es ese número imposible, esa confirmación innegable. Es mi sentencia. Mi absolución y mi condena al mismo tiempo.

Siento como si una parte de mi conciencia se separara del cuerpo, alejándose para observar el caos que empieza a formarse dentro de

mí. La certeza se derrumba y deja un vacío que ahora se llena de algo mucho peor que la duda.

Porque ya no hay dudas.

Thalia nunca mintió. Nunca hubo traición. Nunca hubo manipulación. El error no fue suyo.

El error es mío.

Es como si una presa se rompiera dentro de mí, soltando toda la culpa acumulada, violenta e implacable, arrasando mis certezas como si fueran de papel.

La aparté. La herí. Le arranqué la posibilidad de vivir conmigo la vida que merecía. La vida que yo merecía, pero que no supe aceptar. La vida que nuestras hijas merecían desde el día en que nacieron.

No logro pensar con claridad. La mano se va, automática, al crucifijo en mi bolsillo. Lo aprieto con fuerza, como si eso pudiera mantener algo entero dentro de mí. Pero ya no hay nada entero. Todo lleva mucho tiempo hecho pedazos y ahora esos pedazos se rompen en mil más.

Me duele el pecho. Me duele de verdad, como si algo frío y definitivo me atravesara. Ya no hay excusas, ni justificaciones, ni mentiras a las que aferrarme.

El móvil se me resbala y cae sobre la mesa con un golpe sordo. El silencio de la sala nunca pesó tanto.

Cierro los ojos con fuerza. Respiro irregular, descontrolado. Me pongo en pie sin darme cuenta, caminando de un lado a otro, buscando aire, buscando control. Pero ya no existe. Todo se derrumbó en el instante en que abrí ese documento.

«Si estoy equivocado, sería imperdonable», pensé días atrás.

Y ahora lo sé.

Lo estoy.

Y nunca podré perdonarme por ello.

Necesito aire.

No sé en qué momento decidí moverme, pero mis pies ya me llevan fuera del despacho, como si necesitaran huir de ese archivo abierto sobre la mesa.

Cruzo el pasillo casi sin ver, bajo las escaleras con prisa. Me asfixian las paredes de esta casa inmensa, cada centímetro que fue testigo de la injusticia que cometí.

Había sentido arrepentimiento antes. Culpa antes. Pero no así. No de esta manera.

Salgo por la puerta lateral y avanzo hacia el jardín sin rumbo. La noche ya cayó y el aire frío golpea mi piel como un shock. Sigo andando, pisando la hierba que parece querer sujetarme, como si la tierra misma se volviera contra mí.

Me detengo frente al mar. El sonido de las olas es lo único que oigo, pero no basta para callar la tormenta que grita en mi cabeza.

Me llevo las manos a la cara, apretando los ojos cerrados, como si pudiera borrar todo lo que hice, todo lo que dije, todo lo que destruí con palabras, silencios y elecciones equivocadas. Pero no puedo.

Nada puede.

Un sonido áspero se me escapa de la garganta, ronco, bajo, casi inaudible. Estoy solo, completamente solo, por primera vez en mucho tiempo. No hay nadie para ver, nadie para consolar, nadie para decir que todo irá bien.

Y es justo. Esta soledad es justa.

La mente me tortura con imágenes vívidas de aquella última noche. La cara de Thalia en shock, el llanto contenido, su mano extendida hacia mí, suplicando una comprensión que no fui capaz de dar.

Siento el pecho partirse despacio en mil pedazos. La respiración se vuelve superficial, casi inexistente. El corazón pesa más de lo que puedo soportar.

Fui yo quien se equivocó. Fui yo quien destruyó lo que había entre nosotros. No hay manera de huir de eso ahora. No hay excusas suficientes. No hay justificaciones. No hay vuelta atrás.

Thalia nunca mintió. Nunca.

Fui yo quien se mintió a sí mismo todo este tiempo. Fui yo quien se convenció de que tenía razón. Y ahora, con la confirmación delante de mí, esa mentira se derrumba y se lleva todo lo que me sostenía.

Caigo de rodillas en la arena fría, como alguien que ya no puede sostener el peso del propio cuerpo. Me tapo la cara con las manos y dejo que lágrimas silenciosas me recorran las mejillas. No lloro en alto. No grito. No rompo nada. Mi dolor es silencioso, profundo, insoportable.

Un dolor que es culpa y arrepentimiento a la vez. Un dolor que es una súplica desesperada de perdón, incluso sabiendo que quizá nunca merezca recibirlo.

Me quedo allí, de rodillas, mientras el mar ruge frente a mí y el viento frío atraviesa la ropa, sintiéndome más expuesto y vulnerable que nunca.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que consigo levantarme. Lo hago despacio, y miro la casa que un día estuvo tan llena y ahora parece vacía de todo.

Porque eso hice yo.

Esta casa no está vacía porque Thalia se fuera.

Está vacía porque yo la expulsé. Porque yo no quise ver la verdad que estaba delante de mis ojos desde el principio.

Y ahora lo único que puedo hacer es vivir con esta certeza: perdí lo único que jamás pensé que podría querer.

Y así es como llega la justicia. No como un castigo externo, sino como una sentencia interna, eterna, que cargaré el resto de mi vida.

63.

ALEKOS THEODORAKIS

El edificio, en el centro de Atenas, no solo no ha envejecido desde mi última visita —hace casi una década—, sino que fue reformado y ahora es una torre de cristal y acero, con una vista impecable de la ciudad e instalaciones que parecen más propias de un hotel de cinco estrellas que de una clínica médica.

Me quedo unos segundos, después de que el coche se detenga, observándolo a través de la ventanilla, antes de obligarme a bajar y cruzar las puertas del hospital privado, donde los pasillos siguen brillando como si fueran nuevos y el personal habla en voz baja, como si estuviera en una biblioteca.

Un lugar donde el dinero siempre garantizó atención exclusiva y diagnósticos irrefutables. Al menos eso era lo que yo creía hasta ayer.

Camino por el vestíbulo amplio hacia recepción VIP, donde una mujer elegante y cordial alza la vista en cuanto me acerco.

—Señor Theodorakis, buenas tardes. El doctor Michelakis ya le está esperando —anuncia, sin que yo necesite confirmar nada.

Michelakis tiene la agenda cerrada durante meses, pero hoy me abrió un hueco, porque no soy el tipo de hombre que acepta un no por respuesta y él me debe algunas explicaciones.

Asiento en silencio y, en minutos, un asistente me conduce a uno de los ascensores privados. Todo es impecable, silencioso, con ese aroma sutil y limpio que solo las clínicas de este nivel mantienen de manera constante.

Al entrar en el despacho, el médico ya está de pie esperándome: postura impecable, canas bien peinadas, ojos atentos tras las gafas sin montura. Su apretón de manos es firme y rápido, sin excesos.

—Alekos —dice con respeto, señalando una de las sillas cómodas frente a la amplia mesa de cristal—. Hace mucho tiempo desde tu última consulta. ¿Qué puedo hacer por ti hoy?

Se sienta sin apartar los ojos de mí mientras yo ordeno mentalmente las palabras. El aire acondicionado mantiene la sala perfectamente fresca, pero siento el calor subir por la nuca mientras busco cómo empezar.

—He venido por el diagnóstico que recibí hace casi una década. Por mi supuesta infertilidad permanente. ¿Lo recuerda?

Michelakis frunce ligeramente el ceño, adopta una postura más seria y abre mi historial digital sobre la mesa, accediendo con rapidez a mi expediente en el sistema.

—Sí. Claro que lo recuerdo. Un caso delicado, consecuencia pos-sarampión. Recuerdo que consultaste a otros dos especialistas además de a mí, ¿correcto?

—Exactamente. Y los tres diagnósticos fueron unánimes: esterilidad irreversible.

Asiente despacio, revisando los registros en la pantalla.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de tu visita ahora?

Apoyo las manos sobre las rodillas, obligándome a mantener un tono neutro y directo.

—Descubrí hace poco que tengo dos hijas biológicas. Nacidas años después de esos diagnósticos.

Michelakis alza la cabeza al instante, visiblemente sorprendido. Un silencio breve y cargado se instala mientras vuelve a mirar los documentos originales.

—Alekos… ¿estás completamente seguro de eso?

—Tengo pruebas recientes. ADN. Con un 99,999 % de certeza. Son mis hijas. No hay margen para dudas.

Respira hondo y veo algo raro en él: vacilación.

—Vamos a revisar esto con calma. Necesito volver a comprobar tus pruebas de aquella época. Entonces se diagnosticó un bloqueo permanente de los conductos causado por una inflamación severa pos-sarampión. Déjame confirmar algo.

Abre una carpeta en el ordenador. Sus ojos se desplazan deprisa por líneas de información técnica e informes complejos, hasta que por fin vuelve a mirarme, con el ceño fruncido en una expresión de preocupación discreta, pero evidente.

—En efecto, tu diagnóstico fue concluyente en aquel momento. Tres especialistas lo confirmaron. Sin embargo…

Esa pausa. Esa única palabra. Me roba el aire de los pulmones. Me inclino un poco hacia delante.

—¿Sin embargo qué?

Suspira despacio, entrelaza los dedos sobre la mesa y elige con cuidado las palabras.

—Existen casos excepcionales en los que una inflamación posviral, aunque inicialmente devastadora y aparentemente irreversible, puede revertirse por completo con el tiempo. Son rarísimos, especialmente sin seguimiento médico continuo después del diagnóstico inicial. Pero, como todo organismo humano, Alekos, el tuyo también puede sorprender.

Lo escucho como quien oye una sentencia. Una parte de mí ya lo sabía. Pero oírselo decir ahora a este hombre —el mismo que confirmó mi supuesta condena hace años— es devastador.

—¿Me está diciendo… que todo este tiempo…?

—Sí. La infertilidad era, probablemente, temporal, no permanente. Tu fertilidad puede haberse recuperado de manera espontánea años después, y no tenías forma de saberlo sin nuevas pruebas.

Cierro los ojos un instante, sintiendo que el suelo acaba de disolverse bajo mis pies. Cada palabra se me clava como una hoja,

cortándome por dentro.

El médico me observa con un pesar profesional evidente. Su voz baja, cautelosa.

—Lo lamento profundamente, Alekos. No teníamos manera de prever algo así entonces. Los diagnósticos eran concluyentes, irreversibles, con base en lo que sabíamos y en lo que vimos en aquel momento.

Me llevo las manos a la cara, frotándome los ojos con fuerza, como si pudiera borrar lo que acabo de oír.

Mi primera reacción es gritar, discutir, abalanzarme sobre Leonardo Michelakis y partirle la cara a golpes, pero sé que eso solo es yo intentando encontrar un culpable de errores que cometí yo solo.

No fue Leonardo quien alejó a Thalia. Quien la humilló. Quien no creyó su palabra. Fui yo. Así que trago el impulso.

—La culpa no es suya, doctor —digo por fin, con la voz rota y casi irreconocible—. La culpa es mía.

Él no responde de inmediato. Solo me mira, dejando que el silencio hable por nosotros. Me levanto despacio, sintiendo las piernas inestables. Cuando al fin hablo, la voz me sale baja y contenida.

—Gracias por su tiempo.

Él también se levanta y me ofrece la mano en un gesto educado, pero vacilante.

—Alekos, de verdad lo siento por…

—No —lo interrumpo con un gesto suave—. La responsabilidad de todo esto es mía. Solo mía.

—¿No querrías hacerte nuevas pruebas?

Niego con la cabeza.

—Las únicas que necesito ahora ya están hechas. Y demasiado tarde —digo y, dejándolo detrás de mí, cruzo la puerta deprisa, necesitando salir, necesitando respirar.

Cada paso pesa más que el anterior mientras la verdad reverbera con dolor en mi mente.

Nunca fui víctima de una mentira.

Fui víctima de mi propia incapacidad de creer en la verdad cuando estaba delante de mis ojos.

Cuando atravieso la puerta principal, el ruido de la calle me golpea con una fuerza inesperada. Gente caminando deprisa, coches pasando, conversaciones lejanas… todo ocurre con una normalidad que no parece real. No cuando dentro de mí todo se está derrumbando.

Entro en el coche casi sin darme cuenta. El chófer me observa por el retrovisor, atento y respetuoso, esperando una instrucción que no consigo formular. Me late la cabeza como si fuera a estallar y no tengo idea de adónde quiero ir.

—¿A casa, señor? —pregunta por fin, en voz baja.

Pero casa no parece la respuesta correcta. Casa ahora es un lugar donde ya no puedo fingir que todo está bien. Casa es donde voy a tener que mirar la verdad de frente, solo.

—No —respondo, con la voz ronca—. Conduzca un rato. No importa el destino.

Asiente y el coche se pone en marcha por las calles de Atenas sin rumbo, igual que yo.

Apoyo la cabeza en el cristal frío de la ventanilla mientras la ciudad pasa como un borrón. La sensación es que todas las piezas cuidadosamente apiladas de mi vida acaban de venirse abajo.

Como si alguien hubiera retirado una base que sostenía todo lo que yo creía verdad absoluta. Ahora solo quedan escombros. Un hombre que se equivocó de un modo que quizá no tenga perdón.

No fue un error pequeño. No fue un desliz inocente, un malentendido trivial. Rechacé a la única persona que de verdad intentó quedarse. Que intentó amarme a pesar de todo. Que me dio una familia que ni siquiera me había atrevido a soñar.

Aparté a mis hijos de ella, y de mí mismo a las hijas que nunca conocí. Hijas que nunca supieron lo que era tener un padre. Que fueron privadas de una vida conmigo por mi certeza arrogante, mi convicción ciega.

Los recuerdos ahora son demasiado crueles para soportarlos. La noche en que la eché vuelve a mi mente con una nitidez dolorosa. La cara de Thalia, las lágrimas que derramó por mí, las súplicas que yo no escuché.

Respiro hondo, pero el aire no entra bien en los pulmones. Es como si hubiera una presión constante en el pecho, una culpa profunda que se intensifica con cada respiración. Algo dentro de mí se está rompiendo de una manera silenciosa y devastadora.

Me tiemblan las manos. Apoyo la frente en el respaldo del asiento delantero y cierro los ojos con fuerza mientras el dolor me recorre entero. Mis dedos se aferran a la tapicería cara buscando un punto firme, una certeza, en medio de un caos absoluto.

Siento un grito atrapado en la garganta, pero no sale. La respiración se me vuelve irregular, rápida. Intento contener las ganas de llorar, pero es inútil. La primera lágrima me cae antes de que pueda impedirlo, y eso me debilita de una forma que no esperaba.

—¿Está todo bien, señor? —oigo preguntar al chófer con cuidado.

Tardo un segundo en responder.

—No —susurro—. No lo está.

—¿Quiere que pare?

Asiento, sin fuerzas para hablar. El coche se detiene en una calle poco transitada. Apenas sé dónde estoy. Solo abro la puerta y salgo

a respirar.

Me apoyo en el lateral frío del coche, intentando calmar la respiración y secarme las lágrimas que ya me bajan en silencio. Pero siguen, imparables, revelándome algo que pasé años negando.

No solo perdí a Thalia y a mis hijas.

Me perdí a mí mismo.

Tardo varios minutos en recomponerme lo suficiente para volver al asiento trasero. El chófer no dice nada más. Espera con paciencia mi siguiente orden.

Respiro hondo, recuperando poco a poco el control de mi voz. Alzo la mirada despacio hacia él, que sigue aguardando.

—¿Señor? —pregunta con cuidado.

La respuesta que habría dado antes era simple. Lo lógico habría sido volver a casa, recoger los pedazos y fingir normalidad una vez más.

Pero no ahora.

Esta vez necesito otra cosa. Necesito mirar a los ojos a alguien que quizá sea la única persona capaz de decirme qué hacer con el caos que acabo de descubrir.

—No —respondo por fin, con la voz baja pero firme—. No a casa. Lléveme al convento.

Él no cuestiona. Solo asiente y arranca, mientras yo cierro los ojos otra vez, intentando encontrar en la oscuridad una valentía que quizá ya no tenga.

64.

ALEKOS THEODORAKIS

El cielo ya está oscurecido cuando el coche se detiene frente al convento. No sé cuánto tardamos en llegar hasta aquí, pero la noche parece haberse instalado deprisa, cubriéndolo todo con sombras que encajan con lo que siento por dentro.

El chófer me abre la puerta en silencio, sin preguntas. Camino hacia el portón alto del convento y siento de inmediato el peso del lugar. Nunca he estado aquí, pero este sí parece el tipo de sitio al que la gente viene a buscar respuestas.

Las luces suaves se escapan por las ventanas estrechas, revelando muy poco del interior. Los muros altos parecen más sólidos de lo que recordaba: imponentes, severos, silenciosos. Cruzo el portón abierto despacio, como si los pies pesaran demasiado para caminar.

El patio interior es amplio y está en silencio, lleno apenas del sonido distante del viento y de un murmullo tenue que llega desde las ventanas cerradas. Nadie me recibe; imagino que todavía no han notado mi presencia.

Camino hacia la pequeña capilla a la derecha, cuyo contorno se parece al de tantas otras que he visto antes. La puerta está entornada y la luz débil que sale de dentro parece invitarme.

Me detengo frente a ella, vacilante, con el corazón acelerado. No sé en qué momento dejé de creer que a Dios le importaba yo, pero sé que ocurrió hace mucho.

Empujo la puerta con suavidad y entro.

El interior es pequeño, austero y sorprendentemente acogedor. Una luz tenue de velas ilumina el altar sencillo, el crucifijo suspendido en la pared, la figura silenciosa que parece mirarme directamente a los ojos.

Me quedo en la puerta, inmóvil. No sé cuánto tiempo paso ahí, parado en la línea entre entrar o retroceder, hasta que oigo pasos discretos acercándose.

—Buenas noches, señor. ¿Puedo ayudarle?

Me giro despacio y encuentro a una de las monjas más jóvenes del convento. Su rostro es sereno, acogedor; la voz, suave.

—Necesito hablar con la Madre Agnes —respondo, con la voz más baja y ronca de lo que quisiera—. Soy Alekos Theodorakis.

Asiente levemente, los ojos evaluando con rapidez la tensión en mi cara, pero no reacciona a mi nombre. Luego vuelve a asentir.

—Voy a ver si puede recibirle ahora mismo. Por favor, espere aquí, en la capilla.

Se aleja en silencio, sus pasos ligeros desapareciendo por los pasillos oscuros. Me quedo quieto unos instantes más en la puerta, mirando el interior silencioso, sintiendo crecer dentro de mí un conflicto casi físico.

La línea invisible del umbral parece volverse una barrera casi infranqueable… pero la cruzo.

Lo hago con un esfuerzo físico mayor del que debería ser necesario.

Mis pies tocan el suelo de la capilla con una reverencia que mi mente rechaza. Me siento en uno de los bancos de madera, sintiendo la textura lisa bajo las manos temblorosas.

El silencio es total. Solo oigo mi propia respiración, demasiado alta para ese espacio sagrado.

Unos minutos después, la monja regresa con pasos rápidos y silenciosos.

—La Madre Agnes ya viene de camino —dice con una calma amable—. Le pidió que espere solo un poco más aquí mismo.

Asiento, agradeciendo sin palabras. La monja se retira discretamente y la espera empieza de nuevo, más pesada, más incómoda.

Los segundos se convierten en minutos. Y cuanto más tiempo permanezco solo, más intensidad parece ganar la figura de Jesús crucificado. No consigo apartar la mirada demasiado tiempo: cada vez que lo intento, es como si esa imagen exigiera mi atención.

Como si me provocara, me enfrentara hasta que no pudiera ignorarla más. Hasta que no pudiera fingir que no la veo, que no me importa que, todo este tiempo, con todo lo que ocurrió… Él lo estuviera viendo y no hiciera nada para impedirlo.

—Lo sabías todo, ¿verdad? —murmuro, en un tono bajo, roto, más desafío que oración—. Sabías que iba a equivocarme, sabías que iba a destruirla. Y aun así lo permitiste.

Alzo el rostro despacio, clavando los ojos en el Cristo suspendido con una expresión que probablemente nunca le dirigí a nadie. Una mezcla de rabia, desesperación y súplica.

—¿Por qué no me detuviste? ¿Por qué no me mostraste la verdad antes? —la voz me oscila, cargada de amargura, dolor, ira—. ¿Por qué la dejaste amarme si sabías que yo no iba a saber protegerla?

El silencio de la capilla parece mi respuesta. Ninguna voz divina. Ningún alivio sobrenatural. Estoy solo con mi dolor, con una culpa que nadie puede mitigar salvo yo.

—Sufrió por mi culpa. Mis hijas crecieron sin padre por mi culpa —sigo, con la voz ya quebrada, la garganta apretada por una emoción que apenas consigo contener—. Andreas y Lysander fueron privados de ella por mi culpa. ¿No entiendes eso? ¿Por qué no me detuviste?

El silencio persiste.

Bajo la cabeza otra vez y me cubro el rostro con las manos, respirando hondo, intentando no derrumbarme por completo… aun

sabiendo que ya no tengo fuerzas para sostener esa resistencia mucho más.

Me arden los ojos. No de lágrimas todavía, pero sí de la impotencia de reconocer que todo lo que hice fue un error terrible. Un error irreparable.

Entonces, una voz suave, firme y familiar surge detrás de mí, rompiendo el silencio que yo creía impenetrable.

—Dios no nos impide equivocarnos, Alekos. No porque no pueda, sino porque nos dio el poder de elegir. El libre albedrío.

Me giro despacio y veo a la Madre Agnes cerca de la entrada de la capilla. Sus ojos son claros y compasivos, pero no hay en ellos complacencia ni fragilidad. Se acerca, pero mantiene una distancia cuidadosa, como quien respeta el espacio sagrado del sufrimiento que está presenciando.

—Permite nuestras decisiones —continúa, con una voz suave e implacable—, pero también nos ofrece el camino de vuelta. Ahora te corresponde decidir qué vas a hacer con lo que descubriste.

Sus palabras quedan entre nosotros, simples y fuertes, como todo lo que le he oído antes. Me quedo en silencio, mirándola, sintiendo que la responsabilidad del siguiente paso nunca pesó tanto.

—¿Y Thalia? —pregunto al fin, casi sin voz—. ¿Va a querer que yo haga algo?

La Madre Agnes no responde de inmediato. Solo me observa, con ojos profundos, midiendo con cuidado las próximas palabras.

—No he venido a hablar de lo que ella quiere —dice por fin—. He venido a hablar de lo que tú necesitas hacer. Por ti, por ella, por tus hijos. Por las hijas que todavía no conoces.

Respiro hondo y aparto la vista hacia el altar, sintiendo que mi corazón carga un peso que quizá nunca pueda llevar solo.

—No sé por dónde empezar —admito.

La Madre Agnes da un paso hacia mí. Su voz se vuelve más cercana, más acogedora, pero firme.

—Empieza por la verdad, Alekos. No por tu verdad antigua, sino por la verdad que descubriste hoy. Empieza reconociendo que la justicia no es castigo, sino hacer lo correcto con el tiempo que te queda.

La miro y siento algo dentro de mí romperse del todo, soltando por fin un dolor que no sabía que podía soportar.

—¿Y ahora qué hago con esa verdad?

Me sostiene la mirada, sin apartarla ni un segundo.

—Sigues esa verdad hasta donde pueda llevarte. Y rezas para que, esta vez, sea suficiente.

—¿Y si no lo es?

Una sonrisa leve, casi triste, se dibuja en su rostro.

—Entonces habrás aprendido lo que muchos nunca llegan a aprender: que, a veces, el único camino posible es atravesar aquello que más temes enfrentar.

El silencio regresa a la capilla mientras la Madre Agnes me observa con paciencia infinita, esperando que yo entienda por fin que esta elección ya no puede evitarse.

Siento que ya dijo todo lo que tenía que decir. Pero falta algo crucial, algo práctico, algo necesario. Levanto el rostro despacio, mirándola de frente, reuniendo fuerzas para lo que necesito pedir.

—Madre Agnes —empiezo, con la voz más firme que consigo—, necesito saber dónde está Thalia. Necesito su ubicación. Necesito verla. Necesito…

La voz se me rompe antes de terminar la frase y aparto la mirada un segundo, incapaz de sostener la vulnerabilidad absoluta que esa mujer, tan serena, despierta en mí.

La Madre Agnes permanece inmóvil, con una expresión a la vez severa y profundamente comprensiva. Finalmente responde con suavidad, pero con firmeza absoluta.

—No necesitas que yo te dé esa información, Alekos. No es ese el papel que Dios puso en mis manos.

Siento una ola de frustración subir como un reflejo automático.

—¿Cómo que no? Usted vino a mí, me trajo la verdad. ¡Usted sabe dónde está! ¿Por qué no puede decírmelo?

Ella se mantiene calmada, con esa mirada sabia que parece ver mucho más allá de la superficie.

—Porque Dios no nos entrega todas las respuestas listas. Dios nos muestra el camino, Alekos, pero no da los pasos por nosotros. A partir de ahora, el viaje es tuyo. El siguiente paso es tuyo, y solo tuyo.

Sostengo su mirada en silencio. No es la respuesta que esperaba… pero quizá sea exactamente la que necesitaba.

Ella se gira despacio, dejándome allí solo, con una verdad que nunca quise saber y un camino que ahora tengo que descubrir por mi cuenta.

Y lo haré.

Porque ya no hay margen para equivocarme.

Ya me equivoqué demasiado.

65.

ALEKOS THEODORAKIS

El silencio de mi despacho solo se rompe por el sonido de hojas pasadas con prisa.

Son informes, mapas, registros enviados por empresas de investigación repartidas por Grecia y por varios otros países europeos. Todos acumulados en los últimos días. Todos inútiles hasta ahora.

Thalia simplemente desapareció del mundo. Ninguna señal, ninguna evidencia, ninguna pista concreta que pueda llevarme hasta ella. Cada informe es una confirmación nueva de esa verdad insoportable, y cada línea que leo aumenta mi frustración.

Cierro una carpeta y la dejo sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía. Luego cojo el teléfono para llamar a otra agencia en Creta. La voz del investigador contesta enseguida, cordial e impersonal.

—Señor Theodorakis, hemos analizado cuidadosamente la información que nos envió. Por desgracia, todavía no encontramos nada consistente. Revisamos hoteles, registros de alquiler, colegios, hospitales… Nada con su nombre o su descripción aparece en ninguna base de datos.

Respiro hondo, frotándome la frente con la mano libre, sintiendo que la tensión se acumula como una presión que no se alivia.

—No es posible que no haya dejado ningún rastro. No pudo simplemente desaparecer así —digo, con la voz más dura de lo que debería.

El investigador responde con la calma fría y educada de quien ha oído esas mismas palabras demasiadas veces.

—Entendemos su frustración, señor, pero algunas personas son muy buenas no dejando huellas, sobre todo si desean permanecer

ocultas. Seguiremos buscando. Cualquier información nueva, se la comunicaremos de inmediato.

Cuelgo sin decir nada más. El teléfono golpea la mesa con fuerza, resonando un instante en el silencio del despacho.

Abro otra carpeta, otro informe. Nombres, direcciones, rostros. Nada. Cada página nueva me recuerda cuánto decidió Thalia marcharse de verdad. No hay cuentas bancarias, no hay registros médicos, no hay compras a su nombre. Es como si nunca hubiera existido.

Pero existió.

Existió demasiado. Lo suficiente para que su nombre, su imagen y su presencia sigan llenando cada espacio vacío de mi mente. Lo suficiente para que cada informe fallido duela más que el anterior.

Abro el cajón del escritorio y saco el sobre blanco que la Madre Agnes me entregó. Dentro, las palabras que me golpearon como un disparo: la carta de despedida.

Releerla se ha vuelto casi un ritual diario. Repaso las líneas manuscritas con prisa, y cada palabra se me clava con una claridad absoluta. Siento dolor físico al leerla otra vez, al revivir el peso de las frases, de las disculpas, del amor que dejó ahí sin rencor, sin rabia, sin pedir nada a cambio.

«Necesito que sepas, Alekos, que te perdono. Que si algún día necesitas mi perdón, no sufras por él, porque ya lo tienes. Incluso con todo lo que pasó, incluso con todo lo que se dijo, no me sorprende. Solo hiciste lo que todos hicieron antes que tú: no me elegiste.»

Aprieto los dedos contra el papel y cierro los ojos con fuerza. La mano libre busca el crucifijo en el bolsillo y lo aprieta hasta sentir dolor en la palma.

Respiro hondo, doblo la carta con cuidado y la guardo en el sobre. Me aparto del escritorio, poniéndome en pie con un peso inmenso

sobre los hombros, y miro por la ventana la ciudad extendida a lo lejos.

Tengo que encontrarla. Tengo que reparar lo irreparable. Y mientras yo siga respirando, no voy a rendirme.

***

Ya había caído la noche cuando oigo unos golpes suaves en la puerta abierta del despacho. Alzo la vista, saliendo por un momento del mar de papeles que cubre la mesa, y veo a Andreas y Lysander en el umbral, como quien tiene demasiadas dudas y muy poca valentía.

—¿Pasa algo? —pregunto, acomodándome en la silla.

Se miran un segundo antes de que Lysander dé un paso al frente, asumiendo el liderazgo silencioso.

—Papá, ¿podemos hablar contigo un poquito?

Asiento, indicándoles que entren. Se acercan despacio y se sientan en las dos sillas frente al escritorio como pequeños ejecutivos a punto de presentarme un informe. Solo que, en lugar de negocios, sus ojos cargan preocupaciones que ningún niño debería tener.

—¿Qué pasa? —pregunto, con suavidad, observándolos con atención.

Andreas, normalmente el más valiente, empieza con una voz más baja de lo habitual.

—Estábamos hablando y… estábamos pensando en una cosa.

—¿Qué cosa?

Lysander carraspea, claramente nervioso, mirando al suelo un instante antes de volver a mirarme.

—Estábamos pensando en Thalia.

Su nombre atraviesa el aire como un soplo frío. Pueden ser niños, pero hace tiempo entendieron que oírlo me duele.

Pero no es la primera vez que hablamos de ella. Debería haberlo supuesto. Ha pasado un tiempo desde la última conversación así.

—¿Y qué estaban pensando exactamente? —pregunto, intentando sonar natural, aunque el corazón ya me golpea deprisa.

Andreas respira hondo, buscando valor.

—¿Por qué nunca volvió a llamar? ¿Ni mandó un mensaje? Tú dijiste que todavía nos quería, pero… ¿por qué no viene a vernos?

Controlo la expresión, escondiendo el efecto de esas palabras. Apoyo los codos en la mesa y entrelazo los dedos, eligiendo con cuidado lo que puedo decirles.

—Thalia se fue porque necesitaba irse. Pero eso no significa que haya dejado de quereros. Os quiere mucho. Eso no cambió y no va a cambiar.

—Pero entonces ¿por qué no vuelve? —insiste Lysander, con los ojos claros llenos de una esperanza dolorosa—. Si nos quiere, ¿por qué se queda lejos?

Se me forma un nudo en la garganta, pero mantengo la cara serena.

—Porque a veces la vida no es tan simple. A veces, incluso cuando queremos mucho a alguien, necesitamos mantenernos lejos durante un tiempo.

Andreas niega con la cabeza, frustrado.

—Pero ya casi van tres años. Nosotros teníamos seis y ahora ya vamos a cumplir once. Es muchísimo tiempo. ¿Crees que todavía se acuerda de nosotros?

Siento que algo se quiebra dentro de mí al oír esa pregunta tan simple y tan verdadera. Me inclino hacia delante; la voz, ahora baja, cargada de la sinceridad que merecen.

—Nunca os olvidó. Y os prometo que piensa en vosotros todos los días, igual que vosotros pensáis en ella. Hay cosas que el tiempo no borra, hijos. Hay personas que no se van del todo, incluso cuando no están presentes.

Se quedan en silencio un instante, asimilando. Lysander se muerde los labios, conteniendo algo demasiado grande para su edad. Andreas me mira, pensativo.

—¿Tú también la echas de menos? —pregunta por fin, con una honestidad que casi me desarma.

La respiración se me vuelve inestable. Necesito unos segundos para controlar la voz antes de responder.

—Sí. La echo de menos —lo admito en voz alta por primera vez—. La echo de menos todos los días.

Se cruzan una mirada rápida. Un alivio pequeño pasa entre ellos al oír algo que, probablemente, ya sabían desde hace mucho.

—¿Crees que algún día volverá? —pregunta Lysander, casi en un susurro.

Respiro hondo, sintiendo el peso de su pregunta como una responsabilidad más grande que cualquier otra.

—No lo sé —miento. Porque lo sé. Ella no va a volver. ¿Por qué lo haría? Necesito encontrarla para pedirle perdón, aunque ella dijera que ya lo tenía. Pero no va a volver. Yo no podría pedírselo, no después de todo.— Pero os prometo algo: si depende de mí, la volveréis a ver —termino, con una verdad.

Asienten con gestos pequeños, satisfechos con una promesa de la que quizá ni yo tengo certeza absoluta. Luego se levantan, más ligeros, y me abrazan rápido antes de salir del despacho.

Cuando vuelvo a quedarme solo, me recuesto despacio en la silla, sintiendo el peso de esa conversación mezclarse con la angustia que llevaba toda la tarde creciendo dentro de mí.

La promesa que acabo de hacer resuena con una claridad dolorosa en mi cabeza.

Ahora, más que nunca, tengo que encontrar a Thalia. No solo por mí, sino por ellos, por las niñas, y por la propia Thalia.

No merezco el perdón que ya me dio, pero le debo la disculpa que nunca escuchó.

66.

ALEKOS THEODORAKIS

Los días se repiten con una monotonía que se vuelve todavía más opresiva ahora que espero respuestas que nunca llegan.

Es casi el final de la tarde cuando el sonido de una notificación del móvil rompe el silencio pesado del despacho, interrumpiéndome en mitad de otro contrato empresarial que ya ni siquiera conseguía leer de verdad.

Mis ojos van directo a la pantalla iluminada y el nombre escrito ahí acelera mi corazón al instante.

«Euroinvestigation – informe actualizado»

Sofía, que ordenaba algunos objetos en la estantería al otro lado de la sala, nota el cambio brusco en mi expresión.

—¿Ocurre algo, señor?

—No —respondo demasiado rápido, casi brusco. Contengo el tono en seguida—. Solo necesito revisar un asunto privado.

Ella asiente en silencio, entendiendo la petición no dicha. Deja los objetos sobre la mesa de centro y se retira discretamente, cerrando la puerta al salir.

En cuanto me quedo solo, abro el mensaje. El informe aparece en la pantalla, acompañado de varias fotos adjuntas. Siento que la respiración se me acelera mientras mis ojos recorren las imágenes.

Thalia.

Una de las fotografías es demasiado clara como para dejar lugar a dudas: incluso desde lejos, incluso captada con discreción, sé quién es la mujer retratada allí.

Está en una calle sencilla, delante de un mercado pequeño, con una bolsa en las manos. El pelo más largo, quizá más oscuro; ropa casual, y aun así… inconfundiblemente ella.

La descripción del informe confirma las sospechas iniciales:

Ubicación: pueblo costero, sur de Creta.

Nombre registrado: Thalia Esperakis

Residencia: alquilada, modesta, cerca de la costa.

Agios Nikolaos, 72

Chora Velha – Isla de Kassandria

851 04 – Grecia

Familia: madre soltera, dos hijas pequeñas.

Me tiemblan las manos y me obligo a controlar la emoción violenta que crece dentro de mí. La confirmación no es solo alivio; es una tormenta de sentimientos que llevan años encerrados.

Vuelvo a leer cada palabra, intentando absorber cada detalle que pueda acercarme más a ella. Por primera vez tengo una pista concreta, un lugar real, un punto exacto desde el que empezar a reparar lo que rompí.

La emoción se mezcla de inmediato con el miedo: ¿y si no quiere verme? ¿y si ya construyó una vida a la que yo no puedo llegar?

Respiro hondo, mirando otra vez la imagen, sintiendo algo demasiado grande en el pecho. Thalia parece estar bien. Parece en paz. Pero sé cuánto tuvo que sufrir para llegar hasta allí… y eso también es culpa mía.

Respondo a la agencia, rápido:

«Sigan investigando. Quiero cada detalle posible de la rutina de ella y de las niñas. Espero actualizaciones constantes.»

Cierro el mensaje y dejo el móvil sobre la mesa. La sala a mi alrededor parece más pequeña, más estrecha, como si las paredes se cerraran exigiéndome acción inmediata.

Por primera vez en tres años sé exactamente dónde está Thalia.

Y por primera vez en mi vida sé exactamente qué tengo que hacer.

***

No presto atención a la ropa delante de mí, no de verdad. Todo en mí está lejos. Mi mente ya está en Kassandria, con ella, con las niñas que aún no conozco. Con la vida que dejé escaparse por decisiones equivocadas.

Thalia estuvo en Grecia todo este tiempo. En otra isla. Una aún más pequeña que Aletheia. Por eso fue tan difícil encontrarla. Pero debí imaginarlo. Debí imaginar que, con el apoyo de las monjas, no se iría lejos. No dejaría atrás todo lo que conoce con tanta facilidad.

Meto la ropa en la maleta de forma automática mientras siento el pecho apretarse por la ansiedad de enfrentar lo que me espera. No hay planes claros. No hay discursos ensayados. Solo el impulso enorme de ir hasta allí, verla con mis propios ojos, descubrir si todavía queda algo que yo pueda hacer.

Un golpe suave en la puerta me hace girar la cabeza. Andreas y Lysander están en el umbral, en silencio, observándome mientras preparo mis cosas con movimientos demasiado rápidos.

—¿Papá, vas a viajar? —pregunta Lysander, rompiendo la duda que flotaba en el aire.

Respiro hondo antes de responder, eligiendo con cuidado cada palabra.

—Sí. Necesito resolver algo importante fuera de la ciudad.

Los dos se cruzan una mirada discreta, demasiado rápida para que yo la descifre. Hace años dejé de hacer viajes largos por trabajo. Ni recuerdo la última vez que pasé más de dos días fuera de casa. Pero hubo una época en que pasaba meses fuera, y ellos lo recuerdan. Más errores que cometí y que no puedo borrar.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —pregunta Andreas, con la voz controlada, más madura de lo que debería—. Hace mucho que

no haces una maleta cuando viajas.

La verdad es que no tengo ni idea.

—Todavía no lo sé —respondo con honestidad—. Quizá… unas semanas.

Lysander baja un poco la cabeza y sé que hay algo que no está diciendo. Me siento en la cama y les hago un gesto para que se acerquen. Se aproximan despacio y se sientan a mi lado.

—Escuchad. Sé que no he estado tan presente como quisiera. Pero no me voy porque quiero. Me voy porque necesito hacerlo.

Lysander alza la vista, inquieto.

—¿Semanas, papá?

Siento ese nudo en el pecho, uno que conozco demasiado bien.

—Voy a hacer lo posible por volver pronto. Pero os prometo que llamaré todos los días, todas las noches antes de que os durmáis. Y si necesitáis cualquier cosa, Sofía estará aquí todo el tiempo.

Asienten en silencio, pero noto que esta ausencia les despierta una ansiedad callada.

—Sabéis que no viajaría si no fuera realmente importante —añado, con una firmeza suave—. Y sabéis también que siempre vuelvo.

Andreas sonríe apenas, aliviado, aunque no del todo satisfecho. Lysander respira hondo, removiéndose incómodo a mi lado.

—¿Cuándo te vas? —pregunta Andreas.

—Mañana —respondo.

—Te vamos a echar de menos —dice Lysander en voz baja, como si admitirlo fuera vergonzoso.

Alargo el brazo y lo acerco, rodeándole los hombros pequeños.

—Yo también os voy a echar de menos. Muchísimo. Pero pronto estaremos juntos otra vez, os lo prometo.

Andreas se pega al otro lado, como si también necesitara la confirmación física de esa promesa.

Nos quedamos los tres en silencio un rato, corto pero significativo, mientras la noche se espesa al otro lado de la ventana. Oigo la respiración tranquila de los dos y siento que ese instante me sostiene más de lo que esperaba.

—Sabéis que sois lo más importante de mi vida, ¿verdad? —pregunto al fin.

Los dos asienten con firmeza.

—Lo sabemos —contesta Andreas, directo como siempre.

Lysander me mira con más cuidado, eligiendo las palabras antes de hablar.

—Y tú sabes que tú también eres lo más importante para nosotros, ¿no?

Sus palabras me golpean con una fuerza silenciosa. No puedo evitar la sonrisa leve que se me forma en la comisura, dolorosa y, al mismo tiempo, profundamente reconfortante.

—Lo sé, hijo —digo, con la voz más baja—. Y por eso voy a hacer todo lo posible por volver lo antes posible. Podéis confiar en eso.

Parecen calmarse un poco más con la promesa. Los abrazo fuerte, con la certeza absoluta de que, pase lo que pase en los próximos días, es por ellos —y por mí— por lo que tengo que seguir.

—Ahora id a descansar —digo, levantándome—. Mañana tenéis que madrugar para el cole.

—Ya que mañana viajas… ¿podemos dormir contigo esta noche? —pregunta Andreas.

Inclino la cabeza, fingiendo pensarlo.

—Solo si me ayudáis a terminar la maleta.

De pronto, los dos ya están de pie.

—Voy a buscar el cepillo y la pasta, porque a ti te gusta muchísimo cepillarte los dientes —anuncia Lysander, girándose hacia el baño.

—Y yo voy a por los calcetines, para que no acabes poniéndote uno de cada par sin querer —explica Andreas, y se mete en el vestidor.

Me río, pero me quedo sentado en la cama unos segundos, alternando la mirada entre los dos mientras se mueven por mi habitación con la tranquilidad de quienes creen de verdad en mi promesa.

Cierro los ojos despacio y respiro hondo.

Es esa confianza la que quiero que mis hijas construyan también, aunque yo no haya estado presente al principio de sus vidas.

Si recibo una segunda oportunidad, haré que cada segundo valga la pena.

66.

ALEKOS THEODORAKIS

Corren sobre la arena como si el mundo nunca hubiera sido cruel.

Estoy lejos, parcialmente oculto por la sombra de un pino solitario, en lo alto de una pequeña elevación que me permite ver toda la extensión de aquella playa diminuta y casi desierta. El corazón se me acelera al reconocer —aunque nunca las haya visto antes— a mis hijas. Mis niñas.

Ariana y Theodora. Ese fue el nombre que Thalia eligió para ellas.

El pelo de las dos pequeñas vuela con el viento, pegándose a la cara, enredado por la sal y por la risa. Juegan con una libertad que yo nunca experimenté, con una felicidad que no conozco.

Una de ellas tropieza; la otra se acerca enseguida, le tiende las manos para levantarla, y ambas se echan a reír mientras se recuperan.

Ninguna llora. Sonríen como si no conocieran otra forma de existir.

Y es exactamente eso lo que más me destruye.

Porque yo sé —fui yo quien enseñó a mis dos primeros hijos a callarse por miedo, a erguirse firmes y distantes, como me obligaron a aprender desde temprano. Yo los construí a la fuerza, con expectativas, presión y silencios.

Pero estas dos… estas dos niñas fueron criadas por ella.

Thalia las crió sola, y consiguió hacer lo que yo jamás habría conseguido: las crió libres.

No oigo las risas, no estoy lo bastante cerca. Pero las veo. Y ver es un castigo que quema los ojos y desgarra el pecho.

Porque podría estar allí con ellas. Debería estar.

Thalia se mueve despacio, despreocupada, mientras recoge un juguete caído en la arena. Lleva el pelo más largo recogido arriba, dejando al descubierto la curva suave del cuello que un día toqué tantas veces.

Está bronceada, quizá un poco más delgada, pero lo que veo en ella es más profundo que cualquier cambio físico. Es la fuerza de quien aprendió a vivir sin mí. Es la mirada serena de quien tuvo que sobrevivir a una pérdida de la que no se vuelve con facilidad.

Está ahí. Entera. Independiente.

Y yo estoy aquí, mirando la vida que perdí antes incluso de que empezara.

Las dos niñas se plantan frente a ella y levantan los brazos pidiendo brazos. Ella las alza con facilidad, una en cada lado, riéndose mientras acomoda los cuerpecitos inquietos contra el suyo. Un gesto natural. Algo que nunca tuvo que aprender: siempre supo hacerlo.

Se me cierra la garganta. La emoción sube demasiado fuerte, demasiado pesada, imposible de controlar. El corazón me late tan alto que siento que podría delatarme.

Casi doy un paso adelante. Casi salgo de la sombra y voy hacia ellas. Casi tomo una decisión que quizá podría salvarme.

Pero no lo hago.

Me quedo donde estoy, inmóvil, incapaz de acercarme. Porque allí, a unos metros, está Thalia: mi oportunidad de redención. Y también está la posibilidad de no ser perdonado. La posibilidad de que ella me rechace del mismo modo en que yo la rechacé.

Respiro hondo, sintiendo el dolor absurdo de saber que podría enfrentarme a hombres peligrosos, decisiones difíciles y negociaciones multimillonarias sin dudar… pero no puedo enfrentarme a la mujer a la que eché de mi vida.

Sé pedir disculpas. Sé reconocer errores profesionales. Pero pedir perdón por algo que destruí dentro de mi propio corazón es un desafío que quizá no sobreviva.

Observo cómo empiezan a caminar hacia una casita más adelante: modesta, perfectamente cómoda, sin ningún lujo. Algo demasiado simple para alguien como yo, pero completamente coherente con la mujer que Thalia es.

Las veo alejarse despacio, hasta que la distancia empieza a crecer y pierdo los detalles de sus expresiones, la suavidad de sus gestos. La imagen se vuelve lejana y borrosa, manchada por las lágrimas silenciosas que me caen ahora por la cara.

Thalia entra en la casa con las niñas en brazos y la puerta se cierra detrás de ellas.

Me quedo solo de nuevo, incapaz de moverme.

El cuerpo no responde. La valentía se escurre, sustituida por un miedo absoluto a no ser perdonado nunca.

Porque Thalia está ahí. Mis hijas están ahí. Todo lo que perdí está a pocos metros… y yo no consigo alcanzarlo.

Y cuando por fin me muevo es para retroceder, alejándome despacio de la línea donde termina la sombra del árbol. Bajo hacia la carretera donde el coche que alquilé me espera, sin mirar atrás.

Aún no es el momento. Aún no sé cómo enfrentarlas. Aún no sé si tengo derecho a pedir perdón.

Pero ahora sé dónde están y, más que nunca, sé que mi vida entera dependerá de lo que haga a partir de aquí.

Paso los días siguientes discretamente hundido en Kassandria, viviendo casi como una sombra.

Me alojo en una pensión pequeña y discreta, lo bastante lejos para no ser visto, pero lo bastante cerca para observar con claridad cada detalle de la vida que Thalia reconstruyó. Me siento un maldito acosador, pero no puedo evitarlo.

Cada mañana me despierto antes del amanecer y camino hasta un punto apartado desde donde puedo verla sin ser percibido. Es casi un ritual doloroso, diario, inevitable.

No sé por qué sigo haciéndolo —quizá por miedo, quizá por esperanza, quizá solo por la necesidad de comprender lo que perdí.

Hoy no es distinto.

Estoy sentado en una cafetería pequeña, estratégicamente situada para vigilar una de las calles principales del pueblo, porque a las ocho en punto Thalia pasará por allí.

Pedí un café fuerte, pero no puedo beberlo. Mi atención está clavada en la acera de enfrente. Y, como si mis pensamientos la llamaran, aparece doblando la esquina.

Con una mano sostiene un bolso pequeño; con la otra, sujeta con firmeza la manita de cada una de las niñas, que caminan a su lado parloteando y riéndose.

Ariana y Theodora tienen el pelo rubio y largo, distinto al de su madre, oscuro. Andreas y Lysander también eran rubios de bebés.

Las niñas se mueven con una energía vibrante que reconozco al instante. Son mis hijas. Y no puedo apartar la mirada.

Quiero tanto saber cuál es Ariana y cuál es Theodora. Son idénticas. Van de uniforme y llevan lazos rosas en el pelo.

Observo cómo Thalia se detiene ante una tiendecita, habla un momento con la dueña. Sonríe tranquila, saluda, dice algo con esa calidez natural que siempre tuvo.

Las veo cruzar la plaza central, donde árboles antiguos dan sombra a mesas de piedra donde los mayores conversan en voz baja desde temprano.

Thalia saluda a cada uno con simpatía, intercambiando sonrisas y palabras breves antes de seguir hacia la parroquia local: un edificio claro y acogedor, rodeado de flores que parecen estar siempre ahí, indiferentes al paso del tiempo.

Se me encoge el pecho mientras la veo llevar a las dos pequeñas hasta el portón del colegio parroquial, junto a la iglesia, saludando discretamente a otras familias y a profesores que llegan a la vez.

La escuela es pequeña, simple y ordenada, y noto lo natural que le resulta moverse allí.

Thalia no deja a las niñas en la entrada, como hacen otros padres. Avanza por un pasillo lateral hasta la puerta de la guardería, donde otras maestras reciben a los más pequeños.

Mis hijas entran con confianza, le hacen un gesto y le sonríen antes de desaparecer por la puerta, con pasos apurados.

Thalia las observa unos segundos, asegurándose de que están bien, y luego se dirige a otra ala del edificio, saludando a alumnos

mayores con una sonrisa tranquila, acogedora; una sonrisa sin rastro visible del dolor que yo le dejé.

Me quedo sin aire mientras presencio esa rutina, esos minutos de vida que ella construyó aquí, lejos de mí. La escuela, los niños, la guardería de la parroquia: todo encaja, todo es de ella.

Ella trabaja allí. Lo constato con una mezcla de orgullo y culpa. Cada cosa que vi estos días ya estaba registrada en el informe de investigación que recibí incluso antes de llegar a Kassandria.

Pero verlo con mis propios ojos cambia el sentido de todo.

Thalia siguió adelante. Encontró un propósito. Creó una vida que no incluye mi presencia, que no necesita mi ayuda ni mi protección.

Y eso me golpea con una fuerza absoluta.

Vine esperando quizá verla vulnerable. Quizá sola.

No encuentro nada de eso.

Thalia está fuerte, integrada, feliz de un modo silencioso y sereno. Mis hijas crecen rodeadas de un amor que yo no supe dar, en una vida que no ayudé a construir.

Cuando Thalia desaparece dentro del edificio principal, suelto el aire que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo. El café se enfrió y mi cuerpo está tenso, exhausto de observar lo que perdí.

Pago rápido y me levanto. Camino despacio por las calles estrechas, con una emoción confusa apretándome la garganta.

Veo tiendas simples, casas pequeñas, jardines cuidados que ahora forman parte de su vida. Lugares donde yo nunca estuve, pero que Thalia eligió para llamar hogar.

Todo esto podría haber sido mío. Podría haber sido nuestro.

Pero ahora sé que nada de esto me pertenece.

Regreso a mi cuarto en la pensión con esa certeza clavada, sabiendo que mi camino aún no terminó, pero quizá yo nunca he empezado de verdad a entender todo lo que perdí.

Porque hoy vi con claridad que lo que Thalia construyó sin mí es más fuerte y más verdadero que todo lo que yo alguna vez logré construir con ella.

***

No sé por qué decidí acercarme más hoy. Durante días mantuve la distancia segura, asegurándome de estar lo bastante lejos para no ser visto.

Pero hoy algo me empujó hacia más cerca. Quizá fuera nostalgia, o quizá la valentía por fin empezara a empujarme hacia donde necesito ir.

Sentado en un banco apartado del pequeño parque infantil del pueblo, medio oculto por la sombra de un árbol antiguo, observo a mis hijas jugar en la arena. Sus movimientos son ligeros, distraídos, llenos de esa inocencia pura que yo todavía no conozco.

Thalia está cerca. Sentada en un banco más próximo, atenta pero relajada, hablando con otra mujer del pueblo que parece su amiga. Su sonrisa es natural, suelta. Y mientras la observo siento una punzada constante al saber todo lo que construyó lejos de mí.

De pronto, una de las niñas se levanta riéndose de algo que dijo su hermana y corre distraída hacia el tobogán. Lo veo antes de que ocurra: tropieza con sus propios pies y cae hacia delante de un modo torpe, demasiado peligroso para ignorarlo.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente consiga detenerme.

Me levanto demasiado rápido, cruzo el parque casi de un salto y, antes de que la niña golpee el suelo, mis brazos ya rodean su cuerpecito, protegiéndola.

Ella alza la vista, confusa, asustada apenas un segundo. Y por primera vez la veo de cerca, sin filtros, sin fotos de detectives.

Sus ojos son iguales a los de Thalia, grandes y curiosos, y su cara es una mezcla perfecta de los dos, con rasgos que reconocería incluso en los sueños más lejanos.

Se me anuda el corazón con un dolor feroz mientras la sostengo con un cuidado que ni sabía que existía en mí.

Oigo la voz familiar de Thalia detrás, llamando con urgencia mientras corre hacia nosotros. Se acerca deprisa, preocupada, sin darse cuenta de quién está ahí sosteniendo a su hija.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta, agitada, acercándose.

Thalia alza los ojos hacia mí al tiempo que alcanza a la niña, y el shock en su rostro es casi físico.

Sus pupilas abiertas se clavan en las mías por primera vez en más de tres años, y el tiempo se detiene.

Se queda inmóvil, congelada delante de mí, la mano aún en el brazo de la niña, incapaz de completar el gesto que empezó. Se me oprime el pecho y la respiración casi falla.

Ninguno habla al instante.

La gente alrededor parece desaparecer, dejándonos solos en un segundo que se estira hasta el infinito.

El corazón me late demasiado fuerte, demasiado doloroso, y lo único que puedo hacer es sostenerle la mirada y reconocer lo que me muestra con una claridad brutal: sorpresa, confusión… y un conflicto profundo.

Thalia inspira hondo, traga con dificultad y recupera el control. Sin decir una sola palabra, toma a la niña de mis brazos con cuidado, y yo la dejo ir, sin ofrecer resistencia.

La acomoda en su regazo, comprueba en un segundo si está bien, y vuelve a mirarme.

No se dice nada.

No se rompe el silencio.

Solo hablan nuestros ojos.

Por un instante pienso en decir algo, en pedir perdón, en suplicar que se quede un segundo más, que me deje explicar todo lo que por

fin comprendí.

Pero no lo hago.

Thalia sostiene a la niña con firmeza, aún frente a mí, con la respiración controlada, la mirada fija en mi cara, intentando comprender qué hago ahí.

—Alekos… —murmura al fin, en voz baja, como si pronunciar mi nombre exigiera más fuerza de la que tiene—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Se me aprieta el pecho con la pregunta. Doy un paso cuidadoso hacia ella, manteniendo la voz baja para no asustarla más.

—Necesitaba verte —respondo, con una sinceridad que duele—. Necesitaba…

Antes de terminar, una voz aguda resuena por el parque, urgente:

—¡Mamá!

Thalia se gira al instante hacia el grito, y veo cómo la preocupación le llena de nuevo el rostro. La otra niña está cerca del tobogán, con un juguete en la mano, y parece llorar.

—Perdona —dice Thalia deprisa, ya alejándose hacia ella—. Tengo que…

—Claro, claro —respondo, torpe, retrocediendo de inmediato—. Por favor.

Ella duda un segundo antes de irse, mirándome otra vez con una expresión que parece comprender algo que yo no sé nombrar.

Siento que necesito decir algo antes de que se vaya, y lo hago con una desesperación contenida que no consigo ocultar:

—Thalia… ¿podemos… hablar mejor después? ¿En otro momento? —pregunto, inseguro, sabiendo que no tengo derecho a pedírselo.

Parpadea y, poco a poco, su cara se suaviza.

—Claro. Apunta mi número —dice, sacando el móvil, abriéndolo y mostrándome la pantalla.

Lo guardo rápido en mi teléfono, con el corazón golpeando, mientras ella se guarda el móvil y se aleja para atender a nuestra hija.

Me quedo donde estoy, inmóvil, incapaz de apartar la mirada mientras se acerca a la segunda niña, la alza en brazos, acomoda a las dos con cuidado, las baja y les toma las manitas.

Thalia las conduce despacio fuera del parque.

Y yo me quedo ahí, mucho tiempo, mirando en silencio cómo se aleja, llevándose con ella a mis hijas… llevándose con ella lo poco que aún quedaba de esperanza dentro de mí.

67.

ALEKOS THEODORAKIS

Corren sobre la arena como si el mundo nunca hubiera sido cruel.

Estoy lejos, parcialmente oculto por la sombra de un pino solitario, en lo alto de una pequeña elevación que me permite ver toda la extensión de aquella playa diminuta y casi desierta. El corazón se me acelera al reconocer —aunque nunca las haya visto antes— a mis hijas. Mis niñas.

Ariana y Theodora. Ese fue el nombre que Thalia eligió para ellas.

El pelo de las dos pequeñas vuela con el viento, pegándose a la cara, enredado por la sal y por la risa. Juegan con una libertad que yo nunca experimenté, con una felicidad que no conozco.

Una de ellas tropieza; la otra se acerca enseguida, le tiende las manos para levantarla, y ambas se echan a reír mientras se recuperan.

Ninguna llora. Sonríen como si no conocieran otra forma de existir.

Y es exactamente eso lo que más me destruye.

Porque yo sé —fui yo quien enseñó a mis dos primeros hijos a callarse por miedo, a erguirse firmes y distantes, como me obligaron a aprender desde temprano. Yo los construí a la fuerza, con expectativas, presión y silencios.

Pero estas dos… estas dos niñas fueron criadas por ella.

Thalia las crió sola, y consiguió hacer lo que yo jamás habría conseguido: las crió libres.

No oigo las risas, no estoy lo bastante cerca. Pero las veo. Y ver es un castigo que quema los ojos y desgarra el pecho.

Porque podría estar allí con ellas. Debería estar.

Thalia se mueve despacio, despreocupada, mientras recoge un juguete caído en la arena. Lleva el pelo más largo recogido arriba, dejando al descubierto la curva suave del cuello que un día toqué tantas veces.

Está bronceada, quizá un poco más delgada, pero lo que veo en ella es más profundo que cualquier cambio físico. Es la fuerza de quien aprendió a vivir sin mí. Es la mirada serena de quien tuvo que sobrevivir a una pérdida de la que no se vuelve con facilidad.

Está ahí. Entera. Independiente.

Y yo estoy aquí, mirando la vida que perdí antes incluso de que empezara.

Las dos niñas se plantan frente a ella y levantan los brazos pidiendo brazos. Ella las alza con facilidad, una en cada lado, riéndose mientras acomoda los cuerpecitos inquietos contra el suyo. Un gesto natural. Algo que nunca tuvo que aprender: siempre supo hacerlo.

Se me cierra la garganta. La emoción sube demasiado fuerte, demasiado pesada, imposible de controlar. El corazón me late tan alto que siento que podría delatarme.

Casi doy un paso adelante. Casi salgo de la sombra y voy hacia ellas. Casi tomo una decisión que quizá podría salvarme.

Pero no lo hago.

Me quedo donde estoy, inmóvil, incapaz de acercarme. Porque allí, a unos metros, está Thalia: mi oportunidad de redención. Y también está la posibilidad de no ser perdonado. La posibilidad de que ella me rechace del mismo modo en que yo la rechacé.

Respiro hondo, sintiendo el dolor absurdo de saber que podría enfrentarme a hombres peligrosos, decisiones difíciles y negociaciones multimillonarias sin dudar… pero no puedo enfrentarme a la mujer a la que eché de mi vida.

Sé pedir disculpas. Sé reconocer errores profesionales. Pero pedir perdón por algo que destruí dentro de mi propio corazón es un desafío que quizá no sobreviva.

Observo cómo empiezan a caminar hacia una casita más adelante: modesta, perfectamente cómoda, sin ningún lujo. Algo demasiado simple para alguien como yo, pero completamente coherente con la mujer que Thalia es.

Las veo alejarse despacio, hasta que la distancia empieza a crecer y pierdo los detalles de sus expresiones, la suavidad de sus gestos. La imagen se vuelve lejana y borrosa, manchada por las lágrimas silenciosas que me caen ahora por la cara.

Thalia entra en la casa con las niñas en brazos y la puerta se cierra detrás de ellas.

Me quedo solo de nuevo, incapaz de moverme.

El cuerpo no responde. La valentía se escurre, sustituida por un miedo absoluto a no ser perdonado nunca.

Porque Thalia está ahí. Mis hijas están ahí. Todo lo que perdí está a pocos metros… y yo no consigo alcanzarlo.

Y cuando por fin me muevo es para retroceder, alejándome despacio de la línea donde termina la sombra del árbol. Bajo hacia la carretera donde el coche que alquilé me espera, sin mirar atrás.

Aún no es el momento. Aún no sé cómo enfrentarlas. Aún no sé si tengo derecho a pedir perdón.

Pero ahora sé dónde están y, más que nunca, sé que mi vida entera dependerá de lo que haga a partir de aquí.

Paso los días siguientes discretamente hundido en Kassandria, viviendo casi como una sombra.

Me alojo en una pensión pequeña y discreta, lo bastante lejos para no ser visto, pero lo bastante cerca para observar con claridad cada detalle de la vida que Thalia reconstruyó. Me siento un maldito acosador, pero no puedo evitarlo.

Cada mañana me despierto antes del amanecer y camino hasta un punto apartado desde donde puedo verla sin ser percibido. Es casi un ritual doloroso, diario, inevitable.

No sé por qué sigo haciéndolo —quizá por miedo, quizá por esperanza, quizá solo por la necesidad de comprender lo que perdí.

Hoy no es distinto.

Estoy sentado en una cafetería pequeña, estratégicamente situada para vigilar una de las calles principales del pueblo, porque a las ocho en punto Thalia pasará por allí.

Pedí un café fuerte, pero no puedo beberlo. Mi atención está clavada en la acera de enfrente. Y, como si mis pensamientos la llamaran, aparece doblando la esquina.

Con una mano sostiene un bolso pequeño; con la otra, sujeta con firmeza la manita de cada una de las niñas, que caminan a su lado parloteando y riéndose.

Ariana y Theodora tienen el pelo rubio y largo, distinto al de su madre, oscuro. Andreas y Lysander también eran rubios de bebés.

Las niñas se mueven con una energía vibrante que reconozco al instante. Son mis hijas. Y no puedo apartar la mirada.

Quiero tanto saber cuál es Ariana y cuál es Theodora. Son idénticas. Van de uniforme y llevan lazos rosas en el pelo.

Observo cómo Thalia se detiene ante una tiendecita, habla un momento con la dueña. Sonríe tranquila, saluda, dice algo con esa calidez natural que siempre tuvo.

Las veo cruzar la plaza central, donde árboles antiguos dan sombra a mesas de piedra donde los mayores conversan en voz baja desde temprano.

Thalia saluda a cada uno con simpatía, intercambiando sonrisas y palabras breves antes de seguir hacia la parroquia local: un edificio claro y acogedor, rodeado de flores que parecen estar siempre ahí, indiferentes al paso del tiempo.

Se me encoge el pecho mientras la veo llevar a las dos pequeñas hasta el portón del colegio parroquial, junto a la iglesia, saludando discretamente a otras familias y a profesores que llegan a la vez.

La escuela es pequeña, simple y ordenada, y noto lo natural que le resulta moverse allí.

Thalia no deja a las niñas en la entrada, como hacen otros padres. Avanza por un pasillo lateral hasta la puerta de la guardería, donde otras maestras reciben a los más pequeños.

Mis hijas entran con confianza, le hacen un gesto y le sonríen antes de desaparecer por la puerta, con pasos apurados.

Thalia las observa unos segundos, asegurándose de que están bien, y luego se dirige a otra ala del edificio, saludando a alumnos mayores con una sonrisa tranquila, acogedora; una sonrisa sin rastro visible del dolor que yo le dejé.

Me quedo sin aire mientras presencio esa rutina, esos minutos de vida que ella construyó aquí, lejos de mí. La escuela, los niños, la guardería de la parroquia: todo encaja, todo es de ella.

Ella trabaja allí. Lo constato con una mezcla de orgullo y culpa. Cada cosa que vi estos días ya estaba registrada en el informe de investigación que recibí incluso antes de llegar a Kassandria.

Pero verlo con mis propios ojos cambia el sentido de todo.

Thalia siguió adelante. Encontró un propósito. Creó una vida que no incluye mi presencia, que no necesita mi ayuda ni mi protección.

Y eso me golpea con una fuerza absoluta.

Vine esperando quizá verla vulnerable. Quizá sola.

No encuentro nada de eso.

Thalia está fuerte, integrada, feliz de un modo silencioso y sereno. Mis hijas crecen rodeadas de un amor que yo no supe dar, en una vida que no ayudé a construir.

Cuando Thalia desaparece dentro del edificio principal, suelto el aire que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo. El café se enfrió y mi cuerpo está tenso, exhausto de observar lo que perdí.

Pago rápido y me levanto. Camino despacio por las calles estrechas, con una emoción confusa apretándome la garganta.

Veo tiendas simples, casas pequeñas, jardines cuidados que ahora forman parte de su vida. Lugares donde yo nunca estuve, pero que Thalia eligió para llamar hogar.

Todo esto podría haber sido mío. Podría haber sido nuestro.

Pero ahora sé que nada de esto me pertenece.

Regreso a mi cuarto en la pensión con esa certeza clavada, sabiendo que mi camino aún no terminó, pero quizá yo nunca he empezado de verdad a entender todo lo que perdí.

Porque hoy vi con claridad que lo que Thalia construyó sin mí es más fuerte y más verdadero que todo lo que yo alguna vez logré construir con ella.

***

No sé por qué decidí acercarme más hoy. Durante días mantuve la distancia segura, asegurándome de estar lo bastante lejos para no ser visto.

Pero hoy algo me empujó hacia más cerca. Quizá fuera nostalgia, o quizá la valentía por fin empezara a empujarme hacia donde necesito ir.

Sentado en un banco apartado del pequeño parque infantil del pueblo, medio oculto por la sombra de un árbol antiguo, observo a mis hijas jugar en la arena. Sus movimientos son ligeros, distraídos, llenos de esa inocencia pura que yo todavía no conozco.

Thalia está cerca. Sentada en un banco más próximo, atenta pero relajada, hablando con otra mujer del pueblo que parece su amiga.

Su sonrisa es natural, suelta. Y mientras la observo siento una punzada constante al saber todo lo que construyó lejos de mí.

De pronto, una de las niñas se levanta riéndose de algo que dijo su hermana y corre distraída hacia el tobogán. Lo veo antes de que ocurra: tropieza con sus propios pies y cae hacia delante de un modo torpe, demasiado peligroso para ignorarlo.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente consiga detenerme.

Me levanto demasiado rápido, cruzo el parque casi de un salto y, antes de que la niña golpee el suelo, mis brazos ya rodean su cuerpecito, protegiéndola.

Ella alza la vista, confusa, asustada apenas un segundo. Y por primera vez la veo de cerca, sin filtros, sin fotos de detectives.

Sus ojos son iguales a los de Thalia, grandes y curiosos, y su cara es una mezcla perfecta de los dos, con rasgos que reconocería incluso en los sueños más lejanos.

Se me anuda el corazón con un dolor feroz mientras la sostengo con un cuidado que ni sabía que existía en mí.

Oigo la voz familiar de Thalia detrás, llamando con urgencia mientras corre hacia nosotros. Se acerca deprisa, preocupada, sin darse cuenta de quién está ahí sosteniendo a su hija.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta, agitada, acercándose.

Thalia alza los ojos hacia mí al tiempo que alcanza a la niña, y el shock en su rostro es casi físico.

Sus pupilas abiertas se clavan en las mías por primera vez en más de tres años, y el tiempo se detiene.

Se queda inmóvil, congelada delante de mí, la mano aún en el brazo de la niña, incapaz de completar el gesto que empezó. Se me oprime el pecho y la respiración casi falla.

Ninguno habla al instante.

La gente alrededor parece desaparecer, dejándonos solos en un segundo que se estira hasta el infinito.

El corazón me late demasiado fuerte, demasiado doloroso, y lo único que puedo hacer es sostenerle la mirada y reconocer lo que me muestra con una claridad brutal: sorpresa, confusión… y un conflicto profundo.

Thalia inspira hondo, traga con dificultad y recupera el control. Sin decir una sola palabra, toma a la niña de mis brazos con cuidado, y yo la dejo ir, sin ofrecer resistencia.

La acomoda en su regazo, comprueba en un segundo si está bien, y vuelve a mirarme.

No se dice nada.

No se rompe el silencio.

Solo hablan nuestros ojos.

Por un instante pienso en decir algo, en pedir perdón, en suplicar que se quede un segundo más, que me deje explicar todo lo que por fin comprendí.

Pero no lo hago.

Thalia sostiene a la niña con firmeza, aún frente a mí, con la respiración controlada, la mirada fija en mi cara, intentando comprender qué hago ahí.

—Alekos… —murmura al fin, en voz baja, como si pronunciar mi nombre exigiera más fuerza de la que tiene—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Se me aprieta el pecho con la pregunta. Doy un paso cuidadoso hacia ella, manteniendo la voz baja para no asustarla más.

—Necesitaba verte —respondo, con una sinceridad que duele—. Necesitaba…

Antes de terminar, una voz aguda resuena por el parque, urgente:

—¡Mamá!

Thalia se gira al instante hacia el grito, y veo cómo la preocupación le llena de nuevo el rostro. La otra niña está cerca del tobogán, con un juguete en la mano, y parece llorar.

—Perdona —dice Thalia deprisa, ya alejándose hacia ella—. Tengo que…

—Claro, claro —respondo, torpe, retrocediendo de inmediato—. Por favor.

Ella duda un segundo antes de irse, mirándome otra vez con una expresión que parece comprender algo que yo no sé nombrar.

Siento que necesito decir algo antes de que se vaya, y lo hago con una desesperación contenida que no consigo ocultar:

—Thalia… ¿podemos… hablar mejor después? ¿En otro momento? —pregunto, inseguro, sabiendo que no tengo derecho a pedírselo.

Parpadea y, poco a poco, su cara se suaviza.

—Claro. Apunta mi número —dice, sacando el móvil, abriéndolo y mostrándome la pantalla.

Lo guardo rápido en mi teléfono, con el corazón golpeando, mientras ella se guarda el móvil y se aleja para atender a nuestra hija.

Me quedo donde estoy, inmóvil, incapaz de apartar la mirada mientras se acerca a la segunda niña, la alza en brazos, acomoda a las dos con cuidado, las baja y les toma las manitas.

Thalia las conduce despacio fuera del parque.

Y yo me quedo ahí, mucho tiempo, mirando en silencio cómo se aleja, llevándose con ella a mis hijas… llevándose con ella lo poco que aún quedaba de esperanza dentro de mí.

68.

THALIA ESPERAKIS

La notificación sigue ahí, insistente y silenciosa, brillando en la pantalla del móvil como una provocación que ya no puedo ignorar.

No necesito abrir el mensaje para saber exactamente quién lo envió. Me sé ese número de memoria; conozco la secuencia que un día fue demasiado familiar como para olvidarla.

Alekos envió ese mensaje en el mismo instante en que me di la vuelta en el parque, con Ariana en un brazo y Theodora de la mano. En ese momento sentí la vibración en el bolsillo y, desde entonces, el mensaje permanece ahí, intacto, esperando que yo decida qué hacer con él.

Hace casi dos horas que lo intento, sentada sola en el sofá de la pequeña sala que aprendí a llamar hogar. Las niñas duermen tranquilas en el cuarto de al lado, agotadas después de un día lleno. La casa está en silencio, serena, tan distinta del tumulto interno que se apoderó de mí desde ese reencuentro inesperado.

El móvil descansa sobre la mesa baja y yo lo miro como si fuera algo peligroso. Como si, al tocarlo, pudiera activar algo a lo que no sé si tengo el valor de enfrentarme.

Tres años.

Hacía tres años desde la última vez que Alekos me miró a los ojos. Desde la última vez que oí su voz. Desde aquella noche en que me di la vuelta y me fui, embarazada y devastada, intentando recomponer lo que quedaba de la mujer que yo era.

Respiro hondo, sintiendo el peso de los años que han pasado. Ya no soy la misma Thalia que salió de la mansión aquella noche. No puedo serlo.

Soy madre ahora. Soy profesora, responsable de decenas de niños además de mis propias hijas. Aprendí a ser más fuerte, más

segura, más tranquila con mis decisiones.

Crecí mucho más de lo que imaginé posible, sola, durante noches en vela, con dos bebés en brazos al mismo tiempo, procurando que no sintieran la falta de algo que nunca conocieron.

Construí una vida aquí, en Kassandria. Una vida que no depende de la aprobación de nadie, que no necesita la protección de un hombre, porque aprendí a protegerme sola.

Y aun así… al verlo hoy, sentí que todo se derrumbaba otra vez.

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza, sintiendo que un dolor se me expande por el pecho. La imagen de Alekos sosteniendo a Ariana en brazos en el parque se repite en mi mente sin descanso. La expresión de su cara en ese instante era algo que yo nunca había visto en él: vulnerabilidad, miedo, arrepentimiento. Necesidad.

¿Por qué vino ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo? ¿Y por qué la verdad es que algo dentro de mí se sintió aliviado al verlo ahí?

Abro los ojos de nuevo, mirando el teléfono. Me tiemblan las manos cuando lo cojo despacio. El dedo se queda suspendido sobre el mensaje sin abrirlo, dudando todavía.

En estos tres años tuve que aprender muchas cosas difíciles, pero quizá la más difícil fue no vivir esperando el día en que Alekos volviera. Pero lo aprendí. Y ahora no sé qué hacer con su regreso.

Perdoné a Alekos hace mucho. Porque, de algún modo, tuve que aceptar que lo que me pasó quizá formaba parte de un plan mayor, uno que yo no comprendía por completo.

Dios no me abandonó ni siquiera en las noches más solitarias, ni siquiera cuando no conseguía ver el camino por delante. Dios estuvo conmigo todo el tiempo, llenando cada hueco que dejó Alekos cuando me dejó marchar.

Él me hizo fuerte. Él me sostuvo hasta aquí. Y por eso, incluso sintiendo este dolor otra vez, no puedo sentir rabia. Siento miedo,

dudas, inseguridad… pero no rabia.

Porque sé que, aunque Alekos no estuvo, Dios sí. Y lo sigue estando.

Por fin, con la respiración atrapada en el pecho, abro el mensaje. El corazón me late demasiado fuerte cuando las palabras aparecen ante mis ojos:

+30 694 123 4567: Thalia, necesito hablar contigo. Sé que no tengo derecho a pedirlo, pero por favor… solo te pido una conversación. Nada más.

Aprieto el móvil entre los dedos, sintiendo que una emoción poderosa y contradictoria me invade. Una mezcla de alivio y aprensión, algo que no sé nombrar del todo.

Me quedo mirando el mensaje un tiempo que parece infinito. Y, despacio, empiezo a escribir una respuesta breve. Simple. Directa.

Thalia: Podemos hablar mañana. Te enviaré mi dirección. Las niñas duermen siesta de 14:00 a 17:30. Cualquier hora en ese intervalo me va bien.

Thalia: Agios Nikolaos, 72, Chora Velha – Isla de Kassandria, 851 04 – Grecia

Lo envío antes de que la valentía me abandone otra vez. Suelto el móvil sobre el sofá y dejo caer la cabeza entre las manos, respirando hondo, luchando contra la angustia y la esperanza que se mezclan dentro de mí.

Pero la respuesta llega casi de inmediato.

+30 694 123 4567: ¿Puedo llegar a las 14:30?

Respiro hondo.

Thalia: Está bien. Hasta mañana.

+30 694 123 4567: Hasta mañana.

+30 694 123 4567: Y, Thalia

+30 694 123 4567: Lo siento. Por todo.

No consigo impedir que, de repente, las lágrimas me resbalen por las mejillas. Son demasiado rápidas.

Mañana, Alekos estará otra vez delante de mí. Mañana tendré que enfrentar todo de lo que vengo huyendo desde hace tres años. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que quizá no estoy preparada.

Pero tengo que estarlo.

Porque tal vez —solo tal vez— Dios me esté ofreciendo algo más de lo que creí posible volver a tener: una oportunidad de entender qué significó todo esto. Una oportunidad de cerrar por fin esta herida, sea cual sea el resultado.

Con la ansiedad cosquilleándome en las manos, cojo el móvil de nuevo y hago una llamada que no necesito pensar antes de realizar. Es casi instintivo.

La pantalla brilla suavemente mientras espero que atiendan la videollamada. No pasan más que unos segundos hasta que aparece el rostro sereno y familiar de la Madre Agnes, sonriendo con discreción al verme.

—Thalia, hija mía —dice al instante, y noto ese brillo suave de comprensión en sus ojos.

Detrás de ella, la hermana Clara se acerca deprisa y saluda con entusiasmo.

—¡Thalia! ¡Ay, cuánto tiempo sin ver esa carita! ¿Estás bien, hija?

No tarda en aparecer también la hermana Lucía en el encuadre. Su expresión seria se suaviza al verme, aunque sigue cuidadosamente preocupada.

—Hola —respondo con una voz que suena más frágil de lo que quisiera—. No sé muy bien cómo responder a eso.

Captan enseguida la tensión en mí y la expresión de la Madre Agnes cambia, más atenta.

—¿Ha pasado algo? —pregunta, mirándome con intensidad, como si ya supiera que hay algo importante.

Parpadeo despacio, eligiendo las palabras antes de hablar:

—Alekos está aquí, en Kassandria. Me encontró hoy, en el parque con las niñas. No tengo idea de cómo supo dónde encontrarme…

De pronto noto que la Madre Agnes aparta la mirada un instante. Frunzo el ceño y me quedo callada. La hermana Clara y la hermana Lucía se giran hacia la Madre y mi confusión crece.

La Madre Agnes suspira despacio y me mira directo a los ojos a través de la pantalla.

—Puede que yo sepa algo de eso.

—¿Algo… o todo?

—Solo algo. Yo lo busqué, Thalia. Y le llevé unos mechones de pelo de las niñas… que traje conmigo de la última visita que os hice.

Durante un segundo el silencio se adueña de la llamada. El corazón se me acelera y me invade una mezcla intensa y confusa: sorpresa, herida, gratitud, ansiedad.

—¿Tú… qué? —mi voz sale más débil, casi un susurro.

—Thalia, hija mía, no hice eso por Alekos. No lo hice por mí. Lo hice por ti y por tus hijas. Lo hice porque ya no podía verte cargar sola con un peso que no es tuyo. Si había una posibilidad, por pequeña que fuera, de traer un poco de alivio o de justicia para vosotras, tenía que intentarlo.

Trago con dificultad. Me arden los ojos mientras asimilo sus palabras. Sé que la Madre Agnes siempre hizo lo que creyó correcto, pero ahora no sé cómo manejar esta información.

—No sé qué hacer con esto —admito, con la voz temblorosa mientras intento contener la emoción—. Está aquí y no sé qué decirle. No sé qué espera, ni qué debería esperar yo de esta conversación. Estoy completamente perdida.

La hermana Clara se adelanta enseguida, con esa energía que siempre le vibra en la voz.

—Hija, escúchame bien. No tienes que decidir nada ahora. Has pasado por muchísimo estos últimos años. Criaste a tus hijas con amor, con fuerza, con dignidad. No dejes que su presencia te robe la paz.

—La hermana Clara tiene razón —añade la hermana Lucía—. No hay prisa. Primero escucha lo que tenga que decir. Escucha con el corazón abierto, pero no te sientas obligada a aceptar ni a perdonar nada antes de tiempo. Él tiene que entender que ahora eres tú quien necesita tiempo y espacio para procesarlo.

La Madre Agnes asiente despacio, reforzando esas palabras con serenidad.

—Tienes que entender que la decisión ahora es tuya. No tienes que dar respuestas inmediatas. No tienes que hacer nada que no quieras o sin pensarlo. Tú ya hiciste tu parte hace mucho.

Exhalo, sintiendo que la ansiedad empieza a ceder un poco.

—¿Y Ariana y Theodora? ¿Cómo actúo con ellas? No sé cómo protegerlas… no sé de qué protegerlas. No sé si tengo que protegerlas de algo.

—Sigue haciendo lo que siempre has hecho hasta ahora —responde la Madre Agnes con suavidad—. Ama a tus hijas, cuídalas. Esa es la mejor protección que puedes darles.

Asiento.

—Gracias. De verdad no sé qué haría sin vosotras.

—Nunca tuviste que averiguarlo —responde al instante la hermana Clara, con esa calidez que siempre me consuela.

—Y nunca tendrás que hacerlo —remata la hermana Lucía con firmeza.

La Madre Agnes sonríe a través de la pantalla, con una mirada que transmite la seguridad de quien siempre estará conmigo.

—Respira hondo, Thalia. Reza, calma tu corazón y confía en que Dios nunca te abandonó. Él está cuidando de esto también. Aquí estaremos siempre que nos necesites, todos los días, a cualquier hora.

Cuelgo sintiéndome más tranquila. La confusión sigue, pero ya no pesa como antes.

Porque, aunque no tenga todas las respuestas, tengo lo más importante:

La certeza de que nunca tuve —y nunca tendré— que enfrentar esto sola.

69.

THALIA ESPERAKIS

Mi reloj marca exactamente las 14:28 cuando oigo el timbre sonar suavemente en la casa. Lo llevo esperando desde que me desperté y, aun así, el corazón se me acelera.

Las niñas duermen y la casa está silenciosa y ordenada, cada juguete guardado con cuidado, como si hubiera intentado demostrarme a mí misma que todo está bajo control.

Respiro hondo antes de abrir la puerta.

Alekos está frente a mí, con una expresión que no consigo descifrar del todo. Está distinto a como lo recordaba, más serio, con una vulnerabilidad en los ojos que antes no era común en él. Un silencio breve se instala entre nosotros antes de que alguien hable.

—Hola, Thalia —murmura por fin, con la voz baja, respetuosa, casi insegura—. Gracias por recibirme.

Asiento despacio, apartándome para dejarle pasar.

—Pasa.

Entra con pasos lentos, mirando alrededor con cautela, quizá intentando entender algo de la vida que construí lejos de él. Señalo el sofá para que se siente.

—¿Te apetece beber algo? ¿Café, agua?

—No, gracias —responde rápido, sentándose con cuidado. Las manos descansan sobre las rodillas y noto la tensión que intenta ocultar.

Me siento frente a él, manteniendo una distancia que todavía no sé cómo atravesar. El silencio se alarga. Tenso. Hasta que él lo rompe.

—Pensé en este momento tantas veces estos últimos días que, ahora que estoy aquí… ni siquiera sé por dónde empezar.

Mantengo la mirada serena, pero por dentro soy una guerra.

—¿Qué tal por el principio? —sugiero—. La Madre Agnes te llevó el ADN de las niñas —afirmo con calma, sin juicio—. No fuiste tú exactamente quien decidió buscarme.

Él aparta la vista un segundo, avergonzado por la verdad.

—Es cierto. No habría venido si ella no me hubiera demostrado que estaba equivocado. No habría encontrado el valor de admitirlo solo. También lo reconozco.

Me quedo callada un instante, asimilando su sinceridad, luchando contra la mezcla de emociones que me crece dentro.

—¿Por qué viniste, Alekos? ¿Qué esperas ahora?

Baja la cabeza, como si necesitara aire para seguir. Luego alza los ojos, y lo que veo ahí me desarma: no es arrogancia. No es orgullo. Es miedo. ¿A qué?

—Cuando te fuiste… —empieza, y la voz le falla— yo quise creer que era solo otra herida. Que dolería un tiempo y luego seguiría adelante. Siempre fui bueno haciendo eso. Cerrarme, ignorar, continuar. Pero esta vez…

Pausa. Cierra los ojos, aprieta la mandíbula. Cuando vuelve a hablar, la voz está más ronca.

—Esta vez no pasó. Porque no solo te perdí a ti. Perdí a los hijos que aún no conocía. Perdí a los dos que tú me enseñaste a amar. Perdí todo lo que… todo lo que nunca creí que tendría.

Traga saliva.

—Yo creí que te había visto, Thalia. Creí que sabía quién eras. Pero, en el fondo, estaba luchando contra algo dentro de mí, no contra ti. Contra lo que yo sentía. Porque si aceptaba aquello… si de verdad creía que me amabas, que me elegías… eso significaba que

todas las personas que me negaron antes estaban equivocadas. Y que yo pasé la vida creyendo en una mentira.

Se me cierra la garganta. Él sigue.

—Yo me crié en un mundo donde nadie es fiable. Donde incluso los lazos de sangre son contratos comerciales. Donde el amor es una amenaza. Y cuando me dijiste que estabas embarazada… —sonríe con tristeza— eso me rompió de una forma que nunca admití. Porque lo único que quería era que fuera verdad. Pero todo lo que conocía decía que no podía serlo.

Se pasa la mano por la cara.

—Y entonces hice… lo que me enseñaron. Ataqué. Acusé. Herí. Porque si hería primero… quizá doliera menos cuando te fueras.

Tengo los ojos húmedos, pero no dejo que se me escape una lágrima. Está desnudo delante de mí. Sin escudo. Sin defensa.

—Pero tú no te fuiste —dice—. Yo te eché. Con cada palabra, con cada mentira que inventé para no tener que mirar de frente mi propia culpa. Y aun así… tú me perdonaste.

Hago el gesto de hablar, pero él alza la mano, pidiendo seguir.

—Me aprendí tu carta de memoria. Cada vez que sentía que no iba a aguantar, releía esa parte… esa parte en la que dices que no te sorprendió. Porque nadie nunca te eligió.

Traga saliva, con los ojos vidriosos por primera vez.

—Thalia, tú necesitabas haber sido elegida. Por alguien. Por mí. Y yo… —niega despacio, como si todavía no se perdonara— yo no solo no te elegí. Te expulsé. Y no hay excusa en el mundo que cambie eso.

Silencio.

—No estoy aquí porque crea que merezco una segunda oportunidad —continúa—. Estoy aquí porque por fin entendí el tamaño del destrozo que causé. Y no quiero fingir que puedo arreglarlo. Pero si tú… si tú me permites estar cerca de nuestras

hijas, aunque sea poco, aunque sea como un extraño… te juro que pasaré el resto de mi vida intentando que ellas nunca se sientan como tú te sentiste.

Ahora ya no puedo contener las lágrimas. Me caen sin ruido. Él las ve. Pero no se acerca. Solo baja la vista, como si supiera que ya hizo demasiado daño.

—No me debes nada, Alekos —murmuro con dificultad—. Pero… son tus hijas. Y tienes derecho a conocerlas.

Alza la mirada, sorprendido.

—Gracias —dice, con la voz rota—. Te juro que lo honraré.

Nos miramos un largo instante y, por primera vez desde que volvió… hay verdad en nuestros ojos. No la verdad que uno vio en el otro, sino la verdad que ambos cargamos: marcada, sufrida, pero viva. Y eso, quizá, sea el primer paso.

—Yo no me he perdonado —dice él, con la voz cargada de algo que no es solo dolor. Es culpa. Raíz profunda. Vieja—. Eso… —pausa. Baja la mirada. Entrelaza las manos entre las rodillas, como si se contuviera—. Eso nunca voy a conseguirlo.

Se me oprime el pecho, pero mantengo la mirada firme. Porque ahora entiendo. No está pidiendo redención. Está confesándose. Como un hombre que no espera cura, pero necesita decir en voz alta la extensión de su enfermedad.

Respiro hondo.

—No siempre entiendo los planes de Dios, Alekos —digo, y las palabras me salen bajas, pero no frágiles—. Pero confío en ellos. Siempre confié.

Me mira despacio. Hay algo nuevo: un sobresalto, un espejo.

—Lo que pasó… no fue justo —sigo—. No fue bueno. Pero aun así fue lo que pasó. Y si Dios permitió que pasara, aunque yo no lo entienda ahora, creo que Él todavía va a usar esto para hacer nacer algo bueno de todo.

Alekos aprieta los labios y por un segundo creo que va a decir algo. Pero no. Solo asiente. Una vez. Lento. Como si fuera la única respuesta posible para alguien que aún está aprendiendo lo que significa confiar.

—Eres demasiado buena para este mundo, Thalia —dice, y yo niego con la cabeza.

—No lo soy. Soy humana, Alekos. Me equivoco, como todos. Solo… —aparto la mirada y dos lágrimas me resbalan. Respiro hondo —. Intento hacer lo mejor que puedo.

El silencio que se instala entre nosotros ya no es hostil. Es triste. Pero es… pacífico.

Hasta que ya no puedo posponerlo.

Aprieto los dedos sobre el regazo y suelto la pregunta que me está corroyendo desde que abrí esa puerta.

—¿Y… los niños?

Me sale más débil de lo que quisiera. Más cruda de lo que planeé. Pero es sincera.

Alekos alza la vista. El gesto se le suaviza. Saca el móvil del bolsillo de la chaqueta con lentitud, como si abriera un relicario.

—Están bien —responde, desbloqueando la pantalla—. Han crecido tanto que a veces me asusto. Andreas todavía quiere ser astronauta. Lysander ahora dice que va a ser "dueño de un acuario gigante".

Sonrío, pero me arden los ojos. Alekos se acerca un poco y gira el móvil hacia mí.

Es una foto simple: los dos en bañador, en el muelle de madera de Aletheia, riéndose. Andreas con el pelo mojado pegado a la frente; Lysander con un bote de pompas de jabón en la mano.

Y, de pronto, ya no veo con nitidez.

—Ellos… —intento decir algo, pero la voz se quiebra. Las lágrimas desbordan, silenciosas, sin control—. Están tan grandes…

Alekos baja el móvil, pero no lo guarda. Solo me mira.

—Siguen hablando de ti —dice, en un tono ronco, casi inaudible —. Todo el tiempo.

Parpadeo rápido, intentando frenar el llanto, pero él continúa:

—Yo les quité… —la voz le falla. Aspira hondo, pero el aire parece atorado—. No sé si algún día voy a dejar de encontrar razones para pedirte perdón.

Esa frase me atraviesa. No necesita decir más. Yo lo sé. Él lo sabe. Y tal vez sea precisamente el hecho de que lo sepa lo que me rompe otra vez.

Pero no respondo. No aún.

Bajo la mirada y dejo que el silencio diga lo que las palabras no pueden cargar. Me seco la cara con la manga. Aún tengo el móvil en las manos; la imagen de los niños está grabada en mi retina. El tiempo hizo cosas en ellos. Y también en mí.

Alzo la vista y me encuentro con los ojos de Alekos.

—No necesitas formar parte de la vida de ellas como un extraño, Alekos. Como un observador —declaro, sabiendo que, por más que me afecte, es lo correcto.

—¿No? —pregunta, abriendo ligeramente los ojos; la voz se le quiebra al final de esa palabra pequeña.

—No —confirmo, asintiendo también—. No sé exactamente cómo hacerlo, pero voy a hablar con la psicóloga del colegio. Es amiga mía. Voy a averiguar cuál es la mejor forma y fijamos un momento para que las conozcas —respondo simple. Sin dramatismo. Sin vacilar—. Les vas a gustar.

Veo cómo se le tensan un poco los ojos, como si quisiera preguntarme por qué me resulta tan fácil conceder eso. Pero no lo pregunta. Y eso, en sí mismo, dice mucho.

—Gracias —dice al fin.

Y es la primera vez que le oigo esa palabra con un peso que parece más antiguo que este momento. Un gracias que no es solo por hoy. Es por todo lo que estoy permitiendo ahora, incluso después de todo.

Me levanto despacio, marcando el fin de la conversación. Él imita el gesto.

—¿Cuándo te vas? —pregunto, más por necesidad práctica que por interés.

—No me voy. Todavía no. No tengo planes de irme por ahora.

—De acuerdo.

—Gracias, Thalia. De verdad.

—No estoy haciendo esto por ti, Alekos. Lo hago por las niñas. Por su paz… y por la mía.

Él sostiene mi mirada un segundo más de lo que debería. No como quien cuestiona, sino como quien entiende.

Luego se aparta con un gesto breve, respetuoso, dejando tras de sí un rastro silencioso de algo que aún no tiene nombre, pero que empieza a ocupar espacio en el aire entre nosotros.

Cuando la puerta se cierra, me permito respirar más hondo y mirar al cielo.

—Dame fuerzas, Dios. Las necesito. Te necesito.

70.

ALEKOS THEODORAKIS

El portón de madera clara se abre con un crujido suave cuando Thalia descorre el pequeño pestillo interior.

—Están en el patio —avisa. No sonríe, pero su mirada es serena. Demasiado serena. Como si hubiera entrenado cada gesto para no

mostrar lo que siente.

Asiento. No sé qué esperaba, pero sea lo que sea… no está aquí.

En una mano llevo un pequeño ramo de margaritas silvestres. En la otra, dos muñecas artesanales de tela, cosidas a mano, elegidas con el mismo cuidado con el que firmaría un contrato de diez dígitos.

Thalia me deja espacio para entrar, y lo hago con el corazón latiéndome más alto de lo que me gustaría admitir. El suelo bajo mis pies parece irregular. No por estar mal hecho, sino porque mi eje está roto.

Doy unos pasos hasta verlas.

Dos niñas pequeñas, de pelo castaño oscuro y pies descalzos, juegan con una cesta de bloques de colores en un rincón del jardín. Una lleva un lazo rosa torcido en lo alto de la cabeza. La otra se muerde la punta del vestido mientras apila piezas con la concentración de una ingeniera en miniatura.

Me detengo por instinto. No digo nada. No me muevo.

Thalia se queda a mi lado en silencio también. No hay presentaciones. No hay protocolos. Solo la realidad desnuda entre nosotros: esas son mis hijas. Y yo soy el extraño al que no conocen.

Respiro. Me agacho hasta su altura, despacio, como si cada gesto necesitara aprobación de una fuerza invisible.

—Ariana… Theodora… —las llama Thalia con suavidad.

Las dos alzan los ojitos hacia nosotros.

La del lazo me mira con una intensidad que un adulto no soportaría. La otra se pega al hombro de su hermana.

Se parecen tanto a Andreas y Lysander que duele.

—Esta es Ariana —dice Thalia, señalando a la del lazo—. Y esta es Theodora —continúa, señalando a la otra.

—Hola —digo. La voz me sale más baja de lo que quisiera. Trago saliva—. Traje una cosa.

Les ofrezco las muñecas con cuidado. La tela descansa en mis manos como un gesto de paz.

Ninguna se acerca enseguida, pero tampoco llora. Y eso me rompe un poco por dentro. Porque, aunque me extrañen, me miran. Me miden. Como si supieran que estoy aquí… pero aún no decidieran qué hacer con eso.

Tras unos segundos, Ariana se mueve primero. Se acerca. Pasos cortos, dudosos. Ojos demasiado grandes para esa cara tan pequeña.

Se detiene delante de mí, mira la muñeca… y la ignora.

Lo que hace después me desarma.

Inclina la cabecita, fija la mirada en algo que asoma de mi bolsillo. Bajo los ojos y descubro la cadena del crucifijo de Thalia —ese que llevé conmigo todos los días durante tres años— colgando por fuera. Debe de haberse salido cuando me agaché.

Los dedos delicados de Ariana tiran despacio del metal hasta sacar el cordón entero. Y lo hace con un cuidado que ninguna niña debería saber tener.

Sostiene el pequeño objeto entre los dedos, lo gira, observa cómo la luz se refleja en el metal. Se le iluminan los ojos.

—Cuz… —susurra y mira a su madre—. Cuz, mamá.

Thalia da un paso al frente y se agacha a su lado. Tiene los ojos apenas húmedos.

—Sí, mi amor. Es una cruz —confirma, con la voz apretada.

Ariana le tiende el crucifijo para devolvérselo, pero Thalia no lo coge.

—Enséñaselo a Dôa —le pide.

Ariana obedece sin dudar.

Theodora se acerca despacio, chupándose el dedo, y toca la cruz con la otra manita. Hace una mueca divertida cuando el metal frío

roza la piel, pero no se aparta. Al contrario: agarra la cadena y la balancea en el aire como si fuera un péndulo.

—Luzi… —dice, señalando el reflejo de luz que baila en el suelo de piedra.

Es el tipo de detalle que solo un padre notaría.

Y yo lo noté.

El corazón me late un poco más despacio ahora. Un poco. Pero no duele menos.

Thalia extiende la mano, con cuidado, y recupera el crucifijo.

No dice nada. Solo lo sostiene un instante, los ojos clavados en ese símbolo pequeño como si fuera el ancla del presente y el recuerdo de lo que no vuelve.

—No imaginé que aún lo tuvieras —dice al fin, y alza la mirada hacia mí.

—Nunca podría deshacerme de él. Estuvo conmigo todos los días desde que me lo diste.

—¿Por qué? —pregunta con esa honestidad cruda que siempre fue suya.

—Porque era el único pedazo de ti al que todavía podía acceder. Aunque doliera llevarlo, no pude hacer otra cosa.

Me mira durante lo que parece una eternidad y asiente.

—¿Lo quieres de vuelta? —pregunto.

Ella sonríe, pero es una sonrisa triste.

—No funciona así —responde, toma mi mano y deja el collar en el centro de mi palma.

La comprensión de lo que de verdad significa esa frase me comprime el pecho.

Thalia mira las muñecas que aún sostengo.

—Ellas prefieren cochecitos —me explica, y se me levantan las cejas.

—Fue mi primer impulso —admito—. Pero después… pensé que era solo costumbre.

—Quizá lo era —se encoge de hombros—. Quizá no.

—Lo tendré en cuenta.

Asiente y los dos volvemos la atención a las niñas, que ya han regresado al rincón del jardín y juegan como si nada hubiera pasado.

Como si yo ya fuera parte del paisaje.

Como si no acabaran de desmontarme por dentro con tres palabras mal pronunciadas y un toque demasiado pequeño para el tamaño de la culpa que llevo.

Las observo en silencio, hasta que Thalia se incorpora y dice:

—Necesitan descansar antes de comer.

—Claro —respondo, tragando saliva—. Gracias por permitir esto.

Ella duda un instante. Luego:

—¿Tienes planes para mañana?

Alzo el rostro, sorprendido.

—No —respondo con sinceridad—. Bueno… solo los que tú me permitas tener.

Thalia esboza una sonrisa leve. Un gesto mínimo, casi imperceptible, pero que abre una grieta en el muro entre nosotros.

—Por la mañana suelo llevarlas a la playa. Solo una hora o dos, antes de que el sol apriete.

—¿Puedo ir? —pregunto sin pensar y enseguida bajo la mirada—. Si no es un problema, claro.

—No es un problema —dice—. Pero tampoco es una obligación. Solo… a las ocho. Si quieres.

Levanto la vista y ella ya se está agachando para recoger a las niñas.

Ariana se resiste un poco: estira el bracito hacia la muñeca que aún está a mi lado. Se la acerco y ella la agarra con una sonrisa breve y un «mía» posesivo.

Thalia suspira bajito. Carga a Theodora, toma de la mano a la otra y empieza a alejarse.

Yo me quedo allí.

Sentado en el suelo.

Al menos uno de los regalos rechazados, ahora aceptado. El padre rechazado, quizá, siendo considerado.

Y esto solo es el principio.

***

—¡Papá! —grita Andreas incluso antes de que la imagen se estabilice.

—¡Has tardado! —protesta Lysander, con los brazos cruzados.

—Tardé dos minutos —respondo, esbozando una sonrisa leve mientras me acomodo en el sillón—. ¿Estabais contando el tiempo?

—Estábamos peleándonos —admite Andreas con naturalidad—. Y entonces el tiempo pasó más rápido.

—Qué bien saberlo —murmuro, y se ríen.

Están en el cuarto que decidieron compartir oficialmente el año anterior. Detrás veo los pósteres de fútbol, los libros del cole abiertos y la mochila de uno tirada en el suelo. Todo igual que lo dejé. Y, a la vez… distinto. Porque yo no estoy allí. Y ellos lo notan. Siempre lo notan.

—¿Vas a estar mucho tiempo fuera? —pregunta Lysander, sin rodeos.

Trago saliva antes de responder. La verdad sigue siendo una pared que no sé atravesar.

—Unos días más, sí. Pero en cuanto vuelva… —hago una pausa, midiendo cada sílaba— necesito hablar con vosotros. Hay algo importante que quiero contaros. En persona.

Se miran. Esa mirada silenciosa que solo los gemelos entienden.

—Vale —contesta Andreas por los dos—. ¿Pero es algo bueno?

Casi sonrío. Casi.

—Es… difícil de explicar. Pero tendrá sentido.

—Si tiene que ver con el cole, prefiero que se lo cuentes a Lysander primero —provoca Andreas.

—¡Eh! —protesta su hermano.

—O si es castigo —sigue Andreas—. Díselo a él primero también.

—No es castigo —interrumpo, más bajo—. Es… solo importante.

Asienten despacio. Y cambian de tema con la misma facilidad de siempre, porque aún no saben qué esperar. Aún no conocen la parte de mí que también puede dolerles.

Hablamos del colegio, de los exámenes que se acercan, del viaje de fin de trimestre, del campeonato de fútbol.

—Nuestro equipo ganó ayer —presume Andreas.

—Por mi pase —rebate Lysander, hinchando el pecho.

—Por mi gol —replica Andreas.

—Gol sin pase no existe.

—Pase sin gol es solo intento.

—Ya basta —digo, riéndome por primera vez en días—. Repartíos el mérito. Y a ducharos.

—¡Solo cinco minutos más! —piden al unísono.

Los miro —idénticos y únicos— y pienso en cómo les diré la verdad cuando llegue el momento. Pienso si me escucharán. Si me perdonarán. Si entenderán que fui yo… quien la sacó de sus vidas.

—Os quiero —digo, simple. Sin adornos.

—Nosotros también te queremos —contesta Lysander sin dudar.

—Pero si la noticia es que vas a traer un perro, preferimos dos tortugas —añade Andreas, y no consigo contener la risa.

Cuelgo después de unas bromas más y me quedo mirando la pantalla encendida del portátil, que ahora solo muestra un paisaje bonito.

Las tortugas, el fútbol, el cole… todo eso va a cambiar. Pronto.

Y aún no sé si estoy listo.

71.

ALEKOS THEODORAKIS

La casa de al lado de la suya es más pequeña de lo que estoy acostumbrado, pero es exactamente lo que necesito.

No hay mármol en las encimeras, ni ascensores, ni pasillos largos que separan a la gente por conveniencia. Solo paredes claras, muebles de madera clara y el sonido constante del mar.

Recuerdo la primera vez que vi esta casa. No por la fachada, sino por la ventana del piso de arriba de la casa de Thalia. Estaba oscureciendo y la luz del dormitorio central parpadeaba.

Coloco las dos tronas nuevas junto a la mesa de la cocina y acomodo los cojines con una incomodidad extraña. Nunca había pensado en la comodidad de los niños. No de este tipo.

Las dos cunas están montadas —montadas por mí, con la ayuda de un manual inútil y un tutorial de YouTube—. Una tiene conejitos grises; la otra, estrellas azules. Me pareció tierno. Quizá idiota. Quizá demasiado acertado. No lo sé. No importa.

También compré dos pijamas idénticos y tres libros infantiles sobre dinosaurios —los tres con el mismo dinosaurio en la portada. No supe elegir.

En la estantería del salón puse dos marcos nuevos. Vacíos. Aún no tengo fotos con ellas. Pero las tendré.

Después de convivir con Ariana y Theodora durante dos semanas completas, hay una certeza: no puedo vivir sin ellas.

Y si, para estar cerca, tengo que reorganizar mi vida entera, lo haré. Quizá no sea justo para Andreas y Lysander, pero es un mal necesario. Y sé que lo entenderán. Aún son demasiado pequeños para comprender la mente de los adultos, pero son listos y generosos.

Abro el portátil. En el historial del buscador: «cómo ganarse la confianza de niñas de dos años», «mejores actividades para padres con hijas pequeñas», «libros infantiles sobre paternidad». Páginas y páginas que no tienen todas las respuestas, pero al menos me ayudan a… empezar.

Desplazo la pantalla con calma hasta una web de ropa infantil. Las fotos muestran vestidos diminutos, pantalones de colores, camisetas con lentejuelas y animales sonrientes. Pero no sé qué comprar. No sé las tallas. No sé si les gusta el rosa, el azul o ninguno.

Me llevo la mano al bolsillo del pantalón. El crucifijo sigue ahí. Cierro los ojos y respiro hondo. Elijo varias prendas de tallas diferentes después de investigar qué tallas de ropa y zapatos suelen usar las niñas de dos años.

Si no les queda, puedo donarlo. Pero quiero que mis hijas tengan un hogar en mi casa también, dondequiera que ella esté.

Cunas y ropa no son gran cosa, pero me dieron una segunda oportunidad y voy a aferrarme a cada detalle pequeño de ella.

***

Espero.

Es lo que he estado haciendo desde que llegué a Kassandria. Cada paso ha sido eso: esperar. Esperar el momento adecuado, la rendija, el permiso silencioso de Thalia para acercarme.

La luz de la mañana entra por la rendija de la cortina, dibujando líneas rectas en el suelo de la casa nueva. Llevo más de diez minutos de pie junto a la puerta, con la mirada clavada en la mirilla. No por desconfianza. Por ansiedad.

Sale a las 7:38 todos los días. Sola, con las niñas de la mano —dos bolitas de energía con mochilas diminutas a la espalda—. Hoy no es diferente. La puerta de la casa de Thalia se abre y ahí está ella,

agachándose para ajustar las tiras de las sandalias de Theodora y luego acomodando el gorrito de Ariana.

Abro la puerta antes de que mi mente tenga tiempo de dudar.

—Thalia —digo con un cuidado ensayado, saliendo despacio.

Se gira. La sorpresa se le nota en los ojos, pero no hay hostilidad.

—Alekos —responde, incorporándose con delicadeza. Las niñas ya se alejan hacia el portón, intercambiando risitas.

—¿Puedo… puedo llevarlas hoy? —pregunto antes de que se me escape el valor—. A la guardería. Pensé que tal vez…

Me interrumpe con una sonrisa suave y ladea apenas la cabeza.

—Yo trabajo en la guardería. Ya estaré allí.

No hay dureza en su respuesta. Solo información. Un límite amable.

Asiento, descolocado. Lo sabía, claro. Pero quería participar en algo. En cualquier cosa.

—Claro. Claro, lo sé. Fue una idea idiota —murmuro, apartando la mirada, apretando los dedos en el bolsillo. El crucifijo ahí, como siempre.

Ella ve mi incomodidad y, con un gesto pequeño —uno que carga un mundo—, da un paso más cerca.

—Pero… —añade, y se le iluminan los ojos un instante— hoy dejaré el coche en el taller. Iba a volver en taxi. Si quieres recogerlas después, a las cinco, me ayudarías.

Parpadeo.

—Sería un honor.

—Entonces quedamos así. A las cinco. Te esperaré en la puerta lateral.

—Allí estaré.

Ella sonríe con delicadeza. Luego alza la mano para saludar a las niñas y sigue su camino con pasos firmes, mientras ellas corren hacia el coche sin saber que ese fue el primer pedazo de un espacio que quizá vuelva a ser nuestro… un día a la vez.

Me quedo quieto, viéndolas subir al coche y marcharse hasta desaparecer en la curva.

Solo mucho después vuelvo adentro.

Cinco de la tarde.

¿Por qué tengo la sensación de que hoy va a ser medianoche antes de que lleguen las cinco?

***

Llego veinte minutos antes.

El coche está limpio. Las sillitas, bien instaladas en el asiento trasero. Pasé toda la mañana asegurándome de que todo estuviera perfecto, como si la precisión de los detalles me hiciera más digno de ese momento.

Aparco a la sombra de un almendro y apago el motor. El portón lateral de la parroquia todavía está cerrado, pero ya oigo voces infantiles al otro lado: risas, un llanto breve, canciones lejanas.

Me sudan las manos en el volante.

Miro el móvil. Ningún mensaje nuevo.

Ajusto el retrovisor, me arreglo el cuello de la camisa… y en seguida siento lo ridículo del gesto. Tienen dos años. Les da igual un cuello bien planchado. Pero a mí no me da igual. Porque no intento impresionarlas solo a ellas. Intento demostrarme algo a Thalia. A mí mismo.

A las 17:03, la puerta lateral de la guardería se abre. Empiezan a salir niños pequeños, algunos en brazos de maestras, otros corriendo con mochilas más grandes que ellos.

Thalia aparece poco después, con el pelo recogido, un pañuelo claro anudado al cuello. Las niñas vienen detrás, sujetando cada una la tira de la mochila de la otra como si fuera la cuerda de un tren.

Salgo del coche y abro la puerta trasera. Thalia, al verme, se acerca sin prisa. No sonríe, pero tampoco está tensa.

—Están con sueño, pero de buen humor —dice, y el tono es casi… familiar.

—Gracias —respondo, notando que la voz me tiembla.

Ariana sube primero, con esa decisión que solo un niño sabe dosificar. Theodora se distrae con el cierre de la mochila. Thalia se agacha para ayudarla.

—Listo, cariño —susurra. Luego se incorpora—. Yo me voy andando. El coche estará en el taller hasta el final de la tarde. ¿Puedes quedarte con ellas hasta que venga a buscarlas?

—Puedo llevarte —ofrezco sin pensar—. O… recogerte más tarde, si quieres.

Ella duda.

—Quiero caminar un poco. Me viene bien. Pero gracias.

Asiento, respetando el límite implícito. Thalia abrocha el cinturón de la última sillita con precisión y, cuando se aparta, nuestras miradas se encuentran.

Por un instante, todo es silencio.

La vida alrededor sigue: coches, gritos en el patio… pero nosotros quedamos atrapados en ese segundo.

—Hablé con los niños hoy —comento, intentando llenar el aire, y enseguida me arrepiento. No es el momento. No aquí.

Pero ella no parece incómoda.

—¿Están bien?

—Sí. Mandaron saludos. Andreas me dijo que está preparando un truco nuevo para su cumpleaños.

Ella sonríe, mínimo.

—¿Todavía hace eso?

—Todos los días.

Le bajan los ojos. Es todo lo que dice. Y basta para hacerme querer arrancarme el pecho.

—¿Y… ellos saben? —pregunta al cabo de un momento. La pregunta se queda flotando, demasiado pesada.

—Aún no. No… quiero hacerlo por teléfono.

Asiente. Entiendo que lo comprende.

—Gracias, Thalia. De verdad.

Ella sostiene mi mirada con firmeza, pero la voz es suave.

—Ya te dije que no necesitas darme las gracias por todo.

Niego, contenido.

—Sí necesito. Sí que necesito —respondo.

Suspira y se gira para irse.

La veo alejarse con la imagen de la mujer que destruí… y que, aun así, insiste en ser paz para quien fue su peor guerra.

Me quedo quieto hasta verla desaparecer entre las calles. Luego conduzco hasta la manzana siguiente. Solo entonces me doy cuenta de que olvidé respirar.

***

El cielo conserva tonos pálidos de gris cuando aparco en el mismo sitio de siempre. La marea está baja y el viento del sur trae humedad suficiente como para pegar arena al bajo del pantalón.

Por tercer domingo seguido estoy aquí. No porque ella me invite, sino porque no me lo impide. Me invitó la primera vez y, las otras, simplemente aparecí.

Thalia llega con las niñas unos minutos después, como siempre. Van de la mano, descalzas. Ariana lleva un cubo rosa; Theodora, una pala azul. Thalia carga una bolsa donde ya sé que hay agua, toallas, fruta cortada. Y el mundo entero.

Me ve. No sonríe, pero asiente apenas.

—Buenos días —digo, acercándome.

—Buenos días.

Las niñas ya corren hacia el agua. Thalia las sigue, también descalza, el vestido ligero moviéndose con la brisa.

Yo me quedo a unos pasos. Mirando.

Así ha sido durante tres semanas. Observo más de lo que participo. Hablo aún menos. Y, aun así… cada segundo me destroza.

Porque verla en ese escenario simple, cotidiano, con nuestras hijas corriendo libres a su alrededor, me muestra todo lo que perdí. Todo lo que tiré. Todo lo que ella construyó… sin mí.

Ariana vuelca el cubo y el agua se esparce por la arena. Grita, frustrada. Thalia se agacha, limpia, calma. Theodora aparece y le ofrece una flor diminuta arrancada de algún matorral junto al mar. La escena parece de un sueño.

Y yo… me quedo quieto, intentando contener lo que se me desborda, salvo que el universo parece tener otros planes.

Mientras Thalia habla con un señor que pasea un perro, Ariana se acerca a mí.

Despacio. Cauta. Como si me estudiara.

Lleva en la mano una conchita en espiral. Extiendo la palma sin decir nada y ella deja el objeto ahí y luego… me mira.

Ojos castaños. Ceño fruncido. Demasiado pequeña. Demasiado frágil.

Mía.

—Con… —murmura. Y luego se aleja corriendo hacia su hermana.

No dice gran cosa. Ni siquiera una palabra completa, en realidad. No sonríe, pero me ve. Por primera vez, me ve.

Y yo… dejo caer una lágrima.

No es dramática. No es ruidosa. Solo se escapa. Quema. Rasga. Y cae.

Thalia está apoyada en una roca, con la bolsa a su lado y los brazos cruzados. Me observa desde lejos. No se acerca. No dice nada.

Y esa ausencia de reacción es más amable que cualquier gesto.

Camino despacio hacia ella, con el corazón aún golpeándome.

—Son… —la voz me falla—. Son increíbles.

Thalia asiente. No es modestia. Es verdad.

—Quería saber qué hacer —confieso, con los ojos clavados en esas dos figuras pequeñas saltando en la arena—. Qué puedo hacer… para formar parte de su vida.

Ella me mira con calma. Luego vuelve la vista hacia las niñas.

—Sé —responde, como si fuera simple.

Quizá lo sea.

Quizá no.

Pero es todo lo que tengo.

Y todo lo que puedo intentar ser.

72.

ALEKOS THEODORAKIS

La casa está a oscuras en la planta de arriba. Solo la lamparita del cuarto de las niñas sigue encendida, derramando una luz suave sobre las cunas.

Ariana se durmió primero: agotada después del día en la guardería, la cabeza rendida en la almohada como si cargara el peso de mil juegos. Theodora tardó más.

Quería cantar, abrazar un juguete, pedir más agua, comprobar si su hermana seguía respirando, reírse porque sí. Pero, poco a poco, los párpados se le fueron cerrando y se acurrucó en mi regazo. La manita aferrada a mi dedo. La respiración desacelerándose. El cuerpo relajándose en mis brazos.

Ahora, con las dos dormidas, cierro la puerta con el máximo cuidado y bajo las escaleras despacio, con la mano todavía temblorosa por un gesto que, hasta hace pocos días, me parecía imposible.

¿Cómo lo hace?

¿Cómo consigue Thalia dejarme vivir esto con tanta naturalidad?

El último mes y medio ha sido una caminata rítmica. Casi irreal. Thalia no solo permitió que me acercara a las niñas: lo hizo posible. Facilitó cada paso. Guió cada intento. Estuvo ahí para suavizar cada error.

Theodora se quedó dormida hace un momento en mis brazos.

Y Thalia… Thalia simplemente me dio las gracias por eso antes, como si no fuera nada. Como si yo no hubiera roto todo y ella solo hubiera recogido los pedazos con la misma delicadeza con la que recoge juguetes del suelo después del baño.

Entro en la cocina. La luz amarilla vuelve el ambiente tibio, silencioso. Está de espaldas, lavando los platos, con el pelo recogido en un moño torcido. Lleva una camiseta ancha y un pantalón de chándal fino. Y, aun así… parece sagrada.

Me acerco despacio.

—Misión cumplida. Bebés dormidas —anuncio.

Ella se gira apenas; el rostro sereno, pero algo en sus hombros delata cansancio. O quizá sea solo la tensión que nunca la abandona del todo.

—Les gusta que seas tú quien las acueste —dice con sencillez, volviendo al fregadero—. Se duermen más rápido cuando eres tú quien cuenta la historia.

Se me cierra la garganta, pero no digo nada.

En lugar de eso, miro el calendario pegado en la puerta de la nevera. Una pizarra blanca con anotaciones suyas: días de la semana, horarios de comidas, turnos para dejar y recoger en la guardería. En algunos recuadros hay corazones diminutos. Ella dibuja para sus hijas. Pero yo los veo.

Me meto las manos en los bolsillos y suelto el aire despacio.

—Thalia… necesitaba hablar contigo. Si tienes un minuto.

Se seca las manos en el paño y asiente.

—Claro.

—Tengo que volver a Aletheia unos días.

Ella no reacciona de inmediato. Pero el cuerpo sí, antes que las palabras: los hombros se tensan, la barbilla baja, la rigidez vuelve.

—Ah… de acuerdo. Podemos organizar las visitas —dice con una educación perfecta, como si ese momento estuviera marcado en el calendario.

—No. —Hago una pausa—. No es eso. Yo… no me voy.

Sus ojos se alzan, confusos.

—Necesito ver a los niños. Ya han pasado casi dos meses.

Asiente despacio y, por un instante, algo le cruza la mirada. Tristeza. Sí, es tristeza.

—Claro. Tiene sentido —responde, sin ocultar la melancolía en la voz.

Se me aprieta el pecho. Un dolor silencioso, incisivo.

—Me preguntaba si… —empiezo, inseguro— si puedo traerlos. Empiezan las vacaciones la semana que viene y… creo que les haría mucha ilusión verte. Y conocer a sus hermanas.

Thalia abre un poco los ojos. La tristeza se le borra, sustituida por algo distinto. Más fuerte. Más brillante. Ansiedad, quizá. Pero hay más: esperanza. Afecto. Un destello de luz.

—¿Vas a traerlos? —pregunta, y la voz le sale distinta. Casi… frágil.

—Si no es un problema.

Niega con la cabeza, demasiado rápido.

—No lo es. —Sonríe—. Me encantaría.

Durante un instante me limito a mirarla.

La luz de su rostro me obliga a retroceder por dentro. Porque lo que veo no es solo esperanza. Es ternura. Ese brillo que durante tanto tiempo fingí no echar de menos… y que ahora me atraviesa como una hoja fina.

Pero no la toco. No me atrevo. Solo respiro y agradezco.

—Gracias —murmuro.

Sonríe. Pequeño, pero lleno.

—No vas a dejar de hacer eso, ¿verdad? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Nunca. ¿Cómo… cómo lo haces? Como si… como si yo… —no termino, pero no hace falta. Thalia entiende.

—Eres su padre —responde con una sencillez que suena a respuesta para todo. Y no lo es.

—No tenías que ser tan buena conmigo.

—¿Y no serlo le haría bien a quién? Ariana y Theodora no van a recordar lo que pasó antes de nacer, pero van a recordar noches como esta, Alekos. A su padre leyendo cuentos y acostándolas. Van a recordar correr en el parque contigo. Van a recordar llorar en tu regazo y cómo las abrazaste fuerte.

—No merezco nada de eso —admito, porque por más agradecido y bendecido que me sienta, no dejo de sentirme indigno de tanta gracia—. Puedo ser su padre, pero también soy el hombre que las rechazó.

—Y tendrás que vivir con eso el resto de tu vida. Es dolor suficiente —dice, otra vez, comprensiva y distante, como si se hubiera hecho experta en aparentar desde que nos reencontramos —. Y ahora estás aquí, ¿no?

—Estoy —respondo—. Y no voy a irme a ninguna parte.

—Ellas cuentan con eso.

—Y pueden contar. Tú también. Tú también puedes contar conmigo, Thalia.

—Lo estoy intentando.

—Lo sé. Y… gracias.

—Gracias —repite ella conmigo y suelta una risa, por primera vez, dejando ver una grieta en esa seriedad que sostiene desde hace casi dos meses—. Sabía que lo ibas a decir.

—Mejor, porque igual que no pienso irme, tampoco pienso dejar que olvides lo agradecido que estoy por esta segunda oportunidad.

Asiente.

—De nada, Alekos. De nada.

***

El portón automático se abre con un crujido bajo y deja ver el patio iluminado por la luz dorada del final de la tarde. El coche reduce la velocidad frente a la mansión que fue mía, pero que ahora parece otra… porque todo se volvió distinto desde que Thalia se fue.

El chófer rodea el coche, pero soy yo quien abre la puerta. Los pies tocan el suelo con más vacilación que orgullo. Respiro hondo antes de cruzar el camino de piedra hasta la entrada.

Sofía ya está en la puerta antes de que yo toque el timbre. La cara se le ilumina con una sonrisa que no oculta el alivio.

—Señor… —contiene la emoción, pero los ojos no mienten—. Qué alegría tenerlo de vuelta.

Asiento y me acomodo la chaqueta con un gesto automático. Estoy más nervioso que en cualquier consejo, pero finjo que no.

—Gracias, Sofía. Me alegra verla también. ¿Todo bien?

—Todo en perfecto orden, señor.

—Bien. Muy bien. ¿Dónde están los niños?

—En la sala de lectura. Están terminando los deberes —dice con un brillo en los ojos—. Hablaron de usted todos los días.

Esa frase me pesa en el pecho, en el estómago, en el fondo de la garganta.

Camino por el pasillo amplio y silencioso. La casa sigue impecable. Perfecta. Pero vacía. Hay un eco entre las paredes que antes no existía. Tal vez porque ahora sé lo que es el silencio de verdad.

Me detengo ante la puerta de la sala de lectura y escucho: un murmullo, bolígrafos raspando, una risa ahogada. El mundo gira un poco más lento. Y entonces abro la puerta.

—¿¡Papá!? —Andreas es el primero en verme. La voz se le dispara en un tono que no oía desde hacía semanas. Se pone en pie de un salto, deja caer el cuaderno abierto al suelo—. ¡Papá! ¡Volviste!

—¡Papá! —grita Lysander, corriendo hacia mí.

No consigo reaccionar. No como debería. Me quedo en el umbral mientras los dos vienen, se lanzan contra mí como si fueran más pequeños de lo que son, y yo los dejo hacerlo. Dejo que me rodeen, que se agarren a mis hombros, a mi pecho, que me aprieten con la fuerza de todas las mañanas en que no estuve.

—Tranquilos, tranquilos… —murmuro, cerrando los ojos. Mis manos les acarician el pelo con reverencia—. Yo también os he echado de menos.

—¡Dijiste que aún no volvías! —protesta Andreas, con la voz apretada por un llanto que no sale—. ¡Mentiste!

—No mentí. Yo… me adelanté. —Los aprieto más contra mí, sin prisa por soltarlos.

Su presencia me cura y me desgarra a la vez. Cada gesto, cada sonido, me recuerda que aquí fue donde todo empezó a cambiar. Que ellos fueron mi primera oportunidad de ser algo distinto a lo que me enseñaron a ser.

—¿Podemos pedir hamburguesas hoy? —pregunta Lysander con un hilo de esperanza—. ¿O… pizza?

Suelto una risa baja, con la garganta cerrada.

—¿Solo pensáis en comida?

—También pensábamos en ti —dice Andreas, y el nudo en mi pecho se vuelve insoportable.

Están creciendo. Y yo me perdí casi dos meses de eso.

Respiro hondo y, cuando la emoción baja un poco y se sientan otra vez en el sofá, con los ojos clavados en mí, sé que quizá debería esperar hasta mañana… pero ya no puedo aplazar esta conversación.

—Chicos… —empiezo, pasándome una mano por el pelo—. Tenemos que hablar.

Andreas me mira serio, atento.

—¿Es la conversación que dijiste que nos contarías cuando volvieras?

Asiento.

—Sí.

Y el silencio vuelve a la sala. No el mismo de antes. Un silencio denso, cargado, expectante. Me acerco al sofá con ellos y se sientan.

Me siento en el sillón frente a ellos, pero me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Lo bastante cerca para verlos bien. Lo bastante lejos para no intentar protegerme de lo que venga.

—¿Os acordáis de cuando os expliqué por qué Thalia se fue?

Asienten despacio. Andreas baja la mirada. Lysander espera.

—Os dije que se había ido por razones suyas, pero que os quería mucho. Que su amor no había cambiado. —Me detengo. Suelto el aire—. Eso era verdad. Pero no era toda la verdad.

Me miran. Siento sus ojos como espejos: pequeños, pero profundos. Listos.

—Se fue por mi culpa.

Andreas frunce el ceño, confundido. Lysander se echa un poco hacia atrás.

—¿Tú… peleaste con ella? —pregunta Andreas.

—Le hice daño —respondo, en voz baja—. Dije cosas que nunca debí decir. Hice algo imperdonable. Y ella… se fue porque creyó que era lo correcto. Porque tenía que proteger a alguien.

—¿A quién? —pregunta Lysander, todavía más bajo.

Me paso la mano por la cara. Siento el crucifijo en el bolsillo. Me agarro a él.

—Tenéis hermanas.

El silencio que sigue es absoluto.

—También son gemelas. Tienen dos años. Y… son mis hijas.

Los ojos de Andreas se agrandan. Lysander ladea la cabeza.

—Hermanas… —repite Andreas—. ¿De verdad?

—De verdad —confirmo—. Y Thalia… es su madre.

Lysander se muerde el labio, intentando encajar la ecuación en silencio. Andreas suelta una pregunta simple:

—¿Y ahora qué?

—Ahora… —respiro— vais a conocerlas. Y vais a volver a ver a Thalia.

—¿Ella… va a volver a casa? —pregunta Andreas.

—No —respondo con honestidad, aunque la palabra me corte—. Somos nosotros los que iremos a su nueva casa. Allí estaba yo estas últimas semanas.

—Pero… ¿le pediste perdón? —pregunta Lysander, con la voz firme.

—Sí.

—¿Y ella te perdonó?

—Dijo que sí.

—Entonces está todo bien —concluye Andreas, y es tan simple para él que algo en mí se rompe un poco más.

—Ella decía que… que cuando uno pide perdón de verdad, Dios limpia el corazón —murmura Lysander—. Pero uno tiene que aceptar las consecuencias.

Asiento. Se me escapa una sonrisa sin color.

—Os acordáis de todo, ¿eh?

—De todo lo que ella enseñó —dice Andreas—. Nos hacía escribir las frases que quería que recordáramos cuando fuéramos mayores. Algunas aún están pegadas en el armario.

Cierro los ojos un segundo. Trago las lágrimas que amenazan.

—¿Queréis conocerlas?

—¿A nuestras hermanas? —pregunta Lysander, con los ojos brillantes—. ¡Claro que sí!

—¿Cuándo?

—Pronto. Aún son muy pequeñas. Pero son preciosas. Dulces. Y os van a querer. Y como hermanos mayores, protegerlas va a ser vuestro trabajo… el resto de la vida.

Me miran como si hubieran esperado esto toda su vida. Como si este pedazo de la historia, perdido durante tanto tiempo, se encajara ahora con una perfección dolorosa.

—¿Tú… te vas a casar con Thalia? —pregunta Andreas, de repente.

Trago saliva. Sonrío con tristeza.

No, hijo. Esa oportunidad… la perdí.

—No. Lo nuestro terminó, pero todos vamos a estar unidos para siempre, porque ahora somos familia.

No dicen nada, pero los ojos les brillan.

—Pues… —dice Lysander—. No voy a pasar las vacaciones con la abuela, no. ¡Ni hablar!

73.

THALIA ESPERAKIS

El timbre suena antes de las nueve, pero yo ya estaba esperando.

Las niñas aún duermen, el sol apenas se ha afirmado en el cielo y el corazón me late tan alto que temo despertarlas solo con él. Me limpio las manos en el borde del vestido —como si eso pudiera limpiar también la ansiedad— y voy hacia la puerta.

Me detengo un segundo con la mano en el picaporte. Solo un segundo. Para respirar.

Cuando reúno valor y giro la manilla, encuentro a Andreas y a Lysander de pie, uno al lado del otro. Alekos detrás de ellos.

Mis niños.

Se ven más grandes. Más altos, con rasgos que anuncian la prisa con la que la infancia decide dejarnos. Pero los ojos… los ojos siguen siendo los mismos. Marrones, grandes, vivos. Están quietos, uno junto al otro, como si lo hubieran ensayado. Pero no dura más que un segundo.

Porque al instante siguiente Andreas corre. Me abraza fuerte por la cintura, hundiendo la cara en mi vientre como quien quiere esconderse del mundo. Justo detrás, Lysander se acerca, menos impulsivo, pero con la misma urgencia en los brazos cuando me rodea con un apretón silencioso.

—Yo sabía que ibas a volver —susurra, bajito.

No consigo responder. El nudo en la garganta es demasiado grande. Los abrazo con fuerza y cierro los ojos. Dejo que las lágrimas me caigan despacio, sin ruido, como si hubieran esperado tres años para caer.

—Te eché tantísimo de menos… —murmura Andreas.

—Yo también —respondo, con la voz ahogada en su pelo—. A los dos. Cada día. Cada noche.

Nos quedamos así un tiempo que no sé medir. Allí, en mitad del pasillo, como si el tiempo se hubiera detenido, como si nada más importara. Hasta que un quejido suave desde el cuarto rompe el momento.

Las niñas.

Andreas se aparta primero, secándose los ojos con el puño.

—¿Es nuestra hermana?

Asiento.

—Sí. Creo que fue Ariana. Ella siempre se despierta primero. ¿Queréis conocerla?

Lysander me mira como si le hubiera preguntado si quieren respirar. El brillo en sus ojos responde antes que las palabras.

—Vinimos solo por eso.

Me llevo la mano al pecho, fingiendo que me ofendo.

—Creí que habíais venido también por mí.

Andreas le da un codazo al hermano.

—¡Vinimos! ¡Claro que vinimos! Por ti… y por nuestras hermanas.

Me río y paso los brazos por los hombros de los dos, guiándolos por el pasillo. Alekos entra y cierra la puerta.

—Entonces vamos a conocerlas —digo.

Caminamos despacio hasta el cuarto de las niñas.

Andreas y Lysander, recogidos bajo mis brazos, se detienen en la puerta. La euforia del reencuentro da paso a otro tipo de expectativa. Curiosidad. Miedo. Amor que aún no sabe dónde encaja.

Empujo la puerta con cuidado.

La luz suave de la mañana entra por las cortinas blancas. Las niñas siguen tumbadas, el pelo desparramado en las almohadas, abrazadas la una a la otra de esa forma que solo ellas tienen. Ariana murmura algo incomprensible. Theodora estira las piernas y se frota los ojos.

—Todavía están durmiendo… —susurra Andreas.

—Estaban —respondo sonriendo—. Pero ahora ya tenemos dos espectadoras muy atentas.

Theodora se incorpora, apoyándose en las manos. El pelo le cae sobre la cara y, al ver a los dos chicos en la puerta, frunce el ceño como si reconociera algo y no supiera qué.

Ariana bosteza fuerte.

Andreas y Lysander se quedan inmóviles, como si acercarse demasiado pudiera romper algo sagrado.

—Podéis entrar —los animo, bajito.

Se cruzan una mirada y obedecen. Los pasos son lentos. El cuidado, absoluto. Andreas se agacha junto al colchón de las niñas, todavía sin tocarlas.

—Hola —dice, como quien le habla a una estrella.

Theodora ladea la cabeza.

—Hola —responde con la voz arrastrada del sueño. Y luego señala —. Gande.

—Soy vuestro hermano —dice él, y la sencillez con la que pronuncia esas palabras me duele de amor—. Me llamo Andreas.

Lysander se acerca por el otro lado. Ariana lo mira como si viera a un gigante amable.

—Y yo soy Lysander. Pero puedes llamarme Lys, si quieres.

Ariana sonríe. Coge el peluche que tenía al lado y se lo tiende con la mayor naturalidad del mundo.

—Bó?

—¿Es… para mí? —pregunta él, sorprendido.

Ella asiente. Y sonríe.

Y eso lo es todo.

El hielo se rompe ahí, y la infancia hace lo que los adultos a veces tardan una vida entera en entender: reconstruye lo que se rompió con los hilos invisibles de la aceptación.

Minutos después, están todos en el suelo, sentados en la alfombra, jugando a construir torres con bloques de colores.

Yo me apoyo en el marco de la puerta, incapaz de apartar la mirada, y es entonces cuando veo a Alekos en el pasillo. Él también los observa: a los cuatro.

Y su cara… su cara es el retrato de alguien que acaba de entender lo que perdió. Lo que destruyó. Lo que soltó sin darse cuenta de que lo tenía entre las manos.

En sus ojos, el arrepentimiento ya no es solo dolor. Es reverencia y duelo. Y es imposible impedir que esos mismos sentimientos me invadan también a mí.

El día se deslizó por las ventanas como miel: cálido, dulce y lento. Las risas se apagaron hace rato y el silencio que llena la casa ahora no es vacío: es plenitud.

Camino hacia el cuarto de las niñas con una bandeja en las manos. Una jarra con infusión de melisa y limón, vasos de colores y unas galletas en forma de corazón. Solo era un detalle. Un gesto tonto.

Pero al empujar la puerta con el hombro, me quedo quieta.

La imagen me aprieta el pecho de un modo nuevo.

Andreas y Lysander duermen en la alfombra mullida. Uno con un brazo protector sobre Ariana. El otro, con la cabeza en la almohada de Theodora.

Los cuatro cuerpos entrelazados como si nunca se hubieran separado. Como si el tiempo hubiera hecho una pausa solo para esperarlos. El sonido de su respiración es el único ruido.

Y entre la puerta y la cama está Alekos.

De rodillas, con los codos apoyados en el colchón. La cabeza inclinada, los ojos fijos en la escena, como si estuviera delante de un milagro que no se cree digno de presenciar.

Por un segundo pienso en retirarme, pero él se gira, me ve y se pone en pie demasiado rápido.

—Me pidieron que contara una historia y… debí imaginar que se dormirían con las niñas —se pasa la mano por el pelo y luego por los lados del pantalón—. Iba a despertarlos.

Niego despacio.

—No hace falta —susurro—. Están agotados. Fue un día intenso.

Se rasca la cabeza.

—¿Seguro?

Suelto una risa baja.

—Cuidé de los dos como si… —empiezo, pero me detengo al darme cuenta de lo que iba a decir.

La expresión de Alekos se vuelve más grave, como si él también lo supiera, aunque yo me haya callado.

—Está bien. Déjalos dormir aquí.

Asiente y su mirada vuelve a los cuatro cuerpecitos. La respiración de las niñas es suave, el pelo sobre los hombros de los chicos, y por un instante no sé quién protege a quién.

—No pensé que… durmieran así —dice él, bajito.

—Yo tampoco.

Silencio.

Sujeto la bandeja con una mano, apretando los dedos con más fuerza de la necesaria. No sé qué decir. No sé qué hacer con lo que estoy viendo… ni con lo que estoy sintiendo.

—Deberías quedarte tú también —se me escapa, más suave de lo que esperaba—. Sé que tu casa está al lado, pero si se despiertan de madrugada… quizá no se sientan bien si estás lejos. Y cargar con los dos… —suspiro—. Es mejor que te quedes también.

Su silencio cambia. Se vuelve más denso. Más conmovedor.

—Si tú quieres… claro —añado, casi en un susurro—. Hay sábanas limpias en el armario del pasillo.

Duda un instante. Luego solo asiente. No dice gracias. No hace falta.

Me giro para dejarlo con sus pensamientos. Pero antes de cruzar la puerta, oigo su voz. Baja. Sincera.

—Buenas noches, Thalia.

Me detengo y giro solo la cara.

—Buenas noches, Alekos.

Y me voy.

74.

ALEKOS THEODORAKIS

La cocina de la casa alquilada no es mucho más grande que la despensa de la mansión en Aletheia, pero parece contener todo lo que importa ahora.

Thalia está de espaldas, removiendo algo en una olla. Las niñas están en el suelo con una cesta de bloques de colores, soltando gritos entre ellas. Los niños están sentados a la mesa, discutiendo si el brócoli debería existir o no.

—Eso ni siquiera es una verdura de verdad —se queja Andreas.

—Sí lo es, solo que no sabe a nada —replica Lysander, encogiéndose de hombros, como si zanjara un debate.

—Qué bien que hoy tengamos expertos en botánica —comenta Thalia, sin girarse.

El tono es ligero y la sonrisa que se dibuja en la cara de los dos cuando ella habla… es la misma de hace tres años. La misma que nunca se les borró.

Yo miro de pie, apoyado en el marco de la puerta, sintiendo que no pertenezco a la escena aunque esté dentro. Ella me ve y alza una cuchara de madera.

—¿Vas a quedarte ahí plantado o vas a ayudarme a poner la mesa?

Me acerco sin pensar. Obedezco. Como si, en ese gesto mínimo, me devolviera algo que perdí… o que nunca tuve.

Cogemos platos. Cubiertos. El vaso de las niñas tiene dos asas y un patito dibujado. No sé de dónde salió, pero parece hecho para esta casa, para esta mesa, para ellas.

—¿Os habéis lavado las manos? —pregunta Thalia, y los chicos se levantan de un salto hacia el baño.

Ella deja la fuente en el centro con la calma de quien lo hizo cientos de veces. Yo conozco ese ritmo. Esa forma de existir con propósito. Y todo en mí quiere pertenecer.

Nos sentamos juntos. Los cinco. Y yo me quedo con el lugar que sobra: el de la punta. No es el del centro ni el más alejado. Es un término medio.

Thalia sirve primero a los niños, y yo me levanto a ayudarla sin que lo pida. Ya sé qué cuchara rechaza una y qué plato prefiere la otra. Ya lo sé.

Le paso la fuente de verduras y ella estira la mano con ese gesto contenido de siempre: natural, casi distraído. Pero no lo es. Ninguno de los dos está distraído.

Mientras pone comida en el plato rosa con dibujitos de fruta, cojo el otro y hago lo mismo. Ya lo hice varias veces. Nunca sin preguntarme cómo es posible que ella lo permita.

Nos sentamos lado a lado. Las niñas entre nosotros. Una a cada lado. Theodora en su regazo. Ariana en el mío. Y antes de tocar mi propio plato, cojo la cuchara y se la acerco.

—Despacio, Ariana —murmuro, como si no supiera que va a intentar hablar con la boca llena.

Ella sonríe antes de masticar y apoya la cabeza en mi pecho con la confianza de quien… nunca supo que yo fui un extraño.

Al otro lado de la mesa, Thalia le da un bocado a Theodora, que hace una mueca antes de aceptar. Hablan en un idioma solo suyo: sílabas cortadas, repeticiones, risitas. Y yo observo. Doy de comer. Respiro.

Y no hay nada de esto que yo merezca.

Los chicos ya van por el segundo plato. Hablan de algo que vieron en la tele mientras Thalia cortaba el calabacín.

—No era un dragón, Andreas. Era un lagarto gigante —dice Lysander, convencido.

—¡Sí que era! ¡Dragón azul! ¡Como el del libro!

—¡No hay dragón azul en el libro!

—¡Sí que hay!

Thalia intenta intervenir con una mirada. Yo con una tos. Ninguno funciona.

—Niños —los advierte ella, y se callan dos segundos. Luego se ríen. Y siguen comiendo.

Le acerco la cuchara otra vez a Ariana, que ahora está derrumbada contra mi brazo, con un ojo medio abierto y la boca manchada de arroz.

No dice nada. Solo acepta. Solo confía.

Y por dentro todo en mí sangra, porque todo esto parece demasiado correcto. Demasiado bueno. Y, por eso mismo… demasiado indebido para mí.

Soy el hombre que expulsó a esta mujer de su propia casa. Que negó a estas hijas antes de escuchar sus voces. Que separó a Andreas y Lysander de la única figura que les daba seguridad.

Soy el hombre que destruyó esto.

Y aun así… estoy aquí. Con ellos. Viviendo lo que nunca me atreví a soñar que merecía.

Después de cenar, Andreas insiste en que juguemos a las cartas. Lysander hace drama porque perdió la última vez. Las niñas tiran de Thalia para jugar al escondite y ella se entrega, como siempre.

Y yo… me quedo ahí. Acomodando la culpa entre los gestos. Guardando cada risa como quien colecciona lo que jamás podrá devolver.

La casa está llena de vida y yo no puedo evitar sentirme un intruso. Un intruso agradecido. Y miserable.

***

La luz de la lamparita del pasillo se cuela por la rendija de la puerta entreabierta. Avanzo en silencio.

El sonido de mi corazón es más fuerte que mis pasos. El suelo no cruje. La casa entera parece contener la respiración… y yo también.

Apoyo el hombro en el marco y dejo que los ojos se acostumbren a la penumbra. La escena delante de mí no debería existir. No después de lo que hice. No después de lo que destruí. Y, aun así, se repite casi cada día desde que volví a Kassandria con mis hijos, hace dos semanas.

Andreas duerme en la esquina derecha del colchón improvisado en el suelo, medio tapado, medio destapado, con un brazo estirado hacia la hermana más cercana. Theodora, boca abajo, duerme con el pañal asomando bajo la camiseta. Lleva un calcetín de cada color. Probablemente se los puso Lysander después del baño.

Lysander está entre las dos. Un libro abierto sobre el pecho, los ojos cerrados, la boca entreabierta. Ariana —mi Ariana— duerme con la cabeza sobre su barriga, los dedos agarrados aún al borde de su camiseta.

Cuatro cuerpos pequeños, desordenados. Cuatro ritmos de respiración. Un solo hogar.

Se me sube algo a la garganta, pero no lo dejo salir. Me acerco despacio. Les acomodo la manta a Andreas. Apago la luz del pasillo. Me arrodillo al lado del colchón, sintiendo el peso de todo lo que pudo haber sido… y casi no fue.

Están juntos porque Thalia lo permitió. Porque me dejó quedarme.

Paso la mano despacio por el pelo revuelto de Lysander y luego rozo la manita de Ariana. Se mueve un poco, pero no se despierta.

Se me encoge el corazón.

Porque este momento… yo no me lo gané. Me lo dieron.

Y un día, quizá, me preguntarán cómo empezó todo. Por qué estuvimos separados. Por qué ellas no estuvieron desde el principio.

¿Y qué voy a decir?

Cierro los ojos, dejando que esa respuesta me aplaste antes de tiempo. Quizá porque me lo merezco. Quizá porque… solo sé amar con dolor.

Cuando me incorporo, el cuarto parece distinto. No por la luz, sino por la gracia. Y sé que no puedo equivocarme otra vez. No puedo perder lo que me devolvieron… incluso sin merecerlo.

Me quedo allí unos segundos más, de pie en la oscuridad, con el corazón demasiado lleno para caber en el pecho. El silencio alrededor es profundo, pero por primera vez en mucho tiempo no está vacío.

Cierro los ojos y, sin arrodillarme, sin saber si lo hago bien, sin ningún rito aprendido, solo… pienso.

«No sé si el Señor aún me escucha. Tal vez nunca me escuchó. Pero si está oyendo… gracias.

Por lo que no perdí. Por lo que me fue devuelto. Por la oportunidad de estar aquí, aunque todavía no sepa qué hacer con ella. Aunque sepa que no soy digno de esto.

Solo… gracias».

Las palabras quedan suspendidas entre el pensamiento y la oscuridad. Y por alguna razón que no entiendo, de pronto, el dolor que siempre acompaña todo lo bueno… parece un poco menor.

75.

THALIA ESPERAKIS

El mar frente a mí no está embravecido, pero dentro de mí… cada ola parece encontrar un reflejo.

El agua se desliza hasta la arena con una docilidad que no combina con lo que siento en el pecho. Me siento en la orilla, con las piernas cruzadas y los brazos rodeándome a mí misma, como si así pudiera contener las preguntas. Pero se desbordan.

No hay nadie alrededor. Alekos se llevó a los cuatro —mis dos niños, mis dos niñas— a dar un paseo y yo… yo me escapé hasta aquí. No para huir de ellos, sino para no perderme de mí misma.

Dejo que la brisa salada me roce la cara. El sol aún no quema, pero tampoco acaricia. Cojo un puñado de arena y la suelto despacio. Grano a grano.

—Sé que el Señor está ahí.

La voz me sale baja.

—Y sé que el Señor me ama. Sé todo eso. Pero, a veces, intento entender… ¿por qué ahora? ¿Por qué traer todo esto de vuelta ahora?

Mis palabras se deshacen en el sonido de las olas. Pero sigo.

—Yo lo perdoné, Dios. Usted lo sabe. Fue sincero. No lo llevé como rencor, sino como aprendizaje. Y Usted me dio una vida nueva. Me dio paz, fuerza, valentía. —Trago saliva—. Me dio a mis hijas. Y me enseñó… me enseñó a no mirar atrás.

Me arden los ojos, pero aún no lloro.

—Pero ahora… ahora él está aquí. Y no sé qué hacer con esta presencia.

Miro el agua. El reflejo del cielo parece más claro de lo que debería.

—Veo el esfuerzo, veo el cambio, veo… al hombre que quizá siempre fue y que solo ahora consigue ser. Pero también veo al hombre del que me enamoré, años atrás. Huelo el perfume. Veo el rostro. Siento el calor y a veces el roce cuando nos tocamos sin querer.

Respiro.

—Estoy intentando mantener la distancia. No dejar que todo eso reaparezca, porque no puedo, Dios. No puedo. Yo aprendí a seguir adelante. Entonces… ¿qué hago con el dolor? ¿Con el miedo de que todo esto vuelva a ser ceniza? ¿Con la parte de mí que aún tiembla cuando él me mira como si nunca me hubiera echado? Como si no hubiera necesitado que alguien le diera pruebas de algo que nunca debió dudar, en primer lugar?

Respiro hondo. El viento me levanta un mechón de pelo. Lo dejo.

—No quiero volver a los brazos de alguien que un día no me quiso. Pero tampoco quiero dejar pasar lo que Usted quizá esté intentando restaurar.

Cierro los ojos un instante. Siento la arena húmeda bajo los pies descalzos. Siento el sol intensificarse. Y, por dentro, siento un grito: nostalgia, culpa, deseo, esperanza. Todo junto. Todo mal. Todo demasiado humano.

—No quiero equivocarme, Dios. Por favor, muéstrame cómo… cómo caminar sobre esta agua sin hundirme.

Me quedo callada unos segundos, quizá minutos. Hasta que el sonido del móvil me saca del trance.

Y es, como siempre, como si la llamada hubiera sido enviada por el propio Dios para responder a mis miedos: la Madre Agnes.

Su imagen tarda unos segundos en aparecer después de que acepto. La señal en la isla no siempre colabora.

Cuando por fin la pantalla se aclara, no me sorprende ver no solo a la Madre Agnes, sino también a la hermana Clara y a la hermana Lucía. Las tres están en la misma sala, sonriendo con esa ternura que solo ellas tienen, como si supieran que yo necesitaba exactamente esto.

—Thalia, mi niña… —dice la hermana Clara antes de cualquier otra cosa—. ¡Cuánta falta me hacías!

Sonrío. Pero es una sonrisa pequeña. Y las lágrimas ya llegaron.

—Yo también os echo de menos. Y de verdad necesitaba muchísimo hablar con vosotras —confieso, con la voz temblorosa.

—Lo sabemos, hija —dice la hermana Lucía—. Por eso llamamos.

—Habla con nosotras —pide la Madre Agnes.

—Creo que necesito oír… cualquier cosa que me ayude a no perderme de mí misma.

—¿Por qué no empezamos recordándote que, cuando el corazón está confuso, es bueno saber que no tenemos que atravesar la tormenta solas? —dice la Madre Agnes con ese tono que nunca es condescendiente, pero siempre es definitivo.

Asiento. Me paso la mano por la cara, limpiándome la sal —del mar o de los ojos, ya ni lo sé.

—No me creo que todo esto esté pasando otra vez —susurro, mirando el horizonte—. Los niños aquí, Alekos aquí… todo tan cerca de lo que un día soñé. Es como si Dios hubiera puesto delante de mí todo lo que pensé que había perdido. Como si… me hubiera devuelto algo que yo no sabía que todavía podía existir. ¿Qué clase de prueba es esta?

La Madre Agnes me observa por la pantalla, serena, atenta, esperando que continúe.

—Estos últimos días han sido tan buenos. No perfectos… pero buenos. Alekos está tan implicado con las niñas. Cuidadoso, presente, interesado. A veces lo veo jugando con ellas y siento el

corazón latiéndome demasiado rápido, como si eso fuera algo que no debería estar pasando. Como si fuera peligroso querer eso otra vez.

La hermana Clara sonríe, como si ya conociera el final de mi frase.

—¿Y por qué crees que es peligroso quererlo, Thalia?

—Porque casi me destruyó la primera vez —murmuro, con la voz a punto de romperse—. No puedo querer algo que casi me destruyó. No puedo querer una vida que quizá no sea real. No puedo entregarme otra vez a algo pasajero. Tengo miedo… miedo de que, si me permito sentir lo que siento ahora, todo desaparezca de nuevo.

La Madre Agnes inspira despacio, pensativa. Luego habla, baja y firme, con esa sabiduría que siempre me calma:

—Thalia, hija mía, ¿de verdad crees que Dios te haría pasar por todo esto solo para que sufrieras de nuevo? Quizá no entiendas del todo lo que Él está haciendo ahora, pero ya conoces Su amor. El Dios que estuvo contigo cuando te fuiste, cuando estabas sola y embarazada, es el mismo Dios que ahora te está trayendo este tiempo nuevo.

—¿Pero cómo voy a saberlo? —pregunto, con la voz quebrada—. ¿Cómo entender si esto es una señal o si es solo mi esperanza gritando más alto que la razón?

—Dios habla con claridad —dice la hermana Lucía, con esa firmeza que siempre me sostiene—. Pero no habla por la razón. Habla por el corazón. ¿Y qué te está diciendo tu corazón?

Miro al cielo, respiro despacio y dejo que las palabras salgan con una sinceridad absoluta, la que solo puedo tener con ellas:

—Mi corazón está diciendo que quizá exista un camino. Que quizá este sueño nunca murió. Que quizá solo esperó a que yo estuviera preparada.

—Entonces escucha eso —dice la Madre Agnes—. Pero escucha también lo que tu corazón aprendió estos tres años: eres fuerte, Thalia. Tu vida ya no depende solo de ese sueño. Dios permitió que te reconstruyeras para que hoy pudieras mirar a Alekos a los ojos sin olvidarte de quién eres. Sin depender de él para saber lo que mereces.

Asiento despacio. La garganta se me aprieta, pero tiene sentido.

—El amor de Dios nunca es confuso —añade la hermana Clara—. Es simple. Somos nosotras quienes lo complicamos todo. Cuando no sepas qué decisión tomar, pregúntale a tu corazón. Pregúntale a Dios. Pero escucha con valentía, sin miedo de lo que puedas oír.

Me quedo callada un instante. Ojos cerrados, sintiendo el sol calentarme la cara. Dejo que esas palabras me envuelvan y me llenen de algo que casi había olvidado que existía: valentía.

Cuando vuelvo a mirar la pantalla, las veo sonreír suave, con la serenidad de quien nunca dudó de que yo encontraría el camino.

—No tienes que apresurarte —dice la Madre Agnes, con suavidad —. No tienes que resolver esto ahora. Solo tienes que seguir siendo quien eres, Thalia. Y recordar que el amor de Dios nunca te dejó sola. No te dejará ahora.

Respiro hondo. El corazón me late un poco más despacio, un poco más firme.

—Gracias —susurro, con los ojos mojados—. No tenéis idea de cuánto necesitaba oír esto.

—Sí la tenemos, hija —sonríe la hermana Clara—. Por eso estamos siempre aquí.

La llamada termina con despedidas suaves, bendiciones susurradas y una última mirada de la Madre Agnes que dice más que cualquier palabra.

Cuando la pantalla se apaga, me quedo sentada frente al mar unos minutos. El corazón aún inquieto, aún algo confuso, pero

ahora… más firme.

Porque sé que quizá no tenga todas las respuestas, pero tengo lo que siempre tuve desde el principio: una fe que no necesita certezas absolutas para seguir adelante.

Y eso, hoy, es suficiente.

76.

ALEKOS THEODORAKIS

El camino que lleva a la casa nueva está bordeado de olivos bajos y muros de piedra antigua. La grava cruje bajo las ruedas y el sonido se mezcla con la respiración tranquila de las dos niñas dormidas en los asientos traseros.

Andreas y Lysander discuten algo en un tono animado pero contenido, como si intuyeran que este momento no admite demasiado alboroto.

En el asiento del copiloto, Thalia va en silencio. Desde que entramos en este tramo, no dijo una sola palabra.

Aparco frente a la casa y, por un instante, nadie se mueve. Es una construcción simple y elegante. Amplia. A un paso de la arena. Líneas blancas y ventanales enormes que dejan entrar la luz.

Hay un porche de madera oscura con mecedoras y un jardín recién plantado que aún no se impuso sobre la tierra seca.

Abro la puerta del coche y, en silencio, rodeo el vehículo para ayudar con las niñas. Thalia ya se ha desabrochado el cinturón, pero no hace el gesto de salir.

—¿Dónde estamos? —pregunta por fin.

—Solo en un lugar que quería enseñarte —respondo, abriendo la puerta de atrás con cuidado—. Pueden seguir durmiendo. Podemos llevar los capazos hasta dentro.

Andreas y Lysander ya bajaron y, como cualquier niño que huele aventura, corren hacia el portón de hierro entreabierto, que se queja con el viento.

Thalia los observa un segundo, duda, pero baja también, arreglándose el moño flojo.

Entramos en el jardín sin ruido. Las piedras que llevan a la puerta están demasiado limpias. Los cristales, impecables. Las cerraduras, nuevas. Le pongo la llave en la mano.

—Abre tú.

Thalia me mira, insegura.

—Alekos… ¿qué es esto?

—Lo verás —murmuro.

Al final obedece. Gira la llave. La puerta se abre con un clic suave y revela un interior claro, inundado de sol. Huele a nuevo. A posibilidades.

Los niños se dispersan enseguida, explorándolo todo con la curiosidad natural de quien siempre cree que hay un castillo escondido tras cada puerta. Thalia, en cambio, se queda quieta en la entrada, como si no supiera si debe entrar.

—Es preciosa —dice al fin, en voz baja. Sincera.

Asiento. Me acerco despacio, sin cruzar la línea invisible que parece haber trazado entre ella y lo que tiene delante.

—Quería tu aprobación antes de cerrar la compra —explico, manteniendo el tono neutro.

Ella gira la cara despacio.

—¿Compra? ¿Piensas comprar una casa en Kassandria? —pregunta, parpadeando varias veces.

—Sí. Esta. Si tú la apruebas.

Thalia abre y cierra la boca un par de veces antes de encontrar la frase.

—¿Por qué? ¿Por qué necesitarías mi aprobación?

Respiro hondo. Las manos en los bolsillos. El crucifijo pesa más de lo que debería.

—Porque ellas van a crecer aquí también.

Se queda callada y el eco de «van a crecer aquí también» parece vibrar entre nosotros.

Da un paso más hacia dentro. Los dedos rozan el marco de la puerta. Sus ojos recorren los espacios con una atención vacilante, como si intentara leer la intención detrás de cada detalle.

—Quieres comprar esta casa —repite, como si necesitara oírlo de nuevo.

—Eso.

Me mira con el ceño apretado, la frente apenas fruncida.

—¿Pero… vas a vivir aquí? ¿En Kassandria?

—Sí. —La palabra me sale firme, y me sorprende incluso a mí—. Ya estoy organizándolo todo. La escuela de los niños. La rutina. Los ajustes en el despacho. Todo.

La confusión en su cara crece: sutil, pero clara.

—Pero, Alekos… tú vas y vienes de Atenas todo el tiempo. Kassandria está aún más lejos de todo que Aletheia. No hay una escuela como la de los chicos, no hay infraestructura. Es una isla pequeña, no tiene…

—Me voy a jubilar —digo, cortándole la lista antes de que termine.

El impacto le llega como una ola. Se queda congelada un segundo entero. Y cuando habla, la voz le sale baja, atónita.

—¿Vas a… qué?

Suelto una risa breve.

—Jubilarme. No es tan inesperado. Tengo cuarenta y cinco años, Thalia. Podría trabajar hasta los sesenta, setenta… claro. Pero no quiero. Voy a dejar la presidencia de la empresa. La rutina. Todo lo que me ha mantenido lejos de mis hijos —explico, sin apartar la mirada—. Ya empecé el proceso. Llevará un tiempo dejarlo todo en orden, pero no pienso alargarlo. Tengo un equipo listo para asumir.

Seguiré desde lejos, quizá invierta en algo nuevo, algo que ocupe mi mente cuando sea necesario. Pero no quiero que mi tiempo esté ocupado.

No responde enseguida. Solo me mira. Y cada segundo de ese silencio me muestra la misma verdad: Thalia aún espera que yo huya. Aún cree que esto puede ser temporal. Un impulso.

—Quiero verlos crecer, Thalia —sigo—. Ver cada paso. Cada diente que se cae. Cada cumpleaños. Cada descubrimiento. Y lo de la escuela… tendrán tutores. El mismo currículo. El mismo nivel. Solo que aquí.

Ella sigue aturdida. Mira al suelo. Luego sube la vista hasta mí.

—Pero… pero…

Doy un paso hacia ella, despacio. Sin tocarla. Solo para que sepa que estoy aquí. Que lo digo en serio. Que no voy a correr otra vez.

—Mi lugar —digo con calma— es donde estén Ariana, Theodora… y tú.

Su nombre queda en el aire como una oración. Un ruego. Una promesa.

—Ya te saqué de la vida de ellos una vez. No voy a cometer ese error otra vez. A menos que… a menos que tú no me quieras cerca, de forma permanente. Entonces…

—¡No! —me corta tan rápido que suena a sobresalto. Y enseguida, como si se diera cuenta, baja el tono—. No es eso. Yo solo… me tomaste por sorpresa.

Asiento despacio.

Ella traga saliva. Mira alrededor, buscando dónde apoyar el torbellino.

—Es una buena noticia. Es una… excelente noticia. Estoy… estoy feliz.

Sonrío. Una sonrisa pequeña. Frágil. Casi esperanzada. Pero Thalia parpadea y corrige con prisa:

—Por las niñas. Estoy feliz por las niñas.

Asiento. No digo nada.

No hace falta.

Porque en ese instante veo lo que quizá nadie más vería: el alivio contenido en sus hombros. La sombra de una sonrisa que aún no se atreve a sostener. Y un destello en sus ojos —pequeño, pero real.

Esperanza.

De qué… no lo sé.

Pero cualquier sentimiento bueno que yo sea capaz de despertar en Thalia es, para mí, motivo de alegría.

77.

THALIA ESPERAKIS

El sonido del agua golpeando la loza llena el silencio de la cocina. El jabón se escurre por mis manos como si intentara llevarse con él el nudo que crece en mi pecho desde que Alekos salió por la puerta.

«Me voy a mudar a Kassandria».

Las palabras siguen reverberando en mi cabeza, como si las hubiera dicho ahora, con la misma calma, la misma certeza absurda. Y cuanto más pienso en ellas, más siento que el cuerpo entero quiere vibrar de alegría… y correr en dirección contraria.

Enjuago un plato con más fuerza de la necesaria. La espuma salpica el fregadero. Suspiro. Cojo el siguiente. La cocina está en silencio. Las niñas duermen. La casa está tranquila. Pero dentro de mí… una tormenta.

Dijo que va a jubilarse.

Alekos Theodorakis.

El hombre que vivía para los negocios. Que no se perdía un día de trabajo ni con fiebre alta o terremoto. Va a dejarlo todo. Va a traer a los niños. Va a construir una vida aquí.

¿Conmigo?

El plato se me resbala y golpea el fregadero con un chasquido sordo. Cierro los ojos y respiro hondo.

No. No dijo eso. No con esas palabras. No me pidió nada. No me propuso nada. Solo dijo que quiere estar cerca de sus hijas. De sus hijos. Que quiere… estar cerca.

Apoyo las manos, aún mojadas, en el borde del fregadero. Miro por la ventana. La luz suave del final de la tarde cubre los árboles del patio con un dorado demasiado bonito para el caos que tengo dentro.

Esto es todo lo que siempre quise. Todo.

Ver a los niños jugando con las niñas. Sentir la casa llena. Oír risas desde todas partes. Tener una familia completa. Tener a Alekos… cerca.

Las lágrimas amenazan, pero no las dejo salir. Trago. Me contengo. Porque no es tristeza. Es miedo.

Miedo de volver a creer. Miedo de volver a abrir los brazos. Miedo de llamar milagro a algo que quizá solo sea… una fase. Un gesto de culpa. Una reparación que dure exactamente lo que dure el arrepentimiento.

Quizá de verdad cambió. Quizá se arrepiente de verdad. Pero… ¿y si no basta? ¿Y si se va otra vez? ¿Cómo voy a proteger a mis hijas de ese tipo de dolor si yo también estoy hecha trizas? No puedo pensar solo en mí. Solo en lo que quizá estoy empezando a querer.

Me giro, apoyo la espalda en el armario y me deslizo despacio hasta sentarme en el suelo de la cocina. Las manos sobre el regazo. Los ojos fijos en nada.

—Dios… —susurro—. Tú sabes cuánto lo amé. Sabes cuánto… cuánto sigue dentro de mí. Pero también sabes cuánto dolió. Ayúdame a entender. A discernir. A proteger a mis hijas… y a no esconderme detrás de ellas.

El silencio me envuelve como un manto. Afuera cantan pájaros. Dentro, solo estoy yo. Y Dios.

Y quizá eso… sea el inicio de la respuesta.

Los niños corren por el salón de la casa nueva de Alekos como si el mundo no pudiera contenerlos.

La mudanza fue rápida, eficiente, y es extraño estar otra vez metida en este lugar. Las paredes y el suelo pueden ser distintos, pero la aura es la misma: la suya.

Los rostros del personal también son los mismos. Están llegando poco a poco; aún faltan Sofía y algunos más, que vendrán al final, cuando terminen de organizar la casa en Aletheia. Pero los que ya están, los conozco: el cocinero, el jardinero, dos de las asistentes… y un puñado de gente que fue bueno volver a ver, a pesar de todo.

Ariana y Theodora juegan a esconder muñecos bajo los cojines del sofá, con risitas pequeñas y descoordinadas.

Andreas y Lysander las siguen con una paciencia recién descubierta —o fingida— que yo no había visto antes. Ninguna orden mía conseguiría eso. Solo ellas.

El salón está bañado en una luz dorada. El sol de la tarde entra por los ventanales y un calor suave se extiende por el suelo, por los juguetes, por el pelo despeinado de los niños, por la punta de mis dedos.

—Va a empezar a refrescar —murmuro, más para mí que para ellos. La brisa que entra por el porche ya me eriza los brazos—. Voy a por una manta.

Alekos, sentado junto a la estantería, observa a los cuatro. Sus ojos siguen a Ariana, luego a Lysander, luego a Theodora… luego a Andreas.

Se levanta al mismo tiempo que yo.

Vamos hacia el armario del pasillo. El mismo.

La casa es suya, pero él se empeñó en guiarme por cada habitación y en decirme que quería que yo me sintiera en casa cada vez que estuviera aquí. Su casa era la casa de Ariana y Theodora. Y la casa de ellas era la mía.

No creo que tenga idea del peso que esas palabras dejaron en mi corazón.

Pero, de todos modos, sé exactamente dónde está lo que busco.

Mis pasos y los de Alekos coinciden en el pasillo y ninguno de los dos se detiene, no sé por qué.

No hasta que nuestras manos levantadas también coinciden.

Toco el tirador en el mismo instante que él. Metal frío. Piel caliente.

Sus dedos rozan los míos. No a propósito, pero rozan.

Y todo se congela.

El pecho se me detiene. El aire también.

Nos miramos. Él me viene mirando con cuidado, con respeto, con reverencia incluso. Pero ahora… ahora es distinto.

Hay algo en sus ojos que me deja sin suelo: deseo contenido. No el deseo salvaje de hace tres años, sino algo más hondo. Doloroso. Casi devoto. ¿Nostalgia?

Un segundo. Dos. Tres.

La respiración de Alekos cambia. Lo noto. Lo siento.

Y la mía responde.

El aire se vuelve espeso, casi sólido. La manta entre nosotros, olvidada.

Me aparto.

Un paso. Un suspiro.

—Perdón —susurro, incapaz de sostenerle la mirada un segundo más. El corazón se me desboca. ¿Cómo puede ser? Solo un roce. Solo una mirada.

Cojo la manta con las puntas de los dedos y regreso al salón como si no hubiera pasado nada. Como si mi cuerpo no acabara de gritar su nombre en el silencio de mi mente.

Pero por dentro tiemblo. Y sé que él también.

Encuentro a los cuatro niños ya agrupados en la alfombra, rodeados de muñecos, libros, una caja de bloques y cojines tirados como barricadas de una guerra imaginaria. Alekos me sigue en silencio, pero no se acerca demasiado.

Dejo la manta sobre el respaldo del sofá y me agacho para recoger un libro abierto en el suelo.

—¿Thalia? —me llama Andreas. La voz suena ligera, pero hay una duda que me hace alzar la vista al instante.

—¿Qué pasa, cariño?

Lysander le da un codazo a su hermano, como diciendo: "habla ya".

Andreas respira hondo, se acomoda en el cojín y pregunta como quien no quiere la cosa:

—¿Tú y las niñas… podríais dormir aquí el fin de semana que viene?

Me quedo helada.

—Es que… es nuestro cumpleaños el domingo —añade Lysander, intentando disimular la ilusión—. Y no queremos solo fiesta. Os queremos a vosotras.

Se me salta una latida. Miro a Alekos. Está junto a la estantería, observando, pero no interviene.

—Y pensamos —sigue Andreas, ganando confianza— que podríamos hacer un paseo en barco. Como los que hacíamos cuando tú todavía vivías con nosotros.

—¡Puedo pedirle a papá que reserve el barco con el capitán Niko! —se entusiasma Lysander—. ¡Y llevamos comida! ¡Hasta podemos hacer picnic en el barco!

—Y ver el atardecer juntos. ¿Te acuerdas? Tú siempre decías que el sol bajaba más bonito en el mar…

Se me encoge el estómago. Los ojos se me llenan. Me los limpio rápido con los dedos.

—¿Entonces? ¿Te apuntas? —pregunta Andreas, con una esperanza ya visible. Me miran como si la respuesta fuera lo más importante del mundo.

Y quizá lo sea.

Alekos sigue callado, como si este momento no fuera suyo. Como si fuera una elección solo mía.

Inhalo despacio. Miro a las niñas: Ariana mastica un trocito de galleta; Theodora está tirada sobre un cojín, con las piernas al aire, sonriendo a nadie. Están tranquilas. En paz.

Vuelvo la mirada hacia los gemelos.

—Claro que sí —respondo, con una sonrisa pequeña, pero llena—. Nos va a encantar.

Los dos saltan a la vez, celebrándolo como si hubieran ganado un campeonato.

—¡Puedo ayudarte a preparar las mochilas! —ofrece Lysander.

—¡Y yo voy a pedirle a Tiago que haga tarta de chocolate! —dice Andreas—. ¡Tu favorita!

—¿El cumpleaños es vuestro y yo me llevo mi tarta favorita?

Se encogen de hombros a la vez.

—Nosotros ya ganamos el regalo que queríamos.

Alekos me mira. Solo entonces. Y lo que veo ahí… es gratitud. Silenciosa, intensa, imposible de decir. Yo solo sonrío.

Por fuera todo parece tranquilo.

Por dentro soy un mar entero en movimiento.

78.

ALEKOS THEODORAKIS

El sol ya empieza a bajar cuando doblo la esquina de la callejuela que lleva a la casa donde Thalia vive con las niñas. Kassandria tiene ese aire de postal olvidada: flores en las ventanas, ropa en los

tendederos, aceras de piedra marcadas de sal. Y silencio. Mucho silencio.

Aparco en el sitio de siempre, apago el motor y repaso con la mirada la fachada. La puerta aún no está abierta. Creo que tendré que llamar, pero basta con girar la cabeza para verla.

Thalia está fuera, junto a la verja de hierro, hablando con un hombre.

Lleva un vestido claro que se mueve con el viento de la tarde. El pelo recogido en un moño flojo, con mechones sueltos alrededor de la cara… esos mechones que ella siempre se coloca detrás de la oreja, como si no se permitiera desordenarse.

Se me oprime el pecho. Más de lo que debería. Más de lo razonable.

El hombre es alto, moreno, de gesto fácil. Va con pantalón claro y camiseta azul marino. En el brazo izquierdo lleva una cesta de pan. Y tiene una sonrisa demasiado suelta.

Demasiado.

Ella se ríe.

No esa risa que ofrece intimidad. Esa risa genuina. Sin filtro. Sin cálculo.

Exactamente como la risa que una vez fue mía.

¿Quién es? ¿Cómo es posible que nunca lo haya visto en todo este tiempo, y que yo esté aquí, y que ellos dos se vean así de… así de cercanos?

Él dice algo y le toca el hombro, un gesto rápido, casi distraído. Pero basta. Basta para que algo dentro de mí se contraiga.

No avanzo. No me acerco. Solo observo.

Por un instante, todo en el pecho se detiene. Las manos aprietan el volante. La mandíbula se endurece. Intento controlarlo. Intento razonar. Pero no puedo.

Porque aunque sepa que no tengo derecho a nada… lo que veo me desgarra.

Él la conoce. Sabe dónde vive. Compra el pan cerca. Quizá vio a las niñas. Quizá conoce los horarios. Quizá ya preguntó… si hay alguien.

Ella no le devuelve el toque igual, pero se ríe con él y eso… eso me mata.

No hay rabia. No hay explosión. Solo un duelo mudo, de esos que se te van al estómago, queman por dentro y hacen del corazón un órgano con grietas.

Thalia no me pertenece. Ya no.

Pero el amor no entiende de reglas. Solo mira. Y sufre.

Y tan cierto como el cielo es azul es que yo nunca dejé de amarla. Ni en mis peores días. Ni cuando culparla parecía la única rendija por donde respirar. Ni entonces dejé de amarla.

Convertirla en la peor mujer fue la única forma de sobrevivir a aquellos días; la única forma de no ser enterrado por los recuerdos que me mataban de nostalgia.

Se despiden con sonrisas enormes. Thalia entra en casa. El hombre vuelve al final de la calle silbando.

Y yo sigo aquí, con los puños cerrados sobre el regazo, y la certeza de que, aunque crucé océanos para llegar hasta aquí… hay cosas que no se recuperan.

La verja se abre.

Thalia sale con Ariana en brazos, Theodora de la mano. Lleva un bolsito colgado al hombro.

Bajo del coche y abro la puerta de atrás. Ella agradece con un gesto leve y coloca a las niñas en las sillitas. Cierro con cuidado. Doy la vuelta y entro yo también, sin decir nada.

El silencio cae de inmediato. Absoluto.

Ella mira al frente, las manos en el regazo. Las niñas ya están entretenidas con los juguetes colgados en los respaldos; se ríen bajito, se dicen sonidos incomprensibles —lenguaje secreto de gemelas.

Pero entre Thalia y yo no hay nada. Solo las palabras que ella le dijo a ese hombre y yo no sé cuáles fueron. Y las que yo no me atrevo a decirle.

La mano derecha sujeta el volante con más fuerza de la necesaria. La izquierda aprieta la palanca de cambios, disimulando la tensión. Conducir siempre fue control. Ahora es contención.

Siento su cuerpo a mi lado —tan cerca—, pero la mente… ya se fue. Quizá nunca volvió.

Respiro hondo, intentando apartar el sabor metálico que se me instaló en la boca desde que vi la sonrisa. Desde que vi el toque.

No tienes derecho, me repito. No tienes derecho. No lo tienes.

Pero es difícil decírselo al hombre que un día creyó que tendría el mundo entero si solo tenía el sí de ella.

—¿Estás bien? —pregunta Thalia. Aparto la vista de la carretera un segundo. Tiene el ceño fruncido y me obligo a respirar despacio.

—Estoy… solo con la cabeza llena.

Asiente.

—¿Te hice esperar mucho?

No resisto y se le escapa una risa corta.

—Llegaste antes, Alekos. Como siempre. Y la verdad es que ni me di cuenta del tiempo. Un amigo volvió a la isla después de unos meses fuera. Trabaja embarcado, así que pasa más tiempo en el mar que en tierra. Estaba hablando con él cuando llegaste.

Me dice todo lo que yo quería saber y jamás preguntaría. «Un amigo», dice.

Pero por cómo la miró, por cómo la tocó, por cómo se empeñó en hacerla reír, yo podría apostar el brazo derecho a que "amigo" no es todo lo que él quiere ser en la vida de Thalia.

—¿Durmieron bien? —me obligo a preguntar cuando el silencio y los celos empiezan a ahogarme.

—Durmieron —responde sin girarse—. Estaban ilusionadas con lo del fin de semana.

Asiento. Y es lo máximo de conversación que consigo sostener.

El resto del trayecto es así: palabras tragadas, pensamientos apretados, y una sombra que no se disuelve ni con el atardecer.

Porque, por primera vez, lo que siento no es rabia. Es duelo.

Duelo por el futuro que imaginé. Por la familia que casi tuve. Por la mujer que ya no me mira como antes. Por la vida que, por mi culpa… ya nunca será posible.

Por una felicidad que quizá yo no merezca vivir, pero que Thalia sí merece. Y no es justo que la pierda solo porque yo no supe valorarla.

***

No consigo respirar bien.

Ya me quité la chaqueta. Ya lancé el móvil al sillón. Ya abrí la puerta del porche, la cerré, la volví a abrir. La camisa se me pega a la espalda por un calor que no viene del clima: viene de dentro. De esa parte de mí que se niega a enfriarse.

La casa está en silencio. Las niñas duermen en el cuarto de los niños y Thalia está en el cuarto de invitados. O quizá en el de las niñas. No lo sé. Apenas me miró desde que llegamos. ¿Y por qué lo haría?

Me sudan las manos. La nuca está tensa. La mandíbula trabada.

En mi nuevo despacho camino de un lado a otro como un animal enjaulado. Me siento. Me levanto. Me vuelvo a sentar. Apoyo la frente en el ventanal del porche. El cristal está frío. Casi duele.

La imagen del vecino riéndose sigue pegada al fondo de mis ojos. El toque en el hombro. La manera en que ella sonrió.

Dios… ¿por qué aún tiene ese efecto en mí?

¿Por qué este maldito nudo en el pecho no se va?

¿Por qué, incluso después de todo, incluso sabiendo que yo soy el culpable de lo que perdimos… sigue doliendo pensar que ella pueda sonreírle a otro hombre así?

—¿Qué demonios me pasa? —susurro, y la voz me sale más débil de lo que esperaba, como si ni ella tuviera fuerzas.

Cierro los ojos y respiro hondo. Me cubro la cara con las palmas. Me froto los ojos, la barbilla, el cuero cabelludo. Cualquier gesto para aliviar la presión. Pero no ayuda. Porque no es solo celos.

Es amor. Y miedo. Y culpa. Y esa vergüenza que me arrastra desde que miré a Thalia por primera vez y ya no vi el reflejo del dolor: vi dignidad.

Por primera vez en días entro en la biblioteca. Las luces están apagadas. La madera oscura brilla con la claridad que se cuela desde el porche.

Me acerco a la ventana abierta, miro el cielo, la noche que no me responde. Y entonces dejo escapar, por fin, la pregunta que me consume:

—¿Por qué me dejas sentir esto todavía? —murmuro, casi con rabia—. ¿Por qué me dejas amar… si no soy digno de ser amado?

El silencio responde con el rumor del mar, lejano.

Apoyo las manos en el alféizar y bajo la cabeza, el cuerpo doblado como si cargara un peso que no me pertenece, pero que yo insistí en sostener durante años.

—Yo no soy ese hombre, ¿entiendes? —digo entre dientes—. No soy bueno. No fui un buen marido. No fui un buen padre. No fui un buen novio… ni nada de lo que ella merecía. Y aun así… ella sigue ahí.

Agarro el borde con fuerza. La madera cruje. El pecho también.

—Ella me perdonó. No entiendo cómo. No entiendo por qué. Pero… ¿y si ella vuelve a sonreír así para otro hombre? ¿Y si ese toque se vuelve rutina? ¿Y si mis hijas empiezan a llamarlo "papá"? ¿Y si…?

Cierro los ojos. Trago saliva. El cuerpo se me contrae.

—No quiero volver a equivocarme. No con ellas. No con ella. Pero… no sé cómo. No sé qué hacer con este amor. Con este dolor. Con este miedo.

La respiración se vuelve irregular. La piel húmeda. La camisa pegada a la espalda.

Y ahí, por fin, entiendo que resistirme ya no sirve. Las palabras salieron, pero no basta.

Ahora… ahora viene la parte en la que tengo que arrodillarme.

Lo hago despacio. El suelo cruje bajo mis rodillas, pero no me quejo. El dolor físico… casi alivia.

Cierro los ojos.

Respiro una. Dos. Tres veces. El pecho arde, como si las palabras hubieran estado atrapadas demasiado tiempo y ya no pudiera contenerlas.

—No sé por dónde empezar.

La voz me sale ronca, temblorosa.

—En realidad… sí lo sé.

Las manos, sobre los muslos, aprietan la tela del pantalón como si pudieran frenar el temblor de los dedos.

—Destruí a mi familia.

Silencio. Solo la noche de testigo.

—Me diste un regalo. Me diste una mujer que me amó cuando yo ni sabía qué era amar. Me diste hijos. Hijos que se rieron conmigo, que confiaron en mí incluso después de haber perdido a su madre. Y cuando tuve todo eso… lo tiré.

La cabeza baja. La nuca tensa.

—La acusé de lo peor. Le grité. La hice arrodillarse. La hice suplicar. Y aun así… me fui. Abandoné. Rechacé. Y ella… ella todavía me perdonó.

Se me oprime el pecho. Me arden los ojos.

—¿Cómo puede alguien… cómo puede alguien tener ese tipo de amor dentro del pecho?

Las lágrimas llegan despacio. Calientes. Silenciosas. Como el dolor que arrastran.

—Y ahora… ahora veo. Ahora entiendo. Todo esto… esto es misericordia. No castigo. Porque el castigo habría sido el vacío. El olvido. El derecho a no verlos nunca más.

Cierro los ojos con fuerza y la respiración me falla.

—Pero me dejaste ver. Me dejaste oír sus risas. Me dejaste tocarles la cara, mecer sus rabietas, escuchar sus pasos pequeños corriendo por la casa. Me diste otra oportunidad. No con ella. Nunca más con ella. Lo sé. Lo sé: ese lugar lo perdí. Para siempre.

Los hombros me tiemblan, el cuerpo encogido.

—Tuve la oportunidad de ser el hombre de su vida. Y la rechacé. La rechacé… con fuerza. Con violencia. Y ahora… lo único que me queda es mirar.

Alzo la cabeza. Los ojos, empapados, fijos en la oscuridad del jardín.

—Ella va a amar otra vez. Claro que sí. Es demasiado bonita. Demasiado fuerte. Demasiado buena. Va a aparecer alguien. Alguien entero. Alguien que no se haya pasado la vida huyendo de lo bueno. Alguien que no haya apaleado sus propios sentimientos por orgullo, por miedo. Alguien… mejor que yo.

La voz se me quiebra y, por primera vez, el llanto sale alto.

—Y cuando eso pase… cuando ella sonría de esa manera que es solo suya para otro hombre… cuando mis hijas empiecen a llamarlo por su nombre… ayúdame, Dios. Por favor. Porque no sé si voy a aguantar.

Me cubro la cara. Las lágrimas caen sin resistencia.

—Dame fuerzas para verlo y dar gracias. Para mirar y decir: está feliz. Está en paz. Y eso es lo único que importa.

—Ayúdame a no desear que sea conmigo. Ayúdame a aceptar que solo soy un espectador… de una vida que debió ser mía. Que destruí con mis propias manos.

El silencio de la madrugada parece más profundo, como si escuchara, como si entendiera.

—No estoy pidiendo volver. No estoy pidiendo otra oportunidad con ella. Solo quiero… que la amen como merece. Que alguien vea todo lo que es… y se arrodille ante eso. Que alguien la elija cada día. Como yo debería haber hecho.

Las palabras me salen casi en un sollozo:

—Y por favor… por favor, Dios… si de verdad estás oyendo… no dejes que ella acepte de nadie menos amor, menos nada, de lo que merece.

Aprieto los puños contra el suelo. La frente contra la madera. Y ahí, rendido, sudado, exhausto, y por fin vacío de excusas… me entrego.

79.

THALIA ESPERAKIS

El primer temblor me llega a las manos. Pequeño. Inofensivo. Luego las rodillas flaquean, las piernas me tiemblan y el cuerpo entero lo siente, como si el alma —después de años callada— hubiera encontrado por fin el volumen máximo de su propio dolor.

Me llevo la mano a la boca antes de que el sonido salga, pero sale: un sollozo agudo, ahogado por mis dedos cerrados. Un llanto que ya no sabe esperar el momento correcto.

La espalda se me apoya en la pared del pasillo. Los ojos apretados. La respiración descompasada.

—Dios… —susurro contra la palma—. ¿Qué fue eso…?

No debería haber oído. No era para estar ahí.

Solo iba a buscar un vaso de agua. Demasiado inquieta como para dormir bajo este techo. Pero no consigo lamentarlo.

Porque aquello… aquello no fue solo una oración. Fue una confesión. Un lamento. Una despedida. Y, de alguna manera extraña, también fue amor.

Amor real.

Amor que duele.

Amor verdadero.

Se me comprime el pecho como si intentara contener una ola que ya me arrasó. Siento el sabor salado de las lágrimas antes siquiera de darme cuenta de que caen.

Una. Dos. Diez. Cientos.

Bajan como si también hubieran estado contenidas demasiado tiempo. Como si el cuerpo fuera ahora solo el camino por donde todo lo que siento necesitara pasar.

Alekos…

Dios mío.

Rezaba.

Ya no es el hombre que me quebró.

Ya no es el hombre que me gritó palabras que aún hoy resuenan en las paredes de mi silencio.

No pidió nada. Ni perdón. Ni otra oportunidad. Ni amor.

Solo pidió mi felicidad.

Y eso… eso nadie lo finge. Nadie reza así por alguien a quien no ama.

Me encojo allí, en el pasillo, y lloro como quien acaba de ser desmontada. Sé que debería levantarme, que quedarme es arriesgado, que basta un sollozo más alto para que me descubran… pero todavía no puedo moverme.

No porque lo ame. No porque lo odie.

Sino porque… yo también estoy cansada de luchar contra lo que siento.

Y aun así, no sé si puedo creer que Dios todavía quiera esto para mí.

Después de todo. Después de tanto dolor.

Apoyo la frente en las rodillas. Abrazo las piernas. Respiro. Espero.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí. Solo sé que, cuando por fin me levanto, soy otra.

Más frágil. Más verdadera. Más cerca de Dios. Más cerca… de Alekos.

***

—Sabía que iba a encontrarte aquí —dice una voz a mi espalda, y me quedo helada.

Estoy en la cocina desde las cinco. Las niñas siguen dormidas, los niños también. La casa no despertó del todo, pero yo sí.

Me levanté demasiado pronto después de una noche sin sueño. El cuerpo cansado, la mente inquieta. Aún siento el sabor de la madrugada en la boca: ese silencio húmedo, dolido, mojado por las lágrimas que tapé con la mano.

¿Cómo habría podido dormir después de aquello?

Miro la fruta que corté con más calma de la que en realidad tenía, buscando valor. El zumo ya está en la jarra de cristal. Las rebanadas de pan ordenadas como si dedicarme a eso bastara para calmar lo que se agita dentro de mí.

Cierro los ojos, respiro hondo y me giro despacio.

Alekos está en medio de la cocina, con las mangas remangadas hasta los antebrazos, la mirada más serena de lo que esperaba.

—Los viejos hábitos no mueren, ¿verdad? —continúa, con media sonrisa—. Sigues despertándote antes que todos… y sigues insistiendo en hacer el zumo de los niños aunque tengas una casa llena de empleados.

—Es automático —murmuro, bajando la vista otra vez a la tabla de madera—. Me gusta hacerlo. Siempre me gustó.

—También eras así en Aletheia —dice, y el nombre de la isla donde todo empezó me aprieta el centro del pecho.

Asiento. Sin saber si sonrío. Sin saber si hablo.

Alekos se acerca un poco. Sus pasos son lentos, cuidadosos. Se aproxima, pero no invade. Coge una fruta del frutero y la hace girar entre las manos, sin mirarme del todo.

—¿Podemos hablar? —pregunta, y esta vez sus ojos buscan los míos.

El corazón se me dispara.

—Sí —respondo. La voz se me quiebra al inicio, pero se afirma al final.

Asiente y me invita con un gesto.

—Podemos usar el despacho —dice.

Lo sigo. La respiración corta. La piel caliente. Cada paso resuena como un martillo en las paredes de mi memoria.

Veo abrirse la puerta del despacho y por un segundo la imagen de anoche me golpea con violencia: Alekos arrodillado, la cara tapada con las manos, la voz temblando de dolor.

Entro. Él me aparta una silla, como siempre hacía… pero ahora ese gesto me parece más íntimo. Más denso. Me siento. Espero.

Alekos se inclina un instante y coge una carpeta de encima de la mesa. De dentro saca un sobre blanco, grueso, sellado.

Lo deja en la mesa, entre los dos.

No dice nada durante unos segundos. Solo lo mira. Luego me mira a mí.

—Esto no es una petición —empieza, con la voz baja—. No es un intento de compensar nada. No es una moneda de cambio ni un gesto noble. Es solo… lo que tenía que hacer.

Me quedo en silencio, con la garganta apretada. El sobre parece pesar más que cualquier cosa que hayan puesto delante de mí.

—La cuenta está a tu nombre. Y al de ellas. Las propiedades también. Las inversiones, los fondos… todo.

—¿Qué? —pregunto, frunciendo el ceño.

Abro el sobre y saco un montón de documentos. Recorro las líneas sin entender más que la mitad, pero algunas cosas son intuitivas: contratos de apertura de cuentas bancarias, escrituras, un documento de un fondo fiduciario…

Se me contrae el corazón.

—Alekos…

—No tienes que darme las gracias. Y no tienes que aceptarlo si no quieres. Yo solo…

Se pasa la mano por la cara. Cierra los ojos un instante. Cuando los abre, la mirada está más desnuda de lo que jamás estuvo.

—Necesitaba hacer esto por ellas. Por ti. Porque… es lo único que puedo hacer.

Se me corta la respiración.

—¿Lo único? —repito, sin entender.

Se ríe, sin humor.

—Todo lo bueno que tengo, Thalia. Todo lo que vale algo. —Apoya las manos en la mesa; los hombros pesados, el alma más—. Yo soy muy distinto a ti. No veo belleza en lo simple. No sé ser ligero. No sé perdonar fácil. Y cuando por fin vi algo bueno en mi vida… lo destruí.

Silencio.

—No tengo nada más —susurra—. Nada más que dinero. Patrimonio. Y tal vez eso sirva para algo. Tal vez eso permita que ellos estén cerca de ti. Cerca de personas como tú.

Sus palabras me rozan como un viento caliente que quema. Y entonces todo encaja.

Lo que me está diciendo… y lo que no me está diciendo.

La voz de anoche. Las frases cortadas. La oración. La herida.

—¿Tú… tú de verdad crees eso? —pregunto, con un nudo apretado en el fondo de la garganta.

Me mira.

Y lo que veo ahí no es arrogancia. No es orgullo.

Es vergüenza.

Es la herida cruda de alguien que jamás se vio digno.

Y en ese instante veo el alma de Alekos Theodorakis. Veo sus sombras, sus vacíos, las grietas que intenta ocultar con estructura y control. Veo el dolor que carga en los hombros desde mucho antes que yo. Desde el principio.

Y entiendo.

Entiendo que no está intentando comprar mi perdón. De verdad cree que no tiene nada más para ofrecer. Nada más que esto. Porque todavía se ve como alguien demasiado roto para merecer algo distinto.

—¿Qué tengo yo de bueno para darles a nuestras hijas? —pregunta, y no es una pregunta. Es confesión. Lamento—. ¿Qué tengo de valor para darle a Andreas y a Lysander? No tengo nada. Nada más que esto.

La voz se le quiebra. Las manos se le tensan sobre la mesa. Sus ojos se clavan en los míos, implorando una respuesta que él ya espera que no llegue.

Y yo dejo de luchar.

Dejo de huir. Dejo de fingir que no me duele ver esto.

Alekos se castigó durante tres años. Y yo también.

Desde que reapareció, vivo en un campo minado de memoria, fe y miedo. Un miedo profundo de dar un paso y volver a caer en el abismo que casi me mató la primera vez.

Pero ahora comprendo.

Nada de esto venía de Dios.

No fue Dios quien me impidió abrazarlo cuando conoció a Ariana y Theodora. No fue Dios quien me ató la garganta cuando quise decir que estaba feliz. No fue Dios quien me hizo mirar la felicidad delante de mí y dudar si tenía derecho a tocarla.

Fui yo.

Fue el miedo.

Fue el eco del dolor convertido en cárcel.

Y tengo que elegir… si voy a seguir viviendo dentro de la celda que construí… o si voy a aceptar el perdón que ya di.

Y vivir dentro de él.

Respiro hondo. Sostengo su mirada.

—Yo nunca te pedí nada —empiezo, con la voz baja, pero firme—. Nunca te pedí explicaciones, compensaciones ni promesas. Te perdoné el día que me fui, Alekos. No porque lo merecieras. Sino porque yo lo necesitaba. Porque sabía que guardar ese dolor… no era lo que Dios quería para mí.

Me mira, conteniendo el aire.

—Tú… tú siempre creíste que tenías que demostrarme algo —sigo —. Pero lo único que yo quería… era que vieras lo que yo siempre vi.

—¿Y qué fue lo que viste? —pregunta, casi en un susurro.

Sonrío. Las lágrimas me caen, pero no son de dolor. Son de liberación.

—A un hombre al que no amaron bien. Que no aprendió a amarse. Que construyó un imperio intentando merecer existir. Pero que, cuando ama… ama con todo.

Cierra los ojos un segundo, vencido.

—Yo no soy bueno, Thalia.

—No —digo, inclinándome hacia delante—. Eres mejor que eso. Eres imperfecto. Y por eso…

La frase muere antes de terminar.

Lo que viene después lo siento entero, indiscutible. Pero no lo digo.

Porque justo en ese momento la puerta del despacho se abre con un crujido leve y uno de los empleados asoma, con una expresión cuidadosa.

—Señora, perdone que interrumpa, pero una de las niñas se despertó. Está llamando a su madre.

Me levanto al instante.

—Voy —digo, arreglándome el pelo y respirando hondo como si intentara recuperar el aire de lo que no se dijo.

Alekos también se pone de pie. No dice nada, pero sus ojos… sus ojos se vuelven espejo y me pregunto si lo entendió. La verdad está ahí: en lo que no necesité decir. En lo que él no tuvo tiempo de oír… pero ¿lo sintió?

Toco apenas el respaldo de la silla antes de salir. No como despedida, sino como ancla. Antes de dar el primer paso, giro la cara por encima del hombro.

—Luego terminamos esta conversación.

—Aquí estaré —responde, y la voz le suena distinta.

Salgo del despacho, y él se queda.

80.

THALIA ESPERAKIS

El barco se desliza sobre el agua con la calma de quien no tiene prisa por llegar a ninguna parte.

El cielo está demasiado bonito.

Bonito de una forma que incomoda, como si supiera que puede ser cruel y aun así siguiera siendo azul. El sol brilla fuerte, pero el viento es suave.

Las niñas están tumbadas sobre una toalla, con sombreros diminutos tapándoles los ojos y migas de galleta en las mejillas. Andreas explica, con toda la seriedad del mundo, las reglas de un juego inventado, y Lysander lo interrumpe cada veinte segundos solo para discrepar.

Discuten. Se ríen. Corren. Vuelven.

Alekos observa todo con una atención silenciosa. No como un extraño, sino como alguien que sabe que aún no pertenece del todo… pero está dispuesto a merecer el lugar que quiere ocupar.

Me siento en el banco de madera junto al lateral del barco, abrazándome las piernas contra el pecho. Mis pies descalzos sienten el calor del sol en la cubierta. Mis ojos, la vastedad del azul. El sonido del agua, de las carcajadas, del viento entre las velas, compone un tipo de música que no escuchaba desde hacía demasiado: la música de una vida tranquila.

Y quizá sea eso lo que más me asusta.

La tranquilidad. La sensación de permanencia. El riesgo de volver a creer. Pero no puedo evitarlo. No después de aquella conversación. No después de lo que por fin entendí.

Miro a Alekos: está agachado junto a Ariana intentando pegar una pegatina de corazón en la esquina de su sombrero. No tiene

práctica, pero tiene ganas. Tiene esfuerzo. Y quizá… quizá eso sea más que suficiente.

Theodora pierde el equilibrio y él la sujeta por reflejo. Sus brazos se cierran alrededor del cuerpecito pequeño, y ella apoya la cabeza en su hombro con naturalidad.

La escena me golpea por dentro.

Hace dos meses, ellas no sabían quién era él.

Ahora… ahora confían en él con esa clase de confianza que no se enseña; se siente.

Cierro los ojos un instante. El corazón late despacio, como si supiera que necesito silencio para oír lo que llevo tanto tiempo ignorando.

Es real.

No perfecto, no inmaculado, no indoloro. Pero real.

Esta es la vida que le pedí a Dios durante tantas noches.

Y quizá, por no haber llegado como la soñé, tardé en reconocerla. Pero ahora la reconozco.

No sé qué va a pasar mañana. Pero hoy… tengo a mis hijos. Tengo paz.

—¡Ahora solo falta la bandera! —grita Andreas con los ojos brillantes, una cuerda en las manos y un chaleco hinchable atado al pecho como si fuera armadura de caballero.

—¡Yo soy el capitán! —responde Lysander, de pie sobre el banco, una toalla azul atada a los hombros como una capa—. ¡Y mi misión es salvar el reino de las aguas heladas!

—¡Geadas! —repite Theodora, alzando un cubito de juguete.

Me río y me levanto. Voy hasta la toalla extendida y me siento entre las niñas. Me sonríen como si yo fuera la persona más importante del mundo, pero siguen jugando con sus juguetes y entre ellas.

Sentado en el otro extremo de la toalla, Alekos me dedica una sonrisa pequeña que yo le devuelvo. Él gira la cara, pero yo no aparto la mirada. Me permito observarlo de verdad por primera vez desde que volvió a mi vida.

Tiene más canas en el pelo y en la barba, pero la mandíbula marcada sigue siendo la misma. Igual que la piel bronceada y los ojos. Sigue siendo enorme, hombros anchos, brazos fuertes atravesados por venas vivas. La nariz sigue afilada. Y la manera de moverse también.

Sigue siendo el hombre más guapo que he visto.

—¿Cómo resolvemos lo de la bandera, oficial? —pregunta Alekos de pronto, volviendo a mirarme.

Abro la boca, pero al cabo de unos segundos tengo que apretar los labios para no reír.

—Mmm… déjame pensar… primero necesitamos un trozo de tela grande.

—¡Tela! —grita Andreas, levantándose de un salto—. ¡Ya sé dónde hay!

—En el armario del pasillo —dice Lysander, emocionado—. ¡Las mantas de emergencia!

—Buena idea —apruebo, levantando el pulgar—. Pero coged la más fea. Va a convertirse en arte.

Los dos salen corriendo. Alekos va detrás.

—Nada de revolverlo todo —avisa, alzando la voz con autoridad fingida—. Y no traigáis nada perfumado con romero. Odio el romero.

—¡Tú odias todo! —replica Lysander.

—¡Porque soy el comandante! —responde Andreas—. ¡Los capitanes odian muchas cosas!

Me río. Theodora me imita. Ariana aplaude sin motivo.

Minutos después vuelven con una manta beige de microfibra y un ovillo de cuerda. Alekos aparece el último, con una caja de primeros auxilios en una mano y un paquete de rotuladores y ceras en la otra.

—¿Y eso? —pregunto.

—Kit de supervivencia infantil —dice, dejándolo todo sobre la toalla—. Es un yate, Thalia. No subestimes a los arquitectos de alto nivel.

—¿Arte con material médico, es eso? —arqueo una ceja.

—Tenemos alcohol, vendas, rotuladores y cinta adhesiva. Va a funcionar.

Extienden la tela en el suelo. Ariana y Theodora gatean hasta ella con una mezcla de curiosidad y propiedad. Ariana se tumba encima; Theodora intenta arrancar el ovillo de la caja.

—¡Vamos a hacer una bandera de nuestra familia! —declara Andreas, orgulloso—. ¡Va a tener un sol, una ola, cuatro hijos y dos padres!

Se quita el chaleco que llevaba como armadura, porque ahora es artista y ya no soldado.

—¿Dos padres? —Alekos frunce el ceño.

—Usted y el caballo blanco del último juego —contesta Andreas como si fuera obvio.

Lysander ya dibuja un barco. Alekos coge un rotulador rojo y empieza a trazar algo que parece un escudo.

—¡Ariana, eso no es una galleta! —digo, sacándole la cinta adhesiva de la boca.

—¡Theo, no te comas el rotulador! —advierte Alekos a la vez.

—¡Thalia, escribe el nombre de todos! —pide Lysander—. ¡Papá, firma aquí!

Cojo un rotulador azul y escribo «Andreas, Lysander, Ariana, Theodora, Thalia, Alekos» en una esquina inferior. Las letras quedan

torcidas a propósito, como si fueran de una niña grande.

Alekos me mira y murmura:

—Falta la firma de las dos pequeñas.

Arqueo una ceja.

Él sonríe, se levanta y desaparece un segundo. Vuelve con un tubo de pintura lavable, probablemente sacado de algún otro kit de supervivencia.

—¿Puedo? —pregunta.

Asiento. Cojo a las niñas una por una, abro sus manitas y paso el pincel con pintura por la piel como si fuera una ceremonia.

—¿Listas para firmar la obra maestra?

No responden, claro. Pero cuando las guío hacia la tela, una por una, presionando sus palmas en el tejido, se ríen.

Se ríen de verdad.

Y ese sonido… ese sonido vale más que cualquier voto, cualquier joya, cualquier palabra.

Durante un instante nadie habla. Todos miran la bandera con las dos huellas pequeñas en el centro, como un sello, como si ese trozo de tela se hubiera vuelto sagrado.

—Listo. Ahora está completa —susurra Alekos.

Lo miro y casi sonrío. Casi.

Pero la sonrisa muere antes de nacer.

Porque Andreas ya está subiendo al banco. Ya tira de la cuerda. Ya ata la bandera al mástil.

Y, antes de que cualquiera de nosotros pueda decir algo, se inclina demasiado.

El cuerpo se le va, la mano resbala y él cae.

—¡MAMÁ!

La voz suena como un disparo y me pongo en pie al instante, sabiendo que me está llamando a mí.

—¡ANDREAS! —grito, pero el sonido ya llega tarde.

Su cuerpo desaparece en el mar y mis pies ya se mueven mientras el sonido de mi mundo rompiéndose otra vez retumba dentro de mi cabeza.

El mar se traga a Andreas como una boca hambrienta. El agua se cierra sobre él y ya no hay nada: ni boya, ni ruido, ni promesa de que todo irá bien.

Se quitó el maldito chaleco mientras hacíamos la bandera.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente.

—¡Thalia, espera! —oigo a Alekos detrás, pero ya es tarde.

Corro hasta el borde, me quito los zapatos de una patada y me lanzo al agua vestida.

El golpe es helado. Brutal. Cortante.

Me arranca el aire, pero no me detiene.

Nado con fuerza. Con desesperación. Con todo.

El corazón me golpea las costillas como un tambor de guerra.

¿Dónde estás, mi amor? ¿Dónde estás?

El agua es densa, turbia. Abro los ojos y me arde todo. No hay nada claro. Pero el miedo guía mis movimientos como una brújula.

No veo a Andreas… pero lo siento.

Muevo los brazos, aparto olas, me lanzo hacia una sombra oscura que vi un segundo.

Estiro la mano. Toco algo.

Brazo. Camiseta. Vida.

Tiro.

Andreas está desesperado. Los ojos abiertos, el pelo flotando, el cuerpo entero debatiéndose.

El pánico me traga y mi mundo se rompe en un segundo, pero no hay tiempo.

Intento rodearlo, pero no se deja. Está demasiado agitado. Demasiado asustado.

Tengo que retroceder. Le pongo las manos en la cara y lo obligo a mirarme, a dejar de moverse. Necesito que entienda que tiene que calmarse.

Perdemos segundos preciosos hasta que por fin deja de agitarse y entonces vuelvo a actuar.

Lo abrazo y trato de impulsarnos hacia arriba, pero… no sube. Algo lo tira hacia abajo.

Miro alrededor en esa agua turbia, con burbujas nublándome la vista, los músculos ya al límite.

Él hace un gesto débil, señalando la pared de metal detrás.

Fuerzo la vista y lo veo: su camiseta —o lo que queda de ella— está enganchada en uno de los pliegues de la escalera lateral del barco, atrapada en un gancho de seguridad que debería estar retraído.

El pánico me atraviesa como una hoja.

Tiro de nuevo y no pasa nada… salvo que los pies de Andreas dejan de moverse también. Se le cierran los ojos.

No, no, no.

¡Despierta, Andreas! ¡Despierta!

Intento sacudirlo, pero no hay tiempo. Va a respirar. Inconsciente, su cuerpo va a intentar respirar.

Bajo un poco más, luchando contra la presión en los oídos, contra el ardor en los ojos. La tela está atrapada con fuerza, enredada como una trampa invisible.

Tiro con las manos temblorosas. No puedo.

Me falta el aire, pero no puedo subir. No sin él.

El desespero me sube a la garganta como ácido. El agua a mi alrededor pesa más, se vuelve más densa. Pero Andreas está ahí.

Y me necesita.

Puedo morir. Pero él no.

Clavo los dedos, me rasgo la piel en el borde metálico. La sangre se mezcla con el agua. Aprieto los dientes.

Agarro firme y rompo la tela con las uñas, con los dientes si hace falta. Un hilo cede. Luego otro. Uno más.

El tiempo se estira como un castigo. El mundo se oscurece. El cuerpo entero grita por aire.

Pero los nudos por fin ceden y el cuerpo de Andreas flota hacia arriba, ligero.

Lo sujeto con el brazo y me impulso hacia la superficie.

Subir, subir, subir… el aire está tan cerca. Tan lejos.

Los pulmones arden. La fuerza se va. Y por un segundo creo que no lo lograré.

Todo falla.

Y entonces… algo me empuja. Una fuerza que no es solo mía. Instinto. Milagro.

El cuerpo de Andreas sube y unos brazos se hunden en el agua. Alguien lo agarra.

Está a salvo.

Está a salvo.

Pero yo… ya no tengo fuerzas.

El agua parece haberme invadido los pulmones, los oídos, la mente. Mis dedos, ya dormidos, sueltan el último fragmento de

camiseta rota.

Siento mi cuerpo flotar un segundo… y luego hundirse. Despacio.

La oscuridad me envuelve como un velo. No hay dolor. Solo cansancio. Un silencio absoluto que se traga los latidos y disuelve el último pensamiento.

La imagen de Andreas, seguro en los brazos de alguien, es lo último que veo antes de que todo desaparezca.

Cierro los ojos. Me hundo. El mundo se apaga.

Y el mar me toma.

81.

ALEKOS THEODORAKIS

Rompo la superficie del agua con un movimiento brusco, tosiendo, atragantado por la sal que me quema en los pulmones. El sol me ciega un instante y la confusión alrededor me golpea como un puñetazo.

—¡Andreas! —grito, buscando orientación, luchando contra las olas, contra el pánico—. ¡¿DÓNDE ESTÁS, HIJO?!

—¡Está aquí! —oigo la voz ronca del marinero y veo, de reojo, el cuerpo pequeño y flojo de Andreas siendo izado. Está inconsciente, pero a salvo. Los brazos fuertes del tripulante ya lo llevan hacia dentro del barco.

Un segundo de alivio. Solo un segundo.

Porque entonces lo comprendo, con el corazón hundiéndose más hondo que mi cuerpo:

Thalia no subió.

—¡Thalia! —mi grito es visceral, crudo, desesperado.

Miro alrededor girando en el agua, los brazos abriendo círculos, los ojos ardiendo de sal y miedo. No la veo. No veo nada salvo olas,

espuma y ausencia.

El pecho está a punto de explotarme cuando por fin la encuentro con la mirada.

No en la superficie.

Abajo.

Está hundiéndose.

Su cuerpo claro, ligero, casi fantasmagórico, bajando, bajando, como si el mar hubiera decidido reclamarla.

—¡No, Thalia! ¡NO!

Nado con todo. Con fuerzas que no sabía que tenía. Con la fuerza de quien no tiene elección. El corazón dispara, la sangre golpea caliente en los oídos. Los brazos parten el agua con violencia.

Me sumerjo hacia ella y el mundo de abajo me envuelve otra vez. Todo es turbio. Oscuro. Frío.

Thalia está más abajo, el vestido flotando como algas alrededor.

No se mueve.

La distancia entre nosotros parece interminable.

Me obligo a avanzar, brazos, piernas, cuerpo entero en una sola dirección.

Por favor, Dios. No así. No ella.

Mis dedos la alcanzan. Agarro la tela del pantalón con desesperación y luego su brazo, su cuerpo entero.

Está pesada, entregada, sin respuesta.

No reacciona al toque. No reacciona a mi agarre.

Tiro con fuerza y urgencia, luchando contra el agua que parece negarse a devolverme a la mujer que amo. Los pulmones me arden, la cabeza late, el pecho está a punto de estallar.

Pero no paro.

Subo con ella en brazos, su cara pegada a la mía, el pelo oscuro enredándose como algas.

Subo como quien intenta romper la superficie de una pesadilla.

Y, por fin, aire.

—¡AYUDA! —grito manteniéndole la cabeza fuera del agua—. ¡NECESITO AYUDA, AHORA!

Aparecen manos en el borde. Caen cuerdas. Baja una escalera.

Sostengo su cuerpo blando y frío con lo que me queda.

—¡Dámela, rápido! —alguien pide, y yo la entrego a varias manos desesperadas que la suben al barco.

Subo detrás, trepando con el cuerpo temblando, sin fuerza, la cabeza aún aturdida.

Llego a la cubierta y caigo de rodillas a su lado.

Alguien ya apartó a los niños.

Gracias a Dios, porque no hay color en los labios de Thalia.

No se mueve.

Y lo peor: no respira.

—No… no me hagas esto, Thalia —aprieto su pecho, soplo, vuelvo a apretar, desesperado—. Quédate conmigo, por favor. ¡Respira!

Una vez. Dos veces.

El aire sale de mí hacia ella.

Las manos me tiemblan mientras comprimo su pecho, mientras suplico, rezo, imploro.

—¡Thalia, por favor! No te vas a ir así, no ahora, no después de todo lo que vivimos, no después de todo lo que te hice pasar… ¡respira!

Otra compresión. Otro soplo.

Entonces ella se atraganta.

El cuerpo se encoge. El agua le sale por la boca, por la cara.

Respira. Con dificultad. Con dolor. Con vida.

Apoyo la frente en la suya. Me arden los ojos. Las lágrimas me caen sin pedir permiso.

—Gracias, Dios… gracias, Dios…

No logro decir nada más.

Solo le sostengo la cara entre las manos mientras alguien llama a una ambulancia en el puerto.

Volvió.

Volvió a mí.

Volvió a nosotros.

Y no voy a dejar que se vaya nunca más.

***

Las manos me siguen temblando cuando el médico aparece en la puerta de la sala de espera. No tengo idea de cuánto tiempo llevo aquí sentado en una silla incómoda, el cuerpo tenso como una cuerda a punto de romperse.

—Está estable ahora, señor Theodorakis —anuncia con calma, y ese tono neutro es como oxígeno directo a mis pulmones—. La señora Esperakis tragó mucha agua. El pulmón está frágil, pero el pronóstico es positivo. Se pondrá bien.

Cierro los ojos un instante y suelto el aire de golpe.

—¿Puedo verla?

Asiente y señala el pasillo.

—Aún está inconsciente. No sabemos cuánto tardará en despertar. Pero la presencia del señor puede ayudar.

Me levanto de un salto, casi tambaleándome. Cruzo el pasillo como si fuera el camino más importante de mi vida. Tal vez lo sea.

Gracias a Dios el barco salió de Atenas, así que volvimos allí y pudimos llevarla a un hospital grande. En Kassandria solo hay un puesto médico y tardaríamos demasiado en llegar hasta Atenas si estuviéramos en la isla.

En la puerta de la habitación respiro hondo antes de empujarla.

Thalia está en la cama, conectada a cables y tubos, el pelo extendido sobre la almohada blanca. La piel demasiado pálida. Los labios aún amoratados.

Pero viva.

Mi Thalia.

Me acerco despacio, con el corazón hecho polvo y agradecido porque está respirando. Arrastro una silla, me siento a su lado y le tomo la mano con cuidado, sintiendo el calor regresar poco a poco.

—Casi me matas hoy —murmuro, ronco, pasando el pulgar por sus dedos—. Ya te perdí una vez por mi culpa, Thalia. No puedo perderte otra vez.

Ella no reacciona, pero yo sigo, incapaz de tragarme lo que tengo en el pecho.

—Sé que no te merezco. Sé que no merezco ni la mitad de lo que me diste. Pero si abres los ojos, lo prometo… prometo pasarme la vida intentando hacerte feliz. Aunque sea de lejos. Aunque elijas a alguien mejor que yo. Solo… quédate. Quédate con nosotros.

El silencio del cuarto solo lo rompen los monitores y su respiración tenue. Y es suficiente para mantenerme anclado.

—Las niñas te necesitan. Los niños también. Y yo… Dios, no sé quién soy sin ti. Por favor, vuelve. Vuelve con nosotros. Vuelve conmigo.

Bajo la cabeza, apoyo la frente en las manos, sintiendo que quizá sea demasiado tarde para decirlo todo. Quizá rompí demasiadas cosas y las palabras ya no basten.

Pero me quedo.

Porque, si hay una posibilidad, por pequeña que sea, voy a esperar.

Esperaré a que despierte, a que me sonría, a que diga mi nombre otra vez.

Esperaré, aunque me cueste una eternidad.

—Estoy aquí contigo —digo al fin, con la voz firme aunque rota—. Para siempre, si me dejas.

Le aprieto la mano y espero.

Porque ahora, esperar es todo lo que puedo hacer.

82.

THALIA ESPERAKIS

Estoy en un lugar blanco.

Es lo único que consigo entender cuando abro los ojos por primera vez. La luz es demasiado suave, demasiado difusa, filtrada por cortinas blancas que parecen bailar despacio con el viento.

Mi cuerpo pesa. Mis párpados también. Intento moverme, pero todo duele de una forma amortiguada, lejana.

—¿Thalia?

La voz suena distante. O quizá demasiado cerca. Es familiar, grave, llena de angustia.

Alekos.

Mi mente intenta recordar qué pasó, pero todo está revuelto: imágenes sueltas, flashes de agua, cielo, miedo, manos intentando alcanzar algo que ya no está.

Intento hablar, pero la voz no sale.

—Está todo bien —murmura él con una suavidad que no encaja con su fuerza natural—. Estás a salvo ahora. Yo estoy aquí. Te vas a poner bien.

Quiero responder. No puedo.

La oscuridad vuelve, tirando de mí hacia abajo.

Me duermo.

Cuando despierto otra vez, Alekos está junto a la ventana, de espaldas. Habla con alguien en voz baja. ¿Un médico? Solo capto trozos:

—Se está recuperando bien… tardó un poco más de lo esperado, pero ahora responde… necesita reposo absoluto…

Se gira un segundo y veo su rostro. Está cansado. Ojeras profundas, barba sin afeitar, el pelo revuelto. Pero sigue siendo él.

Sigue siendo Alekos.

Y está ahí por mí.

Intento levantar la mano, moverla para que me vea, pero la energía se apaga antes de que lo consiga.

Me duermo de nuevo.

La siguiente vez que despierto es de madrugada. Hay una luz tenue cerca de la cama, proyectando sombras suaves en la pared.

Él está sentado en la silla a mi lado, inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada en las manos, durmiendo en un ángulo imposible. Su mano sujeta la mía, floja.

Lo miro un segundo entero. Dos. Tres.

El corazón se me calienta y se me oprime a la vez. No sé exactamente qué siento, pero sé que es demasiado hondo para entenderlo ahora.

Está aquí.

No se fue. No se apartó de mí.

Siento una presión leve en los dedos. Alekos me aprieta la mano, quizá soñando, quizá por instinto. Su respiración se calma; el rostro se le suaviza como si supiera —aunque esté dormido— que lo estoy mirando.

Cierro los ojos una vez más.

Pero esta vez me duermo con una sensación nueva: no estoy sola. Alekos está conmigo. Me sostiene como si no fuera a soltarme nunca.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, la luz frágil del amanecer entra por las rendijas de las cortinas, tiñendo el cuarto de una claridad silenciosa.

Estoy más consciente ahora. Más presente. Siento el latido del corazón, el peso de las mantas, la suavidad de la almohada… y recuerdo.

Recuerdo el agua helada alrededor, la quemadura en los pulmones, la imagen aterradora de Andreas atrapado en la escalera. Recuerdo mi mano soltándolo, empujándolo hacia arriba, mi cuerpo volviéndose demasiado pesado mientras el suyo subía.

Subió.

Subió, lo vi siendo sacado del agua. Vi brazos extendidos hacia él. Oí voces amortiguadas gritando su nombre.

Giro la cabeza despacio hacia un lado y él está ahí.

Alekos, en la silla junto a mí, inclinado hacia delante, sosteniéndome la mano con una firmeza delicada. Tiene la cabeza apoyada contra nuestros dedos entrelazados, y su respiración es lenta, tranquila, casi al ritmo de la mía.

Si Alekos está aquí conmigo, sujetándome así, es porque Andreas está bien. Está a salvo.

Y eso… eso es todo lo que importa.

Se le ve exhausto. El rostro marcado por el cansancio, el pelo cayéndole en la frente, una vulnerabilidad que jamás había visto en él.

El corazón me late un poco más rápido. No por susto. No por sorpresa. Sino porque por fin entiendo que estuvo aquí todo el tiempo. Y, aun dormido, no me soltó.

Mis dedos se mueven despacio, con esfuerzo, como si mi cuerpo estuviera reaprendiendo a moverse. Los suyos reaccionan al instante, apretándome con suavidad protectora.

Alekos alza la cabeza lentamente. Los ojos cansados pero atentos me encuentran.

El silencio entre nosotros es tan profundo como todo lo que aún no conseguimos decir.

Abro la boca para hablar; la garganta me raspa como si estuviera formando palabras por primera vez.

—¿Sigues aquí? —susurro, la voz débil, ronca, casi inexistente.

Se le llenan los ojos de lágrimas en menos de un segundo. Sonríe con alivio, dolor, emoción… todo mezclado. Alekos lleva mi mano a sus labios y besa mis dedos con una reverencia temblorosa.

Sonrío débil. Apenas tengo fuerzas. Los ojos vuelven a pesarme, pero antes de cerrarlos, le aprieto la mano con la poca energía que me queda.

Y esta vez, cuando me duermo, no lo suelto.

83.

ALEKOS THEODORAKIS

No recuerdo la última vez que dormí bien. Ni la última vez que respiré hondo sin sentir el sabor amargo del miedo.

La madrugada llega despacio, en silencio. El hospital está tranquilo, casi dormido; solo la luz tenue del pasillo se cuela por la puerta entreabierta de la habitación.

Thalia sigue dormida. Sigue inconsciente. Los monitores mantienen ese ritmo lento y constante, diciéndome que sigue aquí.

Que no la perdí.

El sillón junto a la cama es incómodo, duro, demasiado pequeño. Pero no importa. Paso aquí todas las horas que puedo. Todo el tiempo que no estoy cuidando de nuestros hijos, estoy con ella. Y no va a ser distinto hasta que abra los ojos y yo pueda verla de verdad.

Le sujeto la mano con firmeza. Mis dedos envuelven los suyos con cuidado. La piel aún fría, el rostro aún pálido bajo la luz tenue de la lámpara, aunque menos que hace dos días.

Respira despacio, hondo, el pecho subiendo y bajando con una paz frágil que mi corazón no consigue compartir.

Nunca sentí este miedo. Ni cuando murieron mis padres. Ni cuando Alicia se fue. Ni cuando pensé que lo había perdido todo aquella noche de hace tres años.

Este miedo es distinto.

Porque esta vez sé exactamente de qué tengo miedo: de vivir en un mundo donde Thalia ya no exista.

Cierro los ojos un instante, apoyando la frente en nuestras manos unidas.

—Estoy aquí, Thalia —susurro, con la voz áspera, raspada por el insomnio y por la emoción retenida—. Estoy aquí y no me voy. Tú tampoco puedes irte. Perdóname por no poder quedarme todo el tiempo, pero estoy cuidando de nuestros hijos, como sé que tú querrías. Te echan de menos. Preguntan por ti todo el tiempo.

Me quedo callado, escuchando el monitor marcar cada latido, cada respiración.

Los médicos insisten en que está bien, que se pondrá bien, pero entonces… ¿por qué no despierta de una vez? ¿Por qué solo tiene esos instantes en que roza la conciencia y vuelve a hundirse?

—Por favor, vuelve conmigo. Con nosotros. Yo no sé hacer esto sin ti. No quiero hacer esto sin ti.

Vuelvo a callarme. Las enfermeras pasan, las voces dan órdenes en susurros, los pasos resuenan. Nada importa. Nada salvo ella.

—Yo te eché… pero tú nunca te fuiste de mí. Ni un segundo. Tú me cambiaste y yo lo arruiné todo.

La voz se me quiebra y me limpio la cara con la manga de la camisa.

—No merezco nada de esto. Ni estar aquí. Pero rezo… todos los días… para poder seguir formando parte de tu vida.

No espero respuesta. Solo me inclino en silencio y beso su mano con devoción.

—Si despiertas, lo prometo… prometo que nunca más voy a dejar que dudes de lo importante que eres para mí. Nunca más voy a dejar que olvides cuánto te aman. Pasé la vida intentando entender qué era el amor, Thalia. Ahora lo sé. Y quiero darte eso cada día, cada segundo que me quede.

Trago el nudo que se me forma en la garganta.

—No necesito nada más, ¿entiendes? Solo necesito que estés aquí. Viva. Respirando. Existiendo. Eso es todo lo que importa para mí.

La habitación vuelve al silencio. El monitor sigue su ritmo suave. Su respiración es estable. Siento que el cansancio me domina, que los párpados pesan, que el cuerpo suplica descanso… pero no le suelto la mano.

—Por favor, Thalia… vuelve pronto.

Y ahí, en ese sillón incómodo, con la espalda encorvada y las manos temblando, me quedo.

Esperando el único milagro que pedí con toda el alma. El único que necesito para seguir existiendo: Thalia.

***

Los días se vuelven un ciclo de hospital y casa.

El cielo de Atenas parece más bajo ahora, más cargado. Las nubes son demasiado grises, el sol demasiado tímido, como si el tiempo mismo sintiera el peso de mi pecho mientras camino por la ciudad.

Duermo poco, como aún menos. Pero no fallo. No puedo fallar.

Por la noche duermo en el sillón duro junto a la cama de Thalia. Le sujeto la mano hasta quedarme dormido, con la frente apoyada en nuestras manos unidas, como si ese gesto pudiera anclar su vida a la mía.

Y de madrugada me despierto sobresaltado con cada sonido del monitor, con miedo de que vuelva a escapárseme.

Al amanecer, antes de que los niños despierten, salgo del hospital y voy a la cobertura del centro de Atenas. Es un ático que casi nunca uso, una base estratégica para viajes de negocios.

Ahora es el refugio provisional de mis cuatro hijos. El puerto seguro que necesito garantizarles, aunque todo parezca fuera de control.

Cuando entro, Andreas y Lysander ya están despiertos, esperándome con ojos grandes, ansiosos, demasiado preocupados para su edad.

—¿Alguna novedad, papá? —pregunta Lysander cada mañana, como un pequeño adulto.

—Thalia sigue descansando —respondo siempre—. Aún no despertó, pero va a estar bien. El médico dijo que progresa.

Theodora y Ariana me abrazan con fuerza, las manitas aferradas a mi cuello lo suficiente como para mantenerme respirando.

—Mamã… —dice Ariana, con los ojos confundidos.

Cada día es más difícil. Las gemelas nunca habían estado separadas de Thalia.

—Ya va a volver a casa, cariño. Está durmiendo para ponerse fuerte. Pronto, pronto se despierta —digo, y necesito que sea verdad.

Los médicos no lo dicen, pero sé que también empiezan a preocuparse. Cuatro días y, aunque los exámenes dicen que todo está bien, Thalia no permanece consciente más que unos segundos.

Desayuno con mis hijos en la mesa preparada por parte del personal que vino desde Kassandria, Sofía entre ellos. La presencia de los niños me sostiene de una forma que no sé explicar, aunque las conversaciones no tengan la alegría de antes. No sin Thalia.

Cuando tengo que volver al hospital, la tensión se instala. Lysander me aprieta la mano, Andreas se muerde los labios, las niñas se confunden y lloran bajito.

—Vuelvo pronto, lo prometo —digo como siempre, de rodillas ante ellos—. No me separo de ella. Y tampoco me separo de vosotros. Lo prometí, ¿os acordáis?

Asienten, aunque siguen inseguros. Sé que creen en mí. Pero la ausencia de Thalia, la incertidumbre, pesa sobre ellos igual que sobre mí.

Regreso al hospital con el pecho apretado, partido entre dos lugares que me necesitan. Pero al lado de ella es donde paso más tiempo. Al lado de ella es donde vuelvo a encontrarme.

Por la noche, de vuelta en su habitación, le tomo la mano otra vez. Le hablo bajito. Le cuento de los niños, de las pequeñas travesuras de Ariana, de las preguntas inteligentes de Andreas, de las historias fantásticas que inventa Lysander, de la sonrisa dulce de Theodora justo antes de dormirse.

Digo todo lo que recuerdo, todo lo que imagino, todo lo que sé que la haría sonreír si me oyera. Porque sé que necesita escucharlo. Sé que necesita volver.

—Ellos te necesitan, Thalia. Yo te necesito. Vuelve con nosotros, por favor —susurro, con la voz rota—. Esperaremos lo que haga falta, pero por favor… vuelve.

Paso la noche ahí, con la mano entrelazada en la suya. Y cuando al fin me duermo, lo hago con una esperanza frágil, pero viva: que mañana quizá sea el día en que despierte.

Quizá sea el día en que todo empiece a encajar otra vez.

84.

THALIA ESPERAKIS

Lo primero que siento es una manita acariciándome la cara. Una mano pequeña, caliente y suave, que me toca las mejillas con delicadeza, como si intentara despertarme sin asustarme.

Poco a poco llegan los sonidos. Voces bajas, susurros que parecen venir de muy lejos, pero se vuelven más claros a cada segundo.

—Madr…

La voz es baja, dulce, con una duda suave. Abro los ojos despacio, dejando que la luz entre poco a poco, y veo la escena delante de mí con una claridad que nunca voy a olvidar.

Ariana está tumbada en la cama del hospital conmigo, a mi derecha. Las manitas aún en mi cara, los ojos muy abiertos mirándome con la inocencia más pura del mundo. A mi izquierda, Theodora me observa con una expresión idéntica, abrazada a un peluche que no reconozco.

—Hola, mi amor… —consigo decir, con la voz todavía débil, ronca, pero viva.

—¡Madre! —Theodora se acerca y apoya la cabeza en la cama al oírme. Y antes de que yo pueda responder, dos sombras más grandes se aproximan deprisa.

Andreas y Lysander aparecen al lado de sus hermanas, los ojos enormes, brillantes, húmedos.

—¡Thalia! —Andreas me agarra la mano con una urgencia delicada. La voz se le rompe—. Te… te despertaste…

Apoya la cara en mi brazo, en silencio, y los hombros le tiemblan mientras llora sin hacer ruido.

Se me desborda el corazón. Una emoción demasiado grande me domina y yo también empiezo a llorar sin poder contenerme. Un

llanto libre, verdadero, lleno de gratitud, alivio, felicidad. Todo a la vez.

—Estoy aquí… estoy aquí —susurro, mientras aprieto esas manitas pequeñas, mientras siento los brazos de mis niños rodeándome con fuerza.

—Perdóname, Thalia —pide Andreas y levanta la cabeza para mirarme. Tiene la cara roja y marcada por los surcos de lágrimas que le caen sin parar—. ¡Perdóname! Es culpa mía, si no hubiera sido idiota, si no me hubiera resbalado…

Levanto las manos hacia su rostro en el acto.

—No, cariño. ¡No! —lo tiro hacia un abrazo y él se inclina sobre la cama, dejándose abrazar, pero sosteniendo su propio peso para no caer sobre las hermanas, que todavía me rodean en el colchón—. Está bien. Fue un accidente. Estas cosas pasan. Está bien —le aseguro, y él llora más.

Solo lo suelto cuando su llanto se calma. Entonces se aparta y Lysander se acerca.

—Qué bien que despertaste, Thalia —dice, abrazándome también, y no me suelta durante un buen rato. Le tiemblan los hombros cuando empieza a llorar bajito y se me escapan más lágrimas—. Tuvimos muchísimo miedo de perderte —susurra.

—No me vais a perder. Estoy aquí. Fue un accidente.

—Estuviste cuatro días sin despertar —me cuenta al apartarse, y se me abren los ojos.

¿Cuatro días?

Mis ojos recorren la habitación buscando a un adulto que me confirme eso y me explique qué pasó, y encuentro a Sofía en una esquina, con las manos cruzadas delante del cuerpo y una sonrisa emocionada en su cara cansada.

Abro la boca para saludarla, pero la puerta se abre y Alekos entra con dos vasos de café en la mano. Tarda unos segundos en darse

cuenta de que estoy despierta, pero cuando lo hace, su rostro se inunda de un alivio que no se puede confundir con nada.

—¿Thalia? —pregunta, dejando los vasos en una mesita lateral y prácticamente corriendo hacia la cama.

—Hola —susurro.

Los niños le hacen sitio, pero no se alejan. Alekos me agarra una mano y baja la frente hasta pegarla a la mía, y entonces ocurre algo que nunca creí volver a ver:

Alekos llora.

No dice nada. Y tampoco es un llanto escandaloso. Es solo vulnerable. Y el cuarto entero cae en un silencio reverente, como si nadie se atreviera a perturbar ese instante.

Nos quedamos así un rato y, cuando él levanta la cabeza, su mirada me atraviesa como una flecha.

Está exhausto. Ojeras profundas marcándole los ojos, la expresión rota de quien no duerme desde hace días. Pero sonríe.

Una sonrisa pequeña, que no necesita palabras para entenderse.

—Tenías razón, papá —dice Lysander, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Creo que ella solo necesitaba que estuviéramos todos aquí.

Andreas respira hondo, aún emocionado, y me mira con una sinceridad que casi me parte en dos.

—¿Podemos rezar contigo? ¿Para dar gracias?

Un calor indescriptible me llena el pecho. Las lágrimas me caen sin freno, silenciosas, cargadas de la verdad más pura.

—Claro que sí, mis amores.

Sofía se acerca con suavidad y me toca los pies por encima de la sábana con un gesto delicado. Alekos se queda donde está, con los dedos entrelazados en los míos.

Andreas empieza la oración bajito, con la voz rota, palabras simples saliendo entre lágrimas y alivio:

—Dios, gracias por devolvernos a Thalia. Gracias por cuidarla, por protegerla… y por dejar que se quede con nosotros un poquito más.

Lysander continúa, apretándome la mano:

—Y gracias, Dios, porque está aquí ahora y estamos juntos. No la dejes irse nunca más, por favor.

Theodora susurra algo incomprensible y Ariana la imita, como si también quisieran participar, aunque todavía no entiendan el peso de ese gesto.

Entonces mi mirada se cruza con la de Alekos, y lo veo tragar saliva, las lágrimas deslizándose por su cara cansada. No dice nada. No hace falta.

Siento su oración silenciosa atravesar el cuarto y tocarme el alma. Cierro los ojos, respiro hondo y, por fin, termino yo, con una voz baja pero clara:

—Gracias, Dios. Por la vida. Por ellos. Por nosotros.

En ese instante, aunque estoy tumbada en una cama de hospital, por primera vez en mucho tiempo el mundo parece exactamente como debería ser.

Las horas pasan despacio, pero yo no vuelvo a dormirme. No del todo. Me pesan los ojos, me duele un poco el cuerpo, pero la mente está demasiado despierta.

Ahora el cuarto está sumergido en el silencio suave del inicio de la noche. Alekos se llevó a los niños a descansar; sé que están bien, sé que él se asegurará de eso.

Estoy sola, mirando la luz tenue que entra por la ventana, cuando la puerta se abre despacio.

Es él.

Vuelve en silencio, como si tuviera miedo de despertarme, o quizá de molestarme. Sus ojos encuentran los míos y se detiene en seco, aún con la mano en el picaporte.

—Perdona, solo vine a ver si estabas bien —dice bajito—. No quería interrumpir.

—No interrumpes —respondo con calma—. Pasa.

Cierra la puerta con cuidado y se acerca despacio. Sus pasos son lentos, dudosos, los ojos bajos, como quien mide el espacio que ocupa por miedo a invadir algo que no le pertenece.

Se sienta en la silla a mi lado, las manos entrelazadas en el regazo, todavía húmedas del nerviosismo que no intenta disimular.

Lo miro. Su cansancio, su preocupación, su permanencia, todo lo que le rebosa por los ojos, por la piel, por los gestos. Y entiendo que ya no puedo esperar para decir lo que llevo atascado en la garganta desde aquella conversación en el despacho de su casa en Kassandria.

—¿Estás mejor? —pregunta al fin. La voz es suave, pero la tensión vibra en cada sílaba.

—Sí. Un poco más fuerte ahora.

Asiente, respira hondo y parece que va a decir algo. Pero lo interrumpo antes.

—Tú también me cambiaste para siempre —confieso, y él se queda helado.

Los ojos suben despacio a los míos, confundidos, inseguros, vulnerables.

—¿Tú… me oíste? Lo que dije mientras… mientras dormías…

El corazón me late suave y yo asiento.

—Todo —admito—. Y no fue lo único que oí.

—Thalia, yo…

—Oí tu oración —confieso—. La víspera del paseo, la que hiciste solo en tu despacho. No era mi intención, yo… pasaba por allí y acabé oyéndote.

Él aparta la mirada un segundo, la respiración temblándole en el pecho. Luego vuelve a mirarme con los ojos brillantes, intentando descifrar qué significa eso.

—Yo… —empieza, pero no sabe terminar. Busca las palabras y se pierde.

—Necesitaba escucharlo —murmuro, interrumpiéndolo otra vez, con más suavidad—. Necesitaba oír cada palabra que dijiste.

Aprieta las manos una contra otra, nervioso, sin saber adónde mirar.

—Nunca quise que sintieras que tenías que hacer algo por mí. Nunca quise que cargaras con ese peso. Yo solo… necesitaba decirle a Dios lo que no conseguía decirte a ti. Solo necesitaba pedirle que te cuidara, aunque yo ya no pudiera hacerlo.

Me arden los ojos, pero no le aparto la mirada.

—Tú también me cambiaste para siempre —repito en un susurro —. Aquella noche… no te cambió solo a ti, Alekos. Me cambió a mí también.

Él traga saliva, como si la frase hubiera sido más grande de lo esperado.

—Lo siento —dice, bajando los ojos, pero yo estiro la mano, le levanto la barbilla y lo obligo a mirarme otra vez.

—Mientras hablábamos, antes de salir al paseo, me di cuenta de algo que solo confirmé cuando creí que el mar me llevaría para siempre —sigo—. Entendí que ya no quiero vivir huyendo de la felicidad. No quiero vivir con miedo a lo que pueda pasar mañana o después. No quiero seguir atada a un dolor que ninguno de los dos quiere sentir.

Él estira la mano, dudoso, pero aún no me toca.

—¿Y qué significa eso?

Respiro hondo. Decirlo cuesta, pero es necesario.

—Significa que estoy cansada de vivir fingiendo que ya no te amo —admito, y dos lágrimas silenciosas me resbalan—. Estoy cansada de vivir en un mundo donde tú no existes, Alekos. Significa que, pese a todo lo que pasó, pese a los errores, el dolor… elijo creer que Dios no nos trajo hasta aquí para quedarnos clavados en el pasado. Nos trajo para que, por fin, diéramos el paso que necesitamos dar.

Él se inclina un poco más, como si estuviera al borde de un precipicio, oyendo algo que casi no se atreve a creer.

—¿Y tú… estás segura de que ese paso… es conmigo?

Le sonrío despacio y deslizo la mano hasta su mejilla. Con la otra tomo la suya y entrelazo nuestros dedos. El corazón me golpea, pero no retrocedo.

—Estoy segura de que ese paso es contigo. Y no por quien fuiste, sino por quien te has vuelto. Por quien eres ahora. Por quien podemos ser juntos.

Él respira hondo, casi temblando.

—No sé qué hice para merecer esto, Thalia…

Le aprieto la mano.

—Nada. Ninguno lo merecemos. Pero la felicidad no es un premio: es una elección. Y yo elijo no desperdiciar la mía. Perdonar no es olvidar ni ignorar. Es decidir no vivir más en función de lo que pasó. Y yo no quiero. No quiero vivir con miedo.

—Thalia…

—Quiero nuestra familia. No la idealizada. No la de mis sueños. Quiero la que tenemos. La real. Contigo. Con los niños. Con todo lo difícil y lo bonito.

El silencio estalla entre nosotros. Pero no es incómodo. Es pleno. Vivo. Y entonces, como un soplo, él aprieta mis dedos entre los

suyos.

—¿Estás segura? —pregunta con la voz rota—. ¿Me quieres cerca… después de todo?

—Te quiero donde Dios te puso, Alekos. Y si Dios te trajo de vuelta… ¿quién soy yo para decir que no?

Él lleva mi mano a los labios, cierra los ojos y respira un segundo.

Cuando los abre, tiene lágrimas atrapadas en el fondo de los ojos, brillantes, intensas, contenidas con esfuerzo. La mandíbula le tiembla, la respiración se le rompe.

—Creí que nunca volvería a oír tu voz —susurra contra mi piel—. Creí que lo había perdido todo. Pero estar aquí… contigo, con los niños… es como respirar después de casi ahogarme. Sé lo que hice. Sé lo que causé. Y no hay nada que pueda borrar. Pero si todavía existe alguna posibilidad de escribir un futuro contigo… si aún hay un rincón en tu corazón que me acepte…

Se queda callado. Me mira como si yo fuera lo único que importa. Y entonces, despacio, con la mano aún entrelazada en la mía, se arrodilla.

Ahí mismo. Al lado de la cama del hospital.

—Thalia Esperakis… tú me enseñaste lo que es el amor. Me enseñaste lo que es la fe. Me enseñaste que la gracia existe incluso cuando no la merecemos. Me diste una familia, me diste hijos, me diste la oportunidad de volver. No porque olvidaras, sino porque elegiste perdonar.

Respira hondo. Las lágrimas ya le caen sin resistencia.

—No tengo mucho. No de lo que importa. Ni siquiera tengo un anillo aquí conmigo. Pero tengo amor. Tengo arrepentimiento. Y tengo el deseo de ser mejor para ti cada día de mi vida. Por eso, aquí, ahora, te lo pido… ¿te casas conmigo? No para olvidar el pasado, sino para construir todo lo que el futuro todavía puede ser. Conmigo. Con ellos. Con Dios.

Se me atasca el aire. Me arde la garganta. Los ojos me estallan en lágrimas de golpe. Y lo sé. Lo sé con cada célula: esta es la respuesta correcta.

—Sí —susurro, con la voz temblorosa, el llanto saliendo como un río que estuvo contenido demasiado tiempo—. Sí, Alekos. Lo quiero todo. La vida. La lucha. La paz. A ti.

Él vuelve a besarme la mano y apoya la frente en el borde de la cama, como si se rindiera a su propia emoción, a su propio milagro.

—Gracias… —murmura, bajito, como si se lo dijera a Dios.

—Gracias a ti —respondo, sujetándole la nuca, acariciándole el pelo con mis dedos débiles—. Por haber vuelto. Por haberte quedado. Por haber aprendido. Por haberme amado… incluso cuando todo parecía perdido.

Nos quedamos así unos instantes. Unidos por palabras, por promesas, por fe. Y por la certeza de que, esta vez, no nos elegimos a pesar del dolor.

Nos elegimos con él.

Y aun así —o quizá precisamente por eso— este amor es el más bonito que ha existido.

***

El coche se desliza suave por las calles de Atenas. En el asiento del copiloto, con el pelo recogido de cualquier manera y una paz recién descubierta en la respiración, sostengo el móvil delante de la cara intentando que funcione la videollamada.

—Hermana Clara, otra vez estás enfocando el techo… —aviso, conteniendo la risa.

—¡Yo no estoy tocando nada! —protesta ella, mientras la cámara se sacude y muestra una lámpara y un trozo de crucifijo.

—¡Madre Agnes! —exclama la hermana Lucía al fondo—. ¡Ahora solo se ve su hombro!

—¡Es el botón del volumen, Lucía, no el de la cámara!

Me echo a reír.

—Ibais tan bien con el otro móvil… ¡y justo ahora que lo aprendisteis, se estropea!

—Ya ves —suspira la hermana Clara—. La tecnología se esfuerza en poner a prueba nuestra paciencia cristiana.

—Mejor hablamos más tarde —dice la Madre Agnes—. Descansa. Dios te hablará incluso en el silencio.

—Sí, señoras —responde Alekos, riéndose a mi lado.

—Y tú —añade la hermana Lucía, señalando la cámara como si Alekos pudiera sentir la autoridad—. Con boda o sin ella, estamos vigilando. Dios también.

—Sí, señoras —repite Alekos otra vez.

Cuelgo sonriendo mientras él aparca el coche frente al edificio.

—Voy a salir sola si me tratas como si estuviera a punto de romperme —le advierto, alzando una ceja.

—No puedo prometer nada —dice, abriéndome la puerta con una cortesía exagerada—. Déjame ser ridículo unos días más.

Me ayuda con delicadeza. Las manos firmes, atentas. El toque firme, pero reverente. Yo finjo que protesto, pero me encanta. Me encanta que me toque sin miedo, sin culpa, sin cicatrices entre nosotros.

Entrelaza sus dedos con los míos y, antes de cruzar el vestíbulo, roza sus labios con los míos, despacio.

—Tengo tantas ganas de besarte de verdad… —confieso, con un suspiro entre dientes.

—Te prometo una noche entera de besos —dice, apoyando la frente en la mía—. Pero antes tenemos un pequeño ejército muerto de nostalgia esperándote.

Nos reímos.

En el ascensor, me sostiene la cintura como si quisiera asegurarse de que no vuelvo a desaparecer. Decimos tonterías. Mis dedos acarician los nudillos de los suyos, mi hombro se apoya en su pecho.

—Y… ¿cómo se lo vamos a contar? —pregunto de pronto.

—Se me ocurrió una idea —responde, con un brillo peligroso en los ojos.

—Alekos… —empiezo, desconfiada, pero el ascensor llega y me tira de la mano.

—¿Lista?

—Claro que… —empiezo a responder, pero no termino.

Se abren las puertas.

—¡¡¡SORPRESA!!! —gritan voces infantiles, seguidas de un ¡POUF! de serpentinas de colores explotando en el aire.

Me asusto. Un poco por el ruido. Mucho porque el corazón no estaba preparado.

Andreas y Lysander corren hacia mí y casi me tiran con un abrazo brutal.

—¡Mamáááááá! —grita Theodora en brazos de la hermana Clara.

—¡Mamã! ¡Mamã! —balbucea Ariana, estirando los bracitos.

Las monjas están ahí.

Las tres.

Sonriendo, riéndose, con los ojos húmedos.

—¡Me engañasteis! —las acuso, mirándolas—. ¡Creí que estabais en Aletheia!

—¿Y es culpa nuestra que asumas demasiado? —replica la hermana Lucía, alzando la barbilla.

Sonrío entre lágrimas.

Todos me abrazan. Todos hablan a la vez. Ariana pasa el dedo por la cinta de un globo. Theodora me da un dibujo de palitos con corazones. Andreas empieza a explicar cómo lo planearon y Lysander lo interrumpe, detallando cómo escondió la bandera en el armario de Sofía.

En medio del caos, me siento en el sofá y Alekos se sienta a mi lado. Oigo risas y conversaciones, pero participo poco. Lo único que consigo hacer es mirar a mi familia alrededor y quedarme en eso.

Hago una oración silenciosa, dando gracias a Dios por el privilegio. La última vez que tuve una fiesta sorpresa, las cosas no terminaron muy bien. Hoy, en cambio, sé que cuando apoye la cabeza en la almohada será en paz… y en los brazos del hombre al que amo, por primera vez en años.

—Os estáis mirando otra vez —dice Andreas de repente, frunciendo el ceño—. De esa manera.

Parpadeo. Solo entonces me doy cuenta de que estaba mirando a Alekos. Ni noté que mis ojos se habían ido a él.

Giro la cara y encuentro a Lysander con los ojos como platos.

—¡¡¡ESTÁN SALIENDO!!! ¡¡¡ESTÁN SALIENDO OTRA VEZ!!! —grita.

Antes de que yo reaccione, Alekos ya está de rodillas. La cajita abierta. El anillo brillando bajo la luz suave del salón.

El aro es pulido, discreto y, de algún modo, parece eterno, como un amor que resistió a todo. En el centro hay un diamante ovalado —grande, pero no exagerado— tallado con maestría para atrapar la luz de cualquier sitio.

Brilla suave, como si la luz no solo lo atravesara, sino que naciera dentro de él. Alrededor de la piedra central, una corona delicada de diamantes más pequeños acompaña la línea del aro en media alianza, cada uno engastado con cuidado, como si contara un capítulo de nuestro camino: el dolor, el perdón, el regreso.

Me arden los ojos. Él sonríe.

—En realidad, chicos… —dice— esta vez vamos a hacer más que salir. Vamos a casarnos.

—¿Esa era tu idea? —pregunto, con lágrimas y risa mezcladas.

—¿No es genial?

—Súper sutil, la verdad.

Nos reímos.

—¿Casaros? —Andreas pregunta, sorprendido.

—Sí, hijo. Casarnos.

—¿Pero ya lo pediste? ¿Ella ya aceptó? —pregunta Lysander, muy preocupado.

—Sí —respondo, aún sonriendo.

—Entonces ¿por qué papá está de rodillas?

—Porque la primera vez no tenía anillo —explica Alekos—. Y eso es imperdonable.

Me mira con ternura.

—¿Te casas conmigo, amor?

Asiento, llorando y riendo a la vez.

—¡Ponle ya el anillo en el dedo, papá! —ordena Andreas, práctico.

—¡Antes de que cambie de idea! —remata Lysander.

Todos nos reímos. Alekos me desliza el anillo en el dedo y se levanta. Estamos a punto de besarnos cuando Lysander levanta la mano:

—¿Ahora ya podemos llamar a Thalia "mamá"? ¿O todavía hay que esperar a la boda?

Se hace un silencio.

Alekos me mira. Yo lo miro a él. Su única respuesta es un gesto mínimo hacia mí, como diciéndome que soy yo quien decide.

Me muerdo el labio y me levanto. Voy hacia Lysander y Andreas y me arrodillo delante de los dos.

—¿Queréis llamarme mamá? —pregunto, emocionada.

Asienten.

—Es que… Theo y Ari llaman. Y tú nos cuidas igual que las cuidas a ellas. Siempre nos cuidaste. ¿No es justo que nosotros también podamos llamarte mamá? —explica Andreas como un abogadito defendiendo su caso, y se me desborda el llanto.

—¿Por qué… por qué estás llorando, Thalia? ¿No quieres ser nuestra madre? —pregunta Lysander, y la tristeza en su tono me obliga a hablar.

—Ser vuestra madre es lo que más quiero en el mundo. Yo os amo como hijos desde hace muchísimo.

—Entonces… ¿podemos? ¿Ya podemos llamarte mamá?

—Podéis.

Se me echan encima y los tres caemos al suelo. Mi llanto se vuelve carcajada mientras me abrazan fuerte.

—Le pedimos a Dios que nos regalara a Thalia, mamá —confiesa Andreas.

—Y como él es bueno, como tú nos enseñaste, nos la dio —completa Lysander.

—¡Te queremos muchísimo!

—¡Muchísimo!

—Y yo os quiero —digo, mirándolos de uno a otro.

En medio del abrazo colectivo, del caos y de la alegría, siento que estoy en casa. De verdad. Por primera vez. Para siempre.

85.

ALEKOS THEODORAKIS

El cielo parece pintado a mano.

Azul claro, sin una sola nube, como si hasta Dios quisiera que hoy nada saliera mal. La brisa sopla despacio entre los árboles del jardín, haciendo que las cintas blancas colgadas se balanceen como sonrisas sueltas.

Pequeños arreglos de flores silvestres decoran los bancos de madera alineados sobre el césped. Todo es simple. Pero todo es perfecto.

Y todo esto… es por ella.

Mis ojos están fijos en el pasillo florido entre los invitados. No son muchos. Solo los nuestros. Los que de verdad importan. Amigos, algunos empleados antiguos, gente de la parroquia y, por supuesto… ellas.

La hermana Lucía se seca los ojos con un pañuelo bordado. La hermana Clara sonríe como si estuviera viendo a la niña que crió tocar el cielo. Y la Madre Agnes —firme como siempre— mantiene la serenidad, pero sus ojos brillan de un modo que me obliga a tragar saliva.

Empieza la música.

Todos se giran al mismo tiempo.

Y yo dejo de respirar.

Thalia avanza despacio entre los bancos. El vestido es ligero, ondulante, de un marfil suave. El cabello recogido en un moño simple, con mechones sueltos enmarcándole la cara.

No hay velo. No hay ostentación. Solo ella.

Como siempre fue.

Como siempre me quitó el aire.

Pero no viene sola.

A un lado, Ariana, con un vestidito blanco lleno de volantes, lleva una flor pequeña en las manos y camina con pasos inseguros, mirando el suelo como si fuera nuevo. Al otro, Theodora, con un lazo torcido en el pelo y un ramo de juguete, avanza con los brazos abiertos como si volara. Las dos alternan entre tropezar y carcajearse. No entienden del todo qué está pasando.

Pero lo sienten.

Y eso es lo que importa.

Detrás, con el pecho hinchado de orgullo y ternura, Andreas y Lysander caminan lado a lado, con los mismos trajes beige claro y sonrisas mal disimuladas. Lysander sostiene la cola del vestido de Thalia. Andreas me guiña un ojo con un orgullo que ni intenta ocultar.

Cuando los ojos de Thalia se encuentran con los míos, es como si el tiempo se detuviera. Ella sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa.

Y, en ese instante, todo lo que un día pareció imposible… está delante de mí.

Llega hasta mí. Le entrega las manitas de las niñas a la Madre Agnes, que las recibe con un cariño de abuela, y se vuelve hacia mí.

—¿Estás lista? —pregunto, con la voz más baja de lo que debería.

—Siempre lo estuve —responde.

La ceremonia es breve. Simple.

No escribimos votos largos. Solo verdades pequeñas.

—Prometo no huir cuando llegue el miedo —dice Thalia, sosteniéndome las manos—. Y no dudar cuando llegue el silencio. Porque ahora sé que el amor es paciente. Y quiero amarte con paciencia.

—Prometo escogerte —digo yo—. Incluso cuando me equivoque. Incluso cuando parezca imposible. Porque ahora sé que amar no es instinto. Es decisión. Y yo te escojo todos los días.

—¿Incluso en los días malos? —pregunta, con la emoción jugando en la voz.

—Sobre todo en los días malos —respondo, con media sonrisa.

Cuando el sacerdote nos declara marido y mujer, no hay fuegos artificiales. Pero sí hay gritos.

—¡Besa ya a mamá, papá! —grita Lysander, sin el menor decoro.

—¡Queremos ver! —remata Andreas, empujando a su hermano hacia delante.

Las gemelas, en brazos de las monjas, aplauden riéndose como si supieran.

La beso. Con suavidad. Con verdad. Con reverencia. Porque ahora no es solo la mujer que amo.

Es mi esposa.

El beso se deshace despacio, mientras los aplausos tímidos llenan el jardín. Andreas y Lysander corren hacia nosotros y abrazan nuestras piernas.

Ariana y Theodora se sueltan y vienen tropezando, agarrándose a las faldas del vestido de Thalia, tirando de mi chaqueta. Ella se agacha y toma a una de cada lado.

—Mira lo que hicimos, Thalia… —digo, inclinándome—. Un desastre maravilloso.

Ella sonríe, con los ojos húmedos.

—El mejor de todos.

Y al fondo del jardín, la Madre Agnes observa en silencio. Cruza los brazos, no dice nada. Y por primera vez le veo los labios moverse en una oración muda.

Quizá de gratitud. Quizá… solo de amor.

Y eso es.

El final del comienzo.

El comienzo de todo.

EPÍLOGO

THALIA ESPERAKIS

TRES AÑOS DESPUÉS

El sol de la mañana besa mi piel con delicadeza.

Estoy sentada en el jardín, descalza sobre la hierba aún húmeda, con el vestido suelto bailando con la brisa ligera. El olor a lavanda llega desde el arriate de al lado, mezclado con el perfume suave de las margaritas y con el sonido de las risas que llenan el aire como música.

Ariana y Theodora corren por el césped en círculos desordenados. El pelo largo suelto, los lazos medio caídos, las voces alternándose entre canciones inventadas y secretos que solo las gemelas comparten.

Llevan flores. Montan ramos imaginarios. Inventan bodas de muñecas y coronaciones invisibles. Una de ellas —Theodora, probablemente— coge una margarita y me la acerca a la cara.

—Pa ti, mamã.

Sonrío. Acepto la flor con una reverencia exagerada, como si me hubieran regalado una joya rara.

—Gracias, Alteza.

—Yo soy la reina hoy —declara—. Ari es la cabala.

—Caballera —corrige Ariana, riéndose.

—Eso —acepta Theodora, sin intención alguna de cambiar su versión.

Las observo y siento que el mundo entero cabe ahí.

Hay una paz en mí que no viene de la ausencia de problemas, sino de la certeza de que ahora todo tiene un lugar. Todo floreció.

Se acercan voces más graves, seguidas de pasos más pesados en el porche.

—¡Eso no tiene sentido! —protesta Lysander, con el tono inflamado de quien siempre tiene razón.

—Claro que lo tiene —replica Andreas, sosteniendo una tableta—. El último libro de la trilogía fue claramente el más flojo. Todo el mundo lo sabe.

—¡Tú no entiendes de finales! —argumenta Lysander—. Los finales tienen que arrebatar. Y ese fue perfecto.

Están más altos. Más parecidos a su padre cada día. Andreas lleva el pelo un poco más largo; sus mejillas empiezan a perder la suavidad de la infancia. Lysander camina con el pecho inflado y un dramatismo ligero, como si la adolescencia exigiera más energía de la que tiene.

—¿Discutiendo de libros otra vez? —pregunto.

—Él no sabe apreciar la literatura, mamá —responde Lysander, indignado.

—Y él es un romántico que llora leyendo la contraportada —lo pincha Andreas, entrando al jardín y dejándose caer en la hierba.

—¿Qué es contraportada? —pregunta Ariana, curiosa.

—Es como la parte de atrás del libro. Donde dice lo que hay dentro.

—¿Entonces es el corazón del libro? —pregunta con los ojos enormes.

Andreas sonríe.

—Puede ser.

—¿Como papá es el corazón de mamá? —pregunta Theodora, cogiendo más flores.

El silencio dura medio segundo. Y entonces todas las miradas se vuelven hacia mí.

—Más o menos —digo, con una sonrisa que me calienta por dentro.

—Hablando de él… —Andreas señala la casa—. Ahí viene el corazón.

Alekos aparece en la puerta, apoyado en el marco, con el pelo mojado y una expresión perezosa de recién salido de la ducha. Lleva una camiseta blanca que se le estira sobre el pecho y una taza de café en la mano.

—¿Estoy oyendo mi nombre?

—Decíamos que tú eres la parte de atrás del libro —explica Lysander, con una sonrisa traviesa.

Alekos alza una ceja.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende del final —contesta Andreas, encogiéndose de hombros.

Alekos cruza el jardín y viene hacia mí. Se arrodilla detrás de mi silla, me rodea los hombros con los brazos y apoya la barbilla en lo alto de mi cabeza. La taza aún está caliente y el olor a café invade mi aire.

—¿Estás cómoda? —pregunta.

Asiento, cerrando los ojos un segundo.

—Estaba a punto de dormirme.

—No vas a hacerlo —susurra—. Quiero ver tu cara.

Me giro para mirarlo. Y lo veo. Como si fuera la primera vez. Alekos estira la mano y me toca la barriga, ya apenas redondeada.

—Se van a pelear si vuelven a ser gemelos —comenta con una seriedad fingida.

—¿No quieres que lo sean? —pregunto, riéndome.

—Quiero solo uno. Por motivos logísticos. Y racionales.

—¿Y si son dos?

Finge pensarlo, pasándose la mano por la barba mal hecha.

—Entonces nos olvidamos de la lógica y solo amamos. Será fácil.

Sonrío, cerrando otra vez los ojos.

—Vas a necesitar mucha oración.

—Ya empecé —dice, besándome el hombro—. Y puedo garantizarte que este es el final de libro más bonito que he leído.

—Entonces no es un final —respondo—. Es solo… el próximo capítulo.

Él se ríe. Los niños llaman. El sol sigue brillando.

Y todo florece.

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro fue como atravesar una noche larga con el corazón en las manos. Fue reaprender que el dolor transforma, que el tiempo enseña y que el amor —el amor verdadero— no exige perfección, sino entrega.

Gracias a Dios por recordarme, cada día, que la gracia no se conquista: se recibe.

Gracias por darme palabras cuando pensé que ya no tenía ninguna.

Gracias por mostrarme, como lo hiciste con Alekos y Thalia, que volver a empezar es posible… y hermoso.

Gracias por regalarme historias que curan al mismo tiempo que duelen. Por recordarme, cada día, que no necesito ser perfecta para ser amada. Ni para escribir sobre el amor.

A los lectores que acompañan cada página, cada coma, cada personaje como si fueran reales: gracias. Es por vosotros por lo que siempre vuelvo, incluso cuando creo que no voy a poder. En vosotros pienso cuando escribo mis escenas más difíciles. Con vosotros sueño.

A mi familia, que me enseñó lo que es el amor incondicional. A mi marido, que me da el espacio y el silencio cuando necesito crear, y el abrazo cuando la escritura me consume.

A mis amigas autoras, lectoras beta y compañeras de camino, que me sostienen entre bambalinas con palabras de ánimo, carcajadas a destiempo y sinceridad cuando más la necesito. Vosotras sabéis quiénes sois. Y yo nunca sabré agradeceros lo suficiente.

Y por último, a cada mujer que ya fue rechazada, desacreditada, disminuida… pero eligió seguir. Este libro es para vosotras.

Que la historia de Thalia te recuerde que el amor verdadero no exige perfección. Solo entrega.

Y que sí: hay vida después del dolor.

Hay paz después del caos.

Y hay amor —un amor entero— después del perdón.

Con amor,

Taylor McQueen